

Patriotas entre naciones

Elites emigrantes
españolas en Argentina

Marcela García Sebastiani (dir.)

PATRIOTAS ENTRE NACIONES.
Elites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)

Marcela García Sebastiani (dir.)

PATRIOTAS ENTRE NACIONES.
Elites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)

Marcela García Sebastiani (dir.)

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización expresa de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los libros publicados por Editorial Complutense a partir de enero de 2007 han superado el proceso de evaluación experta.

© 2010 by Marcela García Sebastiani de la dirección y los autores de sus textos

© 2010 by Editorial Complutense, S.A.
Donoso Cortés, 63 - 4.ª planta. 28015 Madrid
Tels.: 91 394 64 61/0. Fax: 91 394 64 58
ecsa@rect.ucm.es
www.editorialcomplutense.com

Primera edición: septiembre de 2010

ISBN: 978-84-9938-043-8

INDICE

PRESENTACIÓN.	
Marcela García Sebastiani	7
I. ENRIQUE ROMERO JIMÉNEZ: UN PRESBITERO REVOLUCIONARIO ENTRE ESPAÑA Y ARGENTINA.	
Gregorio de la Fuente Monge.....	17
II. J. DANIEL INFANTE: EL CASTELLANO DIÁFANO, EL REPUBLICANO PERPLEJO.	
Ángel Duarte.....	59
III. JUSTO LÓPEZ DE GOMARA: ENTRE EL PERIODISMO, LA CULTURA Y EL NEGOCIO DE LA POLÍTICA DE LOS ESPAÑOLES EN LA ARGENTINA.	
Marcela García Sebastiani	83
IV. ANTONIO ATIENZA Y MEDRANO: INSTITUCIONISTA EN OTRAS TIERRAS.	
Marcela García Sebastiani	127
V. CARLOS MALAGARRIGA, EL REPUBLICANO CATALÁN ESPAÑOLISTA.	
Ángel Duarte y Marcela García Sebastiani.....	159
VI. RAFAEL CALZADA Y LOS EMBAJADORES INTELECTUALES EN LA ARGENTINA DEL CENTENARIO.	
Gustavo Prado.....	199
VII. AVELINO GUTIÉRREZ (1864-1946). LA CIENCIA Y LA CULTURA EN LAS DOS ORILLAS.	
Marta Campomar y Javier Zamora Bonilla	231
VIII. PERIODISMO, PATRIOTISMO “REGIONAL” Y ESTRATEGIAS DE LIDERAZGO: FORTUNATO CRUCES, JOSÉ R. LENCE Y LOS GALLEGOS DE BUENOS AIRES (1900-1936).	
Xosé M. Núñez Seixas	273

IX. ANTONIO PAREDES REY	
¿IDENTIDAD ÉTNICA O INTEGRACIÓN SOCIAL? (1883-1918).	
Ruy Farías.....	307
X. JOSÉ R. DE URIARTE Y LA REVISTA LA BASKONIA:	
UNA VISIÓN ATÍPICA DE LA COLECTIVIDAD VASCA	
DE ARGENTINA DE ENTRE SIGLOS	
Ángeles de Dios Altuna de Martina y Oscar Álvarez Gila	339
XI. EL ANARQUISMO ARGENTINO Y EL LIDERAZGO ESPAÑOL	
José Carlos Moya	361
Bibliografía	373
Índice de Nombres	391
Relación de autores	400
Fuentes de fotografías.....	403

Presentación

Este libro es resultado de una investigación que se inició en el año 2005 bajo el título “Emigrantes de España en Argentina: interlocutores de diálogos políticos y culturales en tiempos de reforma y crisis del liberalismo” gracias a la financiación, primero, de la Universidad Complutense de Madrid y, más tarde, de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia (I+D+I 9851-2006-HIST). A pesar de los distintos intereses de cada uno de los miembros y participantes que se han unido en los diferentes momentos de este proyecto, todos los trabajos aquí reunidos parten de una preocupación común: la reflexión sobre qué papel desempeñaron algunos emigrantes españoles en la Argentina en el intercambio de proyectos culturales y de fórmulas políticas entre ambos países entre 1880 y 1940. Unos más que otros, por diferentes razones y desde determinados ámbitos de mediación, a lo largo de ese periodo de tiempo, difundieron lecturas tanto de la sociedad de origen como de la de acogida. Lecturas, todas ellas, que contornearon un diálogo más o menos denso entre actores de contextos culturalmente cercanos y con problemas comunes; los propios de un periodo de ensayos desigualmente exitosos de intervención del Estado en la sociedad civil que acabaron haciendo crisis.

Desde un comienzo creímos que un camino posible para abordar la investigación era el de trazar las trayectorias de vida de determinados individuos que formaron parte del colectivo migratorio de españoles en la Argentina. Queríamos hacer historias partiendo de unos sujetos con relaciones sociopolíticas y profesionales, fuertes o débiles, con visiones del mundo cambiantes y con registros de identidad entre dos mundos que podían alterarse oportunamente. Pretendíamos hacerlas, además, sin abandonar el rigor de la investigación empírica y reconociendo los importantes avances historiográficos sobre la historia política, social y del pensamiento de los contextos de referencia. De ese modo podíamos atender a cómo esos sujetos se asimilaron a un Estado-nación y a cómo esa integración derivó en diferentes manifestaciones sociopolíticas y en la movilización de activos en la diáspora migratoria en nombre de más de un proyecto de regeneración política. Nos cruzamos, claro está, con una vieja cuestión del pasado de sociedades complejas y plurales hechas a partir de la inmigración: la del liderazgo de los colectivos migratorios. Y es que historiadores y sociólogos nos han hecho saber que las elites, los notables, los más respetables de las comunidades de inmigrantes constituían un grupo heterogéneo de personas que mediaban en las relaciones hacia adentro y hacia fuera de la colectividad. La interacción social y el mundo de representación que propiciaban, ayudaban a explicar en qué se habían convertido sociedades como aquellas avanzado el siglo XX. Los líderes y dirigentes tenían una influencia decisiva sobre sus coterráneos en un contexto de obliga-

ciones e intereses comunes; sus acciones, las estructuras institucionales que creaban, y la identidad que generaban, unían diferentes experiencias de vida. Así, para los partidarios de la teoría de la asimilación, los líderes de las colectividades de inmigrantes eran intermediarios del proceso de aculturación de los inmigrantes en la sociedad receptora. Por su parte, para los seguidores del pluralismo cultural, eran catalizadores y agentes de una conciencia étnica dormida. Finalmente, para quienes en la actualidad proponen nuevas vías y conceptos para estudiar las migraciones en sociedades globalizadas, podrían ser considerados como sujetos transnacionales, con redes sociales inestables e implicados en los diferentes caminos de la construcción social y cultural de una nación¹.

No partíamos, por tanto, desde cero. Hace ya más de un cuarto de siglo, fue John Higham quien mejor logró poner a punto los estudios sobre la problemática para el caso norteamericano. Fue él quien elaboró una tipología de liderazgo sobre la base de tres modelos operativos en función de la jerarquía interna del grupo inmigrante y de la percepción de éste en la sociedad receptora. Así, estableció un liderazgo recibido, preexistente en el país de origen y trasplantado al país de destino, un liderazgo interno, desarrollado dentro del grupo étnico, y un liderazgo de proyección que trascendía al grupo de referencia². Con todo, como señaló recientemente Xosé M. Núñez Seixas, y en su día Marco Martiniello, no existe todavía una teoría de las elites y del liderazgo de origen inmigrante sino sólo una guía de problemas teóricos o metodológicos a los que habría que atender y que incluye, asimismo, la propia definición de ese grupo de personas con características comunes³.

Por su parte, los especialistas en estudios sobre las migraciones de los españoles en la Argentina han consolidado toda una tradición historiográfica. Y, centrandó la mirada en la integración de ese grupo en la sociedad de acogida, han abordado el estudio de las elites migratorias. Aunque casi nunca como especiales focos de atención, se analizaron a esas elites en tanto dirigentes y líderes de asociaciones y organizaciones de carácter mutualista, cívico-político, comerciales, regionalistas y nacionalistas⁴. A partir de esos estu-

1. Sobre lo de actores transnacionales, S. Vertovic y R. Cohen (eds.), *Migration, Diasporas and Transnationalism*, Edward Elgar, Cheltenham, 1999. Para una lectura crítica a este enfoque, ver Caroline Nagel, "Nations unbound? Migration, culture, and the limits of the transnationalism-diaspora narrative", *Review Essay, Political Geography* 20 (2001), pp. 247-256.

2. John Higham (ed.), *Ethnic Leadership in America*, Johns Hopkins University Press, 1978.

3. Ver Fernando Devoto, "Prólogo" y Xosé M. Núñez Seixas, "Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América (1870-1940)", ambos en Alicia Bernasconi y Carina Frid (eds.), *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2006, pp. 9-41. También, Marco Martiniello, *Leadership et pouvoir dans les communautés ethniques d'origine immigrée: L'exemple d'une communauté ethnique en Belgique*, L'Harmattan, París, 1992.

4. Ver F. Devoto y Alejandro Fernández, "Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo", en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, pp. 131-152; A. Fernández, "Mutualismo y asociacionismo", en AA.VV., *Historia general de la inmigración española en Iberoamérica*, Historia 16, Madrid, 1992; X. M. Núñez Seixas, *O Galleguismo en América (1879-1936)*, Sada, La Coruña, 1992; y Ángel Duarte, *La república*

dios sabemos que las elites, los notables, los más respetables de la colectividad dieron coherencia a las estructuras del grupo, codificaron identidades y ejercieron de puentes para la interacción social de los emigrantes más anónimos hacia el mundo de la política, de los negocios y de la cultura en la sociedad de acogida⁵. Sabemos también que constituían interlocutores necesarios a la hora de discutir cuestiones relacionadas con España y sus nacionales que habitaban en territorio argentino. En ellos, las elites locales encontraban linajes culturales y políticos en los cuales reconocerse. Pero también, los resentimientos a la emergencia de una clase media de origen extranjera⁶. Ya sea por afinidad cultural o porque en ellos recayó en gran parte el peso de la reconsideración de la imagen de España en la Argentina desde finales del siglo XIX, lograron una posición más o menos relativa en la “escala de prejuicios” de las elites argentinas⁷. Menos sabemos, en cambio, cuáles fueron los resultados de ese lugar asignado a tales sujetos en el imaginario social.

¿Qué hacía particular al grupo de personas abordadas en este libro? A pesar de haber entrado con retraso en la carrera del ascenso social o acelerado el ritmo de la de los nativos, la experiencia migratoria había otorgado capital social y prestigio a determinados individuos entre el resto de los españoles en la Argentina. Entre sus paisanos sobresalían quienes, por diversas razones, habían logrado respetabilidad y una función representativa reconocida y con poder de mediación social entre sus compatriotas y otros sectores de la sociedad. En el reconocimiento del liderazgo interno habían incidido varios factores. Entre ellos, la capacidad personal, la profesión, el universo de relaciones políticas y sociales hecho en la sociedad de origen, el capital simbólico, el momento de llegada, el nivel de fortuna, el estilo de gestionar al grupo y el sentido de la oportunidad en diferentes momentos de la trayectoria personal.

Desde posiciones y lugares marginales, pero relevantes para el tránsito social, esos individuos tenían funciones sociales variadas, identidades múltiples, volubles y complementarias, e influencias sobre los comportamientos e intenciones de los miembros de su grupo de referencia⁸. Todas esas funciones podían estar, incluso, en una misma persona

del emigrante. La cultura política de los españoles en la Argentina (1875-1910), Editorial Milenio, Lleida, 1998.

5. Ver María Berg y Hernán Otero (comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, CEMLA-IEHS, Tandil, 1995; José Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University California Press, Berkeley, 1998 (Existe traducción al español, Emecé, Buenos Aires, 2004); X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes, caciques e indios. O influxo sociopolítico da emigración transoceánica en Galicia (1900-1930)*, Edicións Xerais, Vigo, 1998 y *O inmigrante imaxinario*, USC, Santiago de Compostela, 2002; F. Devoto y Pilar González-Bernaldo (eds.), *Émigration politique. Une perspective comparée. Italiens et Espagnols en Argentine et en France (XIX e XXe siècles)*, L'Harmattan-CEMLA, París, 2001; y F. Devoto, *Historia de la inmigración en Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.

6. Al respecto, Carl Solberg, *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*, Texas University Press, Austin, 1970, pp. 82-90.

7. F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, p. 17.

8. John Gerde, “Identidades múltiples y complementarias: Inmigrantes, líderes étnicos y el Estado en los Estados Unidos”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 42 (1999), pp.

en diferentes momentos de su recorrido vital. Con diferentes roles en la sociedad, de por sí compleja y en continua expansión, estos individuos ocupaban espacios clave en los diferentes niveles de la interacción social; en aquellos ámbitos donde se procesa el poder, el prestigio, la estratificación y se codifican los repertorios de identidad. Eran, por tanto, personas que vinculaban a otras, aseguraban clientelas, generaban espacios de sociabilidad política y de legitimidad social, mediaban en la esfera pública a favor de intereses generales del grupo y afinaban proyectos de identidad en la emigración. Con todo, el prestigio, la preeminencia, la notabilidad y la oportunidad de poner en circulación los recursos y las habilidades de determinados miembros de una colectividad migratoria dependían fundamentalmente de dos cosas. Por un lado, de las vinculaciones personales a lo largo de tiempo y, por el otro, de los valores asignados por los imaginarios sociales a esos atributos de distinción.

Tales individuos estaban insertos en los márgenes del mundo periodístico, de la cultura, del derecho, la educación y de la sociabilidad política de la sociedad que habían elegido para vivir. Representaban a cerca del 5% de total de los españoles en la estructura ocupacional en la Argentina. Formaban parte de los inmigrantes más alfabetizados y con capacidades culturales y técnicas específicas para ejercer su profesión con mayor éxito en términos comparativos que los italianos; el otro importante grupo de inmigrantes en la Argentina⁹. Y, algunos de ellos descubrieron en la diáspora migratoria su capacidad de movilización política y de mediación para emprendimientos de cooperación cultural y de intercambios de experiencias y proyectos. Por tanto, eran personas con un determinado perfil y trasfondo político y sociocultural que competían en una sociedad desigual. No hablamos necesariamente de intelectuales ni de elites con poder de decisión política. Sino de unas personas obsecuentes; de periodistas, abogados, profesores, publicistas, bachilleres que, a partir del control de determinados espacios marginales y como puentes para vínculos sociales, buscaban notoriedad en un contexto de movilidad social, de un Estado en crecimiento y en transformación en sus diferentes niveles. O sea, cuando la política se convertía en territorio de hombres nuevos.

En general, por ser los notables y respetables del colectivo migratorio, esos individuos invertían su tiempo y sus recursos en generar representaciones y en hacer visible, ante los otros y su grupo de referencia, aquello por lo que creían ser hombres virtuosos. O sea, su capacidad de superación personal en contextos de movilidad social a partir de percibirse como hombres forjados a sí mismos, con herencias, y con un potencial de renovación en nombre de España en la diáspora migratoria. Y es que muchos de ellos, antes de emigrar e iniciar el camino del ascenso social en un nuevo ámbito, habían sido jóvenes bachilleres, periodistas y abogados de espíritu liberal y tardo romántico veni-

3-22; reproducido en A. Bernasconi y C. Frid, *De Europa a las Américas...*, pp. 63-79.

9. En 1912, los españoles eran propietarios de una décima parte de los 795 diarios de Argentina (la proporción más amplia entre los extranjeros), *Censo industrial y comercial de la República Argentina, 1908-1914, Boletín N° 14, La Prensa Periódica*, Buenos Aires, 1912, p. 13. Cf. J. C. Moya, *Cousins and Strangers...*, 1998, pp. 206-225.

dos a menos tras el desencanto de la Primera República o el desencaje político y social en los tiempos de la Restauración monárquica en España¹⁰.

Por eso, entre el resto de su grupo migratorio, estos notables hicieron de la vida institucional de la colectividad, del periodismo y de las iniciativas culturales los vehículos privilegiados tanto para construir espacios de mediación social y de lazos comunitarios como para generar iniciativas de movilización y empresas vinculantes entre sujetos de sus mundos de referencia. El propósito no era otro que el de intervenir en la vida pública de una sociedad liberal, aun desde los márgenes, a partir de la obsesión por combatir los prejuicios hacia España o por encontrar vías de entendimiento con unas elites locales que buscaban herencias para inculcar tradiciones y colectivos dispuestos para legitimar políticas. Desde la prensa étnica elaboraban los mitos relacionados con la patria de origen. También lo hacían desde asociaciones que representaban ámbitos de sociabilidad y reunían a los dirigentes más prestigiosos. Y es que éstos eran personajes esenciales para revalorizar la imagen de la patria de origen del inmigrante español en la Argentina. Así, sus acciones modularon proyectos de identidad en la diáspora migratoria que tendrían consecuencias sociopolíticas, culturales o de política exterior¹¹. De hecho, fueron ellos quienes elaboraron o activaron empresas patrióticas que mostraron cambiantes y variadas ideas de España. Opinaban sobre cómo transformar la vida política de sus naciones y buscaban públicos. Desde lejos, exhibieron un patriotismo positivo hacia la nación de origen que si al principio del siglo XX encajó en los registros culturales del liberalismo argentino, derivaría en contenidos para el nacionalismo reaccionario, conservador —e hispanista— que se desplegó en el país sudamericano en los años veinte, treinta y cuarenta. Ahora bien, y dado que toda empresa de construcción de identidad era económicamente costosa, la destreza de esos individuos estaba en hacer alianzas con aquellos inmigrantes económicamente pujantes. Como es lógico, las trayectorias de todos y cada uno de los individuos de ese grupo de personas fueron heterogéneas y discurrieron por diferentes derivas en relación con sus proyectos de vida y de identidad, sus posicionamientos hacia la política y la percepción del éxito

10. Para un perfil de estos personajes, Francisco Grandmontagne, "El bachiller", *Caras y Caretas*, II, 28, 15.IV.1899 y José M. Salaverría, *A lo lejos. España vista desde América*, Renacimiento, Buenos Aires/Madrid, 1913, pp. 103-06. También, X. M. Núñez Seixas, "Idea y memoria de España en la Emigración", en X. Amancio Liñares Giraut, *Ciudadanos españoles en el mundo. Situación actual y recorrido histórico*, Grupo España Exterior, Vigo, 2008, pp. 15-34.

11. Sobre el concepto de "diáspora" para los estudios culturales sobre migraciones, exilios o movimientos de personas, y a la luz de los modernos análisis en torno al nacionalismo y al transnacionalismo, S. Vertovic y R. Cohen (eds.), *Migration ...y* Jana Evans Braziel y Anita Mannur (edts.), *Theorizing diaspora: a reader*, Blackwell Publishing, Malden and Oxford, 2007. También, Michele Reis, "Theorizing diaspora: perspectives on classical and contemporary diaspora", *International Migration* 42, 2 (2004), pp. 41-61. Como un clásico para los estudios sobre el papel de las elites como codificadoras de valores y referencias del nacionalismo, y su poder para activarlos en la diáspora, Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México, 2007 (4ª edición), capítulo XI.

social. En todos ellos quedaron registrados los orígenes sociales, el universo cultural de referencia, las actitudes políticas y la supervivencia en medio del asedio de los llegados más tarde por el ascenso social.

Con todo, no abundan los trabajos empíricos sobre las elites, los líderes, los notables, los respetables entre los inmigrantes españoles en la Argentina. Si las relaciones de intermediación social y de representación recortan el universo posible de estudio sobre ese grupo de personas¹², las trayectorias de los sujetos protagonistas de esa historia podían conocerse mejor construyendo sus biografías y no haciendo hagiografías. Sobre todo, porque en las historias de emigración a veces prima la tendencia a exagerar el papel del individuo en experiencias de este tipo. Así, desde una perspectiva de conjunto, podía valorarse al espacio ocupado por el individuo con sus herencias en el flujo de la vida social y la política en la sociedad que optó para vivir. Ejercicios de este tipo dotan de contenido a la interacción de los sujetos entre diferentes contextos y grupos de referencia, y muestran la operatividad de las identidades múltiples, complementarias y variables en el tiempo. La recuperación de historias de vida de unos hombres que no procesaban el poder, de personajes que no estaban en la primera línea de la vida pública, significó también descubrir las ambigüedades, las incoherencias, las contradicciones, las experiencias fracturadas y los cambios de rumbo de los individuos en una sociedad que, como la Argentina, se hizo a partir de la inmigración.

El enfoque que hemos optado para contar las historias reunidas en este libro nos ha hecho también reflexionar sobre la biografía como un género útil para el trabajo de los historiadores. La biografía abarca lo universal en lo particular. Y, por tanto, otorga unidad a los hechos y a los contextos en que el individuo vive, piensa, sueña, proyecta y actúa en contacto con otros e interactuando con grupos e instituciones. Las biografías constituyen un espacio privilegiado para entender y componer las múltiples formas de discontinuidad del tiempo histórico; individual y colectivo. Aunque no siempre ha sido un género lo suficientemente apreciado por las escuelas historiográficas, en los últimos tiempos, historiadores y los científicos sociales reconocen su interés y su proyección para análisis más abarcadores de los contextos sociales y políticos en los que se movieron los sujetos en el pasado¹³. Es más, las biografías facilitan la comunicación entre los historiadores y el público haciendo de ellas instrumentos del conocimiento y de sus avances.

Construir biografías no siempre es tarea fácil. Detrás de la aparente sencillez, al historiador se le plantean varias dificultades; la principal, la de alcanzar mesura y objetividad. Porque las trayectorias de vida no siempre son coherentes. Denotan el azar, la contingencia, el encadenamiento de los acontecimientos, las

12. F. Devoto, "Prólogo", en A. Bernasconi y C. Frid (eds.), *De Europa a las Américas...*, p. 14.

13. Sirvan, como ejemplo, dos compilaciones más o menos recientes. A saber, Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (comps.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Espasa Calpe, Madrid, 2000. También, Javier Moreno Luzón (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Fundación Pablo Iglesias-Taurus Editorial, Madrid, 2006.

posibilidades de que unos proyectos se diluyan y se generen otros nuevos. Y ponen al descubierto las ambigüedades, las contradicciones y los cambios de rumbo de los individuos en sociedades en transformación. Hacer historia por el camino de las biografías ayuda a entender por qué las cosas del pasado son complejas y que la atención a las estructuras simplifica —y, en ocasiones, determina— la mirada. ¿Es que acaso pueden pasarse por alto las biografías a la hora de hacer historia? Como recuerda convenientemente Isabel Burdiel, detrás de todo documento siempre hay intenciones de un sujeto en un contexto y las interpretaciones de los historiadores son las que otorgan significados a esas intenciones¹⁴.

Las biografías tienen otros riesgos que implican al trabajo del historiador. El biógrafo puede buscar en el sujeto estudiado un modelo de conducta o de refutación, hacer un homenaje póstumo a su figura para atender a oportunas conmemoraciones o descalificarlo; hacer una hagiografía perdiendo el cauce de la objetividad o, incluso, proyectar hacia el pasado sus preocupaciones, aspiraciones y prejuicios. Cualquier exceso de confianza, simpatía, desconfianza o animadversión puede conducir a que el autor sea incapaz de comprender al personaje. Al tomar distancia y conocer el entorno del sujeto —y sus interpretaciones— el historiador puede analizar mejor al biografiado¹⁵. Por eso, creímos importante la inmersión del personaje en su mundo y en su época para comprender sus acciones. Tratamos de abordar viejos problemas con nuevas preguntas, con enfoques renovadores, abriendo las miradas más allá del universo de la colectividad española en la Argentina y preguntándonos, a partir de la experiencia pasada, sobre las posibilidades de un “espacio transnacional” —tan de moda en los tiempos actuales— sostenido por este tipo de sujetos. Por estas razones, pretendimos que las biografías incluidas en este libro fuesen resultado de investigaciones más o menos recientes y maduras de historiadores que ofrezcan las claves de las trayectorias abordadas para no hacer de ellos héroes de revisionismos inútiles. Es más, el análisis en torno a las historias de vida de estos individuos nos ofreció el riesgo de examinar procesos históricos más abarcadores y de pensar en futuros ensayos de prosopografía o en otros universos biográficos posibles¹⁶.

14. Isabel Burdiel, “La dama de blanco: Notas sobre la biografía histórica”, en I. Burdiel y M. Pérez Ledesma (comp.), *Liberales, agitadores y conspiradores...*, pp. 19-47.

15. Al respecto, José Luis Gómez Navarro, “En torno a la biografía histórica”, *Historia y Política* 13 (2005), pp. 7-26. Sobre el género biográfico, ver también, Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *Annales* 6 (Noviembre-Diciembre, 1989); Ben Pimlott, “The Future of Political Biography”, *The Political Quarterly* 61, 2 (abril-junio, 1990), pp. 214-224; Carlos Seco, “La biografía como género histórico”, en *Once Ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976; *Revista de Occidente* 74-75 (julio-agosto 1987), dedicado a las biografías y autobiografías. También, Juan José Pujadas, *Método biográfico. El uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*, CIS, Madrid, 2004 (2ª edición).

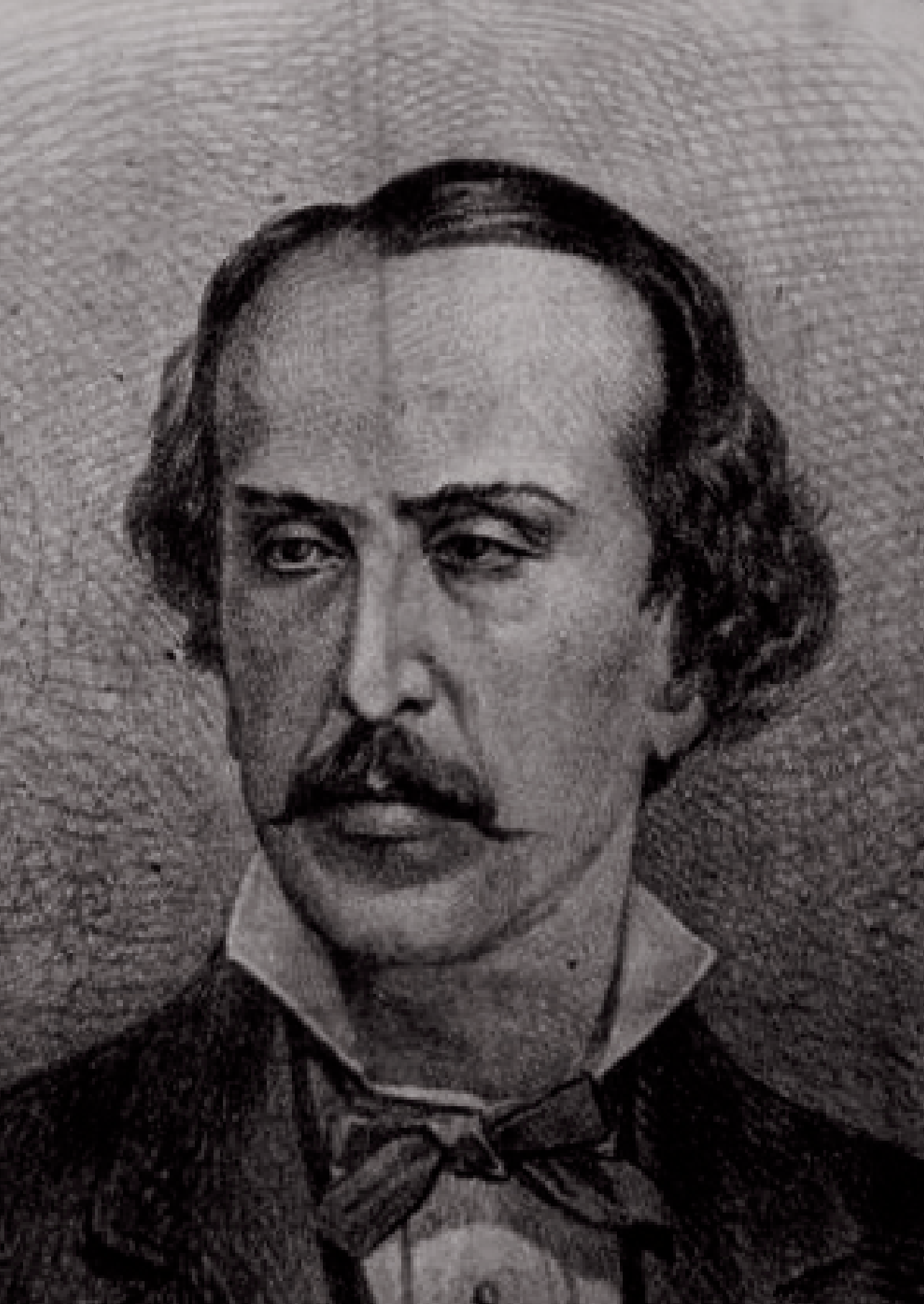
16. Sobre la prosopografía, Lawrence Stone, “Prosopography”, *Daedalus* (Winter 1971), pp. 46-79. Como ejercicio para españoles en la emigración americana, Ascensión Martínez Riaza, “A pesar del gobierno”. *Espanoles en el Perú, 1879-1939*, CSIC, Madrid, 2006.

Ninguno de los personajes estudiados en este libro dejó archivos personales. Por tanto, las historias de vida reunidas en los diferentes capítulos se hicieron a partir de retales. Se construyeron los relatos con lo arañado de archivos de otras personas con proyección en la vida pública, de los de la representación exterior de Argentina y de España, de la prensa de ambos países, de los diarios de la colectividad —aun conociendo sus problemas y sus tendencias. También, a partir de las fuentes contemporáneas de quiénes escribieron sobre los personajes abordados teniendo en cuenta los peligros de omisiones, olvidos, vacíos de información y del protagonismo excesivo que puede otorgar el narrador de entonces al biografiado. De allí los resultados de los capítulos de este libro: visiones fragmentadas y discontinuas sobre los individuos a partir del análisis de sus perfiles sociológicos, culturales e ideológicos, de los resultados de las experiencias migratorias, de sus mundos de relaciones sociales, políticas y profesionales; del liderazgo dentro del colectivo. Con todo, cuando fue posible, se primó la existencia de documentos y se hicieron narraciones en las que no faltó la evidencia y el análisis aunque en las tramas existan silencios y lagunas.

Por último, queda agradecer a los colegas y profesionales que se han comprometido en esta investigación, a veces apartándose de otras mayores o en medio de otras que surgían. A Gregorio de la Fuente Monge por acercarse a la trayectoria vital de Enrique Romero Jiménez, a Ángel Duarte por actualizar las de Daniel Infante y en parte la de Carlos Malagarriga, a Gustavo Prado por ofrecer algunos recorridos de la de Rafael Calzada, a Xosé Manuel Nuñez Seixas por abordar las de Fortunato Cruces y Ramón Lence en historias paralelas, a Javier Zamora Bonilla y a Marta Campomar por contar la experiencia de Avelino Gutiérrez, a Ruy Farías por aproximarnos al mundo de Paredes Rey, a Oscar Álvarez y a Ángeles de Dios Altuna por mostrarnos la de José Uriarte, y a José Moya por descubrir el universo de algunos anarquistas. De mi autoría han sido las biografías de Justo López de Gomara, de Antonio Atienza y Medrano, y tramos de la de Malagarriga. Marcelo Garabadian nos facilitó el acceso a algunas fuentes para la investigación. Desde la Subdirección de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Elsa Barber puso toda su profesionalidad para que esta modesta empresa fuese el inicio de otras. Fernando Devoto, Pilar Cagiao, Gabriela dalla Corte, Carina Frid, Alejandro Fernández y Oscar Videla pusieron su granito arena en diferentes momentos del proyecto. También lo hicieron el Consello da Cultura Galega y la Universidad de Santiago de Compostela. Fernando del Rey Reguillo confió en el proyecto para incluirlo en el Grupo de Investigación “Elites, identidades y procesos políticos en la Historia del siglo XX” que se desarrolla en el Departamento de Historia del Pensamiento Político y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid. Mercedes Cabrera, José Álvarez Junco y Javier Moreno Luzón, en una sesión del Seminario de Historia Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset, me animaron a pensar sobre los nacionalistas españoles en la emigración argentina. Pilar Mera nos ayudó con el índice onomástico. Susana Fernández, siempre con eficacia, alivió las torpezas técnicas y contribuyó a la gestión administrativa de esta empresa colectiva. A todos ellos y a la editorial que

estimó conveniente publicar los resultados de nuestras investigaciones, mi más sincero agradecimiento.

Marcela García Sebastiani
Madrid, verano de 2009



Capítulo I

Enrique Romero Jiménez: un presbítero revolucionario entre España y Argentina

Gregorio de la Fuente Monge
Universidad Complutense de Madrid

Pocos datos se conocen de la vida de Romero Jiménez anteriores a 1863. Hijo de una “distinguida” familia, había nacido en Málaga hacia 1840 y pasado parte de su niñez en México¹⁷. En su ciudad natal, fue compañero de estudios de Eduardo Palanca Asensi, el futuro abogado y político republicano, con el que trabó gran amistad¹⁸. Para los primeros años sesenta estaba afincado en la capital malagueña, en la que ejercía el sacerdocio y militaba en el partido demócrata¹⁹.

Cura revolucionario en Málaga y Cádiz

Los liberales malagueños conmemoraban la muerte de José María Torrijos cada 11 de diciembre. Un día como ése, de 1831, habían sido fusilados, por orden de Fernando VII, el general Torrijos y sus cuarenta y nueve compañeros pronunciados a favor de la Constitución de 1812, en las playas de San Andrés (dramático suceso inmortalizado por Gisbert en un célebre cuadro de 1888). En Málaga capital, la fiesta cívico-religiosa se celebraba con una solemne misa en memoria de las víctimas de “aquella hecatombe

17. Al morir en 1880, tenía 40 años de edad, por lo que nació en 1840 o 1839; *El Correo Español*, Buenos Aires (en adelante, *ECE*), 25.VIII.1880, p. 1, col. 2. El número especial que *El Diario Español* de Buenos Aires (en adelante, *EDE*) publicó el 29.VII.1922, por el 50 aniversario de la fundación de *ECE*, lo confirma al decir que, de vivir, Romero tendría 82 años. Su estancia en México, la menciona el propio Romero en la dedicatoria de su drama *El mártir de la traición* (1867): “Mis afecciones están ligadas con la historia de aquel país infortunado que abrigó mi niñez”; Cf. “La Ciega del Guadalquivir”, *ECE*, 28.VIII.1880, p. 1, col. 4.

18. Palanca había nacido en 1834 y estudiado en el Instituto provincial de Málaga entre 1850 y 1855. Romero lo consideraba “un compañero de la infancia” y “amigo del colegio”, pero también pudieron coincidir en el Instituto antes de su ingreso en el Seminario. Cf. Enrique Romero Jiménez, *Vindicación de Enrique Romero Jiménez*, s.i., Buenos Aires, 1876, 1 h. (BN de Francia), p. 2, col. 2.

19. En Benito Vila, *Guía del viajero en Málaga*, La Ilustración Española, Málaga, 1861, no aparece su nombre, quizás por no estar todavía ordenado y carecer de destino. Para ese año, debía ser huérfano de padre. Su “adorada” madre, a la que dedicó varias de sus atormentadas poesías, algo que no hizo con su progenitor, falleció hacia 1872, coincidiendo con su decisión de emigrar a América.

humana consumada en aras del fanatismo y de la más odiosa tiranía”, una marcha hasta las fatídicas playas y, de regreso a la ciudad, una concentración en la plaza de Riego (hoy de la Merced), ante el monumento levantado a Torrijos en tiempos de la regencia de Espartero, en 1842²⁰.

Desde 1863 el presbítero Romero se encargó de pronunciar la ofrenda por el “mártir de la libertad y sus compañeros de infortunio” en las honras fúnebres celebradas en la iglesia malagueña de Nuestra Señora del Carmen. Ese año, el templo fue engalanado convenientemente, estando la iglesia “toda tapizada de negro” y alumbrado el “suntuoso” catafalco con “gran número de cirios”. Al acto religioso asistió el Ayuntamiento, presidiendo por el gobernador civil, y numeroso público que llenó el templo. La misa fue oficiada por el canónigo Juan Núñez y el cura Romero pronunció la oración por las víctimas²¹. El monumento a Torrijos fue “adornado fúnebremente” y la noche de la víspera estuvo “brillantemente iluminado”, lo que llevó también a “bastante gente a la plaza de Riego”²². Algo parecido sucedió en 1864, en el que el “liberal y católico” pueblo de Málaga volvió a elevar sus plegarias a Dios (“Padre de todas las misericordias, vengador supremo de todas las injusticias”) por el eterno descanso de las almas de los “mártires de la libertad”²³. El presbítero pronunció en la iglesia del Carmen una oración fúnebre “liberal en demasía por aquella época”, que le valió “serias persecuciones y el destierro”, aunque también el agradecimiento de la condesa de Torrijos²⁴. Durante 1864, Romero dio muestras de sus inclinaciones literarias, participando en las sesiones poéticas de la Sociedad Lope de Vega, que los escritores Antonio Luis Carrión, republicano como él, y José María Verdugo Landi habían fundado en Málaga el año anterior²⁵.

La conmemoración de la “desgraciada muerte” de Torrijos fue especialmente brillante en 1865. El Ayuntamiento de Málaga envió invitaciones para fomentar la asistencia a los actos públicos; la comitiva oficial salió de las Casas Consistoriales para dirigirse a la iglesia del Carmen y, acabadas las honras fúnebres, se encaminó a la plaza de Riego, uniéndosele, a su paso por la iglesia de Santiago, el clero parroquial encargado de entonar el responso frente al monumento donde reposaban “las cenizas de las esclarecidas víctimas”. Por la noche, en el Teatro Principal, el maestro Juan Cansino estrenó su pieza coral *Un recuerdo a la memoria del ilustre general Torrijos*, a la que pertenecen las siguientes estrofas:

20. Entrecomillado en *El Avisador Malagueño*, Málaga (en adelante, *EAM*), 11.XII.1863, p. 1, que aparece con esquila negra.

21. En 1861, J. Núñez Gallo era, según la citada *Guía* de Málaga, chantre de la catedral y párroco de Marbella.

22. *EAM*, 11.XII, p. 3, col. 1; y 12.XII.1863, p. 3, cols. 1-2.

23. *EAM*, 11.XII.1864, p. 1, cols. 1-2. Como el año anterior, el periódico aparecía con recuadro de luto y proporcionaba una relación de los nombres de los liberales fusilados en 1831, cuyos restos mortales descansaban en “la bóveda del monumento erigido a su memoria en la plaza de Riego”.

24. El 28 de diciembre de 1864, Luisa Sáenz de Viniegra “me felicitaba, en carta expresiva, por la oración” pronunciada (E. Romero Jiménez, *Vindicación...*, p. 2, cols. 1-2).

25. Cristóbal Cuevas García, *Diccionario de escritores de Málaga y su provincia*, Castalia, Madrid, 2002, p. 825.

Sacrosanta es la causa del pueblo
protegida debe ser por Dios!
Invoquemos su nombre glorioso
lleno el pecho de patrio valor.
Las cadenas que oprimen a España,
compañeros vamos a romper,
hombres libres aguardan dispuestos
con nosotros morir o vencer! [...]

A Dios, malagueños,
fervientes rogad
por los que murieron
por la libertad!²⁶

En este contexto en el que se mezclaban política y religión, el patriotismo liberal y la justicia divina, resulta más fácil comprender la oratoria revolucionaria del presbítero Romero. En 1865, éste pronunció, por tercer año consecutivo, el discurso destinado a recordar “a todo” el que alentase “ideas de libertad” el “horroroso crimen” cometido por el absolutismo en 1831. La ofrenda de ese año fue publicada y el sacerdote la dedicó al “partido liberal de Málaga”, cuyas aspiraciones recogía —según el presbítero— el “manifiesto de nuestro Comité central”, en referencia al dado por el partido demócrata el 15 de marzo de 1865²⁷.

En el discurso de Romero, la idea central era que la Libertad era una ley divina que debía guiar al clero y a los católicos. Era “un error”, decía al principio de su oración fúnebre, que el sacerdote dejase “de tomar parte en el estudio de esas luchas agitadas que devoran la existencia de nuestras sociedades”. La “ley sagrada” le imponía esa misión de señalar las “aspiraciones” sociales sancionadas por Dios, un trabajo misionero que tan sólo debía cesar ante la “tribuna del repúblico virtuoso”. Con ello, no pretendía “alzar bandera, ni enseña de guerra alguna, sino cumplir un deber de sacerdote cristiano, de sacerdote español”. Ante tan alta responsabilidad, el presbítero malagueño invocaba ante su auditorio la ayuda del Supremo: “¡Dios mío! ¡Dadme fuerzas para que pueda instruir al pueblo que me escogisteis, en vuestra ley y vuestra gracia!”. La homilía pronunciada por Romero aunaba así religión y política, el mandato divino de la libertad con la esperanza de un pueblo que tenía fe en su redención. La reunión de los liberales malagueños por las “víctimas del día once” era fruto de “la gratitud de un pueblo, la expresión de un gran partido”, de las que él pretendía tan sólo “ser órgano” por ese día²⁸. La “reparación de

26. *EAM*, 11.XII.1865.

27. Enrique Romero Jiménez, *Ofrenda que consagra el presbítero Don [...] en el aniversario de la muerte del General Don José María Torrijos y compañeros mártires de la libertad*, Imp. y Lib. de Juan Giral, Málaga, 1865, 16 pp. (“es la tercera vez que nos cumple la honra inmerecida de llorar una muerte injusta”, p. 4).

28. Romero se consideraba un “nuevo soldado” que quería dar ejemplo a “la juventud” para que luchase “con energía en el campo de la libertad” (*Ibid.*, “Dedicatoria”).

ese crimen que llora nuestra amada España” —decía en su fogoso sermón— le correspondía a los liberales, pero el “pueblo”, que sentía “la conciencia del derecho y de la justicia” por inspiración divina, debía deponer sus “iras” y seguir el ejemplo de esos mártires que “tuvieron por sagrado lema a Dios y su libertad”; un camino marcado por el Evangelio, “símbolo de los derechos humanos” sancionados por la divinidad, que no podía torcerse por el “poder de hombres bastardos, que hund[ían] sus creencias en el dominio absoluto del mundo”. El Creador había hecho al hombre “libre y dueño de la naturaleza, dueño de su legislación, soberano de sus derechos, sin otro freno que Dios, el orden y la justicia, sin más ley ni regulador que el evangelio de Cristo”, por lo que los mártires de la libertad eran, asimismo, mártires cristianos: personas que habían entregado la vida ante “el deber sacrosanto de una cristiana conciencia”. En consecuencia, el fin de la opresión vendría de seguir las enseñanzas de Cristo: “¡Hombres! Respetad a Dios: obedecer sus mandatos: libre sea el universo del yugo de la ignorancia!”²⁹.

Tras los prolegómenos, Romero centraba su sermón en explicar cómo “lo que teme el impio, eso vendrá sobre él” (en alusión a la libertad), pues “los fundamentos del orden social, político y religioso de un país organizado, [eran] los de una libertad regularizada por el progreso y la justicia”. En España se respiraba todavía “las humeantes cenizas del fuego inquisitorial” y el “sufrimiento” devoraba su existencia porque la fe en las “sendas del progreso” anidaba en sus “nobles hijos”. Por ello algún día se derrumbaría en ella “la centralización del poder, la violenta opresión del pueblo” y la “cuchilla aterradora del miserable verdugo”. Romero no pedía la “violencia, ni el crimen”, para ahuyentar a los culpables, pero en aras de acabar con esa “ceguera espantosa que ha deplorado esta tierra por espacio de algunos siglos”, justificaba el derramamiento gustoso de “hasta la última gota de nuestra sangre”, siguiendo así el ejemplo de los “nobles españoles que sacrificaron honra, porvenir y patria, al triunfo sacrosanto de la santa libertad”. Al acabar su ofrenda, el presbítero Romero —al que le estaba entonces prohibido pronunciar la palabra *república*— se definía como “ardiente seguidor del espíritu cristiano, amante de la igualdad, de la libertad apóstol, enemigo del cadalso, de la esclavitud verdugo, del progreso en ciencias y artes, legislación y derechos, el más noble anfitrión”. Y es que para él, desde el Cid a Torrijos, pasando por Daoiz, Velarde, Pineda o Riego, estaba marcado el insoslayable camino de la “Libertad” que sancionaba la palabra de Dios³⁰.

1866 y 1867 fueron años de infructuosos alzamientos revolucionarios y de dura represión de los liberales antidinásticos, durante los cuales los demócratas malagueños no pudieron manifestar en actos públicos su rechazo a la tiranía. Quizás fuese por ello que Romero decidió pasar de la propaganda deslegitimadora del trono de Isabel II a la acción revolucionaria, tomando parte en la insurrección que promovió el general Prim en agosto de 1867³¹. Tras su participación en esta intentona antiborbónica, Romero abandonó

29. E. Romero Jiménez, *Ofrenda que consagra...*, pp. 3-5.

30. *Ibid.*, pp. 8-16.

31. Romero, que hacía gala de haber “llevado la corona del sufrimiento con orgullo”, hizo pública su participación en los sucesos de 1867 al año siguiente: “He empuñado la bandera republicana dando el grito de libertad en el ultimo movimiento de agosto”. Cf. *Segunda*

la ciudad de Málaga para no levantar sospechas y tener más libertad de movimiento. En septiembre de ese año se trasladó a Cádiz para hacerse cargo de la dirección del Colegio de San Carlos Borromeo, de instrucción primaria elemental y preparatorio para carreras especiales, que gozaba de prestigio para las de Marina y Escuelas militares. En este colegio católico desempeñó los cargos de director, rector y catedrático, y con estos tres timbres publicó un folleto publicitario en el que explicaba a los padres la nueva filosofía del centro educativo³². Para Romero, el “carácter sacerdotal” del profesorado aseguraba que el “lema santo” de “amor a la humanidad”, que era propio del clérigo, guiase también la educación. El “profundo amor al estudio” sólo arraigaba en la “juventud” por el “convencimiento”, por lo que los profesores del centro buscarían ganarse “en primer término la voluntad del alumno”. El “desarrollo intelectual” del niño no podía lograrse sin “rodear su corazón de las más gratas ilusiones” y para ello necesitaba ver en el docente un “amigo íntimo” y no “un tirano” que le dominaba “sin darle jamás razón de las mismas prohibiciones que tanto llega[ba]n a lastimarlo”. El profesor debía estar cerca del niño “en los momentos de estudio” para animarle y satisfacer sus dudas, pues en caso contrario, aunque obediente, se mostraría “inquieto y desordenado”, cansándose muy pronto del estudio por no desear ya “otra cosa que romper aquel yugo pesado que le oprime y le encadena” al establecimiento docente. Tratándose de un colegio privado para hijos de familias acomodadas, la dirección del centro respondía “desde luego de la moralidad y buen orden” entre los alumnos, que estarían, a pesar de lo dicho, “obligados a cumplir el Reglamento interior del Colegio”³³.

Residiendo en Cádiz, Romero publicó su primera obra teatral, *El mártir de la traición o El Emperador Maximiliano*³⁴, a finales de 1867. A pesar de recibir una mala crítica por parte de la prensa demócrata madrileña, la obra fue programada para su puesta en escena en el teatro de Cádiz y reeditada al año siguiente, difundiéndose por el país al calor de la revolución de 1868, por lo que se tratará de ella más adelante³⁵. El presbítero

reunión pública que el Partido Democrático de Madrid ha celebrado el 18 de octubre, después de efectuada la revolución de setiembre de 1868, Imp. de T. Núñez Amor, Madrid, 1868, p. 7.

32. Enrique Romero y Jiménez, *Colegio de San Carlos Borromeo, de instrucción primaria elemental y preparatorio para carreras especiales, bajo la dirección del presbítero [...]*, Arjona, Cádiz, 1867, 8 pp. Se encargó del Colegio, situado en la calle de la Torre, tras fallecer su fundador, el Sr. Sánchez. En la publicidad del año siguiente se decía que estaba “abierta la matrícula para todas las carreras especiales y el primer período de estudios de la segunda enseñanza” (*La Opinión Nacional*, Cádiz, 27.IX.1868, p. 3, col. 3).

33. El Borromeo era un colegio privado dirigido a las clases pudientes: los alumnos pensionistas pagaban 500 rs. al mes, los medio pensionistas 400 y los externos 60 o 160, según fuesen de instrucción primaria o de “preparación, lenguas y demás ramos”. Los primeros debían traer todo el “equipo conveniente” (cubierto, cama, ropa blanca, etc.) y pagar el lavado de la ropa, los segundos tan sólo su cubierto. El centro proveía a todos de “útiles y libros” corriendo por cuenta de los padres “el reintegrar los costos”.

34. *Drama en dos actos y en verso*, Imp. de la Revista Médica, Cádiz, 1867, 46 pp. (2ª ed, 1868); llama la atención que no contenga la preceptiva nota del censor de teatros. Se tiene noticia de un juguete cómico suyo: *Por ser listo*, v. C. Cuevas García, *Diccionario...*, p. 825.

35. *El Imparcial*, Madrid, 20.I.1868, p. 3, col. 3, y *Gil Blas*, Madrid, 15.III.1868, p. 4, col. 2 (“En

permaneció al frente del colegio religioso todo el curso 1867-68 y durante esos meses tomó parte en las labores revolucionarias de los demócratas gaditanos, encabezados por José Paúl y Angulo, Rafael Guillén, Gumersindo de la Rosa, Ramón de Cala y Fermín Salvochea, que, en colaboración con los progresistas de Prim, preparaban la sublevación de la escuadra del almirante Topete³⁶. Esta rebelión se dio en la bahía de Cádiz el 18 de septiembre de 1868, triunfando el pronunciamiento de la ciudad al día siguiente. Tras la batalla de Alcolea, la toma pacífica del poder en Madrid el 29 de septiembre, provocó la huida de Isabel II a Francia. La caída de los Borbones fue el resultado de una coalición revolucionaria liberal y antidinástica integrada por tres partidos: la Unión Liberal, el Progresista y el Demócrata, los dos primeros monárquicos, siendo el tercero mayoritariamente republicano. El 8 de octubre se formó el Gobierno Provisional de los generales Serrano y Prim, del que quedaron excluidos los demócratas, rompiendo así los monárquicos la coalición con los republicanos.

En esos días, Romero viajó a Madrid para participar en la reorganización de su partido político. Asistió a las reuniones demócratas celebradas en el Circo Price los días 11, 18 y 25 de octubre de 1868, tomando la palabra en la segunda de ellas inmediatamente después de aprobarse por aclamación que la república federal era “la forma peculiar de gobierno del partido democrático”. El presidente de la reunión, el aragonés Francisco García López, presentó a Romero como sacerdote y éste empezó su intervención gritando “¡Viva la república!”, para dar una garantía a los “ciudadanos” de cuál era el pensamiento del “último obrero de la redención popular”, como se autodefinió, con lo que se ganó a los asistentes, que respondieron a su viva e irrumpieron en “grandes aplausos”³⁷. En su discurso, el revolucionario andaluz se presentó como un joven sacerdote que llevaba “cinco años de martirio por haber[se] recogido bajo el manto sagrado y soberano del estandarte augusto de la sacrosanta Libertad”. Su intención era la de ayudar a “unir todas las voluntades del pueblo para levantar un gran edificio sobre la monarquía derrumbada, que por todas partes [iba] derramando la sangre despótica de trescientas generaciones de reyes”; nuevo edificio que no era otro que el “grande y majestuoso de la Soberanía española”. En su discurso reivindicó “el derecho del sacerdote católico joven”, definido por sus sentimientos patrióticos y su adhesión al credo democrático, a instruir a la mujer en la vida familiar, pues de esta manera el clero liberal participaría en la “revolución social de ideas” que se estaba verificando en España, que debía completarse aún con una “revolución práctica”. Para él, la mujer era el “edificio de la sociedad”, la que daba consuelo al hombre e influía con sus sentimientos en la familia. Por eso, no ya sólo el sacerdote, sino todo el “pueblo” necesitaba constituirse en “apóstol de la familia, sin hacer caso de esos

este drama se dicen todas esas mentiras y vulgaridades que repiten muchos periódicos sobre los asuntos de Méjico. En cuanto a la forma es una desdicha”). Cf. “La Ciega..., ECE, 28.VIII.1880, p. 1, cols. 4-5 (un empresario de Málaga quiso estrenar la obra, su futura mujer le animó, pero Romero se negó por considerarla “muy mala”).

36. “La revolución de 1868 me tuvo en la ciudad de Cádiz a su servicio” (E. Romero Jiménez, *Vindicación...*, p. 2, col. 2).

37. El discurso de Romero en *Segunda reunión pública...*, pp. 6-7.

partidos que, dominados por la absurda idea del fanatismo, nos han hecho hasta ahora llevar un sello de reprobación en la frente; así, llevando la mujer la savia de la educación política al corazón y a las entrañas de su hijo, llegaremos a levantar un gran edificio” democrático, afirmaba. Junto a esta propuesta básica, que convertía la figura de la madre en palanca del cambio político, por su influencia en la educación familiar (idea, por otra parte, conservadora, al limitar el papel de la mujer al círculo doméstico), Romero defendió con valentía algunos puntos más propios del programa republicano. Para empezar, proclamó “a la faz del mundo que ama[ba] y qu[ería] la libertad de cultos”, luego puso como modelo de “gran república” y de “gran pueblo” el de los Estados Unidos de América y, por último, pidió la unión de todos bajo la bandera de la “libertad absoluta” y del “credo del gran partido democrático” para “derrocar en absoluto todas las monarquías que están fundadas sobre la tiranía”, para conseguir no sólo la admiración de Europa, que ya tenían, sino la “del mundo entero”.

Sus últimas palabras ante los correligionarios madrileños, fueron para mostrar su admiración por el decano de la democracia, José María Orense (“ante el cual —decía el presbítero Romero— señores, si no fuera una blasfemia, me postraría para adorarlo”), y para pedir que se eligiesen a jóvenes demócratas para las Cortes Constituyentes, llegando en este punto a postularse como candidato a diputado, al afirmar que “no rehusaría” a la “representación de todo el pueblo”, como tampoco dejaría de verter su sangre “si en defensa de la Libertad fuera preciso”³⁸.

Por una Orden de 27 de octubre de 1868, Romero fue nombrado canónigo de la catedral de Tudela, beneficio eclesiástico del que nunca llegaría a tomar posesión, aunque firmase como “canónigo electo” algunos de sus escritos³⁹. Para el 11 de diciembre de ese año, había vuelto a Málaga para ejercer como capellán del municipio. Los liberales malagueños volvieron ese mismo día a celebrar por todo lo alto el aniversario de la muerte del general Torrijos. A Romero le correspondió nuevamente pronunciar la oración fúnebre en su memoria, que dio a la imprenta con una dedicatoria “A mis compatriotas”⁴⁰.

38. Acabó su discurso, entre aplausos, con una declaración política similar a otras suyas: “Me declaro con la fe más verdadera, ardiente seguidor del espíritu cristiano, de la verdad apóstol, de la esclavitud verdugo, del progreso en ciencias, artes, legislación y derechos el más notable anfitrión, y de la nefanda hipocresía perseguidor incansable; y esto sin que me espanten los tiros de la maledicencia, porque Dios es mi único escudo, su inspiración es mi palabra, mi ley es la libertad, y mis actos y mis creencias se hallan trazadas por los nobles españoles que sacrificaron nombre, porvenir y patria al triunfo sacrosanto de la santa Libertad”.

39. El ministro Romero Ortiz lo nombró para la canonjía vacante por el fallecimiento de Ramón Sanz, pero fue “a ocupar[la] —dice el presbítero— sobre las barricadas de Málaga”. Cf. E. Romero Jiménez, *Vindicación...*, p. 2, cols. 4-5; Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Histórico (en adelante, AMAEE, H) 2314, “Antecedentes relativos al presbítero Don Enrique Romero Jiménez y otros republicanos federales” (informe del ministro de Gracia y Justicia al de Estado del 6.XII.1877); y Antonio Aguayo, *La colonia española del Río de la Plata*, Imp. Rivadavia, Buenos Aires, 1877, p. 16.

40. *Oración fúnebre pronunciada en las honras del General Don José María Torrijos y compañeros mártires de la Libertad, el 11 de diciembre de 1868, por el presbítero [...], Canónigo electo de la Catedral de Tudela, y Capellán del Municipio de esta ciudad de Málaga*, Imp. de M. Martínez Nieto, Málaga, 1868, 12 pp.

En ésta, entre glorias a Dios, saludaba la revolución antiborbónica con un expresivo “¡Ha muerto la tiranía!”, se reafirmaba en su lema “Dios, Libertad y Ley” y, tras condenar la institución monárquica, hacía un canto a la libertad del pueblo:

Rotas las densas nubes que ocultaban al pueblo hispano los rayos esplendorosos del claro sol de justicia; derrocada la tiranía y muerta una institución que ha descendido al sepulcro entre la befa y escarnio de los mismos que la adoraban, podemos hoy repetir el grito de un pueblo cristiano que recogiendo en el pecho del humilde sacerdote, proclame el sagrado anhelo de una libertad sin trabas, la Soberanía del pueblo y el derecho inalienable de su libérrima constitución⁴¹.

Utilizando su habitual oratoria sagrada, Romero habló ese día de la “dinastía proscrita” y de cómo su “dominación bastarda” se había hundido en España. En la “patria de Padilla” el pueblo había recobrado la libertad al hacer “saltar en cien mil pedazos todas [las] cadenas”, “destrozando con sus hierros el árbol genealógico de Habsburgos y Bonaparte, de Orleans y de los Borbones”, es decir de todas las dinastías *extranjeras* habidas o de aquellas que se postulaban para el futuro, como la orleanista del duque de Montpensier. La revolución española era un ejemplo a seguir por los pueblos oprimidos, que terminarían derrocando los tronos. Inspirado en la ley de Dios, Romero afirmaba que “todos nacemos iguales y nadie tiene derecho de mandarnos”, “sólo el pueblo es Soberano” y su soberanía “colectiva” era inajenable, siendo sus representantes políticos unos meros “servidor[es]”. Con más suerte que Torrijos, la “gloriosa revolución española” de 1868 había derribado el último trono tiránico, el de “la hija del cruel Fernando”, acabando así una lucha de tres siglos “a la voz santa de *Patria* y de *Libertad*”. “Dios está con nosotros”, afirmaba el presbítero malagueño, pues al recobrar el pueblo español sus “derechos santos”, acabando con el “despotismo” de los reyes y regenerando la patria, había cumplido una “ley sagrada”. De acuerdo con los preceptos del “Evangelio de Cristo”, una “ley soberana de igualdad y fraternidad” debía, junto al perdón a los enemigos, coronar el edificio revolucionario. Con un tono de retórica mesiánica (“¡Dios mío: inspiradme en vuestra ley santa!”), y justificando su providencialismo en la doctrina de Lammenais, Romero rechazaba la “ley del fatalismo” y afirmaba que la revolución había sido un acto de “justicia divina”, por el que se condenaba “la supremacía de las razas que domina[ba]n” al pueblo. Ahora el “derecho divino antiguo” de los reyes había sido sustituido por el “derecho popular” y esto había hecho estremecer a “la Europa esclavizada por los déspotas”, que esperaba también su redención. Debía considerarse la revolución “como la sanción del cielo que providentemente se ha encargado de vengar los ultrajes sufridos por el pueblo” e, igualmente, “como una consecuencia de la pureza del evangelio que ha esparcido por el mundo el imperio y el triunfo de la igualdad y la libertad”.

Aunque eran “inescrutables los altos juicios de Dios” para instaurar el “reinado de la justicia”, “los derechos conquistados por la revolución de Setiembre” eran también una consecuencia de la lucha emprendida por los mártires de la “Libertad sacrosanta”, como Torrijos, Daoiz, Velarde, Riego, Pineda, Cámara y otros muchos. Derrocado el trono que

41. *Ibíd.*, p. 2.

“deshonraba” al pueblo español, tocaba levantar ahora —insistía también en este escrito— una “nueva institución” que asegurase “la virtud, el orden, la libertad, la descentralización del poder, la abolición de la esclavitud y del cadalso, de la dictadura y la tiranía, de la opresión y la muerte”. Para erigir la misma, Romero pidió, en recuerdo a Torrijos, un “juramento sagrado” que diese “vida a sus cenizas”, una “prueba de patriotismo”, como era el estar todos unidos y dispuestos a “morir por la libertad”, pues sólo así se salvarían los “derechos” conquistados que traerían la nueva institución: la república. En consecuencia, acabó su discurso con un brindis a la esperanza: “¡Quiera el cielo [...] que el venidero aniversario podamos conmemorarlo bajo las águilas de la República Española, en unión, igualdad y libertad!”⁴².

Ese año asistieron a la iglesia del Carmen, y escucharon a Romero, el gobernador civil, Joaquín Álvarez de Sotomayor (monárquico), el Ayuntamiento revolucionario en pleno, presidido por el progresista Pedro Gómez y escoltado por la compañía miliciana del capitán Manuel Cordero de la Vega, los empleados de todos los ramos, la oficialidad de marina, la administración militar y otras personalidades invitadas. Al empezar Romero el sermón, hubo cierta alarma, pues “era mucha la gente que pretendía entrar en la iglesia, ya llena, produciendo esto alguna confusión y carreras”. El presbítero anunció al público que más que un discurso religioso había preparado una oración de “carácter cívico político” y al saludar “desde el púlpito a la república española”, se dio en la “iglesia un *viva a la república*”. Acabada la oración fúnebre, la comitiva se dirigió a las playas de San Andrés, donde formaron unidas las fuerzas del ejército y de la milicia ciudadana de los Voluntarios de la Libertad, que hicieron conjuntamente las descargas de honor. Las autoridades y el acompañamiento se dirigieron luego a la plaza de Riego, dando por el camino vivas a la república el comandante de la milicia Antonio Hoyos. Frente al monumento a Torrijos se rezó un responso y desfilaron las fuerzas civiles y militares en un acto presidido por el comandante general y su estado mayor. Terminados los actos programados, el comandante José Antonio Aguilar, al frente de sus milicianos, irrumpió en un ¡viva la república federal!, que fue intensamente contestado por sus hombres al encontrarse en una de las calles con los ediles del Ayuntamiento que iban ya de retirada⁴³. Ese día no hubo enfrentamientos de gravedad, pero se puso de manifiesto la capacidad del presbítero Romero para movilizar con su palabra a los republicanos malagueños.

Por entonces, el novel dramaturgo eclesiástico volvió a editar *El mártir de la traición*, obra sobre la que merece la pena hacer algunas consideraciones. Los republicanos españoles, tanto federales (Roque Barcia) como unitarios (Eugenio García Ruiz), pusieron fre-

42. En Madrid, Romero visitó al presbítero Antonio Aguayo para llevarle su *Oración fúnebre* en 1869. Años después ambos republicanos rompieron su amistad en Buenos Aires y Aguayo criticó entonces con dureza las ideas político-cristianas de Romero. Cf. A. Aguayo, *La colonia...*, pp. 14-21.

43. *EAM*, 12.XII.1868, p. 2; para otros aspectos, v. el núm. del día anterior que dedica una plana “a la memoria de Torrijos y demás compañeros sacrificados”. Entre los actos no oficiales, cabe destacar el estreno de *¡El 11 de Diciembre!* en el teatro malacitano, drama original del joven republicano Francisco Flores García, por entonces obrero industrial, periodista y capitán de la milicia.

cuentemente como ejemplo de los desórdenes que podría traer una monarquía impuesta a un pueblo que acababa de tirar por los suelos el trono de los Borbones y del destino que le esperaba al futuro “rey extranjero”, el del ajusticiado Maximiliano I de México. Por eso, en la España revolucionaria de 1868, la obra de Romero cobró un renovado sentido político. El drama estaba dedicado al célebre poeta José Zorrilla, que había dirigido, por voluntad de Maximiliano, el Teatro Nacional de México entre 1865 y 1866, año éste en que regresó a España. Aunque Romero respetase en la obra la figura del emperador mexicano⁴⁴, que sucumbía víctima de la traición de su coronel López, las patrióticas razones del general republicano Escobedo para comprar la voluntad del anterior le exculpaban de toda maldad. Para los republicanos y liberales mexicanos los verdaderos traidores a la patria eran los compatriotas conservadores, como López, que habían aceptado un monarca europeo con el fin de continuar la guerra fratricida contra ellos⁴⁵. Escobedo luchaba por “combatir infames tiranías” (“¿Qué anhelas, patria mía...? / ‘Anhelos libertad’”) y por derrotar a un rey extranjero impuesto a México⁴⁶, por lo que negaba la acusación, hecha por un general rival, de que la prisión del emperador fuese fruto de una “vil traición”:

Vengar la afrenta tirana
Que un extranjero nos mande,
Es una acción siempre grande
Aunque no sea soberana.

Tras la revolución de 1868, otras escenas cobraban color antiborbónico y republicano español, como aquella en que Escobedo se reafirmaba en su propósito regicida para acabar con la opresora monarquía:

Tu sangre generosa, cual torrente
Derrama sin piedad la dinastía [...]
Ya no más sufrir, mi pueblo hermano!
Dios con su poder trazó el camino,
De esa raza fatal, con negra mano,
Y errante por doquier en su destino,
Bajar desde el dosel del soberano
Al infame puñal del asesino

44. “De tu martirio, Emperador, el mundo / Siempre guardará leal memoria!”, le dice un general fiel al saber su fatal destino. Maximiliano, aunque “extranjero”, aparece también en la obra como defensor de la “independencia” y la “libertad” de México. Romero era amigo de la infancia del general Miguel Marimón, fusilado junto a Maximiliano en 1867 (“La Ciega...”, *ECE*, 28.VIII.1880, p. 1, col. 4).

45. “Traidor a tu patria, vendiste el acero [...] Vendiendo al extraño la límpida honra”, le dice Escobedo a López.

46. “Esto sintió mi generoso anhelo, / Alzar el poder del mejicano: / No mendigar cual se mendiga al cielo, / El yugo horrendo de extranjera mano!”.

Que ahogue con su sangre y su agonía,
Su corona imperial y monarquía [...]
¡Rompamos mejicanos en pedazos,
Las cadenas que oprimen nuestros brazos!
Sí, sí, morir es gloria, pueblo mío,
Hundiendo en el olvido a los tiranos!

Durante la campaña electoral de 1868, el presbítero Romero publicó un manifiesto en el que decía a los malagueños que la “justicia” era la guía desinteresada de “todos los hombres honrados”, pero que había en política demasiados ambiciosos que olvidaban que debía hacerse una Constitución que efectuase la “redención pacífica” del siempre “mártir” pueblo español. El “rugido majestuoso del fuerte León ibérico” había puesto fin a la dominación monárquica de los Borbones, pero no del todo al “neo-catolicismo” que deshonraba y empobrecía a la patria. Cumpliendo, en su opinión, con los deberes de su ministerio, el presbítero defendía la república federal. Ésta suponía conspirar “contra todos los tronos de la tierra”, sin excluir “el de Roma”; reconocer la libertad de cultos, ya que los templos protestantes no asustaban a los católicos con fe; y hacer “economías” en el Estado suprimiendo los 200 millones del presupuesto eclesiástico, que absorbía “un clero catedral, sin ejercicio en la cristiana obra de la instrucción del pueblo”. Su programa político aspiraba a crear los “Estados Unidos Ibéricos” e, incluso, a algo más: “republicanizar” la Europa de los “Habsburgos y Bonapartes” y levantar una “confederación universal” basada en los justos y sagrados principios de libertad e igualdad. Por último, en el manifiesto volvía a insinuarse como candidato para las Cortes al decir a sus “compatriotas” que estaba “dispuesto a cooperar a la obra de su constitución futura bajo las bases de una república federal que sea digna sucesora de las instituciones democráticas que hemos aprendido de la otra parte del Atlántico”, en referencia a los Estados Unidos⁴⁷. Tuviera o no ambiciones de ser diputado, lo cierto fue que, llegadas las elecciones generales a Cortes Constituyentes de mediados de enero de 1869, Romero no formó parte de ninguna candidatura importante y tan sólo obtuvo 246 votos por la circunscripción de Málaga, faltándole más de trece mil para obtener el escaño⁴⁸. Tan malos resultados no deben interpretarse en términos de impopularidad, pues se explican, entre otras razones, por el hecho de estar entonces el cura republicano en el exilio.

47. Enrique Romero Jiménez, *Aclaraciones*, Imp. de la Libertad, Málaga, s.a., 1 h., 1 p. (Archivo Díaz de Escovar, ADE; agradezco a D^a. Trinidad García-Herrera, directora del Archivo y del Museo de Artes Populares de Málaga, las facilidades que me dio para consultar los documentos). El manifiesto de Romero parece estar motivado por la forma en que se llevó a cabo la elección del Comité electoral republicano, pues considera que la votación se hizo sin las suficientes garantías.

48. Archivo del Congreso de los Diputados, Serie Electoral, leg. 61, n^o 11. De los tres diputados que se elegían por esta circunscripción resultó elegido únicamente un correligionario suyo, Eduardo Palanca (14.209 sufragios), obteniendo también votos los republicanos Antonio L. Carrión (12.794), Fernando Garrido (12.116) y Roque Barcia (5.340). A Romero le seguían por número de sufragios dos sacerdotes monárquicos: Pedro Ignacio Cantero (78 votos), catedrático de Latín que había dirigido el Instituto de Málaga hasta octubre de 1868, y Miguel Sánchez López (63), conocido director de periódicos católicos de Madrid.

Efectivamente, Romero alcanzó protagonismo en Málaga durante la revuelta republicana de las navidades de 1868. Desde la noche del 29 al 30 de diciembre, los milicianos de la capital, bajo la jefatura de Romualdo Lafuente, levantaron barricadas para hacer frente a las tropas del general Caballero de Rodas, que venían de disolver las fuerzas populares de Cádiz. A Romero se le vio poner orden en una barricada el día 30 y salir, al día siguiente, a las afueras de la ciudad para reclutar a las compañías de voluntarios del campo, aunque sólo pudo traerse a unos treinta y cinco campesinos armados. Mientras Lafuente fracasaba en su intento por convencer a los jefes de las barricadas de que era imposible la defensa de Málaga y una decisión humanitaria el desistir de la idea para evitar muertes inútiles, Romero regresó a la ciudad dispuesto a movilizar a la población para que defendiera las barricadas abandonadas. A tal efecto repartió una proclama dirigida a los “*Milicianos*” el día 31, en la que les exhortaba a sacrificarse por la república. En ella les decía que “vivir sin honra” era “vida de afrenta” y que “morir con gloria” era “la muerte de los héroes”; que los “jefes traidores” que abandonaban “la causa sagrada del pueblo” se decían republicanos “por medrar”, y que a ellos, republicanos de corazón, les tocaba demostrar a “España entera” que peleaban por su “honor”, por la “libertad y por la justicia”. La alocución terminaba con un emocional y retórico llamamiento a la lucha: “¡A las armas! Morir hoy es vivir como los mártires de Cádiz. ¡Vengar la afrenta que sufren en sus prisiones y en el destierro los defensores de la Sagunto moderna! ¡A vuestros puntos! ¡A las armas! ¡Viva la República!”⁴⁹.

Su llamada no fue efectiva⁵⁰ e “indignó” al comandante general de la Milicia, Lafuente, que vio en sus palabras “el veneno de escondidos rencores, el deseo de popularidad, tan ilegítima como peligrosa, un golpe de bombo desentonado, e inconsciente”. El 1 de enero de 1869, mientras las tropas gubernamentales entraban en la ciudad, el presbítero Romero trató por su cuenta de negociar con las autoridades militares una salida honrosa, pero fracasó en su intento, siendo detenido, a su regreso, por el comandante de su batallón, Pedro Castillo. Los milicianos lucharon hasta el final, pero, como había predicho Lafuente, la toma de Málaga por el ejército fue imparables, destructora, sangrienta y despiadada, arrojando más de sesenta muertos y el doble de heridos, entre ellos niños, mujeres y ancianos inocentes⁵¹. Romero logró escapar a Gibraltar, desde donde escribió a

49. E. Romero, *Milicianos*, 1868 (ADE).

50. No obstante, la mentalidad del sacrificio existía entre los republicanos malagueños. Uno de los milicianos justificó el luchar, diciendo a su mujer: “¿Por qué lloras tonta, no sabes que la patria de los hombres libres está allí arriba? y señalaba con su bayoneta al cielo, si muero, amada Antonia enseña a mis hijos a ser buenos, honrados y republicanos y si preguntan por su padre les dirás que se ha ido en busca del hombre Dios, del mártir del Gólgota”. Cf. Antonio Porredon Ros de Eroles, *Reseña histórica de los acontecimientos de Málaga en los días 29, 30, 31 de diciembre de 1868 y 1º y 2 de enero de 1869*, Imp. M. Martínez Nieto, Málaga, 1869, p. 26.

51. Romualdo Lafuente, *Málaga y sus opresores. Relato verídico de los últimos sucesos de Málaga*, Orán, 1869, pp. 17 y 18; y A. Porredon, *Reseña histórica...*, pp. 11 y 17. Sobre la insurrección, v. Manuel Morales Muñoz, *El republicanismo malagueño en el siglo XIX*, La Memoria Presente, Málaga, 1998, pp. 62-71.

José M. Orense, y ponerse a salvo en Francia. Estando en París, Orense le envió una carta de recomendación para el político Louis-Antoine Garnier-Pagès, miembro del gobierno republicano francés de 1848, el 22 de enero. El consejo de guerra le sentenció a muerte el 11 de febrero, pero la amnistía de mayo de 1869 le permitió poner fin a su primer exilio y volver a Málaga⁵².

A raíz del alzamiento carlista de julio y agosto de 1869, que fue más que nada una protesta contra la libertad de cultos consagrada por la nueva Constitución, el ministro de Gracia y Justicia, Ruiz Zorrilla, mandó a los prelados, por un decreto de 5 de agosto, que informasen sobre aquellos sacerdotes que se hubiesen ausentado de su parroquia e, igualmente, que publicasen una carta pastoral exhortando a los religiosos a obedecer al gobierno. En respuesta a este requerimiento, el obispo de Málaga, Esteban José Pérez, comunicó al ministro que todo el clero de su diócesis era obediente a las autoridades y abstencionista en temas políticos, a excepción de los presbíteros Enrique Romero y Esteban de Rivas Maldonado. Éstos eran, según el prelado, enemigos de la Iglesia, “del Estado, del gobierno de la Nación, de la Constitución, y de los principios fundamentales de toda sociedad”. No estaban implicados en la causa carlista, reconocía el informe episcopal, pero trataban de subvertir el orden dedicándose “exclusivamente a hacer la propaganda de la República Federal” y a inculcar los principios del “socialismo y el comunismo” por los pueblos que recorrían⁵³.

Como los sacerdotes Romero y Rivas no tenían nada que ver con la insurrección carlista, el obispo de Málaga se convirtió en el blanco de la prensa anticlerical. Desde *La Bandera Roja*, periódico madrileño que tenía como lema “Ni Dios ni Papa”, Romualdo Lafuente criticó al “embustero” obispo malacitano por “vomita[r] hiel contra dos curas republicanos”. Otro periódico de la capital, *Gil Blas*, en el que escribían Roberto Robert y otros anticlericales, publicó la “Corrida de obispos”, en la que Ruiz Zorrilla actuaba como diestro⁵⁴. Romero, por su parte, publicó la hoja exculpatoria *La circular del obispo*, fechada el 4 de septiembre de 1869, en la que insultaba al prelado malacitano y arremetía, de paso, contra la pena de muerte en el Estado papal, que regía el antiliberal Pío IX: “la asquerosa declaración de un obispo como Esteban José Pérez, de quien se avergüenza hasta Roma, sin embargo de que Roma no se avergüenza de levantar cadalsos en pleno siglo XIX”, exponente de ese “clero repugnante, absolutista, hipócrita y embaucador y ciego que desprecia su misión de consoladora paz”. Repasando la historia, Romero criticaba la inmoralidad de varios papas y se identificaba con las figuras heréticas de Juan Huss y Jerónimo de Praga, muertos en las hogueras inquisitoriales, como más fieles a las

52. E. Romero, *Vindicación...*, p. 2, col. 2; *EDE*, 29.VII.1922; y Arturo Berenguer Carisano, *España en Argentina (Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional)*, Buenos Aires, 1953, p. 68.

53. Romero participó en las campañas de propaganda republicana en las provincias de Málaga y Cádiz. Domingo Puerto lo conoció en un acto de Jerez en 1869 (“De un compañero de armas”, *EDE*, 29.VII.1922).

54. Gregorio de la Fuente Monge, “El enfrentamiento entre clericales y revolucionarios en torno a 1869”, *Ayer* 44 (2001), pp. 127-150, p. 147.

enseñanzas del “Maestro” y “Mártir del Calvario”. Los “príncipes de la Iglesia”, su jerarquía, y la impiedad de parte del clero, especialmente el capitular, deshonoraban el carácter sagrado de la institución eclesiástica que debía cumplir una misión “de salvación, de justicia y de caridad”. Por último, el presbítero republicano, volvía a defender públicamente la separación Iglesia-Estado y la República democrática y federal como aspiración política redentora⁵⁵.

En 1869, el *Cura Romero*, como se le empezaba a conocer, comenzó a colaborar en la prensa republicana malagueña. Por un artículo publicado en el diario *La Soberanía del Pueblo*, el Juzgado de Málaga le abrió una causa por desacato a la autoridad el 2 de agosto de ese año, que no llegó a tener mayores consecuencias⁵⁶. Al mes siguiente, Romero entró como redactor en el nuevo diario republicano *El Grito de la Revolución*, dirigido por Ángel Mercier Ruiz e ilustrado por el periodista y dibujante gráfico Emilio de la Cerda, que tuvo una vida efímera al ser suspendido, a raíz de iniciarse la insurrección republicana, el 5 de octubre⁵⁷. Por otra parte, en el verano del 69, Romero también mantuvo correspondencia con el general republicano Blas Pierrad y con el secretario de la llamada Asamblea Española de los Pactos Federales, Ricardo López Vázquez. Éste comunicó a las comisiones de la Federación Bético-Extremeña el acuerdo de la Federación Nacional del 26 de septiembre, por el que Romero fue nombrado “especial agente”, investido de “toda la autoridad que en nosotros habéis delegado”, por lo que debía ser obedecido “en todo” por los republicanos⁵⁸.

En el levantamiento federal de octubre de 1869, que cubrió gran parte del país, el presbítero Romero fue uno de los principales cabecillas que se alzaron en la provincia de Málaga⁵⁹. Mandó una partida que recorrió los pueblos de Alozaina (donde recaudó 200

55. Enrique Romero Jiménez, *La circular del obispo*, Imp. de El Grito de la Revolución, [Málaga, 1869], 4 pp. (ADE); y Enrique Conesa García, “Enrique Romero y Esteban de Rivas. Dos presbíteros desobedientes”, *Jábega* 45 (1984), pp. 31-38, pp. 33-35.

56. Según informó el juez decano de Málaga al gobernador militar el 9.XI.1876, la instrucción de esta causa fue archivada el 24.IX.1870 al reformarse la ley de procedimiento. Cf. AMAEE, H 2314, “Antecedentes...”

57. Sobre estos diarios, ver Antonio Checa Godoy, *El ejercicio de la libertad. La prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006, p. 184; y M. Morales Muñoz, *El republicanismo...*, pp. 73-74.

58. E. Romero, *Vindicación...*, p. 2, cols. 2 y 4. La carta de Pierrad, del 7 de agosto, decía que la “Asamblea de Representantes de los Pactos se ha[bía] declarado permanente, en vista de la gravedad de las circunstancias” y le pedía que sostuviera “el entusiasmo de esas localidades por el triunfo”, pero “sin precipitarlo”.

59. Según un informe de la Audiencia de Granada, Romero entró en la villa de Benaoján (partido de Ronda), donde “pronunció repetidos discursos tanto desde los balcones como en la plaza pública” incitando a la rebelión contra el gobierno y proclamando la república federal, el 18.IX.1869. Pero, al menos que esté equivocado el mes, debió tratarse de un mitin previo a la insurrección, pues el alzamiento federal se inició en Cataluña a raíz de la detención de Pierrad en Tarragona el 20 de septiembre y hasta octubre no se extendió al resto del país. Cf. AMAEE, H 2314, “Antecedentes...”; y Enrique Romero Jiménez, *Al pueblo [...] Ginebra, 15 de noviembre de 1869*, Imp. de M. Oliver, s. l., [1869], 1 h, 2 pp. (ADE), donde afirma que se alzó en octubre.

escudos), Yunquera y, ya en la Serranía de Ronda, de Parauta, Júzcar, Faraján, Algotocín, Jubrique, Genaguacil y Gaucín. Su columna no pudo encontrarse, como estaba previsto, con las malagueñas que capitaneaban el sacerdote E. de Rivas y F. A. Aguilar, pero sí con la comandada por los gaditanos Fermín Salvochea y José Paúl y Angulo, con la que tuvo un primer contacto en Júzcar el 8 de octubre, población en la que los republicanos requirieron armas, municiones, aguardiente, comestibles, caballerías y dinero⁶⁰. Al día siguiente, Salvochea y Romero firmaron los recibos de los 333 escudos recaudados en Jubrique y todavía el día 10 pernoctaron juntos en Genaguacil, separándose ambas partidas a la mañana siguiente⁶¹. La columna republicana de Salvochea se había enfrentado a las fuerzas gubernamentales en las proximidades de Ronda el día 7, batiéndose desde entonces en retirada hasta ser derrotada y disuelta en los decisivos encuentros que tuvieron sus hombres en Jimena de Líbar, con el coronel Prado, el día 11 o 12, y entre esta población y Benaoján el día 15, en el que hallaron la muerte el diputado Rafael Guillén y el joven Cristóbal Bohórquez a manos del coronel Luque⁶². Desde entonces, Romero puso sus hombres al servicio de Salvochea y cubrió la retaguardia de los restos de su partida por las montañas de Cartajima hasta entrar en la provincia de Cádiz. Junto a Salvochea y Paúl, Romero logró refugiarse en Gibraltar, donde se encontró con Rivas, Francisco Solier y otros republicanos andaluces⁶³.

Nuevo exilio en Europa

Desde el Peñón, el cura Romero se trasladó a Lisboa y más tarde a Ginebra⁶⁴. Allí dio un manifiesto *Al pueblo*, fechado el 15 de noviembre, donde daba cuenta de sus nueve

60. Según denunció el párroco de Júzcar, tras abandonar la población su casa fue "descerrajada" y robada por orden del cabecilla Paúl, llevándose los republicanos "unos" 22 duros (AMAE, H 2314, "Antecedentes..."). En esos días, Salvochea y Paúl iban acompañados por Serafín Salvochea, José González Rojas, Francisco Fernández González (alias *Cartucho*), Antonio Bernal y otros sublevados, que tuvieron contacto con Romero.

61. Según Romero, también firmó junto a Salvochea los recibos de lo recaudado en "Benafará", población rondeña que no ha sido posible localizar (E. Romero, *Al pueblo...*). Aunque las noticias sobre anticlericalismo deben tomarse con cuidado, *La Iberia* de Madrid, de 13.X.1869, publicó la siguiente: "En la noche del 10, que pernoctaron las partidas de Salvochea, Paúl y presbítero Romero con cuatrocientos hombres en Genaguacil, se acuartelaron en la iglesia, de la cual se llevaron todas las ropas y alhajas, habiendo desnudado los santos y cometido todo género de profanaciones".

62. El jerezano Domingo Puerto, que era miembro de la partida de Guillén, vio a Romero en Benaoján poco antes de ser capturado su jefe. Durante la República, Puerto fue concejal y cantonalista en Jerez y Cádiz, por lo que emigró a Buenos Aires en octubre de 1873 ("De un compañero...", *EDE*, 29-VII-1922).

63. Romero se encontraba en Gibraltar el 17 de octubre (*La Iberia*, 17.X.1869, p. 2).

64. Da noticia de los emigrados en Lisboa, Francisco Rispa Perpiñá, *Cincuenta años de conspirador (memorias político-revolucionarias), 1853-1903*, Lib. Vilella, Barcelona, 1932, pp. 137-140. El presbítero Rivas, en cambio, acabó en Orán y, tras jurar la Constitución monárquica de 1869, fue repatriado por estar muy enfermo. Cf. Juan Bautista Vilar, *El Sexenio Democrático y el Cantón Murciano (1868-1874)*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1983, p. 287.

días de correrías por la sierra malagueña y de los 708 escudos recaudados, de los que sólo conservaba catorce al entrar en Gibraltar. En el manifiesto culpaba de la insurrección federal al “violento golpe de la traición sagastiana, que suspendió las garantías constitucionales”. En consecuencia, justificaba su alzamiento en la defensa de los “sacrosantos derechos de la revolución”, en los derechos que había conquistado el pueblo “al destrozar ese trono inundo que pesaba como una losa sobre la libertad de la patria”, pues cuando se trataba de los “derechos del hombre”, prefería “antes morir que traicionar la obra de Dios”. No obstante, el presbítero terminaba su alocución al pueblo pidiendo que no hubiese “más sangre” y que se confiase nuevamente en la ilustración y el “proselitismo de la ciencia” como motor de la “revolución de nuestro siglo”; por lo que prometía seguir, desde su destierro, contribuyendo a levantar “ese pedestal sagrado de la civilización cristiana, fuente de la democracia”, que era la igualdad, la fraternidad y la justicia⁶⁵.

Desde Suiza, Romero figuró como redactor y corresponsal de *La República Ibérica*, diario de Miguel Morayta que apareció en Madrid a primeros de diciembre de 1869⁶⁶. También desde el exilio dio a la imprenta la *Carta del presbítero Romero a Emilio Castelar*, fechada el 15 de ese mismo mes, en la que expresaba nuevamente sus ideas republicanas cristianas⁶⁷. A pesar de su trayectoria revolucionaria y de sus referencias a Estados Unidos, todo indica que el presbítero se identificaba con el pensamiento político de Castelar, al que consideraba su amigo, y con el federalismo más templado. Al respecto, Morayta, como director de dicho diario, fue uno de los firmantes de la *Declaración de la prensa republicana de Madrid* de 7 de mayo de 1870, pro-unitaria y contraria al federalismo pactista pimargallista (sustentado oficialmente por la dirección del partido), al que tachaba de “confederal” (separatista), por lo que reivindicaba para los suyos la denominación de republicano “federal”⁶⁸. Por otra parte, durante esos meses mantuvo correspondencia con los diputados general Pierrad, preso entonces en el castillo de Montjuich, y Eduardo Palanca, retraído en ese momento de la política⁶⁹.

Por su participación en el levantamiento republicano de octubre de 1869, Romero fue sumariado por el Consejo de Guerra permanente de la provincia de Málaga en

65. E. Romero Jiménez, *Al pueblo...*

66. *La República Ibérica*, Madrid, n.º 1 (“Prospecto”, del 1.XII.1869).

67. Enrique Romero Jiménez, *Carta del presbítero Romero a Emilio Castelar*, Imp. de los Ferro-carriles, Madrid, [1869], 1 h., 2 pp. (HMM). Reivindica la democracia como un legado de Confucio recogido por el cristianismo, la verdad del Evangelio y la figura de Jesucristo redentor en el Gólgota (al igual que Castelar). El Vaticano había dejado de cumplir su función evangélica para forjar nuevas cadenas contra la libertad del pueblo y la batalla se planteaba entre el neocatolicismo y la Libertad, fundamentada en la tradición cristiana.

68. Manuel de la Revilla, *Historia y defensa de la Declaración de la prensa republicana*, Imp. de La Discusión, Madrid, 1870, Apéndice 3. Sobre el proyecto republicano federal, v. Gregorio de la Fuente Monge, “Monarquía y República en la España revolucionaria (1868-1873)”, en Ángeles Lario (ed.), *Monarquía y República en la España contemporánea*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 205-229, pp. 217 y ss.

69. E. Romero, *Vindicación...*, p. 2, cols. 2-3. El intermediario entre él y Palanca era el amigo común Carrión.

noviembre de 1869, pasando la instrucción de su causa al juez de primera instancia del distrito de Santo Domingo de la capital el 18 de diciembre siguiente⁷⁰. Por su parte, el juez de Ronda, Baldomero Blanco y Flores, le instruyó una causa criminal por “rebeldía” y le condenó a cuatro años y nueve meses de prisión menor, que no cumplió por estar huido. Este mismo juez, también acordó, por los delitos contra la propiedad cometidos durante el alzamiento, la prisión de Romero, los hermanos Salvochea, González Rojas y Fernández González, por un auto de 13 de abril de 1870⁷¹. No obstante, por la amnistía de delitos políticos de 9 de agosto de 1870, fueron sobreseídas todas las causas abiertas contra Romero por su participación en la insurrección federal del año anterior⁷².

Romero aprovechó la amnistía para regresar a España y seguir su carrera de agitador político. Poco después de celebrarse las primeras elecciones del reinado de Amadeo I, su ruptura con la dirección republicana malagueña se hizo evidente. Estando en Madrid, publicó un manifiesto *Al Partido*, fechado el 18 de abril de 1871, en el que denunciaba que el “elemento oficial del partido republicano de Málaga” había aprovechado su ausencia para tratar de destruir su reputación entre los correligionarios, algo que no había conseguido ya que aún tenía “la justa satisfacción de que el pueblo se hallaba a [su] lado”. Él era el “mismo que siempre h[abía] sido en política” y para su proyecto político lo importante eran las clases populares y no las elites del partido. Jamás había adjurado de la fe de sus padres y defendía con la “misma entereza y energía” de siempre los “principios democráticos republicanos federales”, que eran la aspiración constante de su vida “para llegar a la consolidación de una república cristiana en [su] patria”⁷³. El manifiesto fue publicado por el diario malagueño *La Tribuna*, que dirigía el federalista Juan José Relosillas, donde el presbítero publicó ese año varios artículos. Por uno de ellos, un juez de Málaga le abrió una causa por el delito de inducir a la sedición, al considerar que en el escrito se estaba “incitando las pasiones populares”, siendo la misma, finalmente, sobreseída por un auto judicial de 25 de septiembre de 1871⁷⁴. Para esta fecha, Romero se había fugado del país para evitar ser detenido, pues el 11 de junio había sido arrestado en Barcelona al salir de una reunión de la Asociación Librepensadora y, tras ser puesto en libertad, ya en julio, fue a Gerona para hacer propaganda republicana, siendo allí donde escapó de las autoridades que querían detenerle nuevamente⁷⁵.

70. Siguiendo las órdenes del ministro de la Guerra, el capitán general del distrito, Antonio del Rey, dispuso, el 17.XII.1869, que las “causas pendientes que se instrúan por la Comisión permanente” de la Guerra pasasen a los tribunales civiles. Cf. AMAEE, H 2314, “Antecedentes....”

71. *Gaceta de Madrid*, 15.V.1870, p. 2.

72. AMAEE, H 2314, “Antecedentes....”

73. Enrique Romero Jiménez, *Al Partido Republicano Federal de Málaga*, Imp. de la Tribuna, [Málaga, 1871], 1 h., 1 p. [ADE].

74. AMAEE, H 2314, “Antecedentes....” Dicho auto del juez de Málaga, dado al día siguiente de otro por el que igualmente se archivaba la causa que tenía pendiente desde agosto de 1869 por el artículo en *La Soberanía del Pueblo*, fue aprobado por la Audiencia Territorial de Granada el 14 de diciembre de 1871.

75. *La Convicción*, Barcelona, 12 y 13.VI, y 22.VII.1871, pp. 3573-3574, 3604 y 4463. Según este

Periodista y agitador en Buenos Aires

Estando en Burdeos, Enrique Romero conoció al comerciante José M. Mascías, que le aconsejó emigrar a Río de la Plata, cosa que hizo con prontitud, llegando a la capital argentina en mayo de 1872⁷⁶.

Al poco de estar en Buenos Aires, Romero se hizo socio de la Sociedad Española de Socorros Mutuos y del Casino Español (llamado Club Español desde septiembre de ese año). El 30 de junio, asistió a la colocación de la primera piedra del Hospital Español, en el solar adquirido por la Sociedad Española de Beneficencia en la calle Belgrano esquina a la de Rioja; día de alegría para la colonia española, en el que Romero pudo gritar por primera vez en tierras americanas “¡Viva España!”⁷⁷. Por entonces, presentó un proyecto de creación de un periódico en una reunión del Casino Español, en la que la asociación decidió regalarle una imprenta manual, que fue instalada en la calle San Martín, esquina a Lavalle. Unos días después, Romero fundaba el diario *El Correo Español*, cuyo primer número vio la luz el 29 de julio de 1872, fijando poco después la redacción e imprenta del periódico en la calle Belgrano (seis años más tarde, en la de Rivadavia, entre el antiguo Teatro Colón y la calle Reconquista, semiesquina a 25 de Mayo)⁷⁸. También en Buenos Aires, Romero se inició en la masonería, en la que permaneció el resto de su vida, ingresando en la logia *Unión del Plata* núm. 1 el 9 de septiembre de 1872⁷⁹.

Dos meses después de su aparición, *El Correo Español* tuvo su primer tropiezo con las autoridades, siendo suspendido cautelarmente por el gobierno el 7 de octubre de 1872⁸⁰.

periódico carlista, el cura Romero, que había sido expulsado de la diócesis malagueña y tenía prohibido usar el traje talar, fue detenido cuando hablaba en la reunión librepensadora y “atea” celebraba en la Casa Lonja. Según *La Independencia*, el acto librepensador se celebró en el antiguo local del Club del Centro y fue al salir de allí cuando fue detenido en la Rambla. La *Crónica*, por su parte, añade que su detención no obedeció a su participación en dicho acto, sino a un mandato judicial por una causa que se le estaba instruyendo.

76. *EDE*, 29.VII.1922; y A. Berenguer Carisono, *España en Argentina...*, pp. 68-69.

77. Sobre las sociedades españolas, ver Rafael Calzada, *Cincuenta años de América. Notas autobiográficas*, Volumen I (*Obras Completas*, Tomo IV), Ed. de Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1926, pp. 167-178.

78. Cf. “Voces amigas: *La Prensa*”; Manuel G. Llamazares, “Homenaje”; Ricardo Conde Salgado, “Antaño y Hogaño”; y Adolfo Senés, “Deberes de honrada sangre”, en *EDE*, 29.VII.1922. El cambio a Belgrano pudo deberse a que Romero comprase la imprenta de *La Razón Española* (1866-67), véase A. Berenguer Carisono, *España en Argentina...*, p. 69.

79. Silvia Fridman y María M. López, “Comentarios periodísticos en torno al incendio del Salvador”, en *Tercer Congreso de Historia Argentina y Regional*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1977, pp. 229-239, pp. 232-233, donde se dice que también fue párroco de la iglesia de la Merced. Igualmente, a su llegada, fue profesor de latín y castellano; *EDE*, 29.VII.1922.

80. Daniel Rivadulla, “El exilio republicano”, en D. Rivadulla, Jesús R. Navarro y María Teresa Berruero, *El exilio español en América en el siglo XIX*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 381-382. Según este autor, la circunstancial desaparición del diario, llevó a Romero a fundar *El Cosmopolita*, que cesó a los pocos días de su lanzamiento. Con ese nombre crearía otro periódico en Montevideo a finales de 1874.

A pesar de sus repetidas suspensiones, el periódico se convirtió en poco tiempo en el principal medio de comunicación de la colonia española. Como director y propietario de este influyente diario, Romero alcanzó en la ciudad porteña un prestigio del que había carecido en España, donde su imagen de clérigo revolucionario, fanático y furibundo, aunque creada por la prensa monárquica, era asumida también por parte de sus correligionarios.

En 1873, Romero amplió su empresa editorial con la publicación de libros y folletos hechos en el taller de su periódico y vendidos, desde agosto del año siguiente, en su propia librería. La *Biblioteca del Correo Español* la inauguró con la reedición de su drama *El Emperador Maximiliano*⁸¹, al que siguieron obras de propaganda política, literarias y de difusión cultural y científica, así como estudios jurídicos, catálogos de exposiciones y reglamentos de asociaciones⁸². Con el periódico y la editorial, Romero ganó influencia entre los miembros más activos de la colonia y reforzó su posición en la elite social e intelectual española, desde la que cultivó sus apoyos asociativos, profesionales, políticos y del mundo de la cultura en el Plata. Para Alejandro Herrero, la *Biblioteca* fue un nuevo instrumento en manos de Romero para difundir una “cultura española moderna”, capaz de transmitir una imagen positiva de España como país europeo civilizado, culto y que avanzaba por las vías del progreso, siendo su pasado legado en América el propio de un pueblo celoso de su “independencia” y “patriotismo”, y su aportación presente el de una inmigración creadora de riqueza en el comercio, la industria y la agricultura. Con ello, Romero contrarrestó la visión negativa de los políticos y escritores argentinos, como Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, que presentaban a España como un país atrasado, sin comercio ni intelectuales de importancia, sin científicos, productora de una emigración que, más que enriquecer y civilizar, empobrecía y embrutecía el país al que llegaba⁸³.

Defender a los miembros de la comunidad española de los ataques recibidos, dando una respuesta colectiva y patriótica a sus enemigos, se convirtió muy pronto en uno de los objetivos de Romero. Una de las campañas de *El Correo Español* con mayor repercusión, tanto en Argentina como en España, fue la realizada en 1873 para demostrar la inocencia de Josefa Zuquillide, una joven criada acusada de robar las joyas de la casa en la que

81. *Leyenda dramática*, 3ª ed., Imp. de El Correo Español, Buenos Aires, 1873.

82. Entre otras obras, algunas citadas en otro lugar, publicó: *El guía hidrópata* (V. López Otero), 1873; *La República de 1873* (F. Pi y Margall), *Reglamento de la Sociedad Progreso*, *Estudio de las obligaciones condicionales* (A. de P. Aleu), *Estatutos de la Sociedad Filantrópica de Beneficencia El Renacimiento*, *Reglamento de la Sociedad La Marina*, 1874; *La armonía social* (Villegardelle, seud. de A. Aguayo), *Datos interesantes de la Revolución Argentina* (Aguayo), *Ocios de un pelegrino* (Manuel V. Barros), *Estatutos del Club Industrial de Buenos Aires*, 1875; *Primera Exposición Industrial Argentina*, *Estatutos de la Asociación Extranjera de Socorros Mutuos en La Rioja*, 1876; *Memoria de la Sociedad Española de Beneficencia*, 1878, etc.

83. Alejandro Herrero, “La prensa española: surgimiento y consolidación”, en Hugo E. Biagini (ed.), *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París Americano en las postrimerías del siglo XIX*, Diputación Provincial, Sevilla, 1993, pp. 116-130, pp. 122-123. Imagen negativa que, no obstante, era unificadora de todos los españoles como miembros de una misma comunidad étnica.

trabajaba. La dueña de la casa, señora de Etchegaray, y su yerno, un joven y prometedor abogado, además de respetable activista por la independencia de Cuba, llamado Ángel G. Carranza Mármol, golpearon y amenazaron de muerte a la muchacha para que confesase, antes de ser detenida y encarcelada por orden del juez. El periódico se solidarizó desde el primer momento con esta joven de origen vasco y cultivó la idea de que toda la comunidad española estaba con ella por creerla inocente. No sólo eso si no que Romero promovió en el Club Español la constitución de una comisión en su defensa, a la que convocaba para sus reuniones desde el periódico y de cuyas resoluciones daba cumplida cuenta a los lectores. Tras convertir a la joven en una mártir, organizar constantes visitas a la cárcel, cosechar muestras de simpatía y, finalmente, conseguir demostrar su inocencia, pues la demandante terminó confesando la aparición de las joyas, Romero capitalizó su campaña a favor de la justicia y la igualdad al quedar Josefa en libertad a mediados de octubre. El director del *Correo*, el día que fue a buscarla a la cárcel, llamó a la movilización en la calle, organizando una gran manifestación de desagravio que estuvo protagonizada por él: acompañó a la sirvienta en carruaje hasta la Casa de Gobierno para agradecer al ministro de Justicia su intervención, pronunciando un emotivo discurso que fue vivamente aplaudido por el numeroso público, del que formaban parte no sólo españoles, sino también argentinos y personas de otras nacionalidades. Desde ese día Enrique Romero se convirtió en un personaje popular y en el primer protector de los españoles que sufrían penalidades y desamparo en la emigración. Incluso promovió, sin detenerse en consideraciones sociales, según se dijo en España, una causa judicial para ajustar cuentas con la familia del “infame y cobarde apaleador de mujeres”⁸⁴.

Este episodio de Zuquívilde fue importante por varias razones. Romero demostró por primera vez que era capaz de movilizar a sus compatriotas desde *El Correo Español*. El periódico había denunciado una injusticia de la que podía ser víctima cualquier español humilde, había señalado como culpable de la misma a las elites políticas del país, que la consentían, y a las clases argentinas pudientes, que se sentían impunes ante las autoridades por su trato arbitrario a los inmigrantes, y propuesto como solución la movilización de toda la comunidad española por incumplir el agravio a todos por igual. Los españoles que seguían el caso por el periódico y que salieron a la calle para hacer pública su solidaridad con la joven sirvienta, lo hicieron por identificarse con esa “comunidad” que se decía perjudicada por los desprecios y vejaciones que recibían por ser extranjeros⁸⁵. Si en esta confrontación colectiva, el “nosotros” identitario estaba claro,

84. *La Iberia*, 29.X.1873, p. 3, col. 3; y Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Ed. Elche, Buenos Aires, 1983, t. 6, p. 397 (“Romero Jiménez, Enrique”). A raíz de la campaña, *ECE* recortó su subtítulo: de “Diario político y de noticias, mercantil, industrial y agrícola” pasó a “Diario político y de noticias”, el 10.X.1873; empezó por entonces a incrementar sus suscripciones y ventas, hasta entonces humildes. Por otra parte, el Dr. Carranza llegaría a ser un conocido político argentino.

85. Romero se refiere a su condición de extranjero *En mi destierro*: “Y en estos pueblos / Do veo la saña / Contra mi España, / No sé cantar [...] / Pero que nadie / Como a extranjero / Me insulte fiero / Al despertar”; Enrique Romero Jiménez, *Álbum poético*, El

Alejandro Herrero concreta la construcción del “otro” (a partir del discurso del *Correo Español*), no sólo en el gobierno y régimen político (el “autoritario” Domingo Faustino Sarmiento, su “república monárquica”) y en las clases propietarias que abusaban de los inmigrantes, sino también en las elites intelectuales argentinas que lo legitimaban y en el provincianismo: es decir, en los españoles que albergaban fuertes sentimientos regionalistas y se mantenían indiferentes ante los agravios que sufrían sus compatriotas de otras provincias⁸⁶.

Para 1874 *El Correo Español* era ya el decano de la prensa de la colonia española, contaba con muchos suscriptores y era leído —según Serafín Álvarez— “por la mayoría de los españoles” establecidos en la capital rioplatense⁸⁷. Romero podía considerarse, por tanto, el portavoz más cualificado de los españoles en la Argentina. A diferencia de otros periódicos que tenían un único redactor, el *Correo* siempre contó con varios escritores en plantilla. Para febrero de 1874, en que se incorporó a la redacción Modesto Rodríguez Freire (El Ferrol, 1857), residente hasta entonces en Montevideo, la misma estaba formada por el madrileño Arturo de Ased (arquitecto y poeta), Casimiro Prieto Valdés (Reus, 1847), Eusebio Cort, Rafael Navas (doctor en leyes), César Cisneros Lucas (Muros, 1849), Juan Alcántara, Enrique Ortega (Madrid, 1848), Carlos Melchor de Egozcue (Madrid, 1851; doctor en filosofía) y el jurista Dr. Arnaud⁸⁸.

Por donde iba Romero, resumaba el patriotismo español⁸⁹. En sus campañas y giras benéficas, tuvo presentes no sólo las necesidades de sus compatriotas de la inmigración, sino también las sociales y políticas de su lejana patria. Defender los intereses patrios allí donde estuviesen amenazados, combatiendo en la medida de sus posibilidades a los enemigos, formaba parte del decálogo del director del *Correo Español*. Tal principio se manifestó en la defensa a ultranza de la españolidad de Cuba durante la guerra de los Diez Años, pero también en el apoyo que dio a los liberales en la guerra civil carlista⁹⁰.

Correo Español, Buenos Aires, 1873, 87 pp., pp. 36-40.

86. A. Herrero, “La prensa española...”, pp. 120-121. Cf. Alejandro Herrero y Fabián Herrero, “Política i prensa espanyola a Buenos Aires. Un estudi de cas”, *L’Avenç* 159 (1992), pp. 38-40, p. 39.

87. S. Álvarez, “Emigración española”, *ECE*, 9.VIII.1874; Cf. A. Herrero, “La prensa española...”, p. 116.

88. M. Rodríguez Freire, “De cómo entré en El Correo Español”, *EDE*, 29.VII.1922. Excepto para Cisneros, los lugares y años de nacimiento en V. O. Cutolo, *Nuevo Diccionario... Relación de periodistas y otros “españoles de significación”*, en R. Calzada, *Cincuenta años... (I)*, pp. 160-161, 179-191 y 195-197.

89. El joven Senés asistió a una conferencia suya en Córdoba, a donde fue a recaudar fondos para las víctimas de una inundación de Murcia, y de ella recordaba que “todo eran allí saludos y vivas a España, la Argentina y Romero” (A. Senés, “Deberes de honrada sangre”, *EDE*, 29.VII.1922).

90. Testimonio de ello fue el *Álbum dedicado a los heroicos voluntarios de Cuba por los españoles residentes en la República Argentina*, impreso en *ECE* en 1874. También su poesía *¡Cuba por España!*: “Vela, León. Ruge y mata / Con noble coraje y saña. / ¡Venga la honra de España! [...] / ¡Sus! y a morir españoles! / La de Cuba es nuestra tierra. / Antes que venderla... ¡guerra! / Nuestra divisa... ¡el León!” (E. Romero Jiménez, *Álbum poético...*, pp. 30-33).

En tiempos de la conservadora República Española de 1874, al conocerse el resultado de la primera batalla de Somorrostro, en la que los liberales no pudieron levantar el cerco carlista a Bilbao, Romero convocó una reunión patriótica en el Club Español el 14 de abril, en la que fue bien acogida su idea de organizar comisiones de *Auxilios a España* por toda Argentina para recaudar dinero con destino al gobierno de Madrid⁹¹. El día 23, *El Correo Español* ponía en marcha esta “idea patriótica” llamando a la constitución de las comisiones y abriendo una suscripción popular para ayudar al gobierno español “en la terrible lucha que sost[enía] contra los carlistas”. Para el periódico, que se definía como republicano, demócrata y liberal, ya no había nada que le impidiese “impulsar toda clase de odios contra ese bando aborrecido que est[aba] labrando la ruina y desgracia de la Nación española”. Los carlistas eran “hijos del crimen, del fanatismo y de la superstición”, por lo que ayudar al gobierno republicano era un “propósito noble y grandioso”: “¡A la obra pues, al grito de ¡Viva España!”, eran las últimas palabras de su patriótico llamamiento⁹². Para Romero, “la República agoniza[ba] en el suelo de nuestros antepasados”, estaba “amenazada de muerte” por la guerra que enfrentaba al “ángel de los pueblos” con “el demonio de la teocracia despótica”, por lo que extendía su llamamiento a todos los liberales defensores de la causa del pueblo, incluida la “juventud” de Río de la Plata. Al respecto, el director del *Correo* publicaba la carta de un argentino molesto por no haber sido invitado a la reunión preparatoria, pues también él protestaba contra “la barbarie del absolutismo monárquico” y consideraba que la guerra de España era una pugna entre los principios absolutistas y republicanos, por lo que siendo los argentinos amantes de la “libertad” no podían desear otra cosa que “verla al frente del pueblo español”⁹³.

La campaña pro-liberal y humanitaria fue exitosa y por todo el país se recaudaron fondos con destino a las víctimas, viudas y huérfanos, de la guerra civil. Al final, el Directorio de *Auxilios a España* acordó no entregar el dinero recaudado al gobierno de España sino al duque de la Victoria, para que lo repartiera entre los damnificados⁹⁴. No obstante, de esta labor terminó encargándose la duquesa de Medinaceli, a la sazón presidenta de la

91. Propuesta, convocatoria y noticia de la reunión, en “Auxilios al Gobierno Español” y “Auxilios a España”, *ECE*, 1, 14 y 16.IV.1874, pp. 1.

92. “Auxilios a España”, *ECE*, 23.IV.1874, p. 1.

93. E. Romero Jiménez, “Al pueblo argentino”, *ECE*, 23.IV.1874, p. 1. La carta del amigo argentino argumentaba que: “El absolutismo es la teocracia aliada a la política. Rey absoluto es sinónimo de Papa infalible [...] La república es la libertad autonómica del municipio, de la provincia, de la nación, que giran dentro de un orden [...] El absolutismo es el hombre rey; es el pueblo súbdito; es el hombre hecho Estado, y el Estado hecho gobernador [...] La República, es el pueblo soberano y el hombre ciudadano; es el pueblo hecho gobierno, y el gobierno hecho súbdito de ese pueblo [...] Y estos dos principios opuestos, son los que hoy se disputan el triunfo sobre los campos de las montañosas provincias vascongadas”.

94. Integraban el Directorio: José Álvarez Peralta (ministro de España en la Argentina), José Montes y Gutiérrez (presbítero), José de Carabasa, Luis M. Ruiz, Martín Berraondo, Antonio López, Juan López, Fernando Pérez, Agustín Basabe, Federico Cibils, Juan Montes, Alejandro Caride y Tulio Muñoz y Lara.

asociación de la Cruz Roja. Ésta escribió al general Espartero para comunicarle que por conducto del ministro de Estado había recibido una comunicación de “varios españoles” residentes en Buenos Aires, junto a una letra de cambio por valor de 1.326 pesos fuertes, para que procediese a la inversión de esta suma de acuerdo con él⁹⁵. El general, que vivía en Logroño retirado de la vida pública, la contestó, por carta de 13 de septiembre de 1874, que delegaba completamente en ella esta misión. La duquesa, por su parte, aceptó el encargo seis días después y adelantó a Espartero que la Cruz Roja destinaría “una parte considerable” del dinero al hospital que tenía en Miranda de Ebro, que contaba entonces sólo “con cien camas”⁹⁶. Esta suscripción *Auxilios a España* continuó abierta hasta 1876.

El final del mandato del presidente Sarmiento (1868-1874) agitó la política rioplatense. El partido liberal-nacionalista del ex presidente Bartolomé Mitre perdió las elecciones al Congreso de febrero, ganadas por el partido autonomista (la escisión liberal bonaerense de Adolfo Alsina), y también las presidenciales de abril de 1874, en las que Nicolás Avellaneda derrotó al jefe mitrista con el apoyo de los *alsinistas*. Los seguidores de Mitre consideraron los comicios fraudulentos e intentaron invalidarlos por la fuerza. Romero era uno de los más fervientes defensores del general Mitre y puso *El Correo Español* al servicio de la revolución de septiembre, en la que los mitristas trataron de impedir la toma de posesión del presidente electo Avellaneda (efectuada finalmente el 12 de octubre), siendo derrotados por las armas en diciembre de 1874⁹⁷. Por su activa participación en los inicios de la revolución, Romero se exilió a Montevideo, donde fundó y dirigió, ayudado por Rodríguez Freire, el periódico *El Cosmopolita*, en el que apoyó abiertamente la causa de Mitre⁹⁸. Al frente de *El Correo Español* dejó a Ortega, que no pudo impedir que el diario fuese clausurado por el gobierno⁹⁹. Derrotados los mitristas y asentado en el poder el presidente Avellaneda (1874-1880), Romero regresó a Buenos

95. Un peso fuerte equivalía a 25 pesos moneda corriente (m. c.) o 20 reales (un duro español).

96. Archivo particular del General Espartero, carpeta n° 20, en la que se localizan las dos cartas de la duquesa consorte de Medinaceli, la segunda fechada en Madrid el 19.IX.1874. Agradezco a la familia Montesino-Espartero el que me haya permitido consultar esta fuente. La duquesa era la cordobesa Ángela Pérez de Barradas y Bernuy, duquesa de Denia y de Tarifa, casada en 1848 con el XV duque de Medinaceli.

97. Con ocasión del fallecimiento de Romero, *El Porteño* afirmaba que “era muy español, sintiendo natural orgullo cada vez que podía enaltecer a la patria ausente”, pero que también había tomado “parte en nuestra política militante, con fuego, con pasión, con toda la vehemencia de un *partidario exaltado*, afiliándose al partido mitrista, que fue siempre ingrato con él”; “El Porteño y Romero Jiménez”, *ECE*, 24.VIII.1880.

98. M. Rodríguez Freire, “De cómo...”, *EDE*, 29.VII.1922. Acompañó a Romero, entre otros, el director de *La Pampa*, Ezequiel Paz, que fundó en la capital uruguaya *El Comercio*. En su nueva empresa editorial, Romero publicó el libro de Juan Martínez Villergas, *Sarmenticidio, o A mal Sarmiento, buena podadera*, El Cosmopolita, Montevideo, 1874. Su rival porteño definió *El Cosmopolita* como un pasquín, véase “Boletín de Noticias”, *El Español*, 14.XI.1874; Cf. A. Herrero, “La prensa española...”, p. 128, n. 43.

99. David Rock, *La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916*, Prometeo, Buenos Aires, 2006, p. 141, pp. 138-142 para la revolución de 1874.

Aires, donde fue hecho prisionero por el comisario Avelino Anzó y encerrado en un pontón anclado en los Pozos, a mediados de enero de 1875¹⁰⁰. Tras cuarenta y dos días de prisión, fue amnistiado el 24 de febrero, reapareciendo al día siguiente el *Correo*, que fue uno de los periódicos que siguió la iniciativa de *La Prensa* de abrir una suscripción a favor de los derrotados mitristas, el 10 de abril de ese año¹⁰¹.

El Correo Español además de considerarse el portavoz de la comunidad española en Argentina, en alerta siempre para denunciar las injusticias sufridas por su colectivo, imprimió a su discurso, a pesar de su lenguaje político secularizado, un tono redentorista, al considerarse —como dice Herrero— “una voz pura”, propia de un “mártir”. “Vida consagrada al martirio, por la causa sublime de la democracia y la república”, decía Romero que era la suya¹⁰². Y, en este sentido, los principios políticos cristianos, liberales y republicanos que guiaban a Romero habían variado poco desde que abandonase el ejercicio del sacerdocio. De ello dejó buena prueba *El Español* de Buenos Aires¹⁰³, el diario rival del *Correo*, que sólo pudo mantenerle el pulso entre 1874 y 1875, cuando escribía, en el último año citado, que Romero era “el nuevo redentor de la humanidad”, que se veía “por todas partes perseguido, vilipendiado, oprimido, martirizado y sujeto a la tortura, porque para él, sólo han resucitado los tiempos de la Santa Inquisición”. Y, tras esto, añadía que “el redactor y propietario de *El Correo Español*, y sus allegados, son personas destinadas al martirio por voluntad propia y por una vocación irresistible”. *El Español* también criticó a Romero su intromisión en la política argentina por considerar que perjudicaba los intereses de los inmigrantes españoles que, en ningún caso, representaba su periódico¹⁰⁴.

Romero se sacrificaba por la humanidad doliente, por llevar los derechos humanos y políticos allí donde hubiese un pueblo oprimido, pero en la práctica su colectivo de salvación se mantenía invariante. En España había sido un revolucionario dispuesto a sa-

100. Fue detenido a los quince días de llegar a Buenos Aires por haber publicado en *El Cosmopolita* el artículo “¡Sin armas, pero no rendidos!” (reproducido en “Las iras del Gobierno”, *ECE*, 26.II.1875, pp. 1-2).

101. *ECE*, 25.II, p. 1, col. 1 (“Protesta”), 10.IV, p. 1, cols. 1-2 (“Suscripción”) y 11-17.IV.1875. Cf. A. Herrero, “La prensa española...”, pp. 126, n. 39, y 127; A. Herrero y F. Herrero, “Política i prensa espanyola...”, pp. 39-40; y S. Fridman y M. M. López, “Comentarios periodísticos...”, p. 233.

102. E. Romero Jiménez, *Vindicación...*, p. 2, col. 3.

103. El propietario y director era el abogado Antonio de Paula Aleu y sus redactores, Bartolomé Victory y Suárez y Salvador Alfonso. Entre sus colaboradores: Fernando López Benedito, Manuel López Lorenzo y José Paúl Angulo, que durante su primera estancia porteña escribió también en *El Correo de España* (1874).

104. Al respecto, publicó una carta de “varios españoles”, lectores de *La República*, en la que protestaban por el apoyo a Mitre: “La numerosa población española residente en Buenos Aires, no hace política, porque no le corresponde hacerla en los asuntos del país, y porque no está en sus conveniencias [...] *El Correo Español* con su lenguaje de sermón de cuaresma, con sus ideas revolucionarias no representa ni la ilustración literaria de España ni los sentimientos y aspiraciones de los españoles residentes en Buenos Aires”; “La protesta”, *El Español*, 1.III.1875. Cf. A. Herrero, “La prensa española...”, pp. 121, n. 20, y 129, n. 47.

crificar su vida para redimir al pueblo español con la república salvadora y en Argentina, a su modo, seguía haciendo lo mismo, pues ese pueblo sufriente y virtuoso que aguardaba su redención, la comunidad española rioplatense, era parte indisoluble del mismo pueblo que había dejado al otro lado del Atlántico. Tanto en un caso como en otro, Romero estaba al servicio de una España necesitada siempre de una revolución salvadora que trajese esa república democrática, reino de la Libertad, la Igualdad y la Justicia, que no veía tampoco realizada en la República Argentina. Hasta que llegase esa república, Romero se sentía legitimado para participar en las luchas políticas argentinas y para actuar como protector de los españoles necesitados, más cuando su discurso conectaba bien con la gente y tenía un público amplio.

Durante las elecciones a diputados del Congreso de febrero de 1874, *El Correo Español* había criticado duramente la candidatura por el partido autonomista del arzobispo de Buenos Aires, León Federico Aneiros, por considerar que la misma revelaba “un carácter anti-civilizador o refractario de todo progreso y libertad” y por considerar su presencia en la Asamblea un “retroceso político y el jesuitismo religioso” imperando en la nación¹⁰⁵. Las críticas no impidieron la elección del arzobispo y un año después, en enero de 1875, Aneiros dispuso la devolución de la Iglesia de San Ignacio a los jesuitas y la de La Merced a los mercedarios, provocando esta resolución la crítica de los periódicos liberales y una campaña de prensa contra los jesuitas. El 15 de febrero, el arzobispo dio una carta pastoral en la que justificaba su decisión de devolver dicho templo a los padres jesuitas. El domingo 28 de febrero, cuatro días después de salir de la cárcel Romero, se organizó en la ciudad una manifestación para protestar contra la pastoral y la decisión del gobierno de convalidar las medidas del prelado. Tras frustrar la policía el asalto al palacio arzobispal, los manifestantes se dirigieron al Colegio del Salvador de los jesuitas, ubicado en Callao y Parque (hoy Lavalle), donde protagonizaron un gran motín anticlerical: el edificio fue saqueado e incendiado, quedando completamente destruido, siendo la gente, al final, dispersada a tiros por fuerzas del ejército, con el resultado de dos muertos y cinco heridos.

Muchos creyeron ver a Romero al frente de la manifestación y, mientras que la policía le buscaba para detenerle, él huyó a Brasil, pasando luego a Montevideo, enviando desde allí una carta en la que negaba su participación en los actos anticlericales¹⁰⁶. Hubo varias decenas de detenidos y cuando más tarde se aclaró que él no fue el que enarboló una bandera española y arengó a los manifestantes incendiarios, regresó a Buenos Aires, saliendo de la cárcel, libre de cargos, el 18 de marzo¹⁰⁷. Dos días después retomó la dirección de *El Correo Español* que en su ausencia había desempeñado Antonio Aguayo, un presbítero incorporado a la redacción hacia menos de un año¹⁰⁸. A pesar de ello,

105. “La candidatura del Arzobispo”, *ECE*, 11.I.1874, p. 1, cols. 3-4; Cf. “El Arzobispo en el Congreso”, 6.III; “Galimatías de un Arzobispo”, 5.VI; y “Paráfrasis de una pastoral”, 13.VI.1874, p. 1, cols. 2-5.

106. *ECE*, 2.III.1875, p. 2, col. 1 (“Allanamiento”), y 5.III.1875, p. 1, cols. 1-3 (“Vindicación”).

107. “A los lectores”, *ECE*, 19.III.1875, p. 1, col. 1.

108. Aguayo era un sacerdote granadino al que se le formó causa en la vicaría de Madrid

nunca quedó del todo claro si Romero iba o no en la manifestación, pues el hecho fue que estuvo en la reunión del Teatro Variedades, convocada por el Club Universitario para suscribir la protesta, del que salieron los primeros manifestantes con carteles en los que se leían “Protesta contra el arzobispo”, “Separación de la Iglesia y el Estado”, “¡Abajo los jesuitas!” y otras consignas parecidas¹⁰⁹. *El Correo Español*, al igual que el resto de la prensa, repudió inmediatamente el motín, pero en los meses siguientes siguió criticando a los jesuitas y al gobierno de Avellaneda, mientras defendía al encarcelado Mitre, que no fue liberado hasta junio de 1875¹¹⁰. Su rival, *El Español*, dio por supuesta la participación de Romero en los sucesos y publicó el informe policial en el que se decía que “un grupo de extranjeros con una bandera española” había invadido el palacio arzobispal, aunque posteriormente diluyó el protagonismo español al reconocer que también hubo argentinos, italianos e inmigrantes de otras nacionalidades. Para los jesuitas, no faltos

por publicar una *Carta a los presbíteros españoles* (J. A. García, Madrid, 1865), en la que defendía el reconocimiento de Italia y atacaba a la jerarquía eclesiástica, por lo que se le mandó residir en Motril. Luego se hizo demócrata y publicó los documentos de su polémica cristiana (*Historia de una carta*, La Discusión, Madrid, 1866), y otro escrito sobre “el funesto neocatolicismo” (*Exposición al arzobispo de Granada*, Granada, 31.VIII.1866), antes de huir al extranjero. Para 1868, en que volvió a España, había adjurado del catolicismo y militaba en las filas republicanas, publicando *Otra carta a los presbíteros españoles* (Morete, Madrid, 1868) y predicando contra el Papa. En 1874 se exilió a Argentina. Cf. Ángel Salcedo Ruiz, *La literatura española*, Ed. Calleja, Madrid, 1917, t. IV, pp. 115-116 (ref. a Romero, p. 117); AMAEE, H 2314, “Antecedentes...; y V. O. Cutolo, *Nuevo Diccionario...* (“Aguayo, Antonio”).

109. El principal cargo contra Romero fue el informe de un comisario que decía que “al frente de esta turba [...] no se ha visto otra persona conocida, según el testimonio de muchos empleados de policía y de particulares, que don Enrique Romero”. Para *El Nacional*, los que encabezaron la manifestación habían sido Romero y el padre argentino Emilio Castro Boedo; culpando del motín a los extranjeros italianos y españoles y a “la inmigración” de la capital, algo que también hizo la policía. En el asalto al Arzobispado, Romero fue confundido con el portador de la bandera española, de la que se responsabilizó un tal José Freddi, del Club Clemente XIV. Cf. Guillermo Furlong, *Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires, 1617-1943*, t. II, *Primera parte, 1868-1943*, Colegio del Salvador, Buenos Aires, 1944, p. 80; *ECE*, 4.III, p. 1 (“¡Incalificable!”) y 5.III.1875, pp. 1-2 (“Oportuna”, carta de Freddi); S. Fridman y M. M. López, “Comentarios periodísticos...”, pp. 232-233; Cayetano Bruno, *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Buenos Aires, Vol. I, 1981, pp. 21 y 31; Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, pp. 229-230; A. Herrero, “La prensa española...”, p. 126, n. 39; A. Herrero y F. Herrero, “Política i prensa espanyola...”, p. 40; y Francisco L. Romay, *Las Milicias del Fuego*, Eds. Históricas Argentinas, Buenos Aires, 1955, pp. 163-166.

110. “¡Los jesuitas!”, *ECE*, 23.III a 18.IV.1875. *El Correo* culpó del motín al presidente Avellaneda y justificó la persecución a Romero en el afán de éste por suprimir la oposición política. En abril, desaconsejó hacer una manifestación anticlerical para reventar la “función de desagravios” organizada por el arzobispo en toda la República: “El derecho que asiste al pueblo, para protestar contra la invasión jesuítica, es indisputable; pero también está fuera de discusión la inoportunidad de este paso [...] Contemple impasible el país la productiva farsa clerical del domingo, espere confiado el momento de que la libertad [...] despeje el horizonte oscuro [...], dando salida a los resplandecientes rayos de la democracia y la justicia, que deben ser el verdadero patrimonio de nuestro siglo”; “Insistimos”, *ECE*, 17.IV.1875, p. 1; Cf. “Alerta al pueblo!”, del día anterior.

de razón, los promotores del motín habían sido los periódicos liberales *La Tribuna*, *La Nación*, *La Libertad*, *L'Operario Italiano*, *El Español* y *El Correo Español*, más los clubes políticos afines y las logias masónicas de la ciudad¹¹¹. En definitiva, en un contexto de represión de la oposición mitrista, el motín fue una protesta popular promovida por las elites políticas, intelectuales y estudiantiles laicistas y anticlericales, que vieron en las medidas del arzobispo y, más aún, del gobierno un retroceso en el proceso de secularización de la vida porteña, cuando no un rechazo al deseado proyecto constitucional de separar la Iglesia del Estado. La protesta quedó ahí y la presión política de la opinión pública hizo que el prelado renunciase a su escaño en la Cámara nacional¹¹².

Para el 26 de noviembre de 1875, Enrique Romero se encontraba nuevamente “incomunicado en un calabozo”. Ese día *El Correo Español* publicaba un artículo suyo en el que se despedía de sus lectores por tener la intención de entregarse a la justicia. El diario tenía graves “dificultades económicas”, por lo que su director suplicaba a los agentes y suscriptores que abonasen los meses adeudados y llamaba “al patriotismo de los españoles y a la protección y ayuda del partido nacionalista de la república”, el de Mitre, para que el periódico no sucumbiese durante su ausencia. La administración del diario, de la que él se había hecho cargo en los últimos meses para ahorrar gastos, la dejaba en manos de su hermano Guillermo y la dirección interina del mismo a cargo de Aguayo¹¹³. En otro lugar del periódico, éste afirmaba que existía un complot para “matar” la publicación y vengarse de su director y propietario¹¹⁴.

El 7 de abril de 1876, Romero fue nuevamente procesado, ahora por libelo sedicioso, y reclamó, por primera vez, el auxilio de las autoridades españolas. El representante de la Legación de España en Buenos Aires, Justo Pérez Ruano, le negó toda protección y la misma carta de ciudadanía, informando siete días más tarde de su decisión al ministro de Estado español, que se limitó a darse por enterado y a solicitar los antecedentes que hubiese sobre Romero y Aguayo en los Ministerios de Guerra y Gracia y Justicia. El gobierno nacional argentino había denunciado a Romero por un artículo de prensa en el que llamaba al pueblo a una “revolución político-social” y el juez había dictado auto de prisión contra él por conspirar contra la Constitución y los poderes constituidos, aunque sin poder ejecutarlo ya que el acusado se había fugado a Montevideo (en realidad, a Río de Janeiro). Un periódico argentino aplaudía la medida de su gobierno porque “ya no era

111. G. Furlong, *Historia del Colegio del Salvador...*, pp. 81-125 (en t. II, *Segunda parte, 1868-1943*, fotos de cómo quedó tras el incendio). Cf. C. Bruno, *Los Salesianos...*, pp. 22-32.

112. Un buen análisis del motín, en H. Sábato, *La política en las calles...*, cap. 8. Cf. Roberto di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina: desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo Mondadori, Buenos Aires, 2000, pp. 341-345.

113. E. Romero Jiménez, “Súplica”, *ECE*, 26.XI.1875, p. 1.

114. “Un prelado con todos los recursos que el jesuitismo ha alcanzado en esta República, y un comerciante muy allegado al presidente de la República que desea vengarse del Sr. Romero, no sé de qué denuncia de malversación de ahorros de muchos infelices españoles, se han unido a este Gobierno, que por cierto no necesita estímulo, para ahogar la valiente propaganda de *El Correo Español*”. Cf. A. Aguayo, “Advertencia”, *ECE*, 26.XI.1875; el 2.XII, informaba de que Romero todavía sufría la “injusta prisión”.

posible soportar por más tiempo la desmedida insolencia de venir a esta tierra a predicar la revolución y la anarquía, un periodista que ni argentino es". La opinión del diplomático español no era mucho mejor, pues consideraba que Romero se había "constituido de autoridad propia, defensor de las personas e intereses de nuestros compatriotas", y especulaba sobre la posibilidad de que se hubiese pasado a Brasil para negociar con el gobierno de allí la introducción de inmigrantes españoles¹¹⁵. Algo de esto hubo, pues, según Romero, esta nueva persecución se debía a que se había opuesto, desde *El Correo Español*, a los planes del gobierno argentino, y de varias empresas particulares, de hacer fluir la emigración carlista refugiada en Francia a Río de la Plata. A finales de marzo de 1876, Felipe Mercé, acompañado del general Juan Domingo Cortés, le habían hecho la oferta de comprarle el periódico para hacer propaganda favorable "a los intereses comerciales", pero la había rechazado¹¹⁶. Cuatro días después de esta reunión, Romero había huido a Río de Janeiro para no caer en manos del gobierno. Al frente del diario, dejó nuevamente a Aguayo con la instrucción de "calmar" durante su ausencia "la ardorosa propaganda nacionalista" (mitrista).

Los enemigos de Romero no se limitaban a los gobiernos de España y de Argentina ni a los periodistas e intelectuales de este último país que apoyaban a Avellaneda, sino que también los había entre las elites de la colectividad española de Buenos Aires, como sabemos por el caso de *El Español*. Aprovechando su ausencia del país, un grupo de españoles, encabezado por F. Roca Sanz, dieron a la luz un manifiesto acusatorio el 6 de abril de 1876, en el que pedían a Romero explicaciones sobre los fondos recaudados por *El Correo Español* para auxiliar a las víctimas de la recién acabada guerra civil española¹¹⁷. Se decía que las cuentas arrojaban un déficit de dos mil duros. Desde *El Nacional*, periódico gubernamental, otro español atacó también a Romero por sus ideas políticas mitristas. Aguayo, como director en funciones del *Correo*, que se había incorporado a la redacción con la recolecta *Auxilios a España* ya en marcha, defendió la honradez de Romero con pocos datos contables. Tampoco un antiguo redactor del periódico romerista, que quiso

115. AMAEE, H-2314, Legación de España en Buenos Aires, despacho n° 42, del 14.IV.1876. También para Aguayo, que terminó enfrentado a Romero, éste fue a Brasil "a ver si le pagaban bien una remesa de su rebaño de españoles", algo que creía que no había conseguido el "chasqueado comerciante de carne compatriota" (A. Aguayo, *La colonia...*, pp. 37-38). Llama la atención que en 1876 existiese en Río de Janeiro una editorial llamada "Cosmopolita", nombre usado por Romero para su periódico de Montevideo.

116. E. Romero Jiménez, *Vindicación...*, p. 1, cols. 4-5. Romero llegó a proponer la venta del diario a nombre de Aguayo, que estaba presente en la reunión, cosa que no aceptó Mercé.

117. Además de Roca, firmaban el profesor Pedro Arnó (antiguo colaborador de *ECE*), M. López Lorenzo, Jaime Ventura, Joaquín Maqueda, Adolfo Grau y Salvador Alfonso (columnista de *El Tribuno*). Para *ECE* se trataba de los ex redactores de la *Revista Española* (1876), personas vinculadas al abogado republicano Serafín Álvarez, a los que tachaba de "alsinistas". Sobre éste, v. Hugo E. Biagini, "Del descubrimiento pacífico de América y el exilio español en la Argentina: Serafín Álvarez, precursor del socialismo democrático", en Antonio Heredia Soriano (coord.), *Exilios filosóficos de España*, Eds. U. Salamanca, 1992, pp. 31-42; y *Redescubriendo...*, pp. 255-266. Cf. R. Calzada, *Cincuenta años...*(I), pp. 162 y 251-254.

mediar en el debate, consiguió arrojar luz sobre el asunto¹¹⁸. Los promotores de la campaña para desprestigiar a Romero amenazaron con un segundo manifiesto en el que iban a denunciar el desvío de otros fondos que tampoco habían llegado a su destino en España¹¹⁹. Poco después, a principios de julio, *El Correo Español* fue nuevamente clausurado por las autoridades, privando a Romero de la posibilidad de defenderse.

El circunstancial vacío dejado por el diario de Romero lo intentó llenar, alentado por Aguayo, su amigo Juan Martínez Villergas, director del semanario satírico *Antón Perulero*, en el que colaboraba Prieto Valdés, que anunció la aparición de un nuevo periódico, *La Bandera Española*, para primeros de septiembre. No obstante, Villergas renunció a su proyecto al regresar Romero y hacer reaparecer *El Correo Español* el 8 de agosto, mes en que puso fin a su periódico político-satírico¹²⁰.

Reincorporado a la vida de Buenos Aires, Romero publicó un manifiesto, titulado *Vindicación*, para defenderse de las injurias de sus compatriotas y hacer pública su ruptura con Aguayo, el 26 de noviembre de 1876. Sobre los fondos de *Auxilios de España*, afirmó que el gobierno español no había cerrado todavía la recaudación y que, por tanto, se desconocía a cuánto ascendía la misma, culpando a la organización de los fondos dada por el gobierno de la falta de información. Lo recaudado hasta entonces ascendía, según él, a 19 millones de reales, pero él únicamente debía responder de 45.725 pesos m. c., que le habían sido entregados, en septiembre de 1874, por el Directorio de la comisión *Auxilios de España*, que presidía el ministro plenipotenciario Álvarez Peralta, para que imprimiese un libro sobre los antecedentes y resultados de la suscripción e, igualmente, para “perpetuar el recuerdo del movimiento cariñoso de la República Argentina hacia la madre patria”. Culpaba a su ajetreada vida de no haber podido hacer todavía el libro, pero se comprometía públicamente a devolver el dinero en el caso de que no estuviese hecho al término de la suscripción, ya que tenía “capital suficiente para reintegrar aquella suma a su caja”. Sobre otros donativos entregados a él directamente por Tulio Muñoz y Lara, en nombre del Club Español (100.000 pesos m. c.), Gregorio Fernández y Vicente Manguero (5.200) y los organizadores de

118. AMAEE, H-2314, Legación de España en Buenos Aires, despacho n° 42.

119. La amenaza debió consumarse, pues Romero se refiere a dos hojas que circularon el 16 y 17.IV.1876, pidiéndole razón de una inversión de 195.040 pesos m. c. (E. Romero Jiménez, *Vindicación...*, p. 1, col. 2).

120. Romero “se apresuró a regresar a Buenos Aires [...] a fin de que Villergas no publicase el diario” (A. Aguayo, *La colonia...*, p. 38; v. también 28-29). Cf. D. Rivadulla, “El exilio republicano”..., p. 385; y A. Herrero, “La prensa española...”, p. 117, n. 3. Tras dirigir *Antón Perulero* (2.XII.1875-31.VIII.1876), Villergas permaneció en Argentina hasta agosto de 1877, momento en que se trasladó con su familia a Uruguay, Chile y Perú. Para diciembre de ese año, estaba en la miseria y el Club Español organizó una colecta para socorrerle. Se le giró 16.000 pesos oro, pero el poeta no se dignó a dar las gracias, según Rafael Calzada (“De mi libro *Contra Corriente*”, *EDE*, 29.VII.1922; y *Cincuenta años...* (I), pp. 215-217, 224-225 y 229-230). Romero colaboró en la recaudación y publicó *Corona poética en honor del eminente literato D. Juan Martínez Villergas. Composiciones leídas en la conferencia-concierto dada a beneficio del ilustre escritor en el Teatro Colón de Buenos Aires la noche del 17 de febrero de 1878*, ECE, Buenos Aires, 1878.

Guauguay (que le habían pedido que entregase el dinero a Castelar), los interesados escribieron a Romero una carta, para que la hiciera pública, en la que manifestaban “estar plenamente satisfecho[s] del destino” de los fondos hecho por él. Respecto a la ruptura con Aguayo, en el que había confiado plenamente hasta entonces, Romero le acusaba de haber publicado como “escritor independiente” un suplemento del *Correo Español* el 6 de junio para censurar “actos patrióticos”, de presentar su periódico con “tantas incoherencias en sus principios políticos definidos, y en su reconocida moralidad cívica”, que era irreconocible y, por último, de haber intentado “matar” éste para sacar a la luz, en su ausencia, otro periódico junto a Villergas y, frustrado este proyecto por su regreso a Buenos Aires, uno propio titulado *El Pabellón Español*¹²¹.

Utilizando sus influencias, Romero logró expulsar a Aguayo del Club Español, publicar una carta colectiva de repudio a su persona en *El Correo Español* y hacer fracasar su naciente periódico por falta de suscriptores (únicamente consiguió quinientos). Aguayo, por su parte, respondió con el escrito más duro que jamás se hizo contra Romero, un folleto titulado *La colonia española del Río de la Plata*, en el que acusaba al Club Español de “prostituirse” y calificaba al director del *Correo* de “dictador” de la colonia española. Según decía, Romero, ayudado por un “capataz”, en referencia a un importante comerciante, y una decena de “peones”, en alusión a otros notables de la colectividad, trataba de controlar, gracias a su “maléfica influencia”, a los treinta y cinco mil españoles de la Argentina. Las “masas populares”, sin preparación ni instrucción, adoraban “a los falsos políticos que sa[bían] improvisarse altares” apelando a los “sentimientos” y no a la razón, siendo este el caso de Romero, que desde su periódico, “mintiendo patriotismo a fin de explotar a incautos”, había creado “en Buenos Aires una colonia para su uso particular”. El patriotismo en exceso era malo y el “españolismo” practicado por Romero, aunque beneficioso para él, era contraproducente para los intereses de los inmigrantes españoles¹²². Desde *El Correo Español*, órgano de la colonia, Romero había “enemistado a los argentinos con los españoles para dominar a éstos en grupo aparte” y ser aclamado “dictador”¹²³. Con su frustrado periódico rival, *El Pabellón Español*, Aguayo había intentado defender los intereses “hispano-americanos” partiendo del supuesto de que los españoles “no era

121. E. Romero Jiménez, *Vindicación...*; Cf. A. Aguayo, *La colonia...*, p. 45. En el Boletín extraordinario de *El Pabellón Español* (único número publicado), Aguayo decía que Romero “valía ciertamente menos que nada, como particular y como publicista”, lo que llevó a Romero a romper con él, mediante una carta, el 6.X.1876. También acusó a Aguayo de hacer perder 1.300 suscriptores al *Correo* y de abandonar el catolicismo para seguir al presbítero Emilio Castro Boedo, promotor y obispo de una efímera Iglesia cismática argentina.

122. “¡Suelta, miserable, esa bandera [española] que infestas con tu aliento y manchas con tus manos!”, le dice a Romero. A. Aguayo, *La colonia...*, p. 61.

123. “El patriotismo, tal como lo entiende este diario [...] consiste en pintar a España como un paraíso terrenal y a este país [Argentina] como un bosque poblado de fieras; en gritar a cada momento y por cualquier motivo ¡Viva España! como si alguien pidiera aquí la muerte de la venerada metrópoli; en levantar hasta las nubes todo lo que de España sea, y en rebajar hasta los abismos del desprecio todo lo que sea argentino [...] Pero cuidado con no adorar como un ídolo a su director, porque entonces se indignará la colonia”. *Ibíd.* p. 54.

extranjeros” en la Argentina, y sí miembros de una misma comunidad hispana, por lo que no debían crear sus propias asociaciones nacionales (al modo que lo hacían los italianos o los franceses), sino, más bien, integrarse en las argentinas. La “turba” que rodeaba a Romero, dándole “vivas en las solemnidades públicas”, no era la “colonia” española, sino la “canalla” del Río de la Plata, que debía desaparecer antes de que hubiese un conflicto internacional entre ambos países hermanos. Por último, además de descalificarle moral e intelectualmente (“en España estaría encerrado en un presidio o en una casa de locos”), Aguayo acusaba a Romero de haberse quedado con 195.090 pesos m. c. de la campaña de *Auxilios de España* e, igualmente, de no haberle pagado cuarenta mil pesos que le debía por su trabajo en *El Correo*¹²⁴.

Aunque se desconocen los pormenores de la nueva detención, Romero fue encerrado en un buque de guerra unos días después de dar a la luz su manifiesto, en octubre de 1876, no recuperando la libertad hasta el año siguiente¹²⁵. Fue por entonces cuando aprovechó el hueco dejado por el periódico de Villergas para dirigir el semanario satírico *El Fraile*, ilustrado por Clérici, que tomó como blanco de su mordaz sátira al arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros¹²⁶.

Romero llegó a Argentina en un momento en que la inmigración de españoles no era todavía fuerte y la formaban sobre todo campesinos, aunque también profesionales e intelectuales disconformes con la política española, una minoría a la que él mismo pertenecía. Con su periódico intentó ser un interlocutor entre la elite política argentina y la propia colectividad española, que era la segunda foránea en importancia, tras la italiana¹²⁷. Para ello, Romero cultivó la identidad española en el colectivo de inmigrantes

124. A. Aguayo, *La colonia...*, pp. 6, 25-26 y 31-62. Tras su paso por Buenos Aires, Aguayo se retiró a Montevideo, donde, paradójicamente, fue secretario del Club Español, muriendo en 1924.

125. José M^a Salaverría, *Iparraguirre. El último bardo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932, pp. 92-93, donde se incluye una carta del compositor carlista José María Iparraguirre, autor del *Guernicaco Arbola*, fechada el 4.III.1877, en la que dice que: “El Sr. Romero Jiménez, director de *El Correo Español*, que hace cuatro meses y medio está preso en un buque de guerra por cuestiones políticas, fue el noble y generoso iniciador de la suscripción en mi favor, que me produjo algún dinero. ¡Pobre amigo y compatriota! ¡Qué no haría yo por él!”. Cf. Manuel Mañé y Flaquer, *Viaje por Guipúzcoa al final de su etapa foral*, B. V. Villar, Bilbao, 1969, p. 399.

126. Una de sus caricaturas representaba a unos presos políticos a bordo del *Coronel Paz*, véase D. Rivadulla, “El exilio republicano”..., p. 385; Aurora Sánchez, “La prensa satírica”, en Horacio Vázquez Rial (ed.), *Buenos Aires 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*, Alianza Ed., Madrid, 1996, pp. 326-352, p. 336; Julio Imbert, *Gregorio de Laferrère*, Eds. Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962, p. 117; y A. Aguayo, *La colonia...*, p. 45. En esos meses cesó ECE, suspensión que aprovechó E. Ortega para fundar *El Diario Español*, efímero periódico de 1877 en el que colaboró R. Calzada. Ver, Id., *Cincuenta años...* (I), p. 213.

127. Sobre la inmigración, Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, especialmente pp. 227-246; y José C. Moya, *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Emecé, Buenos Aires, 2004. Calzada estima en unos 45.000 los españoles llegados a Río de la Plata entre 1857 y 1875; Id., *Cincuenta años...* (I), p. 167.

ligándola a un proyecto político modernizador, democrático y secularizador, en el que no tenían sitio las identidades locales y regionales de corte tradicional, que portaban la mayor parte de los llegados a Argentina. Su aspiración de hacer de la colonia española un actor social autónomo, con identidad compartida y con redes asociativas y periódicos propios, que fuese reconocido como tal por el gobierno y las elites políticas e intelectuales argentinas, tropezó con las iniciativas de los regionalistas españoles¹²⁸. Éstos eran considerados no tanto como enemigos, pues un republicano federal, como Romero, era tolerante con la máxima de “*la unidad en la diversidad*”, pero sí como promotores de una alternativa que no era la más deseable para reforzar la unidad nacional de la colectividad. En 1877, *El Correo Español* se quejaba de esta situación al decir que “yo he visto a los alemanes, franceses, ingleses e italianos, constituyendo entidades, personalidades, pequeños estados dentro de este estado, tan fuertes, tan compactos, que no me extraña el respeto y la admiración de que son objeto”. Mientras que los extranjeros de otras nacionalidades europeas se hacían por ello “respetar”, los españoles todavía necesitaban de “un centro que no sea de catalanes, ni de vascos, ni de andaluces, ni de gallegos, ni de castellanos: necesita un centro de españoles”¹²⁹. De ahí que fuese todo un logro para su proyecto nacionalizador la inauguración del Hospital Español o, en otro sentido, la creación del Ateneo Español.

El Correo Español trató siempre de dar una respuesta patriótica a los problemas legales y sociales de los inmigrantes españoles. Desde su llegada a Buenos Aires, Romero había trabajado para hacer realidad la construcción del Hospital Español¹³⁰. Su última iniciativa, coincidente con la terminación de las obras, fue proponer al directorio de la Sociedad Española de Beneficencia una velada literaria en el Teatro Colón a beneficio del mismo. Dicha velada se celebró el 29 de julio de 1877, coincidiendo con el aniversario de la fundación del *Correo*, y las colaboraciones presentadas fueron recogidas en un álbum, impreso gratuitamente por Romero, que fue vendido en beneficio de la nueva institución asistencial. El 8 de diciembre de ese año, un lustro largo después de que Romero asistiera a la colocación de su primera piedra, fue inaugurado el Hospital Español, que contaba con una sola planta y unas cincuenta camas¹³¹. No cabe duda que iniciativas

128. Sobre el proyecto de Romero, v. A. Herrero, “La prensa española..., pp.118-119.

129. “La colonia española en el Plata”, *ECE*, 22.VII.1877. Cf. A. Herrero, “La prensa española..., p. 124. En igual sentido, p. ej., “Una nueva sociedad española”, *ECE*, 30.III.1880, p. 1.

130. De todas las campañas de *ECE*, las dos más célebres fueron la de Zuquívilde y ésta, “por momentos violentísima, abogando la edificación definitiva del Hospital Español” (A. Berenguer Carisono, *España en Argentina...*, p. 70).

131. *Álbum de la caridad. Conferencia literaria celebrada en el gran Teatro Colón de Buenos Aires, el 29 de julio de 1877*, *ECE*, Buenos Aires, 1877; R. Calzada, “De mi libro *Contra...*”, *EDE*, 29.VII.1922, y *Ciencuenta años ...* (I), pp. 220-223 y 234-235; y, referido al primer aniversario, *Álbum de la Fiesta del Progreso. Conferencia literaria musical celebrada en el Teatro Colón de Buenos Aires el día 8 de Diciembre de 1878*, *ECE*, Buenos Aires, 1878. Romero también recolectó libros para crear la biblioteca del Hospital, v. Rafael Carrillo Sánchez, *Galería de Españoles Notables*, Imp. de Stiller & Laass, Buenos Aires, 1887, p. 27.

como ésta reforzaban los sentimientos de pertenencia a la comunidad étnico-nacional, aunque sólo fuera porque el inmigrante percibía como miembro de ella una seguridad que no encontraba como individuo aislado, cumpliendo así sus promotores y, entre ellos, Romero, en un lugar destacado, una función de patronazgo que llenaba en parte el vacío dejado por el gobierno español en cuanto a la protección de sus nacionales¹³².

El Ateneo Español de Buenos Aires nació, en cambio, como un centro abocado a reunir a los intelectuales españoles identificados con dicho proyecto patriótico unitario. La iniciativa partió de Rafael Calzada y fue inmediatamente apoyada por Romero que, desde *El Correo Español*, llevó a cabo la convocatoria e invitación a la reunión en que los “intelectuales de la colectividad” fundaron el Ateneo el 20 de enero de 1879. Según su reglamento, para formar parte de esta asociación elitista era necesario poseer un título universitario, pero en la práctica reunió a profesionales (abogados, médicos, farmacéuticos, catedráticos), sacerdotes, periodistas, literatos, músicos y artistas. Con esta nueva institución cultural, la colectividad debía demostrar —según Calzada— “su poder intelectual, reflejo del de la patria”¹³³. Pero la batalla al regionalismo no había sido ganada, pues ese mismo año aparecía el semanario *El Gallego*, bajo la dirección de César Cisneros Luces, antiguo redactor del *Correo*, y se fundaba el Centro Gallego de Buenos Aires¹³⁴.

A finales de los años setenta, Romero se hizo cargo de la administración de un sanatorio médico-quirúrgico instalado en la quinta de Llavallot en el barrio bonaerense de Barracas¹³⁵. Estando bien asentado en la capital rioplatense, viajó de incógnito a España para buscar a Eloísa González, una sevillana, hija de un coronel de la Guardia Civil, que había conocido en sus tiempos de clérigo revolucionario. Poetisa inteligente e invidente de nacimiento, conocida como la *Ciega del Guadalquivir*, con la que contrajo matrimonio en Gibraltar en 1879, retornando con ella dos meses más tarde a Buenos Aires. La pareja ocupó el primer piso del inmueble de la calle Rivadavia donde estaba la imprenta y la redacción del *Correo*, teniendo empleados en la casa a tres sirvientes¹³⁶.

132. Al respecto, J. C. Moya, *Primos y extranjeros...*, p. 292.

133. R. Calzada, *Ciencuenta años ...* (I), pp. 236-239 (“el Ateneo sólo pudo sostenerse tres o cuatro años”).

134. Además de *El Gallego* (1879-80), que tenía como lema “todo por España y por Galicia”, se publicaron el semanario literario catalán *La Papallona* (1877), de Baldomero Pujadas, y la *Revista Galaica* (1880), de Barros, órgano del Centro Gallego, que fue duramente atacado por *ECE* (31.I.1880, p. 1); cf. R. Carrillo Sánchez, *Galería...*, p. 83; y *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, 1880, “Diarios y periódicos”. Entre las asociaciones, destacaban la de socorros mutuos catalana Montepío de Montserrat (1857) y la vasca Laurak-Bat (1877). Inspirándose en Romero (el “celoso defensor de la honra de España”), un amante de Galicia, el “bello pénsil de la nación Ibera”, decía a sus naturales: “Al que pretenda ofenderos lanzándoos al rostro con desprecio, el nombre de *gallego*, contestadle vosotros con el dulce y cariñoso nombre de *hermano*”; “Carta de El Gallego a Enrique Romero Jiménez”, *ECE*, Buenos Aires, 1879, pp. 3 y 39.

135. Enrique Horacio Puccia, *Barracas. Su Historia y sus Tradiciones, 1536-1936*, Cía. Gral. Fabril Financiera, Buenos Aires, 1968, p. 204; y A. Herrero, “La prensa española...”, p. 126, n. 39.

136. *EDE*, 29.VII.1922; y A. Berenguer Carisono, *España en Argentina...*, p. 69. Los sirvientes eran el “manquito” Elola, Gervasio Elvira y Deogracias Sánchez. Romero dedicó la mayor parte de sus poesías a su difunta madre y a su futura mujer; v. E. Romero Jiménez, *Álbum poético...*

Para mediados de 1880, los redactores de *El Correo Español* eran Rodríguez Freire, Prieto Valdés, Cort, que eran los más veteranos, el argentino José María Niño, el chileno Rodríguez Moza, alistado (al igual que el primero) en los batallones porteños del gobernador Carlos Tejedor, y el joven madrileño Justo Sanjurjo López de Gomara. Este último había llegado a Buenos Aires el 2 de mayo de ese año y al ver en un escaparate un ejemplar del *Correo Español* conmemorando dicha fecha patriótica, se presentó a Romero, quién sin más antecedentes que su amor a España le incorporó inmediatamente a su redacción. Como recordó el propio López de Gomara, Romero ejercía de “padre de los españoles” y su periódico era una especie de “asilo fraternal” abierto a todos los necesitados, como era él entonces¹³⁷.

También Rafael Calzada afirmó en sus memorias que *El Correo Español* era “refugio de infinidad de desvalidos y resultaba Romero Jiménez de una prodigalidad invencible, el paño de lágrimas de todo el mundo”¹³⁸. En este sentido, Romero fue un generoso protector de sus compatriotas y todo indica que también practicó un cierto clientelismo a través del intercambio de favores y servicios personales y colectivos que le permitieron tener acceso a un número indeterminado de redes sociales susceptibles de ser activadas para diferentes causas. Esta faceta del director de *El Correo Español* se conoce mal. A través del periódico, de sus contactos personales y de las asociaciones, Romero impulsó proyectos y recolectó fondos para beneficiar a la colonia española de Buenos Aires e, igualmente, a otros colectivos de la Península¹³⁹. Luchó por organizar a los inmigrantes españoles apoyando la creación de todo tipo de asociaciones, aunque algunas de ellas fracasasen, como en el caso de la Unión Española, asociación impulsada desde el periódico en 1874 y que tenía como finalidad buscar colocación a los recién llegados¹⁴⁰. También publicaba gratuitamente estatutos y reglamentos de sociedades mutualistas y álbumes de recuerdo sobre actos benéficos. Hay indicios de que estuvo implicado en empresas que tenían como finalidad la de intervenir en el flujo de inmigrantes, al respecto le propusieron traer carlistas exiliados y el gobierno español sospechó (y Aguayo afirmó) que estaba implicado en el tráfico hacia el Brasil, actividad que también desarrolló Paúl y Angulo para el Perú¹⁴¹. En España, Romero tenía experiencia en reclutar hombres armados, y

137. Sobre este redactor, que en agosto se hizo cargo del periódico con veintinueve años de edad, v., además de la colaboración de la profesora Marcela García Sebastiani, en este mismo libro, su artículo “Recuerdos de antaño”, *EDE*, 29.VII.1922; Rafael Carrillo y Sánchez, “Biografía del autor tomada de la Galería de Españoles Notables del Río de la Plata”, en Justo Sanjurjo y López de Gomara, *Locuras humanas*, Est. Tip.-Ed. de Henrich y Cía., Barcelona, 1888, pp. IX-L; y R. Calzada, *Cincuenta años...* (I), pp. 188-191.

138. R. Calzada, *Cincuenta años...* (I), pp. 179-180; Cf. 255.

139. La última vez que Romero recaudó dinero para enviar a España fue en febrero de 1880: 9.000 duros para socorrer a las víctimas de las inundaciones de Levante; Cf. *La Iberia*, 15.II.1880, p. 2, col. 4.

140. A. Herrero, “La prensa española...”, p. 119.

141. R. Calzada, *Cincuenta años...* (I), p. 218; J. C. Moya, *Primos y extranjeros...*, p. 529, n. 104; María Oyhanarte, “Paúl Angulo y sus peripecias”, en H. E. Biagini, ed., *Redescubriendo...*, pp. 267-279, p. 272; y Jesús de las Cuevas, *Paúl y Angulo*, Caja de Ahorros de Jerez, 1987, p. 115.

en Argentina, ayudó a Mitre con propaganda para influir en la opinión del país, pero también en recolectar dinero para sus tropas, al menos las derrotadas, y en su redacción trabajaban milicianos mitristas, lo cual puede ser también un indicador de que tuviese algún papel que jugar en el reclutamiento de la milicia. Romero mandó dinero al republicano Roque Barcia, exiliado en París tras el fracaso del Cantón de Cartagena, colaboró en la ayuda prestada al escritor Villergas cuando salió de Río de la Plata, pero también ayudó a otros conocidos personajes que pasaban por Buenos Aires, como el compositor carlista José María Iparraguirre, al que le costó el viaje de regreso a la Península. Las ayudas personales no se reducían a personas célebres, sino que también ayudó en Argentina a muchos otros compatriotas que no han pasado a la historia, con pequeños préstamos, ropa o recomendaciones para trabajar. En conjunto, se labró una imagen de benefactor paternalista y filantrópico, que es la que nos han transmitido Gomara, Calzada y otros muchos que le conocieron.

En la primavera de 1880, cuando el mandato de Avellaneda tocó a su fin y se reavivó el viejo problema de la federalización de Buenos Aires, *El Correo Español* volvió a involucrarse en las disputas argentinas, con ocasión de las elecciones presidenciales, que dieron la victoria a Julio A. Roca frente a Tejedor. Unas semanas antes, el *Correo* había manifestado que el general Roca, artífice de la nueva “conquista del desierto”, no era “el candidato del pueblo”, ni tampoco lo era Tejedor, por su falta de popularidad. Para Romero, la alternativa seguía siendo una “transacción” política que alzase a Mitre a la presidencia, por ser este general, “erigido por la voluntad del pueblo en jefe del Estado”, el único que podía salvar a “la República de la suerte desgraciada que le espera[ba]”¹⁴². Romero esperó en vano el alzamiento de Mitre, para “acompañarle —como escribió López de Gomara— a donde fuese”, y, levantada en armas la ciudad de Buenos Aires contra el presidente saliente, tomó abiertamente partido por Tejedor. Durante el sangriento enfrentamiento civil de junio, *El Correo Español* apoyó a los revolucionarios: “Si hoy aconsejamos la guerra es por que la creemos, no sólo inevitable sino también necesaria”, afirmó. Tras la derrota de las milicias porteñas de Tejedor por el ejército nacional, el periódico español se resignó a aceptar la “inevitable” paz, en la que Mitre había actuado como intermediario¹⁴³.

Esta fue la última vez que Enrique Romero intervino en las luchas civiles rioplatenses. Su acusada intervención en la política del país fue posible por coincidir su estancia en Buenos Aires con los años finales de la construcción del Estado argentino¹⁴⁴. Romero tomó partido en dichas luchas, no porque aspirase a ingresar en las elites políticas argentinas, sino para favorecer al pueblo rioplatense en general e, igualmente, para obtener un ventajoso reconocimiento por parte de aquéllas, que pudiese traducirse luego en beneficios tangibles para la colectividad española. Por eso apoyaba sistemáticamente a los revo-

142. “¿Quién será el candidato?”, *ECE*, 5.V.1880, p. 1. Cf. 19.II.80, p. 1 (“El jesuitismo político y sus consecuencias”) y 10.VI.80, pp. 1-2 (“Mitre es la paz” y “¡Viva el general Mitre!”), texto de su núm. extr.).

143. *ECE*, 20.VI y 2.VII.1880; cit. por A. Herrero, “La prensa española...”, p. 130.

144. D. Rock, *La construcción del Estado...*, pp. 155-164, para rebelión de 1880 y el significado de su fracaso.

lucionarios que aspiraban al poder (Mitre, Tejedor) y no a los que estaban ya asentados en él y mostraban insensibilidad hacia la “fraternal” colonia española (Sarmiento, Avellaneda), más cuando los españoles, frente a otros inmigrantes, eran los únicos que podían reclamar unos lazos culturales e históricos con el pueblo argentino. Su intervención en la política argentina hizo que su vida en el Nuevo Mundo siguiese siendo, como en España, la de un revolucionario entregado a la causa de redimir al pueblo con el advenimiento de una república democrática, justa, igualitaria en derechos e independiente de la Iglesia. Desde su llegada a Río de la Plata, Romero identificó su opción republicana con la de Mitre, al que apoyó hasta el final por considerarle el candidato del pueblo, lo que le llevó a rechazar la opción “monárquica” de Sarmiento y la “jesuítica” de Avellaneda. Aunque los costes y sacrificios fuesen altos, para él la causa lo merecía, pues como él mismo decía al hacer balance en 1876: “doce años de vida pública, corriendo del altar a la barricada de los derechos del pueblo, de las cárceles al ostracismo, y de la patria natal a la que he adoptado por mi segunda”, no le habían hecho desistir de sus ideales políticos¹⁴⁵.

El jerezano José Paúl y Angulo llegó, por segunda vez, a Buenos Aires a comienzos de 1880¹⁴⁶. Su reencuentro con Romero fue cordial. No obstante, Paúl se había propuesto competir con *El Correo Español*, por considerar que no respondía a los verdaderos intereses de la comunidad española¹⁴⁷. A primeros de junio, dio a conocer el programa de su “diario rival” en el transcurso de una agitada asamblea celebrada en el Coliseo porteño. El periódico de Paúl se llamaba *La España Moderna* y su título venía a expresar, indirectamente, que el diario de Romero representaba ya un ideal antiguo y caduco¹⁴⁸. A pesar de ello, el nuevo periódico fue cortésmente saludado por el *Correo*, con la esperanza de que ambos marchasen “unidos hacia el desiderátum de nuestros

145. E. Romero Jiménez, *Vindicación...*, p. 2, col. 1.

146. Sobre su vida, v. J. de las Cuevas, *Paúl y Angulo...*; M. Oyhanarte, “Paúl Angulo...”; V. O. Cutolo, *Nuevo Diccionario...*; R. Calzada, *Cincuenta años de América. Notas autobiográficas*, Volumen II (*Obras Completas*, Tomo V), Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1927, pp. 57-68; y *La Iberia*, 24.IV.1892, p. 1.

147. Tras rechazar Romero la oferta de Paúl de comprarle *ECE*, ambos periodistas se enemistaron con ocasión de un proyecto de creación de una oficina de gestión de “negocios administrativos y judiciales”. El jerezano defendió una oficina de carácter “internacional” y el malagueño una “puramente española”, por ser muchos los compatriotas que acudían a la redacción “en demanda de protección y consejo para sus asuntos”. Paúl acusó a Romero de apropiarse de su idea e hizo pública su intención de fundar otro periódico “español”. Cf. “El Sr. Paúl y Angulo”, *ECE*, 14.IV.1880, pp. 1-2.

148. Paúl no sólo compitió con el periódico de Romero, sino también con su editorial. En los talleres de *La España Moderna* vieron la luz en 1880 el *Reglamento de la Asociación Internacional de Socorros la Cruz Roja* y los *Estatutos y Reglamento de la Sociedad de Protección y Socorro a los Españoles sin Trabajo*. Esta sociedad de socorros mutuos, que tenía como primer objetivo “procurar dar trabajo al que no lo encuentre” (p. 7), retomaba un antiguo proyecto de Romero.

hermanos en el destierro"¹⁴⁹. Cuando la revolución de junio, ambos directores andaluces colaboraron en paliar los efectos del enfrentamiento civil. Paúl se implicó en la creación de la Cruz Roja Argentina, siendo vocal de su primer consejo, y Romero ofreció el local de su imprenta y el personal de su diario a la asociación humanitaria¹⁵⁰. Sin embargo, pocas semanas después sus periódicos se enzarzaron en una agria polémica sobre el Hospital Español, en la que Romero y Paúl se disputaron su influencia sobre la colonia española¹⁵¹.

La noche del 11 de agosto de 1880 ambos periodistas se encontraron en el Centro Gallego, al que habían sido invitados para participar en una reunión que tenía como objeto buscar socorros para mitigar el hambre en Galicia. Romero fue elegido miembro de la junta encargada de recolectar los fondos humanitarios y Paúl se expresó, ya en ese momento, en unos "términos que indicaban perfectamente sus resentimientos" con él. Pero fue a consecuencia de un suelto publicado en *El Correo Español*, en el que se decía que el ingeniero Ignacio Firmat escribía en *La España Moderna* para colocarse entre los que trataban de minar la reputación de su director, lo que llevó a Paúl a interpelar duramente a Romero y a hacer el ademán de escupirle. Algunos asistentes al acto impidieron en ese momento que ambos periodistas hicieran uso de sus armas de fuego. El duelo a muerte quedó, no obstante, concertado esa misma noche¹⁵².

No era la primera vez que Paúl protagonizaba un lance de honor. Cuando en 1870 dirigía el periódico madrileño *El Combate*, célebre por sus furibundos ataques a Prim y al rey electo Amadeo, se había batido a pistola con Felipe Ducazcal, el jefe de la partida de la porra de los milicianos monárquicos, resultando éste herido¹⁵³. Romero eligió también la pistola y sus padrinos, López de Gomara y el comandante Pedro Roselló, se

149. "Ecos de la redacción", *ECE*, 1.VI.1880, p. 2. *La España Moderna* apareció al día siguiente. Sus principales redactores eran Ignacio Firmat, que llegó a figurar como director, Carlos M. de Egozcue (antiguo periodista de *ECE*), Miguel Cano y Salvador Alfonso. Cf. *Anuario bibliográfico...*

150. *EDE*, 29.VII.1922; y *ECE*, 23.VI.1880, donde se felicita a la redacción de *La España Moderna* por incorporarse a la Cruz Roja (cit. por A. Herrero, "La prensa española...", p. 126, n. 39).

151. En ese momento Romero defendía, sin éxito, que la Sociedad Española de Beneficencia emplease el millón de pesos m. c. que tenía ahorrado en la ampliación del Hospital Español, para crear una sala para mujeres y un albergue de enfermos crónicos. En esta reivindicación le apoyaban Muñoz y Lara, su candidato para presidir el hospital, Anselmo Villar, Robustiano Canderá y otros jóvenes demócratas. Cf. "Capítulo de historia colectiva", *EDE*, 29.VII.1922.

152. *ECE*, "Personal", 14.VIII, p. 1; y "Traducción", 17.VIII.1880; para Firmat, v. días 10 y 11. No parece que la causa del enfrentamiento fuese que Romero acusase al jerezano de haber asesinado a Prim diez años atrás, al menos no lo hizo desde su periódico. Cf. J. S. López de Gomara, "Recuerdos...", *EDE*, 29.VII.1922.

153. José Paúl y Angulo, *Los asesinos del general Prim y la política en España*, E. Dentu, París, 1886, p. 151; y J. de las Cuevas, *Paúl y Angulo...*, pp. 87-89. Años después Paúl fue detenido en Buenos Aires por retar a duelo al embajador de Colombia, José M. Samper; *La Iberia*, 1.IX.1884, pp. 2-3. Otro duelo frustrado, en R. Calzada, *Cincuenta años ...* (II), pp. 59-61.

entendieron inmediatamente con los de su rival, los ingenieros Juan Morell y Joaquín Maqueda, para ultimar los detalles del duelo. Los médicos Herrero Salas y Aguirre aceptaron concurrir a él y un joven sevillano, Félix Infante, se brindó a sufragar los gastos del viaje a Montevideo, lugar escogido para “lavar con sangre la ofensa”.

El duelo se efectuó a las afueras de Montevideo el 13 de agosto por la tarde, resultando gravemente herido Romero en el pecho en el segundo disparo que efectuó Paúl con la Remington. Al día siguiente, *El Correo Español*, dirigido interinamente por Rodríguez Freire, daba la noticia del duelo, en el que Romero había resultado “herido ligeramente”, y justificaba el mismo en las graves provocaciones que “de un tiempo a esta parte” había sufrido éste: “Romero Jiménez, ha venido siendo objeto de acres e injustificadas censuras, no escatimándose frases ni conceptos, apreciaciones ni dicterios, estampados un día y otro día en las columnas del *España Moderna*”¹⁵⁴. La edición extraordinaria del *Correo* del día 15, todavía ocultaba la gravedad de la herida y aseguraba que Romero había “sido el héroe del lance”¹⁵⁵. Mientras éste luchaba contra la muerte en la capital uruguaya, al otro lado del río de la Plata nacía su hija el 18 de agosto. El día 21, tras ser sometido a una operación para averiguar el trayecto del proyectil, las esperanzas del doctor Herrero Salas para salvarlo se desvanecieron. Basándose en esta noticia, el *Correo* confesaba que su estado era “desesperado y de suma gravedad”, y preparaba a los lectores de que haría falta “venir en ayuda de su desgraciada esposa y de esa niña nacida en la agonía de su padre”. *La Prensa*, por su parte, informaba de que los parciales de Romero estaban “dispuestos a cumplir con su deber” en caso de que falleciese y que los redactores de *La España Moderna*, en cambio, estaban preparando un folleto titulado *Historia de un duelo*, exculpatorio de Paúl, para dar a conocer los antecedentes y documentos que justificaban el fatal desafío¹⁵⁶.

El 22 de agosto a las 5 de la mañana, sin llegar a conocer a su hija, pero sí sabiendo que no había heredado la ceguera de la madre, fallecía Romero. Sus restos mortales fueron embalsamados y despedidos en Montevideo por la masonería y los amigos del finado, llegando a Buenos Aires el 24 de agosto a las siete de la mañana. El jefe de policía desplegó vigilantes en el muelle del puerto para evitar la aglomeración de gente. Al mediodía, tras ser desembarcado el cadáver con patrióticas muestras de dolor popular, el convoy fúnebre salió de la calle Rivadavia, sede del periódico, y fue conducido al cementerio de la Recoleta, siendo acompañado por más de cinco mil personas, una multitud pocas veces vista en la ciudad. Al sepelio asistieron representantes de los principales periódicos, de la masonería y de las sociedades “nacionales y extranjeras”. Ante su tumba hablaron los redactores del *Correo*, Bartolomé Mitre y Vedia (hijo del

154. “Personal”, *ECE*, 14.VIII.1880.

155. *ECE*, extr. del 15.VIII.1880, “Personal. Detalles del duelo” (reproducido en “Un lance de honor”, del 17). La edición ordinaria del día 15, “Lance de honor”, se reafirmaba en que el estado de Romero no era grave, pues no tenía “ni náuseas, ni nada alarmante. Sólo fiebre”. El día 18, tampoco había “motivos alarmantes”.

156. “Después del duelo”, *La Prensa*, Buenos Aires, 23.VIII.1880, p. 1, col. 7. Y, “El lance de honor”, *ECE*, 21 y 22.VIII.1880; el periódico publicó testimonios de simpatía a su director desde el día 19.

ex presidente) y otros amigos¹⁵⁷. Ese día *El Correo Español* se enlutó con un crespón negro y su primera página la ocupó un grabado de su “director propietario”, Enrique Romero, adornado por una corona de laurel, en el que se leía con letras grandes y al pie de la ilustración: “España está de duelo, y los españoles del Plata han perdido su figura más culminante”. Los redactores justificaban esta afirmación al calificarle, con moldes más pequeños, de “apóstol de la democracia, defensor ardiente de la colonia española, padre de los pobres, entusiasta propagandista de la idea moderna, patriota esforzado y mártir de su hidalguía y nobleza”. Por último, se decía que había muerto en Montevideo de un “balazo recibido en el lance de honor a que fue provocado en Buenos Aires por un antiguo compañero de armas y hermano de causa”¹⁵⁸.

En Montevideo, al verse ya moribundo, Romero había encargado a López de Gomara que regresara inmediatamente a Buenos Aires para que siguiese publicando, junto a Rodríguez Freyre y Prieto Valdés, *El Correo Español* y para que pidiese, desde el periódico, a los compatriotas, en justa compensación a su constante generosidad, una ayuda para su familia que iba “a dejar desamparada”, porque —según le dijo— “cuanto he tenido lo he dado” y “nada poseo”. Todavía Romero le pidió un tercer deseo: que “si algún día es posible, le agradecería, hiciera llevar mi cadáver a nuestra querida España”¹⁵⁹.

López de Gomara cumplió con celeridad lo prometido a su protector en su lecho de muerte respecto a su desamparada familia. El mismo día del entierro, *El Correo Español* abrió una suscripción popular para socorrer a su viuda y “tierna huérfana”. El periodista delegó, no obstante, la recaudación de los fondos en una comisión formada por Felipe Ruiz, Bernardo Troncoso y otros íntimos amigos de Romero¹⁶⁰. Desde ese día *El Porteño*, *La Nación* y otros periódicos argentinos se sumaron con rapidez a esta iniciativa. La necrológica publicada por *La Nación*, el periódico mitrista, señalaba que Romero “profesaba los principios liberales”, que se alimentaba “del recuerdo de la patria lejana” y de “los intereses de la patria donde vivía”, y que gozaba entre sus compatriotas de una merecida “popularidad a la que le hacían acreedor los beneficios que derramaba entre ellos con mano pródiga, partiendo con los necesitados el pan diario que ganaba con el trabajo de su pluma”. Rafael Carrillo consideró, retrospectivamente, que Romero fue “el hombre a quien en realidad se le debe nuestra organización como colectividad, y que tantos beneficios ha dispensado a manos llenas” a sus compatriotas en la Argentina. Efectivamente, Romero había llevado a cabo múltiples colectas para ayudar a compatriotas en apuros y para organizar servicios a la comunidad española de Buenos Aires,

157. *ECE*, 25.VIII.1880, p. 1; y “Entierro de Romero Jiménez”, *La Prensa*, 24.VIII.1880, p. 1, col. 7. Los discursos pronunciados en *ECE*, 26 y 27.VIII.80, pp. 2-3 y 2.

158. *ECE*, 24.VIII.1880, p. 1. Romero era entonces conocido como el *padre de los pobres*; Cf. “Gracias a todos”, *ECE*, 15-VIII-1880. Cuando Paúl viajó a España en 1873, la prensa monárquica todavía asociaba su nombre al de Romero, v. *La Iberia*, 25.V.1873, p. 2, col. 2.

159. Justo S. López de Gomara, “¡Viuda y huérfana!”, *ECE*, 24.VIII.1880, p. 2; y R. Carrillo y Sánchez, “Biografía del autor...”, p. XXVI.

160. Entre los que se encontraban Isidoro Quintans, José Villegas, Francisco Sainz, Dionisio Goris y Laureano Carballada, que junto a Troncoso habían formado la comisión del entierro; “Suscripción”, *ECE*, 1.IX.1880.

pero también para socorrer a las regiones españolas azotadas por la guerra, el hambre o las inundaciones de las que procedían los inmigrantes. A su muerte, muchos recordaron que a él debían “los menos favorecidos por la fortuna” el “hermoso” Hospital Español y la Caja de Reimpatriación, a la que estaba dedicado los últimos días de su vida, “que tantas víctimas arranca a la desesperación y a la muerte, tornándolas a la patria, que es tornarlas a la vida”¹⁶¹. En este sentido, Romero había sido un buen patrono, más cuando acumuló influencia y no riqueza personal, y ahora desde el prestigioso periódico que fundara ocho años antes se solicitaba una ayuda para su familia. En tres meses la suscripción arrojó la suma de 20.000 duros, una cantidad generosa que confirmaba la popularidad alcanzada por Enrique Romero entre los españoles de Río de la Plata¹⁶².

El mismo día 24 de agosto, en que llegó el finado a Buenos Aires, López de Gomara publicó un violento artículo titulado “¡Asesino!”. Desde ese día, los romeristas de Buenos Aires hicieron el vacío a Paúl y Angulo y difundieron la acusación de que él había sido también el asesino de Prim¹⁶³. Paúl se defendió durante cuatro meses de todas las acusaciones, pero al final cedió a la presión de las elites de la comunidad española y se despidió con un artículo publicado en *El Nacional* con el título “No puedo más”, pasando a residir a otro lugar de Argentina, donde emprendió diversos negocios¹⁶⁴. Ningún diario español de Buenos Aires había podido competir con el de Romero: *El Correo de España* (1874), *El Español* (1874-75), de Antonio de P. Aleu, y *El Diario Español* (1877), de Enrique Ortega, todos ellos habían sucumbido en pocos meses sin llegar a calar en la opinión pública. *La España Moderna*, de Paúl, tampoco pudo con *El Correo Español*, aunque sí con su fundador¹⁶⁵.

López de Gomara sucedió a Romero en la dirección de *El Correo Español*. Posteriormente, adquirió el periódico y la imprenta cuando su viuda se los cedió, junto a unas cuantiosas deudas, antes de partir para España. El periódico sobrevivió y mantuvo en

161. Romero fundó la Sociedad Española de Beneficencia *Caja de Reimpatriación* el 1.XI.1878. Ese año, sus compatriotas le regalaron la nueva imprenta de *ECE*, sita en la calle Rivadavia; la empresa era “propiedad individual para su usufructo”, pero Romero la vinculó “a la naciente sociedad Caja de Reimpatriación”. *ECE*, 29.VII.1880, p. 2 (conmemorativo de su octavo aniversario); cf. 23.III y 24.VII.1880.

162. *ECE*, 24.VIII.1880, p. 2; “Enrique Romero Jiménez”, *La Nación*, Buenos Aires, 24.VIII.1880; y R. Carrillo y Sánchez, “Biografía del autor...”, pp. XXIV-XXVII.

163. Años después, Calzada, directivo del Club Español, impidió el ingreso del jerezano en la sociedad por miedo a una baja masiva de los socios. Ver, R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), pp. 57-58.

164. Sobre la muerte de Romero, v. J. S. López de Gomara, “Recuerdos...”, *EDE*, 29.VII.1922; R. Calzada, *Cincuenta años...* (I), pp. 254-256; y A. Berenguer Carisono, *España en Argentina...*, pp. 72-76. Cf. J. C. Moya, *Primos y extranjeros...*, pp. 320-322; y J. de las Cuevas, *Paúl y Angulo...*, pp. 117-119. La prensa madrileña se hizo eco de los escritos vindicativos de Paúl publicados en *La Colonia Española* de Montevideo; *La Iberia*, 7.XII, p. 2; y 20.XII.1880, pp. 2-3.

165. Cf. R. Calzada, *Cincuenta años...* (I), p. 184. La pugna por la “representación y defensa de los intereses de la colonia” fue lo que motivó el lance de honor; v. “Protesta”, *ECE*, 19.VIII.1880, p. 1, cols. 1-2.

la cabecera el nombre de su fundador hasta 1903, para desaparecer dos años después, aunque *El Diario Español*, el nuevo periódico de larga vida, se consideró su continuador. El joven López de Gomara también se encargó de honrar la memoria de su antecesor: organizó los domingos romerías en el Jardín Florida con el fin de recaudar fondos para el nuevo *Asilo Romero Jiménez*, una institución benéfico-sanitaria, destinada a ancianos, mujeres y enfermos crónicos, que funcionó sólo tres años, e, igualmente, sufragó, por ser insuficiente lo recaudado mediante una suscripción popular, las tres cuartas partes del monumento que se levantó en la Recoleta, para dar esplendor a la sepultura de Enrique Romero¹⁶⁶.

166. *EDE*, 29-VII-1922; y R. Carrillo y Sánchez, "Biografía del autor...", pp. XXX-XXV. Guillermo Romero Jiménez pleiteó con su cuñada para hacerse con el periódico, al defender que carecía de fuerza legal el matrimonio celebrado con su hermano en Gibraltar de acuerdo a las leyes inglesas.



Capítulo II

J. Daniel Infante: el castellano diáfano, el republicano perplejo.

Ángel Duarte
Universitat de Girona

Infante ¿filibustero?

En abril de 1898 la Asociación Patriótica Española (APE) en Rosario informaba a los lectores del periódico local *La Censura* que Julián Daniel Infante, expatriado, republicano y miembro destacado del núcleo de compatriotas asentado en la ciudad, había renunciado a la invitación para que tomara parte en los trabajos de la que iba a ser la nueva comisión directiva de la agrupación. Según los denunciantes y dadas las circunstancias, no podía haber otra base para la dejación de responsabilidades y honores más que una malquerencia para con los objetivos y finalidades de la entidad: “Como este señor *español*, sin duda no participa de los ideales que persigue esta clase de institución, así lo hizo comprender a los concurrentes, para que se desistiese del honor que se le dispensaba, figurando en una comisión antiseparatista”. La Patriótica, entidad que tendrá una larga vida, había nacido al calor de la guerra de Cuba, estimulada por diversos incidentes, reales o supuestos, ocurridos entre españoles y argentinos simpatizantes de la causa independentista cubana. O, por decirlo de manera más genérica, en respuesta a la proliferación de voces y corrientes de opinión contrarias, o siquiera tibias, frente a la posición española. En esta ocasión, concluía la nota relativa a la decisión de Infante de manera irónicamente agresiva: “Conocíamos en todas sus fases al de referencia, menos en la de *filibustero*, por lo que le felicitamos ardientemente, al proporcionarnos esa nueva página de su historia”¹⁶⁷.

El término *filibustero*, que en el siglo XIX había sido recuperado para referirse a los aventureros extranjeros que operaban, mediante procedimientos propios de la piratería contra los gobiernos establecidos, tenía en esos momentos, y en España o entre españoles, un significado muy preciso: designaba a los yanquis que amenazaban la presencia del pabellón nacional en Cuba así como a sus colaboradores o panegiristas más incondicionales. Aplicado a Infante el epíteto era, además de un anatema, un sarcasmo hiriente y, quizás, deliberadamente injusto¹⁶⁸.

167. *La Censura*, Rosario, 25.IV.1898, p. 7.

168. Ver la amplia crónica de la asamblea en *El Municipio*, Rosario, 24.IV.1898. Previamente, el 19 de abril, el mismo periódico reproducía el manifiesto que sirvió para convocar a la asamblea.

En todo caso, de lo que no cabe duda es de que el momento elegido por Infante para mostrar, en público, su desafección no tanto para con la patria de origen como para, como diría él mismo, ese “patriotismo a lo (Emilio) Castelar; ciego, completamente ciego” no podía ser más (in)oportuno. El unanimismo patriótico, que había sido notable en los momentos iniciales de la confrontación con los rebeldes cubanos, en febrero de 1895 tras el Grito de Baire, adquirió características paroxísticas como consecuencia de la intervención norteamericana, entre febrero —explosión del *Maine* en la bahía de Santiago— y junio de 1898. Precisamente el 25 de abril, el mismo día en que aparecía el suelto en *La Censura*, los Estados Unidos habían declarado la guerra a España. Como se indicaba en el mismo periódico, haciendo referencia al estado de ánimo en la colonia española radicada en Buenos Aires, el entusiasmo nacionalista y patriótico resultaba abrumador. En Argentina, como en España, todos los sectores sociales, todos los perfiles profesionales y todas las orientaciones ideológicas presentes en el seno de la colectividad de inmigrantes —con excepción de la más impertinentemente internacionalista: la de los anarquistas— expresaban con ardor el nombre de España. Un nombre “sonoro, argentino, sugestivo a todos los oídos de la raza latina”¹⁶⁹. A todos excepto, por lo que parece, al de Infante.

Como republicano ¿es Infante, tal y como aseguran los promotores de la APE en Rosario, un *mal español*? ¿Lo es en el sentido —que, para las problemáticas que abordamos en este volumen, resultarían claves— de alguien que ha renegado de sus afectos patrióticos primigenios y ha llenado ese vacío de identidad con una nueva adscripción? La respuesta es clara: en absoluto. No sólo continúa ostentando la nacionalidad española —en 1912 su carta de ciudadanía argentina tendrá menos de seis años de antigüedad— sino que ha estado reflexionando, en su condición de republicano hispánico, sobre lo que le conviene a la que continúa considerando su patria. Lo deseable para España es la república, claro está, siempre que ésta se sostenga sobre la libertad más amplia¹⁷⁰. Por si esto no fuera suficiente, remarquemos que el episodio en el que pone en evidencia su original criterio tiene lugar, precisamente, en el seno de la propia APE y en el transcurso de una de sus reuniones. Es ahí, y no en otra parte, donde la llamada a la realización de más activas gestiones en pro de la causa española, le parece a Infante pura retórica, vana palabrería. La potencia del enemigo que la Restauración canovista se ha labrado con su política colonial, le obliga a advertir a sus compatriotas que la suerte está echada, y que convendría gastar las energías en otras empresas más beneficiosas. Consciente de la singularidad de su punto de vista, Infante pone a disposición de la Patriótica el cargo directivo que se le ha querido ofrecer. La exaltación españolista lleva a la APE a lanzar la excomunión con la que abríamos estas líneas a través

169. *La Censura*, 25.IV.1898, p. 7. Ángel Duarte, “España en la Argentina. Una reflexión sobre patriotismo español en el tránsito del siglo XIX al XX”, en *Illes i Imperis* 7 (2004), pp. 177-199. La fórmula de *patriotismo completamente ciego* en la nota biográfica que Infante dedicó a su benefactor Carlos Casado en *España*, Revista de la Asociación Patriótica Española, 2.VII.1904, p. 6.

170. Julián Daniel Infante, *Estudiemos Política. Monarquía y República*, Imp. La Industrial, Rosario de Santa Fe, 1893.

de uno de los periódicos que se leían habitualmente en la numerosísima colonia española de Rosario¹⁷¹.

Infante, un hombre destacado de la comunidad de españoles radicada en Rosario, un individuo que ostentaba cargos de representación y que, gracias a su relevancia social, acabaría ejerciendo funciones de intermediación destacadísimas con las autoridades de la provincia de Santa Fe en los años posteriores, pero que por aquel entonces todavía no tenía un acceso directo a la política argentina, estaba poniendo en riesgo esa posición estratégica, o las posibilidades a ella asociada, en beneficio de la libre expresión de un criterio independiente e insólito en el seno de la colectividad. Un rasgo de carácter, y un punto de excentricidad que veremos reaparecer en otras ocasiones, sostienen su singular juicio. Pero también una ambigüedad última respecto de su misma condición: la que arranca de la incapacidad de dejar atrás una circunstancia a pesar de ser percibida ésta, también, como un lastre. Me refiero, claro está, a la circunstancia de ser español. De español que no puede no asegurar, a pesar de todo y con un punto de jactancia:

Reducida, pobre, dividida, mal gobernada, España es España, es la que dio leyes al mundo, es la que desafió a Napoleón, es la que venció en Tetuán, es la que no se intimidó ante Alemania; y las naciones cuervos, aunque digan que la consideran moribunda no se atreven con ella, porque el recuerdo de cómo han sabido luchar nuestros padres está sirviendo de escudo a los hijos¹⁷².

Español, en definitiva, que apela a la honra y al honor en su acepción más barroca y como último recurso dialéctico. Pero al tiempo emigrante seducido por la novedad y la modernidad, la capacidad de transformación y de creación de ciudadanía que, intuye, se da en el nuevo mundo.

La expatriación

Julián Daniel Infante, nacido el año 1863 en la localidad de Osorno —cruce de caminos situado al norte de la comarca de Tierra de Campos, en la provincia castellana de Palencia—, es hijo de maestro nacional. La movilidad, rasgo consustancial a la multiplicidad de destinos del precario magisterio español, se convertirá en él en un dato poco más o menos hereditario, casi genético. Infante, ya de joven, desarrollará una labor docente que, tanto en España como más tarde en Argentina, aparece enlazada con la condición republicana: demócrata español y maestro de la juventud. Desde los dieciséis años armonizará el quehacer pedagógico en las escuelas de la provincia con los estudios de leyes en la Universidad de Valladolid. Al finalizar los mismos pasará a ser, por poco tiempo, un abogado vallisoletano y palentino más. Un letrado partidario, en lo político,

171. Para la tumultuosa sesión, ver la nota elaborada por Infante y reproducida en Patricia S. Pasquali, *J. Daniel Infante*, Editorial Municipal Colección "Hacedores de Rosario", Rosario, 1996, p. 29.

172. Cf. P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...*, p. 27.

de don Manuel Ruiz Zorrilla. Como tal se integrará en el pertinente Comité Democrático Progresista¹⁷³.

El veterano dirigente radical progresista, antiguo hombre de Estado, había derivado, tras el fracaso institucional de 1873, hacia el republicanismo; estaba haciendo de la conspiración una forma de vida, y había aportado al tronco común de la democracia republicana, en su conjunto, dos cosas. Por un lado, había reforzado entre sus bases sociales el componente de profesionales liberales, el de oficiales del Ejército fieles al recuerdo de Baldomero Espartero o Juan Prim y el de pedagogos y gacetilleros atraídos por la retórica del progresismo histórico. Por otro lado, Ruiz Zorrilla aportaba el hábito, tan frecuente en el liberalismo exaltado de las décadas centrales del siglo, de los pronunciamientos militares. En 1886, con el fracaso de la sublevación del general Manuel Villacampa, en Madrid, se cierra un ciclo de levantamientos y asonadas inspiradas por la denominada Asociación Militar Republicana y acaecidas por toda la geografía peninsular, desde Badajoz y Calzada, en 1883, hasta Cartagena y Madrid, pasando por Santa Coloma de Farnés¹⁷⁴.

Infante, en plena evocación de la última asonada, irrumpe en público como “luchador, en un mitin de Castilla”. O sea, se da a conocer como republicano progresista que apoya el hecho de fuerza. Algo más adelante, y según su propio testimonio, en el ateneo madrileño procedería a presentarse frente a la concurrencia como socialista; eso sí, “tal cual yo lo entiendo”. Es decir, Infante no duda en reclamar para sí las identificaciones que pudieran resultar más chocantes, o electrizantes, para sus auditorios. Los hechos acaecidos en el que pasará a ser recordado como el “mitin de Castilla” serán narrados por sus correligionarios de Torquemada, en el Cerrato Palentino. El 24 de marzo de 1889 los republicanos del municipio citado habían organizado una velada política para honrar al “infortunado general Villacampa”. En el curso de la sesión Infante, al que han invitado seguramente porque son sabedores de “esa elocuencia que le distingue”, pronunció un discurso de propaganda republicana que, posteriormente, sería publicado en el periódico *El Progreso de Castilla*. Temiendo que las autoridades le encausasen por sus orientaciones “prácticas”, “y antes de verse envuelto en un proceso que le privara de libertad para seguir trabajando y sostener a su familia, emigró”. Desde Lisboa se pone en contacto con los miembros del comité de Tor-

173. A. Duarte, “A patria lonxe da casa. Emigración política e identidade nacional dos españois en Argentina (ca.1880-ca.1914)”, en *Estudios Migratorios* 9 (2000), pp. 49-50. Versión francesa del mismo en Fernando Devoto et Pilar González Bernaldo (coords.), *Émigration politique. Une perspective comparative. Italiens et Espagnols en Argentine et en France XIXe-XXe siècles*, CEMLA/L'Harmattan, París, 2001, pp. 213-231. Pasquali, J. *Daniel Infante...*, p. 16.

174. Para la cuestión aquí planteada resulta básico el esclarecedor ensayo de Jordi Canal, “Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895). De hombre de Estado a conspirador compulsivo”, en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Espasa, Madrid, 2000, pp. 267-299. Otras referencias en Pedro Gómez Chaix, *Ruiz Zorrilla: el ciudadano ejemplar*, Espasa-Calpe, Madrid, 1934, y María Teresa Martínez de Sas, *Los últimos veinte años de un conspirador: el insurreccionalismo zorrillista durante la restauración (1875-1895)*, Boletín de la Real Academia de la Historia, t. 201, c. 3, Artegraf, Industrias Gráficas, Madrid, 2004.

quemada, en un último gesto, para animarles a la constancia y la unión. Él se iba, y dejaba atrás “a su cariñosa esposa enferma y próxima a dar a luz y una hija que apenas pronunciaba el nombre de su padre”¹⁷⁵.

Tres años después del fracaso de la intentona de Villacampa, pues, Infante marcha a la Argentina. Los desengaños han sido estrepitosos; la represión, puntual, pero para alguno de sus connilitones, feroz. A aquellos que habían depositado sus esperanzas en el advenimiento de la República mediante esos operativos, o que incluso habían colaborado con ellos, les quedaba la puerta abierta de la emigración como alternativa al ostracismo. La expatriación, recordará más tarde, produjo en él los naturales efectos: “su amor a la Patria se acrecentó, se agigantó, llegó al paroxismo...”¹⁷⁶.

Ese sentimiento lo vivirá en Rosario de Santa Fe, localidad a la que arriba el mismo 1889. No es el único. La localidad está creciendo a un ritmo intratable. En 1887 tiene 50.914 pobladores, de los cuales el 41% son inmigrantes. Con el cambio de siglo dobla su población y se sitúa en los 112.462 habitantes. Rosario, con su puerto privilegiado sobre el río Paraná, se halla en el corazón de la principal región cerealista de un país que ha pasado de importar trigo a ser uno de los grandes exportadores de grano en el mercado mundial¹⁷⁷. Con los inmigrantes, se crece, pero llegan nuevos problemas. La alta concentración de recién llegados, procedentes mayoritariamente de España e Italia, altera la composición de las clases trabajadoras y el elevado número de simpatizantes anarquistas que figuran entre ellas hará que, en el imaginario popular, la Rosario de 1900 pase a ser “la Barcelona del Río de la Plata”.

Por lo que se refiere a Infante, en la elección del destino ha jugado un papel clave la llamada de Carlos Casado del Alisal, palentino como nuestro héroe, aunque treinta años mayor que él, genuino pionero y a esas alturas exitoso empresario ferroviario, banquero, exportador y poblador. El factor de contacto determinante no es el político, sino el del paisanaje. Aunque no debiera menospreciarse una cierta sintonía ideológica o filosófica. En 1888 habían trabado conocimiento en Palencia. Casado viajó a la península para asistir al homenaje rendido por la Sociedad Económica de Amigos del País y la Escuela Municipal de Dibujo de Palencia a un hermano suyo, artista ya fallecido, representante eximio de la pintura de temática histórica: José Casado del Alisal. A Infante le había correspondido la tarea de glosar al pintor desaparecido. En su discurso no dejó de hacer mención entusiasta, aprovechando el característico estilo de las pinturas del hermano extinto, a las labores de las Cortes de Cádiz y a los combates contra la tiranía, el despotismo y la arbitrariedad que habrían presidido, de siempre según la retórica democrática, la convulsa historia de España. Historicismo progresista y republicano en estado puro.

175. Eduardo Miragaya y Francisco Solanes, *Los españoles en Rosario de Santa Fe. Su influencia en el progreso de la ciudad*, prólogo del Dr. Gonzalo Diéguez Redondo, Editorial La Cervantina-Romanos Hnos., Rosario, 1934, p. 162. Conversación recogida en P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...*, p. 66. J. Daniel Infante, *Estudiemus política*, p. 53.

176. J. Daniel Infante, *¡¡Por España!! Reflexiones de un expatriado*, Editorial Reus, Madrid, 1920, p. 12.

177. Ezequiel Gallo, *La pampa gringa: la colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, pp. 211-212.

Se trata, la de Infante, de una lectura interesada. José Casado era un hombre de adscripción marcadamente conservadora que en su lienzo *El juramento de las Cortes de Cádiz en 1810*, fruto del encargo de unas Cortes moderadas, había, como ha señalado recientemente Tomás Pérez Vejo, reflejado una ceremonia cortesana, con un exceso de ritual católico y una notoria ausencia de pasión revolucionaria. Es igual: Infante hará del mismo una lectura progresista y el hermano de José, Carlos, quedará encantado con el panegírico y el panegirista¹⁷⁸.

¿Quién era Carlos Casado del Alisal? En junio de 1880, Laureano de Albadalejo, cónsul de España en Rosario, informaba a sus superiores que “el súbdito español” Carlos Casado había recibido una medalla de oro con brillantes “ofrecida y presentada por este Comercio como primer exportador de cereales, a cuya idea se asoció el presidente de la República”. Tras advertir que había llegado a la ciudad hacía años, el cónsul anotaba:

se dedicó al comercio. Después se estableció en clase de corredor del mismo gremio, adquiriendo tal reputación, que todos sus habitantes, sin distinción de personas, depositaron en él su confianza, hasta el extremo de aceptarse, particularmente entre los comerciantes y hacendados, los billetes papel moneda que con la firma de Casado se pusieron en circulación, como si fuera un Banco de emisión. Más tarde se estableció en esta Ciudad una sucursal del Banco de Londres y Río de la Plata, cuyos fundadores fueron los accionistas de Casado, percibiendo éste de aquel Banco una respetable cantidad de dinero con obligación de no fundar más Bancos, y de este modo el señor Casado pudo dedicarse a otros negocios, entre ellos la fundación de la Colonia “Candelaria” que todavía posee hallándose de Director del Banco Provincial de Santa Fe establecido en esta ciudad¹⁷⁹.

El refugio en el que ha venido a recogerse el joven revolucionario que era Infante no resultaba precisamente incómodo. Y menos lo será dado que Casado hace frente a las posteriores coyunturas críticas que atraviesa la economía argentina y, como dirían sus apologistas, con fe ciega en el porvenir rioplatense, ha apostado por nuevas inversiones y proyectos, entre los que destacarán los ferroviarios en el occidente santafecino. Gracias a ese espíritu, al tiempo confiado y emprendedor, “cuando de 1885 a 1889 la República llegó a prosperidades no alcanzadas aún, tocó al señor Casado su parte en ellas”, decía no ya el cónsul sino el propio Infante en una larga nota biográfica que redactaría, en 1904 y en homenaje a su mecenas. “Las tierras, los campos, que con inquebrantable fe en el país había sabido conservar y acrecentar en las épocas más críticas, llegaron a valer lo que él había previsto, y se halló poseedor de una fortuna inmensa”¹⁸⁰. Los distintos testimonios que dan noticia de

178. P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...*, p. 18. T. Pérez Vejo, “El liberalismo español decimonónico y el ser de España. El sueño de una nación liberal y democrática”, en Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, pp. 93 y 99-101.

179. *Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores*. Consulado Rosario de Santa Fe, 1874-1914, informe del 6 de junio de 1880.

180. E. Miragaya y F. Solanes, *Los españoles en Rosario de Santa Fe...*, pp. 115-120.

Casado aluden siempre, aunque de manera un tanto elíptica, a un episodio de mecenazgo fallido. El empresario atiende, inicialmente, a la solicitud de ayuda del investigador Isaac Peral, ya retirado de la Armada e interesado en captar la atención de otras fuentes de financiación además de las ministeriales. Aunque las relaciones acabaron mal, durante un par de años la relación fue fluida y Casado invirtió en las investigaciones submarinas del proyectista cartagenero¹⁸¹.

En cualquier caso, que el colchón que amortiguó la experiencia migratoria fuese de los potentes, y de los dispuestos a colaborar con las iniciativas más diversas, no indujo a Infante a la calma, la molicie, el reposo o el sosiego. Por el contrario, Infante pasará a ser el administrador de los bienes y, una vez revalidado el título que traía de España, el abogado de los intereses de Casado y de esa “fortuna inmensa”. Desde esa atalaya privilegiada podrá pensar sus planes de futuro, y embarcarse en nuevas aventuras. La inserción en el escenario argentino tiene, junto a la profesional, una dimensión humanitaria clara. De ese humanitarismo, tan propio de fines del siglo XIX, que encuentra en la masonería una red de implantación y de contacto, y en la fundación de la sección local de la Cruz Roja una posible vía de expresión. Los testimonios de la época le recordarán ondeando una improvisada bandera de aquella organización y afrontando los riesgos derivados del alzamiento radical de 1893 que, en la misma ciudad, dirige el ya veterano caudillo Leandro N. Alem. Infante se bate no tanto para contribuir al triunfo de la revolución —por la que no deja de tener simpatías implícitas— como para auxiliar a las víctimas de los enfrentamientos trasladándolas al hospital de sangre instalado en los locales de la logia masónica *Unión*.

Los primeros pasos en la política argentina

Los años que siguen a la revolución de 1893 resultarán ser vertiginosos. El clima político argentino, marcado por la ya irrefrenable contestación al liberalismo oligárquico y la irrupción de la política de masas, fascina a un Infante que consolida su posición involucrándose, de forma creciente, en las dinámicas interiores. Por lo demás, los rasgos del radicalismo favorecen esa implicación. Como ha puesto de manifiesto en sus trabajos la historiadora Marta Bonaudo, el radicalismo en la provincia de Santa Fe será particularmente permeable, plural, abierto a las incorporaciones de nuevos actores y sensible a las problemáticas sociales¹⁸². El paralelismo entre Rosario y la Barcelona española de esos años vuelve

181. En <http://arte.laguia2000.com/museos/museo-maritimo-del-cantabrico-de-santander> aparece una nota, del 22 de marzo de 2007 en la que ofrece a dicho Museo la correspondencia privada del señor Carlos Casado del Alisal. En dicha correspondencia figurarían “todas las cartas que el señor Peral le mandaba a Carlos Casado, las cartas son alrededor de treinta sin contar unos documentos que creo son de telégrafo. En ellas detalla paso a paso los avances de su empresa (el submarino Peral) y todas las cartas están escritas y firmadas de puño y letra por el General Peral”. La nota, firmada por César Guillermo Rodríguez, remite a una dirección de correo electrónico: mucaspacha@hotmail.com.

182. Marta Bonaudo, “Entre la movilización y los partidos. Continuidades y rupturas en la crítica coyuntura santafesina de 1912”, en Julio Melón Pirro y Elisa Pastoriza (comp.), *Los caminos de la democracia. Alternativas y prácticas políticas, 1900-1943*, Biblos, Buenos

a ser muy evidente, las culturas políticas radicales y libertarias establecen complicidades. Connivencias a las que no son ajenas, todo lo contrario, similitudes en el lenguaje y un poso común de suspicacia ante la política —asimilada al hacer de los partidos tradicionales —y de desconfianza frente al Estado— lejano y más identificado con la extracción impositiva que con la redistribución de recursos y servicios.

En suma, Infante se halla ante un tiempo de cambio político —incluso podría decirse que de régimen—, en un territorio abierto y con una densa trama de conflictos cívicos, económicos y sociales. Teniendo en cuenta ese contexto, ¿en qué espacios políticos se moverá? La respuesta incluye distintas variables. A pesar de la percepción negativa que en ocasiones expresará a propósito del papel que la masonería habría desempeñado en las agitaciones secesionistas en Cuba y Filipinas, a principios de siglo ocupa un lugar destacado en la logia *Unión Liberal*, de Rosario, presidida por Carlos Paganini, senador electo y eximio representante de un linaje de políticos rosarinos que se proyecta hasta nuestros días¹⁸³. En cualquier caso la primera experiencia propiamente política no pudo ser más negativa. En septiembre de 1905 se sumó a la Junta de Propaganda del Gran Comité Liberal. Había que empezar por abajo, por el espacio local, y, desde ahí, verificar transformaciones en la ciudad y, por extensión, en el conjunto de la provincia. Encargado de la sección primera, sólo acudieron a la convocatoria dos personas. Una sería su amigo Juan Arrillaga, quien daría nombre a uno de los proyectos de vivienda obrera amparados por Infante. El fracaso no le descorazonó del todo, pero retardó sus planes¹⁸⁴.

Más tarde, el 20 de noviembre de 1908 Infante participará, de forma desinhibida y en la misma ciudad de Rosario, en la fundación de la Liga del Sur, partido predecesor del Partido Demócrata Progresista, y entidad presidida, ya entonces, por Lisandro de la Torre. A diferencia de sus precavidos compañeros *liguistas*, Infante dará muestras de ingenio y capacidad de respuesta rápida frente a los interrogantes habituales en escenarios como el de un acto público —esta vez el teatro *La Ópera*— en el que invariablemente hace aparición una voz obrera pidiendo concreciones y preguntando por qué tienen que dar su confianza a los nuevos reformadores burgueses. Sostiene Infante que eliminando las tributaciones sobre el trabajo y el consumo es el proletariado el que más se beneficia de la reforma política y la progresiva conquista de la democracia. La respuesta nunca convence al indagador proletario, pero en esta ocasión, con el criterio fiscal progresivo, singulariza a Infante en el interior de la Liga.

No se aleja del todo del radicalismo, pero los rasgos programáticos de la Liga también son muy cercanos a la experiencia vital y los intereses de Infante. Se moverá entre dos aguas. Como inmigrante le seducen las propuestas orientadas a integrar a los recién llegados, y el reclamo favorable al voto para los extranjeros. Liberal y republicano asume que la construcción de la ciudadanía es causa y efecto, al mismo tiempo, de la con-

Aires, 1996, pp. 77-100. M. Bonaudo (dir.), *Imaginarios y prácticas de un orden burgués, Rosario 1850-1930: Los actores entre las palabras y las cosas*, Prohistoria, Rosario, 2005.

183. *El Litoral*, Rosario, 29.VI.2007. Carlos Paganini, como candidato a senador por el Frente para la Victoria.

184. P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...*, pp. 51-53.

solidación de los modos democráticos en la toma de decisiones. Como rosarino, le cautivan, a pesar de su hostilidad al protagonismo de los cuerpos intermedios en la arena política, las exigencias y atribuciones administrativas pensadas para los municipios y, sobre todo, para alguien que pudiera haber adoptado como lema el de “razón y eficacia”, la batalla que la Liga plantea por la capitalidad provincial, por arrancar de la Santa Fe “de las nombradas siestas”, las oficinas de la administración y trasladarlas a la hacendosa Rosario: la razón creativa y el impulso liberal frente al criterio burocrático.

La inserción en la dinámica rosarina y argentina, de la que dan cuenta episodios tan relevantes, no le impide continuar pensando en España como su nación, y en la española como su identidad política. De hecho, a poco de ocurrida la revolución de 1893, Infante había escrito un segundo opúsculo en el que, partiendo de nuevo de la premisa que la república es mejor que la monarquía, inquiere sobre qué orientación cabe dar a la primera, cuáles son los problemas de gobierno “que todos debemos de tener bien decididos en nuestra mente, para que todos procuremos sean bien resueltos en la nación de que formamos parte”. Esa nación “de que formamos parte”, la que merece su compromiso y su reflexión, es, para Infante, España. El objetivo de su trabajo de 1894 será demostrar que el unitarismo es preferible a la federación. El punto de partida no es particularmente nacionalista; más bien diría que en absoluto. Para nuestro protagonista la felicidad de las naciones no es otra cosa que la felicidad de los individuos que las forman; o mejor, la suma del bienestar del mayor número de ciudadanos. La acción gubernamental, en consecuencia, será exitosa si se encamina con eficacia a procurar a cada uno de esos ciudadanos una vida “tranquila, desahogada, satisfecha”¹⁸⁵.

Materialismo, república unitaria y liberalismo social: pensando en España

J. Daniel Infante, como se pone de relieve en los dos trabajos que glosaremos, fue un hombre al que le gustaba fijar el sentido exacto de los conceptos que utilizaba. El primero, ya aludido, es un folleto escrito en Rosario en 1889 a los cien años de la revolución francesa y coincidiendo con la emigración de Infante a la Argentina. Su publicación se demoraría hasta 1893, también en la ciudad santafesina y estaba dedicada a los republicanos de Torquemada, esa otra localidad palentina que formaba parte del pasado, y acaso del futuro, de Infante.

Las primeras páginas de *Estudiemus política* nos dan de bruces con un hijo del siglo XIX, con alguien impregnado de materialismo filosófico. Pero de un materialismo que se sostiene sobre un poso explicativo de naturaleza romántica. Se cantan las grandezas de la materia, y de la libertad, como antes las del espíritu. La materia inorgánica da origen a la orgánica. Los animales se transforman y perfeccionan. El hombre es el ser más perfecto de todos. Ha alcanzado el remate, el culmen de la evolución: el pensamiento. Su responsabilidad en relación al progreso universal se corresponde con ese alto estatus alcanzado, el máximo.

185. J. Daniel Infante, *Unitarismo y federación*, Establecimiento gráfico Félix Wolflin, Rosario de Santa Fe, 1895 (1894 en el interior), pp. 3-4.

Es por ello que debe dedicarse a la Política, así en mayúscula. Entendida no como los españoles, dice, suelen hacerlo, como artimaña. Más bien como la han entendido, cada uno a su manera, Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu, o Alexis de Tocqueville: como ciencia del gobierno de los pueblos. Por eso en las páginas siguientes apuntará los razonamientos que sostienen en la teoría la preeminencia de la forma institucional republicana sobre la monárquica, al tiempo que busca puentes que permitan conectar teoría y práctica.

Librecambio y tributación directa constituyen un binomio caro a Infante desde esos primeros escarceos con la teoría política. Aseguran la libertad y la justicia, el progreso y la solidaridad. Permiten que el ciudadano asiente sus reales en el espacio público. Le otorgan el protagonismo exclusivo en la toma de decisiones. Por lo demás, la comparativa entre Monarquía y República, siempre en beneficio de esta última, se resuelve, en un juego de dicotomías muy del gusto hispánico. Una persona al frente del Estado, o un ciudadano. La herencia o la elección. El poder vitalicio o el temporal. Irresponsable o responsable¹⁸⁶.

Más adelante, una vez aclarado que sólo la República, de orden y progresiva, mesocrática y culta, puede poner a España en la senda del progreso dará a la imprenta otros folletos políticos. En sus nuevas entregas Infante precisará qué entiende por sistema unitario —“aquel en el cual la nación constituye un solo Estado que ejerce las funciones de defensa, de *justicia* y de administración de los intereses comunes en toda ella, sin consentir que organismo alguno disfrute autonomía en los actos que dentro del círculo de las mencionadas funciones caen” — y qué concibe, invocando la autoridad de Francisco Pi y Margall, por Estado federal: aquel en el que la nación se halla constituida por la asociación permanente de organismos menores, “constitutivos cada uno de un Estado, que conservan su autonomía, y delegan solamente en el Estado nacional los poderes y funciones indispensables a la existencia del mismo y a la realización de lo considerado bien común”.

No se trata sólo de aclarar en positivo, sino también de deshacer entuertos. En España, la dinámica política del último tercio del siglo XIX habría instalado una confusión: que la federación era sinónimo de progresista y avanzado, mientras que unitario lo sería de autoritario y conservador. Que no se daba en la práctica de manera mecánica y universal dicha identificación dan cuenta los ejemplos aducidos por Infante: de la España absolutista a las federaciones imperiales alemana o austrohúngara, pasando por el federal rabioso que fue Don Juan Manuel de Rosas. No deja de ser una provocación demasiado evidente, y muy propia de la singular personalidad de Infante, la equiparación implícita entre Rosas y Pi y Margall¹⁸⁷.

En rigor, continúa argumentando, los unitarios creen que hay un único sujeto de soberanía, la nación de ciudadanos, mientras que los federales otorgan esa significación a regiones, a naciones regionales (*sic*) o, incluso, a los municipios. Al establecer estos cuerpos intermedios desvirtúan la expresión directa de la voluntad ciudadana y, por si esto fuera poco, contribuyen a aumentar la complejidad administrativa, la dificultad en la toma de decisiones, la arbitrariedad y la diversidad de códigos. El estado federal no sería nada más

186. J. D. Infante, *Estudiemus política...*, pp. 6-50.

187. J. D. Infante, *Unitarismo y federación...*, pp. 11-13.

que la proliferación de estados. Todo se multiplicaría, las oficinas y los parlamentos, las haciendas, los gobiernos y los ministerios, los juzgados y los cuerpos de vigilancia policial. En España, por si esto fuera poco, también se multiplicarían las lenguas oficiales. Todo, en suma, excepto el personal preparado y dotado para la gestión pública. La suma de la ineficacia y el narcisismo de las pequeñas diferencias, del localismo, conllevaría, a medio plazo, la amenaza de separación¹⁸⁸.

La obra se cierra, como si de un bucle se tratara, volviendo al punto de partida. Ni autonomía es un término equivalente al de libertad, ni el individuo puede, en buen republicano liberal, equipararse con las corporaciones. Sólo la nación, entendida en su sentido unitario, avalaría los derechos individuales, políticos y sociales. Ni siquiera la evidencia del progreso en estados federales consigue alterar la seguridad de Infante. Efectivamente, los Estados Unidos y la República Argentina florecen: “Progresan *con* el federalismo, sí; más no *por* él, sino *a pesar de* él; como progresan *con* el proteccionismo, pero, no *por*, sino *a pesar de* éste”¹⁸⁹.

Tras la muerte de Casado, en 1899, Infante aprovechará la ocasión para hacer uno de los diversos viajes, de ida y vuelta, que realiza a la península. El choque con la realidad será una constante en cada uno de ellos. No obstante, no dejan de poner de relieve una querencia vital y política. *Unitarismo y federación* no es el único trabajo de esos años pensado desde la Argentina pero proyectado sobre el horizonte español. Diez años después del desaire a la Patriótica, todavía se atreverá a dar lecciones sobre lo que debería hacer la sociedad española: su propia, y paradójica, revolución. Efectivamente, en 1908 da a la luz *La revolución española*. La obrita parte de una premisa: en España hay gente que se muere de hambre; el paisanaje es macilento, corto de talla, enteco, misérrimo. Las madres no pueden alimentar a sus hijos. Los precios suben mientras los jornales permanecen estancados. Para resolver la cuestión sólo hay una salida revolucionaria: la emigración. Conviene que los españoles, los más resueltos y dispuestos al sacrificio de entre ellos, salgan al exterior, a luchar contra lo desconocido. De esa manera dejarán un hueco y un “pedazo de pan más que repartir”.

La consigna revolucionaria es inédita: “¡A fuera, a fuera los más bravos! ¡A vencer o a morir de una vez...”¹⁹⁰. La libertad de movimientos debería ser reconocida constitucionalmente, mediante una ley adicional con un artículo único: “Todo el mundo podrá entrar en, y salir de, el territorio español, sin necesidad de dar explicación alguna, ni presentar documentación de ninguna clase”. En realidad Infante está haciendo evidente su singular cosmogonía, la visión del mundo y de la sociedad, de la naturaleza y la humanidad, de la cultura y de la economía, que sustenta. Junto a la libertad de movimientos, la liquidación de toda suerte de barreras al libre comercio: las exteriores (los aranceles proteccionistas) y las interiores (los fielatos y las tasas que gravan los productos de consumo). En unos momentos en los que en España proliferaban catalanistas y vizcainistas (es decir, particularistas),

188. *Ibid.*, pp. 18-37.

189. *Ibid.*, pp. 40-85. Comparación en *Ibid.*, pp. 99.

190. J. D. Infante, *La revolución española*, Rosario de Santa Fe, Imprenta La Capital, 1908, pp. 3-4.

lo que había que primar era la solución a los hambrientos, y ésta no podía venir sino de un cosmopolitismo radicalmente liberal. Un cosmopolitismo que tenía las raíces en su propia biografía: la primera libertad del ser humano es la de moverse “por toda la superficie de la Tierra y en el lugar paraje de ella que más nos acomodase”¹⁹¹.

Y junto a la libertad de moverse la liquidación de las restantes restricciones a la autonomía del individuo: desde la eliminación de la conscripción obligatoria a la liberalización de la posesión y uso de armas, desde la legalización del juego a la desregulación de la caza —con la eliminación de cotos y vedados que significan “la restauración de privilegios feudales”¹⁹².

El liberalismo muy a la americana, *jeffersoniano*, se completaba, en el ideario de Infante, con una resuelta vocación reformista que, inevitablemente, debía estar ligada al Estado. En su agenda propone desde la creación de un sistema crediticio eficaz —con un Banco Nacional al frente, de diáfano contorno *saint-simoniano*, dispuesto a “habilitar a los laboriosos” —, hasta el establecimiento de una tributación soportable pero progresiva; que “no exigiese nada de quien tuviese que renunciar al ahorro” pero permitiese, entre otros objetivos, la correcta financiación de los municipios. La reforma agraria, una constante en los proyectos arbitristas hispánicos pero también en esa tradición *jeffersoniana* que partiendo de una concepción *iusnaturalista* de la propiedad de la tierra llega hasta la crítica de los latifundios y de las grandes haciendas en manos de terratenientes, debería llevarse a cabo de inmediato, mediante la partición y/o la agrupación de parcelas en base a criterios —de escasa racionalidad económica, pero de significativa coloración social— de titularidad familiar. Por el momento, dado que este último proyecto tardaría en dar sus frutos, debería procederse a una ambiciosa política de obras públicas —también una recurrente propuesta de los reformadores patrios— y a liberalizar, en su totalidad, el subsuelo español. Dando garantías de permanencia y estabilidad, incluso constitucionales, a las empresas extranjeras se lograría que éstas se interesasen por la inversión minera en España¹⁹³.

Infante, como queda constancia en los párrafos anteriores, bebe de todas las influencias posibles. Construye su visión del mundo —racionalista y utopista— y de las necesidades de España —marcadamente regeneracionista y republicana— apelando a materiales procedentes del liberalismo y del positivismo, del cientifismo occidental y, como ha puesto de relieve Patricia S. Pasquali, de tradiciones filosóficas orientales como la confuciana. Un cóctel muy de época¹⁹⁴.

Volviendo al texto que estábamos comentando, el relativo a la revolución española, y por último, cabría apuntar la singular capacidad de Infante de construir imágenes quiméricas a partir de su interés rioplatense por los puertos de mar: portones abiertos al exterior, espacios ideales en los que es posible la conexión de la España reformada en su interior con el mundo del comercio y la industria, el progreso y la libertad, que se desarrolla allende los océanos. El cuadro no puede ser más sugerente. La imaginación se desborda y da lugar a

191. *Ibid.*, pp. 3-7.

192. *Ibid.*, pp. 25-27.

193. *Ibid.*, pp. 14-15. A. Duarte, “A patria lonxe...”, pp. 52-53.

194. P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...*, pp. 37-47.

una suerte de utopía hispánica: “España necesita en Vigo, en Huelva, en Cádiz, en Málaga, en Cartagena, en Valencia, en Barcelona, en Bilbao, en Santander y en Gijón, puertos tales que todo barco de pasaje pueda siempre atracar a muelle de balde; que al lado del atracadero quepa el tren formando para que los pasajeros pasen del vapor al tren, como de un tren a otro; que enormes tubos puedan llenar de agua potable, en minutos, los tanques de los transatlánticos; que depósitos flotantes, puedan echar, como agua, el carbón a sus carboneras; que grúas sin cuento, puedan, en horas, trasladar las cargas, ya a los almacenes fiscales o particulares, bien provistos de líneas de carrilla y de más grúas, ya directamente a los vagones; y viceversa. Con el dinero que se destina a la escuadra debe hacerse eso”. Y es que Infante no tiene confianza en las capacidades de la tierra española: “Minas y mares son nuestra dote, no la tierra, que es de lo peor, aunque falso patriotismo quiera convencernos de lo contrario”¹⁹⁵.

¿Quién puede hacer realidad ese programa? La respuesta es, también, marcadamente española; costiana, diría. El “hombre”. *A bordo del Ortega*, es decir, navegando hacia España a la altura de marzo de 1908, Infante describe los rasgos que ha de tener dicho líder. Nueve meses después, cuenta su desengaño tras conocer y entrevistarse con Alejandro Lerroux. De lejos, la figura del dirigente radical parece ser una esperanza. De cerca, se produce la decepción. La revolución por la revolución, el acto de violencia desprovisto de sentido no es más que otro mal que se sumará a los que ya padece España. La ausencia de programa, la incapacidad de liderazgo, el carácter amorfo de las masas la desaconsejan: “No y cien veces no; por amor a España, por amor a la causa republicana, por amor... a los mismos revolucionarios de buena fe, a ese mismo señor Lerroux, en cuya sinceridad hay que creer cuando se le oye, no seamos revolucionarios; no alentemos a quienes lo son... No hay ambiente, no hay fuerzas, no hay momentos hábiles... Se provocará unos días de anarquía, se enlodará la bandera..., se acarreará la muerte desastrosa de los mismos que, de buena fe y por amor a España, encabezan el movimiento...: cuando la bestia devenga feroz, querrán sujetarla y los despedazará, estad seguros de que los despedazará, como despedazó al infeliz alcalde alcoyense. No y cien veces no: no seamos ahora en España revolucionarios”¹⁹⁶.

Lo firmaba en Rosario el 14 de diciembre de 1908.

Intendente efímero y conflictivo

Los españoles, viene a decir, tienen remedio. España, no. En cambio, sus anhelos argentinos no han entrado en crisis. Todo lo contrario. Su perfil profesional se diversifica. A sus labores de abogado suma las de profesor. Empieza siéndolo de Historia y de Filosofía en el Colegio Nacional número 1 y, tras algunas iniciativas privadas, acaba ejerciendo como catedrático de Historia del Comercio, en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad del Litoral. También se ha integrado en la activa Bolsa de Comercio rosarina y será asesor letrado del Colegio de Escribanos en las dos últimas décadas de su vida.

195. J. D. Infante, *La revolución española...*, pp. 16-17.

196. *Ibid*, pp. 30-36.

El salto a la política ha resultado ser inevitable —en realidad, no se ha sentido nunca fuera de ella— pero confuso, muy confuso. Seguramente a ello contribuirá el hecho que venga de tradiciones políticas españolas y que son éstas, en sus variantes de liberalismo, reformismo social y patriotismo —a caballo entre españolismo y argentinismo vedado a la deriva criollista—, las que inserta en su itinerario argentino. Afín al radicalismo y manteniendo posiciones en la Liga hasta el 23 de junio de 1912, momento en el que solicita la baja, hará sus primeras propuestas urbanísticas antes de acabar la primera década del siglo y en las reuniones plenarias del Concejo Deliberante. La ciudad empieza a tener noticia de su genio ordenador hacia 1910. Junto a la liquidación de todo impuesto sobre el trabajo apunta algunas aperturas de nuevos viales que conecten el núcleo primigenio de la ciudad con las nuevas áreas de expansión. Coincidiendo con el clima euforizante que acompañó al centenario de la independencia, Infante, en rosarino y en buen liberal social, confía en la capacidad de la sociedad civil de Rosario (energía y patriotismo) para emprender, con éxito y en competencia con un Buenos Aires que se ampara tras la condición capitalina (leyes y subvenciones), la realización de una Avenida Central que divida y articule, modernice y revalorice el suelo urbano de la capital del Litoral. Frente al Estado y su potencial, Infante deposita sus esperanzas en la capacidad de transformación de una sociedad de pioneros inspirados por el ideal de justicia social. Como en tantas otras ocasiones, esa ingenuidad le causará a Infante no pocos disgustos: al fin y al cabo, la propiedad, también la del suelo, no deja de ser una forma de egoísmo a la que, en ocasiones, sólo se puede hacer frente con la vilipendiada expropiación¹⁹⁷.

En el año de 1912 Infante llega, al fin y gracias a la propuesta en este sentido del primer gobierno radical de la provincia de Santa Fe, el encabezado por el doctor Manuel J. Menchaca —quien accede al mismo compartiendo fórmula con Ricardo Caballero—, a ser el intendente de la ciudad. Los efectos beneficiosos de la Ley Sáenz Peña, sancionada por el Congreso de la Nación Argentina el 10 de febrero de ese año como ley 8.871 se hacen evidentes. Aún estando vigente, de forma previa, el sufragio universal masculino, ahora se acompañaba del carácter obligatorio y secreto, se implantaba junto a un sistema de representación por minorías y a una mejora, y ampliación, del censo electoral. El radicalismo llega, de esta manera, a funciones ejecutivas¹⁹⁸.

Con todo, la labor de Infante durará poco. En el registro municipal figura como intendente del 20 de noviembre de 1912 al 10 de abril del año siguiente¹⁹⁹. Son tiempos convulsos. Ni sus predecesores ni sus sucesores inmediatos dispondrán de más tiempo al frente del gobierno municipal. La ciudad ha alcanzado, en 1910, los 192.278 habitantes. El porcentaje de inmigrantes no ha dejado de crecer. Cuando Infante asume la

197. Relectura propia de las noticias apuntadas por P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...*, pp. 69-89.

198. Oscar R. Videla y Eduardo Zanella (comps.), *Historia y Política: Estudios sobre Ricardo Caballero*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.

199. S. J. Sánchez apunta el día 8 como el de la renuncia. Santiago Javier Sánchez, "La intendencia de Daniel Infante en Rosario (1912-1913): las paradojas de un socialista español", en *Historia Regional* 23 (2005), p. 91.

intendencia Rosario cruza el límite simbólico de los 200.000 vecinos. En su caso, y al margen de la inestabilidad ambiental, juegan en su contra, de una manera decisiva, el ser nombrado por los radicales para habérselas un Concejo *liguista*, así como algunos rasgos de carácter y, en no menor grado, su identidad española. De lo relativo al carácter dejará constancia el duro, y en buena medida inexplicable, conflicto que mantiene con los cuadros administrativos y gerenciales del Concejo. El primero de dichos episodios le enfrenta al director del Departamento de Obras Públicas, el ingeniero Eduardo Castro. Castro, avalado por los dirigentes más conspicuos del radicalismo santafesino, empezando por el mismo Caballero, es despachado de la tribuna de oradores por Infante en medio de un acto de inauguración del nuevo alcantarillado. Diversos funcionarios se solidarizan con Castro. Un sector de la dirigencia radical intenta descabalar a Infante de la municipalidad pero, por el momento, no lo lograrán. Más tarde, destituiría al procurador municipal Domingo P. González. Con más de diecisiete años de servicio a sus espaldas, González no duda en plantear batalla. Para ello recurre al tema de la nacionalidad.

Ciertamente, Infante tiene, en 1912, la carta de ciudadanía argentina; pero, como ya se ha dicho, desde hace menos de seis años. Éste es el plazo que contempla la Constitución de Santa Fe para conseguir y poder ejercer la intendencia. Sus enemigos no dudan en esgrimir el origen español para explicar sus providencias conflictivas y contrarias a los intereses del elemento genuinamente autóctono. Como en la anterior ocasión la escenificación de la crisis pasa por los desplantes y los gritos, la irrupción de auditorios predispuestos en contra y la irascibilidad de Infante. Todo ello da lugar a situaciones subidas de tono y a una progresiva pérdida de credibilidad y apoyos entre las elites locales y las provinciales. En evocaciones posteriores se aludirá a su condición de “buen castellano” el hecho de “rebelarse con cierta brusquedad”, y se reconocerá que “incapaz de disimular las verdades, las decía; antes que el circunloquio prefería sobrepasarse. Ser veraz ante todo”. Directo, sin sutilezas y con un fondo de ingenuidad; como en los tiempos palentinos. Parece claro que, a fines de 1912 y principios de 1913, se sobrepasó²⁰⁰.

En cualquier caso, el perfil reformista, la actitud mediadora en el orden social que da a su gestión, y el que proyectará sobre sus labores futuras, hacen que, con un punto de exageración, pueda presentársele como un republicano *socialista*²⁰¹. Intentemos aclarar este punto. Él mismo, por razones de carácter —el mismo carácter que le había llevado a obliterar la invitación de la Patriótica en 1898 o le llevarán a enfrentarse a las piezas clave de la administración que encabezaba—, contribuyó a la confusión. Necesitaba presentarse como un hombre libre, exento de la tutela de la Liga y de los radicales, aunque de hecho compartiera proyectos, locales y nacionales, con ambas formaciones. Y parece ser que él, liberal impenitente, no encontró mejor acomodo que el que le ofrecía una etiqueta, por otro lado tan dada a la polisemia en esos tiempos, como era la de socialista. Así lo había hecho saber en

200. S. J. Sánchez, “La intendencia”, pp. 94 y 96. E. Miragaya y F. Solanes, *Los españoles en Rosario de Santa Fe...*, p. 163.

201. P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...* El calificativo ha sido recogido por Sánchez.

España antes de su expatriación, y así lo hizo saber en su toma de posesión al frente de la municipalidad. Aunque el socialismo local se apresuró a desmentir que Infante figurase entre sus componentes, la confusión quedó instalada²⁰². Y es que el liberalismo social y redistributivo de Infante, al que ya hemos visto en acción, se prestaba a la ambigüedad terminológica.

La terminología podía ser ambigua, pero las acciones no tanto. Infante ¿mediador filantrópico en el conflicto social? No sólo, ni prioritariamente. Infante interviene, tras las reformas electorales de 1912, en un marco en el que los políticos están obligados a demandar los sufragios de los trabajadores recién empadronados. En definitiva, un contexto en el que, como indica Matthew B. Karush, se están redefiniendo las identidades políticas obreras pero también, como explica Bonaudo, las funciones propias de los representantes cívicos, y las estructuras de reclutamiento partidario en las empresas y en los barrios populares²⁰³. Los testimonios de la época recuerdan a Infante gestionando, día a día, y precisamente mediante trámites ante Menchaca, la liberación de los detenidos en relación a la huelga de colonos del sur santafesino que arranca con el *Grito de Alcorta*. Una huelga en la que tanto inmigrantes italianos como catalanes, supeditados a los designios la “Cía. subarrendadora Donadeu, Rodeiro y Conde”, en la vecina localidad de Máximo Paz y con una evidente filiación libertaria, jugaron un rol relevante. Junto a Caballero y Toribio Sánchez, Infante tomó parte en la comisión mediadora creada para analizar las raíces del conflicto²⁰⁴. Más allá, probablemente, de sus obligaciones mediadoras, Infante se empeñará en sacar de prisión a anarquistas como Francisco Capdevilla o Manuel Sales. Ése era el primer paso. Evitar que se les aplicase la *ley de residencia* de 1902 y fuesen expulsados de la República, en tanto que extranjeros que constituirían una amenaza social, sería el segundo. Junto a las gestiones más estrictamente solidarias, y urgentes, también encontramos a Infante participando del ambiente que llevó a la creación de la Federación Agraria Argentina, en los locales de la Sociedad italiana de Rosario, y elaborando informes favorables a los agricultores y contrarios “al despiadado sistema de arrendamientos”²⁰⁵. En suma, Infante no hace otra

202. Ver la nota en *La Capital*, Rosario, 23.XI.1912, *El socialismo y el intendente*. Cf. S. J. Sánchez, “La intendencia”, pp. 93-94.

203. M. B. Karush, “Workers, Citizens and the Argentine Nation: Party Politics and the Working Class in Rosario, 1912-1913”, en *Journal of Latin American Studies* 31, 3 (1999), pp. 589-616. Artículo recogido en Videla y Zanella (comps.), *Historia y Política...*, con el título “Los trabajadores, los ciudadanos y la nación argentina: Ricardo Caballero y el radicalismo rosarino, 1912-1913”, p. 38. M. Bonaudo, “Entre la movilización y los partidos”..., pp. 90-91.

204. R. Albert Neiro, “Historia, política e ideología. Un recorrido por los discursos de Ricardo Caballero, 1900-1930”, en Videla y Zanella (comps.), *Historia y Política...*, p. 126.

205. *El Republicano*, Rosario de Santa Fe, “Colaboración del Doctor J. Daniel Infante (Corona fúnebre)”. Buenos Aires, Librería y Editorial La Facultad-Juan Roldán y C^a, 1932, pp. 397-400. Tulio Halperin Donghi, “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en Id., *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, 2ª ed., p. 272. Para la ley de 1902 véanse las páginas y las reflexiones que le dedica Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pp.

cosa que anticipar en Rosario, como Menchaca en el conjunto de la provincia, la política gremial que, poco más tarde, se trasladaría al ámbito nacional con el gobierno de Hipólito Yrigoyen²⁰⁶.

La labor mediadora se proyectó también sobre dos conflictos urbanos. La huelga de los tranviarios, en diciembre de 1912, se solucionó en buena medida gracias a las gestiones de intermediación de los radicales encabezados por Infante. El primer consejo dado a los trabajadores de la empresa belga que gestionaba los tranvías eléctricos urbanos fue el de agotar todos los trámites legales y de negociación pacífica para acabar imponiendo el reintegro de los compañeros despedidos como fundadores de una sociedad de resistencia. Los derechos sindicales estaban en juego. La violencia estalló: un trabajador que no secundaba el paro disparó y mató a un huelguista. Ambos eran españoles. Ambos iban armados. Con todo, Infante no renunció a su protagonismo como máxima autoridad municipal. Primero, contribuyó a un acuerdo que sería interpretado por los trabajadores como un éxito en toda regla. Todas y cada una de sus reivindicaciones fueron atendidas. Además, el sepelio del obrero muerto, Antonio González, se convirtió en una manifestación de duelo ciudadana. Infante, además de costear coronas y contribuir a los gastos del entierro, aparecía retratado portando el ataúd junto a los obreros. Santiago Sánchez describe en términos exactos —“estampa patriarcal”— la fuerza plástica de un bolsista, empresario, abogado, gestor de grandes negocios e intendente, encabezando una manifestación proletaria en las calles de Rosario²⁰⁷.

El fracaso de un segundo intento de arbitraje, con ocasión del paro de barrenderos y carreteros municipales generaría el choque entre Infante y el resto del Concejo que se halla tras la dimisión del primero. Infante brindó, en marzo de 1913, su apoyo a los trabajadores municipales de la limpieza que aseguraban se les había concedido, en una intendencia previa, una serie de aumentos salariales. Lo hizo en contra de la opinión del Concejo. Lo hizo porque, en sintonía con los planteamientos originarios del radicalismo, en línea con los argumentos sostenidos por Ricardo Caballero, entendía necesaria la metamorfosis del pueblo en ciudadanía, y, en dicho itinerario, la incorporación plena de la clase obrera, o si se prefiere de unos trabajadores desprendidos progresivamente de sus connotaciones clasistas, al cuerpo del municipio, la provincia y la nación. Los apoyos con los que contaba un Infante convertido en héroe de la clase obrera eran contados, a pesar de haber aprendido con rapidez cómo hacer usos de las *barras* en los plenos, y con el estallido del conflicto y su impacto sobre la ciudad no hicieron otra cosa que desaparecer. El gobernador Menchaca, que en primera instancia le había ratificado su confianza, se la retiró dando lugar a la renuncia de Infante. Presentada el 8 de abril, quedaría formalizada en menos de cuarenta y ocho horas²⁰⁸.

34-39 y 289-293.

206. David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 1997, 2ª reimp., pp. 108 y ss.

207. S. J. Sánchez, “La intendencia...”, pp. 95-96.

208. S. J. Sánchez, “La intendencia...”, pp. 96-100. M. B. Karush, “Los trabajadores, los ciudadanos...”, pp. 63-66.

En cualquier caso, los contornos socialmente avanzados de Infante habían quedado claros, también, con el impulso que dio a la creación de nuevos barrios de viviendas obreras —Mendoza, Arrillaga y Godoy—, con algunas iniciativas no exitosas de implantación, a través de los presupuestos municipales, de un sistema fiscal progresivo sobre los capitales y las rentas, así como, más tarde, en las estrategias recomendadas para hacer frente a la crisis de empleo que se originó con el estallido de la Primera Guerra Mundial y las dificultades en el funcionamiento de los circuitos comerciales transatlánticos: desde la ocupación de los desempleados en trabajos comunales de mantenimiento de caminos e infraestructuras urbanas, a la puesta en marcha de cocinas populares que garantizaran una comida diaria a los olvidados de la fortuna.

Tras su paso por la intendencia, Infante se habrá convertido en un referente colateral de la Unión Cívica Radical rosarina. Desde esa condición procurará —a través de Ricardo Caballero, colaborando con él y reconduciendo la inicial apuesta de éste en contra de la fórmula Hipólito Yrigoyen— que el conjunto del radicalismo santafesino apoyase la proclamación nacional de quien iba a ser el próximo presidente de la República, entre 1916 y 1922²⁰⁹. Las críticas a los nuevos partidos populares —que venían a competir por el voto plebeyo con la Unión Cívica Radical, y poner en riesgo su papel central entre estos sectores— y las actividades y los compromisos en los combates locales y provinciales seguirían ocupando una parte de las energías de Infante. Por todo ello será recordado, alternativa cuando no complementariamente, como un abanderado de las luchas progresistas, del combate contra las dictaduras y de defensa de los derechos de sus compatriotas —es decir, de los españoles tanto como de los argentinos—, y como un hombre de consejo, alguien a quien la edad había aportado sosiego y clarividencia, y que contribuía a orientar a quien a él se acercaba. Una suerte de patriarca, aureolado por su condición docente.

La pedagogía como política. Más allá del criollismo, por la solidaridad latina y al servicio de la Humanidad

Infante nunca abandonará la vocación política. Eso sí, en ciertas épocas de su vida de emigrado la recondujo hacia otras actividades. La más relevante de las mismas sería, sin duda, la de la docencia. En 1916 aparecía editado, en la Imprenta Inglesa de Rosario, y bajo el título de *Insinuaciones*, un conjunto de ideas que Infante ha ido desglosando previamente en diversas conferencias centradas en el tema de la educación, el método pedagógico y la labor del magisterio. Unas conferencias que pretendían dar a conocer el marco teórico que presidía, en definitiva, su ya larga empresa docente.

En rigor, lo que propone Infante es establecer un plan docente para la segunda enseñanza de rasgos muy intensos. Estructurado en cinco años su pretensión es “que aquí se enseñe mucho, y, por tanto, se aprenda mucho, aunque se estudie poco: si por estudiar ha de entenderse, aprender libros”. La filosofía política y la pedagógica de nuestro protagonista es única y se alimenta de la lógica del magisterio republicano, del darse laico. Es por ello que la

209. P. S. Pasquali, *J. Daniel Infante...*, pp. 138-142.

enseñanza ha de partir de la transmisión oral. Lo importante es tener un profesorado competente y eludir la evaluación de los resultados obtenidos. Lo relevante no es averiguar si los alumnos estudian, o no lo hacen. Aquí el republicano se desdobra de pionero, de emigrante exitoso con un elevado grado de querencia por los mecanismos meritocráticos y por las lógicas sociales de perfiles darwinistas: “Quien estudie atentamente, habrá de aprender, si es capaz de ello; y no puede menos de considerarse tiempo perdido el que se pase en las clases tomando las lecciones”. Por lo demás, así se evita el riesgo que “tratando de que aprendan los más torpes, se hace perder el tiempo a los más listos”²¹⁰.

Las reflexiones sobre los sistemas pedagógicos y los niveles de exigencia se completaban con un argumento adicional. El proceso de aprendizaje, como demostraban las prácticas de lectura, tenía que ser omnicomprendivo, global, holístico. La lectura iría encaminada a aprender, no a recitar lo aprendido; y, por ello, “el estudiante debe principiar por leer sus libros de curso íntegros, desde el primer día, como leería una novela: necesita ante todo, tomar la impresión de conjunto de la ciencia que estudia”. De hecho, lo ideal sería que iniciase dicha lectura con anterioridad al calendario escolar, en tiempo de vacaciones, anticipándose personalmente y abriéndose, él mismo, el camino del saber²¹¹. La autonomía personal, proyectada en un ambiente meritocrático que se sostiene sobre la igualdad de oportunidades, no podía sino dar resultados óptimos. En la escuela y en la facultad como en la arena cívica. De ahí, de esa afirmación constante, arrancarán algunas de las diferencias de criterio con algunos de sus más estrechos colaboradores políticos.

La América concreta en la que labora, profesional y políticamente, en la que enseña, es la Argentina. Y en esa república la emergente política populista está procediendo a una relectura en clave criollista, a una auténtica revisión, del pasado nacional. La conexión política más estrecha que Infante llegó a establecer fue, no cabe duda, con Ricardo Caballero. Pues bien, Caballero es un ejemplo de esa generación de nuevos políticos que procedieron a releer la historia nacional, a estudiar en positivo la época de los héroes gauchos, a construir un discurso que presentaba la historia de la Argentina independiente como una batalla entre la vieja nación de caudillos violentos y otra nueva conformada por gobiernos *vendepatrias* y empresas extranjeras explotadoras²¹². Ciertamente, por el medio en el que se mueve —desde la geografía rosarina a la política radical—, Caballero no recurrirá a los estereotipos xenófobos. Al contrario, procurará reclamar de los trabajadores venidos de fuera, y a su descendencia, que se identifiquen con el pasado criollo. Que se sientan pueblo argentino. Que hagan de esa identidad su propio proyecto de emancipación. Ciertamente, este tipo de discurso no podía no generar tensiones en Infante. ¿Lo hubiese podido asumir en vida de Casado? Difícilmente, puesto que su protector respondía en buena medida a algunos de las caricaturas negativas a los que re-

210. J. D. Infante, *Insinuaciones. Serie de conferencias didácticas por (...)*, Imprenta Inglesa, Rosario de Sant Fe, 1916, pp. 19-20.

211. *Ibid.*..., pp. 24-25.

212. Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

curría Caballero para referirse a ciertos inversores de origen extranjero. Pero no parece que, al empezar la segunda década del siglo XX, las tensiones fuesen insuperables. Al fin y al cabo, también había materiales muy semejantes, casi intercambiables. ¿Acaso la honra calderoniana de la que hacía gala Infante no podía sintonizar con el criollismo de Caballero en lo que éste tenía de acalorada defensa del honor personal de los gauchos?

Los puntos de fricción, es cierto, existen: el federalismo no puede sino repeler a Infante. En cambio, como Caballero, puede asumir la tradición laicista y positivista como marco de referencia filosófico. No puede ser nativista pero, a su manera, es un casticismo²¹³. En la necrología que *La Tierra*, periódico rosarino, le dedicó figuraba un párrafo que podría ser la clave de resolución del dilema: “En esta ciudad —dice aludiendo a su llegada— se vinculó con el espíritu mismo de nuestro pueblo, al que había identificado con ese gran poder de asimilación que es la característica dominante de todo hombre superior que sabe advertir dónde se encuentra una posibilidad de superación”. Asimilar para superarse, hacerse argentino para devenir un ciudadano en plenitud²¹⁴. El problema de hacerse castizo en criollo era, en todo caso, que España podía empezar a quedar demasiado lejos, demasiado atrás.

Por lo demás, y en lo que se refiere al juego de identificaciones étnicas y nacionales usado por Daniel Infante, debería reconocerse que éste fue un claro ejemplo de aquellos inmigrantes de orígenes hispanos y latinos que, una vez llegados a la Argentina, hacían de este dato, en un contexto presidido por la proliferación de esquemas raciales del tipo *latinidad* versus *germanidad* —en referencia al contexto europeo de conflicto bélico— o *latinidad* versus *anglosajonismo* —en alusión al conflicto latente con los vecinos del norte—, un marcador de identidad. La contraposición es valorativa. La primera categoría sería sinónimo de civilización, racionalidad y cultura; frente a una segunda que siempre se asociaría a animalidad, brutalidad, ausencia de escrúpulos y de legado cultural y moral. Sólo un presidente no latino podía haber exclamado en su momento “América para los americanos”, habría pues excluido, o no tenido en cuenta, a los otros. Para Infante, en cambio, lo que proclamaría una autoridad, americana pero de orígenes latinos sería un “América para la Humanidad”. “Quien piensa: ‘América para la Humanidad’, no reclama, no pide: se da; y, de igual manera, grado a grado, ha de ir ofreciéndose en cada uno de los organismos en que la Humanidad se halla diversificada: como el continente americano para la Humanidad, cada nación, para el americano continente; y cada ciudad para la nación; y cada familia para la ciudad; y cada hombre para la familia, y la ciudad y la nación y la Humanidad, cuando quiera que ellas exijan el sacrificio individual en aras del bien colectivo”²¹⁵. Es desde América, desde un continente generoso y marcada latinidad, que se puede hacer madurar la semilla de un progreso que ha de ir fructificando y llenando la tierra. Es desde un espacio que exige pero que lo hace desde

213. E. J. Zanella, “Ricardo Caballero: un difícil legado en la tradición del radicalismo”, en Videla y Zanella (comps), *Historia y Política...*, pp. 69-89.

214. Recogido en *El Republicano*, p. 399.

215. J. D. Infante, *Insinuaciones...* p. 56-57.

la posibilidad de la libertad, de la libre determinación de las acciones y decisiones de los individuos²¹⁶.

La recuperación de la españolidad en la desgracia

En 1920, Infante daba a la prensa española un nuevo libro, *¡¡Por España!!*. La obra, teóricamente, respondería a la edición de unos apuntes tomados en 1903, a raíz de un desplazamiento a la patria de procedencia. El expatriado, que así se define el autor, quiere dar a conocer a su hijo las raíces, el substrato nacional del que procede; quiere evitar, con ese viaje, que su linaje olvide la identidad primigenia.

El resultado del viaje, y la obra a que da lugar, no pueden ser más descorazonadores. La viabilidad de una revolución española, el título escogido por Infante para su obra anterior, ha quedado anulada. Situémonos en el instante de la edición de *¡¡Por España!!*: el régimen de la Restauración ha sobrevivido, sin aparentes grandes daños, a la crisis de 1919. La monarquía de Alfonso XIII ha conseguido, por el momento, neutralizar el efecto disolvente de la triple contestación política, social y militar, de la compleja red de insatisfacciones que se ha manifestado en huelgas generales, en asambleas ilegales de parlamentarios opositores, en amagos de revolución, en juntas corporativas en el seno del ejército... Todo parece apuntar, pues, a una liquidación de las expectativas de cambio. Es ésa, y no otra, la coyuntura en que Infante aprovecha para imprimir, en Madrid, su libro. Una obra en la que, supuestamente, rompe, ahora sí y no en 1898, con España. El país es un yermo, la llegada a los puertos españoles guarda gran similitud con las imágenes transmitidas por los europeos que más de medio siglo antes arriban a las costas de la región del Río de la Plata. Los términos se han invertido. El expatriado sale de un país en pleno progreso, Argentina, para llegar a otro, España, en el que el atraso y la inercia presiden el día a día. Infante asume como reales todas las imágenes tópicas que el romanticismo europeo había establecido sobre España y recoge, sin solución de continuidad, todas las percepciones y diagnósticos que los regeneracionistas y los hombre del 98, en particular los más pesimistas, han codificado. El clericalismo y la dureza climática, la ausencia de hábitos modernos de trabajo y de participación ciudadana, la autocomplacencia casticista, los toros, las procesiones religiosas y el flamenco, el aislamiento de los pueblos y la ausencia de infraestructuras, el carácter arcaico y la vocación escasamente cosmopolita de sus ciudades, la precaria asistencia médica —que llega a poner en peligro la vida del hijo enfermo— son los hitos que señalan el itinerario del viaje y los síntomas de una decadencia insoluble. Suerte tiene Infante, el viejo expatriado, de poder volver, a escape, a la civilización, al progreso argentino.

Cuando todo parece perdido, cuando el vínculo entre Infante y España aparenta ser un vago recuerdo, se produce el milagro. El 11 de septiembre de 1923, la Restauración encuentra una salida temporal a su crisis en un golpe de estado que, protagonizado por el capitán general de Barcelona, Miguel Primo de Rivera, se resuelve en la creación de un

216. *Ibíd.*, p. 57.

Directorio. La Monarquía liberal ha quedado atrás. El autoritarismo, en España, como en otros rincones de Europa, resuelve momentáneamente las tensiones derivadas de la emergencia de la sociedad de masas y de las presiones democratizadoras. El republicanismo, como otras corrientes opositoras (sindicalismo, regionalismo,...) y las propias tradiciones liberales dinásticas, queda arrinconado. En realidad, la represión —excepto en lo que atañe a los ámbitos libertarios— es menor, pero el camino del exilio se abre para muchos opositores. París, y los departamentos del sur de Francia acogen a algunos de los más destacados dirigentes republicanos o, sencillamente, a intelectuales disidentes. Miguel de Unamuno, con sus constantes ataques al rey y al dictador ha provocado su destitución como vicerrector de la Universidad de Salamanca, y su destierro a Fuerteventura en febrero de 1924. El 9 de julio será indultado, pero decide, voluntariamente, desterrarse a Francia; primero a París y, al poco tiempo, a Hendaya, en el País Vasco francés, hasta el año 1930. Vicente Blasco Ibáñez, republicano de toda la vida, novelista de éxito y hombre de mundo, ya residía habitualmente fuera de España, en su finca francesa de Menton. Como Infante, Blasco Ibáñez no pudo permanecer impasible ante la situación por la que atravesaba España, y se unió a los intelectuales exiliados en París para denunciar la situación política. Juntos, Blasco y Unamuno, colaboran en una publicación periódica titulada *España con Honra*, o publican manifiestos clamando contra el secuestro de toda una nación²¹⁷.

Infante, en Argentina, hace lo equivalente. Reactiva el Centro Republicano Español, adscrito a una de esas múltiples familias que fragmentaban el espacio republicano, la de los partidarios de Rodrigo Soriano, o sorianistas, enemigo acendrado de Blasco y, acaso por ello, recién llegado a la Argentina tras eludir el destino francés. Prácticamente en solitario y con sesenta años a cuestas, Infante tira adelante la edición de una publicación periódica: *El Republicano Español*. Su patriotismo, republicano, reverdece: en 1927 firmará un manifiesto que empezaba asegurando: “La situación de España no puede ser indiferente para quien tenga sangre española en las venas, ni para quien ame la Libertad y la Igualdad”. Los lazos no se habían roto. Sólo lo aparentaban. Ahora tienen un objetivo, la solidaridad para con los represaliados por la dictadura y el combate, más urgente que nunca, por la República. Existe otra finalidad, el acometimiento a las elites rectoras de clubes, patronatos, hospitales o asociaciones mutuas españolas que han bendecido, con su silencio o su complicidad, la liquidación del marco constitucional en España²¹⁸. Contra la represión interior y las cooperaciones exteriores, entre las minorías sociales selectas de la colectividad era necesario ocuparse de la política a pesar de que, a esas alturas de su trayectoria vital, hubiese ocupaciones infinitamente más agradables. Para el emigrante acreditado, había llegado el momento de ser reconocido. El reconocimiento se encuentra en la comunidad de emigrados, pero se valora en la medida que procede de

217. Vicente Blasco Ibáñez, *París: impresiones de un emigrado*, introducción a la 2a. edición y notas de Libertad Blasco-Ibáñez, Prometeo, México, 1943, 2ªed., y *Alphonse XIII démasqué: la terreur militariste en Espagne*, trad. de l'espagnol par M. Jean Louvre, Ernest Flammarion, París, 1924? Se harán ediciones inglesas y portuguesas, aparte de la española.

218. *El Republicano*, p. 3.

España. Y nada de ello parece factible para un hombre al que la voluntad de acción y la pasión republicana le pueden.

Para el combate reemprendido pondrá en funcionamiento, como en 1903 y 1904, los recursos retóricos más tradicionales en el imaginario democrático español. En las páginas de *El Republicano* se llega a invocar, cómo no, a los Lanuza y a los Comuneros, a la tradición del Concejo abierto y a las libertades tradicionales cercenadas por unas monarquías hereditarias, perpetuas, irresponsables y de origen extranjero. Ahora, esos recursos se ponen al servicio de una perspectiva de recomposición del republicanismo: la renuncia, o la superación, de los partidos para avanzar hacia una coalición al mismo tiempo liberal, republicana y, signo de los tiempos, autonomista. Una coalición que, por la razón o la fuerza, y siempre contando con los demócratas que radican en el exterior, liquide los restos de un universo que sólo puede caracterizarse como absolutista y feudal.

Unamuno será recibido de manera clamorosa, en olor de multitudes y en Salamanca, tras la caída de la Dictadura. El filósofo tendrá tiempo de ver la llegada de la República y de desengañarse de la misma. Blasco Ibáñez muere en Menton. La República, eso sí, le restituiría en el callejero de una Valencia de la que había sido excluido. El destino de Infante es más parejo al primero que el segundo. Infante murió el 4 de noviembre de 1930. En España había concluido la dictadura de Primo de Rivera, pero todavía no se había producido la alborada republicana. En Rosario, la bandera argentina ondeó a media asta, durante cuarenta y ocho horas, en el palacio y restantes edificios de la Municipalidad.

En el recuerdo

Julián Daniel Infante no tuvo, acaso, el grado de coherencia convencionalmente exigible para ser reconocido como un grande en el seno del republicanismo español, o como un sencillo patriota argentino. Inserto en un tiempo marcado por la crisis del liberalismo y las dificultades del tránsito a la democracia, Infante estuvo presente en todos los campos en los que creyó que podía contribuir a implementar esta última. Y, con ello, a hacer realidad la divisa, ingenuamente decimonónica, que, según dejó escrito a sus coterráneos palentinos de Torquemada, regía sus acciones: “Se vive para contribuir al perfeccionamiento universal”²¹⁹. Lo hizo como abogado y pedagogo, como conspirador y como intendente municipal, como periodista y como conferenciante. El perfil resultante no podía ser sino el resultado de la suma de todos esos quehaceres.

La imagen de Infante continuó proyectándose, vagamente, en la memoria histórica del Rosario del siglo XX. Mucho más que en la memoria de España. A cultivarla, en estrecha conexión con los Casado, se dedicarían Faustino y Pedro. La primogenitura mantuvo “la veneración recíproca de la memoria de sus padres”. Faustino Infante se convertiría en el biógrafo de Carlos Casado²²⁰. Las redes, que habían facilitado la emigración, salvaguardaron en los descendientes el recuerdo de una trama de complicidades que se proyectaba entre Palencia y Rosario, entre el páramo castellano y la pampa gringa.

219. J. D. Infante, *Estudiemus política...*, p. 5.

220. P. S. Pasquali, *Daniel Infante...*, p. 20.



Capítulo III

Justo López de Gomara: entre el periodismo, la cultura y el negocio de la política de los españoles en la Argentina.

Marcela García Sebastiani
Universidad Complutense de Madrid

Justo Sanjurjo López de Gomara fue una figura clave para conocer los resultados de trayectorias construidas a partir de la experiencia migratoria y de los entramados de relaciones que tejieron las elites de la colectividad española en una nación, como la Argentina, hecha a partir de la inmigración. Formó parte del conjunto de individuos visibles en la vida pública, de aquéllos que lideraron ensayos cívico-políticos, emprendimientos comerciales e iniciativas nacionalistas. En ese sentido, López de Gomara fue un agente que dio coherencia a las estructuras del grupo de notables del colectivo español en la Argentina y ejerció de puente para la interacción social de los emigrantes más anónimos hacia el mundo de la política, de los negocios y de la cultura en la sociedad de acogida. Fue un referente y codificador de identidades múltiples y variadas en la diáspora migratoria.

Atento a las transformaciones de la sociedad civil que optó para vivir, gestionó y difundió visiones del mundo para diferentes públicos. Muchas de ellas asociadas a los valores liberales y democráticos que aprendió como otros jóvenes republicanos en la sociedad de origen y a las que incorporó, ya adulto y en la sociedad de acogida, la posibilidad de congraciarlos con los del nacionalismo cívico y liberal en plena expansión hacia finales del siglo XIX, pero que al final de su vida no pudieron esquivar la deriva nacionalista posterior a la Primera Guerra Mundial.

Justo López de Gomara hizo política y movilizó colectivos. Buscó públicos para sus propuestas y legitimidad social entre sus paisanos y las elites locales. Y activó empresas patrióticas en nombre de España desde la emigración que generaron diversos resultados sociopolíticos. El de López de Gomara no fue un liderazgo supeditado a ocupar cargos jerárquicos en las asociaciones de la colectividad o a tener una buena situación económica sino a las posibilidades de rédito para empresas políticas y simbólicas. Por eso, es fundamental conocer su ámbito de actuación y de intermediación: el periodismo. Justo López de Gomara fue el animoso director del *El Correo Español* tras su llegada a la Argentina. Sin embargo, su nombre está relacionado con la dirección de *El Diario Español*, el periódico de la colectividad española en la Argentina que inició su andadura en 1905 y se mantuvo en circulación hasta los primeros años del peronismo.

Herencias llevadas (o traídas)

Justo López de Gomara había nacido en Madrid en la primavera de 1859. Allí se había trasladado su padre, un respetable médico proveniente de una familia de clase media emergente y que había hecho la carrera y el doctorado en Santiago de Compostela²²¹. Su madre era una distinguida dama de la sociedad madrileña vinculada con la región de Guadalajara. Justo quedó huérfano a los 9 años y fue nombrado como su tutor un joven Eugenio Montero Ríos, amigo de su padre y persona clave para la orientación política, la educación y la visión de las cosas de un niño que se encontraba en la plenitud de sus sentidos para el aprendizaje de la vida. Por entonces, Montero Ríos simpatizaba con las tendencias republicanas templadas, propiciadas por Emilio Castelar que se fundirían en el Partido Democrático Progresista. Y más tarde, se convertiría en uno de los políticos más influyentes del Partido Liberal monárquico a partir del control caciquil de los distritos electorales gallegos de Santiago y La Coruña.

Cuando se había tenido que hacer cargo del pequeño Justo, la actividad pública de Montero Ríos comenzaba a iniciarse y se desplegaría poco tiempo después diseñando los pilares legislativos de un Estado liberal durante el sexenio democrático (1868-1874) y contribuyendo a la recuperación del Partido Liberal de Práxedes Sagasta en los tiempos de la Restauración monárquica. Figura representativa de la corriente liberal católica, Montero Ríos había sido el mentor de la libertad religiosa como principio constitucional en 1869 y el autor de la primera ley en España sobre matrimonio civil de 1870, aún conociendo la oposición de El Vaticano y de la jerarquía católica española a su defensa sobre la capacidad del Estado para legislar sobre el tema. Asimismo, había recogido con claridad los avances en las Ciencias Jurídicas de su tiempo para la codificación del

221. Para datos de la biografía de Justo López de Gomara, Hugo Biagini, *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París americano en las postrimerías del siglo XIX*, CSIC, Sevilla, 1993, pp. 137-147; Federico Rahola, *Sangre nueva. Impresiones de un viaje a la América del Sur*, Tipografía "La Académica", Barcelona, 1905, pp. 364-385; y Emilio Villegas, *Bosquejo...* También, la biografía elaborada por *El Diario Español*, Buenos Aires, (en adelante, *EDE*) con motivo de su muerte, *EDE*, 12.VIII.1923 y las extraídas de la entrada "López de Gomara, Justo S." del *Diccionario Histórico Argentino*, publicado bajo la dirección de Ricardo Piccirilli, Francisco Romay y Leoncio Gianello, Ediciones Históricas Argentinas, Buenos Aires, 1953, Tomo VII, pp. 849-850, y de la *Galería de españoles notables del Río de la Plata*, publicada en Buenos Aires por Rafael Carillo y Sánchez, recogida en Justo S. y López de Gomara, *Locuras humanas*, Establecimiento tipográfico-editorial, Barcelona, 1888. Como notas autobiográficas, J. López de Gomara, *Agraces: poesías varias*, F. Sempere y Compañía, Valencia, 1913, pp. 168-169. Algunas observaciones sobre su papel en la colectividad, Fernando Devoto, *Historia de la inmigración argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 348. Como primera contribución al personaje desde una perspectiva comparada, Marcela García Sebastiani, "La eficacia de las redes y los resultados de los vínculos: las elites de los emigrantes españoles a la Argentina (1862-1923)", *Revista Complutense de Historia de América* 31 (2005), pp. 147-176. Asimismo, parte del trabajo en el paper "Patriotismo, identidad y vínculos en la diáspora: los "notables inmigrantes españoles en la Argentina (1880-1923)", *XXVII International Congress of the Latin American Studies Association*, Río de Janeiro, Brazil, June 11-14, 2009.

Derecho español que quedaron reflejados en la Ley Orgánica del Poder Judicial, en el Código Penal y en la recuperación de los oficios de fe pública estableciendo notarías por oposición como único procedimiento para la provisión de esos empleos. Cesado de su cátedra en 1875, como años antes lo habían sido Nicolás Salmerón, Francisco Giner y Julián Sanz del Río, Montero Ríos se unió a ellos para fundar la Institución Libre de Enseñanza y llegar a ser primer vicerrector y segundo rector en el curso 1877-78²²². Cuando tuvo que hacerse cargo del pequeño Justo, decidió que éste recibiera una educación católica en el internado del Colegio de los Escolapios de Madrid para completar la segunda enseñanza.

Justo López de Gomara acabó el Bachillerato en el Instituto de San Isidro e ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid pero no acabó la carrera. Compaginó su actividad de estudiante de Derecho con la de periodista novato para un republicanismo anticlerical al tiempo que comenzó a participar de forma activa en la vida política que animaban los tiempos de la llegada de la República en España. Fue ése un periodo fecundo para hacer amistades con periodistas y hombres de letras. Como periodista se había estrenado en Madrid como colaborador en el diario *El Solfeo*, un periódico satírico contrario a la Restauración monárquica, anticlerical y enmarcado en la tradición de la versión federal del republicanismo de Francisco Pi y Margall. Allí compartió sus momentos de pluma rápida para la redacción periodística con otros jóvenes liberales y republicanos como Ricardo Becerro de Bengoa, Eladio Lezama, Eusebio Sierra, Enrique Segovia Rocaberti y un Leopoldo Alas que comenzaba a hacerse conocer²²³. Finalmente, había logrado publicar sus artículos y libros sobre cuestiones políticas y sociales, imbuidos todos de una tradición cultural del romanticismo tardío de influencia francesa que había impregnado al discurso de los republicanos españoles del último tercio del siglo XIX: *El Regreso del Soldado* con motivo de la terminación de la guerra civil entre liberales y carlistas, *Sentimientos* —obra poética que, aparecida en 1876, recibió elogios en la prensa madrileña—, e *Ideas*, una obra en prosa y verso de clara orientación liberal que acogió la enhorabuena de uno de los hombres pesados del republicanismo español, Emilio Castelar, por sus trabajos referidos a “La pena de muerte” y “El destierro”. De sus años en Madrid también había quedado en su haber un premio

222. Carlos Dardé, “La aportación de Eugenio Montero Ríos al liberalismo español”, en Id., *La aceptación del adversario. Política y políticos de la Restauración, 1875-1900*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, pp. 113-133. Sobre el político liberal, también Margarita Barral Martínez, *Montero Ríos e Compostela: un feudo clientelar*, Sotelo Blanco: consorcio de Santiago de Compostela, 2007. Para el reconocimiento de E. Montero Ríos en la vida de J. López de Gomara, J. López de Gomara, *La religión racional o el clericalismo expuesto a la vergüenza pública*, Establecimientos Tipográficos de El Correo Español, Buenos Aires, 1882, p. 17.

223. Sobre *El Solfeo*..., Manuel Suárez Cortina, “Libertad de prensa, elites republicanas y periodismo”, en Id., *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, p. 75. Sobre López de Gomara y el mundo periodístico de Madrid, *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. XV.

por un ensayo —que más tarde publicó con el nombre *Así es el mundo*—, de un certamen literario organizado en 1877 por El Ateneo Literario de Madrid, uno de los ámbitos culturales y de sociabilidad más concurrido de la época.

Por entonces, hacia finales del siglo XIX, no existía una carrera reglamentada de periodista. El periodismo era un terreno de actividad para existencias fracasadas. Escribir para un periódico y dedicarse a la actividad literaria, artes de fronteras bastante fluidas, ofrecía un marco de oportunidades para el ascenso social sin poseer formación académica y arriesgando fondos económicos que casi nunca generaban ganancias. A la profesión se accedía por medio de mecanismos informales en los que los contactos personales y las recomendaciones, junto con el capital social y cultural, desempeñaban funciones importantes para afirmarse en ramas concretas del quehacer de la opinión²²⁴.

Al igual que otros jóvenes gustosos de la divertida vida social madrileña e identificados con ideas, cultura y formas de expresión republicanas, a López de Gomara le fue difícil insertarse en la vida pública y promocionarse socialmente con la Restauración monárquica. Sin familia y sin recursos por el escaso éxito de empresas periodísticas, culturales y de sociabilidad en las que había invertido su herencia, se vio arrastrado por la diáspora republicana²²⁵. Viajó a Bélgica, donde le esperaba un amigo de la infancia, y se desvinculó de su tutor. Al tiempo que se ganaba la vida dando clases de español, en Gante conoció de cerca prácticas cívicas y fórmulas posibles de gestión pública que permitían conciliar liberalismo, democracia, laicismo y solidaridad social. Allí asistió a clases de la carrera de Ciencias Morales y Políticas que le descubrieron las ideas krausistas de profesores universitarios como Charles Laurent. De él había escuchado, por ejemplo, cómo un Estado liberal ofrecía la posibilidad legal de concertar el cooperativismo y la propiedad privada entre la población industrial con el fin de evitar huelgas, conflictos y atropellos a la ciudadanía, y sin necesidad de apelar a la utopía socialista²²⁶.

La estancia en Bélgica durante sus años mozos había impactado especialmente a López de Gomara. Conocedor de los principios y de los rituales del catolicismo por la educación recibida —y de la que quería liberarse— y en medio de un clima favorable al laicismo y a los derechos civiles, el joven Justo había encontrado en el papel asumido por el Estado belga las fórmulas posibles para hacer respetar la tolerancia religiosa y sortear el dogmatismo de la fe católica que tanto disgustaba a los republicanos revoltosos de su patria. La lectura modélica del caso belga había animado al joven español,

224. Jörg Requate, "El periodista", en Ute Frevert y Heinz-Gerhard Haupt (eds.), *El hombre del siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pp. 165-166.

225. Sobre la vida madrileña del joven Justo López de Gomara, *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. XIX.

226. Sobre las impresiones de López de Gomara sobre Bélgica, J. López de Gomara, *La nueva doctrina. Ideales y observaciones de moral y filosofía*. Librairie Française, Joseph Escary editor, (frente al Club del Progreso), Buenos Aires, 1893, p. 308. Para una panorámica de las ventajas en el mundo laboral de las políticas sociales del Estado en Bélgica hacia finales del siglo XIX en perspectiva de contraste, Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossing. Social Politics in a Progressive Age*. The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, 1998, capítulo 1.

lejos del entorno madrileño, a hilvanar su cosmovisión de mundo al final de la década de los setenta del siglo XIX en un ensayo que, sin poder publicarlo en España, tituló oportunamente y años más tarde en Buenos Aires *La religión racional o el clericalismo expuesto a la vergüenza pública*²²⁷. De claro contenido anticlerical, en él apostaba por el uso de la razón para el ejercicio de la libertad y la decisión individual y criticaba el dominio de la iglesia católica sobre la sociedad civil. Frente a la espectacularidad del culto católico, López de Gomara proponía como alternativa una religión basada en los valores de la libertad, el progreso material y en las virtudes éticas como la abnegación, el desinterés, el heroísmo, el amor patrio y filial, la resignación, el apego al trabajo, la perseverancia y la humildad. El culto alternativo que proclamaba López de Gomara no era otro que el de la masonería, el de la “Iglesia libre en un Estado libre”²²⁸. Y, como organización de un sector de la sociedad que aspiraba movilizar y tener adeptos para ser aceptada públicamente, aquella tenía su propio código moral, sus templos y sus altares, sus jerarquías, sus mitos fúnebres y de iniciación, sus vestimentas rituales, sus oraciones propias, sus días festivos, sus púlpitos para armar la oratoria.

Con todo, su propuesta hay que enmarcarla en el momento en que se hizo pública. El joven López de Gomara publicó el ensayo en Buenos Aires en 1882 al poco tiempo de emigrar y con ocasión de destaparse en el debate político argentino el papel que debía tener la Iglesia en la vida pública. Una vez resuelta la incorporación del territorio y los recursos de Buenos Aires al Estado federal en 1880 y puesto en marcha el andamiaje institucional y legislativo para hacer una nación a partir de la inmigración, el único obstáculo para su progreso era la herencia corporativa de la Iglesia. El Estado debía asegurar a todos los ciudadanos la igualdad de derechos. Tenía que atender a la heterogeneidad, el individualismo y la cohesión social. Y, también, afirmar su laicidad. Para ello, a lo largo de la década de los ochenta, el Congreso Nacional sancionó una batería de leyes laicas, aunque las controversias más acusadas discurrieron sobre si las competencias en la educación pública debían corresponder a la Iglesia o al Estado argentino. Cuando López de Gomara quiso unirse al debate desde los márgenes, la polémica sobre el carácter laico o religioso de la enseñanza ya había aflorado en el primer Congreso Pedagógico Sudamericano celebrado en Buenos Aires en 1882. Y poco después, se avivó con motivo de la constitución de una comisión parlamentaria que tenía que ponerse de acuerdo sobre el modelo y el carácter de la formación que debían recibir los ciudadanos de la nación que se quería edificar. Las discusiones en el Congreso Nacional enfrentaron al porteño Pedro Goyena y al tucumano Delfín Gallo, ambos abogados y periodistas. Uno defendía el pensamiento católico; el otro, el laicismo y la libertad de conciencia. El debate, con gran repercusión en la opinión pública, acabó con la sanción, en 1884, de la ley 1420 de educación común que, sin

227. El ensayo lo había escrito en Gante en 1879 con el objetivo de publicarse en España. Finalmente se publicó en Buenos Aires tres años más tarde. J. López de Gomara, *La religión racional...*

228. De hecho, J. López de Gomara era miembro honorario de una serie de logias: de la *Inglesa Progress*, del *Gran Oriente*, del *Colegio Electoral* y de la *Convención Constituyente*. *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. X.

tener un carácter jacobino o anticatólico, estableció la educación pública y gratuita en las escuelas primarias de la Capital Federal y de los Territorios Nacionales. El triunfo del laicismo como resultado del combate parlamentario y de aireadas campañas en la prensa de la época significó todo un espaldarazo para la consolidación del proyecto de Estado nacional argentino que representaría el *roquismo* para las dos décadas siguientes²²⁹. Las herencias llevadas por el joven López de Gomara sintonizaban con el liberalismo que impregnaba el pensamiento político argentino en el momento de su llegada, aunque distaban en las formas propuestas para practicarlo. La masonería no encajaba en el proyecto de nación del Estado liberal argentino para la sociedad civil. Pero su pragmatismo y sentido de la oportunidad para hacer públicas sus reflexiones a favor del laicismo lo colocaban en una posición favorable para moverse en los lindes de los espacios ocupados por las elites políticas e intelectuales argentinas.

En Bélgica, finalmente, decidió la aventura migratoria. Su primera escala fue la próspera ciudad de Hamburgo en el norte de Alemania que no paraba de crecer a raíz del impulso industrial de la segunda mitad del siglo XIX. Alentado por Augusto de la Riestra, un agente del Estado argentino en el extranjero que ejercía de vicecónsul honorario y a la vez de representante de las líneas de navegación que le permitían vivir del negocio de la emigración, Justo López de Gomara se embarcó a comienzos de 1880 desde Bremen a Buenos Aires haciendo el recorrido de una compañía alemana inaugurada para entonces no sin antes haber recibido de aquél el dinero para el pasaje y para los inicios de una nueva vida en la Argentina²³⁰.

La experiencia migratoria

Justo López de Gomara llegó a Buenos Aires en algún momento entre finales de 1879 y comienzos de 1880. Sin embargo, su biógrafo ocasional fijó la fecha en mayo de 1880; el día 2, “fecha memorable para cualquier español”, para vincular su llegada con un pasado glorioso de su patria de origen²³¹. Tenía por entonces 21 años. Su experiencia en el periodismo republicano madrileño y algunas otras recomendaciones le

229. Además de la ley de educación pública, entre 1881 y 1888 se sancionaron otras leyes para consolidar el Estado liberal: la ley de obligatoriedad de tribunales civiles para las sentencias judiciales, la de registro civil, la secularización de cementerios y la sanción del matrimonio civil. Sobre el debate de la ley de educación común, Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, III, Ariel Historia, Buenos Aires, 1997, pp. 32-35 y 202-212. También, Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo, Buenos Aires, 2000, pp. 341-353.

230. Sobre el papel de los agentes de la emigración y de los vicecónsules del Estado argentino, José C. Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley, 1998, pp. 61-62. También, F. Devoto, *Historia de la inmigración...*, p. 81 y 146.

231. *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. XXIII. De hecho, estaba en Buenos Aires desde antes del 2 de mayo, lo constata una carta a Dardo Rocha firmada por él y fechada en enero de 1880. Archivo General de la Nación, Buenos Aires (en adelante, AGN), Fondo Dardo Rocha, Serie I, Correspondencia, Legajo 53.

ayudaron a ingresar poco después de su llegada como redactor de *El Correo Español*, el periódico de la colectividad española en aquellos años²³². Aunque no le pagasen con regularidad, descubrió en ese ámbito un medio para su promoción política y social. La pluma del joven López de Gomara fue útil para Enrique Romero Jiménez, un emigrado español y director de prensa de convincentes ideas republicanas, entusiasmado por participar en la política y en la vida pública argentina. De hecho, Romero Jiménez había apoyado desde la dirección del *El Correo Español*, como una especie de “culto idolátrico”, las intervenciones militares y públicas de Bartolomé Mitre favorables a la conciliación —aunque mediaron las armas— entre los autonomistas (“los crudos”) y nacionalistas (“los cocidos”) por el lugar de Buenos Aires en el diseño institucional y de la política fiscal del Estado nacional²³³.

Desde que en agosto de 1880 murió Enrique Romero Jiménez en una romántica acción de honor, el joven Gomara quedó al frente del periódico de la colectividad española a lo largo de una década. Para entonces ya había demostrado sus dotes de joven altivo, vehemente, confiado, de pluma rápida y de buen orador. Al poco tiempo de llegar, se había iniciado en las prácticas simbólicas de la honorabilidad pública en la Buenos Aires republicana para marcar la diferencia con los sectores más plebeyos de la sociedad y más propensos a la lucha callejera e ingresar, como caballero, dentro de la permeable, abierta y heterogénea elite porteña. De hecho, había sido el padrino del duelo batido entre dos republicanos españoles en el Río de la Plata, Enrique Romero Jiménez y Paúl Angulo, quienes se disputaban el control del periodismo de la colonia española en la región. Desde los primeros tiempos de su aventura migratoria pretendió colocarse entre los hombres respetables de la profesión; entre aquellos que como los abogados, militares, médicos y otros periodistas participaban de aquellos actos heroicos y de distinción social. En aquel gesto público, López de Gomara había mostrado sus capacidades de individuo virtuoso para tramitar el desafío y había puesto a prueba sus habilidades para las prácticas sociales y de actuación política cuando en Buenos Aires no estaban extendidas aún las reglas institucionales para acceder a la administración de los bienes de la sociedad²³⁴.

232. Sus recomendaciones provenían del secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores “para un lucrativa colocación en el comercio o en las esferas oficiales”, *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. XXIV.

233. Sobre el “culto idolátrico” a Bartolomé Mitre en *El Correo Español* de aquellos tiempos, Vicente Blasco Ibáñez, *Argentina y sus grandezas*, Madrid, 1911, pp. 423-425. Como estudio actualizado para el conflicto por el lugar de Buenos Aires en la política nacional antes de 1880, David Rock, *La construcción del Estado y los movimientos políticos en Argentina, 1860-1916*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2006, especialmente capítulos 1 y 2. También, sobre la participación de *El Correo Español* en la vida política argentina, Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862, 1880*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1998, pp. 68-69.

234. Para el lugar del honor como práctica cultural de la política porteña de finales del siglo XIX, Sandra Gayol, *Honor y duelo en la Argentina moderna*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008. También, sobre el duelo entre los periodistas republicanos españoles, José Álvarez Junco, *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, pp. 71-74.

Como orador, se había estrenado en un *meeting* en el Teatro Goldoni de Buenos Aires que había convocado por propia iniciativa en defensa de la patria herida, de una España que había perdido las Islas Carolinas tras el conflicto con Alemania, la ambiciosa nación que se esmeraba en sacar tajada de lo que quedaba del imperio español en Ultramar en tiempos de fuerte competencia por el control de mercados del mundo²³⁵.

El joven López de Gomara compró el endeudado periódico de la colectividad cuando se disputaban su control notables políticos que formaban parte de la primera línea de las familias del recientemente creado Partido Autonomista Nacional (PAN). Era el caso de Bernardo de Irigoyen, por entonces ministro de Interior del gobierno de Julio A. Roca (1880-1886) pero que, una década más tarde, se pasaría a la oposición como una de las figuras más activas en la provincia de Buenos Aires de un nuevo partido político, la Unión Cívica Radical. O Juan José Dardo Rocha, por entonces el primer gobernador de la provincia de Buenos Aires una vez resulta la anexión de la ciudad a la vida nacional y con una fidelidad a Roca que se rompería una década más tarde²³⁶. Tras los sucesos de 1880, ambos buscaban plataformas de opinión para ampliar sus clientelas políticas y sus aspiraciones presidenciales. Cuando Justo López de Gomara había llegado a Buenos Aires, el tiempo político estaba especialmente revuelto tras resolverse, finalmente, un conflicto institucional que había dilatado las soluciones de compromisos acordadas desde hacía 20 años: el de la situación de la ciudad de Buenos Aires dentro de la unión nacional. En efecto, en el otoño porteño de 1880, las urnas y las armas habían decidido la incorporación de la ciudad de Buenos Aires al Estado nacional cambiando radicalmente la relación de las fuerzas políticas. La federalización de Buenos Aires, lograda por el general Roca y sus amigos políticos, permitía poner, por fin, la rica recaudación impositiva de Buenos Aires bajo el control del gobierno nacional. Se acababa así con otros proyectos que pretendían emplear los recursos de la provincia para el desarrollo de propósitos locales²³⁷. Habían terminado las batallas entre viejas facciones de federalistas y autonomistas, pero surgirían otras nuevas en el seno del PAN a lo largo de una década que se traducirían en diferentes

235. "No importa que no tengamos buques: sean corazas nuestros pechos. No importa que no tengamos parques: a falta de balas desenterremos los cadáveres de nuestros padres y cargaremos con sus cráneos los cañones", *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. XI. Sobre las manifestaciones de fervor patriótico español por el conflicto hispano-alemán de 1885 como uno de los antecedentes al desatado por la guerra de Cuba, Manuel Pérez Ledesma, "La sociedad española. La guerra y la derrota", en Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 91-149.

236. Norberto Quirno Costa (quien fuera ministro del Interior en el gobierno de Roca a partir de 1888) intervino en el traspaso de deudas que tenía *El Correo Español* entre la Sra. de Romero y J. López de Gomara. *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*p. XXXV. Dardo Rocha había ayudado a López de Gomara a comprar el periódico. Ver "Justo López de Gomara a Dardo Rocha", 11.IV.1884, AGN, Fondo Dardo Rocha. Serie I. Correspondencia. Legajo 53.

237. Para este proceso, como estudios más recientes, D. Rock, *La construcción del Estado...*, pp. 53-165; e Hilda Sabato, *Buenos Aires en armas. La Revolución de 1880*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

maneras de entender cómo gobernar de una forma centralizada sin atender las reglas institucionales de un Estado republicano y federal. En unas y en otras participaron los sectores emergentes de entonces: inmigrantes con reputación que buscaban espacios en el reparto de las prebendas del poder y de una administración pública que crecía y se transformaba para legitimar el nuevo orden institucional. Entre ellos estaba el recién llegado Justo López de Gomara.

El joven republicano y liberal pasó a ser el director y propietario de *El Correo Español* desde septiembre de 1881. Estuvo al frente del periódico de la colectividad española a lo largo de una década informando sobre España y la colonia de inmigrantes españoles, y formando opinión sobre los cambios y conflictos políticos que trascendían al debate público argentino. El joven republicano español en la Argentina se hizo cargo del poder simbólico que significaba esa herencia tanto para propiciar empresas patrióticas desde la diáspora migratoria como para facilitar la incorporación del colectivo migratorio a la vida política y social en una Argentina republicana que acababa de poner los pilares para consolidarse como Estado nacional²³⁸. Dos años después de la compra, saldó las deudas ganando suscriptores y regalando por entregas las glorias nacionales españolas remotas escritas por Modesto Lafuente, arrolló a los competidores, se cambió de local, instaló una gran imprenta, duplicó el tamaño del periódico e hizo de él uno de los primeros en circulación en la ciudad y uno de los más leídos en la provincia de Buenos Aires. Para ello fue secundado por su suegro, Manuel Lugones y un ilustrado cuerpo de jóvenes colaboradores y corresponsales de Madrid, donde una agencia a cargo del periodista republicano Julián de la Cal ofrecía el servicio telegráfico exclusivo y directo²³⁹. Con todo, en la cobertura periodística de *El Correo Español* sobre España sobresalían las noticias relacionadas con los sectores que apoyaban la causa republicana o eran más o menos disidentes a la monarquía, causando más de un incidente con la representación diplomática en la Argentina. Y es que en sus talleres trabajaba un gran número de los periodistas republicanos que habían emigrado desde España a la Argentina pero que no habían logrado incorporarse a las redacciones de los principales periódicos nacionales. Las páginas de *El Correo Español* también mostraron afinidad con las ideas ofrecidas por los socialistas como

238. Sobre la esfera pública y la política de Buenos Aires de aquellos años, ver, fundamentalmente, H. Sábato, *La política en las calles...* Para referencias sobre *El Correo Español*, Alejandro Herrero y Fabián Herrero, "Política i premsa espanyola a Buenos Aires: Un estudi de cas", *L'Àvenç. Revista de Història* 159 (1992), pp. 38-40 e Ignacio García, "'...Y a sus plantas rendido un León': Xenofobia antiespañola en la Argentina". *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 39 (1998), pp. 195-221.

239. Colaboraban para el periódico desde Madrid, Emilio Castelar, Ramón de Campoamor, Víctor Balaguer, Nicolás Salmerón, Benito Pérez Galdós, Rafael María de Labra o José Ortega Munilla. *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. XXXV. También, H. Biagini, *Redescubriendo un continente...*, 1993, p. 119. Sobre los vínculos de *El Correo Español* con el periodismo español republicano, Alejandro Lerroux, *Mis memorias*, Afodismo Aguado SA editores, Madrid, 1963, p. 319. Sobre el significado de la obra de Modesto Lafuente para forjar identidad española desde mediados del siglo XIX, José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001, p. 128 y pp. 201-204.

nueva fuerza política en la Argentina de finales del siglo XIX. Desde tribunas propias y prestadas, los socialistas habían irrumpido en la escena pública argentina en la década del ochenta del siglo XIX condenando las condiciones laborales, de vivienda, de salario y de educación en que se hallaban los sectores trabajadores porteños²⁴⁰. Y es que ilustrados españoles de ideas republicanas compartían con los socialistas locales convicciones políticas e ideológicas como el laicismo, la extensión de los derechos civiles a colectivos socialmente marginales, la apelación a la ética y la moral como solución de los problemas sociales y políticos. Unas creencias y visiones del mundo compartidas, propias de una cultura política de tradición republicana, democrática, con un optimismo en la igualdad y en la armonía entre aquellos ciudadanos que querían participar del proyecto liberal que había cuajado en occidente a lo largo de todo el siglo XIX como alternativa al Antiguo Régimen²⁴¹.

Desde aquellos primeros tiempos trepidantes de extranjero en una nación que se estaba haciendo hasta su muerte, en agosto de 1923, Justo López de Gomara vivió en la Argentina optando por la movilidad social y buscando espacios para hacer visible su liderazgo. Allí se casó con una joven quinceañera procedente de una buena familia porteña —Mercedes Lugones—, hizo su prole y se transformó en uno de los más renombrados miembros de la colonia española en la Argentina no sin dudar en algún momento la posibilidad de un retorno a España para hacer visible el ascenso social como resultado de la experiencia migratoria. Como ocurriera en 1888, cuando fue nombrado vicecónsul honorífico de la Argentina en Guadalajara (España) por el gobierno argentino como una prueba de distinción y éste comprobó tres meses después de la designación que López de Gomara se encontraba viviendo en Buenos Aires²⁴². O en 1914, cuando regresó a España y recibió muestras de agasajo antes de sorprenderle el estallido de la Primera Guerra Mundial y decidir fugazmente el retorno hacia el otro lado del Atlántico.

Inmerso en la vorágine transformadora de la sociedad y economía argentina del período 1880-1914, sus perspectivas de retorno se fueron diluyendo paulatinamente

240. Para los socialistas argentinos, sigue siendo vigente el trabajo de Richard Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, University of Texas Press, Austin, 1978. Avances también en Hernán Camarero y Carlos M. Herrera, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, cultura e ideas a través de un siglo*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2005.

241. Para la visión del mundo de tradición republicana, J. Álvarez Junco, "Los amantes de la libertad: la cultura republicana española a principios del siglo XX", en N. Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza Universidad, Madrid, 1994, pp. 265-292; e Id., "Racionalismo, romanticismo y moralismo en la cultura política republicana de comienzos de siglo", en VV.AA., *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX y XX*, Casa de Velázquez, Madrid, 1988, pp. 355-375.

242. Según la biografía escrita sobre López de Gomara tenía previsto viajar a España para visitar talleres y dotar a *El Correo Español* acorde con los últimos adelantos. *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, pp. XLVIII-XLIX. Sobre su nombramiento de vicecónsul y la anulación, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, Consulados argentinos en Europa, Caja 368, expediente 50/88 (1888) y Caja 469, expediente 46/91 (1891).

al tiempo que aumentaban sus opciones de movilidad social en un entorno de reacomodación de los sectores económicos tradicionales y de la creación de nuevas ocupaciones en las ciudades y en los entornos rurales al calor de una pujante economía agroexportadora. Y es que la experiencia migratoria sería para él, como para otros jóvenes republicanos con una concepción del mundo preconcebida en unos valores e ideales de libertad, democracia y reforma, una posibilidad de promoción social y económica una vez disminuidas las expectativas de intervención en los asuntos públicos en la península con la restauración borbónica. Había emigrado, además, un par de décadas antes de los tiempos de emigración masiva de españoles a la Argentina, lo que le había facilitado una más rápida incorporación a la elite de la colectividad española en Buenos Aires. En el nuevo país “probó de todo”, “a veces rico y otras tantas pobre”, comentaría sobre él el republicano catalán Federico Rahola tras hacer un viaje de introspección económica y comercial por las tierras sudamericanas²⁴³.

El mundo de las relaciones políticas

Las expectativas de promoción social y económica que trazaban la experiencia migratoria de Justo López de Gomara no se colmaban, por tanto, con los ingresos resultantes de su actividad como periodista. El ambicioso joven español se vio envuelto en otras empresas económicas y, sobre todo, en toda una red de relaciones personales que, a partir del periodismo, lo vincularon con el mundo de la política y de los negocios. El bagaje ideológico y de relaciones que Justo de Gomara llevó consigo y sus primeros negocios en el periodismo argentino facilitaron su contacto con el universo político y con los valores de la tradición del liberalismo argentino. Aunque no se nacionalizó argentino para poder votar, elegir representantes y ejercer, por tanto, plenamente como ciudadano, sí participó en la política argentina. Su forma de moverse mostró, además, cuán incompleto estaba, en la década de 1880, el proceso de consolidación del Estado argentino, lo imperfecto que estaban aún la administración pública, el sistema judicial y la socialización política.

Por vinculaciones personales que traía desde España pronto trabó relaciones con el grupo de dirigentes políticos vinculados al gobierno del entonces presidente Julio A. Roca y, al poco tiempo de llegar a Buenos Aires, intervino en las luchas a favor de la incorporación de Buenos Aires a la vida nacional. De hecho, estuvo en el decisivo combate de “Los Corrales” —el último de las guerras civiles argentinas— enfrentándose a las milicias porteñas que, dirigidas por el autonomista Carlos Tejedor, se habían rebelado frente al gobierno nacional y acabaron siendo, finalmente, derrotadas²⁴⁴. Desde entonces inició amistad con políticos cercanos en esos tiempos al *roquismo*, sistema de poder que aseguraba desde el Estado central ejecutivos nacionales y provinciales mediante el control del proceso electoral a través de un entramado de relaciones de cliente-

243. F. Rahola, *Sangre nueva...*, p. 383.

244. Voz “López de Gomara, Justo S.”, *Diccionario Histórico argentino...*, p. 849-850.

las sostenidas por “amigos políticos”²⁴⁵. Justo López de Gomara entabló unos vínculos de amistad con Máximo Paz, el sobrino del Julio A. Roca, y Mariano Candiotti que perdurarían con los años y que darían muestras de lealtad política en las futuras pugnas de inestables facciones en los tiempos de descomposición del dominio político del *roquismo*²⁴⁶. También, en su mundo de relaciones políticas tenían cabida Manuel Carlés o Dardo Rocha, con quienes comía a veces en el Jockey Club²⁴⁷. Fundado en 1881 por Carlos Pellegrini, entonces senador nacional por la provincia de Buenos Aires, fue aquél un ámbito de referencia de la alta sociabilidad porteña en un contexto de movilidad social sin precedentes en la Argentina de entre siglos y una plataforma de exteriorización social desde donde se proyectaban prácticas, conductas y símbolos para señalar la distinción. Y fue también un espacio para la incorporación y promoción social de advenedizos como eran los primeros jóvenes inmigrantes más o menos ilustrados. Justo López de Gomara no era socio del Jockey Club; estaba al otro lado de la demarcación de las jerarquías y de las fronteras sociales delimitadas al compás de los cambios estructurales. Pero participaba, como lo hacían otros notables emigrantes, de los agasajos que se ofrecían en sus comedores; toda una distinción para legitimar una preeminencia social ante los inmigrantes corrientes²⁴⁸.

La visibilidad de los vínculos de López de Gomara con la crema de la elite política argentina se debía a su intervención para formar las maquinarias políticas de las distintas familias que apoyaban o disputaban el poder del *roquismo* en la provincia de Buenos Aires. De hecho, su diario, *El Correo Español*, apoyó claramente a Máximo Paz como el candidato para la gobernación de Buenos Aires en 1886. La candidatura contaba con la aprobación del presidente Roca. El acuerdo de fidelidad política había obligado al español a romper pactos hechos años antes con Dardo Rocha, quien era en aquella elección el contrincante en la sombra del oficialismo. Fue el periódico exclusivo del candidato *roquista* en los meses de junio y julio de 1886²⁴⁹. Y, a favor de Máximo Paz, hizo campaña entre los comerciantes españoles de los municipios de la provincia de Buenos Aires para conseguir adeptos ya que, según decía, “sin intervención directa en la política [...] la

245. Como estudio clásico, N. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1977.

246. Para el auge y decadencia del roquismo, E. Gallo, “El roquismo, 1880-1916”, *Todo es Historia* 100 (septiembre de 1975). También, Donald Peck, “Las presidencias de Manuel Quintana y José Figueroa Alcorta, 1904-1910, en Gustavo Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980; y Martín O. Castro, “Faccionalismo político y reforma electoral en la decadencia del régimen roquista en la Argentina”, *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América* 2, 1 (2003), pp. 75-107. También referencias en Fernando Devoto, “De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el movimiento político de 1912”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie 14 (2º semestre de 1996), pp. 93-113.

247. Como ejemplo, ver *EDE*, 28.XI.1912.

248. Ver Leandro Losada, “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)”, *Desarrollo Económico* 45, 180 (enero-marzo 2006), pp. 547-572.

249. J. López de Gomara, *Locuras humanas...*, pp. XXXIX-XL.

mejor tribuna era el mostrador”. Rápidamente, Justo López de Gomara se ganó la fama como una de las figuras prometedoras de la colectividad española. Y demostró claras pretensiones de participar en política hablando de republicanismo y de libertad en los pueblos de la provincia de Buenos Aires como Bragado, 9 de Julio, San Nicolás, Pergamino, Lobos, San Pedro, Mar Chiquita o General Pueyrredón²⁵⁰. Poblaciones todas que en la década de los ochenta estaban creciendo al calor de la expansión de la frontera agropecuaria, del incremento de un mercado de tierras, de la red ferroviaria y de actividades conexas que alentaban la llegada de nuevos inmigrantes. Los que por entonces provenían de las regiones de España se sumaron a los italianos que habían llegado dos décadas antes para atender tanto la demanda de negocio de la exportación agropecuaria como el incipiente ocio de las elites porteñas que comenzaba a concentrar el balneario de Mar del Plata²⁵¹. Todo un espacio, el de los partidos de la provincia de Buenos Aires, para emprender negocios y formar redes de clientelismo para potenciales mercados políticos que, tarde o temprano, necesitarían de la opinión pública y de intermediarios para movilizar colectivos de población dispuesta a que su voto sirviera para legitimar las instituciones representativas²⁵². Justo López de Gomara, periodista, político y empresario a la vez, se sumó a aquel desordenado proceso de movilidad espacial, ocupacional y social que se complicaría a partir de la inmigración masiva hacia la Argentina durante el periodo comprendido entre 1890 y 1914.

Por aquel entonces, la legislación de la provincia de Buenos Aires permitía que los extranjeros participaran en la vida política municipal. Podían votar aquellos que tenían más de 30 años, supiesen leer y escribir, residieran en el partido por un tiempo de dos años y pagasen impuestos. Quienes votaban eran en su mayoría los empleados y comerciantes. Los extranjeros podían, también, participar en los órganos deliberativos municipales. El cargo de concejal de municipio era el puesto electivo más alto que podía alcanzar un extranjero, aunque más tarde se limitase la participación de los no nacionales en tales instituciones y se iniciara una pérdida gradual de influencia de la población inmigrante en el terreno político ante el temor de las elites locales de perder el control²⁵³. Justo López de Gomara tuvo, por tanto, un papel no despreciable en la formación de clientelas políticas para las facciones de las elites en la provincia de Buenos Aires hasta que Manuel Ugarte,

250. *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. IX-X. Según el prologuista de una de sus obras, en esos dos últimos partidos la proclamación de Máximo Paz como gobernador se hizo “con los esfuerzos de los españoles que secundaban a Gomara”. J. López de Gomara, *Locuras humanas...*, pp. XXXIX-XL.

251. Como estudio clásico y pionero del proceso de expansión económica de Buenos Aires orientado a la exportación de carnes y cereales, Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino, 1880-1914*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1979.

252. Como propuesta, aún vigente, Eduardo Míguez, “Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 6-7 (1987), pp. 337-379.

253. Para los puestos políticos alcanzados en política por los inmigrantes, D. Rock, *La construcción del Estado...*, pp. 122-134. También, como estudio de caso, Liliana Da Orden, *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2005, capítulo 5.

como principal activo del Partido Conservador en la provincia, comenzara a controlar la política en los ámbitos locales montando su aparato de favores especiales a caudillos, policías y legisladores provinciales. López de Gomara compitió en la política provincial por el patronazgo, por el ascenso en los puestos públicos de los nativos y por favores políticos que reconocieran su papel de intermediario entre las elites locales. Y lo hizo sin romper las lealtades construidas con las distintas facciones del *roquismo*, pero moviéndose entre ellas en los distintos escalones de sus carreras políticas²⁵⁴. De hecho, tanto Máximo Paz como López de Gomara rehuyeron años más tarde, en 1909, al decoro de ser nombrados presidente honorario el primero y miembro del Comité de Propaganda, el segundo, del Partido Conservador de Buenos Aires, formado poco tiempo antes e integrado por los “elementos de mayor arraigo e influencia”. Un nombramiento que para López de Gomara hubiese significado el reconocimiento de “la ciudadanía de hecho”²⁵⁵.

En aquellas elecciones de 1886 triunfó el candidato que había apoyado el periódico de López de Gomara. Una vez derrotado el aspirante, Dardo Rocha se marchó a Europa y se despidió de aquél no sin antes pedirle recomendaciones para visitar a personalidades de la vida política española. Sus cartas de presentación y las de otras personalidades de la colectividad le sirvieron al ex gobernador de la provincia de Buenos Aires para entrevistarse en Madrid con veteranos pesos pesados del republicanismo español como Emilio Castelar o Francisco Pi y Margall²⁵⁶.

López de Gomara no participó del aquel juego político gratuitamente. Fue compensado por sus amigos políticos de la provincia de Buenos Aires con la posibilidad de comprar terrenos públicos en los límites del municipio porteño a bajo precio “como recompensa del país a los que cre[ían] en el progreso”. Y también, con el nombramiento de cargos en negocios clave para la formación de maquinarias políticas en un ámbito de movilidad social ascendente de inmigrantes emprendedores, con ansias de asimilación y de oportunidades de prosperidad en medio de un mercado de tierras riesgoso pero de fáciles beneficios —aun para prestamistas informales— y en los lindes del sistema político o de la administración pública. En medio de feroces disputas entre miembros de familias de un mismo partido político por el control de recursos impositivos y aduaneros de Buenos Aires, sobre los que había que renegociar su utilización, a Justo López de Gomara se le confió, primero, la dirección del Montepío de Ferrocarril del Oeste y, más tarde, la del Banco

254. “El nativo trabaja primero para lograr un puesto como empleado de la administración provincial, luego en la legislatura provincial y, finalmente, con suerte en el Congreso Nacional. El Senado Nacional es un asilo de descanso para ex gobernadores de provincia. Por lo tanto, el empleo gubernamental y la política absorben a una gran parte de los argentinos”, *Review of the River Plate*, Londres, 14.I.1893, Cf. D. Rock, *La construcción del Estado...*, p. 259.

255. Ver *EDE*, 14.VII.1909. Para apreciaciones sobre el Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Cornblit, “La opción conservadora en la política argentina”, *Desarrollo Económico* 14 (enero-marzo 1975), pp. 600-639. Sobre Ugarte y la política, Richard Walter, *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987, pp. 45-65.

256. Martín Dedeu, *Nuestros hombres de la Argentina: Dr. Rafael Calzada*, Buenos Aires, 1913, p. 35.

de la Provincia de Buenos Aires, principal prestamista del Estado nacional. El ambicioso joven español se encontró en medio de la lucha por la primacía entre el Banco Nacional y el Banco de la Provincia de Buenos Aires de la que pudo salir airoso gracias a la ratificación en el puesto por el gobernador elegido, Máximo Paz, una vez modificada la composición del Senado el 1 de enero de 1888. Un cisco aquél que se tradujo en una batalla personal entre el presidente de la República y el gobernador de la provincia de Buenos Aires que acabó afectando a la política monetaria nacional, debido a las medidas emprendidas desde el gobierno de Roca para forzar la quiebra del Banco de la Provincia y que anticiparon la crisis financiera de 1890. López de Gomara también fue compensado con la dirección del Banco Hipotecario Nacional, creado por el gobierno nacional argentino en 1886 para atender la demanda de créditos, aun de los inmigrantes, para un mercado de tierras en plena expansión. Experiencias de los negocios de la política de las que no necesariamente escapaban las elites locales, pero de las que López de Gomara procuró “[hacer] todo lo posible para satisfacer a sus compatriotas”, y que le animaron incluso a formar parte de otras empresas. Como, por ejemplo, ser accionista fundador, en 1887, del Banco Español y del Río de la Plata, un ensayo financiero que había reunido a los más afanosos y notables miembros de la colectividad española²⁵⁷.

Tras haber vivido ni tan si quiera una década en la Argentina, López de Gomara se movía en los años previos a la crisis económico-financiera de 1890 como el emigrante triunfador en tierras lejanas. Los recursos económicos, los cargos desempeñados, los contactos políticos y la disponibilidad de su prensa para opinar sobre la política local, provincial y nacional, colocaron al ambicioso joven de ideas liberales y republicanas en una situación de intermediación entre diferentes grupos de personas relacionadas entre sí, lo cual generó resultados y otros nuevos vínculos²⁵⁸. Mientras que por entonces *El Correo Español* ampliaba su mercado de lectores y extendía su opinión entre la ciudad de Buenos Aires y los pueblos de la provincia acrecentando sus tiradas hasta unos 4.000 ejemplares diarios, Justo López de Gomara se lanzó a nuevas empresas periodísticas en el balneario de Mar del Plata²⁵⁹. Y es que, a partir de la llegada del ferrocarril en 1886,

257. Para los detalles sobre el nombramiento y el desempeño de López de Gomara como director del Banco de la Provincia de Buenos Aires y las recompensas que recibió por parte del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, *Galería de españoles notables del Río de la Plata...*, p. XLII. Sobre la especulación del mercado de tierras en la provincia de Buenos Aires y el papel de banqueros y prestamistas, Jeremy Adelman, “Agricultural Credit in the Province of Buenos Aires, Argentina, 1890-1914”, *Journal of Latin American Studies* 22, 1 (Febrero 1990), pp. 69-87. Sobre las disputas políticas entre el Banco de la Provincia de Buenos Aires y el Banco Nacional, D. Rock, *La construcción del Estado...*, pp. 185-193.

258. Para la idea de los líderes de las colectividades de emigrantes en la Argentina como “mediadores sociales”, útil y sugerente, aunque susceptible a un prolijo trabajo de artesanía histórica, es la visión de F. Devoto, *Historia de la inmigración...*, pp. 345-352. Como estudio clásico pensado desde la antropología cultural, Jeremy Boissevain, *Friends o Friends. Networks, Manipulators and Coalitions*, Basil Blackwell, London, 1974.

259. Fue en 1887 cuando, por primera vez, se registraron oficialmente los diarios y revistas editados en la ciudad de Buenos Aires. Ver Ema Cibotti, “Del habitante al ciudadano: la condición del ciudadano”, en M. Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina Tomo V, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, p. 381.

aquel poblado comenzaba a despuntar como la cita elegante para el verano de los notables políticos porteños. En diciembre de 1887, el español fundó el primer semanario ilustrado marplatense, *El Bañista*, para informar y hacer mostrar las gentes y las modas que se lucían en el paseo de las ramblas y, con ellas, las posibilidades de movilidad social en una localidad que iniciaba su transformación de aldea a ciudad. Dos años más tarde aquel semanario se convirtió en una revista de fotografías, *El Mar del Plata Ilustrado*, que no logró tener continuidad²⁶⁰. En medio de un mercado fluido y móvil para hacer negocios y política, Justo López de Gomara se embarcó en otras empresas alternativas a las del periodismo. Intentó aprovechar el embrionario empuje de la industria pesquera en la zona atlántica y fundó un establecimiento de conservación y venta de pescado en Mar del Plata. Y para lograr fama, clientela y reconocimiento entre las elites porteñas veraneantes, un día a la semana cedía los resultados del negocio a la Sociedad de Damas de Beneficencia de la ciudad, presidida por la mujer de Carlos Pellegrini, Carolina Lagos García. Tales acciones de filantropía y galantería hacia el mundo femenino, que reproduciría más adelante con las esposas de otros presidentes argentinos, procuraban encontrar nuevas vías para acercarse a las redes clientelares de las elites porteñas y a las de los negocios de la política de las distintas familias del PAN²⁶¹. Y es que Pellegrini era el *gentelman* indiscutible de Mar del Plata, el que animaba las temporadas de veraneo, generando formas de sociabilidad cada vez más sofisticadas y redes de relaciones políticas. De hecho, fue Pellegrini el inteligente político porteño que, a comienzos del siglo XX, protagonizaría una de las escisiones más decisivas en el seno del *roquismo*. Fue el mismo al que le sorprendió la muerte, en 1906, cuando estaba organizando la legalidad para el tránsito hacia un sistema político más abierto y democrático en la Argentina²⁶². Sin embargo, la experiencia de López de Gomara en Mar del Plata y en otros tantos negocios políticos de la provincia y de la ciudad de Buenos Aires acabaron con la crisis de 1890. Y es que, tras la debacle económica y los tumultos políticos generados por el apoyo civil de activistas que respaldaban a la Unión Cívica como fuerza política opositora al oficialismo *roquista*, se tomaron medidas políticas para atajar males mayores. En la provincia de Buenos Aires se limitó el acceso y la participación de los extranjeros en los órganos deliberativos municipales por miedo a que las elites locales perdiesen el control de la política y de los negocios vinculados a ella. ¿Qué relación con la política tenía por entonces Justo de

260. Sobre López de Gomara y el origen del periodismo marplatense, "El bañista". Suplemento del diario *La Razón*, 13.I.1997. Para la modernización de Mar del Plata desde finales del siglo XIX, M. L. Da Orden, *Inmigración española...*, especialmente capítulo 3.

261. Según cuenta su periódico en una nota recordatoria de su labor periodística, López de Gomara acudió a la mujer del presidente de gobierno José Figueroa Alcorta (1906-1910) para mediar en el indulto a una mujer española y resarcirla de una condena de cárcel por cuatro años por robar en una casa donde trabajaba, *EDE*, 20.V.1920.

262. Sobre Carlos Pellegrini, E. Gallo, *Los nombres del poder. Carlos Pellegrini. Orden y reforma*, FCE, Buenos Aires, 1997.

Gomara? Estaba próximo al *roquismo* pero no era fiel a Roca. Se implicó en los levantamientos armados protagonizados por algunas elites que se disputaban el control de la accesibilidad de la información y los cargos públicos; las claves para no quedarse atrás de la vorágine de transformación social y económica de la Argentina desde 1880. En medio del movimiento revolucionario que protagonizaron los cívicos —germen de los radicales— para democratizar la vida política, en 1890, participó de la facción escindida de los conservadores organizando en la manzana de su casa uno de los cantones antigubernamentales junto a su amigo, Manuel Carlés²⁶³. Sus amistades políticas con aquellas elites no del todo contentas con el dominio del *roquismo*, asimismo acercarían a López de Gomara a Roque Sáenz Peña, un “fiel amigo” del entorno de Máximo Paz que por entonces se encontraba en el exterior, pero que era señalado como el candidato mejor colocado del grupo de “los modernistas”. Estos últimos, no del todo conformes con las políticas del PAN en el gobierno y sin pertenecer al conjunto de activos de la Unión Cívica —Unión Cívica Radical desde 1891— de la provincia de Buenos Aires, se unieron frente a Roca en torno a Julio Costa, el elegido sucesor de Máximo Paz como gobernador bonaerense en 1890. Sin embargo, y a pesar de las ruidosas empresas de movilización de colectivos que hacían revivir los sucesos de diez años antes, las posibilidades de promoción del grupo se abortaron cuando Roca propuso como candidato presidencial para 1892 a Luis Sáenz Peña, el padre de Roque²⁶⁴.

El año de 1890 fue crucial para López de Gomara. La crisis económica y la inestabilidad política que sólo parecía controlar Carlos Pellegrini, un vicepresidente convertido en presidente con un gobierno de coalición como única salida de una crisis política, le sorprendieron a López de Gomara en inmanejables operaciones bursátiles. Vendió *El Correo Español* a Rafael Calzada en 1891 y poco después lo adquirió Fernando López Benedito. Así, López de Gomara pasó el testigo a otros compatriotas en el negocio de gestionar los símbolos, los recursos económicos y las maquinarias políticas de los inmigrantes españoles —esta vez urbanas— para las diferentes facciones políticas locales y de las familias del republicanismo español que también se aprovecharían de las prácticas de hacer política en la emigración.

263. Un gran número de españoles de Buenos Aires se habían implicado en la revolución de 1890, generando no pocas dificultades para la representación diplomática española en la Argentina. Un miembro de la Legación española comentaba tras regresar a Madrid que “una de las dificultades de la numerosa colonia española en Buenos Aires eran las reclamaciones que llegaban a la Legación de aquellos compatriotas que no habían renunciado a la nacionalidad pero que frecuentemente tomaban parte activa en las luchas políticas de la República y piden en cada tropiezo protección y defensa que el representante de España “no puede otorgarles sino con gestiones oficiosas de carácter privado, la mayor parte de las veces inútiles”. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Histórico 2314. Carta particular de Salvador López Guijarro, entonces ministro del Tribunal de Cuentas del Reino al subsecretario de Estado, Rafael Feraz, 11.II.1892. Sobre la participación de españoles en los sucesos de 1890, despacho 90, 30.VII.1890.

264. D. Rock, *La construcción del Estado...*, p. 235.

Sin medios para generar ingresos fáciles y considerando el retorno como opción que acabó finalmente desestimando, tras la crisis financiera de 1890 se trasladó a Mendoza a probar suerte en la incipiente industria vitivinícola y en otros negocios de un prometedor proyecto de autonomía municipal. Entre 1894 y 1902, López de Gomara puso a prueba prácticas sociales y de gestión del trabajo que rayaban la utopía. Una experiencia en los lindes del liberalismo que, por otra parte, no sería ajena al proceso modernizador y progresista emprendido por Emilio Civit, un pragmático liberal y hombre clave para garantizar el control de la política mendocina y los acuerdos con el *roquismo* en el ámbito nacional. Siendo Civit ministro de Hacienda de un gobierno provincial que controlaba su entorno político, sacó adelante, en 1895, una legislación que concedía amplia autonomía a los municipios mendocinos y facilitaba a los intendentes llevar a cabo empresas locales de diferente tipo. El fin no era otro que aceitar unas alianzas políticas que aportaran cierta estabilidad al dominio *civita*. El “gran elector” mendocino sería recompensado con el Ministerio de Fomento años más tarde, durante el segundo gobierno de Julio A. Roca (1898-1904), y desde allí emprendería vastos proyectos de inversión en obras públicas²⁶⁵. López de Gomara y el mandamás de la política mendocina de aquellos tiempos podrían haber coincidido en los valores del liberalismo político, en una convicción profundamente anticlerical de los asuntos públicos y en algunas otras cuestiones. Sin embargo, fue la versátil disposición del emigrante español en la Argentina lo que le llevó a embarcarse en las prácticas, las empresas y los proyectos de las diferentes facciones de las elites políticas argentinas. Si en 1890 López Gomara había participado de las revueltas antiroquistas en Buenos Aires, cuatro años más tarde se involucraría rápidamente en la vida política local de uno de los apoyos provinciales más fuertes de Roca. En cualquier caso, en la versatilidad para emprender nuevas relaciones de patronazgo político resalta la búsqueda de reconocimientos de los emigrantes ilustrados entre las elites locales. Pero también, la fragilidad de las alianzas y de las facciones políticas de estas últimas.

Bajo la égida de Civit, en Mendoza, López de Gomara fundó y organizó la Villa de Guaymallén, Y, embarcado en el proceso modernizador, fue presidente del Concejo Deliberante del Departamento de la localidad. Cuentan quienes han dejado testimonio del paso de López de Gomara por las tierras mendocinas que allí también hizo otras muchas cosas. Editó el diario *El Porvenir*, fundó el Banco Agrícola Comercial, un Instituto Agronómico y los Talleres Municipales de Cerámica y Tejido. Ejerció como síndico del Banco de la Provincia de Mendoza y puso en marcha proyectos culturales como el Ateneo Artístico, donde pronunció una conferencia sobre el republicano más

265. Para un perfil del político mendocino, Dardo Pérez Guillhou, “Emilio Civit”, en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *Argentina, del ochenta al Centenario...*, pp. 335-355. Para una descripción del control económico y del acceso a la información pública de los hombres con peso político en la provincia de Mendoza en los tiempos del roquismo, Donald Peck, *Argentinian Politics and the province of Mendoza, 1890-1916*, Tesis doctoral inédita, Oxford, 1977.

conocido en tierras americanas, Emilio Castelar. Participó en el diseño y en la creación de industrias municipales como experiencia de trabajo social. Estuvo al frente de la Colonia Segovia, que se había organizado para el cultivo de cáñamo que luego se tejía en talleres municipales. Sin embargo, el “ensayo de socialismo municipal”, como le llamaban sus contemporáneos, no duró demasiado. Y, por su dedicación para la villa fundada, su municipalidad decidió años más tarde, en 1914 y con motivo de su despedida para visitar España, la colocación de un retrato de Justo López de Gomara en el Salón del Concejo Deliberante²⁶⁶.

Regresó a Buenos Aires en 1902. Entonces, el Estado argentino parecía dispuesto a ampliar la participación de los inmigrantes en la política. Y, como buen oportunista de la política del patronazgo, a López de Gomara le entusiasmaba más estar en la gran ciudad que en una tranquila y recóndita población mendocina. El proyecto de reforma electoral que Joaquín V. González presentó en el Parlamento en 1901, contemplaba la posibilidad de que votasen los extranjeros que reunieran ciertas exigencias de ingresos y reputación aunque no estuviesen nacionalizados. Sin embargo, el contexto no ayudaba a ver los beneficios a la política que podían derivarse del voto a los extranjeros, sino en prevenir los conflictos de los potenciales agitadores. Lo confirmaría la *ley de residencia* sancionada un año después; la misma otorgaba al Poder Ejecutivo la decisión de expulsar a cualquier extranjero involucrado en problemas de orden público²⁶⁷. Por su parte, la vida comunitaria de la colectividad española estaba en momentos de esplendor, desarrollando sociedades mutuas, financieras, patrióticas y de ocio que, al tiempo que reforzaban los lazos de identidad diferenciada y contribuían a homogeneizar comportamientos e imaginarios en la diáspora migratoria, consolidaban la posición de un importante grupo de dirigentes que sobresalía a la hora de defender los intereses de la colectividad²⁶⁸. Desde su retorno a Buenos Aires, López de Gomara se puso al frente de empresas patrióticas, reafirmó su identidad étnica y recompuso viejos vínculos políticos con España. Y fue él quien entendió, mejor que otros de la colectividad, el lugar que España tenía entre los registros culturales que avivaba el nacionalismo liberal argentino para otorgar un pasado de identidad a una sociedad multicultural como resultado de la inmigración²⁶⁹. Justo López de Gomara inició en Buenos Aires una nueva etapa de periodista y político.

Rápidamente, encontró un puesto como redactor de *El Diario*, uno de los tres grandes periódicos nacionales —junto con *La Nación* y *La Prensa*— dirigido por Manuel Lainez, un periodista de prestigio y temido por su crítica. Quedó a cargo de la sección

266. *EDE*, 16.V.1914.

267. Para una panorámica del contexto, N. Botana y E. Gallo, *De la República posible...*, pp. 79-98. Sobre la reforma electoral de González, Carlos Malamud, “La efímera reforma de Joaquín V. González de 1902 en la Argentina”, en Id. (ed.), *Legitimidad, representación y alternancia en España y América Latina: Las reformas electorales 1880-1930*, FCE, México, 2000, pp. 103-127.

268. Sobre la vida institucional de los españoles en Buenos Aires, J. C. Moya, *Cousins and Strangers...*, pp. 277-331.

269. Para el lugar de España en el nacionalismo argentino, Lilia Bertoní, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001, pp. 173-184.

Las Páginas de España de aquel periódico porteño e hizo de su tribuna el espacio para una buena publicidad de España en América. Sus artículos informaron sobre el de-venir político de su patria, de sus actores y de las transformaciones propuestas a partir del reinado de Alfonso XIII para hacer conciliar liberalismo y democracia, y colocar a España en sintonía con el contexto europeo. Sus lecturas de la vida política española desde la emigración acercaron a Justo López de Gomara a la familia de políticos vinculados a los pesos pesados del Partido Liberal de aquellos tiempos, como su antiguo tutor Eugenio Montero Ríos y un prometedor José Canalejas, sin cortar del todo con sus antiguos vínculos republicanos que tanto le habían ayudado para el impulso que había dado al perionismo de la colectividad española en la Argentina²⁷⁰. López de Gomara contribuiría así a moldear los elementos del patriotismo que cohesionaban e identificaban al colectivo de españoles en la diáspora migratoria con símbolos y mensajes del liberalismo monárquico español y, para ello, encontraría también apoyos entre otros republicanos españoles que vivían en la Argentina.

No fueron *Las Páginas de España* una plataforma de opinión y un instrumento a favor de la socialización política de los emigrados españoles a favor del regenerado republicanismo en la península que había aglutinado a los notables de la colectividad aunque tuviesen diferencias personales. Las distintas tendencias del republicanismo español se habían conjugado para las elecciones de 1903, para las que presagiaban buenos resultados en algunas ciudades, como Valencia, Barcelona y Madrid, con el fin de romper los pactos de encasillamiento de candidaturas entre liberales y conservadores. Los resultados electorales habían permitido la entrada al Parlamento español de una nutrida representación extramuros de los partidos del turno monárquico. Y, tanto la campaña de regeneración republicana como los relativamente buenos resultados electorales, habían impulsado distintas experiencias de sociabilidad y de movilización política de los notables emigrantes españoles en la Argentina que en sus tiempos de juventud habían estado vinculados al republicanismo. Éstos habían formado la Liga Republicana Española en la Argentina con el impulso de los líderes más comprometidos con el proyecto en la península: Nicolás Salmerón y Alejandro Lerroux. La iniciativa había unido a los notables de la colectividad, aun con diferencias personales, y había movilizado recursos y activos para auxiliar económicamente la creación de estructuras y los medios necesarios para exitosas empresas políticas del republicanismo en España. En Buenos Aires y en las localidades cercanas se organizaron colectas y banquetes entre 1904 y 1906, el periodo de mayor esplendor de la Liga para luego languidecer. *El Correo Español* aseguró la transmisión de las ideas y de los símbolos con valores elaborados y codifica-

270. Sobre Canalejas, su vida pública y su proyecto político para la España de la Restauración, Salvador Forner, *Canalejas y el Partido Liberal Democrático*, Cátedra, Madrid, 1993. También, Javier Moreno Luzón, "José Canalejas. Democracia y Monarquía", *Claves de Razón Práctica*, Madrid, 158, diciembre de 2005, pp. 50-59. Sobre el acercamiento de López de Gomara a las políticas de regeneración democrática de los liberales Eugenio Montero Ríos y José Canalejas, Carlos Malagarriga, *Prosa muerta. Herbario de artículos políticos. Propaganda republicano-Solidaridad*, Buenos Aires, 1908, p. 94.

dos por los notables del colectivo identificados con el proyecto regenerador de La Liga Republicana Española. Pero acabó viéndose envuelto en las diferencias por los destinos de los fondos económicos conseguidos en Buenos Aires. La prensa de la colectividad se vio arrastrada por las fisuras y las incompatibilidades por el liderazgo y los métodos de los notables emigrantes españoles, reproduciendo las mismas contradicciones que acabaron con la Unión Republicana en la península²⁷¹. En cualquier caso, en *Las Páginas de España*, López de Gomara puso su pluma al servicio del mensaje patriótico del regenerado republicanism que había salpicado a Buenos Aires. Por ejemplo, consideró un menosprecio la decisión del rey de destinar a San Luis, New Orleans, el buque Río de la Plata con poco más de un mes de navegación. Una embarcación que “con sacrificios y amores” habían mandado construir los españoles de Buenos Aires para la marina española cuando había estallado la guerra con los Estados Unidos²⁷².

Poco tiempo después, en medio de rencillas entre los republicanos de Buenos Aires, López de Gomara fundó en 1905 *El Diario Español*, el nuevo periódico de la colectividad española. Y se convirtió en el vicepresidente del Círculo de Reporteros de la Prensa Argentina; entidad que, entre otras cosas, prestó especial agasajo a los periodistas extranjeros que visitaron Argentina en los tiempos de celebración del Centenario²⁷³. En Buenos Aires rehizo los vínculos con sus “fieles amigos” de la política y emprendió acciones de honor para hacerse mostrar, una vez más, como un hombre superior de la sociedad. Pero los tiempos habían cambiado y las viejas prácticas de intervención en la política porteña se estaban transformando. Justo López de Gomara participó en nuevos rituales de duelo. Esta vez quiso batirse con Bauxó Canel, el hijo de una conocida escritora española —Eva Canel— que había llegado a Buenos Aires en 1875 tras el destierro de su marido periodista. Sin embargo, el combate no se llevó a cabo por infringirse las reglas del juego²⁷⁴. Y, cuando se acercaron nuevos aires de reforma en la Argentina post-*roquista*, López de Gomara se vinculó a las clientelas de Roque Saénz Peña, el político preocupado por la ingobernabilidad de las masas y la potencial amenaza de los inmigrantes para la vida política argentina. El español le ofreció fidelidad y disposición al movimiento que se estaba gestando alrededor de su candidatura presidencial. Por medio de un amigo que le escribía mientras Saénz Peña estaba de visitas diplomáticas en Europa, le hizo saber que “se enc[ontraba] preparado para la lucha y que tan pronto ésta se present[ara] él se pondr[ía] como Jefe del Batallón al frente de toda la gallegada”²⁷⁵.

271. Para la politización de los emigrantes españoles en el Río de la Plata en nombre del republicanism, Ángel Duarte, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en la Argentina (1875-1910)*, Editorial Milenio, Lleida, 1998. También, sobre las divisiones del republicanism de los emigrantes españoles en la Argentina, M. García Sebastiani, “Influencia y proyección del republicanism de Nicolás Salmerón en la Argentina”, *Jarbuch für Geschichte Lateinamerikas* 43 (2006), pp. 275-300, especialmente 296-300.

272. C. Malagarriga, “Toque de rebato” (11.II.1904, fiesta republicana), *Prosa muerta...*, pp. 36-42.

273. A. Escobar y Ramírez, *Las fiestas del centenario en la Argentina*, Madrid, 1912, p. 298.

274. El periodista era Eloy Perillán Buxó, director del periódico satírico *La Broma*. Sobre el suceso, S. Gayol, *Honor y duelo...*, p. 137.

275. Carta de Manuel Calvo a Roque Saénz Peña, 31.XII.1908. Archivo Roque Saénz Peña.

La propuesta de movilizar activos de la colectividad e intervenir en la política a favor de Saénz Peña no era gratuita. López de Gomara esperaba del político con ansias reformistas la posibilidad de que los extranjeros votasen en las elecciones nacionales; o sea que se los considerase en los planes de reforma electoral que se venían cocinando desde hacía tiempo. Y, de hecho, Saénz Peña había valorado el apoyo de las clientelas de la colectividad española dado que había escrito a López de Gomara desde el exterior. Finalmente, el guiño del español no tendría efecto ya que Roque Saénz Peña terminó compartiendo con otros miembros de la elite política argentina la idea de que otorgar demasiadas facilidades para hacer ciudadanos a los extranjeros tenía el riesgo de que éstos acabasen gobernando el país; mejor, hacer argentinos a su descendencia. Con todo, la participación de López de Gomara en los mecanismos clientelares de que se valía la clase política local no era una excepción. Otros extranjeros también lo hacían y lo harían. Conocido por los estudiosos del tema es el caso del italiano Ferdinando Perrone que, en la década de 1890, había movilizado a otros inmigrantes a favor de Roca. O de Cayetano Ganghi, que apenas hablaba español pero que contribuía a reclutar extranjeros para manipular el voto y arreglar el resultado electoral a favor del candidato pactado por los hacendados de la política. Parece ser que el italiano había entregado 2.500 votos al presidente José Figueroa Alcorta en las elecciones de 1906; todo a cambio de dinero²⁷⁶.

Justo López de Gomara participó de casi todos los experimentos asociativos, con finalidades mutualistas, políticas y patrióticas desarrollados por la colonia española en la Argentina; también en las económicas como he señalado oportunamente. En la breve, aduladora y temprana biografía construida por Emilio Villegas, López de Gomara había sido, hasta 1907, presidente honorario de más de 100 sociedades españolas, aunque nunca había querido ser autoridad efectiva de ninguna, ni de la Asociación Patriótica Española (APE) o del Club Español que reunía a los más selectos miembros de la colectividad con el fin último de contribuir a causas patrióticas y competir por el patriotismo de la emigración española en la Argentina. Y es que para aquellos inmigrantes exitosos, integrados en los círculos sociales y en las redes políticas de las elites argentinas, la participación en alguna de las entidades asociativas de la colectividad no siempre agregaba prestigio, sino que lo quitaba²⁷⁷.

Con todo, desde el periódico, sí haría intentos de aunar las diferentes experiencias de sociabilidad de los españoles residentes en la Argentina. Lo hizo en 1907 cuando secundó el empeño del abogado catalán Carlos Malagarriga para formar una delega-

Academia Nacional de la Historia, Caja XX, pp. 347-349.

276. Lo de Ganghi en Juan Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, 1954, II, pp. 90-91. Cf. Carl Solberg, *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*, University of Texas Press, Austin, 1970, p. 122. También, en Torcuato S. Di Tella, "El impacto migratorio sobre el sistema político argentino", en Jorge Raúl Jorrot y Ruth Sautu (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1992, pp. 86 a 104, p. 89. Para Perrone y Ganghi, Cf. Fernando Devoto, *Historia de los italianos en la Argentina*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2006, p. 309.

277. F. Devoto, *Historia de la inmigración...*, p. 245.

ción argentina de Solidaridad Catalana, un proyecto político que se le había ocurrido a Nicolás Salmerón para aunar iniciativas republicanas y nacionalistas en la península, y hacer del Parlamento el escenario de enfrentamiento al gobierno presidido por un Antonio Maura poco favorable a atender las tendencias descentralizadoras en el Estado español²⁷⁸. Sin embargo, el empeño de Malagarriga no estaba encarrilado a gestionar recursos, símbolos y fuerzas del colectivo español en función de las derivas nacionalistas de un republicanismo que en la península no acabarían de encontrar su cauce político. Sino, más bien, en el emprendimiento de iniciativas en nombre del patriotismo español que facilitaran tanto el reconocimiento del colectivo y de sus elites en la sociedad origen y en la de acogida como la asimilación en esta última. Su idea era dotar de un ordenamiento legal a una confederación de las mayores asociaciones españolas en Argentina, la Sociedad de Socorros Mutuos, el Hospital Español, el Club Español y la Cámara de Comercio con el fin de lograr una protección legal a todos los emigrantes. Proponía que al frente de la gestión estuviese la APE; la asociación que desde los tiempos de su fundación, en 1896, había sabido desarrollar, mejor que otras, iniciativas patrióticas en el seno de la colectividad. El proyecto, aunque fracasó, contó con el entusiasmo de López de Gomara²⁷⁹. Asimismo, éste dio un segundo empuje a la unidad de las asociaciones de la colectividad durante los preparativos para levantar un monumento a los españoles a Argentina con ocasión de celebrar, en 1910, el primer centenario de la independencia. Había logrado reunir a los presidentes de las sociedades españolas más prestigiosas de la capital —la Asociación de Socorros Mutuos, la Sociedad Española de Beneficencia, la Cámara de Comercio, la Asociación Patriótica y el Club Español— para intercambiar ideas. Sin embargo, finalmente desestimó formar parte de la comisión de preparativos. Alegó plena dedicación a sus labores periodísticas porque, decía, no estaba cómodo participando de las celebraciones preparadas por la monarquía española²⁸⁰.

Una tercera iniciativa de López de Gomara por hacer conjugar las experiencias de sociabilidad de la colectividad española se consumó en mayo de 1913 aunque con pocos logros. Por entonces, por fin, había logrado reunir en un primer Congreso a todas las entidades asociativas que habían mostrado predisposición para formar una Confederación Española de agrupaciones mutualistas, culturales y regionales; incluso las más elitistas del colectivo. Tras el traspies que había recibido de su antiguo amigo político, Roque Saénz Peña, al no otorgar el derecho a voto a los extranjeros para las elecciones

278. Sobre el republicano Nicolás Salmerón, Fernando Martínez López, "Nicolás Salmerón y Alonso. Entre la revolución y la política" en Javier Moreno Luzón, (Ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Taurus- Fundación Pablo Iglesias, Madrid 2005, pp. 129-160.

279. C. Malagarriga, *Prosa muerta...*, p. 224. También, *EDE*, 5 y 9.VI.1907. Sobre Malagarriga, ver capítulo de A. Duarte y M. García Sebastiani incluido en este volumen.

280. Cuentan que en uno de sus fogosos arranques, López de Gomara preguntó a los miembros de la comisión: "¿qué sucederá si después de esta reunión la prensa sale con esta noticia: 'los españoles se han reunido y han acordado no celebrar el centenario argentino?'" Francisco Camba y Juan Mas y Pi, *Los españoles en el centenario argentino*, Imprenta Maestres, Buenos Aires, 1910, pp. 208-209.

nacionales, López de Gomara propició en aquella reunión el debate sobre una cuestión de difícil solución jurídica: cómo ser ciudadanos y hacer representar políticamente sus intereses tanto en el país de residencia como en el de origen sin dejar de ser españoles. O sea, proponía negociar la ciudadanía de los inmigrantes y la intervención de éstos en la vida política con plenos derechos. Había sido aquél uno de los problemas resultantes de la inmigración de masas en la Argentina que lograría resolverse en parte a finales del siglo XX con la llegada de la democracia en España. Fue entonces cuando se organizó el procedimiento para que los nacionales ausentes y no nacionalizados en el país de residencia pudiesen votar y ejercer como ciudadanos²⁸¹. Otra cuestión de difícil acuerdo era la de los servicios militares pendientes a la Corona por parte de los emigrantes. La solución a este problema vino de la mano de indultos reales. El primero, en 1906, con motivo de la boda del rey Alfonso XIII. Y, el segundo, en 1912, cuando el gobierno de Canalejas estableció el servicio militar obligatorio en España. Las campañas de opinión de López de Gomara desde *El Diario Español* insistieron en que la colectividad española en la Argentina se pronunciase y se movilizara en favor del perdón a los prófugos y desertores. Los éxitos conseguidos lo habían hecho "acreedor de los más honrosos galardones"²⁸².

Y es que López de Gomara, como periodista y director de *El Diario Español*, a la vez que figura visible y líder de un colectivo étnico y de sus sociedades vinculantes, ejerció como mediador entre el conjunto de inmigrantes y otros sectores de la sociedad. O sea, que se movió tanto en la interacción social al interior del propio grupo de inmigrantes como en las formas de articulación extramuros del conjunto de la colectividad²⁸³. Y acabó siendo uno de los líderes de la colectividad española que había

281. En torno a esta cuestión, Marcela García, "Emigración y política Los no ciudadanos en la Argentina quieren representación en las Cortes de Madrid", en C. Dardé y C. Malamud (comps.), *Política y revoluciones en España y América Latina*, Universidad de Cantabria, Santander, 2004, pp. 197-227. También, consideraciones generales en F. Devoto, *Historia de la inmigración...*, p. 256. Para una historia de la legislación española sobre la cuestión, Enrique A. Alcubilla, *El derecho del sufragio de los emigrantes en el ordenamiento español*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1995. Sobre las reuniones para aunar en una confederación todas las sociedades hispánicas de Buenos Aires, Alejandro Fernández, "El mutualismo español en Buenos Aires, 1890-1920: un estudio de caso", *Cuadernos de Historia Regional* 3, 8, (1987), p. 54. Cf. Xosé M. Núñez Seixas, *Emigrantes, caciques e indios*, Xerais, Vigo, 1998, p. 271.

282. "A los españoles. Comisión de homenaje a Gomara", *EDE*, 8.VI.1906. Sobre la campaña del periódico a favor del indulto de 1906 y sus repercusiones, Emilio Villegas, *Bosquejo histórico de El Diario Español*, Buenos Aires, 1907, p. 12. Sobre el reconocimiento del éxito de su campaña, Antonio Atienza y Medrano, "La labor de la APE", *Revista España*. Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 134, 9.IV.1906.

283. Unas cuantas referencias en torno al carácter mediador de los líderes existen en los trabajos compilados por María Bjerg y Hernán Otero (comps.) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, CEMLA-IEHS, Tandil, 1995. Para una tipología de los liderazgos en colectivos migratorios en función del clásico estudio copilado de J. Higham, Xosé M. Núñez Seixas, "Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América, 1870-1940", en Alicia Bernasconi y Carina Frid, *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2006,

alcanzado prestigio y posición social en la emigración debido a la facilidad de moverse entre los negocios, la política y el periodismo. Desde esos ámbitos, pudo recrear una identidad patriótica en la diáspora y tejer una red de relaciones personales que, al tiempo que ayudaron a reforzar su liderazgo, facilitaron su mediación para que otros emigrantes, más bien anónimos, encajasen mejor en la sociedad de acogida. La Argentina de aquellos tiempos ofrecía un contexto inigualable de heterogeneidad y rápida movilidad social, veloz transformación económica y pluralidad cultural que dejaba huecos para hacer visible voluntades de reafirmación de identidades de colectivos migratorios que, como el español, implicaba definirse respecto a su patria de origen. En la configuración de esas redes de relaciones, también los jóvenes hijos de los notables emigrados ejercieron la función de vinculantes con grupos sociales concretos.

El acceso a la Universidad y a los puestos públicos de la descendencia permitió roces sociales de nuevo tipo y también cierto acceso a la información privilegiada. Cuando López de Gomara fundó *El Diario Español*, sus hijos comenzaban a escalar en los puestos de la administración del Estado argentino y a estudiar en las universidades porteñas imitando los pasos para la promoción social de los hijos de otros inmigrantes tempranos que habían alcanzado notoriedad pública, pero sobre todo de los retoños de la amplia, heterogénea y porosa elite local. Por entonces, su hijo Augusto aspiraba a ser un ingeniero civil. Por su parte, su hijo Emilio era un estudiante de la carrera de medicina que lograría colocarse en 1914 como médico de El Hospital Español, fundado y gestionado por la Sociedad de Beneficencia Española. Era ésta una entidad mutual de la colectividad que presidía otro respetable de la colectividad y testigo de su boda civil, Anselmo Villar²⁸⁴. Otro de sus hijos, Justo, era un joven jefe de sección del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, un oficial del ejército de reserva —porque había hecho un servicio militar que desde 1902 era obligatorio para los nacionales— y un estudiante del último curso de la carrera de Derecho²⁸⁵. Este último, incluso, buscó mayores logros académicos para un mejor y prestigioso empleo. En tiempos en que el Estado argentino buscaba, pensaba y planificaba fórmulas posibles de gestión y personal técnico para diseñar políticas reformistas que atendieran los problemas sociales derivados de la inmigración, Justo López de Gomara, hijo, optó por

17-41. También, Marco Martiniello, *Leadership et pouvoir dans les communautés ethniques d'origine immigrée: l'exemple d'une communauté ethnique en Belgique*, L'Harmattan, París, 1992.

284. También había sido testigo de su boda Máximo Paz, el viejo amigo de su padre. Emilio López de Gomara Lugones se había casado en 1912 con una descendiente de la familia Canale, primera generación de pioneros llegados a Buenos Aires desde Génova hacia mediados del siglo XIX. El padre de la novia había aprovechado las ventajas de la movilidad social al pasar por la Universidad de Buenos Aires, recibirse de ingeniero civil y, a partir de entonces, formar parte del Ministerio de Obras Públicas del segundo gobierno de Roca y participar de proyectos colonizadores en el sur de la Argentina. Sobre el acontecimiento social, *EDE*, 3.XI.1912. Con el tiempo, también se encargaría de *El Diario Español*. Sobre A. Villar, M. García Sebastiani, "La eficacia de las redes...", pp. 151-160.

285. E. Villegas, *Bosquejo...*, p. 18. Sobre el ascenso social de los hijos de inmigrantes, J. C. Moya, *Cousins and Strangers...*, p. 289.

un grado de doctor en jurisprudencia en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires con una tesis titulada “La Asistencia pública. Bases para su organización en la República”. Su tema de tesis encajaba en el debate sobre las políticas públicas asistenciales para una sociedad que no paraba de crecer y de ver aumentar sus tasas de criminalidad. Sin embargo, para los académicos expertos en la materia, su trabajo no fue brillante a pesar de haber tenido como padrinos para la ocasión a un viejo amigo de su padre, Emilio Civit, y a otro viejo amigo de la colectividad española y por entonces rector de la Universidad de La Plata, Joaquín V. González, de haber mostrado sus conocimientos de una bibliografía actualizada para abordar el tema y, finalmente, de haber estudiado proyectos contemporáneos sobre los que poco tiempo después se discutiría en el Congreso Nacional. Y es que si bien la titulación académica era una etiqueta privilegiada para la competencia laboral de los hijos de los inmigrantes, no siempre era sinónimo de distinción²⁸⁶.

El entramado de relaciones de las elites de la colectividad española no se ceñía, por entonces, a una sociedad plural, heterogénea culturalmente y abierta a la integración social y a las redes políticas. Sino también, al mantenido a la distancia o creado en sus países de origen en la búsqueda de reconocimientos de liderazgos en la emigración. Los miembros de las elites de la colectividad querían presumir del imaginario nacional construido lejos de su país de origen; tenían que hacer lucir el patriotismo. Por eso, López de Gomara buscó interlocutores en España para encontrar soluciones a los problemas que afectaban especialmente al amplio colectivo de nacionales ausentes, como el de resarcir la situación de prófugos o el de posibilitar el ejercicio de la ciudadanía y de la representación política conciliando recetas jurídicas en torno a la nacionalidad y radicación. Sus vínculos con la clase política española no eran fuertes a pesar de la buena fama que algunos tuvieron en las páginas de su periódico. Tampoco muy sólidos. Entre los más o menos seguros estaban los ofrecidos por el entorno de quien había sido su padre adoptivo, el liberal Eugenio Montero Ríos, pero que iba perdiendo fuelle conforme se fragmentaban las filas de su partido y abrían el camino al brillo

286. Justo López de Gomara y Lugones, “La Asistencia pública. Bases para su organización en la República”, Imprenta de El Diario Español, Buenos Aires, 1909. Fue una tesis que tuvo calificación de “suficiente”. Como apoyo para sus argumentos, utilizó trabajos de Concepción Arenal sobre *El Pauperismo*, de Ramiro de Maeztu sobre *Los pobres y El Estado*, de Adolfo Posada sobre la administración pública y social y su traducción de Herbert Spencer (*La Justicia*), y de Guillermo Tarde (*La criminalidad comparada*). El proyecto de asistencia pública analizado fue el del Dr. Antonio Dellepiane. Como estudio de las políticas públicas ante los problemas sociales en la Argentina finisecular, Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995. Sobre las traducciones y el mercado de libros españoles en la Argentina finisecular, Marcela García Sebastiani, “Interlocutores y escenarios del liberalismo reformista español en la Argentina”, en Id. y Fernando del Rey Reguillo, *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, pp. 349-372. Y, sobre las titulaciones académicas y el ascenso social, Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988, pp. 130-133.

fugaz de los más jóvenes. Desde su llegada a la Argentina, López de Gomara había coqueteado con los sectores republicanos y liberales, más proclives, acaso, a difuminar una visión bastante negativa de la emigración en la península. Y también, más útiles para mostrar los pasos hacia posturas laicistas y de apertura política más proclive con la modernidad que por entonces se respiraba en el entorno europeo. Pero en los últimos años de su vida no descartó acercarse a los conservadores. A Antonio Maura, por ejemplo. Si años antes su periódico lo consideraba un hombre reaccionario y de ideas ultramontanas, con él compartió sus interpretaciones sobre la conveniencia de que España se mantuviera neutral durante la Primera Guerra Mundial²⁸⁷. Y es que por aquellos tiempos, la comunidad española en Buenos Aires, en general, prefería defender la opción de la neutralidad aunque en el fondo fuera germanófila. Las causas que lo explicaban eran de orden material: la mayoría de las compañías transatlánticas eran alemanas y financiaban a los periódicos con la publicidad de sus anuncios²⁸⁸.

Las empresas patrióticas

Justo López de Gomara elaboró y codificó discursos patrióticos y emprendió empresas culturales y de movilización política en nombre de la nación española desde la emigración. Como periodista, como parte del conjunto de miembros de los notables españoles en la Argentina y desde concretos ámbitos, escenarios y medios de expresión pública, construyó y gestionó repertorios nacionalistas que ofrecieron una versión positiva del nacionalismo liberal español. Asimismo, diseñó iniciativas colectivas para cohesionar a un grupo y afirmar un sentimiento de identidad nacional en la diáspora²⁸⁹. Las empresas patrióticas activadas desde la emigración generaban expectativas. De por sí, otorgaban reconocimiento a líderes que estaban detrás de los proyectos programáticos y de movilización. Y eran atendidas tanto por las elites políticas locales como por las españolas porque eran protagonizadas por unos líderes de la emigración que, como jóvenes republicanos que habían sido, eran conocedores del liberalismo español y de toda la historiografía nacionalista y liberal del siglo XIX. Ya mayores y como inmigrantes en la Argentina, habían aprendido todo el andamiaje sobre cómo hacer nación desde un joven Estado liberal y con

287. Archivo Maura. Fondo documental Antonio Maura. Correspondencia. Legajo N° 56, carpeta N° 20. Para las visiones negativas de la emigración en la península, Blanca Sánchez Alonso, *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Alianza Universidad, Madrid, 1995, Capítulo II. Para las lecturas de *El Diario Español* sobre la política española, Marcela García Sebastiani, "Crear identidades y proyectar políticas de España en los tiempos de transformación del liberalismo: *El Diario Español* (1905-1912)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 55 (2004), pp. 525-553.

288. La "germanofilia" también respondía a un sentimiento antinorteamericano propio del nacionalismo argentino que, además, contribuía a actualizar la imagen del enemigo de España en 1898. Xosé M. Núñez Seixas, *Omigrante imaxinario. Estereotipos, representacións e identidades dos galegos na Argentina (1880-1940)*, USC, Santiago de Compostela, 2002, pp. 135-136.

289. Sobre el patriotismo de los españoles en la Argentina, Ángel Duarte, "España en la Argentina. Una reflexión sobre el patriotismo español en el tránsito del siglo XIX al XX", *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 18 (2003), pp. 251-271.

un régimen republicano federal y atendiendo a la diversidad cultural que había resultado de la inmigración. Si bien los políticos españoles atendían más bien poco los reclamos de los expatriados, absorbían los discursos de periodistas o de escritores de medio pelo en la emigración para construir la retórica hispanoamericanista y apreciaban la disponibilidad económica para las causas regeneracionistas. Los emprendimientos patrióticos de los españoles en la Argentina facilitaron la puesta en marcha de empresas nacionalizadoras del liberalismo monárquico de la península en un territorio de soberanía diferenciada pero desde donde procedían ruidosas voces de apoyo y propósitos de una unidad espiritual que avivaban la hispanofilia y dotaban de fuertes ingredientes de identidad al nacionalismo liberal español²⁹⁰. Con ellos se contó para impulsar la monarquía desde esa periferia durante las celebraciones del Centenario, en 1910, de la declaración pública de las intenciones de las elites porteñas de separarse de la metrópoli.

El Diario Español tuvo un papel de primer orden en la gestión del patriotismo español entre sus emigrantes en la Argentina. Fue la empresa patriótica por excelencia de López de Gomara. A ella se dedicó tras los sinsabores del resto de negocios políticos en la sociedad de acogida y tras comprobar que a partir de la muerte de Antonio Atienza y Medrano, en 1906, ya no tenía fuertes competidores para diseñar y dirigir empresas patrióticas en la diáspora migratoria²⁹¹. Desde los tiempos de su fundación, en 1905, los periodistas que informaban en la prensa de la colectividad española contribuyeron a construir identidades y representaciones de los españoles emigrantes por encima de las diferencias políticas, sociales y culturales que existían en su seno. Si bien su edición se prolongaría hasta que el peronismo compró su desaparición, hasta finales de la década siguiente, la línea ideológica del periódico estuvo asociada al nombre de Justo López de Gomara. Sus empresas periodísticas le dieron renombre por ser un buen servidor de la causa española en la Argentina liberal. Como dirían los publicistas de la labor de la colectividad española durante el Centenario, *El Diario Español* fue un poderoso elemento en la organización de fuerzas y un fiscalizador de los actos de la colectividad²⁹². Y, a la postre, una muestra del fracaso de anteriores ensayos de politización en la diáspora del republicanismo español. El periódico de López de Gomara estaba por encima de las disputas políticas y personales que afloraban en el seno de la colectividad porque él y sus redactores eran los mejores gestores de la lealtad patriótica. A tal punto su oficio gozaba de respetabilidad entre sus pares que la colectividad entera le dedicó el libro que mostraba al mundo los esfuerzos que

290. Como primer ejercicio, Marcela García Sebastiani, "El patriotismo de los españoles emigrantes en la Argentina", en G. Gómez-Ferrer Morant (ed.), *Modernizar España 1898-1914*, Departamento de Historia Contemporánea, UCM, Madrid, 2006, 16 pp. (CD-Rom). Para otras empresas nacionalizadoras de la monarquía española, Javier Moreno Luzón, "Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz", *Ayer* 52 (2003), pp. 207-236.

291. M. García Sebastiani, "Antonio Atienza y Medrano: institucionista en otras tierras", en este mismo volumen.

292. F. Camba y J. Mas y Pi, *Los españoles en el centenario argentino...*, p. 240.

habían hecho los españoles para exponer lo mejor de la patria en el Centenario argentino²⁹³. Asimismo, una década más tarde se celebraron a todo lo alto y con público en las tribunas de la Sociedad Rural Argentina sus 40 años de labor como periodista²⁹⁴. Se realzó de nuevo el prestigio, “el espíritu quijotesco” y la labor realizada por López de Gomara pero en otro contexto. Hasta las celebraciones del Centenario y los años inmediatamente después, el patriotismo de los españoles en la Argentina había servido para otorgar contenidos de hispanismo al nacionalismo cultural del liberalismo y se había coronado con la proclamación por parte del gobierno de Hipólito Yrigoyen del Día de la Raza en 1917. Pero a raíz del desafío nacionalista a la democracia y los efectos de la Primera Guerra Mundial en la Argentina, el hispanismo y las herencias culturales de España pasaron a formar parte del discurso antiliberal y reaccionario haciendo perder toda la carga de modernidad que había generado la hispanofilia desde finales del siglo XIX²⁹⁵.

Con todo, *El Diario Español* fue el interlocutor visible de la información sobre España. Había nacido con una determinada visión de mundo y de las cosas moldeada en torno a los valores del liberalismo y de una tradición republicana, romántica, laica más que anticlerical, con optimismo en los principios de igualdad y de la armonía social como elementos clave para una cultura política democrática. El periódico de López de Gomara había encontrado empatías tanto con el liberalismo argentino como con los regeneracionistas españoles de comienzos del siglo XX. De todas las corrientes que éste se manifestó, *El Diario Español* encontró mejor sintonía con la que representaba José Canalejas. Las noticias sobre su política y su gestión mostraban la disposición del Estado liberal en la intervención de los asuntos públicos tan fundamentales para la sociedad como la instrucción, la protección laboral, la cuestión religiosa, el sistema tributario y un servicio militar obligatorio para evitar desigualdades. De esa manera, hasta finales de la Primera Guerra Mundial, sus informaciones apostaron claramente por hacer visible ante la opinión pública argentina las versiones más positivas del nacionalismo liberal español y ocultar el conflicto en la sociedad de origen. Las informaciones también proyectaron imágenes y representaciones propias sobre el devenir político, los actores y las reformas ensayadas en España. En ese sentido, *El Diario Español* fue un constructor de un imaginario social lejos de la patria y un interlocutor de las reformas propuestas por los Estados liberales en los comienzos del siglo XX para intervenir en los problemas de la sociedad civil²⁹⁶.

293. Decía la dedicatoria: “Los viejos guerreros españoles ponían siempre en su escudo la palabra que les hincha el corazón. Los historiadores de aquella edad encabezaban su crónica con el nombre triunfal del guerrero. Usted, cual los caudillos del tiempo glorioso, encontró en su corazón, la palabra: “España”. Nosotros, cronistas acaso de la más grande empresa española queremos que, a la noble usanza antigua, este libro de esperanzas lleve, en su frente, el nombre más ejemplar de la patria nueva”. F. Camba y J. Mas y Pi, *Los españoles en el centenario argentino...*

294. *EDE*, 4.V.1920.

295. Al respecto, J. Moya, *Cousins and Strangers...*, pp. 347-376.

296. Al respecto, M. García Sebastiani, “Crear identidades y proyectar políticas.... Como

La prensa que dirigió López de Gomara fue asimismo una plataforma desde donde movilizar a la colectividad española en nombre del liberalismo español. Y, entre sus lectores, alentó la presencia pública de empresas patrióticas exultantemente positivas hacia la nación de origen que acabaron cohesionando y movilizandando adhesiones. Los notables de la colectividad española en Buenos Aires habían activado la evocación del mito patriótico para construir un sujeto colectivo en diferentes momentos. Y, de ellas, había participado Justo López de Gomara en mayor o menor grado. Había ocurrido en 1898 con motivo de la guerra entre Estados Unidos y Cuba, en 1904-1906 al calor de la regeneración republicana, y en 1910 por de las celebraciones del Centenario. También, en 1912 a raíz del asesinato del presidente del gobierno español, José Canalejas, por un anarquista el 12 de noviembre. El político liberal, según la buena prensa que tenía entre los lectores de *El Diario Español*, había renovado los aires en la vida pública española y en las filas de un fragmentado Partido Liberal. En torno a su figura se habían construido lealtades para las ideas progresistas de una época que intentaban poner a España en sintonía con el liberalismo de nuevo tipo que por entonces despuntaba en Europa²⁹⁷. Y su muerte sirvió para organizar movilizaciones en torno a un héroe y a un patriota nacional que había emprendido como deber público unas reformas políticas a favor de la intervención del Estado en los asuntos civiles de España.

Los tiempos de Canalejas en el gobierno del Estado español habían hecho aflorar en la patria una manera de hacer política que sintonizaba con la cultura progresista de los entonces jóvenes republicanos fundadores y redactores de *El Diario Español* y los ahora mejores gestores de la lealtad patriótica. Y es que su gobierno tenía la confianza regia. Para los notables emigrantes españoles, el encuentro entre la Corona y el liberalismo de Canalejas sellaría la renovación patriótica que no había logrado consumarse durante el viaje a la Argentina de la tía del rey, *la Chata*, durante las celebraciones del Centenario a pesar de las múltiples manifestaciones de apoyo del colectivo que habían generado los actos. Más bien, fueron las muestras públicas de fervor patriótico por las calles de Buenos Aires cuando se celebraron los funerales por la muerte de Canalejas lo que terminó consagrando el patriotismo liberal de los emigrantes españoles en la Argentina.

El Diario Español publicó notas de condolencias y elogió la gestión política del político liberal de España. Los patriotas españoles habían encontrado en él la mejor disposición de un Estado nacional al servicio público. Nadie como Canalejas había aventurado y realizado tanto para España en tan poco tiempo: había logrado nivelar el presupuesto, había acabado con la Guerra de Marruecos y con los problemas por ella provocados (*sic*),

primeras reflexiones sobre la prensa de la inmigración, Samuel Baily, "The role of Two Newspapers in the Assimilation of Italians in Buenos Aires", *International Migration Review* 43 (1978), pp. 321-340.

297. Para una perspectiva general de las transformaciones del liberalismo y sobre las fórmulas de intervención pública sobre la sociedad civil, sigue siendo un clásico para Europa, Michael Biddiss, *The Age of the Masses. Ideas and Society in Europe since 1870*, Penguin, Harmondsworth, 1977, pp. 29-144. Para una lectura actualizada sobre las tendencias del Partido Liberal entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, Javier Moreno Luzón, "El rey de los liberales", en Id., *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 153-186. Sobre los proyectos y las posibilidades de Canalejas de poner a España en sintonía con el entorno europeo, "La obra liberal", *EDE*, 3.IV.1910.

había reorganizado el servicio militar, había sacado adelante la *ley del candado* que ponía límites a la expansión de las congregaciones católicas, había resuelto cuestiones que afectaban al mundo obrero, y había logrado aunar posiciones políticas favorables para que saliese de las Cortes la *ley de mancomunidades* con el fin de resolver el problema regionalista catalán; todas políticas que “había[n] elevado a la patria española a las grandes potencias”. Su asesinato por un anarquista el 12 de noviembre de 1912 había sido una “pérdida irreparable para la patria”; había convertido al “patriota” en el “héroe público”²⁹⁸. Y hacía peligrar el intento más transparente de la política española hasta ese momento de corregir desde el Estado las dificultades legales para nacionalizar a su pueblo sobre la base de principios liberales. Las muestras halagadoras a un personaje público de España desde la emigración acabaron en una devoción de rituales colectivos que dejaría huellas para una memoria compartida. No había que dejar pasar la ocasión de vestir de españolismo a la latinidad argentina. O sea, la oportunidad para afirmar una identidad en la diáspora aglutinante de unas señas culturales compartidas con otros colectivos y renovar las muestras públicas de afinidad entre España y Argentina que habían tenido momentos de gloria durante las celebraciones del Centenario.

El culto de los patriotas de España en Buenos Aires, a su héroe y mártir había congregado al conjunto de la colectividad; a sus elites, sus clientelas y el grueso de los españoles corrientes. Y a él se sumaron tanto las autoridades y los personajes de la vida política y social argentina como algunos dirigentes de las asociaciones de la colectividad italiana en Buenos Aires. Los más ricos y notables de la colectividad española prepararon los funerales en la Catedral de Buenos Aires el fin de la semana siguiente de la muerte de Canalejas. Y al acto habían asistido representantes del gobierno argentino y de España, miembros de algunas familias con peso político y visibles gestos de hispanofilia como la de Roca, hombres de la banca y del alto comercio porteño, los presidentes de las asociaciones españolas y algunas italianas, y los principales periódicos porteños. Ese mismo domingo, el equipo de redactores de *El Diario Español*, no tan holgados económicamente, pero con un papel clave como animadores del patriotismo en la emigración, organizaron una manifestación popular de toda la colectividad como expresión de duelo por la pérdida de “uno de los más ilustres hijos de España” y para mostrar el apoyo a la representación de la monarquía española en un Estado republicano del cual no eran ciudadanos. En el acto de comunión simbólica se fundieron el pueblo, sus forjadores de valores políticos y patrióticos, y las autoridades locales y diplomáticas.

El entusiasmo impulsado por la prensa de la colectividad para que los inmigrantes españoles exhibieran por las calles de Buenos Aires su dolor por la monarquía constitucional compungida, reforzaba un patriotismo como factor de unidad codificando símbolos, mitos, proyectos y mensajes comunes que hacían operar, en la distancia, una identidad nacional lejos del territorio donde habían nacido y crecido. A su vez, evadía otras identificaciones que estaban latentes en el seno del colectivo como la de los emergentes nacionalismos periféricos o un menos probable despertar republicano. La

298. “Canalejas”, *EDE*, 12.XI.1912.

apelación a la movilización popular se nutrió, por tanto, de toda la carga romántica para aunar aquel presente con un pasado glorioso y reconocido de la nación española en la sociedad argentina. Eran tiempos en que ser patriota español en la distancia significaba congraciarse con los principios de un liberalismo progresista cuya gestión política administraba un Estado para el bienestar del conjunto de la sociedad civil de una nación y, a su vez, atender a los valores de un nacionalismo cultural. O sea, los de la homogeneidad cultural, espiritual y lingüística de un pueblo leal a unas instituciones monárquicas. La afirmación de pertenencia a una nación desde afuera de los límites territoriales del Estado liberal español que aspiraba a ser democrático sin dejar de ser monárquico hacía del “amor a la patria” de unos no ciudadanos de una Argentina de inmigrantes la posibilidad de que un nacionalismo de raíces cívicas y liberales fuese honesto a una cultura y a un pasado común²⁹⁹.

Como director de *El Diario Español*, López de Gomara organizó la liturgia al servicio de la política monárquica y puso la historia al servicio de la agitación de conciencias. En el intento de construir una identidad colectiva nacional para explicar el proceso de invención de una España liberal en la diáspora, los periodistas de *El Diario Español* propagaron una cultura nacional al servicio de la política equiparando al héroe nacional con otros grandes de España. Como el Cid, porque era quien simbolizaba la epopeya española, la concordancia, la acción heroica al servicio de la unidad de la nación. O como Emilio Castelar, el republicano más conocido en la Argentina; el que mejor, antes de Canalejas, había sabido descifrar las posibilidades de hacer democrático al liberalismo reformando los derechos políticos y cívicos para comprometer al ciudadano con la nación. La asociación de Canalejas con el republicanismo ayudaba a hacer visible el patriotismo de la colectividad española y de sus elites, aun con divisiones políticas, en la sociedad argentina. Así, en el evocado liberalismo de Canalejas podían encontrarse emigrantes republicanos y monárquicos pocos años antes enfrentados³⁰⁰.

299. Para las sintonías y divergencias del patriotismo con las diferentes versiones del nacionalismo, Mauricio Viroli, *Por amor a la patria*, Ed. Acento, Madrid, 1997; M. G. Dietz, “Patriotism”, en T. Ball et al (eds.), *Political Innovation and Conceptual Change*, Cambridge, 1989, p. 191; Hugh Cunningham, “The Language of Patriotism, 1750-1915”, *History Workshop* 12 (1981), pp. 8-33. También, “Patriotismo”, en Andrés Blas Guerrero (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 603-608. En torno a las variaciones del concepto de patriotismo en España a lo largo del siglo XIX, Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), “Patria”, *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pp. 512-523.

300. Para las asociaciones de Canalejas con el Cid y Castelar, “El asesinato de Canalejas”, *EDE*, 14.XI. 1912. Para la recuperación de los valores del romancero medieval puestos al servicio de una España liberal y moderna, Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 61-62. Sobre la influencia de Castelar en Hispanoamérica, Eduardo Posada Carbó, “Emilio Castelar: República, liberalismo y poder de la oratoria”, en C. Malamud (comp.), *La influencia española y británica en las ideas y políticas latinoamericanas*, Fundación Ortega y Gasset, Madrid 2000, pp. 79-94. También, M. García Sebastiani, “Influencia y proyección...”, pp. 280-283.

La manifestación popular como muestra del dolor por la muerte de Canalejas había congregado a 25.000 españoles que recorrieron las calles más representativas del españolismo en la Argentina, como la Avenida de Mayo y 9 de Julio³⁰¹. Se sumaron a ella los comerciantes porteños cerrando sus tiendas por la mañana y los banqueros, españoles y británicos, que ni los domingos descansaban para hacer negocios y ganancias. Superaba, decían, en número de personas y en rituales a las celebradas en otras ocasiones por otros colectivos migratorios en la Argentina (como la de los italianos) y a las convocadas en otras ciudades españolas para la ocasión, como las de Palma de Mallorca y Madrid³⁰².

Una vez acabados los actos oficiales, la acción popular organizada por *El Diario Español* emprendió la liturgia patriótica a la que no le faltó la banda de música de un lector del periódico. Se inició con una suscripción popular para crear un monumento “en memoria de inolvidable Canalejas” en alguna Plaza de España de una ciudad argentina. Y prosiguió con una marcha desde la Plaza de Mayo hasta el Congreso encabezada por símbolos (como el de una mujer delegada de una asociación de socorros mutuos y las banderas de España y Argentina) que mostraban un fuerte amor a la patria y la devoción pública “de los hijos ausentes” al héroe del liberalismo que había apostado por sacar adelante reformas sociales³⁰³. Los patriotas españoles habían salido a la calle y su marcha se había convertido en ritual nacionalista colectivo, con elementos festivos y de espectáculo público para formar parte de la memoria de un espacio de gran valor simbólico para la comunidad española de Buenos Aires como lo era la Av. de Mayo y sus alrededores³⁰⁴.

No obstante, a aquel acto litúrgico que hacía visible el luto por “el hijo máspreciado [de España]”, le faltaba la comunión del pueblo, sus intelectuales y el poder político de la nación en un territorio de soberanía diferenciada. Por eso, la columna del pueblo, con sus símbolos, fue a la sede de *El Diario Español* a buscar a Justo López de Gomara y al equipo de periodistas que habían convocado el acto y habían orientado los gestos de la movilización para dotar al patriotismo en la diáspora migratoria de un sentido político afín a la monarquía española. El acto terminó cuando los manifestantes, junto con los moldeadores de la identidad colectiva, entregaron en la propia sede diplomática un pésame escrito por la muerte de Canalejas al representante español en la Argentina. En medio de la observación de reporteros de la prensa porteña, todos, destinaron salvas de aplausos por el alma del “héroe público de España”³⁰⁵. La marcha dominguera y cívica de los espa-

301. Procesiones cívicas por el asesinato de Canalejas se organizaron en otras ciudades bonaerenses. En Luján, al oeste de Buenos Aires, el notable de la colectividad —el vicecónsul Carmelo Yanguéz— había sacado a la calle a la colectividad española para demostrar el dolor por la pérdida. Dedier N. Marquiequi, *La inmigración española de masas en Buenos Aires*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993, pp. 51-53 y 87.

302. Sobre las manifestaciones a favor de Canalejas en Madrid y Palma de Mallorca, “Duelo, protestas y homenajes”, *ABC*, 17 y 18.XI.1912.

303. “Ecos del asesinato de Canalejas”, *EDE*, 22.XI.1912.

304. Sobre los lugares simbólicos para un colectivo, Elizabeth Jelin y Victoria Langland, “Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente”, en *Monumentos, memorias y marcas territoriales*, Siglo XXI, Madrid, 2003, pp. 1-16.

305. “Homenaje a Canalejas”, *EDE*, 26.XI.1912.

ños en Buenos Aires como un acto público de condolencia al héroe que “había puesto de luto a las democracias occidentales”, había significado “el triunfo del españolismo” en tierra argentina porque no había sido una movilización de activos contaminada de actos oficiales como sí lo habían sido las celebraciones del Centenario³⁰⁶.

El patriotismo de los emigrantes españoles en la Argentina había salido a la calle “uni[endo] dolor e indignación sin las absurdas divisiones que produc[ía] el odio partidista.” Y había expresado lazos de empatía entre personas con similitudes y diferencias culturales a la vez en un compromiso de bien común por el buen hacer en nombre del liberalismo y la democracia. Era aquella una fórmula posible de conciliación de la diversidad cultural en un contexto local de hispanofilia y de innumerables muestras de empresas intelectuales y políticas a favor de un nacionalismo liberal argentino de las que quedaban excluidos aquellos colectivos que no querían cambiar de patria si se convertían en ciudadanos de otra nación.

Al impulsar la identidad española en Ultramar ante la muerte de Canalejas, Justo de Gomara quería generar un pasado reconocible de sus acciones al servicio de la nación aprendidas en la distancia. Por tanto, a aquella liturgia orientada le faltaban ingredientes para hacerla más creíble y verosímil; los del recuerdo a la memoria del héroe liberal y reformador. Había que evocar la eternidad de un liberalismo cívico, democrático y conciliador de diferencias como resultado de la comunión entre el pueblo, los intelectuales y las autoridades monárquicas de la nación española en tierras lejanas. La celebración debía contribuir a fines políticos. O sea, había que dejar rastros para generar rutinas. Entre ellas, las que legitimaran el poder de Estados liberales y reformistas para conciliar liberalismo con democracia, laicismo, derechos civiles y progreso social. También, las que reforzaran los rasgos de identidad nacional compartida entre españoles y argentinos. Y, finalmente, las que comunicaran determinados valores políticos a los ciudadanos argentinos y a los extranjeros que compartían el mismo espacio público³⁰⁷. De hecho, los asistentes a la celebración popular por la muerte de Canalejas habían contribuido con dinero para erigir un monumento en su recuerdo. Pero además, las autoridades del municipio porteño y del gobierno nacional argentino se mostraron interpeladas por los mensajes del nacionalismo con componentes de valores tanto étnicos y culturales como liberales y cívico-democráticos que transmitieron los patriotas españoles en Buenos Aires en aquel acto litúrgico. Por eso, días después de la celebración de duelo por la muerte del político liberal, el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires homenajeó al estadista español aprobando una iniciativa de dotar con el nombre de José Canalejas a una de las calles

306. “Un triunfo del españolismo”, *EDE*, 26.XI.1912.

307. Sobre conmemoraciones y su relación entre identidad y memoria, John Gillis (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton University Press, Princeton, 1994. También, Sisinio Pérez Garzón, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Crítica, Barcelona, 2000; Salvador Claramunt (comp.), *Las conmemoraciones en la historia*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002; Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid, 2003 y Pere Anguera, “Los días de España”, *Ayer* 51, Marcial Pons, Madrid, 2003.

principales del barrio de Flores, entonces un nuevo suburbio que crecía con impulso y modernidad hacia el oeste de la ciudad y cuyos vecinos eran familias italianas, españolas y su descendencia³⁰⁸. Por su parte, el Departamento Nacional de Trabajo, una dependencia del Ministerio del Interior del gobierno argentino que había sido creado en 1907 como un organismo técnico del Estado que informaba de los avances en la legislación social en los países occidentales también tributó un homenaje a Canalejas. Días después del asesinato del jefe del gobierno español, las autoridades argentinas decretaron la aplicación de una ley social cuyos fundamentos y normativas habían sido tomados de una disposición legislativa española sancionada durante la gestión de Canalejas³⁰⁹. Justo López Gomara celebraba que la “ley de la silla” vigente en España hubiera sido considerada por las autoridades argentinas para aplicarse en Buenos Aires. Desde entonces, las empleadas de los comercios porteños podrían permanecer sentadas mientras esperaban a sus clientes.

En los márgenes de la cultura

Justo López de Gomara fue autor de obras de teatro, de poesías y de una literatura de cuentos cortos, de divulgación, de baja calidad y de fácil consumo que invitan a ser abordadas para una historia sociocultural en los lindes de una sociedad migratoria como la Argentina de entre siglos. Porque fue un individuo que construyó imaginarios sociales y fijó criterios de pertenencia, de inclusión, de exclusión y de contacto multicultural en un contexto de antesala a la inmigración masiva. Como elite de un colectivo en una sociedad de inmigración, López de Gomara estableció valores, modeló identidad y codificó representaciones, repertorios y estereotipos con dimensiones psico-sociales o sociopolíticas. Sus obras, leídas y representadas, crearon imágenes y creencias para ser compartidas con otros grupos humanos, para delimitar fronteras, para facilitar la integración en sociedades de inmigración, para rememorar la experiencia de los individuos³¹⁰.

Las obras de López de Gomara fueron una referencia a la hora de inculcar hábitos para la aculturación y el acomodamiento de nuevos individuos a la nueva sociedad sin renunciar a la desconfianza defensiva y a la discreta astucia que no tenían otro propósito que el de permitir una mejor asimilación en un entorno nuevo y desconocido. Fue autor de sainetes tragicómicos, costumbristas, melodramáticos que ofrecieron miradas cruzadas sobre la cuestión nacional y sobre la problemática social de las últimas dos décadas del siglo XIX en la Argentina. Su teatro se hizo cargo de manera explícita de los conflictos

308. “Homenaje a Canalejas por el Concejo Deliberante”, *EDE*, 26.XI.1912. Como estudio clásico del crecimiento de Buenos Aires en aquellos tiempos, James Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Ed. Solar, Buenos Aires, 1977.

309. La reforma atendía al inciso 7 del artículo 9 de la ley 5291. “La ley de la silla. Su aplicación en Buenos Aires”, *EDE*, 22.XI.1912. Sobre el Departamento Nacional de Trabajo y los resultados del intercambio profesional con el Instituto de Reformas Sociales de Madrid, E. Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, pp. 74 y 197-198.

310. Como estudio del papel de los estereotipos para estudios socioculturales en sociedades de inmigración, ver Xosé M. Núñez Seixas, *O inmigrante imaxinario...*, introducción, pp. 11-25.

sociales, de los prejuicios de la burguesía criolla, del advenimiento de una clase media pródiga, de los sinsabores de los trabajadores asalariados, de los desencajes de los inmigrantes en la carrera del ascenso social. En definitiva, mostró los problemas de una sociedad aparentemente opulenta pero con condicionamientos sociales. Al mismo tiempo, su teatro satirizó la política local, llevando al medio porteño el desfile paródico de los principales eventos políticos, sociales y culturales del año por medio de diálogos y canciones de carácter ligero y picaresco tal como se hacía en el teatro español, francés, italiano o inglés desde mediados del siglo XIX. El objetivo no era otro que el de provocar la atención, atrayendo públicos adeptos y generando preocupación para las autoridades de turno³¹¹. En sus obras, breves, se muestran las fisuras del proyecto inmigratorio, las bases sociales del enfrentamiento, el resentimiento entre criollos y “gringos”, el problema de la inserción del inmigrante y las posibilidades de asimilación. Escritas en una lengua fácil para ser captada por los sectores populares, trataban de recrear el ambiente multicultural de la inmigración de Buenos Aires. En ellas, el espectáculo y el drama eran sencillos, el conflicto era concreto, transparente, exaltador de las costumbres y de valores como el civismo, la igualdad y el trabajo. En ese sentido, López de Gomara fue un autor de piezas teatro que pretendían tener una función pedagógica y, en ocasiones, de adoctrinamiento. Trasmitían mensajes políticos y de civismo para una democracia en una república de ciudadanos iguales, para un humanismo reformista y constructor de una imagen social para un público popular de origen inmigrante, ávido de conmoverse, de identificarse asociativamente, de divertirse, de hacer visible la asimilación y de ver en la escena un espejo idealizado de su existencia cotidiana. Sirvan como ejemplo, *De Paseo por Buenos Aires*, *Gauchos y gringos*, *Las injusticias de la tierra* y *Valor cívico*³¹².

Los inmigrantes eran personajes infaltables en sus parodias de tipos sociales representadas para saciar el espectáculo de masas en los teatros porteños a un bajo precio³¹³.

311. La representación de la obra *De Paseo por Buenos Aires* de Justo López de Gomara era un claro ejemplo del género “del metateatro” que satirizaba a la política, un género que se había instalado definitivamente en Buenos Aires desde los años ‘80 del siglo XIX. Ver, Osvaldo Palletieri, *Historia del Teatro argentino en Buenos Aires. Vol II: La emancipación cultural (1884-1930)*, Galerna, Buenos Aires, 2002, pp. 219-220.

312. Sobre el sainete en la historia del teatro argentino, O. Palletieri, *Historia del Teatro argentino en Buenos Aires...*, pp. 100-359. Justo López de Gomara, *De paseo en Buenos Aires: bosquejo local en dos actos y diez cuadros*, Imp. Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1889; *Gauchos y Gringos: bosquejo de costumbres argentinas en un acto y en verso*, impr. de El Correo Español, Buenos Aires, 1884; *Las Justicias de la tierra: ensayo de drama nacional en tres actos y en verso*, Establ. Tip. de El Correo Español, Buenos Aires, 1883; *Valor cívico: Apuntes de la revolución (26, 27 y 28 de Julio de 1890)*, adaptados a la escena, Imp. de El Correo Español, Buenos Aires, 1890.

313. Algunas de sus obras fueron representadas en el entonces teatro Onrubia de Buenos Aires y generaron expectación y crítica. Sobre la pieza teatral, *De Paseo por Buenos Aires*, crítica en *El Diario*, Buenos Aires, 25.IV.1889 y en *La Nación*, Buenos Aires, 4.V.1890. Cf. Beatriz Seibel, *Historia del Teatro argentino. Desde los rituales hasta 1930*, Corregidor, Buenos Aires, 2002, p. 241-242 y O. Palletieri, *Historia del Teatro argentino en Buenos Aires...*, pp. 219-220 respectivamente. Para un repaso de las contribuciones de López de Gomara

Los representaba caricaturizados pero con valores positivos y con fuerza moral suficiente para construir nación. Los dependientes de comercio, los camareros, los criados, los porteros, los pequeños comerciantes, los almaceneros, los changadores, los agentes de policía de origen inmigrante se representaban un poco avaros, toscos, de poca cultura, ingenuos, pero también honestos y abiertos al progreso. Como personajes, los inmigrantes eran personas positivas que al tiempo que idealizaban comportamientos y actitudes, hacían reír porque conservaban rasgos de torpeza. Sus obras querían mostrar el papel de los extranjeros en la construcción de la nación. Eran ellos quienes trabajaban, ahorraban; los que hacían progresar al país. De allí que las obras de teatros presentaran a personajes con cualidades humanas como la solidaridad, la generosidad, la honestidad y el trabajo. Como autor, Justo López de Gomara buscaba una identificación simpática o compasiva hacia los personajes inmigrantes creados acentuando los rasgos de su sabiduría popular, de su laboriosidad, de su modestia, de sus aportaciones al progreso económico y social de la Argentina. La imagen del buen inmigrante construida y representada por Justo López de Gomara facilitaba, por tanto, la inserción de los recién llegados. Asimismo, reafirmaba la imagen del colectivo de referencia e inculcaba hábitos para la aculturación y el acomodamiento en la nueva sociedad.

López de Gomara también hizo incursiones en el género de cuentos cortos, de historias con múltiples funciones para cualquier contexto de movilidad social y de emergencia de nuevos sectores sociales. Con pluma poco perfilada, la imaginación creativa de su narrativa ofrecía moralidad y la posibilidad de enseñar moralejas de vida. Transmitía mensajes para engrosar la sabiduría popular y generar una susceptibilidad útil y una desconfianza defensiva que facilitara la inserción de inmigrante en la sociedad y evitara, por tanto, las frustraciones. Entre sus obras con ese perfil, cabe destacar *Locuras humanas* y *De ambas orillas*³¹⁴. En ellas, quedaron reflejados los temas costumbristas y de actualidad para la sociedad de la época. Y desplegaron alegorías de las virtudes, de los errores, de las desventuras y de las complejidades de las relaciones humanas; actitudes todas que interesaban al conjunto de los inmigrantes y en las que aparecían incluso pasajes autobiográficos o historias de otros compatriotas. En los cuentos, las fábulas y otras ficciones, López de Gomara describió las actitudes populares en un lenguaje llano, cargado de expresiones, de frases, de refranes que configuraron los contornos del ideario popular propio del “medio pelo” que acabaría teniendo funciones pedagógicas para una sociedad resultante de la inmigración.

Como en sus sátiras, su narrativa exaltó virtudes tales como el trabajo, el ahorro, el esfuerzo individual, la posibilidad de redención social y de superación de los este-

al teatro argentino, Ana M. López de Medina, “Justo López de Gomara”, *Noticias para la historia el teatro nacional*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1938, pp. 147-169.

314. Justo López de Gomara, *De ambas orillas del Mar: Cuentos originales de ambiente hispano- argentino*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 1914 y Justo López de Gomara, *Locuras humanas...*

reotipos sociales desfavorables. Afloraban, por tanto, las críticas a la distinción social, a la fastuosidad, a la apariencia, al lujo innecesario, a la respetabilidad de profesiones públicas como, por ejemplo, la de juez que gestionaba la ingeniería del abuso, o la de banquero que se aprovechaba del tonto, del trabajador inmigrante y poco inteligente. También brotaban en su narrativa las diatribas a determinadas formas de ascenso social en la Argentina de entre siglos, como por ejemplo, la de hacerse maestro. Según la pluma de López de Gomara, el “normalismo”, o sea la carrera profesional para un maestro de la enseñanza pública y/o privada oficial, no servía para educar. Era, según contaba, una meta fácil que producía antagonismos, discriminaciones y desprestigios. De hecho, decía, limitaba las posibles aspiraciones porque se basaba en la supuesta superioridad del maestro sobre el comerciante y el obrero (generalmente de origen inmigrante). Destripaba así el estereotipo que provocaba reveses personales y sociales. Esto es, el de la supuesta superioridad de “el lucido nacional” frente al otro, el extranjero, que funcionaba para marcar la distancia social en un contexto de inmigración. Si los hombres marcaban la distinción admitiendo o no a los advenedizos en los ámbitos de sociabilidad o en los negocios de la política para administrar la legitimidad de un Estado liberal que quería ser democrático, las mujeres también presumían de la distancia social. Como, por ejemplo, algunas protagonistas de sus cuentos que eran maestras y que, como tales, marcaban la distancia frente a la mujer vulgar (madre y esposa) abrumando a los hijos y al presupuesto familiar, practicando el pedantismo y la arrogancia, buscando los favores para acceder al empleo público y a las ventajas de un Estado protector aun a costa de deshonorarse y desinteresarse por el ejercicio de una buena docencia³¹⁵. Y es que esos estereotipos hacia el mundo femenino hay que explicarlos a la luz de las transformaciones del mercado de trabajo porteño para una sociedad de masas. Desde comienzos del siglo XX, la expansión de la administración pública y de las empresas privadas había destensado la rigidez de la división de género en el mundo laboral urbano y se generaron nuevas oportunidades en las ocupaciones femeninas no manuales como oficinistas, telefonistas, maestras y enfermeras. Sin embargo, tales puestos fueron ocupados en su mayoría por las mujeres argentinas con un mayor nivel de educación en la que se incluían las hijas de inmigrantes españoles mientras que las mujeres de origen inmigrante se empleaban en su mayoría en el servicio doméstico³¹⁶.

315. Para las críticas a la distinción social, a los favores para el acceso al empleo público y a la presuntuosidad de la distancia social y cultural, J. López de Gomara, “La mala fama” y “Damas profesionales”, ambos cuentos en *De ambas orillas...*, pp. 157-163 y 127-140.

316. En la distribución ocupacional de las mujeres españolas inmigrantes en tareas remuneradas en Buenos Aires, el servicio doméstico era de un 46,6% en 1855; 64,6% en 1869 y 56,3% en 1894-1910. Por su parte, el de maestras y enfermeras se mantuvo con pocas variaciones a lo largo del periodo: 1,0% en 1855, 0,4% en 1869 y 1,1% en 1894-1910. Ver, J. C. Moya, *Cousins and Strangers...*, table 40, p. 247.

Apóstol del nacionalismo

Justo López de Gomara regresó a España tras haber vivido 35 años en la Argentina. Lo hizo a mediados de 1914. Fue con la idea de organizar una edición española de *El Diario Español* con el propósito, imaginaba, de inyectar la voz y la opinión de los emigrantes en la opinión pública española. Quería hacer un periódico, editado en Madrid y destinado tanto a clases cultas como populares, que informara sobre Argentina y España, y exhibiera “el patriotismo laborioso, eficaz, de entusiasmo y fraternidad que un[ía] bajo la bandera de España a sus hijos de la colectividad en América”. Para dar vuelo a la idea no contaba con otros apoyos más que el de algunas personas cercanas al ya octogenario Eugenio Montero Ríos y las promesas de Roque Saénz Peña de activar su españolismo para mover sus relaciones políticas del otro lado del Atlántico³¹⁷. Desembarcó con su familia en Cádiz, pasó por Sevilla y llegó a Madrid. Justo para coincidir con los funerales de Eugenio Montero Ríos que se celebraban en la iglesia de San Francisco El Grande³¹⁸. Y pasaría por Galicia. Los periódicos de Madrid y Galicia informaron sobre la visita del “ilustre periodista” y de “buen gallego” —reinventando así su origen— mientras que la representación del gobierno argentino en España no hizo nada para agasajarlo³¹⁹. López de Gomara no quiso lucirse en Madrid. Rechazó los homenajes ofrecidos por la Asociación de Prensa justificándose en el luto que guardaba honrando la memoria de quien le había asegurado la instrucción durante su niñez y adolescencia³²⁰. Sí aceptó asistir a un banquete fraternal con quienes integran la redacción de *El Diario Español* en Madrid y recorrer los talleres del *ABC* junto con su director, Torcuato Luca de Tena, interesándose por las novedades de las máquinas y de los procedimientos de edición, y dejándose halagar por haber sido un audaz emprendedor en otras tierras y por haber hecho de la prensa de la colectividad una “agencia general y desinteresada de informaciones”³²¹. En Coruña, la Asociación de Prensa organizó su recibimiento a todo lo alto con la presencia en la estación de tren de las fuerzas vivas de la ciudad: el alcalde, el representante de la ciudad en las Cortes, el presidente de la Cámara de Comercio y de los artesanos, representantes de centros de estudio y de la Real Academia Gallega, de clubes deportivos, asociaciones católicas y demás amigos anfitriones. Tanto despliegue, justificaba la prensa local, porque era “uno de los más fervorosos apóstoles del acrecentamiento de las relaciones

317. *EDE*, 1.II.1918.

318. Con todo, la prensa de Madrid no destacó su figura entre los presentes en el acto. Ver, “Funerales por Montero Ríos”, *El Heraldo de Madrid*, 22.V.1914.

319. “El Sr. López de Gomara”, *El Heraldo de Madrid*, 21.V.1914; “Periodista ilustre. El Sr. López de Gomara”, *ABC*, 23 de mayo de 1914, p. 6; “López de Gomara en Madrid”, *La Voz de Galicia* (en adelante, *VG*), 23.V.1914, p. 1; “López de Gomara. Su viaje a La Coruña”, *VG*, 25.V.1914, p. 1; “López de Gomara”, *VG*, 26.V.1914, p. 1.

320. “El Sr. López de Gomara”, *El Heraldo de Madrid*, 8.VI.1914 y “El Sr. López de Gomara”, *VG*, 12.VI.1914, p. 2.

321. “López de Gomara”, *VG*, 26.VI.1914, p. 1 y “Periodistas ilustres. El Sr. López de Gomara”, *ABC*, 29.V.1914.

hispanoamericanas”, “un enamorado de su patria” y un “protector de los gallegos del Plata”³²². El paso de López de Gomara por La Coruña fue fugaz pero con el tiempo suficiente para mostrar lo bien que le había sentado la emigración: paseó en coche por la ciudad, compró billetes de lotería que exhibió públicamente, asistió desde el palco a un partido de *football* y almorzó con los directivos de la Asociación de la Prensa gallega que querían agasajarlo³²³. Sin embargo, sus opiniones sobre los problemas de Galicia con el poder central y su pesimismo sobre la política española las dejó para publicarlos en su diario de Buenos Aires³²⁴.

El estallido de la Primera Guerra Mundial dislocó todos sus planes de buscar apoyos para su nueva empresa periodística. Pasó por San Sebastián y estuvo con miembros de la colonia argentina en la ciudad, expectantes ante los acontecimientos. Dejó sus proyectos de visitar París y Bélgica y adelantó su regreso desde Barcelona³²⁵. Al llegar a Buenos Aires auguró buenos tiempos para la economía española y para las potencialidades de un “mercado étnico” entre las naciones neutrales de una misma raza³²⁶. Y se encontró con que la guerra había dividido a la colectividad entre germanófilos y francófonos; “la guerra civil había estallado” y había que embarcarse en nuevas empresas de patriotismo español en la diáspora migratoria.

López de Gomara apostó por defender la neutralidad de su patria durante la Gran Guerra, una postura que le acercó al conservador Antonio Maura³²⁷. Y también, a Hipólito Yrigoyen, el representante de la Unión Cívica Radical que había salido electo presidente, en 1916, tras la reforma electoral de Roque Sáenz Peña que modernizó el sistema político argentino. El impulso democratizador que había traído la ley de sufragio obligatorio y universal de 1912 había hecho la política argentina visiblemente plebeya. Y López de Gomara creyó oportuno el momento para pedir una vez más derechos políticos para los extranjeros “negados a intervenir en las luchas políticas de las que surgía el gobierno del pueblo”³²⁸. Pero más que derechos, Yrigoyen concedió a la colectividad española de Buenos Aires una vieja aspiración simbólica: decretar el 12 de octubre como fiesta nacional del Día de la Raza. López de Gomara estuvo entre los presentes de las celebraciones oficiales en el Teatro Colón de Buenos Aires y su discurso enalteció el papel de España como “patria de patrias”, “progenitora de naciones”. Porque, decía, había mantenido “la robustez del antiguo imperio por el prestigio de la Corona luego de engendrar a 20 repúblicas”³²⁹.

322. “Nuestro director. Un banquete en Galicia”, *EDE*, 31.VII.1914. También, “Un periodista ilustre. Justo López de Gomara”, *VG*, 28.VI.1914; y “López de Gomara en Galicia, *El Imparcial*, 28.VI.1914.

323. “Un ilustre periodista, Justo López de Gomara”, *VG*, 29.VI.1914, p. 1.

324. “Desde Galicia”, *EDE*, 1 y 2.VIII.1914.

325. “Regreso de López de Gomara”, *EDE*, 4.IX.1914.

326. “Nuestro director de regreso”, *EDE*, 22 y 23.IX.1914.

327. *EDE*, 4.X.1916.

328. *EDE*, 4.VII.1916.

329. *EDE*, 13.X.1917.

Los aires llegados a la Argentina como resultado de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa habían destapado el desafío nacionalista a la democratización. El año 1919 se había iniciado con conflictos sociales en respuesta a la bajada del nivel de vida de los sectores trabajadores que habían comprobado en sus bolsillos, años antes, los buenos efectos económicos de la neutralidad. En respuesta, como también ocurrió en otros escenarios, elites de vieja estirpe —y nuevas resultantes del ascenso social de las clases medias— reaccionaron y formaron un movimiento civil armado que actuó para contener la movilización junto a las fuerzas armadas. En Buenos Aires se había formado la Liga Patriótica Argentina, a cuyo frente estaba un antiguo amigo de López de Gomara: Manuel Carlés; un político conservador que no había encajado bien la democratización del liberalismo. La Liga era un movimiento contrarrevolucionario, con una organización de tipo militar y de acciones violentas en el medio urbano contra los trabajadores —especialmente a los de origen judío—, que reclutaba obreros antihuelgas, jóvenes, docentes, mujeres, industriales de clase media, miembros de la Sociedad Rural Argentina y elites políticas e intelectuales del viejo orden conservador. La organización no aceptaba en sus filas a “los extranjeros inmorales” pero algunas brigadas estuvieron compuestas exclusivamente por extranjeros. La Liga mostró su fuerza entre las masas durante el desfile de las fiestas patrias del 25 de Mayo³³⁰.

A mediados de 1919, las huelgas acabaron afectando a *El Diario Español*. El gremio de los periodistas había paralizado a la prensa porteña y varios trabajadores del periódico de la colectividad habían sido despedidos. Estos últimos habían acudido a los socialistas argentinos para airear el conflicto. Su prensa, *La Vanguardia*, se había hecho eco de sus reivindicaciones y también las de los empleados del Banco Español y del Río de la Plata que por entonces también estaban en huelga. En respuesta, López de Gomara envió una carta al periódico socialista, que éste no publicó, manifestando que las “reivindicaciones obreras se salían de la rectitud y la justicia para extraviarse en los senderos del abuso”. Creía abusivas los reclamos porque, decía, “la casa había subido los sueldos y disminuido las obras de trabajo”. No aceptaba que el gremio quisiese ser patrono y disponer qué se tenía que publicar en el periódico. Y por una “cuestión de honor y dignidad del trabajo periodístico”, se había suspendido el periódico por quince días³³¹. Puede que a López de Gomara no le entusiasmara formar parte de la Liga Patriótica Argentina, pero lo que sí es cierto es que la Sociedad Rural Argentina ofreció sus instalaciones para consagrar los 40 años de su carrera periodística el 2 de mayo de 1920. En el homenaje le acompañaron viejos periodistas y algunos miembros de la clase política local como

330. Sobre la Liga Patriótica Argentina, Sandra McGee Deutsch, *Contrarrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic Ligue*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1986 (edición en español, Universidad de Quilmes editorial, Buenos Aires, 2003) y L. M. Caterina, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte*, Corregidor, Buenos Aires, 1995. También, F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo...*, pp. 128-131.

331. *EDE*, 12.VI.1919.

Marco Avellaneda, que había sido embajador en España durante el gobierno de Yrigoyen; Basilio Cittadini, director de *La Patria degli Italiani* e interlocutor privilegiado de la colectividad italiana con la clase política local; el escritor Belisario Roldán; el que fuera primer diputado socialista en Argentina, Alfredo Palacios; su compatriota Carlos Malagarriga; y el intendente radical de la ciudad de Buenos Aires, Juan José Cantilo. En el acto no faltaron halagos al agasajado por ser “uno de los buenos hijos de España”, “demostración de estímulo y ejemplo” y hombre de “espíritu quijotesco”³³².

Justo López de Gomara murió en Buenos Aires en agosto de 1923. Necrológicas y condolencias inundaron las páginas de su periódico por más de un mes³³³. Su trayectoria fue también recordada en la prensa española. Repasó ésta su biografía exitosa en la emigración desde sus años mozos de estudiante en Madrid e inmortalizó su popularidad entre la colectividad, “la hidalga manera de su españolismo”, su “temperamento audaz”, “su independencia intelectual libérrima”, “su pluma ágil” “su útil, incansable y fecunda labor del hispanoargentinitismo”³³⁴. Su memoria fue rescatada para el santuario de los buenos españoles en la Argentina; para los discursos nacionalistas antiliberales, tradicionalistas y nostálgicos que en los años treinta también buscaban las herencias culturales españolas en el medio local y actualizaban los discursos hispanistas³³⁵. Asimismo, su evocación fue redimida en un intento de unir a una colectividad por entonces dividida y encauzar las soflamas de la Hispanidad como herramienta de acción internacional del bando triunfante de la Guerra Civil Española³³⁶. De ese modo, en 1939, *El Diario Español* evocó su recuerdo como “maestro de periodistas”, “español de carta cabal y profundo admirador de la patria adoptiva, pero sobre todo porque “h[abía hecho] de la hispanidad un culto”. Entonces, se apelaba a su memoria para activar el patriotismo español entre la colectividad en nombre de un hispanoamericanismo de sesgo conservador, católico y paternalista sobre el que se iba a construir la acción exterior de la dictadura franquista. Y Justo de Gomara fue recordado como “un orientador de primera fila que supo señalar a tiempo los caminos por recorrer, rescatando para España antiguos privilegios y la consideración de propios y extraños [...] era un hombre que inspiraba optimismo y confianza”³³⁷. Aún en 1944, el que había sido su periódico conmemoraba su trayectoria como modelo para construir lazos cultu-

332. *EDE*, 4.V.1920. Adhesiones en los días siguientes.

333. *EDE*, 12 y 13.VIII.1923 y 6, 7, 11, 12, 18 y 20.IX.1923.

334. “Muerte de D. Justo López de Gomara”, *El Heraldo de Madrid*, 11.VIII.1923; “Muerte de D. Justo de Gomara”, *El Imparcial*, Madrid, 14.VIII.1923, p. 1 y “Fallecimiento del señor López de Gomara”, *ABC*, 14.VIII.1923.

335. Al respecto, por clásico, Enrique Zuleta Álvarez, *Los nacionalistas*, La Bastilla, Buenos Aires, 1975, t. 1, pp. 35-41.

336. Al respecto, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio del Papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, CSIC, Madrid, 1992 y Rosa Pardo Sanz, *Con Franco hacia el Imperio. La política exterior española en América Latina, 1939-1945*, UNED, Madrid, 1995.

337. *EDE*, 11.VIII.1939.

rales y políticos entre Argentina y España³³⁸. Había pasado a ser un apóstol para el nacionalismo antiliberal argentino y español. Y, también, para los resultados de las relaciones entre ambos.

338. Por entonces, se lo recordó como un “luchador incansable, favorable al prestigio de hombre español en Argentina, maestro y guía de pasos”, *EDE*, 13.VIII.1944.



Capítulo IV

Antonio Atienza y Medrano: institucionista en otras tierras.

Marcela García Sebastiani
Universidad Complutense de Madrid

Herencias llevadas (o traídas)

Antonio Atienza y Medrano había nacido en Cuevas de la Vera, provincia de Almería en 1852³³⁹. En la ciudad de Almería había estudiado el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza. Allí se pondría en contacto con la *intelligentsia* de clase media y baja que, como en otras capitales de provincia del sur de España, reivindicaron los principios republicanos federales o unitarios y la tradición revolucionaria ante lo que parecía el fracaso de la monarquía constitucional diseñada para el Estado liberal desde hacía cerca de un cuarto de siglo. Fundado en 1845, en aquel Instituto habían estudiado otras personalidades del republicanismo moderado español como Nicolás Salmerón y Rafael María de Labra, y toda una serie de jóvenes almerienses que desarrollaron profesiones liberales y/o ocuparon puestos en la administración local y provincial. Y es que sus profesores habían sido pioneros para el impulso y la socialización del republicanismo democrático de la ciudad y de sus áreas de influencia³⁴⁰.

339. Como primer ensayo biográfico sobre Antonio Atienza y Medrano y como parte de una recopilación de historias de vida de algunos miembros de la elite de españoles que vivían en la Argentina, Hugo Biagini. *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París americano en las postrimerías del siglo XIX*, CSIC, Sevilla, 1993, pp. 281-291. También, del mismo autor, *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, CEAL, Buenos Aires, 1995, pp. 153-160. Otros datos biográficos sobre él en *El Diario Español* (en adelante, *EDE*), Buenos Aires, 17.VI.1906; en *España*, Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 55, 9.IX.1906 y 156, 16.IX.1906; Rafael Calzada, *Cincuenta años en América. Notas autobiográficas*, Volumen II (*Obras Completas*, Tomo V), Libr. Y Casa Editora Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1927, pp. 254-255 y en Vicente Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico-argentino (1750-1930)*, Ed. Elche, Buenos Aires, 1968-78, tomo I, pp. 261-262. Como antecedente de esta reconstrucción biográfica, Marcela García Sebastiani, "Influencia y proyección del pensamiento del republicanismo de Nicolás Salmerón en la Argentina", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 43 (2006), pp. 275-300.

340. Entre ellos, Santiago Capella, Gaspar Molina Capel (cuñado de N. Salmerón), Antonio González Garbín y Francisco Arias de la Reina). Para una perspectiva de conjunto sobre el republicanismo en Almería en el siglo XIX, Fernando Martínez López, *Los republicanos en la política almeriense del siglo XIX*, Servicio de Publicaciones de la Fundación Unicaja,

Atienza y Medrano recaló en Madrid en 1868 siguiendo a los entusiastas revolucionarios, civiles y militares, que creían en la posibilidad de un cambio pacífico hacia la democracia sin monarquía³⁴¹. Pasados los momentos fugaces del movimiento político y la elección de representantes para las Cortes Constituyentes de 1869 que acabó colocando a Amadeo de Saboya como rey de España, Atienza y Medrano se matriculó para estudiar las carreras de Humanidades y de Derecho. La primera no la completó y se graduó en 1873 de Derecho Civil y Canónico por la Universidad Central de Madrid.

Desde su etapa de estudiante universitario, y contagiado del ánimo republicano que había desatado la Revolución de septiembre de 1868, se vinculó al grupo de jóvenes identificados con las ideas y prácticas políticas de otro almeriense en Madrid, Nicolás Salmerón. Más de treinta años después y tras pasar su experiencia migratoria en Buenos Aires, Atienza y Medrano se reconocía como discípulo del profesor de Metafísica de la Universidad Central de Madrid y uno de los patriarcas del republicanismo. Ya maduro, diría que a Salmerón le deb[ía] la disciplina intelectual... y el haber aprendido a estimar a los hombres no por lo que saben sino con la fidelidad con que se traducen en sus acciones las ideas que profesan³⁴². De hecho, como estímulo por su lealtad y apoyo a la causa republicana, cuando Nicolás Salmerón y su hermano Francisco fueron designados ministros para el gabinete del primer gobierno republicano de España a comienzos de 1873, el de Estanislao Figueras, se le confió a Atienza y Medrano un puesto en la escala jerárquica de la sección de Gracia y Justicia del Ministerio de Ultramar. Se desempeñó en él a pesar de la inestabilidad de los gobiernos republicanos hasta que el golpe de Estado del general Pavía, en enero de 1874, terminó con el breve cambio de régimen político en la España del siglo XIX. Nicolás Salmerón también había introducido a Atienza y Medrano en el mundo docente de Madrid. Éste enseñó latín en el Colegio Internacional, dirigido por el propio Salmerón cuando, tras la restauración monárquica, corrieron malos tiempos para la libre enseñanza en su cátedra de la Universidad Central de Madrid. Hizo Salmerón de aquella institución uno de los precedentes de la Institución Libre de Enseñanza fundada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos³⁴³. Atienza y Medrano, por tanto, formó parte de los inicios de aquel proyecto modernizador para la sociedad española. Perteneció al núcleo original de republicanos institucionistas; aquellos que casaron bien con el liberalismo progresista y creyeron en la educación como elemento de regeneración del país y como el estímulo para la emancipación social. Allí comenzó a

Málaga, 2006. Para los inicios del republicanismo, Demetrio Castro, "Orígenes y primeras etapas del republicanismo en España", en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 33-85.

341. Como estudio del proceso, Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal*, Marcial Pons, Madrid, 2000.

342. A. Atienza y Medrano, "Manifestaciones políticas", "Mi maestro de griego", *España*, 14, 9-X-1903, p. 7.

343. Al respecto, Vicente Cacho Viú, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1962, pp. 134-179.

empaparse de las más avanzadas teorías pedagógicas y científicas del entorno europeo atendiendo a los principios krausistas que propiciaban la abnegación heroica de unos pocos para el desarrollo armónico, solidario y laico de la actividad humana. Se estrenó con una nota publicada sobre la relación existente entre moral, derecho y religión en 1877, en uno de los primeros números del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

La restauración de la monarquía española había hecho añicos las esperanzas de los republicanos. Atienza y Medrano siguió el camino de muchos antimonárquicos y emigró a Francia. Y es que, al igual otros republicanos, había comprobado que no era tan fácil expresar la disidencia al régimen restaurado que estaba diseñando el conservador Antonio Cánovas del Castillo. En 1876 el joven profesor almeriense se había lanzado a la polémica en respuesta a unas críticas pronunciadas en una conferencia en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas por un jurisconsulto, Manuel Alonso Martínez, en la que se criticaba a los intelectuales y políticos que se reconocían en el historicismo alemán y en la filosofía krausista³⁴⁴. De aquella polémica Atienza y Medrano no había salido airoso por lo que se sumó a la numerosa colonia de republicanos exiliados en París. En Francia merodeó al reparto de ayudas y trabajos ocasionales que podían salir del bufete de abogado que Nicolás Salmerón había abierto en la capital francesa para atender las consultas de españoles y sudamericanos. Allí también se incorporó a los proyectos para preparar el regreso al poder y el cambio político en contacto con exiliados de otros países y como espectador de un horizonte político democrático-liberal que acabó de modelar al pensamiento republicano progresista y moderado.

Como otros republicanos emigrados en Francia, Atienza y Medrano fue testigo del afianzamiento de la empresa institucional de la Tercera República tras la derrota militar frente Prusia. Observó cómo las elites políticas e intelectuales (muchas de ellas historiadores) diseñaban y organizaban la educación laica y la liturgia patriótica para fabricar la identidad nacional de un Estado secular y liberal. O cómo el Estado podía propiciar reformas y solidaridades sociales haciendo política por la vía parlamentaria. En definitiva, vio cómo el sufragio universal podía hacer representar al pueblo en las instituciones de una república unitaria pero con descentralización administrativa de municipios y provincias; cómo el servicio militar obligatorio servía para nacionalizar la diversidad en defensa del mito patriótico; cómo podía avanzar la secularización de un Estado frente a la Iglesia y a los intereses corporativos que frenaban el progreso de la justicia; y cómo el Estado podía repartir los bienes nacionales reorientando sus recursos hacia fines sociales y redistributivos a través de una instrucción laica, obligatoria y

344. Antonio Atienza y Medrano, *El krausismo juzgado por el señor Alonso Martínez (observaciones a un discurso del mismo)*, Imprenta Central, Madrid, 1877, 50 pp. Reproducido en Id., *Estudios políticos*, Establecimiento Tipográfico, Madrid, 1883. Sobre la conferencia criticada, Manuel Alonso Martínez, "Movimiento de las ideas religiosas en Europa. Exposición y crítica del sistema krausista, *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 4, Madrid, 1883, pp. 19-73. Cf. Hugo Biagini, *Intelectuales y políticos españoles...*, p. 282.

gratuita, de la promoción de viviendas para obreros y de la reducción de sus horas de trabajo³⁴⁵.

Como Salmerón y el resto de cohortes republicanas en el exilio, Atienza y Medrano regresó a España cuando, a partir de 1881, el gobierno fusionista del liberal Práxedes Sagasta distendió las limitaciones al republicanismo. Desde 1883 Atienza y Medrano fue profesor de Lengua y Literatura española en la Institución Libre de Enseñanza y comenzó a trabajar en el bufete que Salmerón había abierto en Madrid tras regresar de París en 1884. El bagaje de enseñanzas recibidas por los republicanos en el exilio había que organizarlo, dotarlo de una estructura, de medios y de apoyos. Así, Atienza y Medrano se inició en el periodismo para informar y difundir principios políticos al servicio de un partido político republicano moderado y de centro que había que sacar adelante. Y es que por entonces la prensa republicana había logrado reconstruirse de las limitaciones a la libre expresión que había impuesto Cánovas del Castillo en los primeros tiempos de la Restauración, por un lado, y de las dificultades derivadas del proceso de fragmentación y enfrentamiento de las distintas corrientes del partido que poco habían facilitado el afianzamiento del periodismo republicano. En Madrid, capitales de provincia y núcleos de población con base social republicana, la prensa ocupó un lugar relevante para desvelar las orientaciones que fueron conformando a las diferentes tendencias del republicanismo. Atienza y Medrano puso pluma a artículos e informaciones de periódicos republicanos y liberales como *La República*, *La Propaganda*, *El Demócrata* y *El Liberal*. Participó así de los medios de difusión, instrumentos de formación y ámbitos de sociabilidad que generó una de las corrientes de la cultura política republicana. Reprodujo su defensa a los seguidores de la filosofía krausista que había hecho pública en 1876³⁴⁶. Y, en medio de la esperanza republicana que había despertado la desaparición física del rey Alfonso XII y el comienzo de una Regencia que iba para largo y necesitaría de fuertes apoyos políticos, en 1886, fue propuesto por Salmerón para reemplazarle como candidato en las listas de una frágil coalición electoral de republicanos para las elecciones a Cortes por una de las circunscripciones de Almería. Sin embargo, Atienza y Medrano no salió elegido. Tampoco eran muchas las esperanzas de que triunfase frente a los candidatos de los partidos monárquicos. Los republicanos de Almería querían “probar[...] a todos que

345. Muchas de estas ideas estaban contenidas en el Manifiesto de septiembre de 1876 que dio a conocer el entendimiento entre los republicanos de Salmerón y de Ruiz Zorrilla para dotar de ideas a un Partido Republicano Reformista. Sobre el exilio, Fernando Martínez López, “Las enseñanzas del exilio. Nicolás Salmerón en París (1876-1885)” en F. Martínez López (ed.), *Nicolás Salmerón y el republicanismo parlamentario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 97-118. También, para una perspectiva general, Eduardo González Calleja, “A un lado y otro de la frontera: los exilios republicanos de la Restauración”, en J. L. Casas Sánchez y F. Durán Alcalá (coords.), *Los exilios en España (siglos XIX y XX)*, III Congreso sobre republicanismo. Patronato Niceto Alcalá-Zamora Torres, Priego de Córdoba, 2005, vol. I, pp. 27-82, y su capítulo “Republicanos” en Jordi Canal (ed.), *Los éxodos políticos en la historia de España, siglos XV-XX*, Silex, Madrid, 2007, pp. 191-214.

346. Para la reproducción de su defensa, Antonio Atienza y Medrano, *Estudios políticos*, Establecimiento Tipográfico, Madrid, 1883.

al menos ha[bía] una parte sana del país que no admit[ía] candidatura alguna impuesta por los caciques³⁴⁷. Atienza y Medrano hizo campaña electoral en la ciudad de Almería y se sumó al despliegue propagandístico en torno a su candidatura; reactivó el republicanismo en la región. Acudió a mítines que no se celebraban en la ciudad desde 1873 y habló contra el caciquismo, de la esperanza republicana y de lograr acuerdos con los liberales hostiles a los conservadores³⁴⁸. Pero las de 1886 habían sido elecciones sólo con “cierta limpieza” y en el “censo faltaban electores a centenares”; había quedado en último lugar tras los candidatos liberales y conservadores. La de Atienza y Medrano había sido una derrota que sabía a triunfo moral, decía la prensa local, porque había relanzado la actividad republicana en Almería³⁴⁹. Además, su aceptación de la candidatura por Almería había dejado a Nicolás Salmerón con mayores posibilidades para entrar en las Cortes. De hecho, tras las elecciones de 1886, habían retornado a la tribuna parlamentaria hombres fuertes del republicanismo como Salmerón, Gumersindo de Azcárate y Francisco Pi y Margall.

Tras la derrota electoral, Atienza y Medrano demostró una vez más su lealtad a Salmerón en la asamblea republicana de 1887 que no logró unir a las distintas familias de la opción política al turno monárquico, y aceptó en 1888 la dirección del periódico *La Justicia*. Atienza y Medrano resultó ser el más veterano de unos jóvenes que se declaraban a favor de la regeneración de España y de una acción política para el republicanismo por la vía legalista, democrática y parlamentaria. Ese grupo de abogados, periodistas e intelectuales vinculados a la prensa republicana de Salmerón fue un germen más del institucionismo español. Además de Atienza y Medrano, en *La Justicia* aportaron ideas otros krausoinstitucionistas como Urbano González Serrano, Leopoldo Alas (Clarín), Mariano de Cavia, Gumersindo de Azcárate, Antonio Machado y Álvarez, Antonio Valbuena, Hermenegildo Giner, Alfredo Calderón y Rafael Altamira. Con estos dos últimos, Atienza y Medrano trabó una especial relación de amistad y de respeto profesional que perduró hasta el final de sus días y que fue el origen de posteriores iniciativas de reforma educativa y de intercambio científico impulsadas por el Estado argentino en los comienzos del siglo XX³⁵⁰.

¿Qué significaba en la vida política española, ya entrados los años ochenta del siglo XIX, ser parte de la familia de republicanos fieles a Nicolás Salmerón? En sí, la búsqueda de una posición de centro dentro del republicanismo español para actuar dentro

347. *La Crónica Meridional*, 11.II.1886. Cf. F. Martínez López, *Los republicanos...*, p. 179.

348. *La Crónica Meridional*, 16.II.1886. Cf. *Ibid.*

349. Los resultados totales habían dejado las siguientes cifras: 1º candidato (liberal), 1.957 votos del total de la circunscripción y de ellos, 274 urbanos; 2º candidato (liberal), 1900 y 285; 3º candidato (conservador), 1.465 y 228; 4º candidato, Arcadio Roda (conservador), 981 y 195; finalmente, el 5º candidato (Atienza y Medrano), 814 y 209 respectivamente. *La Crónica Meridional*, 6 y 7.IV.1886, Cf. F. Martínez López, *Los republicanos...*, pp. 182-184.

350. Sobre la prensa republicana, Manuel Suárez Cortina, *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pp. 61-89 y 81-82. Sobre la amistad de Atienza y Medrano con Rafael Altamira, “La Asociación Patriótica en España”, *España*, 17, 2-XI- 1903, pp. 1-2.

de los marcos legales de la política del régimen monárquico restaurado; posición que lograría completarse hacia finales del siglo XIX. Y es que dentro de la corriente política del republicanismo español por entonces se perfilaron diversas tendencias, no siempre nítidas y estables, pero que se correspondían con visiones de mundo de herencia romántica y con el alto grado de personalismo de sus dirigentes más sobresalientes; los más, ex presidentes del primer ensayo republicano en España. En todas, sin embargo, cabían nociones en torno al moralismo, la racionalización de la vida política e intelectual, el laicismo, el asociacionismo, el civismo, el interclasismo, la democratización y la tolerancia a la disidencia. Es difícil, por tanto, hacer un repaso histórico del republicanismo como una única línea de pensamiento, de movimiento, de organización, de cultura política y de proyecto nacional³⁵¹. No obstante y en general, los historiadores del republicanismo español coinciden en demarcar tres tendencias o corrientes. Por un lado, la “posibilista” representada por Emilio Castelar hasta su muerte en 1899. Ofrecía ésta una opción de orden compatible con el conservadurismo para el éxito del ideal republicano. A medio camino entre el liberalismo y la democracia, apostaba por la libertad de expresión y por reformas favorables a los derechos cívicos de un ciudadano al que el Estado debía formar para hacerlo responsable de los asuntos nacionales. Por otro, la “jacobina” o de un radicalismo democrático popular de raíz “russeuniana” y romántica que unía a los republicanos unitarios cercanos a la izquierda progresista de Manuel Ruiz Zorrilla y a los federalistas encabezados por Pi y Margall. Estas dos últimas opciones representaban el antagonismo al poder monárquico. Los primeros, con un proyecto de república unitaria, hacían uso de la mística y de prácticas de insurrección cívico-militar al tiempo que esgrimían programas socializantes. Los segundos, con un proyecto de Estado federal para acomodar las diferencias nacionales, oscilaban entre la inhibición y la participación electoral, y divulgaban tibias propuestas de reformas sociales. Entre los “posibilistas” y los “jacobinos”, los republicanos de Salmerón pertenecían a una corriente intermedia del “institucionismo”. A distancia del componente pequeño burgués y plebeyo de un significativo sector del republicanismo, el grupo de profesores, abogados, publicistas y demás personal de una incipiente clase media que giraba en torno a Salmerón, pensaba en cómo hacer política e institucionalizar en España las reformas para conciliar liberalismo con democracia, laicismo y avenencia social. El proyecto de Salmerón y de su grupo se fundió en el Partido Republicano Centralista. Formado en 1891, el nuevo partido repu-

351. Para la compleja naturaleza del republicanismo español, ver fundamentalmente, Andrés de Blas Guerrero, *Tradición republicana y nacionalismo español (1876-1930)*, Tecnos, Madrid, 1991; José Álvarez Junco, “Los ‘amantes de la libertad’: la cultura republicana española a principios del siglo XX” y Antonio Robles Egea, “Republicanismo y horizonte europeo”, ambos en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza, Madrid 1994, pp. 265-292 y 293-312; José Álvarez Junco, *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza Editorial, Madrid, 1990; Octavio Ruiz Manjón Cabeza, “La cultura política del republicanismo español”, en *Historia de España Menéndez Pidal. XXXVI. La época de la Restauración (1875-1902). Vol II: Civilización y Cultura*, Espasa Calpe, Madrid, 2002, pp. 177-196; José A. Piqueras y Manuel Chust, (comps.), *Republicanos y repúblicas en España*, Siglo XXI, Madrid 1996; Ángel Duarte, “La esperanza republicana”, en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (comps.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 169-199; y Manuel Suárez Cortina, *El gorro frigio...*

blicano defendió los procedimientos legales para hacer política intentando armonizar el radicalismo sin dejar de ser pragmático. A él pertenecieron viejos colaboradores de la prensa republicana a los que se sumaron, entre otros, Rafael María de Labra, Melquíades Álvarez y Adolfo Posada. Éste último y Rafael Altamira fueron los profesores universitarios vinculados al republicanismo que se implicaron especialmente en el estudio de las teorías y de los ensayos puestos en práctica de las reformas en el entorno europeo³⁵².

El republicanismo de Salmerón se había acomodado mejor que el resto de las corrientes de aquella tendencia política a las nuevas circunstancias tras el fracaso de la experiencia republicana en España de los años 1873 y 1874. Había logrado encauzarse en la vida parlamentaria de la monarquía restaurada defendiendo como principios la libertad individual, la opción constitucionalista, la incorporación de las masas a la vida política, la reforma social y educativa, la separación de la Iglesia y el Estado, la convivencia pacífica en una nación con representantes para un Estado liberal con posibilidades de ser también democrático. Para la proyección social de sus formulaciones y acciones políticas, el republicanismo de Salmerón desplegó los principios de la filosofía idealista del krausismo que tanto había calado entre los intelectuales y políticos liberales en la España de finales del siglo XIX. Los republicanos moderados, por ejemplo, rechazaban el liberalismo doctrinario y la democracia directa pero aceptaban la representativa; defendían la secularización sin ser ateos; apostaban por la armonía entre los sectores sociales sin renunciar a pensar y ensayar reformas; creían en la legalidad de un Estado de Derecho, en la unidad nacional, y en un proyecto cívico y político en el que la ciencia y la educación debían tener un papel fundamental en clave de regeneración de la España de entre siglos. Desde la esfera pública y desde la tribuna parlamentaria, Salmerón contribuyó a forjar una tradición que selló identidad al reformismo republicano y, en la primera década del siglo XX, derivó en la formación de un primer partido de intelectuales liberales y demócratas en España³⁵³.

El recorrido vital de Atienza y Medrano no transitó, sin embargo, por la misma deriva de aquel institucionismo. A comienzos de 1889 emigró a la Argentina con toda su familia. Allí permaneció hasta su muerte, en 1906. Cuando emigró ya era un profesional formado (tenía 37 años) que vivía en Madrid de la docencia y del periodismo pero con limitadas expectativas de promoción social dentro de las fraccionadas filas del republi-

352. Para el grupo de los institucionistas y de la cultura política del republicanismo reformista, ver los estudios de Manuel Suárez Cortina, *El gorro frigio...*. Para Rafael Altamira y el Partido Republicano Centralista, Carolyn Boyd, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Ediciones Pomares, Granada, 2000, capítulo 5.

353. Para un perfil del pensamiento político de Nicolás Salmerón, Fernando Martínez López, "Nicolás Salmerón y Alonso. Entre la revolución y la política", en Javier Moreno Luzón (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Taurus-Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2005, pp. 129-160. Como otras contribuciones, los trabajos reunidos en F. Martínez López (ed.), *Nicolás Salmerón...* y Carlos Dardé, "Biografía política de Nicolás Salmerón (1880-1890)", en P. Piqueras y M. Chust, *Republicanos y repúblicas...*, pp. 136-161. Como antecedente del futuro Partido Reformista, Manuel Suárez Cortina, *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Alianza, Madrid, 1986.

canismo. En un territorio con registros culturales cercanos al otro lado del Atlántico se sumó a un puñado de jóvenes individuos que proyectaron ideas y prácticas del republicanismo español en la Argentina de entre siglos³⁵⁴. En la próspera república latinoamericana de entonces, uno de los discípulos de Nicolás Salmerón desplegó en acciones y en proyectos varias de las formulaciones del reformismo republicano e institucionista. Y, a la postre, generó vínculos políticos y culturales entre España y Argentina.

Educador, reformista y periodista

En Buenos Aires Antonio Atienza y Medrano se encontró con otros compatriotas que, desde años antes, aspiraban al ascenso social a partir de la emigración. Era el caso, entre muchos, de Rafael Calzada. O de Justo López de Gomara. Otros, en cambio, eran contemporáneos a él como Carlos Malagarriga. En su juventud, todos ellos habían sido alumnos de Derecho, hombres cercanos y colaboradores de despacho o de las diversas empresas periodísticas de los primates del republicanismo español. Todos ellos, también, habían relegado el retorno inmediato a España ante las oportunidades de movilidad social que ofrecía el desarrollo económico argentino en el último tramo del siglo XIX. Al igual que aquéllos, Atienza y Medrano había llegado poco antes del periodo de inmigración masiva de los españoles a la Argentina que se iniciaría a partir de 1890 y concluiría hacia 1930³⁵⁵. En su haber traía un patrimonio de principios éticos para hacer política, experiencia en la enseñanza, una pluma ágil para el periodismo y algunas cartas de republicanos y liberales españoles a medio camino entre la vida política y la académica. Las herencias llevadas facilitaron su desarrollo profesional en la Argentina y su incorporación al grupo de notables y respetables españoles en Buenos Aires. En el nuevo país enseñó a alumnos, instruyó a maestros en valores éticos para una educación pública, e informó y opinó como periodista. Finalmente, formó parte del conjunto de españoles que, desde la diáspora migratoria, gestionó los símbolos y los recursos para el colectivo migratorio a partir del control, en su caso, de las instituciones benéficas, de socorro mutuo, de entidades financieras y de ahorro, de sociedades recreativas, patrióticas, instructivas y de la prensa de la colectividad. El objetivo no era otro que el de facilitar la integración y el reconocimiento en la nueva sociedad.

354. Para una perspectiva muy general sobre las emigraciones políticas de republicanos en la Argentina, Daniel Rivadulla, J. Raúl Navarro y María Teresa Berrueto, *El exilio español en América en el siglo XIX*, Fundación Mapfre, Madrid, 1992.

355. Durante la década 1880-1890 se produjo la primera gran oleada migratoria de italianos y españoles a la Argentina. Según datos del censo nacional de 1895, de los 4.000.000 de habitantes del país, el 25% del total era de origen inmigrante (un 12% de italianos y un 5% de españoles). A partir de 1890, tras la crisis financiera, se inició la segunda fase de inmigración masiva que se extendió -en general y salvo las interrupciones durante los años de la Primera Guerra Mundial- hasta 1930. Según el censo nacional de 1914, del total de los 7.900.000 habitantes, el 30% era de origen extranjero (un 10,5 % de españoles). Para más detalles sobre datos y fases, Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, capítulo 6.

Con recomendaciones de “periodista distinguido” y con estilo de “escritor castizo”, Atienza y Medrano se estrenó en el periodismo de Buenos Aires dirigiendo la *Ilustración Española y Americana*, publicación en la que se reprodujeron trabajos de las mejores plumas del krausismo hispano en la prensa española. Poco tiempo después empezó a colaborar para *La Prensa*, el periódico fundado por José C. Paz en 1869 y que por entonces estaba en plena expansión. Había entrado a uno de los sitios más acreditados de reclutamiento de plumas eficaces, útiles y pulcras que no exigían grandes remuneraciones pero que podían satisfacer las aspiraciones truncadas de personalidades marginadas.

Desde los comienzos de su llegada a Buenos Aires, Atienza y Medrano vivió no sólo del periodismo. Fue docente y participó de la puesta en funcionamiento de la educación pública y laica; uno de los proyectos políticos más firmes del Estado liberal argentino para asegurar la igualdad de derechos y nacionalizar colectivos heterogéneos como resultado de la inmigración. De hecho, en julio de 1889 fue nombrado profesor de lengua y literatura española en el Colegio Nacional de Buenos Aires en reemplazo de Tomás Cullen que había renunciado al cargo. No fue el único español que enseñó en aquel centro. Ricardo Monner Sans, catalán de origen y defensor de la monarquía, también impartió docencia en una institución en la que se formaban las elites porteñas —o los hijos de inmigrantes que aspiraban al ascenso social— antes de entrar en las Facultades de Derecho o Medicina³⁵⁶. Atienza y Medrano permaneció como docente en aquel centro público de enseñanza media hasta finales de 1898. Como resultado de aquella experiencia publicó *Lecciones del idioma castellano*³⁵⁷. Y puso así, de momento, su parecer profesional en medio de un debate político e intelectual sobre el idioma nacional y los métodos de enseñanza del “castellano”. Un debate que comenzó a aflorar como muestra de las preocupaciones de la elite letrada por afirmar un nacionalismo cultural, con tradiciones y herencias, ante la percepción de amenaza por la llegada masiva de inmigrantes³⁵⁸.

Atienza y Medrano contribuyó asimismo a modelar valores para hacer de la educación pública argentina una vía de redención y movilidad social y, por tanto, un vehículo para democratizar e igualar diferencias culturales. Desplegó su experiencia institucionista en la

356. Ricardo Monner Sans había ejercido como ministro en Hawai durante un tiempo del reinado de Alfonso XII. Volvió a Barcelona tras 25 años de emigración. Sobre él, Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte, “El límite jurisdiccional de la corporación académica: Ricard Monner Sans y los debates entre usos y leyes de la lengua argentina”, en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XLVIII (2001-2002), pp. 401-465. También, algunos datos sobre su biografía en *Mercurio*, Barcelona, 193, 9.I.1914.

357. Antonio Atienza y Medrano, *Lecciones del idioma castellano: sintaxis, ortología y ortografía*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1896.

358. Sobre la polémica, Ernesto Quesada, *El problema del idioma nacional*, Buenos Aires, 1900. También, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, V.1900. Y, Carl Solberg, *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*, Texas University Press, Austin, 1970, pp. 139-140; recogido en Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, pp. 23-26 y en Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo: 1880-1990. Derivas de una cultura científica*, FCE, Buenos Aires, 2000, p. 224.

emigración para el afanoso proyecto de homogenización cultural desde el Estado. Desde su llegada, y hasta 1896, escribió para *El Monitor de Educación Común*, la publicación oficial del Consejo Nacional de Educación. Fue aquél un instrumento útil para formar docentes y difundir las políticas públicas en materia educativa. Y es que Atienza y Medrano había llegado en un momento en que el Estado argentino estaba estudiando y ensayando cómo poner en práctica el sistema educativo nacional para hacer realidad la ley 1.420 que, sancionada en 1884, garantizaba una educación primaria laica, pública y gratuita³⁵⁹. Colaboró con la gestión al frente del Consejo entre 1884 y 1895 de Benjamín Zorrilla, años antes de que Joaquín V. González fuera vocal del mismo. En 1893, el almeriense reunió sus trabajos publicados en *El Monitor de Educación Común* en un libro titulado *La escuela argentina y su influencia social*. El propio Zorrilla, quien prologó la obra, destacó de Atienza y Medrano “su espíritu joven”, su “sólida preparación intelectual”, su “espíritu de observación” y sus “excelentes dotes literarias”³⁶⁰. Los trabajos de Atienza allí reunidos sintetizaban su filosofía krausista, su propuesta optimista de armonizar un proyecto político a través de la educación pública. Aportó orientaciones morales y exigencias éticas para un proyecto institucional liberal, modernizador, democratizador y nacionalizador para ofrecer a los individuos igualdad de oportunidades en una sociedad con aspiraciones de progreso y con diferencias culturales como resultado de la inmigración. La escuela de la Argentina cosmopolita, decía, “de[bía] reflejar ... los caracteres del espíritu nacional ... mediante la asimilación ... genera[ndo] valores en generaciones venideras para que no cayeran en la riqueza fácil, sino con trabajo y con esfuerzo, con hábitos de laboriosidad ...”³⁶¹. La escuela debía homogenizar diferencias culturales, formar ciudadanos y tener una función social. La enseñanza del idioma español, del pasado nacional y de valores cívicos, de semejanza y de pluralidad a los obreros y a los sectores sociales más desprotegidos era la clave para la regeneración nacional, la emancipación social y la dignificación personal. Y es que, como institucionista, a Atienza y Medrano le preocupaba la fuerza política de las masas inconscientes y la posible degeneración en tendencias anarquistas³⁶². Por eso, decía, había que reforzar la educación obligatoria y primaria con otras medidas como colonias de vacaciones para los hijos de los trabajadores, escuelas para adultos, la instalación de salas de lectura, bibliotecas, orfeones, gimnasios y sociedades cooperativas. Como buen institucionista, creía que la batalla había que darla en la educación y, para eso, el maes-

359. Para el debate sobre la ley 1.420, Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, III, Ariel Historia, Buenos Aires, 1997, pp. 32-35 y 202-212. También, Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo, Buenos Aires, 2000, pp. 341-353.

360. Antonio Atienza y Medrano, *La Escuela Argentina y su influencia social*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1893. Los trabajos de Antonio Atienza y Medrano publicados en *El Monitor de Educación Común* pueden consultarse en: <http://www.bnm.me.gov.ar/monitor/monitor.htm>. Benjamín Zorrilla había sido gobernador de Salta entre 1869 y 1871 y fue presidente del Consejo Nacional de Educación Común entre 1884 y 1895, cuando murió.

361. Antonio Atienza y Medrano, *La escuela argentina...*, pp. 16-18.

362. *Ibid.*, p. 66.

tro era la pieza clave para moralizar a los colectivos de la nación e incentivar el progreso social. Según él, el maestro debía ser “un padre de la moralidad”, el que “debía formarse y adaptar nuevos métodos educativos para propiciar la voluntad del alumno para estudiar sin memorizar, para despertarle curiosidad”³⁶³. En definitiva, el maestro debía ser el guía para hacer de la escuela pública un escalón para el ascenso social y el aprendizaje sobre cómo ser ciudadano libre en una sociedad plural. Por eso, el profesorado oficial tenía que ser competente, estar atento a las novedades pedagógicas y tener el estímulo de un poder público responsable pero ajeno a la intervención y a una inspección sobre cosas inútiles. Según Atienza y Medrano, “el ciudadano tenía el derecho a la enseñanza [...] es parte del respeto y de la consagración del derecho del individuo, a quien debe prestar el Estado las condiciones necesarias para el cumplimiento de su destino”; así, “cada escuela que se abr[ía] e[ra] una cárcel que se c[erraba]”³⁶⁴.

Más demócrata-liberal que romántico para inspirar valores morales y cívicos en la reforma educativa, a Atienza y Medrano le costó definir la liturgia patriótica para la educación pública argentina o pensar que la escuela podía ser un vehículo para formar mano de obra educada más que ciudadanos. Recomendó el ejercicio físico para preparar generaciones robustas y la gimnasia obligatoria como instrucción agradable e higiénica para los niños, pero no dio pautas sobre cómo jurar la bandera, organizar la liturgia del culto a los héroes y a los símbolos patrios, o celebrar ceremonias patrióticas. Como extranjero en la Argentina, ofreció todo su potencial de ideas reformadoras para la educación que los republicanos españoles habían impregnado en la Institución Libre de Enseñanza. En ese sentido, Atienza y Medrano contribuyó a la difusión en la Argentina del pensamiento y de las ideas krauso-institucionistas para llevar a cabo reformas políticas, sociales y educativas por vías legales. Sin ser anticlerical o un laicista militante, mostró la modernidad sobre España que podía portar un republicano institucionista en otras tierras. Sin embargo, no encajó en la gestión Consejo Nacional de Educación durante el segundo gobierno de Roca (1898-1904) a cargo de José María Gutiérrez siendo ministros de Justicia e Instrucción Pública Osvaldo Magnasco —hasta 1901— y Joaquín V. González. Y es que, por esas fechas, un nuevo plan de estudios decretado por Magnasco priorizó la enseñanza práctica y técnica en los colegios nacionales. La medida, que incluyó la creación de una Escuela Industrial de la Nación en 1899, generó opinión y debate en el Congreso Nacional pero no fue conciliada. Atienza y Medrano, un ya maduro institucionista en la emigración, se sumó a las críticas a una disposición del Ejecutivo que limitaba, según sus detractores, las posibilidades de ascenso social de los sectores populares al reducirse las opciones de acceso a la educación superior. Otras disposiciones del decreto esgrimían discriminaciones hacia el profesorado extranjero en los centros de educación pública para la enseñanza de historia y geografía de la joven república, aunque las asignaturas de lengua y literatura podían ser impartidas por profesionales españoles³⁶⁵. Tras la puesta en práctica del nuevo plan

363. *Ibíd.*, pp. 48-49.

364. *Ibíd.*, p. 284.

365. Osvaldo Magnasco, hijo de un italiano procedente de Liguria, se había graduado en 1887 en la Facultad de Derecho. En oposición a su proyecto educativo desde el Congreso

de enseñanza, el almeriense dejó de ser profesor en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Con todo, las diferencias de Atienza y Medrano con Magnasco venían desde años antes y hay que enmarcarlas en el clima hispanofóbico como resultado de la petición por parte de la colectividad española en Buenos Aires de suprimir del himno nacional argentino las estrofas ofensivas a España para glorificar las luchas heroicas de la independencia. En 1893, cuando se había organizado la campaña de reproches, Atienza y Medrano figuraba entre los españoles que negociaron la reforma con el Estado argentino. Por su parte, Magnasco, entonces diputado nacional por Entre Ríos y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, encontró adeptos entre algunos estudiantes y se opuso a los cambios en la letra del himno. Entonces, la cuestión no fue zanjada y se reabriría años más tarde³⁶⁶.

Desde 1896, Atienza y Medrano había dejado de colaborar en *El Monitor...* Y, sin dejar el periodismo, se embarcó en nuevos proyectos educativos y culturales que buscaron empatías hacia España entre las elites locales y generaron la exaltación del patriotismo entre el colectivo migratorio español en la Argentina. A partir de sus desencuentros con las derivas de las políticas públicas argentinas sobre la educación, Atienza y Medrano concentró casi todas sus energías como periodista de *La Prensa*, donde regularmente había hecho contribuciones desde su llegada a la Argentina y se había hecho conocer entre su clase política. En “el coloso de la prensa americana, Atienza y Medrano encontr[aría] el ambiente que pudo parecerle idéntico al que le rodeaba en España”³⁶⁷. Hacia comienzos del siglo XX, era aquél el periódico porteño con mayor circulación entre diferentes sectores sociales. Con una tirada cercana a los 100.000 ejemplares, gozaba de prestigio, popularidad y era reconocido internacionalmente como una de las máximas expresiones del periodismo moderno por sus servicios cablegráficos y corresponsalías en todo el mundo. Según Vicente Blasco Ibáñez “*La Prensa* no tenía comparación con otro periódico eu-

se había manifestado Alejandro Carbó en defensa, decía, de una educación democrática. Sobre el debate pedagógico de la época, Adriana Puiggrós, *¿Qué pasó en la educación argentina?*, Galera, Buenos Aires, 2003, pp. 91-107. Sobre aspectos del decreto, también, Carlos Escudé, *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*. Tesis, Buenos Aires, 1990, p. 5. Sobre las diferencias con la política educativa del segundo gobierno de Roca también hizo referencia la representación española en la Argentina, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, H. 2869, Republicanos-Socialistas, 1884-1908. Despacho 107, Legación de España, Buenos Aires, 28.VIII.1903. Cf. Ángel Duarte, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en la Argentina (1875-1910)*, Milenio, Lleida, 1998, p. 52. Agradezco a la secretaria del Colegio Nacional de Buenos Aires la información impresa sobre Atienza y Medrano (mayo de 2007).

366. Sobre la participación de Atienza y Medrano en las negociaciones con el Estado sobre la reforma del himno, Lilia Bertoní, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001, p. 180, nota 28. Sobre la oposición de Magnasco, “Reunión de los españoles” y “El Himno Nacional y los estudiantes de derecho”, *La Prensa*, Buenos Aires, 11 y 14.VII.1893 respectivamente y Congreso Nacional, Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, 10.VII.1893, pp. 221-222 y 251-252. Cf. *Ibid.*, p. 181. Sobre el conflicto por el tema del himno, Ignacio García, “... Y a sus plantas rendido un león”: xenofobia antiespañola en Argentina, 1890-1900”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 39 (1998), pp. 195-221.

367. *EDE*, 17.VII.1906.

ropeo o de New York". En 1898, el propietario de *La Prensa* había apostado por adaptar la información para la sociedad de masas en que se estaba convirtiendo Buenos Aires³⁶⁸. Había inaugurado un soberbio y lujoso edificio principesco en el corazón de Buenos Aires donde los redactores escribían editoriales y noticias, se diseñaba e imprimía el periódico. "La casa de la ciudad", como entonces le llamaban a las instalaciones del matutino, generó un ámbito de sociabilidad para el progresivo cosmopolitismo porteño. En su sede se ofrecían, además, una serie de servicios gratuitos para el público que reflejaban los ideales educativos de los reformadores krausistas. A pie de calle funcionaban "consultorios" médicos, jurídicos y químicos, talleres de escritura, lengua y literatura española y una biblioteca que permanecía abierta hasta media noche y en la que cualquier visitante podía consultar diccionarios y revistas de todo el mundo. A diario acudían al "edificio popular" personas de todo tipo para conseguir informes, trabajo o "algún consejo útil"³⁶⁹.

Atienza y Medrano no sólo fue periodista para *La Prensa*, sino también educador en las orillas del sistema educativo argentino tras haber formado parte de él. De hecho, fue el profesor responsable de impartir las clases de gramática y literatura española para las cátedras de libre enseñanza que se habían creado en el edificio del periódico. Así, mediante esa experiencia laboral en los márgenes de la cultura, Atienza y Medrano acabó plasmando en Buenos Aires iniciativas de Extensión Universitaria, de formación de aulas de educación popular, de instrucción cultural al obrero, a la mujer y a los sectores sociales más desprotegidos. En un ámbito de libertades civiles garantizadas, aun para los extranjeros, proyectó para una sociedad plural las ideas que había aprendido de su maestro, Nicolás Salmerón, y del conjunto de intelectuales y políticos que creían en la legalidad para hacer reformas y evitar el conflicto social. Y es que, hombre de pensamiento krausista, Atienza y Medrano creía que el estímulo del conocimiento y de la educación para una población no exclusivamente universitaria eran elementos de regeneración nacional y un medio para la emancipación social. El modelo educativo para amplios colectivos sociales proyectado por los institucionistas españoles tenía como espejo a las experiencias emprendidas, con éxito, en las Universidades de Oxford y Cambridge. Así lo habían comprobado Francisco Giner de los Ríos y un grupo de discípulos en un viaje que habían hecho a Inglaterra en 1886³⁷⁰. En Buenos Aires, Atienza y Medrano puso en práctica fórmulas de extensión

368. Según el Censo Nacional de 1895, la población total de Argentina era de 4.000.000 (se había prácticamente duplicado en 25 años) y el de 1914, de 7.900.000 de personas. De esos totales vivían en la ciudad de Buenos Aires, cerca de 664.000 y 951.000 respectivamente. Para más detalles sobre las cifras globales y parciales de la inmigración en Argentina, nuevamente F. Devoto, *Historia...*, cap. 6.

369. Sobre el periodismo argentino de la época, Vicente Blasco Ibáñez, *Argentina y sus grandezas*, Madrid, 1911, pp. 408-414; Ema Cibotti, "Del habitante al ciudadano: la condición del ciudadano" en M. Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina Tomo V, Sudamericana, Buenos Aires 2000, pp. 365-408 y Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988, pp. 34-42.

370. Sobre la universidad inglesa como modelo de la "Universidad ideal" para los institucionistas españoles, Adolfo Posada, "Mi Universidad", *Para América desde España*, París 1910, pp. 99-110. Recogido por Francisco Laporta, *Adolfo Posada. Política y sociología*

universitaria que los institucionistas españoles venían ensayando en la Universidad de Oviedo desde 1898 y que más tarde experimentaría la Universidad de La Plata creada en 1905 a iniciativa de Joaquín V. González. Por tanto, no habría que esperar a los viajes a Argentina de Rafael Altamira, en 1909, y de Adolfo Posada, en 1910, y a la conocida experiencia de intercambio universitario entre la Universidad de Oviedo y la Universidad de La Plata para encontrar los registros del encuentro de las experiencias reformistas entre las elites políticas e intelectuales de España y Argentina³⁷¹. El diálogo tenía un recorrido desde tiempo antes. Y sus protagonistas fueron interlocutores marginales o en la sombra de un campo intelectual, cultural y de formación de opinión en el que se correspondían preocupaciones comunes y tradiciones de pensamiento. De éstas últimas participaron españoles que, en la emigración, habían aprendido cómo se podía conjugar republicanism, liberalismo y redención social. Entre ellos, Antonio Atienza y Medrano, a pesar de no ser un hombre de gran visibilidad pública, sino más bien “de carácter austero”, de “vida retraída”, “reservado, introvertido y ajeno a mostrarse en las multitudes” según la necrológica que escribiría Carlos Malagarriga en *El Diario Español* con motivo de su muerte.

Si hay un miembro de la clase política argentina que podría resumir los resultados de la influencia e intermediación de los emigrantes españoles para proyectos políticos y culturales a partir de la empatía por preocupaciones comunes ése es Joaquín V. González. De hecho, este último formó parte del amplio elenco de profesionales que pensaron, decidieron, gestionaron y ensayaron políticas públicas nacionales para el Estado liberal argentino en el tránsito del siglo XIX al XX. En torno a él se conjugaron más o menos malogradas iniciativas de reforma y emprendimientos para sanear la vida política, modernizar las instituciones, evitar el conflicto social, regenerar la educación y construir una tradición moldeadora de una identidad nacional argentina, aprovechando los medios que disponía el Estado y sin desatender los modelos disponibles. No había viajado a Europa o a los Estados Unidos siendo ése un paso clave para la formación de cualquier político argentino de su época, pero sí exhibió públicamente su preocupación e interés por los desarrollos sociales, políticos y científicos del mundo occidental³⁷². Este profesional del Derecho por la Universidad de Córdoba no fue uno de los más conspicuos miembros de la clase política

en la crisis del liberalismo español, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1974, p. 45.

371. Al respecto, Eduardo Zimmermann, “La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino”, en Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España. El Grupo de Oviedo*, Talasa, Madrid, 2000, pp. 66-78. También, Gustavo Prado, “Oviedo y La Plata, 1898-1910: el diálogo del reformismo liberal español y argentino en torno de la problemática hispano-americana”, en Pilar Cagiao y Eduardo Rey Tristán (coords.), *Aproximaciones al americanismo entre 1898 y 1936: proyectos, instituciones y fondos de investigación*, USC, Santiago de Compostela, 2006, pp. 79-118.

372. Para un biografía sobre J. V. González, Darío Roldán, *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, CEAL, Buenos Aires, 1993. Para una imagen de su vida pública, Miguel A. Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Saénz Peña*, Eudeba, Buenos Aires, 1969, pp. 47-77. Sobre González y la Universidad de La Plata, Pablo Buchbinder, *Historia de las Universidades Argentinas*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 81-91.

liberal o de los intelectuales del cambio de siglo. Tampoco su vocación reformista encajaría del todo entre el grupo de saenzpeñistas que hacia finales de la primera década del siglo XX capitalizaron especialmente en el terreno político las propuestas de transformación. Con todo, Joaquín V. González participó en los gobiernos de las presidencias de Julio A. Roca (1898-1904) y de Manuel Quintana (1904-1906). En el primero como ministro del Interior y por pocos meses de Relaciones Exteriores; en el segundo como ministro de Justicia e Instrucción Pública e Interior. Fue el mentor de la efímera ley electoral de 1902, que estableció el régimen de circunscripciones uninominales para garantizar la presencia de las minorías en el Parlamento, y del *proyecto nacional de trabajo* que fracasó tras su discusión parlamentaria en 1904. Pero, también, el gobierno del que Joaquín V. González fue ministro sancionó la *ley de residencia* que facultaba al Poder Ejecutivo la deportación a los extranjeros cuyas conductas comprometían la seguridad nacional y el orden público.

Su carrera política estuvo surcada, además, por sus cargos de gobernador, diputado y senador nacional por La Rioja, su provincia natal, y como miembro, entre 1896 y 1906, del Consejo Nacional de Educación. Y su vida pública estuvo de igual modo signada por el reconocimiento como miembro de las academias españolas de Lengua y Jurisprudencia y su dedicación a la enseñanza, a la literatura ensayística y a la puesta en funcionamiento de la Universidad de la Plata como emblema de ciencia y modernidad nacional. Allí se desempeñó como catedrático de Derecho Internacional, concentró a un cuerpo de profesionales para el desarrollo de las Ciencias Sociales y del Estado, e inició experiencias de intercambio universitario entre España y Argentina de las que resultaron visibles antiguos vínculos profesionales y un mejor conocimiento e influencia de ideas y de pensamiento científico entre elites que estaban a medio camino del mundo intelectual y de la política. Conocida es la visita de Rafael Altamira y, especialmente, de Adolfo Posada a la Argentina en 1909 y 1910, respectivamente, como máximas expresiones de la comunión del reformismo liberal argentino y español en un contexto de revalorización cultural del “parentesco hispanoamericano”³⁷³.

Fue Joaquín V. González una de las voces que mejor reflejó la tensión entre liberalismo, nacionalismo y reforma de la Argentina de entre siglos y de la década inmediatamente después³⁷⁴. Pensó, buscó y ofreció fórmulas posibles congraciándose con los principios de un liberalismo cuya gestión política administraba un Estado para el bien común del conjunto de los ciudadanos de la nación atendiendo a su vez a los valores de identidad propios de un nacionalismo cultural. Esto es, el de la homogeneidad cultural, espiritual y lingüística de un pueblo leal a unas instituciones republicanas que podían mejorarse.

373. Para detalles al respecto, Federic Pike, *Hispanismo 1898-1936. Spanish Conservaties and Liberals and Their Relations with Spanish America*, University of Notre Dame Press, London, 1971, p. 152 y ss.; Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana-Univ. de San Andrés, Buenos Aires, 1995, pp. 72-74. Sobre la “cultura del parentesco”, ver ideas en torno a “la política hispanista”, “España y la República Argentina”, Joaquín V. González, *Obras Completas*, Buenos Aires, 1935, Tomo X, pp. 85-121.

374. F. Devoto, *Nacionalismo...*, pp. 35-55 y pp. 65-66.

Como académico, político y profesional de la educación perfiló retóricas, proyectos y acciones para empresas nacionalizadoras, que no fueron únicas en un contexto de explosión de una serie de iniciativas patrióticas para fundar y/o afirmar unas tradiciones cívicas y culturales como elementos constitutivos de una identidad nacional homogénea que hicieran comprensible la relación entre el Estado y los colectivos que habitaban su territorio. Como gestor de ideas para un Estado liberal y nacional para tiempos de transformación, Joaquín V. González orientó y diseñó políticas para la participación de los ciudadanos y habitantes de la Argentina en actividades colectivas que hicieran extensivo el culto de los símbolos y de un pasado nacional construido para unir diversidad³⁷⁵.

En medio de un abanico de posturas y matices sobre los atributos que debía tener la identidad argentina, Joaquín V. González apostó por hacer lecturas e instruir a las futuras generaciones de ciudadanos en clave de continuidad con el pasado nacional, exhibiendo las herencias culturales e institucionales del periodo colonial tal como quedó reflejado en su obra *La Tradición Nacional* (1^o edición, de 1889). Así, la raza, el idioma y experiencias del pasado colocaban a España y a los colectivos españoles que vivían en la Argentina en un lugar de reconocimiento y de confraternidad que los antiguos repasos heroicos de la independencia habían borrado. Y, la educación debía tener un papel de primer orden para una política nacionalizadora por diversas razones. Porque implicaba a los destinatarios en defensores de las identidades colectivas, reafirmaba el poder de quienes las implementaban y, finalmente, neutralizaba o eliminaba identidades adversarias. En González se conjugaba, entonces, la preocupación por construir una tradición cultural y patriótica para generar una memoria colectiva que podía formarse desde la escuela y afinarse en una Universidad atenta a la reforma y modernidad. De allí su propuesta de elaborar un texto y loas patrióticas específicamente para los escolares (*Patria*, 1900), reformar los planes de estudio e implicar a los intelectuales más aptos en hacer de la Universidad de la Plata un modelo para la investigación científica para la sociedad y el Estado.

Lengua y literatura, patriotismo, educación y reforma colocaron a Joaquín V. González en sintonía y en contacto con los políticos e intelectuales más representativos del liberalismo reformista español. Ellos le proporcionaban las más actualizadas contribuciones y traducciones al español sobre cómo conjugar liberalismo, nacionalismo y reforma social. Y, con ellos contó para exteriorizar sus planes pedagógicos en el mundo universitario. A la conformación de las redes científicas, del conocimiento de varios de los contenidos del liberalismo reformista y de la elaboración de sus propuestas patrióticas contribuyeron sus vínculos construidos, a partir de habituales encuentros profesionales, sociales, e intereses comunes con concretos miembros de la elite de la colectividad española en Buenos Aires. Entre ellos, y especialmente, con Antonio Atienza y Medrano. Y es que González podía encontrar en aquél un vehículo de información sobre el conocimiento de los intelectuales y de las publicaciones señeras del reformismo español. También, un interlocutor de las iniciativas pedagógicas regeneradoras para educar en cultura y en valores cívicos a los ciudadanos de una nación para un Estado liberal. Y finalmente, un intelectual en los már-

375. Como muestrario de las iniciativas patrióticas, L. Bertoni, *Patriotas ...*

genes que reflexionaba sobre el lenguaje, el idioma y la enseñanza cuando estaban a flor de piel las preocupaciones locales por inventar una tradición nacional. Antonio Atienza y Medrano fue una referencia para Joaquín V. González a la hora de buscar profesionales cercanos e interlocutores del pensamiento más moderno para la época. Y es que era aquél un hombre atento a las corrientes científicas más prolijas del Derecho, las Ciencias Sociales y del Estado que se debatían en los punteros entornos occidentales de aquella época.

Desde lejos, patriota

Como uno de los miembros más letrados entre los españoles que había logrado consolidarse socialmente a partir de la emigración, Atienza y Medrano formó parte de las experiencias asociativas de la colectividad en Buenos Aires. Fue miembro y presidente, entre 1903 y 1906, de la Asociación Patriótica Española (APE). La crema de la colectividad española en la Argentina había fundado esa sociedad civil en 1896, en pleno conflicto entre España y Estados Unidos por lo que quedaba del imperio ultramarino y en respuesta a quienes, en Buenos Aires, se pronunciaron a favor de la independencia de Cuba³⁷⁶. La APE había surgido como muestra de apoyo a la patria en guerra entre los más prominentes emigrantes, en medio de otras empresas nacionalizadoras de exaltación del patriotismo impulsadas por el Estado argentino y del inicio de un contexto de tránsito de una hispanofobia a una hispanofilia del que participaron tanto las elites locales como las migratorias españolas³⁷⁷. A las individualidades de relieve se sumaron a la institución la prensa y una veintena de sociedades mutuales, recreativas y comerciales de la colectividad que aseguraban propaganda, fondos y personal para iniciativas. Con socios exclusivos de la colectividad y con hispanófilos argentinos como consejeros, miembros o agasajados, la APE fue un espacio de sociabilidad y de encuentro de tradiciones del pensamiento. Y se decantó como la entidad con pretensiones de representar a todos los intereses de la colonia española en la Argentina y de aunar todas las empresas políticas, sociales y culturales que se hicieran en nombre de España en aquel país³⁷⁸. Desde puestos jerárquicos de asocia-

376. Sobre el momento fundacional de la Asociación Patriótica Española, ver I. García, “... Y a sus plantas... También, Ana L. Romero, “La política del patriotismo. La conformación de la Asociación Patriótica Española (1896-1898)”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 64 (2007), pp. 457-485. También, Félix Ortiz y San Pelayo, *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española (Desde su fundación hasta la reunión del Congreso de Sociedades Españolas)*, Librería de la Facultad Juan Roldán, Buenos Aires, 1914, pp. 12-32.

377. Sobre el paso de la hispanofobia a la hispanofilia, José Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University California Press, Berkeley, 1998, capítulo 7. También, para el lugar de la herencia española en las construcciones nacionales de los intelectuales argentinos de finales del siglo XIX, ver los trabajos de O. Terán, *Vida intelectual...*. Para un primer abordaje de las empresas nacionalizadoras desde el Estado argentino a finales del siglo XIX, L. Bertoni, *Patriotas...*

378. Entre los agasajados, miembros y consultores que pertenecían a la elite argentina, Joaquín V. González, Estanislao Zeballos, Paul Groussac, Roque Sáenz Peña, Miguel Cané, Julio A. Roca y Luis M. Drago. Asimismo, el edificio de la Asociación Patriótica Española fue la sede de la Institución Cultural Española que se fundó en 1912 para promover a las figuras más relevantes de la cultura y la ciencia de España mediante la Cátedra de Cultura

ciones como aquélla, las elites de la colectividad consolidaban posiciones de intermediación social. Pero asimismo codificaban símbolos, mitos, proyectos y mensajes comunes que hacían operar, a la distancia, una identidad nacional fuera del territorio de pertenencia como elemento de cohesión entre los inmigrantes españoles de diferente clase social o procedencia³⁷⁹. No sorprende, por tanto, el empeño de los administradores de recursos materiales y simbólicos de la Asociación por mostrar las iniciativas y los logros de carácter asistencial para el emigrante en penurias y los “auxilios patrióticos” al gobierno español en tiempos de crisis o catástrofes. De hecho, los dirigentes de la Asociación organizaron colectas de dinero y voluntarismos en nombre de la patria maltrecha para mandar a construir un crucero para la España en guerra, asistir a afectados en terremotos o inundaciones, repatriar a emigrantes menesterosos y auxiliar a las arcas de un Estado con menos recursos tras dejar de ser imperio.

Atienza y Medrano asumió la presidencia de la APE en 1903 y estuvo al frente de ella hasta que murió en julio de 1906. Reemplazó en el cargo a Gonzalo de Segovia, un emigrado de origen gaditano, monárquico, católico, conservador y con título nobiliario, que había sido fundador y presidente de aquella asociación desde 1896. Doctor en Derecho, académico y catedrático auxiliar, entre 1876 y 1884, había sido diputado del liberalismo alfonsino por una de las circunscripciones de Sevilla. Sin embargo, no había encajado en los repartos del poder caciquil que había traído la restauración de la monarquía en España y decidió emigrar. Desde hacía años Gonzalo de Segovia buscaba con impaciencia el reconocimiento institucional por su labor patriótica en la emigración haciéndose nombrar senador vitalicio o logrando una nueva representación en las Cortes de España, cosa que al fin logró en 1905 en medio de diferencias políticas entre los notables de la colectividad³⁸⁰. Desde la APE, Atienza y Medrano consolidó su liderazgo en el seno de la colectividad. Era el suyo un liderazgo recibido según la tipología de John Higham, propio del periodo formativo de las comunidades migratorias. O sea, preexistente en el país de origen y tras-

española en la Universidad de Buenos Aires. Por ella pasarían, entre 1914 y 1934, ilustres científicos españoles de la época adscritos a la Junta para Ampliación de Estudios; entre ellos: Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Blas Cabrera, Adolfo Posada, María de Maeztu o Claudio Sánchez Albornoz. Sobre la Asociación Patriótica Española aún hoy sigue siendo referencia, Alejandro Fernández, “Patria y cultura. Aspectos de la acción de la elite española en Buenos Aires, 1890-1920”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 6-7 (1987), pp. 291-307.

379. Ángel Duarte, “A patria louxe da casa. Emigration política e identidade nacional dos españois en Argentina (ca. 1880-1914)”, *Estudios Migratorios* 9 (2000), pp. 33-59.

380. Sobre Gonzalo de Segovia, F. Ortiz San Pelayo, *Boceto Histórico...*, pp. 87-88. También, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, H. 2314, carta del subsecretario de la legación al ministro de Estado, despacho n° 6, 1.II.1899 y n° 59, 5.VII.1899; y Modesto Sánchez de los Santos, *Las Cortes Españolas. Las de 1907*, Establecimiento tipográfico de Antonio Marzo, Madrid, 1908, pp. 437-438. Sobre su elección y papel en las Cortes de Madrid, M. García, “Emigración y política. Los no ciudadanos en la Argentina quieren representación en las Cortes de Madrid”, en C. Malamud y C. Dardé (eds.), *Violencia y legitimidad. Política y Revoluciones en España y América Latina*, Universidad de Cantabria, Santander, 2004, pp. 197-227, p. 201.

plantado al país de destino, y cuyas fuentes de poder o legitimación provenían del viejo mundo y hallarían continuidad con las adaptaciones al nuevo³⁸¹.

Durante el periodo que estuvo al frente de la institución, el almeriense impulsó una de las más claras empresas culturales para evocar una idea renovadora de España desde la emigración. Fundó y dirigió la revista *España* que, con una periodicidad semanal, se convirtió en el órgano oficial de la Asociación y en el instrumento para moralizar, al fin, la vida institucional de la colectividad. Según decía, “habían pasado los días heroicos de la asociación; la nueva etapa que se abría era de meditación y recogimiento”³⁸². El caso es que a comienzos de 1903, el periódico de la colectividad española, *El Correo Español* —con el que contaba la Asociación Patriótica—, se había decantado por planes partidistas que habían aflorado en el seno de la colectividad y que, a corto plazo, causaron su desaparición. Se había convertido en una sociedad anónima con el fin de apoyar desde la emigración a los intereses políticos y económicos favorables al despertar de la causa republicana en España. Y es que, en 1903, unos buenos resultados electorales en algunas ciudades españolas habían activado a las fuerzas republicanas. Las diferentes tendencias se habían unido en torno a la Unión Republicana y habían conseguido una representación sin precedentes en el Parlamento. Por entonces, en Buenos Aires y otras localidades fuera de la capital, las elites españolas con un pasado republicano, que también hacían lucir sus intereses en la esfera pública, organizaron sociedades civiles con fines políticos, reunieron recursos y movilizaron activos a favor del republicanismo en la península. Atienza y Medrano figuró entre los fundadores y miembros de la junta directiva de la Liga Republicana Española (de Buenos Aires) y ofreció mítines en los teatros de Buenos Aires en nombre del despertar republicano y el momento político de España. También lo hicieron otros emigrantes prominentes con ideas republicanas como era el caso de Rafael Calzada, Carlos Malagarriga e Indalecio Cuadrado. Sin embargo, esa experiencia de politización en la diáspora acabó dividiendo a sus dirigentes y prácticamente se desinfló en 1908 tras el paso por la política española de Rafael Calzada, el presidente de la organización³⁸³.

381. Para un desarrollo de las tipologías de liderazgo según J. Higham, Xosé M. Núñez Seixas, “Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América (1870-1940)”, en Alicia Bernasconi y Carina Frid, *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2006, pp. 17-41. También, Marco Martiniello, *Leadership et pouvoir dans les communautés ethniques d'origine immigrée: L'exemple d'une communauté ethnique en Belgique*, L'Harmattan, París 1992, pp. 54-68.

382. A. Atienza y Medrano, “En honor de España y de los españoles en la Argentina”, *España*, 25, 2.I.1904.

383. Con todo, como tal, la Liga siguió funcionando y pronunciándose sobre la política española hasta 1911; para entonces, continuaba Rafael Calzada en la presidencia y se identificaba con la conjunción republicano-socialista en la oposición al gobierno liberal de José Canalejas. Ver, por ejemplo, *EDE*, 7.III.1911. Sobre la Liga Republicana Española en la Argentina, Á. Duarte, *La república...* También, Ignacio García, “El oro de América”.

Con todo, el ímpetu por gestionar una identidad española regeneradora mediante empresas culturales desde la emigración y por hacer de la política española un motivo de socialización de la colectividad tenía un contexto de exclusión. Desde comienzos de siglo, las elites políticas argentinas discutían y elaboraban propuestas para ampliar la participación de los inmigrantes no naturalizados en la vida política nacional. De hecho, en 1901, siendo ministro del Interior, Joaquín V. González había presentado un proyecto de reforma electoral en el Congreso Nacional que contemplaba la posibilidad de que los extranjeros con cierto patrimonio y reputación pública pudiesen votar en las elecciones y participar, por tanto, en la vida política con derechos. La iniciativa no había salido adelante³⁸⁴. En cambio, el Estado argentino había legalizado, en 1902, la facultad discrecional del Poder Ejecutivo de deportar o impedir la entrada de extranjeros que alteraran el orden público. La *ley de residencia* era la respuesta discriminatoria del Estado argentino a la violencia desatada en Buenos Aires por los inmigrantes anarquistas³⁸⁵.

En aquel momento, el fracaso de la política argentina para integrar la diferencia en aras de evitar el conflicto social que había provocado la inmigración masiva había contribuido a la politización de la etnicidad entre los españoles por los caminos de la moderación. Para ello, los notables de la colectividad contaban con bienes privados, cierto desarrollo institucional, una permisiva Constitución que garantizaba derechos civiles, y con gestos simbólicos del Estado argentino que animaban a institucionalizar el buen hacer en nombre de España entre sus emigrantes en la Argentina. De hecho, a lo largo de la década del noventa del siglo XIX y los comienzos del XX, los gobiernos —especialmente el de Luis Sáenz Peña (1892-1895) y el segundo gobierno de Julio A. Roca (1898-1904)— venían ofreciendo señas políticas para que los letrados españoles más destacados de Buenos Aires guiasen a su colectivo de referencia en la emigración y encontrasen huecos en una diplomacia bilateral pendiente de construir. Representantes diplomáticos argentinos habían defendido a España en foros internacionales durante el conflicto con los Estados Unidos en 1898. Dos años más tarde, en el puerto de Barcelona, las autoridades españolas habían recibido con aplausos la llegada de un buque armada argentino como muestra de poderío militar. En recompensa, el gobierno argentino decidía suprimir las estrofas más ofensivas hacia España en el himno nacional³⁸⁶. Y es

La contribución de los emigrantes del Plata al tesoro de la Unión Republicana", *Anuario de Estudios Americanos*, Tomo LVIII, 1 (2001) pp. 253-279. Sobre el republicanismo y la prensa de la colectividad, A. Duarte, *La república...*, pp. 96-100. También, José Álvarez Junco, *El emperador en paralelo...*, pp. 297-300.

384. Sobre la reforma electoral de 1902, Carlos Malamud, "La efímera reforma de Joaquín V. González de 1902 en la Argentina", en Id (ed.), *Legitimidad, representación y alternancia en España y América Latina: Las reformas electorales 1880-1930*, FCE, México, 2000, pp. 103-127.

385. Sobre la ley de residencia y su contexto, Eduardo Zimmerman, *Los liberales reformistas...*, pp. 153-156.

386. Para la política de gestos, Daniel Rivadulla Barrientos, *La "amistad irreconciliable. España y argentina, 1900- 1914*, Edit. Mapfre, Buenos Aires, 1992, pp. 177-223. Sobre el tema del himno, Rafael, *Cincuenta años...(II)*, p. 13. También, Lilia Bertoni, *Patriotas...*, pp. 182-

que en esos momentos estaba en plena expansión la puesta en marcha de las políticas de construcción de identidad nacional del liberalismo argentino para las que se necesitaban referentes culturales y amigos diplomáticos. El fin de las elites argentinas era hacer homogéneo lo heterogéneo que había resultado de su apuesta de ser un país de inmigración. Había que reforzar tradiciones, inventar enemigos externos y crear imaginarios sociales³⁸⁷. Los apuros militares pendientes con Chile alimentaban la imagen del adversario para el nacionalismo argentino en los años de entre siglos. Por su parte, la búsqueda de valores para la unidad había revalorizado el lugar de España en la cultura, la lengua y la vida cotidiana de las familias que vivían en la Argentina.

Atienza y Medrano quiso hacer de *España* el espacio de confluencia de la opinión ilustrada y el lugar de encuentro de tradiciones de pensamiento y de intereses comunes en torno a la reforma y a la transformación social en Argentina y en España; los universos culturalmente cercanos que representaban algunos españoles ilustres en la emigración. El propósito era hacer de la publicación el vehículo para mostrar lo más positivo de los universos políticos, económicos y culturales de España; un medio culto que estuviese por encima de los intereses creados en la esfera pública y de las diferencias aireadas, en la prensa y en la calle, por las individualidades más activas de la colectividad en la carrera por el reconocimiento social. *España*, dirigida por Atienza y Medrano, no había nacido como espacio para mostrar la añorada distinción en los banquetes sociales de los más destacados de la colectividad ni el arte de la pluma de advenedizos publicistas y periodistas españoles que trabajaban en otras revistas porteñas de tirada popular como *Fray Mocho* o *Caras y Caretas*³⁸⁸. *España*, en cambio, contó con un equipo de periodistas, ensayistas y literatos que informaban sobre los progresos de la patria y sobre los modelos e iniciativas a imitar para integrar a los sectores sociales más desfavorecidos en proyectos nacionales y solidarios pensados desde el Estado. Entre los corresponsales para *España* figuraban plumas ejemplares del regeneracionismo español como la de Rafael Altamira, José Nogales, Alfredo Calderón, Mariano de Cavia, Rafael M. de Labra, Ramiro de Maeztu, Arturo Reyes, Santiago Ramón y Cajal y Adolfo Posada. Entre los modelos, Alemania fundamentalmente. Porque allí funcionaban las instituciones mutuales de cooperación y de previsión social con la intervención del Estado. Pero también, la joven república latinoamericana porque era un ejemplo de iniciativas de solidaridad social; un horizonte posible para el republicanismo latino en el que se atrevieron a ensayar proyectos ilustrados españoles en la emigración³⁸⁹. Atienza y Medrano destacaba cómo el Congreso argentino había apro-

183 y 295; y Francis Korn, *Buenos Aires, Mundos particulares, 1870-1895-1914-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, p. 118. Los cambios en la letra del himno se oficializaron recién en 1927; hasta entonces la solución había sido la música sin letra. Ver, Silvia Sigal, *La plaza de mayo. Una crónica*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006, pp.155-158.

387. F. Devoto, *Nacionalismo...*, pp. 23-36.

388. Para una panorámica de la prensa argentina, E. Cibotti, "Del habitante al ciudadano...; Adolfo Prieto, *El discurso criollista...*, pp. 34-42 y V. Blasco Ibáñez, *Argentina y sus grandezas...*, pp. 408-227.

389. A. Atienza y Medrano, "El seguro obrero en Alemania", *España*, 107, 2.IX.1905.

bado un plan de inversión para construir viviendas a bajo precio y hacer propietarios a los obreros. O cómo en esa nación se habían hecho otros progresos económicos e intelectuales trayendo profesores extranjeros o tras mandar estudiantes a los Estados Unidos³⁹⁰.

¿En que consistía el regeneracionismo impulsado por Atienza y Medrano desde fuera de España? Fundamentalmente, en un programa basado en cuatro ideas. Primero, en renovar la imagen de España entre sus nacionales que habitaban en otro territorio; en activar una patria posible a partir de la emigración. Segundo, en reorientar la vida política entre los emigrantes. Tercero, en generar el estrechamiento cultural entre España y Argentina. Y, finalmente, en fomentar el intercambio económico entre ambos países.

Desde *España*, Atienza y Medrano ensayó prácticas y principios de un institucionismo periférico, aunque también regenerador para la nación española. Lo hizo desde lejos del territorio de pertenencia. Y también en medio de un contexto local en el que estaban en plena expansión empresas de construcción de identidad nacional y de exaltación patriótica diseñadas por un Estado liberal para unir la diversidad cultural, como resultado de la inmigración, e integrar nuevos ciudadanos a la política. Discursos, mensajes, conmemoraciones y proyectos afirmativos de un sentimiento colectivo de pertenencia lejos de España estaban destinados a diferentes públicos y tenían propósitos diversos. El fin era encontrar reconocimientos locales y en la sociedad de origen de las iniciativas de los españoles más notables en la emigración³⁹¹. Desde los tiempos de Atienza y Medrano, la revista de la APE edificaría los repertorios para activar a la distancia un patriotismo integrador de diferencias que también existían entre los emigrantes. El propio nombre de la publicación, *España*, simbolizaba una intención positiva de referirse a la patria con mensajes claros, apelando al bien común y a la solidaridad de los nacionales ausentes. Un patriotismo que unía al colectivo y que pretendía orientarlo para evitar conflictos en la sociedad local. Y que favorecía a una idea moderna y positiva de España a pesar de las crisis políticas, la conciencia de decadencia por haber perdido el imperio, y de la amenaza disgregadora de los nacionalismos periféricos. El patriotismo elaborado desde la emigración se sumaba a las lecturas optimistas y con proyección de futuro sobre la nación española tras “el Desastre del 98”³⁹². Además, encajaba tanto con las versiones reformistas del liberalismo y del republicanismo que se desplegaron en España a comienzos del siglo XX como con toda la tradición del liberalismo democrático argentino³⁹³. Era, por tanto,

390. A. Atienza y Medrano, “Casas para obreros. Proyectos de tramitación” y “El problema del trabajo. Casas para obreros”, *España*, 107, 2.IX.1905.

391. Ver, Ángel Duarte, “España en la Argentina. Una reflexión sobre el patriotismo español en el tránsito del siglo XIX al XX”, *Anuario Instituto de Estudios Históricos y Sociales* 18 (2003), pp. 251-271.

392. Para los debates tras “El desastre del 98”, Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza, Madrid, 1998. También, José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 584-592; y Santos Juliá, *Historia de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004, pp. 75-102.

393. Como visión de conjunto para España, Mercedes Cabrera y Javier Moreno Luzón (dirs.), *España a comienzos del siglo XX. Regeneracionismo y Reforma*, BBVA, Madrid, 2002. Para Argentina, N. Botana y E. Gallo, *De la República posible...*

un patriotismo para generar identidad nacional española en un territorio de soberanía diferenciada pero a la vez útil para las empresas de identidad del nacionalismo liberal argentino que recuperaban las herencias hispanas.

El mito patriótico regenerado a la distancia servía para emocionar, cohesionar y movilizar activos con diferencias políticas y personales que por entonces afloraron en el seno de la colectividad. Pero también, para despertar la hispanofilia entre las elites argentinas y reorientar los proyectos americanistas que se animaban desde España y con los cuales competía el de Atienza y Medrano.³⁹⁴ En conjunto y codificada desde la emigración, su propuesta se añadía a las voluntades a la vez quejasas y optimistas sobre España que casaban bien con el nacionalismo liberal en la península. Y se construyó como un proyecto alternativo —y original— de identidad que podía ocasionalmente articularse con mayores empresas promovidas desde España o desde Argentina. Se había moldeado como respuesta para descifrar las herencias españolas en la identidad nacional argentina que colocaban, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, a historiadores y sociólogos en sintonía con los debates sobre la naturaleza y el lugar de la raza latina en medio de pugnas entre imperios³⁹⁵. También, frente a otros proyectos con los que tuvo que competir en la emigración: el de los republicanos antimonárquicos, los de los nacionalismos y regionalismos periféricos, y los de los anarquistas.

Ahora bien, para el proyecto de hacer patria a la distancia, Atienza y Medrano, como buen institucionista, contaba con las voluntades de concretos actores sociales: las masas populares migratorias y los hombres cultos e ilustrados para guiar las empresas de identidad. No encajaban en el proyecto los “nuevos ricos” que habían resultado de la emigración a la Argentina por ser personas “intrigantes, desleales, vulgares y traidores de sus orígenes y de su cultura”, decía³⁹⁶. Atienza y Medrano se desmarcaba así de las visiones negativas que hacían de la emigración una de las causas del fracaso nacional español. Es más, invitaba a considerar a los emigrantes como uno de los motores de la regeneración nacional. Visto así, el fenómeno de la emigración simbolizaba modernidad, libertad y competitividad. Y conectaba con otras lecturas positivas de la emigración que, aunque

394. De hecho, no estaba a favor de todos los proyectos que se pensaban en España para América. Por ejemplo, no compartía iniciativas de la Unión Iberoamericana que, según él “acusaban desconocimiento del estado social y cultural del pueblo americano”, A. Atienza y Medrano, “Desafinaciones hispano-americanas”, *España*, 45, 2.VI.1904. Sobre la Unión Iberoamericana como institución representativa de una de las corrientes del movimiento hispanoamericanista español, Isidro Sepúlveda, *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Fundación Carolina-Marcial Pons, Madrid, 2005, pp. 101-102.

395. Según Atienza y Medrano era preocupación común de los historiadores argentinos Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, de los sociólogos Juan A. García, José Ramos Mejía o Joaquín V. González, y de pensadores españoles como Alfredo Calderón o Rafael Altamira, “El alma española en América”, *España*, 54, 9.VIII.1904. Como análisis de la cuestión sobre las razas a finales del siglo XIX, Lily Litvak, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Puvill, Barcelona, 1980.

396. A. Atienza y Medrano, “Pesimistas y visionarios. A mis compatriotas”, *España*, 12, 23-09-1903.

no predominaban, también despuntaban en España³⁹⁷. Según Atienza y Medrano, en la emigración estaban las mejores potencialidades para una nueva idea de España. Porque, más que la minoría económicamente pujante o de los ilustrados, la “masa popular” de la colonia española en la Argentina era el activo social más propicio para activar y movilizar en nombre de la nación española; allí “[era] donde más vivo se conserva[ba] el recuerdo de la patria ausente”³⁹⁸. Quienes formaban parte de la “masa popular” en la emigración estaban, decía, “libres de egoísmos, ambiciones y rivalidades”, “prontos al sacrificio, a la abnegación” y harían “del recuerdo a la patria ausente algo santo y excelso, digno de culto religioso, alimentado con ofrendas de impulsos viriles y de silenciosas veneraciones”³⁹⁹. O sea, podían ser las mejores fuerzas del regeneracionismo nacional porque se habían hecho españoles fuera de España, en un contexto de competencia con otros emigrantes y sin empaparse de diferencias nacionalistas y regionalistas que provocaban discrepancias políticas en la sociedad de origen.

Atienza y Medrano promovió iniciativas concretas con el fin de elevar el espíritu de comunión entre los nacionales ausentes de diferentes regiones, hacer del estrechamiento hispanoamericano un símbolo de aceptación social y útil para el intercambio cultural y económico. En 1904, reinició la conmemoración en Buenos Aires de “Los Juegos Florales” que desde hacía veinte años no se convocaba. Aquellas fiestas, recuperadas y realzadas por intelectuales catalanes a partir de la década del sesenta del siglo XIX para hacer llegar la cultura y sus modas literarias a los sectores populares, evocaban el amor a la patria chica. Incorporados los juegos como actividad de la APE, los patriotas de Buenos Aires se habían apropiado de registros culturales de un nacionalismo periférico que por entonces se había sumado a las voces de regeneración de la nación para incorporarlos a los de un nacionalismo español entre los emigrantes que estaba en proceso de construcción. El certamen de 1904 exhibía y premiaba el talento literario de individuos de la colectividad y para la celebración contó con la colaboración de otros notables españoles en Buenos Aires y de algunos miembros de la elite política argentina, como Avelino Gutiérrez, Justo López de Gomara, Rafael Calzada, Gonzalo de Segovia, Roque Sáenz Peña o Joaquín V. González⁴⁰⁰. Quería hacer del acontecimiento un símbolo de unidad cultural en torno al españolismo dentro de la comunidad, de comunión hispanoamericana y de proyección internacional.

Asimismo, promovió entre el colectivo migratorio la instrucción y la socialización del conocimiento sobre los progresos materiales de la patria y fomentó el intercambio comercial y financiero entre España y Argentina para cubrir los gastos económicos que conlleva

397. Para las visiones contemporáneas sobre la emigración, positivas y negativas, Blanca Sánchez Alonso, *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Alianza Universidad, Madrid, 1995, capítulo 2.

398. A. Atienza y Medrano, “El alma española en América II y IV”, *España*, 55, 16.VIII.1904 y 56, 23.VIII.1904.

399. A. Atienza y Medrano, “El alma española en América”, *España*, 62, 9.X.1904.

400. “Juegos florales”, *España*, 54, 9.VIII.1904 y “Discursos”, *España*, 65, 2.I.1904. También sobre el acontecimiento, F. Ortiz San Pelayo, *Boceto...*, pp. 85-86.

toda empresa de afirmación de identidad. Para esta última iniciativa contó con su amigo Francisco Grandmontagne que vivía desde hacía años en la Argentina. Como delegado de la Asociación Patriótica y como corresponsal de *La Prensa*, el escritor vasco viajó a España a finales de 1903 para hablar con soltura sobre la torpeza de los empresarios y comerciantes de su patria a la hora de hacer negocios con los americanos. Con el fin de potenciar un mercado étnico de productos españoles para la Argentina de inmigrantes, criticó el sistema arancelario y el proteccionismo español frente a audiencias del Círculo Mercantil de Madrid, del Ateneo, del Gremio del Arte Mayor de la seda en Valencia y de las Cámaras de Comercio de Zaragoza, Bilbao, Alicante, Galicia y Tarragona. Se comportó con la insolencia y el impudor de un emigrante que retorna orgulloso y con fortuna a su patria de origen. Las conferencias del “indiano de ideas” generaron complacencia entre algunos sectores y un profundo disgusto entre otros. Las críticas a los industriales catalanes, a la Iglesia, a la Compañía Transatlántica, a los carlistas y a los liberales causaron a la vez estupor y apoyos entre la opinión pública española; para unos Grandmontagne era un “pájaro” y un demagogo que había aireado viejos pleitos de España y para otros un “embajador a la moderna”. Ni si quiera la intermediación de su antiguo amigo, Ramiro de Maeztu, había podido aliviar el fracaso de una empresa por la que Atienza y Medrano tuvo que salir en su defensa para hacer callar las diatribas de otros notables de la colectividad⁴⁰¹.

Poco exitoso, por tanto, había resultado uno de los pilares de su proyecto para construir una identidad regeneradora de España desde la diáspora migratoria. El de hacer patria a la distancia para generar empresas culturales y políticas vinculantes entre su país de origen y el de acogida pondría a Atienza y Medrano en sintonía con los valores institucionistas y del reformismo liberal desde un espacio marginal. A mediano plazo, ese proyecto tendría mejores logros. Según él, para hacer buenos patriotas fuera de España había que “hacer partícipes en los beneficios de la educación y la ciencia a todos los elementos sociales” mediante la instrucción, la dotación de bibliotecas, un fácil comercio de libros, la enseñanza de un uso correcto del lenguaje aun “aceptando [...] innovaciones fundadas y

401. Entre la prensa española que despotricó contra Grandmontagne, *El Imparcial*; entre la que le apoyó, *El País*. Para más detalles sobre sus gira, “Grandmontagne en España”, *España*, 11, 16.IX.1903; “La misión Grandmontagne”, *España*, 14, 9.X.1903; “Las conferencias de Grandmontagne. Primera Conferencia en Bilbao”, *España*, 20, 2.XII.1903; “Las conferencias de Grandmontagne en España”, *España*, 22, 9.XII.1903; “Las conferencias de Grandmontagne. Barcelona”, *España*, 26, 9.I.1904; F. Grandmontagne, “España enardecida I”, *España*, 28, 28.I.1904; “Ibíd. II”, *España*, 29, 2.II.1904; “Ibíd. V”, *España*, 30, 9.II.1904; “Ibíd. VI”, *España*, 31, 16.II.1904; “Ibíd. IX y X”, *España*, 32, 16.II.1904. Sobre las diferencias entre la colectividad española que causó la fracasada y, al parecer, costosa empresa, F. Ortiz San Pelayo, *Boceto histórico...*, pp. 82-84. Lo de “indiano de ideas”, Carlos Malagarriga, “Grandmontagne”, en Id., *Prosa Muerta. Herbario de artículos políticos. Propaganda republicana-Solidaridad con algunos más literarios*. Juan Roldán, Buenos Aires, 1908, p. 312. Para una biografía de F. Grandmontagne, Pedro Ares, *Francisco Grandmontagne. El escritor vasco-español que se inició en La Pampa a fines del siglo XIX*, Edit. Mainz, Buenos Aires, 2004. Sobre las posibilidades y los logros del mercado étnico, Alejandro Fernández, *Un “mercado étnico en el Plata. Emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935*, CSIC, Madrid, 2004.

razonables”, una información fidedigna de la “madre España”, de los proyectos de reforma social para los sectores menos favorecidos y del fomento de las iniciativas de extensión universitaria para los sectores con menos recursos a la manera que funcionaban en la Universidad de Oviedo⁴⁰². Para el proyecto contó desde el principio con el apoyo de Rafael Altamira, un antiguo compañero de Atienza y Medrano en faenas políticas, culturales y educativas, y unas de las voces más favorables de la promoción de una comunidad cultural de España con América Latina. Era la suya una propuesta renovadora para fomentar el interés científico, “socializar la cultura”, “llevar la educación y la ciencia a diferentes sectores sociales” y “mostrar la reacción bienhechora y regeneradora de la intervención del Estado para equiparar capital y trabajo”⁴⁰³. Con la mediación de Atienza y Medrano se estaba proyectando, entonces, el intercambio científico de profesores universitarios entre España y Argentina que se había anunciado a comienzos de siglo en el marco de un Congreso Social y Económico Hispanoamericano⁴⁰⁴. El mismo lo iniciaría, en 1909, la Universidad de La Plata bajo la dirección de Joaquín V. González —miembro también de la junta consultiva de la APE⁴⁰⁵. Y es que Atienza y Medrano también podía encontrar en el académico y político argentino un interlocutor local para las empresas patrióticas de construcción de identidad nacional; aunque éstas se hicieran a la distancia.

Republicano, patriota, y liberal monárquico

¿Por qué había que hacer patria desde fuera de España? Porque, según Atienza y Medrano, era un proyecto posible de renovación para la vida política española. El patriotismo de la emigración, decía, contaba, por un lado, con “soluciones claras” para poner a España “a la altura de las naciones europeas y, por otro, con activos nacionales en “actitud de expectación y reserva”. En España, en cambio, habían fracasado los partidos dinásticos que

402. *España*, 1, 2.VII.1903, p. 15. En torno a su preocupación por el lenguaje comentó, “... hemos perdido la llave del arca, donde guardábamos el opulento ropaje de nuestro idioma y vamos a la casa del vecino a vestirnos de prestados con el riesgo de que la ropa nos venga estrecha o ancha y salir a la calle de arlequín”, A. Atienza y Medrano, “La evolución del castellano en América. I”, *España*, 8, 23.VIII.1903. También, “Ibíd. II”, *España*, 7, 16.VIII.1903; “La evolución del castellano”, *España*, 6, 9.VIII.1903 y 7, 17.VIII.1903. Y, “La lengua española en América. Atienza y Medrano”, *España*, 150, 5.VIII.1906.

403. “La Asociación Patriótica en España. R. Altamira y a Atienza y Medrano”, *España*, 17, 2.XI.1903.

404. Sobre el Congreso Hispano-Americano de 1900, Juan Carlos Mainer, *La doma de la quimera (ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, UAB, Bellaterra, 1988, pp. 83-134; Antonio Niño, “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en Pedro Pérez Herrero y Nuria Tabanera (coords), *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, AIETI/SÍNTESIS, Madrid, 1993, pp. 15-48; Juan Carlos Pereira y Ángel Cervantes, *Relaciones diplomáticas entre España y América*, Mapfre 1492, Madrid, 1992, pp. 189-90; e Isidro Sepúlveda Muñoz, *Comunidad cultural e hispanoamericanismo, 1885-1936*, UNED, Madrid, 1994, pp. 42-43.

405. De hecho, Atienza y Medrano celebraría desde *España* el proyecto de Joaquín V. González de crear en La Plata una ciudad universitaria basada en los modelos difundidos por los institucionistas españoles, “Casas para obreros”, *España*, 110, 9.X.1905.

propiciaban las “reformas desde arriba”. Le había decepcionado “un Maura talentoso pero perturbador” y no veía reaccionar al resto de las fuerzas políticas a pesar de que algunas se concebían como partido de masas⁴⁰⁶. Ni tan si quiera a las republicanas. Y eso a pesar de que Atienza y Medrano tenía un pasado vinculado a ellas y que había estampado su firma, en 1903, para formar parte del ensayo de socialización política entre los emigrantes en la Argentina en nombre del republicanismo español⁴⁰⁷. Muchos de ellos se habían reencontrado con la esperanza política que habían compartido en España en la Liga Republicana Española; entre ellos, Antonio Atienza y Medrano. Desde España, los republicanos emigrantes contaban con los ánimos de Nicolás Salmerón y con las energías de Alejandro Lerroux. Uno era un viejo patriarca del histórico partido y el otro, un líder con ambición dentro del republicanismo; ambos, los dirigentes más visibles de aquel esfuerzo unificador.

Los españoles en la Argentina acudieron al auxilio económico de los peninsulares para que la iniciativa de unidad republicana fuese políticamente exitosa. Organizaron banquetes, colectas y donaciones para contribuir al ansiado triunfo del republicanismo en España. Y es que para los notables españoles con un pasado republicano aquélla era una ocasión sin igual para demostrar a las elites políticas de la península que la emigración no había supuesto el abandono de la causa política y del sentimiento patriótico. Salmerón consideró prioritario recaudar dinero entre los emigrantes para impulsar su proyecto de democracia republicana por los cauces legales y parlamentarios. Pero no quiso abandonar sus andanzas en la política española para viajar a Argentina y agradecer el apoyo económico de los emigrantes. El destino de los fondos acabó ahondando las divisiones entre republicanos y monárquicos que surgieron, una vez más, en el seno de la colectividad, y provocando conflictos en el interior de la Liga. Algunos creían que airear las diferencias políticas entre los emigrantes no facilitaba buenas relaciones entre España y Argentina, y que Salmerón tenía que recibir el dinero recaudado. Otros, en cambio, entendían que Lerroux debía ser el destinatario. De un lado estaba Atienza y Medrano y, del otro, Rafael Calzada. Entre ambos, una serie de oportunos intermediarios de la amplia familia republicana que convencieron a los dirigentes de la Liga que había que destinar el dinero a Lerroux porque se perfilaba como el líder más prometedor⁴⁰⁸.

Como recompensa al esfuerzo económico de los emigrados republicanos, Lerroux le ofreció a Rafael Calzada, el presidente de la Liga, una candidatura como diputado para las Cortes de Madrid para las elecciones de 1905. Entonces, Calzada no fue elegido.

406. A. Atienza y Medrano, “El alma española en América. VI”, *España*, 63, 16.X.1904.

407. Á. Duarte, *La república...*, capítulo 2.

408. J. Álvarez Junco, *El emperador en paralelo...*, p. 297 y A. Duarte, *La república...*, p. 167. Sobre la necesidad de aliviar las diferencias entre republicanos y monárquicos, “Manifestaciones políticas en el extranjero. La opinión de Miguel Cané a Atienza y Medrano, *España*, 8, 23.VIII.1903.

Pero la idea no había partido de Salmerón y, para impugnar la candidatura, encontró el apoyo de su antiguo discípulo, Antonio Atienza y Medrano. A partir de entonces se desencadenaron los conflictos en el interior de la Liga que enzarzaron en acusaciones públicas a Carlos Malagarriga —que por entonces apoyaba los planes de Lerroux para los republicanos emigrantes— y a Atienza y Medrano⁴⁰⁹. Este último decidió abandonar la Liga, según decía, por “cuestiones morales”. Porque, creía, el republicanismo de los españoles en la emigración había caído en la demagogia y había fallado en el que había sido su principal objetivo: la politización del colectivo. Los métodos de propaganda y los discursos de los republicanos no habían unido a los españoles en la diáspora. Se daban, por tanto, las condiciones para reforzar la identidad patriótica en vez de la republicana entre los españoles en la emigración. Atienza y Medrano se reconocía entre los republicanos tranquilos que creían en las posibilidades de sacar adelante las reformas en el marco de una monarquía democrática desestimando acciones revolucionarias. Ante el fracaso político de los reformistas conservadores y de los republicanos, Atienza y Medrano proponía patriotismo “por encima de todo”, templanza y legalidad: “No había que ser antimonárquicos [...] sino liberales, demócratas y favorables a aunar fuerzas con el liberalismo de Canalejas”⁴¹⁰.

Desde lejos y en su madurez, Atienza y Medrano se vio envuelto en las mismas contradicciones, fisuras e incompatibilidades que surgieron en la Unión Republicana en la península al año de su formación. Distintos núcleos de la familia republicana aparentemente unificada pugnaban por liderazgos y por encontrar fórmulas posibles para adaptarse al clima de regeneración política tras el Desastre. El republicanismo histórico había hecho crisis y ni si quiera podían salvarlo los republicanos en la emigración. La incertidumbre había abierto diferentes vías políticas para el republicanismo regeneracionista. Algunos sectores optaron por acordar con las fuerzas más favorables a una democracia dentro del régimen monárquico como las que representaba Canalejas dentro del Partido Liberal; entre ellos se encontraban antiguos institucionistas como Atienza y Medrano. Otros, en cambio, se decantaron por opciones más radicales para dar un golpe de fuerza al régimen monárquico propiciando la acción directa de las masas populares. Al frente de esta iniciativa estaba Alejandro Lerroux para la que contaba con el apoyo de las clases medias bajas y de los obreros de Barcelona. En medio de ambos extremos, otros pugnaban por encontrar vías de entendimiento parlamentario entre un republicanismo democrático y las aspiraciones de descentralización del nacionalismo catalán. Finalmente, y a mediano plazo, Nicolás Salmerón —el patriarca del republicanismo— ponderaría esta tercera opción que unió a muchos de sus seguidores en torno a Solidaridad Catalana. Con todo, estas diferencias acabarían haciendo añicos a la Unión Republicana⁴¹¹.

409. Carlos Malagarriga, *Prosa muerta...*, p. 101-104. Cf. A. Duarte, *La república...*, p. 175. También, A. Atienza y Medrano, “El alma española”, *España*, 65, 2.XI.1904. Sobre las diferencias en el seno de la Liga, ver asimismo las apreciaciones de I. García, “‘El oro de América’...”, pp. 264-278.

410. A. Atienza y Medrano, “El alma española en América”, *España*, 65, 2.XI.1904.

411. Para una panorámica de las divisiones en republicanismo de aquella época, M. Suárez

Atienza y Medrano había despejado el camino para que los españoles republicanos moderados en la emigración se hicieran liberales reformistas. Y, con ello, la posibilidad de que las empresas patrióticas en la emigración fuesen atendidas, y no miradas de reojo, por los proyectos nacionalizadores de la monarquía española para construir identidad nacional entre los nacionales ausentes o impulsar proyectos de política exterior que implicara a esos colectivos. De hecho, el rey Alfonso XIII con motivo de su boda con Victoria Eugenia de Battemberg en 1906 había ofrecido, al emigrante que lo quisiera, la gracia de indulto por los servicios militares pendientes a la Corona; todo un gesto de reconocimiento a la labor patriótica en la emigración y de apertura hacia América de la política exterior española⁴¹².

Atienza y Medrano había estado, como otros notables de la colectividad, entre dos proyectos que competían y no lograban conciliarse del todo en la emigración: el de hacer patria a la distancia o el de hacer política en nombre del republicanismo de España. Las diferencias en seno de la Liga Republicana Española de Buenos Aires habían ofrecido la oportunidad para reafirmar el proyecto de inculcar identidad nacional española entre el colectivo migratorio. Y, como pocos en la colectividad, contaba él con recursos, instituciones y medios para sellar la evocación de la patria a la distancia. En 1906, la APE conmemoró sus diez años de vida. El aniversario servía para coronar varias cosas a la vez: la comunión cultural de los españoles en la emigración, las herencias españolas en la identidad argentina, la tutela a una inmigración española ordenada, y la muerte —y legado— del republicanismo. Entonces, en 1906, se homenajeó a Cervantes y al tercer aniversario del Quijote, se pidió la suscripción para la erección de un monumento a Castelar en Madrid y se reconoció a la moralidad y el buen hacer de Nicolás Salmerón⁴¹³. También, se celebró una fiesta en el Club Español a la que asistió la crema de la colectividad e hispanófilos argentinos, y en la que Atienza y Medrano anunció la colaboración de la Asociación con la Dirección Nacional (argentina) de Inmigración para orientar a los trabajadores españoles y alejarlos del mundo anarquista porteño. Por su parte, *España* publicó un número extraordinario con dedicatorias de personajes de la vida pública argentina —como de Roque Sáenz Peña, E. Zeballos, Joaquín V. González,

Cortina, "Solidaridad catalana y los orígenes del Partido Radical", en Id., *El gorro frigio...*, pp. 270-299.

412. Sobre los prófugos y los indultos en la emigración, Rafael Anes Alvarez, "La gran emigración asturiana", en Nicolás Sánchez Albornoz (comp.), *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Madrid, 1988, pp. 33-59. Sobre el indulto, "La vuelta a la patria. Indulto a los prófugos", *Mercurio*, 56, 1.VII.1906, p. 1. Para la política exterior española durante el reinado de Alfonso XIII, José M. Jover Zamora, "Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII", en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*, vol. I, t. XXXVIII de *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa Calpe, pp. xi-clxiii, 1995. También, Antonio Niño, "Alfonso XIII en la política internacional", en J. Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 240-276.

413. De hecho, Atienza y Medrano se había estrenado en las tribunas políticas porteñas ofreciendo una conferencia sobre Emilio Castelar, "Homenaje a Castelar. Ateneo. Conferencia del Dr. Atienza", *El Correo Español*, Buenos Aires, 13.VI.1899.

Emilio Mitre y el arzobispo de Buenos Aires⁴¹⁴. Con todo, el patriotismo de Atienza y Medrano no tenía vía posible de transformación política más que el de convertirse en un ingrediente duradero del nacionalismo cultural argentino o de ser útil para propósitos culturales, económicos o de política exterior española.

En el momento más álgido de confrontación entre los republicanos y de lo que parecía la coronación del patriotismo español en la emigración, Atienza y Medrano murió. Fue en julio de 1906. Tenía 54 años, estaba “en pleno vigor intelectual” según señalaba la crónica de *El Diario Español* sobre su muerte, pero difícilmente había podido superar la muerte de su hijo Manuel poco meses antes de la suya. Era aquél un joven de 19 años y un estudiante de la carrera de Derecho⁴¹⁵. En recuerdo de la muerte de Antonio Atienza y Medrano escribieron aquellos periodistas o publicistas con prestigio dentro de la colectividad. Lo hicieron Justo López de Gomara, Ignacio Ares de Parga, Monner Sans. Incluso, Carlos Malagarriga, a pesar de las diferencias que habían tenido. Tanto la prensa española como la argentina evocaron la memoria de Atienza y Medrano: su espíritu amable, su talento, su vasta cultura, su amor a la patria y al idioma, su influencia en el lenguaje corriente del periodismo y su creencia en la educación como medio de redención social y vehículo para hacer ciudadanos de libre elección⁴¹⁶.

Meses después de su muerte, el 22 de marzo de 1907, se celebró una velada necrología en su honor en la propia sede de la APE. Y fue precisamente Joaquín V. González el encargado de pronunciar el discurso de despedida en la memoria de su “maestro y amigo”⁴¹⁷. Fueron sus palabras entrañables, de hondo afecto, de reconocimiento personal e intelectual para un “maestro del idioma”, “un clásico moderno, un liberal conservador, un ortodoxo reformista, un pulcro despreocupado, un sociólogo que abogaba por la mezcla de raza”. Con él, decía González, había compartido a diario lugares comunes de pensamiento, de ideas, momentos de trabajo, títulos para libros, y la confianza de secretos y murmullos sobre el excesivo conservadurismo de los corporativos de la Academia. Reconoció en Atienza a un hombre de pensamiento innovador y precursor, a “un sembrador de ideas [en suelo argentino]” a un atrevido a ensayar reformas en la educación mediante nuevas formas de la enseñanza del idioma, abandonando las rígidas y estéticas fórmulas de una gramática vetusta y adoptando los métodos que había ensayado en la Institución Libre

414. *España*, 132, 23.III.1906 y 137, 2.V.1906. Como semblanza de Nicolás Salmerón, A. Atienza y Medrano, “Recuerdos de la República en España”, *España*, 137, 2.V.1906.

415. La prensa española de mayor tirada nacional había informado sobre la muerte del hijo de Atienza y Medrano. Ver, “La Muerte de Manuel Atienza”, *España*, 121, 2.I.1906.

416. Para las necrológicas sobre A. Atienza y Medrano, “A la memoria de Atienza y Medrano”, *España*, 148, 22.VII.1906 y “Atienza y Medrano”, *España*, 155, 9.IX.1906 y “Ecos de la semana. Sobre los ecos en España de la muerte de Atienza y Medrano”, *España*, 156, 16.IX.1906. También, *La Prensa*, 16.VII.1906. Sobre las opiniones de Malagarriga y las diferencias políticas en el seno de la colectividad, *EDE*, 19.VI.1906.

417. Más tarde, esas palabras se convirtieron en un folleto titulado “Escritor y maestro (Dr. Antonio Atienza y Medrano)” que fue recogido en la recopilación de la totalidad del trabajo de Joaquín V. González, *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires, 1935, pp. 359-371. Sobre el acto, *EDE*, 23.III.1907.

de Enseñanza. Se habían encontrado en maestros y libros⁴¹⁸. Diría González que “Krause a través de Arhens [había sido] su bautizo en la política fundamental; Krause a través de Azcárate, Salmerón, Giner de los Ríos y otros nobles espíritus, [habían sido] sus iniciadores”. Y es que el pensamiento filosófico-científico del siglo XIX había unido a ambos intelectuales. Coincidían en la república como forma de gobierno y compartían la preocupación por una idea: la de cómo gobernar una república federal sin dejar de prescindir de las ventajas de fórmulas más centralistas para la gobernabilidad. Selló la velada un acto de mecenazgo de Joaquín V. González, entonces ministro de Instrucción Pública, celebrando la publicación impulsada por el gobierno argentino de la obra premiada en los Juegos Florales que había organizado, en 1904, la Asociación Patriótica presidida por Atienza y Medrano. Y, también, apostando por la asimilación de los extranjeros a la vida política nacional: “No puede mantenerse la ficción legal de diferentes ciudadanos”⁴¹⁹, decía.

Parece ser que a la APE le costó recomponerse tras los tiempos en que estuvo al frente Atienza y Medrano. En los años inmediatamente después de su muerte faltaron recursos y, sobre todo, líderes con claros proyectos para gestionar el patriotismo español entre los emigrantes en Buenos Aires que, desde entonces, tendría más de una deriva. Iniciativas no faltaron por parte de los notables de la colectividad para continuar edificando los lugares de España en la Argentina; algunas encontrarían respuestas en los propósitos y las realidades para la proyección cultural española como un complemento de su política exterior⁴²⁰. A la vista de los resultados, podría deducirse que el testigo de Atienza y Medrano lo recogieron fundamentalmente otras tres individualidades respetables entre los españoles de Buenos Aires. Avelino Gutiérrez haría lo posible por hacer de la Institución Cultural Española, fundada en 1912, el legado de la APE. Por otra parte, Justo López de Gomara y su periódico, *El Diario Español* ofrecían el personal y los medios para hacer la propaganda del patriotismo español a la distancia. Finalmente, Carlos Malagarrija pondría todos sus esfuerzos e ideas para promover los prestigios sociales de los notables de la colectividad. Un horizonte futuro de conmemoraciones podía ofrecer nuevos escenarios para hacer patria a la distancia: en 1910, el del centenario del pronunciamiento de los notables de Buenos Aires por separarse de España, y en 1916, el de la independencia de una antigua colonia del imperio español, poblada en gran parte de emigrantes españoles y su descendencia.

418. J. V. González, “Escrito...”, p. 367.

419. J. V. González, “Escritor...”, p. 360.

420. Al respecto, Antonio Niño, “1898-1936. Orígenes y despliegue de la política cultural hacia América Latina” en Denis Rolland, Lorenzo Delgado, Eduardo González, Antonio Niño y Miguel Rodríguez, *España, Francia y América Latina. Políticas culturales, propagandas y relaciones internacionales*, L’Harmattan-CSIC, París, 2001, pp. 23-163. Para Avelino Gutiérrez y López de Gomara ver los capítulos correspondientes en este libro.



Capítulo V

Carlos Malagarriga, el republicano catalán españolista.

Ángel Duarte

Universitat de Girona

Marcela García Sebastiani

Universidad Complutense de Madrid

La poesía, el emigrante y la patria.

El 2 de diciembre de 1908, el jurado de los Juegos Florales que había convocado el *Casal Català* de Buenos Aires, fundado en 1886, daba a conocer el conjunto de premios otorgados a las composiciones literarias presentadas a competición. Los Juegos eran un concurso poético vinculado a la *Renaixença*, el proceso de restauración de la lengua catalana que acaeció en la segunda mitad del siglo XIX. Un renacimiento en absoluto inocuo en consecuencias cívicas. El 1 de enero de 1881, en el prospecto anunciador para ese año, del *Diari Català*, Valentí Almirall, precursor reconocido del catalanismo político, dejaba claro que la labor filológica tenía una dimensión paralela. Si restauramos una lengua, una historia y un carácter —advertía— haremos alguna cosa más que versos inocentes o funciones teatrales inofensivas⁴²¹. Un cuarto de siglo más tarde, a principios del XX, la empresa lingüística y, por extensión, política había atravesado el Atlántico y se había convertido en una oportunidad para la reunión de los catalanes y la celebración de su identidad reencontrada en la emigración⁴²².

Los Juegos de 1908 tenían lugar bajo el patrocinio del Ayuntamiento de Barcelona. La municipalidad barcelonesa, por vez primera desde la Restauración monárquica de 1874, se hallaba presidida por un republicano: Albert Bastardas, dirigente local de la Unión Republicana y demócrata abierto a la cooperación con el catalanismo⁴²³. Las unanimidades catalanistas, sin embargo, tenían no poco de efímero y epidérmico. El municipio barcelonés había sido, ese mismo año de 1908, escenario de una agria disputa a propósito del *presupuesto extraordinario de cultura*⁴²⁴. Las líneas de fractura en la

421. August Rafanell i Vall-Ilosera, *La Il·lusió occitana*, Edicions Crema, Barcelona, 2006, v. I, pp. 139-140.

422. Como lectura nacionalista del catalanismo en la emigración, Joan Rocamora, *Cataluña en la Argentina. Centenario del Casal de Catalunya*, Librería Fausto, Buenos Aires, 1992.

423. Alfred Pérez-Bastardas, *Els republicans nacionalistes i el catalanisme polític: Albert Bastardas i Sempere, 1871-1944. Una biografia política*, Edicions 62, Barcelona, 1987, 2 vols.

424. A. Pérez-Bastardas, *Barcelona davant el pressupost extraordinari de cultura de 1908*, Mediterrània, Barcelona, 2003.

sociedad barcelonesa y catalana eran, a pesar de las retóricas unísonas, múltiples: catalanismo/españolismo, laicismo/catolicismo, dinastismo/republicanismo. En el centro de todas ellas, Bastardas y su presupuesto. En el otro hemisferio, al frente del *Casal* de Buenos Aires, se encontraba una de las figuras clave del nacionalismo catalán en el Río de la Plata: Antoni de Paula Aleu. Un personaje que encarnaba, también, un patriotismo que escapa a los ejercicios taxonómicos fáciles: demócrata y catalanista, liberal y nacionalista. De hecho, en Buenos Aires o en Rosario, los tonos contrapuestos, desatados en el seno del catalanismo se subsumían en la identidad redescubierta y compartida. El nacionalismo en casa —plural y diverso— y en la emigración —no menos conflictivo a pesar de la distancia respecto de las tensiones locales—, se retroalimentaban⁴²⁵.

El principal *mantenedor* de los Juegos, quien presidía el certamen literario y daba coherencia y globalidad a la fiesta, no era otro que Carlos Malagarriga Munner, a esas alturas una personalidad insigne de la comunidad española en Argentina. Su discurso constituía el instante álgido de la jornada poética. Malagarriga, que llevaba casi dos décadas en América, era consciente de ello y aprovechó para glosar ante el auditorio la experiencia migratoria. De él se decía, a menudo, que era un brillante y verboso orador. Ese día puso todos sus recursos para combinar la clave catalana y la biográfica, el *yo* y un *nosotros* que se explicaban mutuamente. La Cataluña de finales del siglo XIX, pujante y fibrosa, podía permitirse que uno de sus hijos, por error o por soberbia, buscara, fuera de la tierra de sus padres, el camino de la vida. Frente a la potencia incontestable del devenir colectivo —Cataluña fábrica y locomotora de España, fuente de progreso, realidad europea enquistada en la península ibérica— qué importancia podían tener los avatares de un individuo aislado que, por su mala cabeza o por su sed de aventuras, sufría el perjuicio de no poder participar directamente en los beneficios del progreso catalán. ¿Qué le importaría a Cataluña, se preguntaba retóricamente un Malagarriga que *humanizaba* al país, que él, como muchos, contemplase, con cariño pero desde lejos, sus triunfos y sus glorias?⁴²⁶

En realidad, el catalanismo leía la emigración a América como una pieza más en su estrategia de nacionalización⁴²⁷. El país se hacía grande y moderno por el espíritu de iniciativa de sus hijos: hombres capaces de tejer densas redes de intereses comerciales al tiempo que

425. Contra el nacionalismo catalán, ver Martín Dedeu, *El catalanismo en acción: fijando posiciones*, con una carta-prólogo de Rafael Calzada, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1919.

426. C. Malagarriga, "Discurs" en *Casal Catalá, Jochs Florals de Buenos Aires. Discursos y composicions premiades*, Imp. Tragant, Buenos Aires, 1908, pp. 21-27.

427. Prólogo de Francesc Roca a Òscar Costa Rubial, *L'imaginari imperial. El Noucentisme català i la política internacional*, Institut Cambó, Barcelona, 2002, p. 9. Marcela García Sebastiani, "Emigración y política. Los *no ciudadanos* en la Argentina quieren representación en el Parlamento de Madrid", en Carlos Malamud y Carlos Dardé (eds.), *Violencia y legitimidad. Política y revoluciones en España y América Latina, 1840-1910*, Universidad de Cantabria, Santander, 2004, p. 209. Alejandro Fernández, "Las redes comerciales catalanas en Buenos Aires a comienzos de siglo. Una aproximación", en Á. Fernández y J. C. Moya (eds.), *La inmigración española en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999, pp. 141-163.

daban vida a entidades como la que acogía, a finales de 1908, los Juegos Florales en Buenos Aires. En Barcelona y desde las páginas de la *Revista Comercial Iberoamericana Mercurio* lo escribían gentes como Frederic Rahola quien, tras un viaje de introspección por tierras sudamericanas en 1903, creía que había que multiplicar los lazos culturales, comerciales y financieros entre España y América Latina⁴²⁸. Rahola, un antiguo compañero de estudio de Derecho Mercantil de Malagarriga en sus años mozos y un personaje característico de la Barcelona burguesa que por entonces estaba optando por el regionalismo, redactaba un libro cuyo título remitía a las cabeceras y a las fórmulas rituales de uso habitual en los medios catalanistas y, más ampliamente, regeneracionistas: *Sangre Nueva/Sang Nova*⁴²⁹. Para quien no esté al caso de los intrínquilos del catalanismo, el juego de palabras del título quizás le diga poco. En realidad encubre todo el mundo de contradicciones propio de la burguesía catalana de comienzos del siglo XX y que el autor del libro representaba: una personalidad vinculada a una patronal que no dudaba en usar el calificativo nacional —por español— para el sustantivo trabajo. Una patronal que reclamaba del Estado la adopción de políticas proteccionistas para mantener mercados cautivos en el resto de la nación española, pero que al mismo tiempo, en sus ansias de regeneración, aplicaba a su americanismo, emocional y práctico, la retórica del nacionalismo más duro, intransigente y rupturista para con España: la de la *sang nova*⁴³⁰. La advertencia —o si se quiere, disgresión— explica mucho de la polisemia del compromiso catalanista de Malagarriga.

Rahola no estaba solo. Josep Puigdollers, colaborador suyo, daba a conocer en 1902 un informe muchas veces citado, el de *Las relaciones entre España y América: manera de fomentarlas*. Dos años más tarde, en 1904, Cayetano Fábregas Rafart publicaba sus *Impresiones de un viaje económico comercial al Plata*. Lo hacía en un breve folleto de poco más de veinte páginas avaladas por el Colegio del Arte Mayor de la Seda de Barcelona. También en 1906 daría a la imprenta otro folleto de las mismas características.⁴³¹ En definitiva, que el tráfico, el de personas y el de ideas, el de negocios y el de comerciantes entre España, algunas de sus regiones y la joven república latinoamericana era intenso y podía tener posibilidades de acrecentarse o de generar nuevas iniciativas. Malagarriga lo

428. *El Mercurio. Revista comercial iberoamericana* fue fundada por José Puigdollers Macià y se editó entre Barcelona y Madrid durante 1900 y 1938. Desde la creación de la Casa de América de Barcelona, la publicación fue el instrumento de comunicación y de formación de la red social para el tejido empresarial iberoamericano impulsado por esa entidad corporativa. Al respecto, Gabriela Dalla Corte Caballero, *Casa de América de Barcelona (1911-1947). Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*, LID, Barcelona, 2005.

429. F. Rahola Trèmols, *Sangre nueva: impresiones de un viaje a la América del Sud*, Tip. La Académica, Barcelona, 1905.

430. Joan Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme: el nacionalisme català en els seus inicis*, Empúries, Barcelona, 1995.

431. *Informe Puigdollers*, Elzeviriana, Barcelona, 1902. C. Fábregas Rafart, *Impresiones de un viaje económico comercial al Plata*, Imp. F. Altés y Alabart, Barcelona, 1904. Id., *Impresiones de mi segundo viaje a las repúblicas del Plata*, F. Alabart, Barcelona, 1906. Para contextualizarlos, A. Fernández, "La inmigración española en la Argentina y el comercio bilateral", en *Les Cahiers ALHIM*, <http://alhim.revues.org/document57.html>

sabía. Es más, Malagarriga se convirtió en uno más de sus propagandistas y fomentadores: entendía las potencialidades de un mercado étnico en América para los productos catalanes. Sabía que, quizás por contraste con los lamentos de otros regeneracionismos hispánicos, el catalanista se sentía orgulloso de sus hijos más osados. Y lo dijo en voz alta. También dijo otra cosa. Desde el momento de la partida, en 1889, al momento en el que peroró ante sus coterráneos para conmemorar los premios de los Juegos Florales habían cambiado muchas cosas. En lo personal, evidentemente, todo: era un emigrante exitoso. En lo colectivo, mucho. Malagarriga constataba la eclosión de un movimiento nacionalista de masas. Señalaba que ese nacionalismo catalán se sostenía sobre una doble premisa: intervenir colectivamente en los destinos de España y reservarse, en una suerte de monopolio, la dirección de los asuntos internos de la región. Percibió que en el marco de esa deriva de la vieja a la nueva política, de la que él fue testigo en la distancia, había tenido lugar un conflicto. Interpretó que en dicho conflicto, Cataluña, la patria chica amada desde lejos, había sufrido una befa intolerable, una afrenta por parte del Estado. Se refería a los hechos del *Cu-Cut!*, la *ley de jurisdicciones* —que entregaba a la justicia militar el procesamiento de algunos delitos—, y a la unión de los partidos catalanistas en Solidaridad Catalana de 1906.

En otras palabras, lo novedoso para Malagarriga era el estallido del contencioso entre catalanismo y españolismo, entre civilismo y militarismo, entre la nueva y la vieja política. No se trataba, lo sabemos hoy, de antinomias equivalentes, pero, para el catalán de esos años, a menudo se sobreponían. La afrenta, decía nuestro emigrante, era sentida de manera tan fuerte, y resultaba tan interiorizada, que creía derrumbarse. La agresión puso en funcionamiento su alma, la reanimó hasta hacerle ver “que me tenían bien atado a la raza, a la lengua, en una palabra, a mi tierra”. La catalanidad (pervivencia de unos rasgos culturales diferentes) devenía catalanismo (proyecto para el futuro sostenido sobre la politización de esos rasgos) mediante un automatismo reactivo. En Malagarriga, no obstante, el redescubrimiento de la importancia de la identidad catalana no se contraponía a la española. De hecho, la manera que tenía de jugar con sus plurales patriotismos era, en esos momentos, muy habitual. En republicano, y como Nicolás Salmerón, con España como referente, intenta convertir el redescubrimiento de lo regional en la base de algo más grande, nacional, español⁴³². Si allí la patria era una obligación y un conjunto de deberes, aquí, en Buenos Aires, era una aspiración y un derecho. La aspiración de una Cataluña fuerte en su tradición, moderna, y futurista en sus ambiciones. El deseo, en suma, de ahondar en las raíces para hacer posible la expansión y la mayor seguridad de España, e incluso su proyección en América.

La experiencia migratoria colorea su solución al problema planteado. A costa de una cierta distancia con la ortodoxia nacionalista. En términos literarios, por ejemplo, la disociación con lo que planteaba el nacionalismo catalán era total: en el *Casal* el español se usaba, el catalán se cultivaba. En la península, precisamente, el catalán había dejado

432. Fernando Martínez López (ed.), *Nicolás Salmerón y el republicanismo parlamentario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.

de *sólo* cultivarse para pasar a usarse. En realidad, lo que le ocurría a un hombre que había crecido en Barcelona en los años 1870 es que estaba anclado en el estadio de la *Re-naixença*. Casi tres décadas más tarde y tras casi veinte años de haber emigrado, Malagarriga leía los acontecimientos de la patria de origen mezclado con los materiales que le facilitaba su vivencia de la politización de la identidad catalana en un sentido diferenciador y alternativo a la española que se había producido en los años setenta y ochenta del siglo XIX⁴³³. No había dado el paso siguiente. Nunca lo haría. No podía. Vivía en Argentina. Esa posición, paradójicamente, le reservaba en Buenos Aires una posición mediadora, y por lo tanto preeminente, entre los sectores nacionalistas y aquellos catalanes que se definían, no menos decididamente, como españolistas. No todos lo entenderían. Al fin y al cabo las pasiones en Barcelona estaban desatadas. Para los catalanistas *enragés*, Malagarriga nunca sería uno de los suyos; para Alejandro Lerroux, con quien por unos años rompió relaciones, era un vendido a la reacción separatista. El equilibrio era imposible.

Huido, o no tanto, de la España monárquica.

Malagarriga siempre aseguró que salió de España por razones republicanas, como miembro de una promoción de demócratas de nuevo cuño. No formó parte de los que forjaron el Partido Demócrata de 1849, o del federalismo republicano al calor del combate contra la monarquía de Isabel II⁴³⁴. Por razones biográficas pertenecía a un grupo de jóvenes profesionales que acabaron desarrollando, en el cambio de la década de 1870 a 1880, una fijación con el modelo republicano de Estado que les acabaría haciendo salir del país y probando fortuna en la emigración. Con motivo de una necrología de J. Daniel Infante, Malagarriga daba algunas pistas: “El doctor Infante pertenecía, como yo mismo, a la generación que surgió a la vida política llena de saudades de la gran revolución de 1868. Fue también de los recalcitrantes que permanecieron fieles alrededor del gran patriota [Manuel] Ruiz Zorrilla, resistiendo los balazos de la amargura [...]”⁴³⁵. El punto de partida era el mismo. Los años 1880. El perfil profesional era similar: la abogacía, como oficio, y el periodismo, como pasión. Había nacido nuestro biografiado en la Barcelona de 1858. Un poco tarde para protagonizar los avatares registrados entre septiembre de 1868 y enero de 1874 que habían puesto en vilo a la monarquía española. Lo suficientemente pronto como para quedar marcado por la restauración de un régimen monárquico cuyos pilares había diseñado Antonio Cánovas del Castillo. Como a tantos jóvenes seguidores del progresismo en sus variantes más democráticas y radicales, la deriva acomodaticia del liberalismo monárquico les cerró las puertas de la política. Como buena parte de esa misma juventud nacida en el seno de una familia mesocrática e

433. Como tesis del proceso en clave de una débil nacionalización del Estado español, Borja de Riquer i Permanyer, *Escolta Espanta. La cuestión catalana en la época liberal*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

434. Florencia Peyrou, *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

435. Cf. Patricia S. Pasquali, *J. Daniel Infante*, Editorial Municipal, Rosario, 1996, p. 16.

impregnada tempranamente de la fascinación por la esfera pública, combinó los estudios de abogacía con los primeros pasos en la prensa. El escenario de esas primeras correrías no era la Barcelona donde el catalanismo literario promovió la adopción de los modos del nacionalismo moderno. Fue Madrid la ciudad que le abrió las puertas de las redacciones de los periódicos republicanos.

Durante los primeros tiempos de la Restauración, la prensa republicana tuvo que sortear las restricciones y el control gubernamental canovista a la libertad de opinión y de imprenta a pesar de las garantías constitucionales. Hacia finales de 1880, Malagarriga se encargó de la dirección de *El Día*. Por entonces, ya había acabado sus estudios de Derecho y había merodeado entre los exiliados republicanos españoles en París. Además, desde 1881, la llegada al gobierno del liberal Práxedes Sagasta prometía distensiones gubernamentales al periodismo opositor de la monarquía. Al año siguiente, pasó al suplemento literario del periódico republicano *El Figaro* y, de allí, a *El Pueblo*, *La Opinión*, *El Progreso* y *El País*. Y es que los años ochenta habían sido prolíficos para la fundación de periódicos de las distintas familias del republicanismo; todas empresas efímeras pero con consecuencias duraderas⁴³⁶. A partir de 1883 Malagarriga inició, junto a otros escritores y políticos que iban llegando del exilio francés, una campaña contra la monarquía que derivaría en encuentros con la justicia y en la decisión de emigrar. Los pasos del joven abogado catalán por el periodismo madrileño de aquellos años constatan una evolución que no fue ajena a los diferentes caminos que tomaron las distintas tendencias del republicanismo en su reacomodo a la política monárquica. De entrada, no había roto del todo con la monarquía, confiaba que ésta, gracias al empuje de la izquierda dinástica, evolucionase hacia la democracia. De hecho, José Canalejas, hombre próximo a Cristino Martos, del Partido Demócrata Progresista y diputado por Soria, en 1884 había nombrado al “joven e ilustre redactor”, Carlos Malagarriga, jefe del departamento de política de *El Progreso*⁴³⁷. El nombramiento de Malagarriga podría facilitar que un nuevo director del periódico asumiese las responsabilidades penales ante las denuncias del gobierno. Pero también, que se encontrasen puntos de entendimiento entre la izquierda dinástica, los republicanos más dispuestos a aceptar la legalidad monárquica, y finalmente entre quienes defendían las posiciones revolucionarias y de acción violenta contra un régimen político que rechazaban. De hecho, *El Progreso* había sido fundado en mayo 1881 y, tras un inicial apoyo al republicanismo conciliador con la monarquía, acabó convirtiéndose en el órgano de prensa del

436. Como análisis de la prensa republicana durante la Restauración, Manuel Suárez Cortina, “Libertad de prensa, elites republicanas y periodismo”, en Id., *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pp. 61-89. Para una panorámica de la prensa republicana, Mari Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España*, tomo 3, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 101-110.

437. Albert Manent, *Diccionari dels catalans d'Amèrica. Contribució a un inventari biogràfic, toponímic i temàtic*, Catalunya 1992/Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1992, v. III, p. 44. También, datos sobre sus pasos por la prensa madrileña en Vicente O. Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico-argentino (1750-1930)*, Ed. Elche, Buenos Aires, 1968-78, tomo I, p. 27. Lo de “joven e ilustre redactor” de *El Progreso*, en *La Vanguardia* (Hemeroteca digital), Barcelona, (en adelante, LV), 16.V.1884.

progresismo histórico de Ruiz Zorrilla, quien por aquel entonces, en 1884, no acababa de convencerse que había que abandonar las conspiraciones con el ejército para oponerse a la monarquía.

Cuando el malogrado pronunciamiento de Manuel Villacampa apagó las esperanzas republicanas que se habían desatado tras la muerte del rey Alfonso XII —en 1885— y la Regencia de un monarca recién nacido, Malagarriga se colocó entre los republicanos que aspiraban a una democracia, pero no estaba entre los convencidos de aceptar la legalidad electoral. De hecho, según diría veinte años después, en la asamblea de su organización política de 1887, había decidido votar la expulsión de Nicolás Salmerón del partido y del progresismo republicano. Uno de los ex presidentes del frustrado experimento republicano de los años setenta en España representaba la tendencia legalista más clara dentro del republicanismo y contaba con el apoyo de jóvenes intelectuales vinculados a los primeros núcleos de la Institución Libre de Enseñanza⁴³⁸. Tales “excesos” de juventud no habían gustado a Ruiz Zorrilla y habían colocado a Malagarriga en desacuerdo con los hombres de Salmerón sobre cómo ofrecer soluciones para encauzar una tendencia política con seguidores y tradición. Entre ellos, Antonio Atienza y Medrano. Malagarriga trabajó para *El País*, fundado en 1887 por los antiguos seguidores de Ruiz Zorrilla; por quienes si bien acabaron aceptando la vía legal para el republicanismo, no compartían los métodos de Salmerón y sus hombres. Atienza y Medrano, por su parte, fue el director de *La Justicia*, fundado en 1888 como grupo de expresión de los republicanos más afines con el institucionalismo y con la vía legal y parlamentaria para la acción política republicana. Ambos se encontrarían poco después en Buenos Aires. Y compartirían —o competirían por— empresas políticas y culturales en la diáspora migratoria que hicieron cambiar el parecer de Malagarriga sobre Salmerón⁴³⁹. Hacía sus confesiones, claro está, en otro contexto. En 1907, Salmerón era el único patriarca del republicanismo histórico que quedaba vivo y en Buenos Aires tenía buena prensa. Malagarriga se había decantado por su propuesta de Solidaridad Catalana como proyecto democrático para encauzar por los medios legales las aspiraciones de descentralización del nacionalismo y que propagaría —como se verá— en el seno de la colectividad⁴⁴⁰.

438. Antonio Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Taurus, Madrid, 1973, 2 vols.

439. Al respecto, Carlos Malagarriga, *Prosa muerta: herbario de artículos políticos. Propaganda republicana. Solidaridad con algunos más literarios*, Librería La Facultad, Juan Roldán, Buenos Aires 1908, p. 211. Sobre Antonio Atienza y Medrano, Marcela García Sebastiani, “Antonio Atienza y Medrano: institucionalista en otras tierras”, en este mismo volumen. Sobre el paso de Malagarriga por la prensa republicana de Madrid, Miguel Daufí, “Carlos Malagarriga”, *La República Española*, Buenos Aires, 15.XI.1903 y Martín Dedeu, “Nuestros hombres en la Argentina. Dr. Carlos Malagarriga”, *Hispania* (2ª época), Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 1.I.1912. Cf. Ignacio García, “El oro de América”. La contribución de los emigrantes del Plata al tesoro de la Unión Republicana”, *Anuario de Estudios Americanos*, Tomo LVIII, 1 (2001), pp. 253-279, nota 6, p. 255. Para la complejidad del republicanismo español de aquellos años la bibliografía es abundante; entre ellos, por esclarecedor, Andrés de Blas Guerrero, *Tradición republicana y nacionalismo español (1876-1930)*, Tecnos, Madrid, 1991.

440. Manuel Ruiz Zorrilla había muerto en 1895, Emilio Castelar en 1899, Francisco Pi y Margall en 1901. Para la buena prensa que tendría Salmerón en la Argentina como “fuerza

Sus experiencias en la prensa republicana madrileña de los años ochenta no prometían a Malagarriga distinción profesional o un buen pasar económico. Vivía en vilo de conflictos; con correligionarios o con la justicia. Unas veces fue convocado para batirse a duelo contra directores de prensa que no soportaban los desparpajos del joven republicano catalán; algo corriente durante aquellos años de individuos de una clase media —generalmente, de origen provinciano— que competían por el control del periodismo para dignificar carreras profesionales meritorias o, simplemente, para asegurar algo en los bolsillos⁴⁴¹. Otras veces fue procesado por delitos de imprenta; para algunos de ellos contó con la defensa de un joven “abogado de pobres” del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid y un estrecho colaborador de Canalejas, Álvaro de Figueroa, conde de Romanones⁴⁴². Con todo, aquellas amistades hechas al calor del periodismo político de los tiempos de su juventud republicana explican las conexiones políticas que mantendría Malagarriga en un futuro. Con el republicanismo, a nuestro personaje le pasó algo muy similar a lo que le ocurrió en relación al catalanismo: iluminó espacios intersticiales de su trayectoria política. Malagarriga se pasó definitivamente al republicanismo pero manteniendo a lo largo de toda su vida una fluida relación con los prohombres de la izquierda liberal dinástica. Era una estrategia útil: para un hombre de vocación pública, mantener abiertas las puertas de la política oficial resultaba imprescindible si deseaba maximizar los beneficios, para él y para sus representados.

Junto a la cuestión republicana, y no menos decisiva a la hora de caracterizar la pequeña ola migratoria a la que se subió Malagarriga, se tiene que hacer constar su perfil medianamente intelectual. Un perfil que hizo que, diferencias ideológicas al margen, acabase formando parte de lo más letrado de la colectividad española en Buenos Aires, por lo menos hasta la llegada de una nueva oleada de profesores, funcionarios y hombres de letras españoles que había arrastrado el exilio republicano del siglo XX a tierras americanas. Compartió con Justo López de Gomara, Ricardo Monner Sans, Rafael Calzada, Avelino Gutiérrez, Francisco Grandmontagne... una solidaridad de fondo, una complicidad cultural que las más duras batallas políticas no llegaron a poner en cuestión⁴⁴³. Republicano

nueva” de la política española, *La Prensa*, Buenos Aires, 25.VII.1907; editorial de *La Nación*, Buenos Aires, 22.VII.1907 y “Reportaje a Salmerón” (en el que se lo presentaba como “el político español moderado y de moda”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 459, Año X, 20.VII.1907).

441. LV, 30.X.1886. Sobre las prácticas del duelo entre los periodistas republicanos, José Álvarez Junco, *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Alianza Editorial, Madrid, 1990, pp. 71-74. Sobre el periodismo como camino meritorio de las clases medias españolas, A. Duarte, “La esperanza republicana”, en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (comps.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 169-199.

442. Conde de Romanones, *Notas de una vida*, Marcial Pons, Madrid, 1999, p. 37. Sobre los perfiles políticos del entonces abogado, Javier Moreno Luzón, *Romanones: caciquismo y política liberal*, Alianza, Madrid, 1998.

443. Hugo Biagini, *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, CEAL, Buenos Aires, 1995. Emilia de Zuleta, *Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Atril, Buenos Aires, 1999, pp. 15-17.

y hombre de letras, Malagarriga optó por la emigración. ¿Por qué? ¿Hay algún hecho preciso o se trata más bien de una acumulación de circunstancias y pequeñas frustraciones? Los datos con los que contamos sugieren más factible la segunda de las hipótesis, aunque siempre acabe habiendo un punto de inflexión. Los encuentros con la justicia y las dificultades para hacer del periodismo republicano y de sus avatares judiciales un medio de vida para un hombre de clase media y de origen urbano, le llevaron a tomar, finalmente, la decisión de emigrar.

En 1888, justo antes de partir para ultramar, Malagarriga había publicado dos traducciones. En la madrileña librería de Fernando Fe aparecieron sus versiones de *L'Immortel* de Alphonse Daudet, que salió como *El Académico*, y de *Le rêve*, de Émile Zola, que en España tendría el título de *El ensueño*. De esta última se diría que fue elaborada durante su estancia en prisión por un delito de prensa. Se trataba, en cualquier caso, de una actividad que retomaría en el siglo XX, acompañada por la de prologuista, y ampliando el campo de interés de la narrativa a la filosofía. Abordó autores como Jean-Jacques Rousseau y Henri Bergson; un histórico ilustrado romántico y un contemporáneo espiritualista y vitalista con gravitación en el pensamiento español y latinoamericano de aquellos tiempos que reflexionaban sobre la responsabilidad de la libertad humana. Era y sería fiel a la cultura francesa⁴⁴⁴. Había en esa labor una manera de rentabilizar su pasión por la lectura, una forma de llenar los ratos yermos en la celda y un complemento con el que sufragar gastos extraordinarios de malogradas empresas periodísticas. Incluso, un motivo para reforzar el ego: *La Ilustración Española y Americana* y *El Imparcial* daban cuenta encomiástica de la aparición de su trabajo de traductor⁴⁴⁵. En todo caso, no podía aquello ser la base de un *modus vivendi* aceptable. En 1888, tras un nuevo encontronazo con la justicia por delitos de prensa que le obligaron a pasar tres meses de arresto por un artículo publicado en *El País*, probó suerte en Barcelona. Si bien un indulto general a los periodistas presos aliviaba su pena judicial, desde allí decidió viajar a Argentina, un destino en boca de muchos animados jóvenes que pululaban entre los negocios de la política republicana y que habían experimentado en Francia las restricciones a los agitadores españoles⁴⁴⁶. Se despidió con una carta abierta en la prensa catalana aclarando su postura favorable a la libertad

444. Henri Bergson, *La evolución creadora*, traducción de C. Malagarriga del original *L'évolution créatrice*, Renacimiento, Madrid, 1912, 2 vols.; J. J. Rousseau, *Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres*; prólogo de Carlos Malagarriga, Francisco Beltrán, [s.a.], Madrid, s/f. Setty Alaoui Moretti, "Traduccions espagnoles de Zola. Notice biographique du traducteur: Malagarriga y Munner, Carlos". URL: <http://gallica.bnf.fr/Zola/RecepAdap/traduction4b.htm>. También tradujo de Georges Ohnet, *El doctor Rameau*, en Buenos Aires y para la Biblioteca de *La Nación*, 1909. Sobre la influencia de Bergson en el pensamiento latinoamericano, Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, p. 157.

445. *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 23.XI.1888, p. 291.

446. La sentencia provino de la Audiencia de Madrid, LV, 4.V.1888. Como intento en el periodismo catalán, "Notas sueltas de un barcelonés, forastero". LV, 22.XII.1888. Entre los jóvenes republicanos que sopesaron la idea de emigrar a la Argentina, Alejandro Lerroux, Ver, José Álvarez Junco, *El emperador del paralelo...*, p. 40.

de imprenta y a una opinión responsable, y por la conveniencia de que los periodistas se reunieran en un sindicato para defender los intereses corporativos ante afrontas gubernamentales⁴⁴⁷. En la emigración, maduró la idea y e hizo una propuesta razonada al periodismo argentino. Pero, para entonces, habían pasado veinte años.

Llegó a Buenos Aires en 1889. Tenía 29 años, una profesión que intentaría ejercer, experiencia en el periodismo, ideas y prácticas de un joven jacobino tardo romántico, antimonárquico, y todo el mundo de relaciones sociales y políticas que había tejido tanto en Barcelona como en Madrid antes de iniciar la aventura migratoria. Llegaría poco tiempo antes de la migración masiva de españoles a la Argentina que se iniciaría tras la crisis financiera de 1890. Su emigración, temprana, le permitirá ser protagonista de la movilidad social ascendente como resultado de la prosperidad económica de aquel país entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Y, también, a insertarse con relativa facilidad entre la flor y nata de la colectividad a pesar de la aspiración de los llegados más tarde por ocupar sus puestos. Estuvo al frente y, sobre todo, participó del diseño organizativo y del entramado jurídico de las asociaciones civiles, mutuales, patrióticas, culturales y comerciales de los españoles, por entonces en plena expansión. Sin embargo, y como otros españoles de su mismo perfil que habían arribado a la Argentina a lo largo de la década del ochenta, no lograría espacio en los ámbitos de sociabilidad de la ya cerrada elite local; quedaría en aquellos márgenes que edificarían otros nuevos límites para la creciente y heterogénea clase media argentina que resultaría en gran parte de la inmigración⁴⁴⁸. Lo que sí ilustra la trayectoria migratoria de Malagarriga es hasta qué punto un abogado de origen extranjero vivió del entramado étnico de la colectividad española y catalana en la Argentina. Y cómo su desempeño profesional en la emigración contribuyó al desarrollo de valores morales e igualitarios para una sociedad civil compleja y desigual, y a la formación de otros profesionales del Derecho que desplegaron su actividad en los años veinte y treinta del siglo XX en el país sudamericano. Su itinerario estuvo asimismo marcado por cometidos en el diseño y la divulgación de empresas de identidad en nombre del españolismo en la emigración que, además, dejaría registros culturales para el nacionalismo argentino, antiliberal y organicista de aquellos años.

Malagarriga vivió en Argentina hasta los primeros años de la década de 1930; hasta que, ya anciano, su arrebatado amor por la causa republicana de su patria le animó a retornar a Madrid y volver a las andanzas políticas. Pero las cosas habían cambiado bastante desde sus tiempos de joven republicano. Con todo, tuvo responsabilidades públicas en el gobierno republicano de Alejandro Lerroux. En Madrid le sorprendió el alzamiento militar de Francisco Franco y el inicio de la Guerra Civil. Murió en noviembre de 1936. En Argentina había quedado su descendencia, vinculada al mundo del Derecho, del periodismo y de los negocios.

447. C. Malagarriga, "De la libertad de escribir, y otros perfiles", *LV*, 21.I.1889.

448. Para los límites de sociabilidad entre las elites locales, Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, pp. 17-44.

Abogado y socialista

Puede que Malagarriga no haya llegado solo a la Argentina. Junto a él, o poco después, arribó al país su hermano pequeño, Miguel. El benjamín no compartía el interés por los escenarios políticos y sociales que tanto atraían a Carlos. Se instaló en Rosario y ejerció de comerciante y consignatario. De todas maneras, se adscribió a la masonería y prestó su apoyo al hermano mayor cuando éste lo precisó. Eran hijos de Francisco Malagarriga, un antiguo comerciante catalán que había llegado a ser vicepresidente de la Cámara corporativa de esa ciudad y contaba, en Buenos Aires y Rosario, con numerosos amigos que podían encarrilar los caminos de sus hijos en la emigración. En las nuevas tierras, el primogénito quiso continuar con sus oficios de abogado y periodista. Como corresponsal de *El Liberal*, al llegar a la Argentina mantuvo informado al lector madrileño y simpatizante de la izquierda liberal dinástica sobre cómo se manifestaba la crisis financiera de 1890 en la Argentina al tiempo que escribía crónicas sobre los estrenos teatrales porteños⁴⁴⁹. Entró de redactor en *El Correo Español*, siendo acogido por Justo López de Gomara como un refuerzo de gran valía⁴⁵⁰. De allí pasó a formar parte de *El Nacional*. Mientras se iniciaba como periodista para la prensa argentina y de la colectividad española, procedía a revalidar su título académico en leyes y se casaba con una distinguida señorita argentina. De la dimensión más íntima de Malagarriga casi nada se sabe, al margen de que enviudó pocos años más tarde. Lo cierto es que su bufete de abogado tuvo, coincidiendo con su matrimonio, una expansión notable. En 1891, cuando aún no se habían superado los efectos de la crisis financiera de 1890, los banqueros catalanes del Banco Sabadell decidieron apostar por el negocio comercial y de remesas que prometía una urbe en plena expansión a la que no paraban de llegar inmigrantes. El Banco abrió una sucursal en Buenos Aires y Carlos Malagarriga fue el abogado de la nueva casa comercial. Su trabajo consistía en impulsar el comercio entre España y Argentina, y en fomentar acuerdos políticos para aliviar las fuertes tarifas proteccionistas que poco ayudaban a la exportación de lanas argentinas o de productos catalanes. O sea, se sumó a las tempranas voces que, a lo largo de la década del ochenta y desde Madrid, Barcelona y el Río de Plata, confiaban en las posibilidades comerciales de un “mercado étnico” entre España y lo que había sido su imperio colonial americano⁴⁵¹. Como inauguración de la filial, el joven abogado organizó en el almacén del Banco una exposición de vinos, textiles, aceites y otros productos catalanes que, según decía, debían tener a Buenos Aires como mercado preferido porque la colonia de expatriados atraía su

449. LV, 25.XI.1889.

450. Sobre la gestión de Justo López de Gomara al frente de *El Correo Español*, ver el capítulo de M. García Sebastiani, “Justo López de Gomara: entre el periodismo, la cultura y el negocio de la política de los españoles en la Argentina”, en este mismo volumen. Para referencias sobre *El Correo Español*, Alejandro Herrero y Fabián Herrero, “Política i premsa espanyola a Buenos Aires: Un estudi de cas”, *L’Avenc. Revista de Història* 159 (1992), pp. 38-40.

451. Al respecto, Alejandro Fernández, *Un “mercado étnico” en el Plata. Emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935*, CSIC, Madrid, 2004.

consumo. En el acto —sobre el que informó a la prensa catalana— y ante la presencia, entre otros, del ministro de España en Argentina, del redactor financiero de *La Nación*, y de Rafael Calzada —el abogado con antecedentes republicanos que mejor se movía para la gestión de los negocios de la colectividad, miembro ejecutivo del Banco Español y del Río de la Plata, y por entonces director de *El Correo Español*— Malagarriga se pronunció a favor de la confraternidad comercial entre los dos países y del desempeño de la colectividad en la Argentina para que saliese adelante la iniciativa⁴⁵². Por entonces, pondría los pilares de una idea que no abandonaría el resto de su vida: el de aprovechar los registros culturales compartidos y la presencia de una numerosa colonia de inmigrantes españoles en la Argentina para el impulso de empresas económicas, políticas y culturales entre ambos países. Después de todo, el hispanoamericanismo propiciado por asociaciones e individuos a ambos lados del Atlántico podía generar negocios y ocupaciones para la movilidad social de amplios sectores de población: comerciantes, banqueros, cargueros, estibadores, transportistas, periodistas, abogados, etc.

Sin embargo, la sucursal del Banco Sabadell no tuvo mucho éxito en Buenos Aires y cerró en 1894; no podía soportar la fuerte competencia del Banco Español y del Río de la Plata y la de otros bancos especializados en el negocio de la emigración. Malagarriga perdió su prometedor trabajo pero no abandonaría su profesión de abogado y de periodista. Por entonces, comenzó a darse a conocer como glosador de la jurisprudencia argentina. La casa editora Félix Lajouane le publica en 1894 su *Código de procedimientos vigente en la Capital y en la Provincia de Buenos Aires: comentado por la jurisprudencia de las dos Excmas. Cámaras de Apelaciones de Buenos Aires extraída de la publicación oficial de sus fallos y disposiciones y clasificada por el Dr. Carlos Malagarriga*⁴⁵³. Sus primeras actuaciones en juicios públicos en Buenos Aires asimismo revelarían sus aptitudes para la defensa de causas civiles. En 1893, la publicación de la corporación de abogados españoles reseñó un folleto con las alegaciones al Derecho que hiciera Malagarriga con motivo de un juicio por responsabilidad civil contra las empresas del Ferrocarril de Buenos Aires y la del Tranvía de la ciudad, cuyo fallo había sido favorable a “tan entendido letrado”⁴⁵⁴. Con todo, estaba lejos de lograr la

452. LV, 20.XII.1891. Sobre Rafael Calzada, ver Id., *Cincuenta años de América. Notas autobiográficas*, Volumen I y II (*Obras Completas*, Tomo IV-V), Lib. y Casa Editora de Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1926-1927. Para aspectos parciales de su biografía, también, Gustavo Prado, “Rafael Calzada y la reconstitución de las relaciones intelectuales hispano-argentinas. Sociabilidad, estrategias e ideales de las elites de la colectividad española en el Buenos Aires del Centenario”, incluido en este libro.

453. La producción jurídica de Malagarriga fue prolífica: *Código penal de la República Argentina: comentado por los fallos de la Excma. Cámara de Apelaciones de la Capital*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1896; en colaboración con S. A. Sasso, *Procedimiento penal argentino: código de procedimientos criminales para la justicia federal y los tribunales de la capital y territorios, comentado por la doctrina y la jurisprudencia y completado con el texto de los códigos de todas las provincias*, J. Lajouane, Buenos Aires, 1910, 3 vols.; y *Textos legales anotados por el Doctor Carlos Malagarriga*, Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1919-1930.

454. La nota estuvo a cargo de P. González del Alba, Magistrado de la Audiencia territorial de Albacete, quien definió el escrito “Daños y perjuicios. El artículo 4037 del Código

popularidad que ya había alcanzado en la década del ochenta Rafael Calzada tras defender a “Los caballeros de la noche” —que obligó a la revisión del Código Penal argentino— y a patrocinar un juicio iniciado por los hijos naturales de Juan Manuel de Rosas por el reparto de su herencia⁴⁵⁵. Para entonces, Malagarriga ya había comenzado a hacer su prole. Su hijo Carlos, que seguiría los caminos profesionales de su padre, había nacido en 1892; también hay constancia de otras dos hijas mujeres en la familia, una de ellas acompañaría a su padre, ya mayor, al viaje que hiciera a la España republicana.

Todo parecía apuntar a que el emigrante iba a acomodarse. No obstante, el espíritu rebelde e inconformista de Malagarriga le impidió amoldarse a una situación de relativo bienestar, a unos horizontes de incipiente prosperidad burguesa. Por un lado, continuaba con su obsesión por el periodismo avanzado, siempre en relación directa con lo español. En 1892 fundó en Buenos Aires *La Correspondencia de España*; un periódico sin mucho éxito. Y, cuando a comienzos del siglo XX los aires de un regenerado republicanismo español habían llegado a los emigrantes en la Argentina, haría lo propio con *La República Española*⁴⁵⁶. Esta vez, como una especie de compromiso al asumir un papel directivo en los movimientos de apoyo al republicanismo solidario que le obligaría a abandonar sus colaboraciones en el periódico español *El Liberal*, de tendencia más moderada dentro de la prensa republicana⁴⁵⁷.

La españolidad no le impidió aparecer asociado a una amplia trama de relaciones más o menos heterodoxas; por contraste con lo anterior, decididamente argentinas. Ciertamente, se preocupó por la suerte de los oprimidos del mundo entero. En 1896, en Buenos Aires, dió a la imprenta *Una causa célebre. Proceso Parsons*. Se trataba de un estudio jurídico y político acerca de un aireado e ignominioso proceso seguido contra algunos trabajadores norteamericanos. Un proceso que, por motivos ideológicos, según Malagarriga, terminó con innecesarias penas de muerte que restaban moral a una democracia política y a una administración pública responsable. Pero, fundamentalmente, donde lo encontramos fue cooperando activamente con los ambientes socialistas rioplatenses. Y es que, formados en el romanticismo y en el liberalismo, republicanos y socialistas compartían creencias, actitudes y convicciones políticas e ideológicas que apelaban a la ética, la moral, el laicismo y la extensión del derecho, bienes y servicios hacia los colectivos más humildes de la sociedad civil; toda una visión de mundo que conformaba una cultura política de tradición republicana, democrática, con optimismo en la igualdad y en la armonía de unos ciudadanos para una sociedad liberal que pugnaba por cuajar a lo largo del siglo XIX como proyecto alternativo a la hegemonía católica y conservadora⁴⁵⁸. En diciembre

Civil de Buenos Aires” de C. Malagarriga como una “publicación interesante y motivo de felicitación” [y] “un trabajo de innegable valor”, *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, Madrid, 1893, tomo 2, 83, p. 431.

455. Al respecto, ver, A. Duarte, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, prólogo de J. Álvarez Junco, Lleida, Milenio, 1998, p. 81, nota 11

456. Sobre La República Española, Á. Duarte, *La república...*, pp. 97-100.

457. C. Malagarriga, *Prosa muerta...*

458. Para la visión del mundo del republicanismo, José Álvarez Junco, Los “amantes de la libertad”: la cultura republicana española a principios del siglo XX”, en Nigel Townson (ed.).

de 1894 Malagarriga participó de los primeros ensayos para crear la Biblioteca Obrera de una organización política que se formaría poco tiempo después. Siguiendo la inspiración de Juan B. Justo y con la iniciativa, entre otros, de José Ingenieros —entonces todavía un estudiante— ve la luz un Centro Socialista Obrero con el fin de divulgar los problemas reales de amplios sectores de la sociedad argentina, editar publicaciones, dictar conferencias y formar una biblioteca. Para llevar a cabo la empresa, se sumaron afectos y complicidades. Entre otras, las de Malagarriga. También, la del periodista y escritor Roberto J. Payró y a renglón seguido, la de Leopoldo Lugones, recién llegado de Córdoba y exitoso autor de *Las montañas del oro*. La gestación de la Biblioteca fue lenta y Malagarriga tendría ocasión de asistir al parto. Casi, casi, de ejercer de comadrona. El 29 de agosto de 1897, fundado el Partido Socialista, el Centro se trasladó a la calle México 2070, casa construida especialmente por el socialista alemán Cristián Haupt, en la que quedaría instalada esa Biblioteca Obrera “donde los trabajadores amantes del progreso deb[ían] concurrir a inscribirse como socios”. Durante la inauguración hablaron Justo, Malagarriga, Ingenieros, Lugones y Alejandro Mantecón. Y, cuando los dirigentes del Partido Socialista determinaron que el Centro Socialista de Estudios se convirtiese en un lugar abierto, en una Biblioteca Obrera, decidieron que “se encomend[ase] al abogado español Dr. Carlos Malagarriga y a Antonio Piñeiro [para] que formularsen un reglamento y procedieran a la organización definitiva de la citada Biblioteca”. En 1897 la entidad registró 54 socios, 300 libros y folletos y 778 lectores en su sala⁴⁵⁹. Como letrado de convicciones republicanas y demócratas, Malagarriga contribuía a transmitir valores de arriba a abajo para la sociedad civil argentina en plena expansión. Y, también, a la gestación de nuevos ciudadanos de origen obrero con un horizonte meritorio mediante la educación.

En los inicios del socialismo argentino, Malagarriga participó de un singular y pujante mundo intelectual. Así le vemos al lado de Ingenieros y Lugones en un momento en que ambos compartían un *inconformismo* muy propio de la época y asumían la forja de un periódico socialista revolucionario que se dio por nombre *La Montaña*. El periódico, de ocho páginas, organizado en las clásicas secciones de estudios sociológicos, arte y filosofía, variedades y actualidad, dio cabida a un par de colaboraciones de Malagarriga. La implicación será breve en el tiempo, como efímeras eran la mayoría de esas empresas periodísticas y fugaces los contactos que los jóvenes apasionados mantenían por esos años, tanto en Argentina como en España, con las corrientes más avanzadas de la izquierda. *La Montaña* era uno de esos papeles de sabor democrático popular, muy conectados al socialismo a la francesa, partícipes del republicanismo revolucionario emparentado con la acción política *sans-culotte*.

La primera colaboración de Malagarriga fue la traducción de una nota de la *Revue Socialiste* que instruía sobre por qué había que luchar por la igualdad social. *Cuentas claras* proponía, de hecho, una contabilidad *sui generis*, bastante tosca pero perfectamente equi-

El republicanismo en España (1830-1977), Alianza Universidad, Madrid, 1994, pp. 265-292.

459. *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de octubre de 1897. Para los inicios del Partido Socialista en Argentina sigue siendo referencia el clásico libro de Richard Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Universidad de Texas at Austin, 1977, capítulos 1 y 2.

parable, en sus intenciones, a las que pueden encontrarse en nuestros días al enfrentar los análisis planetarios de las desigualdades sociales. En el artículo se contabilizaba la producción alimenticia que se alcanzaba anualmente en Europa y Norte América y, confrontados con datos demográficos, se deducía que la tierra procuraba a cada hombre más del doble de la cantidad de alimento que éste necesitaba. No obstante esa riqueza se dilapidaba: “ese sobrante es lo que tiran los que están hartos, lo que se desperdicia en la mesa de los ricos, lo que éstos necesitan, no para consumirlo, sino para evitar que lo consuman los demás, lo cual es la esencia del lujo”. Semanas más tarde la colaboración en *La Montaña* adoptó la forma de un artículo original para hacer pedagogía del Derecho entre los sectores más desprotegidos de una sociedad liberal como la Argentina. En *La lucha de clases en el derecho* contaba cómo el conflicto social podía afectar al campo de las leyes; en concreto el de los embargos inmobiliarios. Y propugnó la defensa de lo tangible: “Parece realmente inverosímil que [...] a nadie se le ocurre protestar contra un sistema legal que [...] permite la invasión de lo más sagrado, el hogar y la dispersión a los cuatro vientos de lo que constituye muchas veces la única propiedad de una familia”. Arremetió contra los propietarios que alquilaban bienes inmuebles y los prestamistas previsores a los cuales la ley contemplaba compensación y dejaba al obrero indefenso y sujeto al poder coercitivo y sancionador. “Tenemos, pues, a la ley en flagrante delito de complicidad con el capital [...] si en la Edad Media todos los privilegios estaban en los guerreros y en los frailes, en la Edad Burguesa deben tenerlos los propietarios que son ‘el nervio del Estado’. Solamente puede venir el remedio de un concepto nuevo del derecho que ampare por igual a todos”, comentaba Malagarriga.

¿Cómo podía hacerse realidad esa nueva era? Malagarriga expresó con claridad su escepticismo respecto de la posibilidad de un advenimiento fácil. Y no apeló a la autoridad de Carlos Marx sino a la de Víctor Hugo para advertir que los que han hecho las leyes para una clase social tendrían que pasar por su particular purgatorio tarde o temprano; la de una especie de dictadura del proletariado en versión latina: “Más tarde vendrá la síntesis: la justicia regirá las relaciones humanas [...] pero me sospecho que no llegaremos a verlo los presentes”⁴⁶⁰.

A pesar de esas contribuciones, Malagarriga no continuaría colaborando en el Partido Socialista. La *ley de residencia*, sancionada en 1902 y que facultaba al Poder Ejecutivo argentino a la expulsión discriminatoria de aquellos extranjeros que alteraran orden público, no animaba a trabajar en defensa de los huelguistas afectados y, muchos, militantes del partido. Después de todo, para un profesional que no quería tener conflictos con la justicia argentina era menos problemático proteger los intereses étnicos que los de clase. Seguir vinculado al Partido Socialista no hubiese facilitado su asimilación a la nueva sociedad a pesar de que los socialistas tenían prometedores proyectos políticos hacia los extranjeros; tampoco sus ansias de prestigio social. La colectividad y todo su

460. Los artículos citados nos fueron facilitados con gran amabilidad y extremada rapidez por las responsables de ese centro de referencia en el estudio del pensamiento socialista que es la Biblioteca José María Aricó, en Córdoba (Argentina). En el catálogo de la misma figura la entrada XIX K 5148. Nuestro agradecimiento expreso y sincero para doña Analía Novo y sus colaboradoras.

entramado asociativo y comercial ofrecían suficiente negocio para el ejercicio de la abogacía. Hasta pudo darse el lujo de hacer filantropía con su profesión y abrió un “consultorio para pobres” españoles en la Argentina. Fue un abogado dispuesto al servicio de la colectividad. De hecho, se había hecho famoso en los comienzos del siglo XX por un caso de implicaciones internacionales. Por su perspicacia profesional, Malagarriga había conseguido la libertad provisional de seis gallegos detenidos —a pedido del ministro alemán en el Río de la Plata— por matar, en un barco de bandera de su jurisdicción, a cuatro montenegrinos en defensa de la honorabilidad femenina y de una hidalguía de casta⁴⁶¹.

Heterodoxo y masón

En esos medios socialistas, tocados por la heterodoxia y marcados por un clima intelectual predispuerto a la recepción de toda suerte de novedades, Malagarriga conoció a Macedonio Fernández. Macedonio, que así pasará a la posteridad, en su primer libro publicado —*No toda es vigilia la de los ojos abiertos* de 1928— recordaba sus tiempos de formación y, en una acotación, apuntaba: “me hizo gloriosa visita anteayer, y recordando que por fin teníamos la misma edad de autores, y no aquella de veinte años que tenía yo cuando hice conocer Bergson al pensador Malagarriga a cambio de regalarme él a [Arthur] Schopenhauer; villano negocio en el resultado, no en la intención, hice con el amigo [...]”. Efectivamente, Malagarriga, diecisiete años mayor que Macedonio, se convirtió por un tiempo en una suerte de pigmalión que le dio a conocer *El mundo como voluntad y representación* del filósofo alemán⁴⁶². Predispuerto a ejercer un magisterio iconoclasta, rebelde, entusiasta, asumió la condición de padrino de la tesis doctoral de Macedonio: *De las personas*⁴⁶³.

No menos singular fue el papel de Malagarriga en la masonería argentina. Constaba por derecho propio, como representante eximio de la organización en el ámbito profesional de los abogados⁴⁶⁴. También porque, como masón y como emigrante, había intentado una iniciativa que, sin que llegase a cumplir los objetivos propuestos, ponía en evidencia los intereses de nuestro protagonista: el de inmiscuirse en el mundo profesional y de la política por vínculos asociativos entre gente selecta y la participación en espacios de sociabilidad abiertos también para extranjeros librepensadores. De hecho, en el verano austral de 1898 a 1899, desde la logia *Libertad* se animaría incluso a preguntar a las restantes comunida-

461. Referencias al suceso en Emilio Villegas, *Bosquejo histórico de El Diario Español*, Buenos Aires, 1907. También, “La obra de este diario. Algunos hechos señalados”, *El Diario Español* (en adelante, *EDE*), 2.V.1920.

462. Fernández, Macedonio, *Obra Completa*, Corregidor, Buenos Aires, 1996, VIII, 315, al pie.

463. *De las personas* (tesis presentada a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociológicas para optar al Grado de Doctor en Jurisprudencia, manuscrita, fechada “Bs. Aires Mayo 22 de 1897”, aprobada “Buenos Aires, Junio 11-1897”, por A. Montes de Oca y E. Navarro Viola; padrino: Dr. Carlos Malagarriga). Originalmente, Ms N° 249.838 Biblioteca Nacional de Buenos Aires, de donde desapareció. *MNEF LXXXIII* agrega: “Manuscrito de la colección Candiotti, tomo 134.” Esta tesis, entretanto recuperada, aguarda aún publicación.

464. Alcibíades Lappas, *La masonería argentina a través de sus hombres*, Imp. Belgrano, Buenos Aires, 1966, p. 270.

des masónicas qué creían sobre las circunstancias específicas de la vida política argentina. Persuadía a “la conv[eniencia] de los intereses masónicos bien entendidos [para] la decidida intervención de la Masonería en la política del país”. Entre los cuadros voluntarios a la obediencia organizativa se podían garantizar las fidelidades políticas para “centralizar y condensar las aspiraciones públicas de los nacionales y extranjeros”, decía. Así, la reunión de individuos con intereses comunes podía ser funcional a la política argentina y un medio privilegiado para el bienestar público. Por eso, Malagarriga proponía que las cuestiones de predominio religioso, el reparto de impuestos y los problemas sociales fuesen también asuntos de discusión en el seno de las organizaciones masónicas para que los anhelos comunes “no sean explotados o aprovechados de un modo irregular y parcial”, sino para intervenir en la vida pública argentina y en la ejecución de medidas en el ámbito nacional, de las provincias o de los municipios. Para ello, decía, había que participar de las resoluciones de miembros masones a los partidos políticos o, de lo contrario, formar otros nuevos a partir de la confianza entre los pares⁴⁶⁵. Y es que no hacía más que poner en práctica los referentes del pensamiento republicano, de raíces jacobinas y hasta populistas, que le habían animado a hacer política desde los años de juventud y en el que se condensaban varias cosas: moralismo para las multitudes, cierta desconfianza en las administraciones públicas, asociacionismo, racionalización de la vida política e intelectual, interclasismo y la revalorización de los espacios civiles para facilitar lenguajes comunes entre individuos que compartían principios e ideas. Todo, en aras de democratizar la vida política y de eliminar los privilegios sociales⁴⁶⁶. El régimen republicano de la sociedad que había elegido para vivir era el horizonte posible para desplegar la visión del mundo de un radical, inconformista y a la vez creyente de los valores más genuinos del romanticismo que había tamizado a su generación.

Republicano, solidario y patriota español

Como se ha venido adelantando, Carlos Malagarriga formó parte de los activos que politizaron a la colectividad española en Buenos Aires en los comienzos del siglo XX. Lo hizo como republicano y como patriota español a la distancia. A diferencia de otros publicistas y notables emigrados, a Malagarriga no lo encontramos comprometido en los pasos fundacionales de la Asociación Patriótica Española (APE). Su identificación con el patriotismo español a la distancia se destapó más bien en medio de la oleada del regeneracionismo republicano que había llegado hasta los que habían emigrado al otro lado del Atlántico. Su reencuentro con la esperanza republicana le había ofrecido la ocasión para demostrar que su amor a la patria no se había desvanecido. Su apuesta por construir españolismo desde la diáspora migratoria lo había llevado a distanciarse del Partido Socialista pero también a definir su posición ante el nacionalismo catalán, que por entonces

465. *La Masonería según sus Documentos*, por Fray E. de Guadalupe, O. P. D. G., Editorial Nuevo Orden, Buenos Aires, julio de 1980, 2ª ed.

466. Sobre masonería y sociabilidad, ver argumentos de Pilar González Bernaldo, “La sociabilidad y la historia política”, en <http://nuevomundo.revues.org/index24052.htm>.

también despertaba. Eligió la publicación de la APE, *España* —entonces dirigida por Antonio Atienza y Medrano, un republicano moderado en la emigración—, para expresar su envite a una España plural, a una nación con diferencias culturales. El de la patria grande y el de la patria chica “no [eran] dos amores contrarios; al querer a Cataluña, en ella quiero a España [y] no siento los odios menudos de región a región”, decía.⁴⁶⁷

Junto a otros republicanos en la emigración, como Rafael Calzada, Antonio Atienza y Medrano, e Indalecio Cuadrado, Malagarriga formó la Liga Republicana Española en 1903⁴⁶⁸. A pesar de las convicciones republicanas, este grupo de personas había rechazado participar de la vida política argentina con plenos derechos. La mayoría de extranjeros desestimaban nacionalizarse argentinos para votar y ser votados en el nuevo país aunque la legislación lo favoreciera. Apenas lo hizo entre el 2 y un 4% del total de extranjeros; después de todo, las libertades civiles estaban garantizadas por la Constitución argentina. Según sostenían los notables de la colectividad, ellos no querían dejar de ser españoles. Sin embargo, lo que parecía pesar en la decisión era la puesta en juego del reconocimiento logrado en los ámbitos de sociabilidad comunitaria y en la trama de los favores mutuos con los referentes locales. El riesgo de participar en la vida política argentina con plenos derechos colocaría al extranjero en una situación marginal dentro del sistema⁴⁶⁹. Más rentable, visible y aparentemente menos conflictivo era hacer política del patriotismo español a la distancia. Por varias razones. Primero, porque revalorizaba el lugar de España para una identidad nacional argentina que, desde finales del siglo XIX, algunas elites locales se empeñaban en transmitir por medio de políticas de homogeneización cultural para una sociedad plural. Segundo, porque sopesaba el peso de la colectividad española frente a la de otros colectivos migratorios, cosa que ayudaba, además, al reforzamiento de los lazos de los notables españoles con las elites locales. Tercero, porque se aseguraban los negocios cautivos de la colectividad. Cuarto, porque podían influir en la vida política española. Y, finalmente, porque de ese grupo podían salir las personas referentes para iniciativas políticas y/o económicas con proyección internacional entre España y Argentina. De hecho, Malagarriga se reconocía entre esos emigrantes que podían tener una “parte principalísima” (*sic*) en un americanismo de carácter regenerador, basado, decía, en la exaltación de la idea de raza y en la glorificación del pasado civilizador de España en América. Y es que, creía —como otros republicanos en la emigración— que la política americana podía ser un instrumento de homogeneización cultural que el Estado español desatendía: “impon[ía] un ideal común a nuestras regiones y “los ideales comunes hacían fuertes a los pueblos y se imponían a cuestiones menudas”⁴⁷⁰.

467. *España*, Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 2.I.1904.

468. Sobre la Liga Republicana Española, seguimos lógicamente a A. Duarte, *La república*

469. Sobre inmigración y política en Argentina, una amplia bibliografía. Referencias en M. García, “Emigración y política...”. También, Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pp. 260-263.

470. C. Malagarriga, “España potencia americana”, *España*, 1, 2.VII.1903.

La Liga Republicana Española (en la Argentina) había movilizado a afanosos notables emigrantes con un pasado republicano para influir en la vida política española. Y es que, en 1903, unos resultados electorales relativamente buenos para los republicanos de algunas ciudades españolas habían permitido la entrada de una minoría de 35 diputados en el Parlamento. Viejos y nuevos líderes del republicanismo, moderados y radicales, se habían sumado al clima regeneracionista de los inicios del nuevo siglo y habían aunado energías en la Unión Republicana. Al frente de la nueva organización estaban Nicolás Salmerón, uno de los primates del partido, y otros jóvenes con apoyo popular, vocación programática y nuevas tácticas organizativas para hacer política entre las masas del medio urbano. Era el caso de Alejandro Lerroux en Barcelona y de Vicente Blasco Ibáñez en Valencia. El júbilo había animado a nuevas empresas políticas de oposición a la monarquía que exigían recursos económicos que no se habían encontrado en Francia o en Bélgica, pero sí los ofrecieron los republicanos emigrantes en la Argentina. Más dispuestos, estos últimos, a organizarse, a mostrar el mérito logrado en la emigración y a hacer propaganda por las causas patrióticas⁴⁷¹.

Junto a Rafael Calzada, Carlos Malagarriga figuró entre los influyentes de la colectividad que impulsaron la formación de la Liga Republicana Española en mayo de 1903 y del Centro Republicano Español en 1904. Como presidente y vocal de la Liga respectivamente, y como presidentes honorarios del Centro, organizaron banquetes en salones, mítines en teatros, colectas, donaciones, llamados a suscripciones, y propaganda política desde la prensa de la colectividad para socializar a la colectividad y recaudar dinero para el auxilio económico de la República soñada en España⁴⁷². El republicanismo, decía Malagarriga, significaba regeneración, nación y europeización. E invitaba a todos los españoles en la emigración, aun con diferencias políticas, a unirse a la causa porque era “oxigenación de la raza”⁴⁷³. La politización de los emigrantes a favor del despertar republicano en la península había reabierto las críticas a la monarquía y a los partidos que la sostenían. Y también, las diferencias con otros notables españoles en Buenos Aires adptos al régimen. Con su pluma y su oratoria, Malagarriga contribuyó a generar ese clima de confrontación dentro de la colectividad española que tenía en vilo a la representación consular española. Por entonces, defendió la gallardía de líderes republicanos de segunda fila, como Lerroux o José Nakens para emprender nuevas empresas de movilización colectiva y tildó a los liberales de “fieles criados de la real casa” y “enemigos de la patria”⁴⁷⁴.

471. Joaquín Romero Maura, *“La rosa de fuego”. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Alianza, Barcelona, 1989, p. 318.

472. Sobre la labor de Malagarriga en el Centro Republicano Español, *La República Española*, Buenos Aires, 19.VI.1904 y 24.VII.1904. Cf. I. García, “El oro de América...”, p. 20.

473. C. Malagarriga, *Prosa muerta...*, p. 41.

474. “No debemos esperar nada de los partidos conservadores o liberales, que viven de la sabia monárquica, de la política eternamente inepta, causante de todas las desdichas patrias”, C. Malagarriga, *Prosa muerta...*, p. 143 y 159. Para una descripción de los problemas que los republicanos generaron en la representación diplomática española en Buenos Aires, Daniel Rivadulla Barrientos, *La “amistad irreconciliable. España y Argentina, 1909-1914*, Edit. Mapfre, Madrid, 1992, pp. 95 y ss.

También, arremetió contra los “alfosinos seudocortesanos” que existían en Buenos Aires y no querían incorporarse a la Liga. E invitó al resto de la colectividad a sumarse al descontento por un destino deshonroso que el Estado español había dado al crucero “Río de la Plata” que la APE había mandado a construir para la patria con motivo de la guerra contra Estados Unidos como muestra de desinterés hacia el “sacrificio” y el “amor” de los emigrados, decía⁴⁷⁵.

Las recompensas personales y los destinos de los fondos al auxilio republicano acabaron dividiendo a los notables españoles de la Liga al poco tiempo de su fundación⁴⁷⁶. Los españoles emigrantes con renombre en la Argentina reprodujeron los mismos desacuerdos que había en el seno de la Unión Republicana y que también salpicaron a Malagarriga. Los republicanos más radicales, los seguidores de Lerroux, desde España ofrecieron a Rafael Calzada una candidatura para la Cortes españolas que no resultó ganadora en las elecciones de 1905, pero sí en las de 1907. El ofrecimiento no había partido de los sectores más moderados que lideraba Salmerón y para impugnar la candidatura, éste contó con Atienza y Medrano; un viejo discípulo republicano. Más que objetarla, Atienza y Medrano optó por la moderación proponiendo alianzas entre liberales monárquicos y republicanos. Carlos Malagarriga defendió, en 1904, la candidatura de Calzada, aunque le costase enfrentarse públicamente con el entonces presidente de la APE⁴⁷⁷. Pero, en 1906, cuando él mismo no tuvo el apoyo para ser elegido también en nombre del republicanismo en la emigración, se definió por Solidaridad Catalana. El proyecto, liderado por Salmerón, se afanó por encontrar vías legales de encuentro entre el republicanismo democrático y el nacionalismo catalán para capitalizar las demandas un Estado central gobernado por Antonio Maura y otros conservadores, poco afectos a la descentralización institucional⁴⁷⁸. En Buenos Aires, la idea tuvo adeptos y detractores. Unos, por creerla que podía ser útil para guiar la integración de los españoles en la sociedad argentina y reforzar liderazgos dentro de la colectividad. Otros, por entender que actualizaba un viejo debate en la política española: el del regionalismo que entonces podía satisfacer a las aspiraciones separatistas de Cataluña⁴⁷⁹. Entre los primeros estaba Carlos Malagarriga; fue su principal impulsor dentro y fuera de la colectividad española entre finales de 1906 y 1909. Trabajó en la idea de formar Solidaridad Española

475. C. Malagarriga, *Prosa muerta...*, p. 36.

476. Sobre las diferencias que causó el “Tesoro de la República” entre la amplia familia de oportunos republicanos a ambos lados del Atlántico, A. Duarte, *La república...*, pp. 162-168. También, las precisiones de I. García, “El oro de América”, pp. 269-277.

477. C. Malagarriga, “A un pacífico” y “Buen viaje”, *La República Española*, 13 y 20.X.1904. Cf. I. García, “El oro de América”, p. 269.

478. Sobre las diferencias, C. Malagarriga, *Prosa muerta...*, 101-104. También, A. Duarte, *La república...*, p. 175; A. Atienza y Medrano, “El alma española”, *España*, 65, 2.XI.1904 y M. García Sebastiani, “Atienza y Medrano...” en este libro. Sobre el proyecto de Solidaridad catalana, varias referencias. Entre ellas, Manuel Suárez Cortina, “Solidaridad catalana y los orígenes del Partido Radical”, en Id., *El gorro frigio...*, pp. 270-299. También, Fernando Martínez López, “Nicolás Salmerón y Alonso. Entre la revolución y la política”, en Javier Moreno Luzón (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Taurus-Fundación Pablo Iglesias, Madrid, pp. 129-160, especialmente, p. 159-160.

479. Enrique Vera y González, “El problema de la Solidaridad”, *EDE*, 26.VI.1907.

en la Argentina para aupar “a quienes pesa[ba] la necesidad de ser algo en la vida pública” de las dos naciones⁴⁸⁰. Y formuló su primera propuesta más elaborada para hacer patriotismo español a la distancia y generar un mercado seguro para sus negocios profesionales; en ella cabían sus convicciones de republicano a favor del asociacionismo, la solidaridad, la representación de la voluntad popular y el empeño por luchar por causas justas: “ni en mi patria de origen ni en ésta he renunciado al derecho de trabajar por la reforma de leyes erradas y lo conveniente para todos”, decía⁴⁸¹.

Además, parecía tener el camino más o menos despejado para despuntar como líder dentro del republicanismo de los españoles de Buenos Aires. Por entonces ya había muerto uno de sus competidores en la Liga: Antonio Atienza y Medrano, a quien despidió con reconocimiento⁴⁸². Por su parte, Rafael Calzada, el más respetable español de Buenos Aires que había sido elegido como diputado en 1907, si bien había dado la bienvenida al proyecto de Solidaridad, estaba enzarzado en las luchas políticas del republicanismo y en la oposición en las Cortes de Madrid a la *ley de administración municipal y provincial* que era el proyecto reformista estrella de conservador Antonio Maura que nunca llegó a aprobarse⁴⁸³. Malagarriga tenía, además, el apoyo del *Centre Català* de Buenos Aires y del *El Diario Español* como plataforma de propaganda política. El director de la prensa de la colectividad, Justo López de Gomara, contaba con él y con su iniciativa solidaria para acrecentar su influencia entre los periodistas argentinos ya que había sido poco antes nombrado vicepresidente de la Asociación de la Prensa⁴⁸⁴. Sin embargo, a Malagarriga le surgieron nuevos competidores dentro de la amplia familia republicana. Entre ellos, Alejandro Lerroux quien había decidido su aventura migratoria entre los ricos emigrantes españoles de la Argentina y sus influyentes amigos argentinos para salvarse de causas pendientes abiertas por el gobierno de Antonio Maura. Lerroux estuvo en Argentina entre octubre de 1908 y junio de 1909 con pocas sombras políticas dentro del republicanismo, ya que Salmerón había muerto en noviembre de 1908, y haría todo lo posible para hacer fracasar la apuesta solidaria de Malagarriga.

¿En que consistía su propuesta de movilizar activos y recursos en nombre de una Solidaridad Española en la Argentina? La definió en junio de 1907: en formar una “conciencia colectiva española” en la emigración, proteger sus intereses para facilitar la asimilación en la nueva sociedad sin que perdiesen los vínculos con la patria ausente⁴⁸⁵. En

480. “Solidaridad patriótica”, *EDE*, 9.VI.1907.

481. C. Malagarriga, “El problema español en la Argentina”, *EDE*, 20.V.1907.

482. Lo recordó como “el cantinela avanzado de la lengua castellana y defensor de su pureza en el diario más leído de América (*La Prensa*). Por él, el idioma había salido ileso de los ataques de otros idiomas. [Y Había] sido el maestro de todos y en el lenguaje corriente del periodismo argentino había influido como nadie”, C. Malagarriga, “A la memoria de Atienza y Medrano”, *España*, 148, 22.VII.1906.

483. Sobre el papel desempeñado por R. Calzada en el Parlamento español, M. García, *Emigración y política...*, pp. 197-198 y 213-214. También, A. Duarte, *La república...*, pp. 186-187. Sobre el proyecto legislativo, María Jesús González, *El Universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 150-166.

484. Para el apoyo de Centro Catalá, C. Malagarriga, *Prosa muerta...*, pp. 224-225 y *EDE*, 13.VI.1907. Sobre el nombramiento de López de Gomara, *EDE*, 2.V.1920.

485. Ver, C. Malagarriga, “Posibilidad de una conciencia colectiva”, *EDE*, 4.VI.1907.

concreto, proponía formar una gran asociación de individuos y sociedades de españoles en la Argentina “con vínculos de amor doble” entre las dos patrias. En sí, una confederación entre las sociedades españolas más pujantes en Buenos Aires —la Sociedad de Socorros Mutuos, el Hospital Español, el Club Español y la Cámara de Comercio, amparada por la APE—, representada por una comisión permanente y sostenida por un fondo solidario mediante la contribución mensual de sus miembros. A cambio, todos los emigrantes tendrían amparo legal y la posibilidad de gestionar el reconocimiento de derechos políticos para intervenir en la administración pública argentina⁴⁸⁶. Y es que su propuesta avivó el debate sobre la disociación entre el habitante productor y el habitante ciudadano en la Argentina; sobre la participación de los extranjeros en el sistema político argentino. Malagarriga se pronunció abiertamente a favor de que los españoles tuviesen derechos políticos y participasen en la toma de decisiones públicas. O sea, hacer de ellos unos ciudadanos extranjeros en la Argentina que no accedieran a los favores de cónsules y sí “emancipando al comerciante o al jornalero gallego [...] del carácter siervo que hoy les condenan no pocas autoridades subalternas⁴⁸⁷. ¿Cómo proteger si no existían condiciones de igualdad ciudadana, cuando “había que aceptar una rebaja en la condición personal respecto a los naturales que goza[ba]n de derechos políticos”? La solución estaba, según él, en que el gobierno atendiese a una “gran naturalización por efecto de fuerza de una ley” sin dejar que “España contara con una gran colonia en el extranjero, fuerte y poderosa”⁴⁸⁸. De esa manera, el prestigio ganado entre los españoles emigrantes podía fortalecerse entre quienes estaban dentro y fuera del entramado asociativo comunitario de cara a la preparación del protagonismo de la colectividad, y de sus individualidades más destacadas, para las próximas fiestas del centenario del pronunciamiento de los notables de Buenos Aires por separarse del imperio español⁴⁸⁹. Malagarriga anunciaba, por entonces, momentos futuros de rentabilidad simbólica para individuos voluntariosos implicados en empresas de identidad.

Malagarriga propagó su idea de solidaridad incluso fuera de la colectividad. En el ideal de una sociedad civil fuerte y de una opinión libre para un régimen republicano y democrático esbozó un proyecto de organización y funcionamiento de una solidaridad entre el periodismo argentino. Un espacio, por otra parte, en el que trabajaban individualidades españolas que podían, con su pluma, sumar adeptos a sus propuestas. Su tribuna fue un congreso de periodistas celebrado en Buenos Aires en 1907 y el fondo de su propuesta era el mismo que el diseñado para la colectividad: la coordinación de entidades independientes para proteger sus intereses corporativos y fortalecer a un colectivo de opinión, y de paso, asegurarse negocios profesionales. Proponía la unión voluntaria de periodistas, su amparo legal y la gestión, por un cuerpo electo entre sus miembros, de unos fondos

486. Para la fórmula concreta, “Nuestro gran problema colectivo”, *EDE*, 5.VI.1907. También, C. Malagarriga, *Prosa muerta...*, p. 213.

487. *Ibíd.*

488. C. Malagarriga, “Los españoles en América”, *EDE*, 19.VI.1906 y 30.V.1907. Y “Solidaridad española”, *EDE*, 9.VI.1907.

489. “La solidaridad española”, *EDE*, 7.VI.1907.

para servicios mutuales y de formación para el gremio. El fin no era otro que hacer de la prensa un cuerpo con fuerza social y moralizar su autonomía ante los excesos del poder político y del sentir de multitudes. Sólo una prensa unida en intereses, respetuosa de la legalidad y con una opinión culta podía luchar “contra el comisario atropellador, contra el juez venal, contra el diputado coimero, contra el industrial falsificador, contra el comerciante contrabandista, contra el comité de vanidades o codicias reunidas, contra la huelga injusta y ciega, contra la maldad, la prepotencia o la ruindad”, decía⁴⁹⁰. Con todo, los proyectos solidarios de Malagarriga dentro y fuera de la colectividad fracasaron en su puesta en funcionamiento. Acaso, ayudaron a perfilar espacios de legitimidad social para un liderazgo más respetado entre los españoles en la Argentina. Y también, a fraguar su posición de abogado dentro de la heterogénea sociedad civil de aquellos años.

Desde lejos, por el “imperialismo espiritual” de España

En las vísperas del Centenario, Malagarriga no estaba encuadrado, por tanto, entre los republicanos que ayudaban a Alejandro Lerroux a encontrar fondos y apoyos en la Argentina para su Partido Radical que había fundado antes de dejar España. Lerroux no contaba con él para hacer política de masas. Creía que, a pesar de haberle preparado una apoteósica presentación entre la colectividad de Rosario, anclada en torno a la APE y el *Centre Català*, era aquél un oportunista demasiado activo e impredecible; “una monada de sinceridad”, con un pasado político demasiado zigzagante para quien buscaba lealtades políticas sobre todas las cosas⁴⁹¹. Si bien quería lucirse en la política española, Malagarriga no era un afortunado que podía servir para activar la maquinaria política republicana en Barcelona a cambio de una simbólica y añorada representación en las Cortes como diputado; para eso Lerroux aupó a otro republicano emigrado, Toribio Sánchez de Guevara, rico y más fácil de convencer para mentiras piadosas a la hora de hacer política⁴⁹². Tampoco se encuadraba entre los republicanos que, en 1909, se empeñaban en reorganizarse en torno a Rafael Calzada para socorrer a las familias de Barcelona afectadas por el conflicto de Marruecos⁴⁹³. Menos, entre los más exaltados que se manifestaron frente al consulado de Rosario, en octubre de 1909, quemando la bandera de la patria y tirando piedras en respuesta al fusilamiento del pe-

490. C. Malagarriga, “Solidaridad con la prensa argentina”, *España*, 213, 1.XII.1907.

491. “Y Malagarriga... el ex empleado monárquico, ex federal, ex progresista, ex zorrillista, ex socialista, ex ligüero, ex agitador de aurigas, ex director de aquel clavo nocturno titulado “Correspondencia de España” y de las tachuelas de cabeza gorda”, comentaba la prensa republicana que apoyó la estructura dejada por A. Lerroux en Buenos Aires tras su regreso a España con el fin de financiar al joven Partido Radical. Ver, “La República; esa monada de sinceridad...”, *El Republicano español*, 29.XII.1910. Sobre los recibimientos de Lerroux en Rosario, *EDE*, 27-09-1909.

492. Al respecto, Alejandro Lerroux, *Mis Memorias*, Afrodismo Aguado S.A., Madrid, 1963, pp. 306-307; J. Álvarez Junco, *El Emperador...*, p. 421 y Octavio Ruiz Manjón, *El Partido republicano radical (1908-1936)*, Tebas, Madrid, 1976, p. 89; y M. García, “Emigración y política...”, p. 202.

493. *EDE*, 11.IX.1909 y 25.IX.1909.

dagogo anarquista Francisco Ferrer autorizado por el gobierno de Maura⁴⁹⁴. Más bien, Malagarriga había encontrado un lugar acomodaticio dentro de los más notables de la colectividad que edificaban el patriotismo español. La búsqueda de reconocimiento y de legitimidad social en el nuevo contexto había hecho moderar las posturas a un ya maduro republicano, acordar con las voces favorables del catalanismo que por entonces se habían desatado en Buenos Aires y a encontrar canales de entendimiento con viejos conocidos del liberalismo monárquico. Buscó un hueco para hacer patriotismo entre los republicanos y liberales que por entonces en España se unieron para regenerar la vida política. Hacia 1909, Malagarriga ofició de representante de la colectividad española para los preparativos de las celebraciones del Centenario. Fue el elegido por la crema de la colectividad para viajar a Madrid y gestionar la confección de un monumento de los españoles en la Argentina con motivo de las celebraciones en Argentina del primer centenario del pronunciamiento de los notables de Buenos Aires por separarse de España. Un proyecto aquél que tardaría dieciocho años en concretarse por diversas dificultades que comenzaron con la muerte del encargado de esculpir la obra, Agustín Querol, antes de acabarlo⁴⁹⁵. El regreso a Madrid, con alguno de sus hijos, después de veinte años y tras haber ganado reputación en la emigración, enalteció al personaje y a sus servicios para intervenir en futuros proyectos de intercambio cultural entre España y Argentina. *El Liberal* y la revista *El Mercurio* habilitaron algún espacio para notas de Malagarriga⁴⁹⁶. El Círculo de Bellas Artes lo hizo socio honorario de la institución. Y fue agasajado por lo más afanado de la política e intelectualidad de Madrid en los salones de la Casa Lhary con discursos que elogiaron su trabajo a favor “del esplendor de la raza”, su labor periodística, profesional y patriótica en nombre de España; tal como él esperaba tras una exitosa trayectoria a partir de la emigración⁴⁹⁷.

494. Al respecto, Daniel Rivadulla Barrientos, *La “amistad irreconciliable...”,* pp. 96-103. También, José Manuel Macarro, “La imagen de España en la Argentina”, en Rafael Sánchez Mantero, J. M. Macarro y Leandro Álvarez Rey, *La imagen de España en América, 1898-1931*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, CSIC, Sevilla, 1994, pp. 97-98.

495. Agustín Querol había recibido otros encargos para dejar memoria del pasado en la ciudad de Buenos Aires. En 1906, los republicanos italianos en la emigración le habían encargado esculpir el monumento a Garibaldi. También había hecho proyectos para el monumento a Bartolomé Mitre. Sobre el monumento de Garibaldi y las polémicas que suscitó su disposición urbana, Lilia Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001, pp. 296-300. Disputaban la asignación del proyecto, además de A. Querol, Miquel Blay —natural de Gerona— y Mariano Benlliure. Malagarriga dejó constancia de su voto a Bay aunque la crema de la colectividad optase por Querol. Francisco Camba y Juan Mas y Pi, *Los españoles en el centenario argentino*, Imprenta Maestres, Buenos Aires, 1910, pp. 226-231. Fue recién en 1927 cuando se inauguró el monumento completo.

496. C. Malagarriga, “La emigración moderna”, *El Mercurio*, Barcelona, 88, 1.III.1909.

497. Entre los comensales, el Conde de Romanones, José Canalejas, Luis Morote, Melquíades Álvarez, Natalio Rivas, Gumersindo de Azcárate, Fernando Soldevilla, Modesto Sánchez, José Sánchez Guerra, Juan de la Cierva, Rafael María de Labra, Benito Pérez Galdós, Agustín Querol, José Lázaro Galdeano, Vicente Blasco Ibáñez,

Ofreció discursos en la Unión Iberoamericana y en el Teatro Real en los que se pronunció a favor de un “imperio espiritual” de España en América, eficaz y al servicio del nacionalismo español. Con toda la carga romántica y un sentimiento positivo hacia su “adorada patria ausente”, Malagarriga quiso convencer a los auditorios españoles de que América ofrecía la solución a los problemas de identidad nacional que se habían destapado con la crisis colonial de 1898: “Si España a[certara] a darse cuenta de lo que ganó con lo que creyó perder”, decía. Como receta proponía colocar a América en un lugar preferente para las empresas nacionalizadoras del Estado convenciendo a los españoles de que la obra civilizadora de España en América era parte “[d]el esfuerzo de una raza [...] para una empresa grande y dura” que no había acabado tras la independencia y por la que había que trabajar en el futuro: “los que creyeron que perdido el imperio colonial, España había acabado su misión en América, se equivocaron no viendo después del imperio territorial, la posibilidad de un imperio de almas en que habremos de hallar para cuanto amamos compensaciones”⁴⁹⁸. Desde entonces, Malagarriga se mostró dispuesto “a trabajar por las dos patrias”, a ser uno de los paladines para “enaltecer el nombre de España por encima de regionalismos, política y personalismos” entre la colonia de españoles en la Argentina, y a oficiar de mensajero de la política hispanoamericana⁴⁹⁹.

Ante la venida de la Infanta Isabel a las fiestas del Centenario argentino, Malagarriga hizo patriotismo español en la emigración, y buscó públicos y plataformas de opinión dentro y fuera de la colectividad⁵⁰⁰. Por entonces, su pasado republicano le pesaba y no glorificó a la monarquía española. Más bien valoró la visita como la oportunidad de superar las diferencias ideológicas que existían en el seno de lo más encumbrado de la colectividad: entre monárquicos y republicanos, entre carlistas y alfonsinistas, entre los partidarios de Maura y de Canalejas, y entre los propios republicanos que no lograban sumar las energías en la emigración. Invitaba a participar de la atrevida empresa monárquica en América porque, decía, “si la tomamos con indiferencia [...] nos declaramos ‘ciudadanos de ninguna parte’, hombres sin patria”. Y es que era ése un momento histórico para mostrar “lo que siempre hemos dicho que era la razón de ser de nuestra colectividad ante los argentinos y para con los españoles de la península”. De lo contrario, decía, “perdemos nuestra posición eminente de intermediarios naturales entre un pueblo que quiere y se adelanta, y otro que quiere dar también un paso adelante...”⁵⁰¹.

Malagarriga se colocaba así entre los publicistas y periodistas españoles de la Argentina afanosos por dar la vuelta a las opiniones catastrofistas y negativas que hacían de la emigración uno de los males nacionales⁵⁰². Según él, las cosas podían cambiar si se reco-

José Francos Rodríguez y José Ortega y Munilla y Augusto González Besada (entonces ministro de Hacienda). *EDE*, 20.IV.1909.

498. C. Malagarriga, “Veinte años después”, *EDE*, 11.IV.1909.

499. C. Malagarriga, “Se sabe hasta en Belchite”, *EDE*, 3.XI.1910.

500. Ver *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 607, 25.V.1910.

501. *EDE*, 17.V.1910.

502. Sobre las opiniones y visiones de la emigración entre políticos e intelectuales

nociera a los ilustres de la colonia y a su patriotismo para iniciativas de política exterior. Se atribuyó la autoría de una idea: la del “imperialismo espiritual” que no era otro que el de hacer de los registros culturales, como la lengua y la raza, los elementos clave para una voluntad de integración de intereses comerciales y educativos entre España y América. El impulso al americanismo venía de Cataluña vestido de propaganda para el fomento de mercado étnico aprovechando las ventajas de colonias emigrantes pero, decía Malagarriga, tenía que articularse con otras reformas prácticas impulsadas por el liberalismo monárquico como el nombramiento de cónsules, agregados industriales y literatos para estrechar relaciones: “era preciso que la preocupación americanista descienda de las alturas”, afirmaba. Las cosas parecían haberse encaminado a partir del viaje de la Infanta para las celebraciones del Centenario argentino y podían mejorarse si “la dinastía tomase como empeño propio el de lanzarse por los caminos que el porvenir de América brinda a la raza y la lengua” y si apreciara los recursos y la disponibilidad de los patriotas españoles de Buenos Aires. Su empeño estaba en hacer ver que América podía ofrecer soluciones para empresas económicas y de identidad nacional española; el mercado natural para el consumo de “los sainetes españoles, los azulejos... actores, tratados de filosofía, de crítica, de lógica”, decía⁵⁰³. Podría decirse que, el de Malagarriga se enmarcó entre los proyectos que quedaron deslucidos para conmemorar en España el Centenario de las Cortes de Cádiz a pesar del impulso al americanismo para la ocasión y de la iniciativa del republicano Rafael María de Labra de implicar a emigrantes en los recuerdos del liberalismo español en América⁵⁰⁴.

Por el buen papel desempeñado en sus misiones patrióticas, los varones del patriotismo español en Buenos Aires confiaron en los oficios altruistas de Malagarriga para hacer mostrar cómo la APE protegía a los españoles emigrantes. Defendió a una mucama y a una cocinera, ambas mujeres españolas desamparadas, que habían sido violadas en las calles de Buenos Aires. Y es que la obstinación del catalán españolista por hacer pública una política exterior con beneficios a los intereses españoles dentro y fuera de América, le habían permitido tener, por fin, un lugar entre la crema de la colectividad. Su gestión como abogado hizo posible que aquel crimen no quedase impune y, a cambio, fue nombrado socio honorífico de aquella institución comunitaria; toda una muestra de distinción para una trayectoria meritoria de un hombre que en la emigración buscaba prestigio⁵⁰⁵. Como abogado de la colectividad, en 1913, también representó a la APE, junto a otros letrados

españoles, Blanca Sánchez Alonso, *Las causas de la emigración española*, Alianza, Madrid, 1995, capítulo 2.

503. Al respecto, C. Malagarriga, “El correo de Cataluña”, *EDE*, 20.VI.1911; “Política Hispanoamérica”, *EDE*, 24.XI.1911, 30.IV.1912 y 8.V.1912.

504. Al respecto, ver “Aproximación hispanoamericana. Iniciativa del senador Labra”, *EDE*, 26 y 29.XI.1911 y 19.III.1912. Sobre el papel del americanismo en la conmemoración, J. Moreno Luzón, “Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz”, *Ayer* 52 (2003), pp. 207-235.

505. Ver, “Del Dr. Malagarriga”, *EDE*, 8.IX.1910, y Félix Ortíz y San Pelayo, *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española*, Librería de la Facultad Juan Roldán, Buenos Aires, 1914, pp. 137-139.

de la colectividad, en el pleito que mantuvo con el Estado español. Este último solicitaba la mitad del importe de las tierras paraguayas vendidas dos años antes por la institución y que habían sido donadas por Carlos Casado del Alisal para ayudar a la suscripción nacional organizada por los españoles en la emigración en medio del conflicto con los Estados Unidos, en 1897⁵⁰⁶.

Asimismo, en 1912, y en pleno despertar de la hispanofilia tras las celebraciones del Centenario, Malagarriga presidió en Buenos Aires el Ateneo Hispano Americano, un centro de estudios españoles con pretensiones de perfilar el papel de la colectividad para una política hispanoamericana, entonces difusa. Para la iniciativa “de buena voluntad”, como él mismo la definiría años más tarde, contó con el apoyo de algunos letrados de la colectividad como Justo López de Gomara, Juan Mas y Pí y Martín Dedeu para hacer propaganda. También, con el de las burguesías gaditanas y catalanas. Su intención era reunir voces e intereses en un Congreso hispanoamericano en Cádiz y organizó una pomposa inauguración del Ateneo a la que asistieron Vicente Blasco Ibáñez y Rubén Darío, por entonces en Buenos Aires, el ministro argentino de Instrucción Pública y los cateóricos hispanistas vinculados a la APE: Joaquín V. González y Estanislao Zeballos. Sin embargo, su actividad quedó reducida a la celebración de algunas fiestas a la diplomacia latinoamericana y a la recepción de algunos llegados desde España como Rafael Vehils, el secretario de Francesc Cambó y enviado del catalanismo emprendedor e insistente en mostrar la disponibilidad para hacer negocios en América del Sur. Sin embargo, su proyecto acabó cediendo ante otro que tenía más fuerza, consenso y peso intelectual: el de la Cátedra de Cultura Española que contaba con el apoyo de la Universidad de Buenos Aires, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas del Ministerio de Instrucción Pública del gobierno de España y estaba financiada por la colectividad reunida en torno a la APE⁵⁰⁷. Malagarriga aceptó contentarse con lucidos reconocimientos dentro de la colectividad. La APE, en 1915, vistió con diploma y medalla la honorabilidad de tenerlo como socio⁵⁰⁸.

Así, y a pesar de su tenaz insistencia y de las muestras públicas por sus méritos y esfuerzos, Malagarriga quedaría en un espacio marginal para la definición de las políticas culturales entre España y Argentina que tendrían más proyección para las relaciones bilaterales futuras. Más bien, había ayudado a construir tarimas pero acabó formando parte

506. Sobre los actores implicados en el proceso y en la mediación del acuerdo, F. Ortíz y San Pelayo, *Boceto histórico...*, pp. 149-199.

507. Sobre la institución, *El Heraldo de Madrid*, 16.I.1912 y “España y la Argentina. Don Carlos Malagarriga, *El Mercurio*, 303, III.1918, pp. 77-78. Sobre la Institución Cultural Española, ver Marta Campomar y Javier Zamora Bonilla, “Avelino Gutiérrez (1864-1946): la ciencia y la cultura entre las dos orillas” en este mismo volumen. También, Consuelo Naranjo Orovio, “España a través de un espejo: una nueva imagen de las Instituciones Culturales españolas en América”, en X. Amancio Liñares Giraut, *Ciudadanos españoles en el mundo. Situación actual y recorrido histórico*, Grupo España Exterior, Vigo, 2008, pp. 103-124.

508. Al respecto, Asociación Patriótica Española, *Memoria 1915-1916*, Editorial El Diario Español, Buenos Aires, 1916, p. 4.

de la escenografía del intercambio científico, de las legaciones de patriotas allende el mar que homenajeaban a los enviados de la modernidad cultural de España. Por ejemplo, Malagarriga fue a Montevideo con su hijo Carlos C. y otros preeminentes de la colectividad a buscar a José Ortega y Gasset —y a su padre, José Ortega Munilla— para cruzar a Buenos Aires durante su primer viaje a la Argentina, en 1916⁵⁰⁹. Pero no fue el elegido para viajar a España, en 1919, como símbolo y persona influyente de los españoles en la ciudad del Plata para intensificar las relaciones científicas entre España y Argentina; lo fue Avelino Gutiérrez⁵¹⁰. Asimismo, cuando en 1917 el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen decretó el 12 de octubre como fiesta nacional del día de la Raza en homenaje al linaje de España en la nacionalidad argentina, Malagarriga no destacó entre los oradores más lucidos de la colectividad en las ceremonias oficiales y aconsejó que además de la conmemoración compartida, los españoles en la emigración celebrasen el 2 de mayo como el día patriótico. De ese modo, se sumó a las voces que, a raíz del centenario de la independencia argentina, en 1916, y de la oficialización del 12 de octubre como fiesta nacional, revisaron las interpretaciones de la “Revolución americana” y las implicaciones en el proceso del constitucionalismo liberal español⁵¹¹.

Con todo, tras treinta años de emigración, Malagarriga ya figuraba entre los “talentosos españoles” al que las elites locales podían acudir a la hora de pedir recomendaciones, contactos y consejos para los viajes de paseo, estudio o introspección de las herencias hispánicas para entender y narrar la identidad nacional argentina. Por ejemplo, el escritor Manuel Gálvez, quien en sus tiempos de juventud acudió a Malagarriga para unas cartas de recomendación que lo vincularan con periodistas españoles durante sus viajes por tierras castellanas en 1906 y en 1910. Le había dado una “halagadora recomendación” para José Francos Rodríguez, por entonces “famoso director de *El Heraldo de Madrid*”⁵¹². En todo caso, la búsqueda de recomendación era una muestra más, entre muchas, de que el repiqueteado patriotismo de los españoles en Buenos Aires generaba cohortes a la hora de construir la retórica hispanista para los primeros discursos nacionalistas que, de la mano de intelectuales de provincia, animaban por entonces a la vida cultural argentina para combatir el cosmopolitismo porteño pero que, en la década siguiente, iban a formar parte de los discursos ideológicos y políti-

509. José Ortega Munilla, *De Madrid al Chaco: un viaje a las tierras del Plata*, Biblioteca Patria, Madrid, 1922, p. 86.

510. Al respecto, ver el capítulo de Clara Campomar y Javier Zamora Bonilla en este volumen.

511. Sobre el 12 de octubre de 1917, *EDE*. Para su sugerencia sobre el 2 de mayo, Asociación Patriótica Española, *Memoria, 1918-1919*, Editorial El Diario Español, Buenos Aires, 1919, pp. 13-14. Entre las publicaciones revisionistas de la independencia (con comentarios de C. Malagarriga), José León Suárez, *Carácter de la Revolución americana*. Librería de la Facultad-Juan Roldán, Buenos Aires, 1917. También, Enrique Valle Iberlucea, *Las Cortes de Cádiz. La revolución en España y la democracia en América*, Buenos Aires, 1912. J. León Suárez era profesor de la Universidad de Buenos Aires y Valle Iberlucea de la Universidad de La Plata. Ver, Hugo Biagini, “Enrique del Valle Iberlucea a la búsqueda de la otra España”, en Id., *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París americano en las postrimerías del siglo XIX*. CSIC, Sevilla, 1993, pp. 351-369.

512. Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Hachette, Buenos Aires, 1961, 254-255.

cos integristas y antiliberales sobre la nación⁵¹³. De hecho, en los años veinte Malagarriga se sumó a las opiniones, críticas literarias y periodísticas de la revista *Nosotros*, una publicación que expresaba las nuevas tendencias y el desafío democrático y nacionalista al liberalismo argentino. En torno a ella, abogados, sociólogos, analistas políticos, hombres de letras, médicos y políticos que buscaban lugares comunes en el mundo intelectual argentino, opinaban a partir de “una nueva sensibilidad”, de un compartido espíritu de vanguardia cultural, antipo-sitivista, antimaterialista, de condena al cosmopolitismo y de defensa a la cultura nacional⁵¹⁴. En *Nosotros* encontrarían espacios las derivas de itinerarios intelectuales que habían definido los registros del españolismo para la identidad nacional argentina.

El negocio del mutualismo y sus límites

Malagarriga, un ya maduro obsecuente, siguió ideando fórmulas posibles para lograr que los preeminentes españoles de Buenos Aires tuviesen espacios reconocidos como interlocutores en los diálogos políticos y culturales bilaterales que había generado la emigración. El fin era lograr representación, consensos y asegurar los negocios del patriotismo en la diáspora. Un momento para conjugar viejos y nuevos proyectos fue la celebración de un evento, en mayo de 1913, que había logrado reunir en el Club Español por primera vez al conjunto de las asociaciones y las individualidades más destacadas de la colectividad. El I Congreso de la Confederación española había resultado de la iniciativa de Justo López de Gomara, pero no derivó en medidas concretas. Se quedó en eso, en proyectos, algunos de los cuales Malagarriga diseñó.

513. Sobre la retórica hispanista, José C. Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University California Press, Berkeley, 1998, ch. 7. Sobre la evolución de las narraciones nacionales de Manuel Gálvez, ver Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina. Una historia*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, pp. 42-49, 102, 118-121. Sobre la hispanofilia de Gálvez, también, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*, CEAL, Madrid, 1983, pp. 72-74, recogido en O. Terán, *Historia de las ideas...*, pp. 162-169.

514. *Nosotros* se publicó entre 1907 y 1934. Sus directores fueron Roberto Giusti y Alfredo Bianchi (publicista y crítico teatral). Sobre la revista, ver F. Devoto, *Nacionalismo...*, pp. 151-152. También, Aurora Ravina, “Profesar el plural. Nosotros 1907-1934/1936-1943”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson (dirs.), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1999, pp. 57-91. Para las contribuciones de C. Malagarriga, “Filosofía bergsoniana y catolicismo”, *Nosotros*, Buenos Aires, 58-59, 221, octubre-diciembre de 1927, pp. 5-13; “Filosofía bergsoniana; notas lexicológicas de un traductor”, *Nosotros*, 68, 253, VI.1930, pp. 322-338 [sobre *L'Évolution créatrice*, por él traducido en 1912 como *La evolución creadora*]; “La música en la obra de Proust”, *Nosotros*, 70, p. 258, XI-XII.1930, pp. 189-219 [estudio y traducción de algunos textos de Proust]; “Fray Julián Benda; un enigma literario. Los intelectuales españoles”, *Nosotros*, 72, 266, VII.1931, 292-297 [sobre un artículo de Azorín en *La Prensa*, Buenos Aires, 12.VII.1931]. También, una nota sobre *La Obra. Revista Mensual Hispanoamericana*, una empresa de corta vida que Malagarriga fundó con otro español vinculado al mundo literario y periodístico de la ciudad de Buenos Aires, en *Nosotros*, 72, XVIII, IV.1915, p. 111.

Era un momento de balance para la colectividad. En 1912, una reforma electoral, conocida como la Ley Sáenz Peña, había definido el universo ciudadano y las formas de participar con plenos derechos en la democracia argentina. Y en él no entraban los extranjeros no naturalizados, salvo en los ámbitos de política provincial y municipal que la legislación lo permitiese o cuando se ponía en marcha una red de relaciones personales y de clientelismo político⁵¹⁵. Los notables tenían, por tanto, dos opciones. Por un lado, hacerse argentinos para elegir representación y obtener, a la larga, lugares marginales dentro del sistema político local. Por otro, sacar rentabilidad de una posición más o menos cómoda dentro de la colectividad que sirviese, además, para hacer negocios y enaltecer prestigios, también orillados, de situaciones de intermediación entre sujetos influyentes tanto de la sociedad local como de la de origen. En aquel Congreso, Justo López de Gomara desafió la negativa del Estado argentino de hacer ciudadanos con derecho a voto a los extranjeros sin nacionalizarse y se pronunció a favor de que los españoles conservasen la posibilidad de elegir representación en su país de origen⁵¹⁶. Malagarriga, como la mayoría de los preeminentes españoles en Buenos Aires, descartó ser ciudadano de una nación y patriota de otra. Se sumó a los discursos moralizadores que entendían que la naturalización era una traición a la patria. Discursos que, a la larga, retrasarían la asimilación de los españoles a la nueva sociedad y que fomentarían, también, futuras opciones para integrar colectivos desde la política argentina. El catalán españolista apostó por gestionar el negocio de la mutualidad y por encontrar caminos para una representación de la emigración dentro del Estado español; por activar a la colectividad.

El mutualismo de las asociaciones extranjeras estaba en plena expansión en Buenos Aires a raíz del crecimiento urbano y de la expansión demográfica como resultado de la inmigración. En el caso de los españoles, además, desde las primeras décadas del siglo XX, había crecido el asociacionismo regional. De múltiples orígenes y formas organizativas, las asociaciones mutuales ofrecían cobertura médica, atención de medicamentos, ayudas para el sepelio en el panteón social y para tiempos de enfermedad sin salario. Según el censo de 1914, la población total argentina era de 7.900.000 habitantes (casi se había duplicado con respecto al censo de 1895) y de ese total, la proporción de extranjeros era del 30%. Los españoles representaban un 10% y el 74% de ellos (alrededor de 830.000 personas) residían en espacios urbanos —además de Capital Federal, Rosario y La Plata. Para entonces, las asociaciones mutuales españolas eran 250 (la mayor, la Sociedad de Socorros Mutuos) y a ellas pertenecían 110.000 miembros. Uno de cuatro españoles (un 13%) era mutualista. Una cifra indicativa de que la mayoría no pertenecía al mutualismo de origen inmigrante y que éste competía con los servicios públicos del Estado y de las sociedades organizadas por el Partido Socialista, los sindicatos y la iglesia católica. Después de todo, la identidad étnica no era incompatible con una identidad de

515. Como estudios de caso para ámbitos provinciales y municipales, Ezequiel Gallo, *La pampa gringa*, Sudamericana, Buenos Aires, 1979 y Liliana Da Orden, *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*, Edit. Biblos, Buenos Aires, 2005, cap. 5.

516. M. García, "Emigración y política ..."

clase⁵¹⁷. El mutualismo, y sus socios —con sus cuotas y su presencia—, era, por tanto, un oportuno nicho para la gestión de negocios entre los profesionales de la colectividad, para consolidar posiciones de prestigio social y obtener capital simbólico. Con todo, tenía mayor fuerza en las ciudades no muy grandes y sus servicios decían mucho de los inconvenientes del Estado argentino para cubrir las necesidades más urgentes de una sociedad como resultado de la migración; a cambio las mutualidades recibían subsidios y exenciones de impuestos. También, las asociaciones mutuales eran ámbitos de sociabilidad y de recreación de la patria imaginada. En las fiestas y reuniones sociales circulaban discursos y símbolos afirmativos de la pertenencia a una patria lejana. Pero el mutualismo también generaba particularismos y barreras para la incorporación de nuevos socios. En realidad, eran asociaciones poco democráticas, con poca participación de sus socios en las decisiones. Y a ellas no podían entrar los hijos de españoles, los españoles naturalizados y el resto de habitantes —incluidos los nativos—. Dependía, en cualquier caso, de la fuerza del movimiento migratorio español a la Argentina⁵¹⁸.

La reunión de 150 asociaciones y de 500 individualidades en aquel Congreso de la colectividad de 1913 era todo un síntoma de la fuerza del mutualismo español. Malagarriga promocionó la reunión; ya por entonces seguía creyendo en los valores republicanos pero tenía un prestigio social ganado como resultado de una emigración meritatoria. Inauguró el evento con un discurso en el que habló de españolismo, de antinorteamericanismo, de la fuerza de la raza, sobre cómo gestionar mejor el mutualismo y de los valores de la representación. Se pronunció a favor de que los poderes públicos decretasen la fiesta del 12 de octubre como feriado nacional, un proyecto que, presentado por el conservador Manuel Carlés, se había quedado empantanado en el Congreso Nacional⁵¹⁹. Respecto al mutualismo, proponía, como solución, hacer de él un negocio cautivo para profesionales de la colectividad. ¿Cómo? Incorporando nuevos socios, invitando a las asociaciones a reunirse en una federación sin dejar de ser autónomas para coordinar mejor el servicio médico —el más demandado por los socios—, y sugiriendo a los industriales y comerciantes españoles en la Argentina con empleados de ese origen étnico, a imponer en sus contratos la obligación de formar parte de alguna de las sociedades existentes dentro de la colectividad de carácter benéfico, mutualista o recreativo⁵²⁰. Era una forma más fácil de asegurar empleos y negocios para el mutualismo étnico ante la competencia de servicios ofrecidos por el Estado, las organizaciones obreras, la iglesia y el mutualismo nacionalista.

517. Rómulo Gandolfo, "Las sociedades de socorros mutuos en Buenos Aires: cuestiones de clase y etnia dentro de una comunidad de inmigrantes (1880-1920)", en Fernando Devoto y Eduardo Míguez, *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992, pp. 311-332.

518. Para cifras y aspectos del mutualismo migratorio, F. Devoto, *Historia de la inmigración...*, pp. 294-295 y 310-319 y Susana Belmartino, *La atención médica argentina en el siglo XX. Instituciones y procesos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, pp. 21-108.

519. *EDE*, 4 y 6.V.1913.

520. *EDE*, 6.V.1913.

La propuesta de Malagarriga se fundía en un programa más amplio que tenía el propósito de fortalecer la influencia de los notables de la colectividad y hacer de ellos puentes de enlace en las relaciones entre Argentina y España; para “reconoc[er] su valer”, decía. Como solución, ofrecía proteger al emigrante para una rápida asimilación inicial en la nueva sociedad y luego guiarlo en los caminos de conservación de su etnicidad diferenciada en una sociedad heterogénea y plural, especialmente en los ámbitos menos cosmopolitas y donde las relaciones de clientelismo podían reanimar negocios de la colectividad. Su plan actualizaba iniciativas que años atrás habían perfilado su proyecto de Solidaridad. En él cabían medidas como la recepción de la inmigración, oficinas de colocación, un censo, asilos y pensiones para ancianos, colonias y excursiones infantiles, defensa judicial para los desamparados, una caja de repatriación, becas para jóvenes españoles, conferencias en España, la unificación de los reglamentos de sociedades, la formación de un tesoro, propaganda para los productos españoles, el fomento a las líneas de navegación...⁵²¹. A esos propósitos, sin embargo, les faltaba la representación institucional de intereses. La solución, según Malagarriga estaba en reorientar la representación oficial en España. O sea, que la colectividad, por un lado, asumiese responsabilidades diplomáticas y consulares allí donde faltaba. Y, por otro, que tuviese una representación corporativa en el Senado español⁵²². Esas propuestas de Malagarriga no eran tan originales ni aisladas en medio de un debate sobre las políticas públicas contemporáneas de países con nacionales ausentes como resultado de la emigración. A manera de un espejo donde mirarse, los españoles contemplaban las políticas del Estado italiano para hacer nacionalismo entre sus colonias en el exterior. De hecho, en Italia se habían buscado fórmulas para representar institucionalmente los intereses de sus emigrados; entre ellos los de Argentina⁵²³.

Malagarriga se pronunció a favor de aumentar la representación española en el interior argentino, en aquellos espacios de crecimiento de la inmigración española. En localidades cabeceras de departamento y de partido se necesitaban, decía, cónsules y vicecónsules para proteger a “una colonia humilde y trabajadora, con escasos conocimientos, tolerante, pero cortada que aguantaba los efectos del ultraje”. La defensa y protección a los inmigrantes podía ser la tarea benéfica de una representación oficiosa y honorífica de la colectividad allí donde no existiese representación oficial. Al frente, de tal “acción benéfica, ecuaníme, sensata y dignamente administrada” estarían los elegidos entre los miembros más preeminentes de la colectividad. La honorabilidad —y con ellos, los negocios— de un cuerpo de notables españoles de la Argentina tenía para Malagarriga una

521. *EDE*, 7.V.1913.

522. La propuesta fue motivo de preocupación diplomática. Ver Archivo de Ministerio de Asuntos Exteriores de España, H. 1355, Despacho 46, 12.III.1913. Correspondencia de la Legación española en Buenos Aires,

523. A respecto, Mark Choate, “Sending States’ Transnational Interventions in Politics, Cultura and Economics: The Historical Example of Italy”, *International Migration Review* 41, 3 (2007), pp. 728–768. También, desde una perspectiva comparativa con el caso español, B. Sánchez Alonso, *Las causas...*, capítulo 1.

razón moral: la de ser solidario con inmigrantes “víctimas de injusticias, de iniquidades de patronos o caudillejos [...] en puntos lejanos, estancias, con promesas de jornales y condiciones que luego no eran cumplidas” [o] “víctimas de atropellos de malas autoridades más interesadas en quedar bien con el que explota y ultraja al obrero”⁵²⁴.

Respecto a la representación de los intereses de la colectividad en las instituciones españolas, la idea de Malagarriga era que en el Senado tuviesen representación las sociedades de emigrantes como entidades corporativas y con senadores designados por las instituciones del Río de la Plata. Y es que en esa Cámara, en los tiempos de la Restauración, un porcentaje de la representación (el 8%) estaba reservado a la designación real de senadores vitalicios y a entidades corporativas como el clero, sociedades económicas y científicas. La reestructuración del cuerpo diplomático español que se realizó en medio de la Gran Guerra no contempló los reclamos de los notables en la emigración por tener representación diplomática. En 1917 se oficializó el 12 de octubre, el “Día de la Raza” como feriado nacional en la Argentina y la legación diplomática española en aquel país adquirió el rango de embajada⁵²⁵. Por su parte, el gobierno de España, entonces presidido por Antonio Maura, oficializó la fiesta un año más tarde. Desde allí, algunas voces apoyaron a partir de entonces políticas públicas tutelares a la emigración. En 1918, cuando el turno pacífico de los partidos monárquicos que había estabilizado por años el sistema político de la Restauración estaba hecho añicos, algunos personajes marginales de la esfera pública española se pronunciaron a favor de la representación de la emigración en las instituciones del Estado para corregir indiferencias hacia el colectivo. Lo hizo Rafael M. de Labra, Juan Torrendell y también, Federico Rahola; todos desde la *El Mercurio*⁵²⁶. El proyecto de Malagarriga volvía a repiquear en las orillas de los debates públicos. No es de extrañar, en todo caso, que el optimismo proviniese de plataformas y voces del americanismo de Barcelona.

Por entonces, entre 1918 y comienzos de 1919, la política española estaba empantanada por el conflicto nacionalista catalán que se había desatado a raíz de la Gran Guerra y en las Cortes se estaba discutiendo un estatuto de autonomía para Cataluña que, sin posibilidades de acuerdo político, no salió adelante⁵²⁷. Una nueva ola de oportunismo se había abierto entre los españoles de Buenos Aires que habían comprobado que la Gran Guerra había abierto algunas posibilidades para el mercado étnico entre España y Argentina y, con ello, un florecer momentáneo de negocios entre países neutrales⁵²⁸. Una vez más, el americanismo catalán había dado alas a demandas de participación de los notables

524. *EDE*, 11.V.1913.

525. Juan C. Pereira y A. Cervantes, *Relaciones diplomáticas entre España y América*, Fund. Mapfre, Madrid, 1992, pp. 93 y 122-123.

526. J. Torrendell, “España y la Argentina. Carlos Malagarriga”, *Mercurio*, 303, marzo de 1918; F. Rahola, “La política comercial hispanoamericana”, *Mercurio*, 309, 20-VI-1918 y Rafael María de Labra, *Los españoles contemporáneos*. Memoria leída en el Ateneo de Madrid en el curso académico de 1915-1916, Madrid, 1916, p. 54.

527. Javier Moreno Luzón, “De agravios, pactos y símbolos. El nacionalismo español frente a la autonomía de Cataluña (1918-19)”, *Ayer* 63 (2006), pp. 119-151.

528. A. Fernández, *Un “mercado étnico...”*, pp. 57-102.

emigrantes en políticas e intereses transoceánicos. Pero desde el otro lado del Atlántico, los más viejos españoles en la emigración no lograrían entender la politización del nacionalismo catalán. Entre ellos, Malagarriga. Ni si quiera quería plantear el pleito de las autonomías en la esfera pública porteña y había decidido optar por una astuta discreción. ¿Para qué opinar sobre un conflicto que podría minar su prestigio de notable español y catalán en la emigración? Después de todo, se jactaba, “aquí nos miran, nos oyen y nos juzgan los argentinos y los demás extranjeros”. Se mostraba, por tanto, desinteresado por luchas políticas de la patria que, tras treinta años de emigración, creía ajenas; era “consciente de lo apartado que les tenían de las soluciones”, decía recordando el pasado de la experiencia republicana-solidaria en Buenos Aires. ¿Para qué politizar entre los emigrantes un conflicto que podría quebrar la integridad del españolismo en la diáspora? Lo fundamental, decía, era que “a la vista de los argentinos, los españoles no aparezcan divididos”. Por tanto, para Malagarriga, la cuestión catalana no requería movilización de activos en la emigración porque creía que era un conflicto con posibilidad de acuerdo político a partir del reconocimiento de la diversidad y de los intereses nacionales: “No importa que se lleguen a soluciones extremas (en referencia a la descentralización administrativa) mientras que se encuentren en lo fundamental: el decoro de la bandera y la intangibilidad territorial”, decía. En cualquier caso, no quería poner a prueba el españolismo de los emigrantes en causas que por entonces consideraba ajenas. Y para ello apeló a la idea que había forjado identidad y memoria propia en el colectivo migratorio; “a la igualdad de espíritu, más que de raza, la inteligibilidad del idioma con que la España de varias lenguas debía comunicarse con América”, en la unidad de la diversidad. Después de todo, había aprendido de las lecciones del pasado y, con tono desafiante y a manera de “reproche colectivo”, aconsejaba “dejar a ellos que resuelvan, dado que tenían la suerte de opinar, sin miradas burlonas y/o compasivas”, decía⁵²⁹.

Por entonces, el negocio del mutualismo de los españoles emigrantes comenzaba a tener problemas de funcionamiento a raíz del aumento de la proliferación de socios, servicios y más cuotas que gestionar; dificultades que se airearon en la opinión pública. De hecho, en septiembre de 1919 en el Parlamento se había presentado un proyecto que invitaba a transformar un sistema que empezaba a mostrar sus límites y la necesidad de intervención de competencias por parte del Estado argentino. Su autor, Alejandro Bunge había ventilado un debate que otras voces recuperarían a lo largo de la décadas del veinte y del treinta con el fin de moralizar la asistencia mutual y los negocios en ella implicados⁵³⁰.

529. *EDE*, 20-21 y 22.XII.1918. Lo de “reproche colectivo” en referencia a las propuestas de Malagarriga, en *EDE*, 2.V.1920.

530. Entre las voces aisladas, las del Partido Socialista en el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires. Al respecto, Rogelio Núñez, “Ángel Giménez y la cruzada moral socialista en el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires (1919-1930), *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América* 6, 1 (2007), pp. 71-91.

Por fin, la República en España

El 14 de abril de 1931, a los dos días del triunfo de las candidaturas antimonárquicas en las elecciones municipales, mientras en la península tenía lugar la alborada republicana, desde las páginas de *El Diario Español* Malagarriga recordaba a sus lectores que él era de los convencidos que había existido, desde siempre, una “unidad de sentir y pensar del español de América y los españoles de la Península”. Era el momento de evocar los antecedentes, ese primer episodio, el que hacía un cuarto de siglo había tenido lugar con la implicación de una parte muy notable de la colectividad en la coalición liderada por Nicolás Salmerón. En referencia, claro está, al episodio de la Liga Republicana Española. Estableció un curioso paralelismo con el caso irlandés. Lo que ponía de manifiesto lo escasamente nacionalista catalán que era Malagarriga. Porque mientras para el nacionalismo catalán el irlandés no era otra cosa que un espejo donde reflejarse, para él era equiparable a “los que aquí nos habíamos refugiado, unos, los menos, por consecuencia política, y casi todos los demás, por razones económicas individuales o familiares estrechamente relacionadas con el caciquismo, la guerra en África y otras consecuencias del régimen”. Es decir, la muestra de que los pueblos sometidos a los designios de poderes arbitrarios —en este caso todos los españoles— encontraban en la emigración una salida natural.

La llegada de la República abría una nueva oportunidad para el restablecimiento de una continuidad de sentimientos “que otrora nos hacía vivir la vida de España y considerarnos como una prolongación de ésta”, decía Malagarriga. Y es que la dictadura de Miguel Primo de Rivera había generado “una especie de espasmo colectivo de satisfacción” hasta tal punto que había quienes proponían el levantamiento de un monumento en su honor. Por fin, el espíritu de democracia, inherente a América, había encajado con la tradición española de la que se reclamaba heredero Malagarriga y que era la tradición del liberalismo radical reconvertida en republicanismo desde mediados de la antepasada centuria: “el viejo espíritu español: el de los comuneros de Castilla, los concellers de Barcelona y el Justicia mayor de Aragón”⁵³¹.

Por fin, había llegado la República y la hora de rectificar errores de quienes querían trabajar por una patria republicana a la distancia. Ya podía contar con pocos compañeros de aventura de su generación; otros nuevos emigrantes competían por ocupar puestos relevantes en el seno de la colectividad. Calzada y López de Gomara habían muerto y él se erigía como uno de los notables con más autoridad para hablar de la hora republicana en España. De hecho, se convirtió en una especie de receptor de cartas de ciudadanos argentinos y de españoles que halagaban su estirpe de “consecuente y entusiasta” entre los republicanos españoles” y por haber “hecho de sus ideales un culto” a diferencia de “otros abogados que en Argentina disfrazaron su ideas para ganar dinero”⁵³². Como respuesta a aquéllas reflexionó sobre la dinámica política republicana en España. Y dio a conocer los rasgos a partir de los cuáles podía leerse el momento republicano. En primer lugar, nacía

531. Todas las citas de *EDE*, 14.IV.1931.

532. *EDE*, 18.IV.1931.

sin la hipoteca del ejército. En segundo lugar, conectaba la evolución de España con la del resto de Europa porque tenía un carácter social, obrerista como lo ha[bían] emprendido otras naciones: Francia, Alemania e Inglaterra. Y en tercer lugar, el problema catalán estaba en vías de resolución en el nuevo régimen porque, con el Pacto de San Sebastián, los demócratas españoles habían difuminado las aspiraciones separatistas de Cataluña y, como proyecto en las Cortes Constituyentes de 1931, estaba en vías de resolución política su reconocimiento como una organización administrativa dentro del Estado español. Y es que visto desde América, decía Malagarriga, la singularidad de Cataluña no sólo pasaba por el idioma y la cultura sino también por la aceptación en la región de que el español era la lengua del Estado y por la estructura federativa de sus leyes que venían de antaño. Se declaraba, por tanto, defensor de las mismas ideas que tenía en 1905: la de “una Cataluña dentro de España” y de una “República de todas las Españas”⁵³³.

El nuevo régimen ofrecía la posibilidad de legislar teniendo en cuenta modelos federativos modernos. Entre ellos, el de Estados Unidos y el de Argentina; este último conocido por Malagarriga tras su experiencia migratoria. Con ese propósito, “el huésped ilustre” y “distinguido miembro de la colectividad española en la Argentina” viajó a Madrid para estudiar el cambio de la vida política española y cooperar con el nuevo régimen aportando ideas sobre el federalismo argentino⁵³⁴. Después de todo, había sido ése uno de los sueños de su vida. De hecho, en la emigración había observado con especial atención a las instituciones y a las prácticas políticas de un régimen republicano federal del otro lado del Atlántico, en un universo culturalmente cercano. En 1905, por ejemplo, había apreciado ventajas en los Parlamentos americanos, donde no ocurrían “trascendentales e inútiles votaciones” y “los ministros ni siquiera t[enían] asiento en las Cámaras [...] ni t[enían] que conquistar grupitos parlamentarios”. Por entonces y aún en los años treinta, Malagarriga sería un consecuente de las ideas políticas antiparlamentarias del histórico republicanismo de Ruiz Zorrilla. “Nosotros quisiéramos para España un régimen como el de la Argentina, como su modelo de los Estados Unidos [...] porque la crítica negativa, destructora [...] ha hecho del parlamentarismo algo repugnante a todos, la causa primordial quizá del pesimismo reinante”, decía⁵³⁵.

En Madrid recuperó la conexión con Lerroux y, a través de él, con el republicanismo histórico. Viejos amigos y adversarios podían abrirle, por fin, las puertas a la política española y a la masonería. Y, además, se había incorporado a aquel ambiente “con ímpetu juvenil, con entusiasmo y probado republicanismo”. Cooperaba con adeptos al régimen en la Agrupación de Veteranos de la República, una entidad que había gestionado el indulto de Sanjurjo, y en la Liga de Derechos del Hombre en condición de miembro de la logia masónica madrileña *La Unión*⁵³⁶. En realidad, las cosas no fueron tan halagüeñas. A lo largo de las primeras décadas

533. *EDE*, 20.IV.1931.

534. *LV*, 10.IX.1931.

535. C. Malagarriga, “El parlamentarismo y el gobierno representativo”, en *Id.*, *Prosa muerta...*, pp. 167-169.

536. *EDE*, 12.IX.1932. Sobre la logia, Carlos Pereira Martínez, http://www.institutodemeres/articulos/tercera/LIGA&_32_DERECHOS&_32_HOMBRE&_32_ESPA%D1A.pdf.

del siglo XX, el anhelo de entrar en el hemiciclo de la carrera de San Jerónimo por la puerta grande había estado siempre presente entre las minorías selectas de la colectividad española en la Argentina. Los fracasos se alternaron con los éxitos y estos últimos, por lo demás, acostumbraron a ser efímeros. La llegada de la República había permitido, además, la entrada en el Parlamento de dos emigrados gallegos con militancia política y social en Buenos Aires a partir de su condición de candidatos cuneros de partidos en distritos con los que necesariamente no tenían relación. Era el caso de Ramón Suárez Picallo y Antón Alonso Ríos como representantes de la Federación Republicana Gallega. El ingreso de los diputados gallegos de Buenos Aires había provocado polémica porque uno de ellos se había naturalizado y, por lo tanto, era un ciudadano con capacidad representativa para otro Estado, el argentino y no el español. El caso había aireado nuevamente las demandas favorables a los derechos políticos de los emigrantes. De hecho, el propio Picallo había presentado en la Cámara un proyecto para que los españoles naturalizados pudiesen recuperar la nacionalidad de origen; propuesta que no tuvo salida y que le obligó a perder su acta de diputado en 1933⁵³⁷.

En ese contexto, Malagarriga se animó a hacer política. En las elecciones de noviembre de 1933 se integró en las candidaturas del Partido Republicano Radical. No era un mal momento. El hombre, todo un veterano, se incorporó a la lucha haciendo de ésta tanto un tiempo para el recuerdo como de acción política. Se reunió con don Ale, por Alejandro Lerroux, y otros republicanos con pasado zorrillista para organizar la campaña electoral entre los barrios de familias pobres. Encontró a las masas radicales, y a sus propias emociones, en mítines que una misma noche presidió en los entonces barrios de Chamberí, Hospicio e Inclusa. Y se mostró encantado de la liturgia del acto electoral que describió con detalle en su crónica al periódico de la colectividad. Los resultados no fueron favorables para su candidatura. Pero a partir de ellos sí podía hacer un balance de aquellas elecciones. Por un lado, decía, el péndulo de la política se había movido hacia la derecha republicana y en el centro estaba uno de los grandes estadistas de España, Alejandro Lerroux, porque Manuel Azaña parecía concluido. Por otro, la irrupción en la política de las mujeres españolas había generado nuevos entusiasmos electorales, especialmente en Barcelona⁵³⁸.

En recompensa a los servicios de Malagarriga a la República, Lerroux le ofreció un cargo diplomático como representante del gobierno español en Uruguay. Según diría años más tarde “le daba pena [...] pero [había sido] una de sus venganzas predilectas”. El nombramiento había colmado, aparentemente, sus aspiraciones⁵³⁹. De hecho, recibió homenajes y, para la fiesta del 12 de octubre en Buenos Aires, la colectividad lo puso en el panteón de los notables del españolismo para el nacionalismo argentino, integrista y

La Liga había sido fundada en Madrid en 1913, José A. Ferrer Benimeli, *La masonería*, Alianza Editorial, Madrid, 2001, pp. 147-148.

537. Al respecto, Anxo Lugilde, *O Voto emigrante. Viaxe pola zona escura da democracia española*, Editoria Galaxia, Vigo, 2007, pp. 68-70.

538. C. Malagarriga, “Las elecciones de Madrid. Apuntes de un candidato derrotado”, *EDE*, 13.XII.1933. Sobre su candidatura, también, *LV*, 5.XI.1933.

539. C. Malagarriga, *Un año de diplomacia republicana*, Librería San Martín, Madrid, 1936. Para la opinión de A. Lerroux, *Mis memorias...*, p. 307.

antiliberal por entonces, a mediados de los años treinta, en pleno auge. La prensa de la colectividad lo retrató como el símbolo y alma que había hecho posible el Monumento de los Españoles en Palermo; el regalo de la colectividad a la Argentina que se había convertido en insignia de la unidad espiritual entre ambas naciones y que, para aquella ocasión, tenía la bendición de la iglesia católica y de la multitud de fieles que elevaban el papel civilizador de España⁵⁴⁰. Malagarriga se había convertido en uno de los apóstoles para dejar memoria del hispanismo en el nacionalismo argentino.

Con todo, las cosas no fueron bien con Lerroux. Parece ser que Malagarriga no quería ir a la fiesta del Día de la Raza para el gobierno que representaba. Y según la prensa republicana “no había arreglo posible” a la trifulca: “ese hombre había estado 40 años en la Argentina y se había destacado siempre por lo nebuloso y extremista de su ideología [...] allá con sus ideas”⁵⁴¹. Finalmente, Malagarriga presentó su dimisión al cargo diplomático. No tendría solución ser patriota entre dos naciones. Quedó atrapado en la Guerra Civil y murió en noviembre de 1936. Como memoria a su trayectoria, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires aprobó la propuesta del Concejo Deliberante de nombrar “Carlos Malagarriga” a una plazoleta porque “fue un jurisconsulto de nota, que en todas las expresiones de la cultura, la jurisprudencia, las letras, la sociología, el periodismo y la política ocupó un lugar prominente.”⁵⁴²

Un linaje argentino

Para Carlos Malagarriga, como para tantos de esos hombres que arribaron a las costas del Río de la Plata impelidos por la búsqueda de libertades y de progreso, la familia no fue, en absoluto, un dato ajeno. No lo fue al principio ni lo será más allá de la propia trayectoria vital del personaje. Precisamente la continuidad del linaje conllevó a ciertas dificultades a la hora de evaluar la autoría de algunas de las obras jurídicas de Malagarriga. Su hijo, que tendía a firmar como doctor Carlos C. Malagarriga había nacido en 1892. Siguió los mismos pasos profesionales de su padre. En 1915, se doctoró en Legislación y Jurisprudencia por una Universidad argentina; la profesión mantenía al apellido familiar en la escala social de una heterogénea y porosa clase media argentina que había resultado de la movilidad social ascendente de los hijos de inmigrantes. Por aquel entonces, el nuevo eslabón de una saga que continuaría, pasó a colaborar en las labores del padre como comentarista y tratadista, especialmente en cuestiones de Derecho Comercial. Y fue la editorial de los sucesores de Félix Lajouane la encargada de publicar una producción confundible con la del padre. El punto de intersección, y en el que de hecho sería posible la inicial colaboración paterno-filial, estaría marcado por la publicación, entre 1917 y 1922, de los ocho gruesos volúme-

540. Sobre el homenaje de la Unión Mercantil Matritense a Malagarriga, *LV*, 12.VII.1934. Para el resto, *EDE*, 11.X.1934.

541. *LV*, 29 y 30.VI.1935 y 4.VII.1935.

542. Entre las calles Cabildo, Vilela y San Isidro, Ordenanza 16.354. H. Concejo Deliberante, 14.VII.1960, p. 968 y *Boletín Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, 16.VIII.1960, p. 1293.

nes del *Derecho Comercial Argentino: Código de Comercio comentado*, a cargo de la empresa editora J. Lajouane y Cía. Años más tarde, Carlos Malagarriga, hijo, reuniría —ya sin el apadrinamiento de su padre— sus lecturas sobre algunas leyes del Derecho Penal argentino y sus opiniones sobre la Universidad argentina tras haber pasado la experiencia peronista y, con ella, la entrada de las masas a las altas casas de estudio⁵⁴³.

Haciendo un salto en el tiempo nos encontraremos con el nieto, Juan Carlos Malagarriga, también abogado. Del mismo modo, padre e hijo publicarían juntos sobre asuntos jurídicos⁵⁴⁴. De él, también se sabe que “fue privado de su libertad el día 29 de marzo de 1977 “en las oficinas del Banco de la Nación Argentina —Casa Central—, por efectivos del Ejército Argentino”. Un año antes se había producido el golpe militar que iniciaría una ola de actos impunes contra la ciudadanía argentina. En declaraciones posteriores ante los tribunales, Juan Carlos testimonió que en esas oficinas estaba realizando una transacción comercial en su carácter de depositario de las acciones de la bodega Calise, y que unos hombres vestidos de civil —uno de los cuales exhibió una cédula militar— se lo llevaron detenido junto con su cuñado que le acompañaba. Según los propietarios de la Bodega Calise, algunos elementos del ejército habrían cometido con Malagarriga un mero acto de bandolerismo para hacerse con el dinero de la transacción. Estuvo en cautiverio hasta el 5 de abril de 1977 cuando recuperó la libertad. Durante ese tiempo se le impusieron condiciones inhumanas de vida y alojamiento. La sentencia de la causa en la que estaba implicado el nieto de Malagarriga fue aportada por la defensa del ex capitán de Corbeta Adolfo Scilingo al procedimiento 19/1997 que se siguió ante la Audiencia Nacional española y fue asimismo utilizada al recurso que presentara al Tribunal Constitucional español en septiembre de 1999⁵⁴⁵. Los Malagarriga habían pasado a formar parte, de manera plena y dramática, de la historia contemporánea de la Argentina.

543. *Código Penal Argentino: [Leyes 11179, 11210, 11221, 11309, 11317 y 11331]. Precedentes, sentencias, notas por el Dr. Carlos Malagarriga, Cervantes*, Buenos Aires, 1927; y Carlos C. Malagarriga, *16 artículos sobre problemas actuales de la universidad y fuera de ella*, Lucania, Buenos Aires, 1956.

544. Carlos C. Malagarriga y Juan Carlos Malagarriga, *Derecho comercial inclusive marítimo, aeronáutico y quiebra: actualizado con la ley de sociedades comerciales 19.550 y la ley de concursos 19.551*, Librería La Nena, Buenos Aires, 1973.

545. En el análisis de las pruebas documentales del sumario 19/1997 (Rollo de Sala 139/1997). Tribunal Constitucional.



Capítulo VI

Rafael Calzada y los embajadores intelectuales españoles en la Argentina del Centenario.

Gustavo H. Prado
UCM — Investigador IDES

La reconstitución de las relaciones entre España y la República Argentina fue, sin duda, un largo y complejo proceso al que contribuyeron, a lo largo del siglo XIX y principios del XX, diversos individuos e instituciones, tanto rioplatenses como peninsulares. Pese a que los principales hitos diplomáticos de este acercamiento se produjeron tempranamente, el impulso decisivo de este proceso se verificó, en el ámbito cultural, en las dos primeras décadas del siglo XX y, contra lo que pudiera sospecharse, no se debió a la iniciativa consecuente y sostenida de políticos o burócratas, sino al compromiso de un grupo de intelectuales de ambos lados del Atlántico.

En aquellos años, signados en América por el clima del Centenario y en España por la introspección regeneracionista, la instalación de un considerable sector letrado que acompañaba a la inmigración de masas y las cada vez más frecuentes visitas de referentes de la cultura española en el Río de la Plata, contribuyeron a acercar a ambos mundos culturales e intelectuales.

Como es bien sabido, más allá de los intereses inmediatos y de las heterogéneas circunstancias que llevaron a aquellos letrados e intelectuales españoles a “redescubrir” Argentina, el impacto del Desastre del '98 y la sorda inquietud por la decadencia terminal de España, de su idioma y de su cultura, estimularon esta apertura americanista. En ese sentido, conviene recordar que, amén de lo variopinto de aquella cohorte de pedagogos, literatos, oradores y agitadores, polígrafos, artistas, empresarios y aventureros culturales, la mayoría de las figuras de auténtico relieve adscribían a un ideario liberal-reformista y republicano —exceptuando, por supuesto, a pensadores libertarios o católicos—, y poseían un compromiso hispano-americanista. Este compromiso los ligaba —en mayor o menor medida— con el movimiento americanista español, cuyo programa no sólo aspiraba a recuperar para España el acervo hispánico florecido en América tras un siglo revoluciones y guerras, sino a redefinir las prioridades diplomáticas, profundizando las relaciones iberoamericanas y conformando un bloque estratégico que permitiera a España reinsertarse en el concierto internacional como parte de una poderosa comunidad hispánica de naciones.

Estas amables utopías panhispanistas —desprovistas, por pura imposición de la realidad, de cualquier corolario neoimperial—, unidas al perfil ideológico de sus portadores y a su capacidad para establecer un diálogo fructífero con las elites argentinas alrededor de problemáticas tales como la “cuestión social”, la “educación universal” y la democratización del sistema político ofrecieron, en perspectiva, argumentos de peso a las corrientes que, por entonces, comenzaban a cuestionar los tópicos hispanófobos de la cultura y la historia nacionales.

Visto en perspectiva, el aporte de estos españoles contribuyó decisivamente a la reconstrucción de vínculos intelectuales en terrenos historiográficos, jurídicos o lingüísticos, donde los tempranos beneficios de la reconciliación diplomática y de la subsiguiente “política de gestos” del período 1880-1916 no habían alcanzado para contestar la hegemonía de una tradición intelectual radicalmente hostil al legado cultural del período colonial.

Si bien este acercamiento hispano-argentino tuvo, evidentemente, su contexto tanto peninsular como rioplatense, y éstos nos remiten a una serie de complementaciones estructurales e intersecciones en el ámbito político, ideológico, demográfico y social que lo hicieron posible, no deberíamos desatender el papel jugado por ciertos individuos y grupos en aquella coyuntura y en su inmediata prolongación. Pero volver la mirada sobre los actores de este proyecto no supone observar únicamente el desempeño puntual de aquellos “embajadores intelectuales”, ni tampoco limitarnos a observar a la inteligencia reformista que colaboró con ellos desde universidades, ministerios e instituciones culturales españolas y argentinas. En efecto, existieron otros protagonistas que sin contar con un capital académico o político equivalente, trabajaron activamente desde Buenos Aires para garantizar el éxito de aquellos embajadores culturales.

Así, pues, un siglo después de aquellos emprendimientos americanistas, cuando los historiadores comenzamos a interesarnos por ellos, es necesario, por un lado, emanciparnos del influjo de los testimonios impresionistas de los contemporáneos —que se limitaron a justificar el éxito de aquellos viajeros apelando a su carisma—; por otro lado, aprovechar los avances realizados por los historiadores de las migraciones en el estudio de las colectividades y sus “liderazgos étnicos” en el Río de la Plata y nuestro mejor entendimiento del movimiento americanista español, del primer hispanismo argentino y del reformismo liberal de ambos países; y, por último, atender no sólo a las fuentes intelectuales y circunstancias propias del mundo político e intelectual peninsular, sino también al contexto de su recepción americana y, en este caso, argentina.

Examinando los últimos aportes de la historiografía, parece claro que los estudiosos del americanismo español de fines del siglo XIX y principios del XX han realizado un significativo giro respecto de las preocupaciones de las décadas anteriores. En la actualidad los especialistas han apostado decididamente por estudiar no sólo “programas”, sino también prácticas; no sólo a los grandes ideólogos iberoamericanistas, sino también a personajes y grupos de la sociedad civil que propiciaron y gestionaron experiencias concretas de colaboración intelectual; y no sólo la alambicada retórica americanista de los viajeros y emigrantes, sino también sus actividades y estrategias sociales en relación con

los climas políticos, sociales e intelectuales del primer centenario de las independencias americanas.

En este sentido, profundizar en el estudio del contexto de recepción del mensaje americanista español supone, también, integrar en el análisis a actores sociales que, eclipsados por el brillo de los grandes hombres, las grandes ideas y los grandes gestos, no han sido tenidos demasiado en cuenta. Creemos, pues, que para comprender mejor el impacto y la propia evolución de las iniciativas del americanismo español en la Argentina del Centenario, es oportuno analizar el papel jugado en el terreno por ciertos referentes de la colectividad española en el éxito de aquellas primeras experiencias de acercamiento intelectual hispano-argentino.

De más está decir que, en un texto de estas características, no podremos ofrecer un trabajo exhaustivo que cubra todo el período, debiéndonos contentarnos con estudiar un caso particularmente relevante —por su considerable impacto y por sus consecuencias sobre este proceso de reconciliación intelectual—, sin dejar de relacionarlo con otras experiencias próximas. Así, pues, nos centraremos aquí en estudiar el papel que jugaron ciertos sectores dirigentes de la colonia española en la promoción de la misión académica y publicística llevada a cabo por Rafael Altamira y Crevea —conspicuo krausoinstitucionista y miembro del Grupo de Oviedo— en el Río de la Plata, en el marco de un ambicioso periplo continental organizado por la Universidad de Oviedo entre 1909 y 1910⁵⁴⁶.

La importancia de este caso radica, en primer lugar, en la extraordinaria constelación de influyentes figuras públicas —tanto argentinas, como españolas— que arroparon a Altamira e invirtieron esfuerzos para que su mensaje hallara repercusión en la opinión pública, en los medios académicos y en las altas esferas políticas del régimen oligárquico. En segundo lugar en el simultáneo e inusual impacto que tuvo el discurso de Altamira en el cuerpo de catedráticos universitarios, en el estudiantado, en los docentes del nivel primario y secundario, en los educadores populares, en la prensa, en sectores moderados del movimiento obrero, en la colonia y el cuerpo diplomático españoles y, lo que fue más

546. Acerca de Altamira puede consultarse Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1968; Rafael Asín, Francisco Moreno, Ramiro Muñoz, *et al.*, *Rafael Altamira 1866-1951* (Catálogo de la exposición organizada bajo ese título por el Instituto de Estudios Juan Gil-Albert y la Diputación Provincial de Alicante) Alicante, 1987; Francisco Moreno Sáez, *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Generalitat Valenciana, Consell Valencià de Cultura, Valencia, 1997. Respecto del Grupo de Oviedo, ver Santiago Melón Fernández, *Un capítulo en la historia de la Universidad de Oviedo*, IDEA, Oviedo, 1963; Jorge Uría González, "La Universidad de Oviedo en el 98. Nacionalismo y regeneracionismo en la crisis finisecular española", en Jorge Uría González (ed.), *Asturias y Cuba en torno al 98*, Labor, Barcelona, 1994, pp. 69-196; Jorge Uría González, "Posada, el Grupo de Oviedo y la percepción del conflicto social", en Id. (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*, Talasa, Madrid, 2000, pp. 109-145; y Gustavo H. Prado, *El Grupo de Oviedo en la Historiografía y la controvertida memoria del kraso-institucionismo asturiano*, KRK, Oviedo, 2008. Sobre el viaje americanista de Altamira, ver Santiago Melón Fernández, *El Viaje a América del Profesor Altamira*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1987 y Gustavo H. Prado, *Rafael Altamira en América (1909). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, CSIC, Madrid, 2008.

importante aún, en las cosmopolitas elites argentinas. Y, en tercer lugar, en que aquel viaje ilustró, con toda nitidez y por primera vez, la inflexión de la tendencia que, desde el primer cuarto del siglo XIX, había dominado el pensamiento argentino, imponiendo la idea de que las condiciones del progreso nacional estaban en el alejamiento del legado cultural y de las tradiciones intelectuales españolas.

En las páginas siguientes centraremos nuestra atención en el influyente dirigente asturiano Rafael Calzada, su familia navega y su entorno inmediato, interlocutores privilegiados de Altamira de cara a la comunidad española y eficaces valedores ante importantes sectores del poder local; repasando tanto los hitos fundamentales de la saga de estos asturianos, como sus vínculos con Oviedo y España; y, estudiando las labores de apoyo a la misión académica y propagandística del delegado ovetense.

Los Calzada, de Navia a Buenos Aires

El “clan” de los Calzada tuvo como patriarca, en Argentina, a Rafael Fernández Calzada. Nacido en Navia en 1854 y emigrado a Buenos Aires a fines de 1875, se convertiría, un año después, en el primer extranjero en revalidar un título de abogado —obtenido tras sus estudios en las universidades de Madrid, Barcelona y Oviedo— en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

En pocos años Rafael progresó espectacularmente en Argentina, desplegando una sorprendente serie de actividades y asumiendo, en paralelo, muchas responsabilidades y cargos dentro de las estructuras societarias de la emigración española en el Río de la Plata —que contribuyó a expandir—, convirtiéndose pronto en uno de sus referentes centrales.

Más allá de los aportes de algunas biografías⁵⁴⁷, los hitos y anécdotas de tan dilatada trayectoria pública fueron revelados, en lo esencial, por el mismo Rafael Calzada en su libro de memorias titulado *Cincuenta años de América*, publicado poco antes de su muerte en Buenos Aires. A los efectos de este trabajo, cabe recordar que el naviego abrió su próspero bufete en 1877 y ejerció, además, como abogado del Consulado Español en Buenos Aires y de la Sociedad Española de Beneficencia; y fue director del Banco Nacional Inmobiliario.

Terrateniente y empresario colonizador, Rafael fue un destacado filántropo y fundador de pueblos en las provincia de Buenos Aires, San Luis y Santa Fe. Formó parte de varias sociedades de la colectividad en Argentina, siendo miembro directivo, presidente y luego presidente honorario del Club Español; socio fundador del Ateneo Español y de

547. Ver Martín Dedeu, *Nuestros hombres de la Argentina. Doctor Rafael Calzada*, Editorial Herrando, Buenos Aires, 1913; Rafael Anes Álvarez, “Rafael Calzada, un asturamericano de Navia”, en María Cruz Morales Saro y Moisés Llordén Miñambres (eds.), *Arte, cultura y sociedad en la emigración española a América*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1992, pp. 215-231; Rafael Anes Álvarez, “Rafael Calzada en Buenos Aires, entre la abogacía y la política”, en Servando J. Fernández Méndez (dir.), *Diez estudios sobre emigrantes asturianos a América*, Nobel, Navia, 2006, pp.63-96. También es útil, como inventario de honores y actividades, la siguiente crónica biográfica: Negidio Storti, “Acerca del Dr. Rafael Calzada” [en línea], disponible en <http://www.rafaelcalzada.com.ar>. [Consultado: XII-2007].

la Cámara Española de Comercio de Buenos Aires; socio honorario del Centro Gallego de Buenos Aires, de la Unión Obrera Española, del Círculo Valenciano, de la Unión Protectora de Inmigrantes Españoles, del Centro Asturiano de Montevideo y de la Sociedad de Beneficencia Española y de la Infancia Desvalida de Rosario y de las Juntas directivas de entidades *ad hoc* tan disímiles como la constituida en 1885 para el auxilio de Andalucía, o la conformada para financiar el desarrollo del submarino de Isaac Peral, en 1891.

El activismo dentro de vida comunitaria de Calzada se manifestaría, también, en empresas enfocadas al consumo del público hispano, como el periódico *El Correo Español* —en cuya redacción sería reclutado por su fundador⁵⁴⁸, Enrique Romero Jiménez y cuyo control retendría entre 1890 y 1892—; y se prolongaría en asociaciones de carácter político, como el Centro Republicano Español de Buenos Aires, el cual llegaría a presidir.

Calzada se había introducido tempranamente en los círculos republicanos españoles gracias a la amistad de su padre —el notario Rafael Fernández Calzada— con Pi y Margall. En Madrid, éste último lo acogería como discípulo y lo emplearía más tarde como pasante en su bufete, donde conocería a las grandes figuras políticas de la época y contraería un compromiso vitalicio con la causa republicana. La proclamación de la Primera República, tras la abdicación de Amadeo de Saboya, hizo que Calzada se incorporara al órgano republicano *La Discusión* y viviera junto a su mentor aquel fugaz y agitado interregno.

Calzada honró sus lealtades políticas en Buenos Aires y, al tiempo que la migración masiva fue trayendo cada vez más republicanos españoles al Plata, fueron surgiendo iniciativas para ampliar y reorganizar sus centros. En 1903, poco después de conocerse los buenos resultados electorales de la Unión Republicana de Nicolás Salmerón, Calzada y Carlos Malagarriga, entre otros, lanzaron la idea de organizar a los emigrantes republicanos en el Río de la Plata. Tras algunas reuniones, se acordó constituir la Liga Republicana Española, designándose a Calzada como redactor de los estatutos, que se aprobaron el día 15 de mayo.

La Liga Republicana Española —cuyo Comité central presidiría Calzada y entre cuyos vocales figuraban Malagarriga, Atienza, Avelino Gutiérrez y Manuel Castro López— se convertiría, gracias a su estructura y a su capacidad de captar adherentes en todos los sectores sociales, en un instrumento eficaz para aglutinar a los inmigrantes más concienciados y orientar una estrategia de colonización del movimiento asociativo español. La cultura cívica que sustentaba la sociabilidad de estos republicanos, apoyada en una extensa red de comités regionales y publicaciones comunitarias, permitió que Calzada emergiera como uno de sus portavoces, para beneplácito de los políticos locales e inquietud de las legaciones españolas en toda América, en tanto que

548. Rafael Calzada, *Cincuenta años de América Notas autobiográficas*, Volumen II (*Obras Completas*, Tomo V), Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1927, p.255. Sobre el periodismo español, Alejandro Herrero, "La prensa española: surgimiento y consolidación", en Hugo Biagini (comp.), *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París Americano*, Diputación Provincial, Sevilla, 1993.

la Liga Republicana Española surgiría, posteriormente, la Federación Republicana Española de América que coordinaría a centros de la Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Cuba y Puerto Rico⁵⁴⁹.

Así, pues, su ejercicio profesional, sus éxitos en los negocios, su compromiso republicano y el montaje de una ingente “industria de recomendaciones” y colocación laboral de los inmigrantes españoles, lo situaron en una posición de gran influencia al interior de la comunidad española. Pero, su estrategia de participación dual —en entidades propiamente españolas y en instituciones de la sociedad civil— y su habilidad para situarse en un plano visible y proyectarse profesionalmente más allá de las fronteras de la colectividad, hicieron de Calzada una figura conocida y generalmente apreciada en los círculos sociales del régimen oligárquico.

Si nos retrotraemos al inicio de su andadura argentina, veremos que su ingreso en el mundo del derecho porteño fue bendecido por el decano de la Facultad de Derecho y senador de la provincia de Buenos Aires, José María Moreno, en cuyo despacho trabajó apenas llegar y gracias a quien vería facilitada su habilitación profesional. La amistad con Moreno le abriría también la dirección de la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* y, más tarde, de la mano de Serafín Álvarez, fundaría *La Revista de los Tribunales* en la que colaborarían además de su mentor en el foro porteño, figuras de prestigio en el ambiente jurídico como David de Tezanos Pinto, José María Rosa y Juan Biale y Massé.

Desde esta doble plataforma jurídica —la del ejercicio de la abogacía y la tribuna doctrinaria—, Calzada supo ampliar progresivamente su círculo social que contenía cada vez más personajes influyentes de la elite, algunos de los cuales no dudaron en integrarlo en sus tertulias y asociaciones. Tal sería el caso de Estanislao S. Zeballos, por entonces un joven patricio director de *La Prensa*, quien lo incorporaría en 1879 al directorio del Instituto Geográfico Argentino.

Su aceptación en este estrecho mundo pronto se tradujo en una demanda de la política criolla que Calzada supo esquivar, desestimando la adopción de la nacionalidad argentina y su integración en la candidatura presidencial —finalmente derrotada por

549. Para comprender el rol de Calzada en la organización de los republicanos españoles, ver Ángel Duarte, *La república del inmigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Editorial Milenio, Lleida, 1998; y el capítulo dedicado de Calzada en Hugo Biagini, *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, CEAL, Buenos Aires, 1995, pp. 161-182. En otro estudio dedicado a este tema Duarte llama la atención acerca de que la Liga Respublicana Española no sólo fue una apuesta republicana para “politizar las estructuras asociativas de la colectividad española”, sino también para provocar un relevo en la dirigencia comunitaria, dominada por los propietarios agrícolas, ganaderos y comerciantes, en beneficio de los profesionales y periodistas que, en principio, estaban dispuestos a movilizar a los “elementos más populares y más radicalizados—socialistas, libertarios, masones disidentes—de entre los recién llegados”. Ver, Ángel Duarte, “Por la patria y la democracia: el republicanismo en la colonia española en Argentina a inicios de siglo XX. Algunas reflexiones conceptuales.”, en Nicolás Sánchez Albornoz y Moisés Llordén Miñambres (comps.), *Migraciones iberoamericanas. Reflexiones sobre Economía, Política y Sociedad*, Fundación Archivo de Indianos, Colombes, 2003, p. 341.

Julio Argentino Roca— del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Dardo Rocha, futuro fundador de la ciudad de La Plata. La escrupulosa prudencia de Calzada —sólo parcialmente rota con su participación en las listas electorales de la opositora Unión Cívica en 1890—, su renuencia a participar activamente de las pujas facciosas locales y la fluidez de la política oligárquica argentina, le permitieron desarrollar relaciones y amistades en todos los sectores de la elite. Sin embargo, con el tiempo, Calzada fue acercándose a los sectores renovadores, más propensos a la hispanofilia que los padres fundadores pero tan escrupulosamente liberales y laicistas como el núcleo duro de la “Generación del ‘80”. No cabe pues, extrañarse, de que el naviego fuera uno de los protagonistas centrales en acontecimientos claves en la historia de la comunidad española en Argentina, sucedidos entre 1893 y 1900, alrededor de dos cuestiones: el problema del Himno nacional argentino y la Guerra de Cuba.

Respecto de la cuestión del Himno, Calzada participaría muy activamente de la campaña pública lanzada en 1893 por *El Correo Español*, en pro de la modificación del himno nacional argentino, compuesto en la época revolucionaria y claramente hispanófobo. Pese a que aquella iniciativa se truncó y a que la crispación de la opinión pública le haría alejarse prudentemente de los primeros planos —renunciando a la dirección de *El Correo Español* a favor de Fernando López Benedito y a la presidencia del Club Español— siete años después, el círculo de Calzada y la Asociación Patriótica Española (APE) lograrían lo esencial de sus objetivos, pese a la virtual presidencia de los diplomáticos españoles y los rebrotes conflictivos de la cuestión en 1896 y 1898⁵⁵⁰.

Respecto de los acontecimientos que rodearon la Guerra de Cuba, Calzada tendría un papel central en la fundación, en 1896, de la APE. Calzada participó de la reunión inicial del 26 de enero en el Orfeón Español en que se acordó impulsar la fundación de una Liga Patriótica Española; y de la reunión del 29 de enero en el Club Español, donde se la fundó y se la dotó de una comisión directiva presidida por López Benedito y de la cual participaba Calzada como vocal, junto a una docena de personajes entre los que se encontraban Francisco Grandmontagne y Manuel Castro López. La flamante directiva encargó a Manuel Llamazares, Castro López y Calzada la redacción de los estatutos de la Liga, tarea que fue delegada, por cuestiones técnicas, en el naviego⁵⁵¹. Calzada, modelaría

550. El 30 de marzo de 1900, durante el segundo mandato de Julio Argentino Roca, la cuestión quedó zanjada con una solución de compromiso por la cual no se modificaba la letra oficial del himno, pero se reglamentaba por decreto su canto, disponiéndose que sólo se entonarían la primera y la última cuarteta, y el coro, los únicos versos que no fustigaban a España. Sobre el asunto puede consultarse Rafael Sánchez Mantero, José Manuel Macarro Vera y Leandro Álvarez Rey, *La imagen de España en América 1898-1931*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1994, pp. 86-89; Ignacio García, “Y a sus plantas rendido un león”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 39 (1998), pp. 193-221; y Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001, pp. 180-184.

551. Para el profundizar en el conocimiento de la APE, ver Alejandro E. Fernández, “Patria y Cultura: aspectos de la acción de la elite española de Buenos Aires”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 6-7 (1987), pp. 291-307; Ana Romero, “Curando las heridas del '98. La

la institución tomando como referencia su viejo y fallido proyecto de la Comisión Patriótica Española, presentado al Club Español a principios de la década de 1890:

Me venía, pues, como de perlas el proyecto de la nueva institución. Con él se haría efectivo lo que yo había pensado, pero con una amplitud mayor y una base más firme. Así mi plan fue constituir un organismo que abarcase la representación de todas las aspiraciones y todos los intereses colectivos. Projecté la Asociación a base de una Junta Ejecutiva y otra Consultiva. Esta se hallaría formada por los presidentes de todas las sociedades españolas establecidas en el país, que reuniesen determinadas condiciones, por los directores de nuestros periódicos, por el cónsul de España, por los miembros de la Junta Ejecutiva y por diez y seis compatriotas caracterizados. La Junta Ejecutiva se compondría de 9 miembros, seis elegidos por la Asamblea y tres por la Junta Consultiva. La Asamblea estaría formada por todos los socios de número de la Asociación⁵⁵².

La antigua idea de Calzada era “crear un organismo que respondiese puramente al concepto de patria”, que coexistiera con el centenar de sociedades de beneficencia, socorros mutuos, recreo y orfeones existentes; y que pudiera coordinar eficazmente las suscripciones *ad hoc* que solían lanzarse, apresuradamente, para auxiliar a las regiones españolas azotadas por alguna calamidad natural o apoyar iniciativas, como el desarrollo del submarino de Isaac Peral.

Para Calzada, los fines de la entidad debían estar muy claramente expuestos en el articulado que propondría a los socios: “1º Responder al llamamiento de la patria, siempre que necesitase del concurso bien personal, bien intelectual o pecuniario, de sus hijos. 2º Salir a la defensa del buen nombre y del honor de España, cuando fuere necesario. 3º Repatriar a los españoles que fueses acreedores a este beneficio. 4º Fomentar el espíritu de confraternidad entre españoles y americanos”⁵⁵³.

Esgrimiendo argumentos muy razonables, Calzada lograría, incluso, que se rebautizara la entidad como Asociación en tanto que “el nombre Liga, era más propio de una agrupación de combate, el cual no convenía en atención a los fines inmediatos de la institución y al estado nada pacífico de ánimos”⁵⁵⁴. El documento preparado por Calzada —leído y explicado por él mismo— fue aprobado por la asamblea reunida el 23 de marzo de en el frontón de la Plaza Eúskara, quedando así legalmente constituida APE⁵⁵⁵ cuyo lema sería “Todo por la patria y para la patria”. Durante aquella jornada Calzada, interesado en comprometer a los grandes hombres de negocios y banqueros españoles, lograría que se eligiera para la presidencia de la APE a Gonzalo de Segovia Ardizzone, Conde de Casa Segovia —polí-

reformulación del discurso patriótico como estrategia política. El caso de la Asociación Patriótica Española”, en Actas de las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia [CD-Rom], Tucumán, 19-22 septiembre de 2007.

552. Rafael Calzada, *Cincuenta años...* (II), p. 23.

553. *Ibíd.*, p. 24.

554. *Ibíd.*, p. 21.

555. Asociación Patriótica Española. Su origen y finalidad, 22 Marzo 1896-1928”, *Hispania* (2ª época). Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 3 (1928), pp. 3-5.

tico conservador y otrora banquero sevillano que por entonces era alto directivo del banco de la familia Bemberg—, reservándose para sí, una discreta vocalía en la junta consultiva.

Poco después de su fundación la APE lanzaría una intensa campaña españolista —algo nada fácil en un país rigurosamente neutral como la Argentina, promotor de la independencia americana y defensor del pacifismo arbitral—, que se abocaría, por un lado, a la captación de socios y a la construcción de una estructura regional y nacional que asegurara su supervivencia y, por otro, a acompañar el esfuerzo bélico español.

Cumpliendo, pues, con su mandato de auxilio, el 11 de abril de 1896, la asamblea de la APE aprobó el lanzamiento de una suscripción pública para la construcción de un crucero de guerra, el cual sería entregado en febrero de 1900 bajo el nombre de Río de la Plata, permaneciendo en servicio activo hasta 1934⁵⁵⁶. Dos años más tarde, el 15 de abril de 1898, la APE se adhirió a la Suscripción Nacional lanzada por la Corona española y que remitió a Madrid, según Calzada, más de siete millones de pesetas.

En el contexto de estas campañas, en septiembre de 1898 —tras pocas semanas de consumarse el Desastre de Cavite y Santiago— el poderoso empresario español Carlos Casado del Alisal, socio y cliente del bufete Calzada, consultaría al naviego acerca de su deseo de contribuir a la Suscripción Nacional, donando 200 *leguas* (medio millón de hectáreas) de sus tierras en el Chaco paraguayo para la Marina de Guerra⁵⁵⁷. Calzada, que por patriota no dejaba de ser pragmático, aconsejó a Casado que no donara esas extensiones al Estado español ya que seguramente serían malvendidas por el gobierno y su fruto iría a parar a las cuentas generales del Tesoro. La propuesta del naviego era que Casado donara la tierra a la APE “para que ella aplicase su valor a sus propios fines, que son precisamente los de la patria”⁵⁵⁸. Pese a la reticencia de Casado, Calzada lo habría convencido para que la donación se dividiera en dos mitades, una destinada a la Marina española y otra a la APE, quedando Calzada encargado de gestionar legalmente el traspaso de propiedad, que se formalizó el 3 de diciembre, siete días antes de la firma de la Paz de París⁵⁵⁹.

556. R. Sánchez Mantero, J. M. Macarro Vera y L. Álvarez Rey, *La imagen de España...* pp. 91-92; y “El crucero Río de la Plata” [en línea], en: *Relación de Cádiz con el Río de la Plata. Tan lejos y tan cerca (siglo XX)*, <http://galeon.hispavista.com/rioplata/sigloxx.htm>, [Consultado: XII-2007].

557. Respecto de los servicios jurídicos del bufete de Calzada a Casado del Alisal, de su implicación en inversiones de este último en Argentina y Paraguay y de la red de relaciones que unía a Calzada, a su suegro y a Casado, con miembros de la elite como Estanislao Zeballos, ver Gabriela Dalla Corte, “Redes y organizaciones sociales en el proceso de ocupación del Gran Chaco”, *Revista de Indias* 240 (2007), pp. 485-520.

558. R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), p. 31.

559. El orgullo de Calzada por haber llevado a este término su “negociación” con Casado, quedó elocuentemente fijado en sus memorias: “Como se ve, yo que era padrino de pila de la Patriótica y había sido el autor de sus Estatutos, acaba de asegurar, de esta manera, para siempre su existencia.” *Ibíd.*, p. 31. La extinción de la Suscripción Nacional, la ausencia de reclamo por parte del Estado español, la muerte de Casado y la voluntad de su viuda y herederos hizo que la APE se quedara con la totalidad de la donación. El producto de la venta de estas tierras en 1911, se invertiría en la construcción del palacio de la APE, sito en la calle Bernardo de Irigoyen de la ciudad de Buenos Aires y que sigue siendo la sede de la Asociación Patriótica y Cultural Española, heredera de la APE. Sin embargo, en

Así pues, tras veinticinco años en Argentina, el siglo XX comenzaba de forma inmejorable para Rafael Calzada. Burgués próspero, casado con una hija del ex presidente paraguayo Juan G. González, y plenamente integrado en la sociedad rioplatense, sus habilidades profesionales, inquietudes intelectuales, su probable adscripción a la masonería⁵⁶⁰, su riqueza —en buena medida deudora de sus vínculos con poderosos inversores como el mencionado Casado, Emilio Reus o Manuel Durán—, le aseguraban un acceso a los ambientes sociales de la elite y a las más altas instancias del poder. Paralelamente, su eficaz y enérgico liderazgo comunitario, le había permitido extender su influencia a través de la cada vez más tupida red asociativa española; haciendo que sus esfuerzos para rehabilitar el prestigio español en el Plata redundaran, también, en el acrecentamiento de su prestigio personal en ambas orilla del Atlántico.

La mejor muestra del prestigio ganado por el naviego pudo verse a propósito de la celebración, en 1900, del Congreso Social y Económico Hispanoamericano en Madrid, al que asistió como representante de la APE. El 9 de noviembre, ya en España, Rafael Calzada y Matías Alonso Criado —en este caso representando a Paraguay—, serían votados para ocupar dos de las nueve presidencias honorarias, junto a figuras de la estatura de Pi y Margall, Menéndez Pelayo, Moret, Silvela, Sagasta, Echegaray y Gaspar Núñez de Arce. Calzada ocupó, también, la vicepresidencia de la Comisión de Jurisprudencia y Legislación y sería encargado de contestar el discurso inaugural de Rafael María de Labra.

Durante aquel viaje, Calzada dictaría conferencias sobre Argentina en la Real Sociedad Geográfica —a la que asistirían Azcárate, Labra, Pi y Margall, Menéndez y Pelayo, el ministro argentino en Madrid, Vicente G. Quesada, y el futuro embajador, Marco M. Avellaneda— y participaría de numerosos agasajos brindados a los congresistas, aun cuando honraría sus convicciones republicanas haciendo algunos desplantes simbólicos a la Corona y al gobierno⁵⁶¹.

1912-1913 el gobierno español amenazó a la APE con reclamar judicialmente la mitad de lo obtenido, teniendo en cuenta la voluntad primigenia de Casado, lo cual abrió un período de grandes tensiones internas para la comunidad española. La abundante documentación que produjo esta disputa y una relación de los hechos desde la perspectiva de la APE, puede consultarse en Félix Ortíz y San Pelayo, *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, La Facultad, 1914, pp. 148-197.

560. Alguna literatura dan por hecho que Calzada participó de la logia *Luz Ovetense*, en cuyos cuadros habría militado entre 1874 y 1875. Ver Víctor Guerra, "Los Calzada y la masonería" [en línea], disponible en: <http://www.rafaelcalzada.com.ar/> [Consultado V-2008]. También se afirma que fue miembro fundador de la logia *Primera Argentina n° 62* —la que habría llegado a presidir en 1880-82— y que, en 1884 fue Primer Gran Vigilante en la *Gran Logia Argentina*. Ver Luisa Zainsteger, "Perfil de un republicano emigrado a la Argentina: Rafael Calzada" [en línea], disponible en: <http://www.rafaelcalzada.com.ar/> [Consultado V-2008].

561. Calzada no asistió a la recepción ofrecida por la Regente María Cristina —dispuesta a agradecer públicamente a Calzada y a la APE la donación del Crucero Río de la Plata— y rechazó una alta condecoración del Reino, gestionada ante el ministro de Estado, Aguilar del Campoó, por el asturiano Jesús Pando y Valle —secretario de la Unión Iberoamericana de Madrid—, por considerar que no era él, a título personal, quien debería ser acreedor de aquel reconocimiento, por el esfuerzo colectivo de la APE y de todos los emigrantes. R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), pp. 106-114.

La misión de Calzada en España fue muy celebrada, tanto allí como en Buenos Aires, donde el escritor argentino Enrique García Velloso — asistente habitual a los eventos organizados por la APE y testigo accidental de la labor del naviego en Madrid— elogiaría su admirable capacidad de relacionarse con ministros, periodistas, académicos y, en general, “con los hombres mentales, inspiradores de empresas materiales”; a la vez que su “propaganda inteligente, extraordinaria, a favor del acercamiento material y espiritual de España con el Río de la Plata”⁵⁶².

Pero, si en 1900 Calzada se había convertido ya en un hombre clave dentro del liderazgo de la comunidad española, no era tanto por su carisma o elocuencia, ni tampoco por sus actividades filantrópicas y colonizadoras —que alcanzarían más relieve a lo largo de aquella década⁵⁶³— sino, sobre todo, por su habilidad para convertirse en el hombre de confianza en materia jurídica de los grandes capitales españoles con intereses en el Plata y de las entidades comunitarias, amén de demostrar, en varias ocasiones, su capacidad para la organización y gestión asociativas y para articular un auténtico grupo de presión, que en pocos años llegaría a ser considerablemente influyente.

Esta sólida posición social y económica, le había permitido reagrupar a buena parte de su familia en Buenos Aires, la cual se convertiría en un apoyo inestimable para sus múltiples actividades profesionales, económicas y sociales. Los primeros en seguir los pasos de Rafael en Argentina fueron su hermana Rosalía (1870-1934), su esposo Luis Méndez y el hijo de ambos, Luis Méndez Calzada (1888-1945). La muerte de su cuñado hizo que Rosalía y Luis retornaran temporalmente a Navia. Rosalía, de fuertes convicciones religiosas, ejerció de periodista, publicando columnas de opinión, algunas crónicas literarias y poemas en la prensa asturiana, madrileña y argentina⁵⁶⁴.

El principal apoyo de Rafael fue, sin embargo, su hermano Fermín, nacido en Navia en 1871 y emigrado en 1893 a la Argentina tras licenciarse en Derecho en la Universidad de Oviedo. Siguiendo los pasos de su hermano mayor, Fermín revalidó su licenciatura y se

562. *Ibíd.*, pp. 203-204.

563. En octubre de 1907, Rafael fundaba en San Luis, Colonia Calzada, cuyo proyectado callejero, recogía los nombres de Joaquín Costa, Carlos Casado, Pi y Margall, Fermín Canella. Este asentamiento no resultó viable por la imposibilidad de extraer agua potable del subsuelo, quedando en pie la estación Navia del Ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico con una pequeña población aledaña. Entre 1908 y 1909, Calzada aportaría la tierra necesaria para la fundación de Villa Calzada y una fracción menor para la de Villa España, en la provincia de Buenos Aires. En 1910, Calzada loteó y subastó veinte hectáreas cerca del Matadero de Rosario en la ribera del Paraná para fundar el Barrio que, por disposición de la Intendencia de la ciudad, sería bautizado como Barrio Calzada. En cuanto a la filantropía de Rafael Calzada, debe decirse que el naviego no solo aportaría dinero a cuanta colecta y suscripción pública se lanzara en beneficio de España en el Río de la Plata, sino que aportaría tierras e influencias para emprendimientos que beneficiaran a la colectividad emigrante. Más allá haber obtenido la autorización para establecer escuelas y otras infraestructuras —estaciones de ferrocarril y algunas salas hospitalarias— en los poblados y barrios establecidos por su iniciativa, cabe destacar la donación, en 1907, de los solares donde se construiría el Hospital Español de Rosario y se levantaría el Barrio España.

564. “Falleció Da. Rosalía Calzada de Méndez”, *Hispania*, 81 (1934), p. 8.

doctoró en Derecho por la UBA. Además de ejercer su profesión en el bufete familiar, Fermín formó parte de las directivas del Centro Asturiano, siendo elegido presidente en 1895. Entre 1900 y 1904 fue secretario de la APE y miembro de su junta consultiva⁵⁶⁵; aunque su prolongada influencia en la comunidad española rioplatense emanaría del Club Español de Buenos Aires, del que fuera dirigente y presidente durante varios mandatos, entre 1905 y 1938⁵⁶⁶. Bajo su presidencia, esta institución adquiriría el solar de la calle Bernardo de Irigoyen n° 172 y construiría su fastuoso edificio que sigue siendo, al día de hoy, su sede social. El prestigio ganado en este despacho —el más elitista de la comunidad— lo convirtió en un hombre de referencia a la hora de representar a la emigración en eventos relevantes como el Primer Congreso de la Confederación de Sociedades Españolas de 1913 —del cual sería designado presidente— y II Congreso del Comercio Español de Ultramar, al que asistiría como delegado del Club Español y de la APE.

Su hermano menor, César (1877-1934) se instaló en Argentina en 1900, tras graduarse en Derecho en Oviedo y revalidar su título en la Universidad Nacional de Córdoba. Incorporado al bufete Calzada y más tarde asesor letrado del ministerio español en Argentina, César se doctoraría en los años siguientes en Paraguay, Brasil y por la Universidad Nacional de la República, en Montevideo. Fue presidente del Círculo Asturiano y del Club Hispano-Americano de Regatas. Murió en Madrid durante uno de sus viajes por Europa⁵⁶⁷, donando su fortuna a la Villa de Navia para la construcción de un Hospital y del Ateneo Popular.

En 1904, regresó a Argentina su sobrino Luis, ingresando al tiempo en la Universidad de Buenos Aires para estudiar Derecho, logrando el doctorado en 1911. Militante estudiantil y activista de varias asociaciones españolas, tuvo una participación central en la fundación en 1912 de dos entidades culturales: la Institución Cultural Española (ICE) —junto a Avelino Gutiérrez— y del Ateneo Hispano Americano. Al igual que sus tíos, se incorporó al bufete familiar, iniciando más tarde una carrera docente como profesor de Derecho político en la Universidad Nacional de La Plata, accediendo a la titularidad de cátedra en 1936. Además de publicar diversos textos de materia legal, escribió algunas obras literarias y ensayos. Por su compromiso político y su activa participación en las estructuras comunitarias, sería condecorado por la República Española en 1934⁵⁶⁸. Méndez Calzada se destacó como dirigente del Círculo Asturiano y del Centro Asturiano de Buenos Aires; llegando a ocupar los cargos de secretario y presidente de la ICE y de presidente de la APE⁵⁶⁹.

565. "Doctor Fermín F. Calzada" [necrológica], *Hispania*, 127 (1938), p.10.

566. Arturo Berenguer Carisomo, *España en Argentina (ensayo sobre una contribución a la cultura nacional)*, [s.n.], Buenos Aires, 1953, pp. 89-90. Versión electrónica disponible [en línea]: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/acadLetArg/91348397009805495200080/index.htm> [Consultado: XII-2007].

567. "Fallecimiento del Dr. César Calzada", *Hispania*, 85 (1935), p. 23.

568. "La Cruz de la Orden de la República para el Dr. Luis Méndez Calzada. Justo homenaje del Gobierno español", *Hispania*, 74 (1934), p. 5.

569. "Ha fallecido el Dr. Luis Méndez Calzada, ex presidente de nuestra Asociación", *Hispania*, 200 (1945), p. 3.

Como podemos ver, Rafael Calzada y varios miembros de su familia no sólo ascendieron socialmente en el Río de la Plata, sino que desarrollaron —a veces paralela y otras concurrentemente con sus intereses profesionales y económicos— un fuerte compromiso con el fortalecimiento y desarrollo del asociacionismo español, cuyas principales y más influyentes instituciones, no dudaron en colonizar. Con todo y sin por ello caer en ingenuidades hagiográficas, debe tenerse en cuenta que el patriotismo español de los Calzada, aun cuando funcional a sus intereses, no era una mera coartada para forjarse una posición de privilegio en Argentina.

Lejos del estereotipo del emigrante que cortaba lazos con el solar de origen para construirse una nueva identidad en el país de destino, Rafael, Fermín, César y Luis mantuvieron fuertes lazos con Navia, Asturias y con el ideal, por entonces aparentemente inalcanzable, de una España republicana y democrática. El compromiso con este ideal en Rafael y Fermín Calzada, sobre todo, sería el que le permitiría trabajar desde el extranjero, tratando de aglutinar a sus compatriotas, organizándolos e intentando recrear su identidad española y también colaborando con la acción republicana en la península, a través de la Liga Republicana Española.

Su exitosa trayectoria como profesional, su activa y notoria participación en la APE y la organización de la Liga Republicana Española, terminarían por revertir políticamente en España⁵⁷⁰. En 1905, Calzada fue proclamado candidato a diputado, a instancias de Fernando Lozano Montes. Pese a haber ganado la elección, la intervención fraudulenta de José Canalejas y del Conde de Romanones habría alterado el escrutinio, para hacer que Luis Morote — republicano próximo a las facciones reformistas del liberalismo dinástico — se hiciera con la banca. En 1907, fue nuevamente candidato por Madrid, esta vez con mayor fortuna. El reconocimiento y el peso moral de la colectividad española en Argentina; la movilización de la Liga Republicana Española; el apoyo unánime de los caudillos republicanos y la enérgica campaña de su hermano Carlos Calzada —también abogado y periodista, que permaneció en España— le permitiría obtener, ahora sí, el escaño que venía a simbolizar su plena “rehabilitación política” en España tres décadas después de su emigración y a coronar, paradójicamente, una trayectoria intachable de oposición a la Restauración⁵⁷¹.

570. Para un estudio de las incursiones políticas de Calzada y otros emigrantes, Marcela García Sebastiani, “Emigración y política. Los *no ciudadanos* en la Argentina quieren representación en el parlamento de Madrid”, en: Carlos Malamud y Carlos Dardé (eds.), *Violencia, legitimidad política y revoluciones en España y América Latina, 1840-1910*, Universidad de Cantabria, Santander, 2004, pp. 197-227.

571. En sus memorias, Calzada llegaría a considerar la aceptación de aquella candidatura y luego, del cargo, como una auténtica “locura política” —quizás alimentada por la vanidad o, más probablemente, por su compromiso republicano y por el deseo de resarcimiento ante el *pucherazo* de 1905—, que lo arrastró a liquidar una parte importante de su patrimonio inmobiliario para solventar los gastos previstos, cometiendo lo que calificó como “uno de los mayores disparates de mi vida”. No obstante, aquel breve paso por la política española le permitiría disfrutar del reconocimiento público de los grandes dirigentes republicanos españoles y portugueses; del diálogo con Alejandro Lerroux, Vicente Blasco Ibáñez, Adolfo Posada o Rafael Altamira —todos ellos recibidos por Calzada uno o dos

Ahora bien, la biografía de estos naviegos nos muestran, que duda cabe, una auténtica y extraordinaria “historia de éxito” que solo tenía correlato, es bueno recordarlo, con la trayectoria de un puñado de emigrantes. Sin embargo, deberíamos prevenirnos de emplear estas sagas familiares o la evidencia del notable avance organizativo de la colectividad española en el Río de la Plata, como pruebas concluyentes de que, en vísperas del Centenario, se habían disuelto en Argentina las antiguas prevenciones hacia España.

Después de cuatro décadas de “normalización” de las relaciones hispano-argentinas y de una elocuente “diplomacia de gestos”, persistía aún una profunda brecha entre ambos países. No en vano, el mismo Rafael Calzada comprobaría cómo las antiguas prevenciones rebrotarían en 1900, empañando la apoteosis de la APE y de la colectividad emigrante durante el Congreso Hispano Americano de Madrid. En aquella ocasión, el gobierno argentino, pese a haber comprometido inicialmente el envío de una delegación de alto nivel liderado por el ex presidente Carlos Pellegrini, decidiría no asistir —por consideraciones diplomáticas y por los expresos consejos de su ministro en España, Vicente G. Quesada⁵⁷²—, provocando que el único “representante” de Argentina en aquel evento, fuera el propio Calzada.

Conscientes de la brecha existente y de los estereotipos negativos que todavía pesaban sobre la imagen de España y los españoles en Argentina, los Calzada no dejaron de promocionar el hispanismo en el Plata, contribuyendo decididamente con todas aquellas iniciativas que favorecieran al acercamiento político, económico, cultural e intelectual entre ambos países, sabedores de que todo lo que se hiciera en este terreno redundaría en la cohesión y el fortalecimiento material y simbólico de la colectividad emigrada.

Los Calzada y el viaje de Altamira

El viaje de Rafael Altamira, en 1909 y el de Adolfo Posada, en 1910 fueron, más allá de las experiencias anteriores y posteriores de otros españoles en el Río de la Plata, los primeros actos que ilustraron públicamente el reencuentro intelectual hispano-argentino en torno de problemáticas sociales, culturales, científicas y pedagógicas de interés común y de algunos proyectos políticos potencialmente convergentes.

Ahora bien, este feliz encuentro entre el Grupo de Oviedo y los referentes intelectuales del reformismo liberal argentino —que se habían hecho fuertes en las universidades de La Plata y Buenos Aires— no fue fortuito, ni tampoco se debió solo a una irresistible simpatía filosófica o ideológica. En efecto, este encuentro fue posible, en gran medida, por los buenos oficios y gestiones personales de un grupo de emigrantes españoles del “primer exilio” republicano quienes, tras décadas de tejer pacientemente una densa trama de relaciones con las elites locales, estuvieron dispuestos a movilizar sus influencias en fa-

años después, en el Río de la Plata— y hasta de un inesperado y tumultuoso baño de multitudes —movilizadas y excitadas por la prensa republicana— a su llegada a Madrid. Para un relato sentido y lúcido de esta experiencia política, ver R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), pp. 243-246; 263-268 y 284-336.

572. Daniel Rivadulla Barrientos, *La “amistad irreconciliable. España y Argentina, 1900-1914*, Ed. Mapfre, Madrid, 1982, pp. 231-233.

vor de Altamira y Posada, y a intervenir como mediadores oficiosos entre la Universidad de Oviedo y las autoridades políticas e intelectuales de Argentina.

Asumiendo esta módica certeza podría discutirse, claro está, acerca de la naturaleza del vínculo que unió a aquellos primeros embajadores intelectuales, los referentes de la emigración y algunos sectores de la elite; y acerca de quiénes fueron los referentes que impulsaron aquel encuentro.

Ignacio García señaló, hace tiempo, la importancia decisiva que tuvo el periodista español Antonio Atienza y Medrano para que Altamira se entendiera con los liberales reformistas argentinos, a la vez que puso en evidencia la incomprensión de Arturo Andrés Roig respecto de las actitudes de Altamira o Posada quienes, en vez de acercarse a los krausistas opositores de la Unión Cívica Radical, trabaron relaciones con prohombres de la oligarquía. Según García, la incomprensión de Roig derivaba de que, en su análisis, soslayó la influencia de Atienza, de Avelino Gutiérrez y del propio Joaquín V. González, para centrar la mirada en un krausismo estrictamente local de evolución casi opuesta al peninsular que predominaba en torno del radicalismo⁵⁷³.

Siguiendo a García, la razón del aparentemente inexplicable comportamiento de Altamira en 1909 habría que buscarla en la fragmentación del krausismo rioplatense en cuyo panorama encontraríamos, por un lado, una minoritaria corriente *positivista* formada en España en torno de la Institución Libre de Enseñanza y, por otro lado, una hegemónica corriente *antipositivista* de raíz local inspirada por la lectura exclusiva de las obras de Heinrich Arhens.

Teniendo en cuenta el considerable influjo de Atienza en el escenario pedagógico rioplatense; sus buenas relaciones con Joaquín V. González y con el ambiente republicano e institucionista español; no cabría más que entender las actitudes de Altamira —otrora redactor de *La Justicia* y asiduo colaborador de la revista *España* de la APE y del BILE— y de Posada en Argentina, como consecuencia directa de su relación privilegiada con Atienza⁵⁷⁴:

573. Ignacio García, "El institucionalismo en los krausistas argentinos" [en línea], en Hugo E. Biagini, (Comp.), *Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig. Filósofos de la autenticidad*, Buenos Aires, 2000, disponible en: <http://ensayo.rom.uga.edu/filosofos/argentina/roig/homenaje/garcia.htm>.

574. En un tardío artículo dedicado a la memoria de Atienza, Altamira pasaba revista de su relación personal y declaraba: "Ahora si que se ha marchado de veras Atienza; se ha marchado antes de cumplir yo una de mis aspiraciones más vivas, ese viaje a América que considero casi como un deber, y a realizar el cual, empezando por Buenos Aires, creí que encontraría los brazos amigos del que fue mi primer director en la tarea periodística y ahora representaba uno de los programas más gratos a mis sentimientos patrióticos". Rafael Altamira, "Un «americano» ilustre", en Rafael Altamira, *España en América*, F. Sempere y Compañía Editores, Valencia, 1909, p. 36. La muerte de Atienza se produjo en 1906, cuando el viaje no estaba en el horizonte de Altamira ni de la Universidad de Oviedo, por lo que la frase final de este artículo involucra, indudablemente, una honra póstuma no exenta de un propósito propagandístico, cuyos destinatarios eran los lectores de *España* y el círculo de Atienza en Buenos Aires.

Cuando Rafael Altamira y Adolfo Posada viajan a América en 1909 y 1910... e ignoran a los Vergara, Escalante, Barraquero e Yrigoyen —los krausistas de Roig— no lo hacen por falta de perspicacia como en un momento pudo sugerir don Arturo: entran a Buenos Aires por la puerta que les abrió primero su correligionario Atienza, que fue quien preparó el terreno, y después Joaquín V. González, cuya universidad puso el dinero⁵⁷⁵.

Es indiscutible que la trama de relaciones sociales tejida por Altamira en Argentina bien pudo corresponderse con el patrón ideológico que años antes guió la sociabilidad porteña del ya fallecido Atienza, tal como ha argumentado García. Sin embargo, tanto Altamira como sus mentores poseían otros vínculos personales y políticos más inmediatos y entrecruzados que, directa o indirectamente, acercaron al viajero al sector reformista de la elite dominante.

Creemos, por lo tanto, que aquella *entente* entre el núcleo reformista de las elites argentinas, los líderes republicanos de la emigración y los ideólogos institucionistas españoles, estuvo cimentada no solo en una lectura común de Krause sino, sobre todo, en el juego de unos intereses políticos y culturales que concurrieron en la coyuntura del Centenario. Es por eso que, más que centrar exclusivamente nuestra atención en la tutela u orientación ideológica que pudo emanar del ideario de un Atienza, debemos observar el influjo de un personaje más ecléctico, pragmático y poderoso, como Rafael Calzada, el cual no ofrecería, ciertamente, una vía “filosófica” de diálogo y acercamiento, sino otra de índole eminentemente social y política.

Cuando Rafael Altamira y más tarde, Adolfo Posada, llegaron a la Argentina, contaban para desempeñar su cometido docente con unas sólidas credenciales académicas, un admirable currículum y la receptividad de una vanguardia académica capaz de apreciar sus ideas. Sin embargo, la empresa americanista incluía un puñado de contenidos, proyectos y aspiraciones que, aun cuando interesantes y susceptibles de ser atendidos por su propia valía, necesitaban de avales para ser considerados seriamente por la inteligencia rioplatense.

La actividad publicitaria del rector Fermín Canella⁵⁷⁶ y el conocimiento de la obra y el pensamiento de los intelectuales del Grupo de Oviedo —muy restringido, recordemos— no bastaban, ciertamente, para asegurar la atención del selecto auditorio al que se pretendía convencer de las bondades de un vasto y ambicioso programa panhispanista. Los sesudos contenidos del proyecto ovetense debían ser apuntalados por relaciones y compromisos personales; por individuos que, gracias a su posición social, pudieran abrir camino al mensaje y al mensajero entre la elite gobernante.

575. Ignacio García, “El institucionismo en...” [en línea] <http://ensayo.rom.uga.edu/filosofos/argentina/roig/homenaje/garcia.htm>

576. Acerca de la labor de Fermín Canella en la organización del viaje de Altamira, Gustavo H. Prado, “Fermín Canella, el olvidado organizador del Viaje Americanista de la Universidad de Oviedo (1909-1910)”, en *Actas del I Congreso de Estudios Asturianos (2006)*, Tomo III, *Comisión de Historia, Geografía, Antropología, Folclore y Etnografía*, RIDEA, Oviedo, 2007, pp. 315-340.

Una mirada más amplia sobre el periplo americano de Altamira nos muestra que el profesor ovetense cosechó resultados más productivos y alentadores allí donde los líderes comunitarios se mostraron capaces de propiciar una confluencia de intereses entre la elite política e intelectual local y la colonia española en torno de la promoción de un ideario confraternizador y panhispanista. La importancia decisiva de la familia Calzada en Argentina; de un Alonso Criado, en Uruguay o de un Telesforo García, en México, devenía de su sólido liderazgo comunitario y de su capacidad para oficiar de bisagras entre ambos mundos intelectuales, políticos y sociales.

En el caso que estudiamos, no podemos pasar por alto que el origen asturiano y la relación de los Calzada con la Universidad de Oviedo, reforzaron su compromiso con Altamira y luego con Posada, situándolos en el papel de promotores naturales de estas iniciativas. En realidad, los Calzada no sólo estudiaron en la casa de altos estudios asturiana, sino que heredaron y mantuvieron activos los vínculos establecidos por su padre —quien también estudió Derecho en la Universidad de Oviedo— con los rectores “regionalistas” Félix de Aramburu y, sobre todo, con Fermín Canella, con quienes compartía simpatías republicanas moderadas y, muy probablemente, filiaciones masónicas⁵⁷⁷.

No debe extrañar, pues, que pasados los años, Canella se convirtiera, de hecho, en el “albacá” de las iniciativas solidarias de Calzada para con el Principado. En 1886, Calzada inició la campaña “Socorros para Asturias” para asistir a los afectados por las catastróficas nevadas del mes de febrero. En Buenos Aires y las provincias se recaudaron 130.000 pesetas que fueron remitidos a la comisión compuesta del obispo Martínez Vigil, por Fermín Canella, Indalecio Corujedo, Rafael Calzada (padre), Rogelio Jove y Bravo, entre otros. En 1899, Calzada impulsó, desde el Club Español y la APE, la asistencia económica y material para los damnificados de los incendios invernales de Quirós, Turón y Mieres, girando a Fermín Canella 15.000 pesetas de la época. Canella, ya por entonces Rector, constituyó una comisión para la administración de esos fondos de la que participaron Jove y Bravo, Corujedo, Rafael Sarandeses, Inocencio Fernández, Luis Vallure⁵⁷⁸.

Pese a la distancia y a la bifurcación de sus caminos, las relaciones entre Rafael Calzada y sus amistades en el claustro ovetense no tuvieron una evolución meramente epistolar. En 1884, durante uno de sus viajes a Europa y España, Calzada no dejaría de desviarse a Oviedo “para abrazar a Fermín Canella, Rogelio Jove y Bravo, Adolfo Buylla, Inocencio Fernández, Leopoldo Alas (Clarín), Inocencio [Aniceto?] Sela, José de Llano, antiguos condiscípulos y amigos”⁵⁷⁹. En 1900, Rafael Calzada coincidió en Madrid con la delega-

577. Guerra afirma que Rafael Fernández Calzada (padre) había participado de la logia *Luz Ovetense* de la capital asturiana, coincidiendo con miembros de la familia Álvarez Buylla y con Fermín Canella. El notario naviego también habría sido miembro fundador en 1879 de la logia *Antorcha Civilizadora* de Navia, que se habría extinguido después de 1888. En 1892, Fernández Calzada se integraría en la logia *Triángulo Rafael del Riego*. Víctor Guerra, “Los Calzada...” [en línea], <http://www.rafaelcalzada.com.ar/>

578. R. Calzada, *Cincuenta años de América. Notas Autobiográficas*, Volumen I (*Obras Completas*, Tomo IV), Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1926, pp. 321-322; y R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), pp. 69-71.

579. R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), p. 299.

ción ovetense —integrada por Canella, Aramburu, Leopoldo Alas, Jove y Bravo, Melquíades Álvarez y el pleno del Grupo de Oviedo, Altamira, Posada, Buylla y Sela— en el ya mencionado Congreso Social y Económico Hispanoamericano⁵⁸⁰.

Estos lazos se reforzaron en los años sucesivos. En 1902, durante sus viajes por Asturias —luego de que el Ayuntamiento de Navia, lo designara “hijo predilecto” y bautizara una calle con su nombre— Calzada sería honrado con un banquete ofrecido por el rector Aramburu al que asistirían Canella, Sela, Posada, Altamira y Buylla, el cual propondría a la hora del brindis la distinción del Calzada como doctor *honoris causa*.

Cooperador de su Universidad, Rafael respondería siempre a los llamamientos de auxilio económico del Claustro ovetense. En noviembre de 1900, Calzada efectivizó personalmente una donación de 5.000 pesetas en respuesta a las peticiones de auxilio y exhortaciones americanistas que el rectorado hiciera llegar a las comunidades de la emigración española en 1900. Este dinero se invertiría en la compra de microscopios Zeiss para el Gabinete de Historia Natural, en la adquisición de libros para la biblioteca universitaria y en la edición de primer tomo de los *Anales de la Universidad de Oviedo* —para los que Calzada entregó 500 pesetas adicionales en nombre de la APE—⁵⁸¹.

En 1905 Calzada aportó fondos para sostener la Extensión Universitaria⁵⁸² con la organización de colectas y eventos culturales en beneficio de la casa de altos estudios, amén del aporte de jugosos donativos a título personal. En 1908, solidarizándose con los fastos del III Centenario de la Universidad de Oviedo, los Calzada presidirían en Buenos Aires una velada literaria ofrecida por la APE — en la que, además de servir un “abundante *lunch*”, se sorteó la obra del pintor asturiano Juan Peláez Leirena (1882-1937)⁵⁸³ — con el objeto de recaudar fondos para la siempre necesitada casa de altos estudios.

Parece evidente que estos sólidos vínculos de los Calzada y su familia con la universidad asturiana eran, para el rector Canella, Altamira y, luego, también para Posada, bazas mucho más fuertes a la hora de captar el apoyo de la comunidad española a estas misiones americanistas y movilizar sus influencias con las elites, que las que derivaban de la coincidencia estrictamente ideológica existente entre aquellos profesores y sus anfitriones, o del buen recuerdo dejado por el magisterio krausista del ya fallecido Atienza y Medrano.

580. *Ibid.*, pp. 93-105.

581. Fermín Canella Secades, *Historia de la Universidad de Oviedo*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1995, pp. 219 y 267.

582. “En mi deseo de auxiliar con algunos fondos a la Extensión Universitaria de Oviedo, propuse al Centro Unión Asturiana, del cual era presidente honorario, pudiésemos a la empresa «La Comedia» organizase una función a beneficio de aquella institución cultural, comprometiéndome yo a inaugurarla con un discurso. Aceptada mi idea, se publicó una invitación que firmaban los más respetables comprovincianos y la función se celebró el 25 de noviembre, con gran asistencia de público en el que figuraban muy distinguidas familias de asturianos. No puedo precisar el resultado de aquel beneficio. Recuerdo que fue de alguna consideración y que su importe fue girado inmediatamente, por el Banco Español, al rector de la Universidad, don Fermín Canella”, R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), p. 249.

583. Ana María Fernández García, *Arte y Emigración. La Pintura Española en Buenos Aires, 1880-1930*, Universidad de Oviedo y Universidad de Buenos Aires, Gijón, 1997, pp. 253-254.

Pero, más allá de esto, lo cierto y concluyente es que, si nos atenemos a la evidencia disponible, es difícil no encontrar a alguno de los Calzada detrás de los pasos de Altamira en el Río de la Plata. Fermín Calzada formó parte del grupo de notables que prepararía la recepción de Altamira, disponiendo su alojamiento en el lujoso Hotel Castilla de Buenos Aires, y la conformación de una delegación comunitaria presidida por Rafael, encargada de su recepción en Montevideo y Buenos Aires. Rafael, con Altamira atareado en el Plata, Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile y sin poder establecer contacto fluido con Oviedo, se encargaría de mantener informado a Canella de la marcha inicial del periplo.

El doble carácter de la misión de Altamira —académico a la vez que propagandístico— y la relevancia política que fue tomando este periplo a medida que pasaba el tiempo, impuso al viajero determinadas obligaciones sociales que el alicantino supo armonizar con la faz estrictamente intelectual de su empresa. Después de todo, Altamira no sólo había viajado a Buenos Aires para dictar clases, sino para persuadir a las elites de los beneficios del intercambio intelectual y provocar un giro panhispanista en materia de política exterior, comercial y cultural. Lógicamente, si el frío y austero recinto universitario era el lugar adecuado para desplegar su discurso académico, la sutil propaganda ideológica y el *lobby* hallaba su hábitat natural en los cálidos y suntuosos salones y comedores de las instituciones donde socializaban las clases dominantes. Espacios donde el viajero podía trabar relación más íntima con los miembros influyentes de las elites locales y de la comunidad española.

No en vano los Calzada organizaron varios banquetes en honor de Altamira, entre los cuales tuvo particular relevancia el festín de despedida que ofreciera el Club Español de Buenos Aires⁵⁸⁴. En esta ocasión, el viajero compartió la mesa de honor con su presidente, Fermín Calzada; Félix Ortiz y San Pelayo; Otto Krausse y otros contertulios habituales en estos nutritivos homenajes como el Rector de la Universidad de Buenos Aires, Eufemio Uballes; el decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, Ernesto L. Bidau y el casi omnipresente presidente de la UNLP, Joaquín V. González.

Pero, más allá de estos grandes encuentros sociales, Rafael Calzada organizaría para Altamira reuniones más íntimas y propicias al diálogo, como el almuerzo de ofrecido en el Club del Progreso de Buenos Aires y en el que Rafael y César Calzada invitaron a los ex alumnos del alicantino residentes en Buenos Aires, entre quienes estaba el vicecónsul de España en Buenos Aires, José M. Sempere, su secretario Francisco Alvarado, Ernesto Longoria, J. Zaloña, Pascual Saenz de Miera y Ernesto R. Cividanes⁵⁸⁵.

584. Parte de las gestiones de Fermín Calzada para la realización de este evento quedaron testimoniadas en: Instituto de Enseñanza Secundaria Jorge Juan de Alicante/Legado Altamira (en adelante, IESJJA/LA), Carta de Fermín Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 1.X.1909.

585. "Almuerzo", en *La Prensa*, Buenos Aires, 30.IX.1909. Entre los papeles de Altamira conservados en IESJJA/LA, se encuentran dos páginas (79-80) correspondientes a una revista no identificada, que recoge el testimonio fotográfico de aquel almuerzo bajo el título "Banquetes al profesor doctor Rafael Altamira".

No sería exagerado afirmar, pues, que a poco de iniciar su estancia rioplatense, la mayor parte de las actividades sociales de Altamira —al menos de aquellas que no pasaban por el ámbito estrictamente universitario—, discurrían en torno de los Calzada o estaban relacionadas con ellos.

El rápido entendimiento con Rafael Calzada hizo que Altamira se integrara, temporalmente, en su red de recomendaciones, derivándole muchos de los pedidos de auxilio e intersección que le hacían compatriotas advertidos de sus contactos con la dirigencia comunitaria y con las autoridades locales. Por extraño que parezca, estos requerimientos se prolongaron más allá de la estancia de Altamira en Argentina, como testimonian la correspondencia con Miguel Calvo⁵⁸⁶ y, especialmente, con José Vallcanera, cuya glosa de las palabras de Calzada nos ha permitido recuperar una visión del propio naviego acerca de su influencia y de la estima en que tenía al alicantino.

Creo tener la seguridad de que me dirijo a un hombre que sabrá interpretar el alcance de mis palabras: aquí como Ud ve, me llueven los recomendados de España; el uno quiere que le busque una casa para llevar las cuentas, porque es Tenedor de Libros; otro, una portería; otros más modestos quieren que les coloque de ayudantes de cocina; en una palabra, quieren convertirme en Agente de Colocaciones y yo no puedo hacer eso. Yo quiero [sigue diciendo el Doctor] al señor Altamira como un hermano, vea Ud. una vacante que pueda desempeñar y aquí tiene mi influencia⁵⁸⁷.

Siguiendo un patrón de reciprocidad, en otras ocasiones sería Calzada quién, apelando al rápido ascendiente ganado por el alicantino, solicitaría de Altamira gestiones puntuales ante las autoridades locales. Un caso interesante sería su pedido de que, durante la gira litoraleña con el ministro Rómulo. S. Naón, preguntara a éste por una beca de estudios prometida para la señorita Lucila Peña, pariente de un compatriota y amigo personal residente en Santa Fe⁵⁸⁸.

586. En 1915, el asturiano Miguel P. Calvo, conchabado en una refinería de azúcar y preocupado por la desocupación que se veía por entonces en Argentina, apeló a Altamira a través de un amigo común, Manuel Miranda —residente en San Esteban de Pravia donde Altamira tenía una casa— para encontrar una colocación mejor: "... si V. se digna favorecerme con una eficaz recomendación por la cual pueda entrar al servicio de algún centro español, ya sea de portero, oficina u otro empleo cualquiera que esté en armonía con mi profesión pasada, además de aliviar mi suerte hará un acto de caridad que yo le agradeceré externamente." Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo/Fondo Rafael Altamira (en adelante, AHUO/FRA), Caja IV, Carta de Miguel P. Calvo a Rafael Altamira, Buenos Aires, 21.III.1915. Altamira, siempre solidario, le remitió dos tarjetas para que Calvo se presentara ante la Asociación Patriótica Española y Rafael Calzada.

587. AHUO/FRA, Caja IV, Carta de José Vallcanera a Rafael Altamira, Bahía San Blas, Argentina, 2.X.1910. Vallcanera había recurrido a Altamira desde Alicante para obtener su recomendación para emigrar a la República Argentina. Entonces, Altamira le había dado una carta de recomendación para Rafael Calzada, que terminaría colocándolo en una casa comercial.

588. IESJA/LA, Carta de Rafael Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 21.VIII.1909.

En el mismo sentido, los Calzada no dudaron en integrar a Altamira en actos oficiales relacionados con sus actividades “colonizadoras” —muchas de las cuales eran, en realidad, operaciones inmobiliarias marginales para la fortuna familiar— por las que se movilizaban tierras urbanizables obtenidas entre Buenos Aires y la Plata como forma de honorarios por los servicios jurídicos del Estudio Calzada a tamberos y terratenientes de la zona.

Estos eventos festivos, donde se reforzaba la cohesión de la colectividad y se recreaba el lazo hispano-argentino a través de ceremoniosos tributos a ambas naciones, tenían interés en tanto que convocaban a personalidades políticas y sociales de la emigración y autoridades nacionales y provinciales argentinas, multiplicando las oportunidades de diálogo y colaboración.

Así, pues, Altamira sería invitado al acto fundacional de Villa Calzada, constituida a partir del loteo y subasta de miles de hectáreas en la provincia de Buenos Aires —recibidas como pago de honorarios a Rafael Calzada—, con el financiamiento del Banco de Galicia. El 18 de julio de 1909 se colocó la piedra fundamental con el padrinazgo de Vicente Blasco Ibáñez y la esposa de Rafael, Celina Gonzalez Peña y se inauguró la estación correspondiente del Ferrocarril del Sur. En el acta de fundación —una de las pocas ciudades del cono urbano bonaerense que posee tal tipo de documento—, firmarían además de los padrinos, Fermín y César Calzada, el dirigente de la emigración española en Uruguay, Matías Alonso Criado y Rafael Altamira.

Los Calzada también asociaron a Altamira con la fundación de Villa España —pueblo establecido tras el loteo de las tierras del tambero Juan Mendiberry—, concediéndole el honor de apadrinar el nuevo pueblo, que quedó constituido el 12 de septiembre de 1909 tras un acto en el que Rafael y Fermín Calzada, junto a Vicente Blasco Ibáñez y Carlos Malagarriga actuaron como testigos.

En ambas localidades, Altamira sería honrado a título personal a instancia de los Calzada: en Villa Calzada, la Sociedad de Fomento —cuya comisión directiva estaba integrada, entre otros, por Malagarriga, Cesar Calzada y Luis Méndez Calzada— bautizó con su nombre la futura escuela primaria y a una de las “principales avenidas” del nuevo pueblo, la cual retiene su nombre al día de hoy⁵⁸⁹, al igual que la calle bautizada como “Rafael de Altamira”, en Villa España.

Claro que los Calzada no se limitaron a ofrecer a Altamira placas en el callejero de pueblos bonaerenses, sino que intervinieron para movilizar apoyos materiales para su Viaje americanista y para la Universidad de Oviedo. Las difíciles condiciones presupes-

589. IESJJA/LA, Carta de la Comisión Ejecutiva de la Sociedad de Fomento de Villa Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 15.X.1909. Esta epístola se encuentra reproducida fotográficamente en R. Asín, F. Moreno, R. Muñoz, *et al.*, *Rafael Altamira 1866-1951...*, p. 103. Consultar también Rafael Altamira, Fragmentos del informe final presentado al señor Rector de la Universidad de Oviedo, reproducido en Rafael Altamira, *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Victoriano Suárez, Madrid, 1911, pp. 489-490. La Escuela Rafael Altamira comenzaría a construirse frente a la plaza 25 de Mayo, siendo sus padrinos Joaquín V. González y Celina González Peña, que llegaron a colocar la piedra fundamental. Finalmente, la escuela no fue construida.

tarias de la iniciativa americanista ovetense —a la fecha de partida sólo se contaba con el adelanto del metálico enviado por la UNLP— hicieron que tanto Altamira como el rector Canella depositaran sus esperanzas en el rápido aporte de los emigrantes. Ambos tenían expectativas previas —y algo desmesuradas en lo que respecta al rector— de que Calzada y los suyos realizarían inmediatos aportes de dinero para la consecución del Viaje, cosa presumible teniendo en cuenta los anteriores aportes efectuados por el naviego a la Universidad de Oviedo.

Dado el retraso con que este se verificó este aporte y la falta de información que se tuvo en Oviedo acerca de las primeras etapas del Viaje, Canella llegó a lamentarse de lo que consideraba como una inesperada deserción de “la colonia española de comerciantes e industriales”, afortunadamente compensada “con lo bien del elemento argentino que comulga con nosotros”⁵⁹⁰. Sin embargo, pese a la ansiedad del Rector —que veía que no podía garantizar la holgura financiera del delegado ovetense—, lo cierto es que los Calzada no dejaron abandonado a Altamira en materia económica.

Luis Méndez Calzada, por entonces presidente del Círculo Asturiano de Buenos Aires, organizó en honor del alicantino y de la Universidad de Oviedo —el objetivo era recaudar fondos para la Extensión Universitaria— una velada cultural en el Teatro Victoria de Buenos Aires en la que se representó una pieza teatral y se pudo escuchar una alocución de Altamira y de dirigentes asturianistas⁵⁹¹. Para difundir la labor de los profesores de la Extensión y publicitar el evento, Méndez Calzada informaba a Altamira que la revista *Asturias*, dedicaría un número extraordinario a la Universidad de Oviedo⁵⁹².

La iniciativa más sorprendente sería, sin embargo, la de obsequiar a Altamira con una casa en Oviedo, la cual vino a suplir la que impulsaran entusiasta, aunque fallidamente, los estudiantes platenses y porteños⁵⁹³. Esta colecta no tuvo, sin embargo, la evolución prevista, según hubo de relatar a Altamira, Luis Méndez Calzada, quien ante la inercia de sus compañeros estaba dispuesto a resucitar el proyecto valiéndose de su nuevo cargo de secretario de la Federación Universitaria o, llegado el caso, impulsarlo a título personal,

590. AFREM/FA, RAL 2, Carta de Fermín Canella a Rafael Altamira, Oviedo, 23.X.1909. En el mes de noviembre de 1909 —cuando en Oviedo ya se sabía que los lamentos y “privaciones” iniciales de Altamira habían tenido consuelo— Canella no dejaría de mostrarse molesto, declarando su alegría de que “los españoles y Calzada a la cabeza rectificasen” y aportaran al sostenimiento de aquella misión. Ver AFREM/FA, RAL 2, Carta de Fermín Canella a Rafael Altamira, Oviedo, 16.XI.1909.

591. En esta “Gran función en honor del esclarecido profesor Don Rafael Altamira”, la Compañía Cómico-Dramática Serrador-Mari, representó el drama de Manuel Tamayo y Baus, “Locura de Amor”, para recaudar fondos en beneficio de la Extensión universitaria ovetense. Algunos pormenores de la organización de este acto pueden verse en IESJJA/LA, Cartas de Luis Méndez Calzada [Círculo Asturiano] a Rafael Altamira, Buenos Aires, 10.VIII.1909 y 31.VIII.1909.

592. IESJJA/LA, Carta de Luis Méndez Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 31.VIII.1909.

593. AFREM/FA, Cartas a Rafael Altamira, RAL 2, Carta de Fermín Canella a Rafael Altamira, Oviedo, 23.X.1909; IESJJA/LA, Carta de Luis Méndez Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 31.VII.1910; Borrador/Copia de Carta de Rafael Altamira a Luis Méndez Calzada, Pontevedra, 3.IX.1910 y Carta de Luis Méndez Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 31.VIII.1910.

junto a “una docena de jóvenes estudiantes de Derecho [...] que están decididos a realizar el proyecto, sea como fuere, por ser cuestión de dignidad”⁵⁹⁴.

Lo cierto es que, pese a las agradecidas protestas de Altamira —temeroso de que se creyera que su amistad con aquellos navegos alimentara suspicacias de sus enemigos en Asturias y Madrid⁵⁹⁵—, los Calzada no se olvidaron del asunto. Antes de su partida, para recompensar a Altamira, Rafael Calzada y su amigo, Avelino Gutiérrez, habían acordado lanzar una suscripción desde el Club Español para recompensar la labor del alicantino⁵⁹⁶.

En todo caso, la paralización de la suscripción estudiantil y la “lenta” evolución que tuvo esta segunda colecta —testimoniada en varias cartas remitidas a Altamira entre 1909 y 1910 por el Vicecónsul español José M. Sempere y el abogado Pascual Sáenz de Miera—, terminó por convencer a Rafael Calzada de la conveniencia de ofrecer a Altamira las cifras ya reunidas en papeles de la deuda española para que “dispusiese de ellos como creyese más conveniente”⁵⁹⁷.

Más allá de la anécdota y si bien este tipo de aportes de la colectividad española en Argentina fueron tardíos, teniendo en cuenta el cronograma del Viaje americanista y las

594. IESJJA/LA, Carta de Luis Méndez Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 31.VII.1910.

595. IESJJA/LA, Borrador/Copia de Carta de Rafael Altamira a Luis Méndez Calzada, Pontevedra, 3.IX.1910.

596. “...el 29 de septiembre de 1909, se le ofreció una comida en la Escuela Agronómica de Santa Catalina [...]. Asistió al acto el ilustre amigo doctor Avelino Gutiérrez, que se sentó a mi lado y hablamos largamente de Altamira. Insinué yo todo lo meritorio que era el desinterés de aquel hombre, que pronto regresaría a España sin una remuneración que valiese la pena y en el acto se le ocurrió a Gutiérrez que debíamos hacer una suscripción a su favor entre nuestros compatriotas. Me pareció excelente idea, y dicho y hecho. Dejando él sus enormes ocupaciones y yo las mías, dedicamos una porción de días a recorrer las casas españolas más caracterizadas y pudimos reunir más de 100.000 pesetas, que le ofrecimos en títulos de la deuda española, y otras 10.000 que entregamos al que vino acompañándole como secretario, don Francisco Alvarado, a quien, además, obsequiaron con un gran banquete la Cámara Española de Comercio y el Círculo Gallego, ofreciendo yo la demostración en un breve discurso.” R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), p. 361. Las cifras consignadas en el epistolario son algo menores: “...se pasó una orden a la Sucursal del Banco Español del Río de la Plata en Madrid, para que ponga a la disposición de Vd. 70.000 Pesetas en título de Deuda Española del 4% equivalentes a 60.000 en efectivo, menos un pequeño pico de 400 por las cuales le adjunto un giro a su orden.” IESJJA/LA, Carta de Rafael Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 3.VIII.1910. En esta misma carta, Calzada informaba que se girarían, además, 6.000 pesetas para su secretario Alvarado y 30.000 pesetas para la Extensión Universitaria, a nombre de Fermín Canella.

597. Véanse los informes que hicieran al respecto de este asunto los ex alumnos ovetenses de Altamira —en aquel entonces funcionarios del Consulado español en la Capital argentina— en: IESJJA/LA, Carta de José M. Sempere [Consulado español en Buenos Aires] a Rafael Altamira, Buenos Aires, 26-XI-1909 y Carta de José M. Sempere y de Pascual de Miera [Consulado español en Buenos Aires] a Rafael Altamira, Buenos Aires, 16.XII.1909; Carta de Pascual Sáenz de Miera a Rafael Altamira, Buenos Aires, 7.IV.1910; Carta de Rafael Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 3.VIII.1910 y Carta de Avelino Gutiérrez a Rafael Altamira, Buenos Aires, 22.VIII.1910.

urgencias financieras del caso y, sin duda, excepcionales, la implicación de los Calzada y su entorno ponía de manifiesto el compromiso material de la comunidad española en Argentina para con la causa americanista ovetense:

Mucho más habríamos deseado reunir tanto para Vd. y para la Extensión Universitaria como para el señor Alvarado; pero amigo mío, fue de todo punto imposible. Son generosos y son patriotas de verdad estos españoles de la Argentina; pero están castigados día a día por toda clase de suscripciones y crea a Vd. que, hoy por hoy, apenas si sería posible exigir más de ellos. Ahora mismo, tenemos entre manos la iniciada para el Monumento a la Argentina, que cuesta una enormidad (casi 1.000.000 de pesetas) y que es una deuda de honor que hemos contraído con el país. No se ha reunido aún ni la mitad. Como quiera que sea, debo decirle para su satisfacción que todos los donantes, sin excepción de uno solo, se han manifestado complacidos de poder ofrecer a Vd. Esta pequeña muestra de su admiración y de su simpatía. Es opinión unánime que no ha podido hacerse nada mejor, ni más merecido, ni más justo, y sólo así podrá explicar el éxito relativamente satisfactorio de nuestras gestiones. Es la primera suscripción de esta índole que se hace entre nosotros, y me parece que ha de pasar mucho tiempo antes de que nadie se atreva a intentar siquiera nada parecido⁵⁹⁸.

Ahora bien, los Calzada y su entorno no sólo garantizaron que el movimiento español respaldara sin fisuras ni tensiones internas apreciables la misión de Altamira en Argentina —cosa que no ocurriría en Perú y sólo parcialmente en México y Cuba—, sino que, activando sus relaciones con la elite, lograron atraer la atención y el favor de los referentes del reformismo liberal, con quienes no sólo compartían un ideario democratizador, sino también una inquietud hispanista.

De hecho, aquello que puede completar nuestra imagen acerca del tipo de liderazgo de Rafael Calzada, así como de su papel de *mediador* entre Oviedo y La Plata, tiene que ver con su indudable capacidad para conjugar su papel como activo promotor de los intereses de su colectividad y su imagen de representante moderado y fiable de la emigración española ante las elites políticas e intelectuales argentinas del período.

Rafael Calzada y su familia no formaron parte, pues, de la rocambolesca comparsa que, frecuentemente se encolumnó detrás de los intelectuales españoles que visitaban el Plata, sino que demostraron su capacidad para conducir los pasos de aquellos viajeros hacia los círculos de poder e influencia que podían garantizar el éxito de su misión, sobrepasando a los siempre prevenidos y desconfiados diplomáticos peninsulares⁵⁹⁹.

598. IESJJA/LA, Carta de Rafael Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 3.VIII.1910.

599. En otras escalas, Altamira sólo pudo contar con el compromiso de figuras locales, como ocurriera en Perú, donde sus pasos fueron guiados por Matías León y Ricardo Palma; en Chile, con algún matiz, había ocurrido lo mismo, siendo Valentín Letelier su *cicerone*. En ambos casos, la debilidad, división o deserción de la dirigencia comunitaria resultaría compensada, de forma imprevista, por la mayor participación de los diplomáticos españoles. Tras observar el comportamiento de Altamira en Argentina, y luego en sus propios países de residencia, los ministros españoles de Uruguay y México también

Calzada era consciente de que la misión de Altamira no podría competir, en lo que hace a repercusión popular, con la coetánea aventura retórico-colonizadora de Blasco Ibáñez, apuntalada por su éxito literario⁶⁰⁰. Sin embargo, era evidente que el mensaje y la probidad del catedrático ovetense podían impactar en las elites con mucho más fuerza, lo cual justificaba, fuera de cualquier otra consideración, el apoyo que debía darle de la colectividad y sus propios oficios para fomentar ese diálogo.

Es por ello que no debe olvidarse que quienes arroparon a Altamira o Posada formaban parte de un círculo al cual ya tenían acceso los Calzada y otros dirigentes españoles de su entorno. En las postrimerías del siglo, Calzada se codeaba con Marco M. Avellaneda, y Joaquín V. González, con intelectuales como Calixto Oyuela y José María Ramos Mejía⁶⁰¹; y además de su acceso al presidente Roca⁶⁰², había desarrollado mejores relaciones con los futuros presidentes Manuel Quintana, José Figueroa Alcorta y Roque Sáenz Peña⁶⁰³. El acceso al círculo de Calzada resultaba vital para una misión como la

apoyarían de forma entusiasta al alicantino, colaborando incluso con las dirigencias republicanas de la emigración con las que tenían una convivencia problemática y a menudo conflictiva.

600. En sus memorias, Calzada lograría captar, con evidente lucidez, la importancia de tuvo esta pionera embajada intelectual: "El recibimiento de que fue objeto Altamira, así en Montevideo, adonde fuimos a buscarle, como en Buenos Aires, no fue popular, tumultuoso como el de Blasco Ibáñez, pero fue nutrido, respetuoso, compuesto muy especialmente de intelectuales, de universitarios, paisanos y admiradores distinguidos; en suma, de un público que seguramente ha de haberle causado impresión muy grata. Los periódicos sin excepción, le recibieron y saludaron con verdadero regocijo, publicando su biografía, su retrato, hasta su caricatura, atribuyendo a su llegada las proporciones de un verdadero acontecimiento; y bien puede decirse que pronto superó con creces las esperanzas en él fundadas, con su curso en la Universidad platense, sobre Metodología de la Historia, sus conferencias en la de Buenos Aires, en el Rosario, en Córdoba, en Montevideo, en todas partes. Resultó un gran expositor, un eximio maestro, cuyas lecciones encantaban por su claridad, por su sencillez, por la sabia novedad de su doctrina. Sus éxitos fueron tantos como sus conferencias o discursos." R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), p. 360.

601. Testimonios del predicamento ganado por Calzada entre los notables argentinos pueden encontrarse en los listados de asistentes a los eventos sociales organizados por él, o los que le fueron tributados. Un buen ejemplo de ello fue el homenaje que le organizaría el Club Español el 19 de agosto de 1900 antes de su partida como delegado de la APE al Congreso Social y Económico Hispano-Americano de Madrid. A este homenaje asistieron más de trescientos invitados, entre quienes estaban todos los referentes de la colectividad y muchos notables argentinos, como Dardo Rocha, Estanislao Zeballos, Calixto Oyuela, Nicolás Lavalle, Jorge Argerich y José María Ramos Mejía —algunos de los cuales formaron parte de los organizadores del evento—. *Ibid.*, pp. 84-88.

602. Calzada destaca, en sus memorias, el homenaje informal que le fue tributado en el mismo mes de agosto de 1900 por Gregorio Torres. A esta velada, que dio la oportunidad de intercambiar ideas acerca del fomento de las relaciones comerciales y diplomáticas hispano-argentinas acudieron el ministro español Julio Arellano y Arrózpide, gobernadores provinciales, diputados y el propio presidente Julio A. Roca, que habría sido el verdadero promotor de aquella reunión. *Ibid.*, pp. 88-89.

603. En sus memorias, Calzada apuntaba su trato con el efímero presidente Manuel Quintana, "un grande amigo de los españoles", a quien conocía desde su llegada a través de José María Moreno y que falleciera en 1906, a pocos meses de asumir la primera magistratura argentina. Su vicepresidente, Figueroa Alcorta, "ilustre hijo de Córdoba, amigo mío", asumiría el cargo. Calzada fue partícipe del banquete que Manuel Durán

de Altamira, teniendo en cuenta la importancia que los intelectuales krauso-institucionistas adjudicaban a las elites y los condicionantes ideológicos que los llevaban a definirlos, tanto en España como en América, como potenciales agentes de progreso y modernización.

Durante aquellos años, los Calzada prestaron gran atención a homenajear y atraer a las actividades de la APE y del Club Español a personajes públicos bien predisuestos hacia España y la emigración española, como Calixto Oyuela, Juan José García Velloso, Roque Sáenz Peña, José María Ramos Mejía, y, especialmente, Joaquín V. González⁶⁰⁴.

En 1906 González fue homenajeadado por la APE en su 11ª asamblea general, designándosele por aclamación, presidente honorario de la institución, a propuesta de un centenar de socios, tras los cuales estaban los Calzada. Este nombramiento, sumado a los de miembro correspondiente de la reales academias de la Lengua y de Jurisprudencia y Legislación, fue la excusa para que el Club Español le ofreciera, en mayo de 1906, un fastuoso banquete adornado por la asistencia de “los hombres de mayor figuración entre nuestros compatriotas y muchos argentinos”, por un discurso de Calzada y por una celebrada pieza oratoria de González “rebosante de españolismo”⁶⁰⁵.

En dos párrafos de sus memorias, Rafael Calzada se adjudica un importante papel en la llegada de Altamira y Posada a la Argentina⁶⁰⁶. Si bien no hemos hallado evidencias que corroboren los testimonios de Calzada, su relato resulta más que verosímil, al me-

tributó a Roque Sáenz Peña, cuando este fuera nombrado embajador extraordinario de la República Argentina para la boda de Alfonso XIII, habiendo realizado el discurso de homenaje para su “viejo amigo” quien, comiera dable esperar, contestaría dedicando “frases de cariño y de justicia a la madre patria”. *Ibid.*, pp. 235-236 y 253-254. Figueroa Alcorta —quien recibiera a Altamira a instancias de Calzada y de la legación española— y Sáenz Peña formaban parte de los sectores reformistas de la elite, opuestos a la hegemonía de Roca.

604. En el 12º (1907-1908) y el 16º ejercicio (1911-1912) Joaquín V. González ocupó un escaño en la junta consultiva de la APE. Ver F. Ortiz y San Pelayo, *Boceto histórico...* pp. 267 y 271.

605. R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), pp. 259-260.

606. “La colectividad española demostró con este afectuoso acuerdo su admiración y su gratitud hacia uno de los argentinos que más firme y noblemente batallaban por el buen nombre de España en América. Puedo dar yo fe de todo lo sinceros que eran sus deseos de acercamiento entre argentinos y españoles. Siendo él ministro del Interior del general Roca, bastantes años antes de ese acuerdo, me hablaba confidencialmente de sus propósitos de traer sabios españoles para dar conferencias en las universidades nacionales, especialmente sobre sociología, y hasta me hacían el honor de consultarme acerca de los hombres más indicados para ese objeto. Recuerdo haberle insinuado, entre otros, a Posada, Altamira, Buylla, de quienes ya tenía él un alto concepto, y a quienes solía citar en sus obras. Algún tiempo después, llegaban al país los eminentes profesores Posada y Altamira, que fueron recibido con tanto aplauso...”. *Ibid.*, pp. 259-260. Páginas adelante, Calzada evocaba la llegada de su “siempre admirado y muy querido amigo Rafael Altamira, el sabio maestro de la historia” rememorando que más de una vez había hablado con “el insigne González... siendo ministro del general Roca” acerca de su posible venida y testimoniando que el presidente de la UNLP “quería a todo trance que viniese”. *Ibid.*, p. 359.

nos si no pretendemos forzar el sentido de las palabras de Rafael, queriendo interpretar que González hubiera llegado a conocer la existencia de estos intelectuales a través de aquél. En efecto, asumiendo que González ya tenía referencias del Grupo de Oviedo e incluso algunas lecturas, podemos dar por hecho que los Calzada se las arreglaron para ahondar el interés de González por aquellos intelectuales empeñados como él, en la reforma política, en la reforma social y en cuestiones pedagógicas, sociológicas e historiográficas. Teniendo en cuenta la relación que unía a aquellos naviegos con su antigua universidad, con su rector y con el propio González, es muy probable que la propaganda americanista, lanzada por la Universidad de Oviedo en 1900, 1908 y 1909 llegara a González a través de Rafael o Fermín, principales referente y amigos con que contaba el rector en Argentina. Esta presunción se refuerza toda vez que las ideas de Altamira eran difundidas a través de las publicaciones de la APE, durante la etapa en que los Calzada tenían mucha influencia en aquella institución.

Sea como Calzada recordase, o como fuere, es indudable que en 1909-1910, los vínculos que Rafael Calzada había trabado con Joaquín V. González y su entorno, fueron puestos al servicio de Altamira y, luego, de Posada. Así, pues, cuando llegó el momento, el naviego contribuyó a introducir al alicantino en estos círculos. No en vano el encuentro social más relevante entre los multitudinarios banquetes que le fueron tributados, sería el almuerzo íntimo ofrecido en su casa por Rafael Calzada, en el cual serían invitados Joaquín V. González, Marco M. Avellaneda, Dardo Rocha, Estanislao S. Zeballos, David Peña y Rafael Obligado, y a personajes influyentes de la colectividad española, como Lázaro Galdeano —director de la revista *España Moderna*—, López de Gomara, el ex presidente paraguayo —y suegro de Calzada— Juan G. González y a su sobrino, Luis Méndez Calzada⁶⁰⁷.

La entrega de los Calzada con Altamira fue, sin duda, notable, aún cuando la amistad familiar con Canella, el carisma del alicantino y su inteligencia de adelantarse un año al Centenario, facilitó que los naviegos se volcaran completamente en apoyo de su misión. Sin embargo, la pauta de comportamiento de los Calzada y su entorno no varió cuando hubo que auxiliar a otros embajadores culturales, si bien no siempre fue posible atender sus necesidades tal como se hizo con Altamira.

Cuando en junio de 1910 Posada siguió los pasos de Altamira, los Calzada y su entorno intervinieron, en la medida de sus posibilidades, en apoyo del delegado de la Junta para Ampliación de Estudios. De acuerdo con las publicaciones existentes y la escasa evidencia documental con que contamos acerca del viaje de Posada —en general proveniente del epistolario de Altamira y de sus correspondientes argentinos y españoles—, el asturiano se habría visto perjudicado al no poder contar con un seguimiento tan próximo por parte de los líderes de la comunidad española, atareados con múltiples obligaciones sociales que les imponían la prolongación de los fastos del Centenario.

Pese a las gestiones de Altamira y a que obtuvo la colaboración de Manuel Derqui —presidente de la Asociación Nacional del Profesorado— y Joaquín V. Gonzalez, Posada

607. *Ibíd.*, pp. 361-362.

da no tuvo, de inmediato, la misma fortuna que su antecesor con las relaciones públicas: “relaciones oficiales: casi nulas”, le confiaba al alicantino⁶⁰⁸. Las alarmadas percepciones del impaciente Posada no siempre hallaron respaldo en los informes que Altamira recibía. Sempere, desde el Consulado de Buenos Aires, testimoniaba cosas diferentes⁶⁰⁹ y, en ese mismo sentido, Manuel Derqui le relataba la exitosa *performance* de su colega en la Universidad y confirmaba sus impresiones acerca de sus “encantos y virtudes”⁶¹⁰.

Los reportes que hablaban de la buena integración de Posada provenían tanto de argentinos como de españoles. El librero español Martín García —un republicano lerrouxista y admirador del político socialista y secretario de la UNLP, Enrique del Valle Iberlucea— hablaba elogiosamente de su desempeño y de la repercusión pública de sus enseñanzas⁶¹¹. Agustín Álvarez, vicepresidente de la UNLP, le relataba que Posada se había integrado plenamente “a la tertulia española que reunía a los Barrada, Sempere y González”, y ocasionalmente durante su estancia, al pintor sevillano Gonzalo Bilbao, y al ingeniero, inventor y académico, Leonardo Torres Quevedo⁶¹². Los Calzada y Avelino Gutiérrez también escribieron a Altamira para tranquilizarlo acerca de la estancia del director del Instituto de Reformas Sociales, de sus éxitos como conferencista y del apoyo que le brindaba la colonia española⁶¹³. En sus memorias americanistas, Calzada da testimonio de la organización de banquetes de recepción y despedida, por parte de la comisión directiva del Club Español y de la organización de otras comidas más íntimas para Posada, Torres Quevedo y Bilbao —del estilo de las organizadas para Altamira— de las que participaron Joaquín V. González y López de Gomara, entre otros⁶¹⁴.

608. Al parecer, el ministro de Instrucción Pública, Rómulo S. Naón había tardado en recibirlo y apenas había podido hablar con él por encontrarse absorbido por su trabajo; el decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, Ernesto L. Bidau lo habría tratado “con la más fría indiferencia” solicitándole unas conferencias en su Facultad “pero de ahí no pasó”; de idéntica forma, habría sido recibido por el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, José Nicolás Matienzo. Los lamentos iniciales de Posada se completaban con una queja por la imposibilidad de tratar con Avelino Gutiérrez sobre las escuelas de inmigrantes. IESJJA/LA, Carta de Adolfo Posada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 2.VII.1910.

609. IESJJA/LA, Carta de Sempere a Rafael Altamira, Buenos Aires, 8.VII.1910.

610. AHUO/FRA, Caja S/N, Carta de Manuel Derqui a Rafael Altamira, Buenos Aires, 30.VIII.1910.

611. IESJJA/LA, Carta de Martín García a Rafael Altamira, Buenos Aires, 11.XI.1910.

612. IESJJA/LA, Carta de Agustín Álvarez a Rafael. Altamira, Buenos Aires, 18.VIII.1910.

613. “Acá tenemos al ilustre y buen amigo Adolfo Posada que fue muy bien recibido y que cuenta sus éxitos por sus conferencias. A poco de llegar, lo acompañamos a almorzar algunos amigos en Santa Catalina, invitados por el doctor González, y ya supondrá Vd., todo el cariño con que a Vd. se le recordaría paseando en un día hermosísimo por la Avenida que lleva su nombre”. IESJJA/LA, Carta de Rafael Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 3.VIII.1910. Otros testimonios de esto puede verse en IESJJA/LA, Carta de Avelino Gutiérrez a Rafael Altamira, Buenos Aires, 22.VIII.1910 y IESJJA/LA, Carta de Luis Méndez Calzada a Rafael Altamira, Buenos Aires, 31.VIII.1910.

614. R. Calzada, *Cincuenta años...* (II), pp. 374-375.

Pero al margen de estos dos casos, sin duda especiales y antes de que nos apresuremos a suponer que el asturianismo, el republicanismo o las simpatías krauso-positivistas compartidas bastan para explicar las deferencias debemos tener en cuenta que, durante los tres primeros lustros del siglo XX, Rafael y Fermín Calzada se prodigaron en el agasajo y promoción local de otros notables españoles que arribaban al Plata, independientemente de los vínculos personales o ideológicos que tuvieran con ellos. Los naviegos utilizaron, también en estos casos, las instituciones que controlaban o sobre las que ejercían influencia —como los periódicos comunitarios y republicanos— para publicitar sus actividades, procurando garantizarles un auditorio acorde a sus perfiles y expectativas.

Así, aun cuando hubieron de privilegiar la atención de los protagonistas de misiones de envergadura —como la de exploración comercial de Federico Rahola y José Zulueta en 1903 y la de la Infanta Isabel de Borbón y su séquito, en 1910—, los Calzada apoyaron personalmente las actividades de visitantes de diversa adscripción ideológica y políticas, como el editor Fernando Lozano Montes, Eva Canel, Vicente Blasco Ibáñez, Alejandro Lerroux, Juan Antonio de Cavestany, Juan Pérez Caballero, Salvador Rueda y Ramón Menéndez Pidal.

Reflexiones finales

El éxito de la misión americanista de Rafael Altamira en vísperas del Centenario; la feliz irrupción del hispano-americanismo liberal en Argentina y la apertura de un proceso de reconstrucción de las relaciones intelectuales hispano-argentinas, difícilmente pueda entenderse si no reparamos en la intervención decisiva de determinados individuos y grupos interesados en recrear los lazos entre ambas naciones.

Más allá de la productividad con que se haya explorado esta dimensión del asunto en la historiografía asturiana y española, es evidente que —tras vencer ciertos obstáculos y prejuicios— los estudiosos han terminado por percatarse de que la idoneidad de Altamira, Posada, Ortega y otros intelectuales, sus habilidades sociales y sus eficaces estrategias de intervención académica y política, fueron decisivas para explotar en beneficio del americanismo español, la coyuntura de los años 1909-1916 en Argentina, extraordinariamente favorable para la revisión de los tópicos culturales hostiles a España y su legado.

En este sentido, la positiva evolución de los estudios hispano-americanistas, han establecido las condiciones para recuperar —en una clave significativa alejada de inquietudes hagiográficas o memorialistas— las acciones de otros personajes que, desde los círculos universitarios, intelectuales y políticos españoles o argentinos, apoyaron la iniciativa de Altamira y de otros “embajadores culturales” peninsulares.

Sin embargo, recuperar el papel jugado por líderes de la emigración española en el éxito de estos emprendimientos ha resultado más complejo de lo previsible, ora por la renuencia a aceptar la proyección de su liderazgo fuera del ámbito estrecho de la vida cotidiana de la emigración, ora por la tendencia de los historiadores a estudiar las ideas, emprendimientos y biografías de los grandes políticos e intelectuales impulsores del panhispanismo, americanismo o hispanismo finiseculares.

En este sentido, releer las memorias de ciertos dirigentes españoles en el Río de la Plata; revisar epistolarios y publicaciones comunitarias; y examinar con mayor detenimiento la evidencia disponible de aquellas empresas que —como las de Altamira o Posada— abrieron brecha en la hegemonía de las tradiciones hispanóforas de las elites, puede hacer avanzar nuestro conocimiento acerca de la forma en que discurrió el sinuoso proceso de reconciliación intelectual hispano-argentino y en que pudo consumarse, tardíamente, la definitiva integración del legado hispano en la cultura nacional.

En este texto hemos propuesto que Rafael Calzada y su familia, cumplieron un papel fundamental a la hora de garantizar el éxito de las primeras misiones intelectuales españolas, impulsadas desde el núcleo asturiano del krausismo, regeneracionismo e institucionismo español.

Referente jurídico del movimiento asociativo emigrante; asesor legal y a menudo socio de los poderosos comerciantes, emprendedores, inversionistas y especuladores inmobiliarios españoles en el Río de la Plata; empresario periodístico, terrateniente y colonizador; Calzada supo articular desde sus periódicos y a partir de sus relaciones con el foro porteño, un auténtico lobby español, cuya coronación sería la constitución de la APE en 1896. Como líder republicano, supo retener importantes relaciones personales y políticas con España y, como profesional y hombre de negocios, logró trabar estrechos vínculos con las elites argentinas, hasta constituirse en uno de los interlocutores centrales de la emigración española ante los caudillos políticos del régimen oligárquico. Liberal reformista, aunque ideológicamente ecléctico, destacó como un hábil organizador y como un líder pragmático capaz de fortalecer el movimiento asociativo español; publicar la emergencia de una España progresista y de reforzar —para luego capitalizar en beneficio de su colectividad— el giro hispanófilo de las elites intelectuales argentinas en la coyuntura del Centenario.

En aquellas circunstancias los Calzada apoyarían sin reservas las iniciativas de los intelectuales del Grupo de Oviedo y del movimiento americanista español, movilizándolo su vasta red de influencias locales para garantizar el éxito social de estas ambiciosas misiones que no pretendían obtener repercusiones masivas, sino establecer intercambios universitarios; regularizar un circuito intelectual y científico que uniera España y Argentina y sentar las bases para una jerarquización de las relaciones iberoamericanas.

En este sentido, Rafael Calzada desde su bufete, la Liga Republicana Española y la APE; Fermín Calzada desde el Club Español; Luis Méndez Calzada desde el Centro Asturiano y desde las asociaciones estudiantiles, desplegaron una intensa actividad para asegurar una buena acogida de las misiones de Altamira y, luego, de Posada en la colectividad española; en la opinión pública local y, sobre todo, en las elites políticas e intelectuales. Su intervención apuntó, por un lado a asociar a estos embajadores intelectuales al prestigio ganado por la familia; por otro, a introducirlos en los círculos influyentes de la elite y, por último a guiarlos en su derrotero rioplatense alejándolos de aquellos sectores que podían empañar su diálogo con el poder y propiciando un acercamiento más íntimo con los referentes reformistas de la oligarquía.

Sin la mediación práctica de los Calzada, sin sus relaciones y sin su conocimiento práctico del medio local, Altamira y, luego, Posada no habrían podido moverse en el escenario social y político rioplatense con tanta soltura y eficacia.

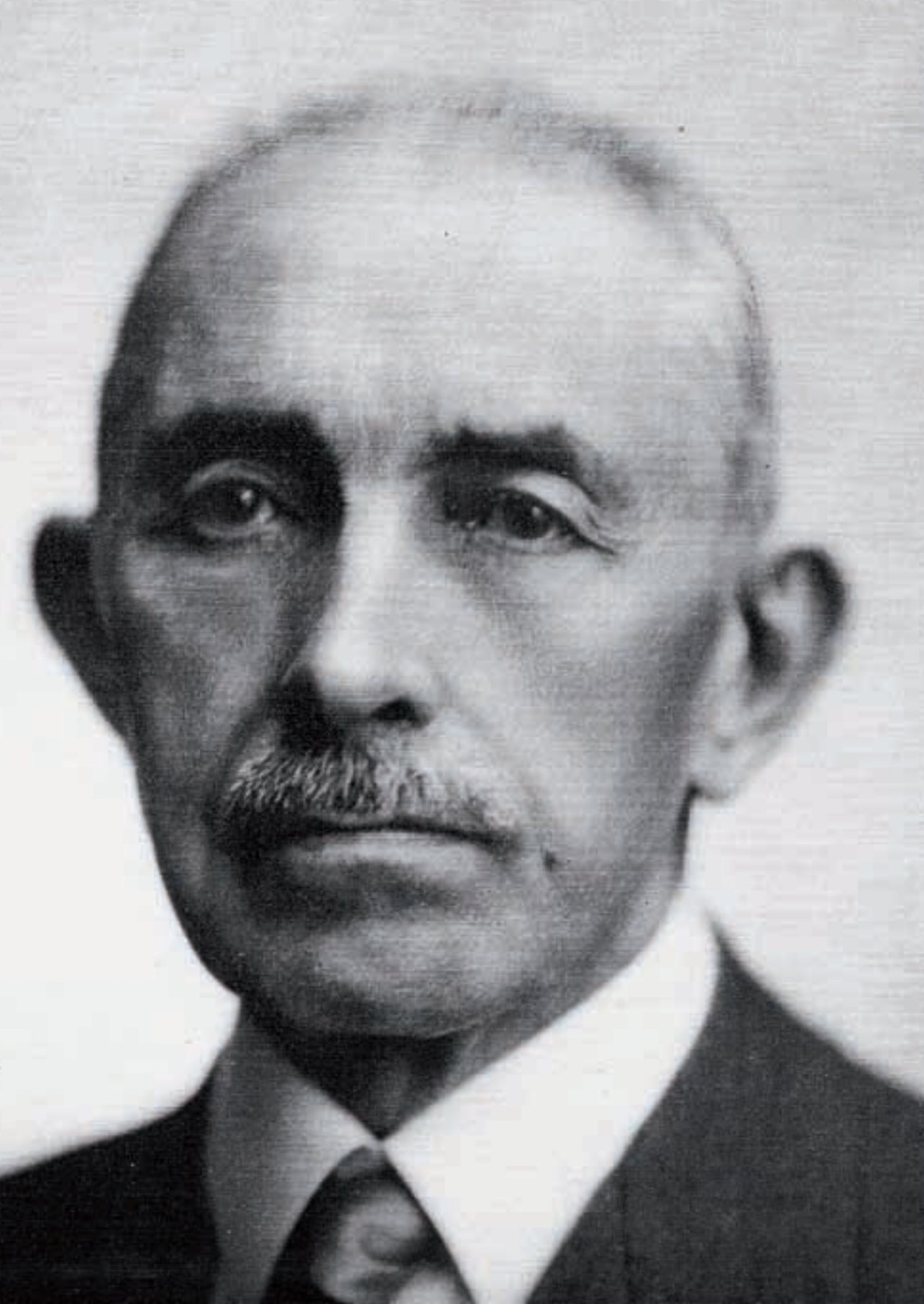
Si bien existían muchas razones que pueden explicar este generoso comportamiento de los Calzada, debemos recordar, como bien ha señalado Fernando Devoto, que los grupos dirigentes españoles de aquella época se hallaban “encolumnados detrás de una idea mucho más institucional de su acción” respecto del Estado español y del Estado argentino, que sus homólogos italianos. De allí que canalizaran sus mayores esfuerzos “hacia lograr un reconocimiento de la «hispanidad» (aunque ella fuese la regeneracionista) que hacia otra cosa. Mucho más hicieron, en este punto los españoles (quizás porque se percibían ahí más débiles) para promover la visita de figuras relevantes de la ciencia y cultura españolas, desde Julio Rey Pastor hasta Pi y Margall, desde Rafael Altamira hasta Ramón Menéndez Pidal, para que exhibiesen cómo España estaba plenamente en la modernidad, a la vez que tenía mucho para enseñar a los argentinos”⁶¹⁵.

Por supuesto, detrás de actitudes como las de Calzada no sólo había solidaridades políticas, coincidencias ideológicas o consideraciones altruistas. Tendiendo puentes entre unos y otros, dirigentes pragmáticos del estilo de los Calzada o Avelino Gutiérrez no sólo honraban lo que entendían por patriotismo o panhispanismo y beneficiaban el desarrollo de las relaciones bilaterales; sino que apuntalaban sus liderazgos, ampliaban su mundo social y sus clientelas, creaban nuevas situaciones para satisfacer sus intereses personales y profesionales.

Aceptando estos planteamientos y asumiendo que la figura de Calzada tenía rasgos singulares —como sus vínculos con los mundos políticos e intelectuales de ambos países; su “increíble industria de recomendaciones de connacionales” y su buena recepción en la elite argentina⁶¹⁶—, creemos que, reexaminar la vida y trayectoria de los integrantes de esta familia navega puede servir a comprender mejor el proceso de reconciliación intelectual abierto en vísperas del Centenario, muchas de cuyas claves no las habremos de encontrar en las profesiones de fe ideológicas ni en los tratados doctrinarios, sino estudiando las prácticas y la sociabilidad de los actores que protagonizaron aquel proceso desde uno y otro lado del Atlántico.

615. Fernando Devoto, *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pp. 316 y 317.

616. *Ibíd.*, p. 316. Para examinar el liderazgo de Calzada conviene revisar el interesantísimo balance teórico e historiográfico de Xosé M. Núñez Seixas, “Liderazgo étnico en comunidades de emigrantes: algunas reflexiones, en Nicolás Sánchez-Albornoz y M. Llordén Miñambres (comps.), *Migraciones iberoamericanas...*, pp. 347-388. Lo que se nos ocurre más interesante del caso de Calzada, es su transversalidad respecto de las categorías básicas de clasificación del liderazgo étnico de John Higham, pudiendo reconocer en el asturiano tanto un líder “recibido” —no de índole religiosa, sino partidaria—, como uno *interno* y de *proyección*; y un compromiso práctico entre el liderazgo de *protesta* y de *acomodación* diferenciados por Gunnar Myrdal, como bien advierte el propio Núñez Seixas, a propósito del proceso de modificación del Himno Nacional Argentino. *Ibíd.*, pp. 370-371.



Capítulo VII

Avelino Gutiérrez (1864-1946). La ciencia y la cultura en las dos orillas

Marta Campomar

Fundación José Ortega y Gasset Argentina

Javier Zamora Bonilla

Universidad Complutense de Madrid

El protagonista de este capítulo es un buen ejemplo del emigrante que triunfa al otro lado del Atlántico. Un hombre excepcional: cirujano de reconocido prestigio, catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, empresario de diversos sectores económicos, prohombre de algunas de las más importantes instituciones de la colectividad española en la ciudad porteña, interlocutor con las elites locales, filántropo e impulsor de iniciativas culturales y educativas, y, sobre todo, una persona preocupada por su tierra de origen y por su país de destino, amante crítico de sus dos naciones, España y Argentina, en la que se naturaliza y triunfa profesional y socialmente. Es, además, uno de los personajes claves para comprender la transformación de la imagen de España en Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Merece una gran biografía, pero de momento sirvan estos apuntes que intentan mostrar la importancia de su figura y de su obra para una mejor comprensión del papel jugado por la inmigración española en Argentina durante las últimas décadas del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, y, claro está, también para entender la historia política y social de la Argentina de ese tiempo, un país, como tantos otros en la época, que hacía frente al surgimiento de una sociedad de masas con sus problemas y sus ventajas.

De la montaña cántabra al Río de la Plata

Avelino Gutiérrez nació en Cantabria, en el Valle de Soba, el 21 de julio de 1864. Fue el segundo hijo de Nicolás Gutiérrez del Arroyo y Manuela Fernández Cano; nieto por línea paterna de Ángel Gutiérrez del Arroyo y Antonia Zorrilla de San Martín y por la materna de Domingo Fernández Cano y María Sainz de la Maza. El matrimonio Gutiérrez-Fernández Cano crió en el pueblo de San Pedro de Soba una familia de cinco hijos varones -Francisco, Avelino, Pedro, Vicente y Ángel-, que emigraron a Argentina, y dos mujeres -Antonia y Rosa-, que permanecieron en el valle junto a sus padres.

Según relatan las memorias del escritor Baldomero Fernández Moreno⁶¹⁷, emparentado con los Gutiérrez y testigo ocular en su niñez, San Pedro era un caserío formado por dos o tres casonas principales. Alrededor aparecían chozas de pastores con vejetes arrugados, una iglesia con cementerio clausurado y una fuente-lavadero, adonde las mujeres acudían para aprovisionarse de agua fresca y hacer la colada. Había también una escuela, levantada con dinero enviado desde Argentina por Vicente Gutiérrez del Arroyo, hermano del padre de Avelino, que había emigrado a Buenos Aires y había hecho fortuna. Don Nicolás y doña Manuela habitaban una casa de piedra, palo y tejas. La mujer, abultada de ropas negras, trabajaba en la casa haciendo calceta mientras don Nicolás, menudo, nervioso, vestido con sencillez campesina, y el rostro curtido, tan áspero como el pueblo mismo, parteaba vacas, colocaba huesos rotos y preparaba las hierbas para cocimiento y emplastado. Era un montañés buscado en la zona más por sus métodos prácticos que por estudiada ciencia. De este hombre fuerte, que Fernández Moreno describe como campesino honrado, de maña algebrista, herbolario y veterinario, surgió la dinastía de médicos de la familia Gutiérrez, entre los que destacaría Avelino por su temprana actuación en Argentina como clínico y cirujano de renombre -ya en 1906 figuraba en la Galería de Escritores Médicos Montañeses entre los inmigrantes cántabros en Ultramar.

Al igual que otros muchos españoles que se lanzaron a la aventura americana, los Gutiérrez-Fernández Cano contaban con redes familiares ya establecidas en el continente. Como ya se ha dicho, Vicente, un hermano de don Nicolás, fue el primero en emigrar a Argentina y allí contrajo matrimonio con Avelina Sáenz Peña, que también pertenecía a una familia oriunda de los valles cántabros, la cual dio origen al linaje presidencial de Luis Sáenz Peña y su hijo Roque, ambos presidentes de la República. El mayor de los hermanos de la familia Gutiérrez-Fernández Cano, Francisco, partió hacia Buenos Aires bajo la protección del matrimonio Gutiérrez-Sáenz Peña y se puso a trabajar en un almacén de ramo. Con el tiempo, se convirtió en un hábil hombre de negocios, síndico de varias compañías españolas y mediador en litigios entre la colectividad española y el gobierno español; por ejemplo, jugó un papel importante como mediador en el célebre conflicto entre la Asociación Patriótica Española (APE) y la Marina española por el legado de Carlos Casado del Alisal en 1911. Al instalarse Francisco en la capital porteña, se casó con María Canale y mandó llamar a su segundo hermano, Avelino, quien llegó a Buenos Aires en diciembre de 1883, con tan sólo 18 años. Luego siguieron el mismo rumbo, como ya se ha indicado, los otros tres hermanos varones.

Avelino había disfrutado de una educación apreciable y se había recibido de bachiller con los Padres Escolapios en el colegio de Villacarriedo. Al llegar a Argentina, inició los estudios universitarios. Su hermano Francisco le costeó la carrera de Medicina en la Facultad de Buenos Aires, donde se graduó con medalla de oro en 1890 y escribió su tesis doctoral, que dedicó a su hermano, sobre *Anatomía del mediastino*, trabajo que marcó el comienzo de una vertiginosa carrera como clínico, cirujano y anatomista.

617. Baldomero Fernández Moreno, *Vida-Memoria de Fernández Moreno*, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1957. Ver el capítulo "San Pedro de Soba", pp. 57-75.

Avelino responde a un típico perfil de la emigración española en Argentina: varón joven en edad de trabajar (aunque como vemos él va a dedicar sus primeros años porteños al estudio universitario), que se marcha solo a Ultramar pero que cuenta allí con redes familiares ya establecidas, las cuales garantizan su acogimiento y son el sostén inicial para emprender una nueva vida. No era un hombre rico, pero tampoco era una persona sin recursos y además partía con el título de bachiller bajo el brazo. Estas características responden también a un cierto modelo de inmigrante, pues no todos fueron gentes sin recursos que huían de la pobreza y se iban a ganar la vida cómo fuera, sino que muchos buscaban un futuro mejor en una sociedad en acelerado proceso de cambio, la cual ofrecía unas expectativas mucho más abiertas que las que *a priori* se oteaban en su tierra de origen, cuya economía se anclaba sobre una agricultura y una ganadería que ya no daban lo suficiente para que todos los hijos de una familia numerosa pudieran vivir de manera holgada. Entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, especialmente concentrados entre 1880 y 1930, llegaron a Argentina más de dos millones de españoles, que en porcentaje representaban menos que los emigrantes italianos⁶¹⁸.

Una fulgurante carrera profesional

Para poder ejercer cargos funcionariales en la administración y en la sanidad argentina, Avelino Gutiérrez no dudó en nacionalizarse y tomó carta de ciudadanía argentina en 1892, opción que no era frecuente dentro de la comunidad inmigrante⁶¹⁹. A partir de entonces su carrera médica fue en ascenso en los ámbitos universitario y clínico. Se presentó en 1892 y entró por concurso en la cátedra de Anatomía Topográfica de la Universidad de Buenos Aires. En 1895, consiguió a los treinta y un años su primer puesto oficial por oposición como director ayudante del hospital Clínicas de Buenos Aires. Cuatro años después, en 1899, le nombraron practicante mayor de dicho establecimiento. Desde 1892 ejercía la medicina de forma privada, primero como médico adscrito a Cirugía del Hospital Rawson y desde 1896 como jefe de Clínica Quirúrgica, donde destacó como

618. Visiones generales de la emigración española pueden verse, por ejemplo, en Alejandro E. Fernández y José C. Moya (eds.), *La inmigración española en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999; José C. Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University of California Press, Berkeley, 1998; y Blanca Sánchez Alonso, *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Ediciones Júcar, Barcelona, 1992. Una perspectiva completa de la inmigración en Argentina, en Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, cuya introducción enfoca y delimita muy bien los distintos tipos de inmigración. Su noción de “cadena migratoria” casa bien con el perfil de emigrante de Avelino Gutiérrez.

619. Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Universidad de San Andrés / Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p. 21, señala que sólo el 1,4% de la población extranjera se había naturalizado en 1914. María Liliana Da Orden lo cifra, para el caso español, en un 2,2% del casi medio millón de españoles residentes en Argentina en la misma fecha, en Id., “Liderazgo étnico y redes sociales. Una aproximación a la participación política de los españoles en la Argentina, 1880-1912”, en A. Fernández y J. C. Moya (eds.), *La inmigración española en la Argentina...*, p. 167.

gran bisturí argentino en la especialidad de gastroenterostomía. Ese mismo año ejecutó su primera operación de ganglio Gasser, estableció una técnica anatómica por vía bucal para ampliación de la lengua y planteó su método para el relleno de las cavidades osteomielíticas por la movilización y deslizamiento de los músculos vecinos y sutura de las partes blandas, con lo que se anticipó al procedimiento utilizado en Francia durante la Primera Guerra Mundial.

Su carrera profesional siguió una rápida línea ascendente. En 1905 fue nombrado profesor de Anatomía Quirúrgica en la Facultad de Medicina de Buenos Aires y en este mismo establecimiento ocupó el puesto de jefe de Servicios de Cirugía General y Ginecología. En 1908, fundó su propia clínica privada, el Sanitario Gutiérrez de Cirugía, en Rivadavia 5611, entonces quinta del General Roca, ubicada en la zona de Caballito. Contaba este Sanatorio con dos quirófanos, sala de rayos X y laboratorio propio; trabajaban en él las hermanas italianas de san Camilo, introducidas por primera vez en Argentina como enfermeras por el Dr. Gutiérrez⁶²⁰, quien recalca que para ser buen cirujano había que ser un buen clínico. Según el diario *La Nación*:

el secreto del éxito que Avelino Gutiérrez había alcanzado en el quirófano debíase a su espíritu científico, a sus vastos conocimientos, y sobre todo a su profunda comprensión de la anatomía funcional puesta al servicio de la cirugía [...]. Con pragmático discernimiento investigaba el maestro el camino directo para las distintas intervenciones, determinando las incisiones más favorables y las particularidades anatómicas⁶²¹.

El concepto analítico-sintético introducido en la enseñanza médica argentina por Gutiérrez modificó fundamentalmente el método descriptivo hasta entonces en uso. Hubo inclusive quien lo tildó de revolucionario. De su peculio personal, creó un cuerpo de disectores para mejorar la organización del trabajo en la cátedra de Anatomía, a la que le dedicaba cinco horas diarias. Su método de enseñanza funcional y constructiva, que reemplazó el cadáver fresco por el embalsamado, fue reconocido años más tarde por otro español, el Dr. Pedro Ara, conocido después por embalsar el cadáver de Eva Perón. En las clases de anatomía práctica, el Dr. Gutiérrez no tenía rival. Su prestigio favoreció la formación de profesores titulares como resultado de una exitosa acción docente que Ara destacó como metodología de avanzada. Muchos de sus discípulos lo recuerdan en el anfiteatro porteño, rodeado de alumnos, trabajando sobre los cadáveres, como años después pudo vérselo practicando disecciones en Madrid y Barcelona durante su viaje a España. Uno de sus discípulos argentinos, el prestigioso Dr. Ricardo Finochietto, conservó imágenes de su profesor durante las lecciones. En ellas se lo ve ante un cadáver, en

620. Años más tarde tendría entrada independiente en las instalaciones del Sanatorio su hijo Alberto, que también tuvo una actuación médica brillante. El Dr. Alberto Gutiérrez heredó el talento médico de su padre y llegó a ser también su sucesor como vicepresidente de la Institución Cultural Española en los años 40, hasta su trágica desaparición en 1945, pero de esto hablaremos después.

621. *La Nación*, Buenos Aires, 27.II.1946.

el fondo del anfiteatro, con su cabeza de rostro seco, de trazo limpio, áspero y ascético y brazos cruzados a la espalda, mientras escucha a sus alumnos y comparte con ellos sus conocimientos del cuerpo humano. Recordaba Finochietto, en el discurso que dedicó a su maestro en la Academia de Medicina⁶²², que ya de joven era un anatomista fervoroso y marcaba pasos históricos en la incipiente cirugía del país. Aunque trabajaba en una nación científicamente desconocida, se anticipó en su especialidad a varias técnicas europeas; por ejemplo, el Dr. Gutiérrez practicó con éxito en 1885 una gastroenterostomía, operación que repitió tres veces más hasta 1899.

Avelino Gutiérrez no fue sólo un cirujano innovador sino que fue también un científico moderno en las áreas que ejercía la medicina. En 1900 escribió un estudio sobre las propiedades del peritoneo, y desde entonces su pluma apareció frecuentemente en publicaciones médicas del país y del extranjero. Perteneció a esa minoría de estudiosos argentinos y españoles que fueron tempranamente conscientes de la necesidad de ampliar sus conocimientos en los países de Europa, y ya en 1894 viajó con Daniel Cranwell a París, Estrasburgo, Viena y Berlín. Luego, en 1900, visitó su patria natal y mantuvo contactos con científicos como Santiago Ramón y Cajal y Ramón Turró y con hombres de letras como Marcelino Menéndez Pelayo y Benito Pérez Galdós, a quienes vio durante su paso por su cántabra tierra natal.

En su viaje, Gutiérrez se hizo consciente de que el retraso de su país natal se debía en gran parte a la responsabilidad del clero y a una fe supersticiosa que mantenía al pueblo en la ignorancia. Esta situación se la describió por carta a su pariente Félix Martín y Herrera -emparentado por el matrimonio de su hermano Francisco con María Canale-, quien estaba escribiendo un libro sobre la economía de las repúblicas hispanas⁶²³.

A nivel personal Avelino Gutiérrez, como tantos otros españoles de ciencia, vivía obsesionado por la falta de profesionalidad y la extrema pobreza del pueblo en materia educativa y científica. En la carta citada a Félix Martín y Herrera, Gutiérrez le ofrece un detallado análisis sobre la situación en las regiones de Asturias y Cantabria a principios del siglo XX. Describe una masa rural sin instrucción y comenta que en la ciudad lo que se adquiría era una cultura periodística de plazas y café, pedantesca educación de clases medias, sin rigor profesional. La práctica médica en estas zonas le parecía deficiente, sin sólida instrucción a la altura de los tiempos. Con mente científicista, Gutiérrez deplora la ignorancia de siglos y el desequilibrio entre los conocimientos que llegan de fuera y los propios. Según él, lo que le faltaba a España eran talentos fijos y constantes, inteligencias menos conceptuosas y más concretas en sus logros científicos y técnicos. Gran

622. Ricardo Finochietto, "Avelino Gutiérrez en la Cirugía y en la enseñanza de la Anatomía", discurso de recepción en la Academia de Medicina, *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, octubre de 1941, pp. 491-506. Este texto es el resumen más detallado de la labor médica y científica del Dr. Gutiérrez. Puede verse también las "Palabras del señor Académico Dr. Óscar A. Vaccarezza" en el "Homenaje al Académico Dr. Avelino Gutiérrez", celebrado el 11.XII.1960 en la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires (Archivo de la susodicha -en adelante ANM-, leg. 114, folio 38 bis).

623. Carta de los archivos familiares de don Félix Martín y Herrera, 3.IX.1900, desde San Pedro de Soba, Santander.

admirador de la labor de Ramón y Cajal, advertía que no había muchos de su calibre y anhelaba para su patria algo más que un genio aislado en su laboratorio. Su meta era la de crear una escuela de científicos que se formara en Europa, y mucho antes de que existiera la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Gutiérrez ya anticipaba su impostergable necesidad.

Es importante destacar estas inquietudes en quien sería el primer presidente y fundador de la Institución Cultural Española. El Dr. Gutiérrez tenía como lema moral la perseverancia, el trabajo y la honradez, cualidades que encarnaba a su entender la figura de Cajal, personalidad que en su opinión representaba el ideal hispano reformista, ejemplo de esa España vital, como la llamará José Ortega y Gasset años después, y de esa nueva España de la que hablaba don Francisco Giner de los Ríos.

En 1911, Avelino Gutiérrez fue nombrado director del Hospital Español de Buenos Aires gracias a sus buenas relaciones con la colectividad española porteña. Este nombramiento era la culminación de su carrera profesional y un gran reconocimiento por parte de los representantes de la colectividad española. Mas el Dr. Gutiérrez no sólo era un miembro destacado de la colectividad, sino un prohombre de la sociedad de Buenos Aires, con una gran capacidad de interlocución entre ambas elites, la emigrante y la local.

En 1890, el mismo año en que se recibió con medalla de oro en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, se había casado con Rita Gutiérrez, hija natural del presidente Luis Sáenz Peña, que había sido adoptada por sus tíos Gutiérrez-Sáenz Peña. Dicen las leyendas sociales, y lo verifica la familia, que su hermano Roque -quien años más tarde sería también presidente de la República-, desconociendo su parentesco, se enamoró de ella y hubo de ser enviado a la guerra del Paraguay para olvidarla. Rita y Avelino tuvieron once hijos, muchos de ellos médicos de renombre en el país.

El problema de España y la moralización del inmigrante

Avelino Gutiérrez fue un hombre de amplia cultura, interesado por los problemas sociales y políticos de su tiempo. Se sentía republicano y socialista. Gutiérrez, como buen progresista de su época, dedicado a su especialidad médica, decía practicar con abnegación el “sacerdocio” de la medicina y de la ciencia para su patria de adopción. Esta constante obsesión por la intención docente en su labor profesional, cultivada con un profundo amor por la cultura científica hispana, no sólo de Argentina sino también de España, a la vez que actualizada con la ciencia europea más moderna de su época, le impulsó hacia un regeneracionismo cultural en la línea del krausopositivismo que tanta influencia tuvo en España durante el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX⁶²⁴.

624. Sobre la cultura política en las colectividades inmigrantes puede verse Ángel Duarte, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en la Argentina, 1875-1910*, prólogo de José Álvarez Junco, Milenio, Lérida, 1998. Sobre la cuestión social que tanto preocupó y ocupó a Gutiérrez, Juan Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, La Colmena, Buenos Aires, 2002.

En Argentina, con bastante razón, se consideraba que la ciencia española estaba a años luz de la europea. El Dr. Gutiérrez compartía con los intelectuales regeneracionistas españoles del entorno de la Institución Libre de Enseñanza la preocupación por lo que en aquel entonces se denominaba “la enfermedad de España”, fenómeno con que se describía el atraso científico, cultural, social, económico y político de la nación. Esta preocupación latente en las colectividades de la América hispana, asumida por quien lideraba la APE entre 1903 y 1906, un republicano krausista, Antonio Atienza y Medrano, puso a Gutiérrez en contacto con el grupo de la Universidad de Oviedo (Rafael Altamira, Adolfo Posada...), considerado por el progresismo científicista argentino como el único núcleo positivista renovador, de ciencia viva y educación democrática en España⁶²⁵.

Atienza, desde el diario *La Prensa* de Buenos Aires y luego desde la revista *España* de la APE, había conseguido reunir a algunas de las plumas más lúcidas y brillantes de España y de la colectividad española en Argentina para desarrollar un pensamiento optimista superador del derrotismo del 98. Participaron en dicha revista, entre otros, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez, Rafael Altamira, Gonzalo de Segovia, Enrique Vera González y Francisco Grandmontagne, por mencionar las mentes más activas entre los colaboradores, cada uno de ellos con sus propuestas para resolver el supuestamente “endémico” problema de España. La negativa imagen de España repercutía sobre la colectividad inmigrante, dentro de la cual algunos prohombres se preocupaban por la ineficacia de la España oficial, que desaprovechaba incluso los réditos comerciales que otras potencias rentabilizaban a su favor⁶²⁶.

La labor de estos escritores analizando las causas, remedios y propuestas para sobreponerse a la decadencia de la Península tuvo su impacto en las ricas colectividades de Argentina, dispuestas a cambiar la imagen negativa de su patria. En el ambiente científico argentino pesaba una marcada indiferencia y hasta aversión hacia todo lo español, tendencia que en el plano político e ideológico venía arrastrándose en las esferas del poder público desde la emancipación nacional. Eran, no obstante, tiempos en los que, incluso desde países mediterráneos, autores como Ernest Renan o Edmond Demolins hablaban de la superioridad de las razas anglosajonas en comparación con las razas latinas. El libro más famoso fue el de éste último, *À quoi tient la supériorité des*

625. Sobre Atienza y Medrano puede verse Marcela García Sebastiani, “Antonio Atienza y Medrano: institucionista en otras tierras” en este mismo volumen.

626. Tuvo una repercusión importante entre la colectividad española la serie de conferencias dadas por Francisco Grandmontagne en 1903, en Cataluña y Bilbao, que fueron reseñadas por la revista *España* el 23.IX.1903. Todavía en “Ecos de las conferencias de Grandmontagne” volvía a resurgir el debate el 23.I.1904. Sobre la construcción de la imagen de España en la Argentina de principios de siglo y, consecuentemente, de la representación simbólica de la colectividad inmigrante, puede verse M. García Sebastiani, “Crear identidades y proyectar políticas de España en la Argentina en tiempos de transformación del liberalismo. *El Diario Español* de Buenos Aires (1905-1912)”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 55 (2004), pp. 525-553.

Anglo-Saxons?, publicado en 1897, y que tradujo y prologó en su versión española el que luego sería famoso político liberal Santiago Alba⁶²⁷.

Desde la revista *España* y para el público de una sociedad con desmedido afán de lucro y competitividad despiadada, el Dr. Gutiérrez emprende una campaña de concienciación del inmigrante español. Comienza por abordar la situación educativa de las masas que llegaban analfabetas al puerto de Buenos Aires, sin los conocimientos adecuados para su inserción en una nueva república que requería de mentes técnicas y preparadas para el desarrollo científico y económico del país. A Gutiérrez le interesaba no sólo la carencia profesional sino también la moral distorsionada con que se pervertía al recién llegado, dado que el inmigrante que ascendía con rapidez en el Nuevo Mundo solía hacerlo con frecuencia a expensas de la moral colectiva.

Gutiérrez, como otros colaboradores de la época de Atienza, era consciente de que el inmigrante no tenía buena imagen, porque muchos de ellos se insertaban en un ambiente duro y utilitarista en que la supervivencia ponía a prueba la honradez de hordas pueblerinas que llegaban a Argentina en busca de rápidas ganancias a cualquier precio. Al Dr. Gutiérrez también le preocupaba la mala reputación del “indiano” en España, que aparecía como prototipo del ser tacaño y prepotente, del cual se mofaba la literatura de su país y de su región cántabra. Frente a esa imagen, Gutiérrez defendía a aquel “palurdo” español que desembarcaba sin educación básica y era explotado por los “calvos de conciencia”, que escalaban a puestos públicos de fácil rentabilidad. Le preocupaba la inserción de este inmigrante en la burocracia nacional, engrosando las filas del tipo de criollo mediocre, simulador o “chanta”, en la jerga nacional, de aquel villillo que llenaba los escaparates de la literatura naturalista de los argentinos con su viveza criolla, fermentándose en conventillos urbanos donde se perdían para siempre las buenas costumbres de origen, si las había. Los artículos de Gutiérrez en la revista de Atienza muestran esta preocupación moral, con un cierto aire de análisis “clínico” sobre el fenómeno inmigratorio. En el pensamiento social de Gutiérrez, que se plasmará en su adhesión a las filas del Partido Socialista argentino, nunca estuvieron ausentes sus esfuerzos por consolidar y educar al inmigrante español en una cultura de trabajo honrado. La adscripción del Dr. Gutiérrez al socialismo no sólo es una buena muestra de su conciencia política y social progresista, sino también un reflejo del interés suscitado en el mundo médico argentino por esta ideología. Al Partido Socialista argentino, en el que predominó una tendencia claramente socialdemócrata más reformista que revolucionaria, pertenecieron médicos prestigiosos, como uno de sus fundadores, Juan B. Justo, Nicolás Repetto, Enrique Dickmann o Augusto Bunge⁶²⁸.

627. Edmundo Demolins, *En qué consiste la superioridad de los anglosajones*, Victoriano Suárez, Madrid, 1899.

628. Sobre el socialismo argentino, pueden verse, entre otros estudios, los de Raquel E. Consigli, *Breve historia del Partido Socialista Argentino 1893-1943*, Prosopis Editora, Córdoba, 2004; Alicia Moreau de Justo, *Qué es el socialismo en la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1983; Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino (1896-1911)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983, y Richard J. Walter, *The*

Las cualidades que se desprendían de los artículos moralistas de Gutiérrez en la revista *España*⁶²⁹ dependían de códigos éticos como la perseverancia, la constancia y la generosidad hacia la Madre Patria. Su conciencia de ciudadano republicano, dedicado a mejorar la salud de miles de habitantes que dependían del Estado para su bienestar, predicaba en el lenguaje médico-fisiológico propio de su época una moral pragmática a la luz de la ciencia y la razón y de una visión sensata y positiva del factor inmigratorio. La retórica de Gutiérrez despejaba prejuicios heredados a la vez que aconsejaba al recién llegado adaptarse a la realidad de las cosas, sin faltar un momento a la dura adaptación al medio que era la ley de vida en el ambiente cosmopolita de Buenos Aires. Su visión no era la romántica del mitificado crisol de razas, sino la del consejero práctico, que informaba sobre la complicada tarea de integrar a los españoles en su patria de adopción. Los consejos de Gutiérrez estuvieron bien presentes en las encendidas polémicas sobre la naturalización del inmigrante que se discutían en los artículos impulsados por Atienza y Medrano, y también en los de su colaborador Enrique Vera González, burgalés residente en Argentina.

Como científico, Gutiérrez confiaba en el reducto de la inteligencia y el saber de un sector de la inmigración de clase media, profesionales que con prodigiosa inventiva, con rapidez de concepción y discernimiento, y sobreponiéndose a todo tipo de escollo burocrático, se convertían en ciudadanos en ascenso dentro de una nación con instituciones no del todo estables. Este argentino promisorio era el que debía campear los tiempos difíciles de la República, sobre todo en el inevitable acceso de las masas al poder público, como vendría advirtiéndolo José Ingenieros luego de la formulación de la Ley Sáenz Peña en 1912, que instauró el sufragio universal y obligatorio masculino en el país y dio pie al ascenso del populismo yrigoyenista en 1916. Una sociedad, en fin, como ha señalado un historiador, en la que “el problema a resolver residía en las dificultades que [...] encontraba para el desarrollo de un proceso genuinamente civilizatorio”⁶³⁰.

“La fuerza de Samuel” fue el título de uno de los artículos de Gutiérrez que presentaba este ideal de transformación. El personaje ficticio de Samuel, un acriollado que triunfa en el Nuevo Mundo, es el símbolo del inmigrante atrapado entre fuerzas antagónicas de una sociedad competitiva en la que se deja de lado la moral. Samuel era un símbolo de la capacidad de traspasar el supuesto idiotismo de su inteligencia hispana, su torpeza e inercia -estereotipo del español en Argentina-, para convertirse en ciudadano republicano responsable y en un exitoso ser superior, profesional de levita en su nuevo entor-

Socialist Party of Argentina 1890-1930, The University of Texas Press, Austin, 1977.

629. Sobre estas cuestiones, A. Gutiérrez, “Fuerzas antagónicas”, *España*, Buenos Aires, 2.X.1903; “Mi país. Diálogo entre Campanella y Rodrigo”, *España*, 23.VI.1904; y “Sursum corda”, *España*, 9.III.1905.

630. E. Zimmermann, “Transformaciones y persistencia del liberalismo en la Argentina (1890-1930)”, en M. García Sebastiani y Fernando del Rey Reguillo (eds.), *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, pp. 172-192, la cita en p. 181. Ver también Óscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, FCE, Buenos Aires, 2000.

no sudamericano. Todos los conceptos éticos, que expresa Gutiérrez en el lenguaje de la patología médica de su época, para mejorar la raza desde el Nuevo Mundo, forman la médula de su filosofía filantrópica, que buscaba una vida más sana e higiénica en la mezcla de genes europeos con americanos fuera de los límites pueblerinos conocidos del inmigrante. A esta mezcla genética, añadía la necesidad de que se respetara la identidad hispana de origen, cual oro viejo y de buena ley, ante la opinión pública argentina, que tendía a minimizar sus aportes al desarrollo del país.

Fue con este fin que Avelino Gutiérrez apoyó, años después, la financiación de un controvertido libro sobre la *Vindicación de los españoles en las naciones del Plata*⁶³¹, en que se hacía un censo de los profesionales, industriales, ganaderos, periodistas y maestros que habían contribuido a hacer nación junto a los argentinos. El debate sobre la herencia española y la raza hispana en el continente americano fue intenso y en la controversia participaron varios científicos y pensadores españoles que pasaron por Argentina. Gutiérrez fue uno de los más optimistas respecto a la capacidad científica y de desarrollo de una política democrática de los hispano-latinos, considerados por Sarmiento o Alberdi como raza inferior a la sajona. Confiaba además en el buen físico y en la moral intachable, a su entender, del árbol genealógico del inmigrante para que sus retoños fueran lozanos. Atienza le acompañaba con artículos sobre el alma de España y sobre la inmigración española, en los que destacaba las virtudes de una vida menos arraigada en tradiciones muertas, más dinámica, estimulante y sana que en los pueblos de origen. En Argentina se mejoraba la especie, se abría y despejaba el cerebro, al tiempo que se dejaba atrás el recuerdo de viejas ruinas, hambrunas y guerras civiles, sentimiento que compartió con Francisco Grandmontagne, otro gran colaborador de Atienza, autor de varias novelas sobre el entorno argentino y gran defensor de la transformación del Nuevo Mundo en la estirpe de su pueblo, en este caso de los vascos que llegaban al país en busca de fortuna.

Tanto Grandmontagne como Avelino Gutiérrez pregonaban la génesis del vigor y lozanía que residían en las masas populares del Nuevo Mundo, y apostaban por la concepción del mejoramiento de la raza como parte de una herencia acumulada, síntesis de generaciones anteriores que miraban al futuro con aires más promisorios, y confiaban en la mejora de la raza hispana en ultramar. Con mentalidad científicista decimonónica, Avelino Gutiérrez creía en la moral del perfeccionamiento, del progreso, y pensaba que los residentes españoles debían crecer entre el ideal a veces quijotesco y la resultante del avance práctico. Avelino Gutiérrez homenajeó a su pueblo español en el Centenario del Quijote en 1905⁶³², con esta visión optimista que ofrecía el presente americano en lo político, lo religioso, lo científico y lo ético, pero no libre de riesgos y de obstáculos a superar. Era en la encrucijada de elecciones acertadas para el inmigrante o pionero rural donde podían convivir los pueblos salvajes con las masas más cultas, y así se podría dar lugar a repúblicas progresistas de porvenir insuperable, a la par de su vecino del Norte.

631. Félix Ortiz y San Pelayo, *Vindicación de los españoles en las naciones del Plata*, Librería de la Facultad de Juan Roldán, Buenos Aires, 1917.

632. El artículo de Gutiérrez en homenaje al primer tomo de *El Quijote* es el ya citado "Sursum Corda".

En la misma línea de reformismo pedagógico y cultural que el pensamiento krausopositivista, el Dr. Gutiérrez volcó algunos de sus esfuerzos en presentar una imagen positiva de España y del inmigrante español en artículos publicados en la revista *España*. Inmerso en un cierto biologicismo darwinista, mezclado de moralismo⁶³³, defendía al inmigrante como el verdadero hacedor de país, porque era él quien ganaba la tierra con el sudor de su frente, con su trabajo y esfuerzo, frente a una heredera “aristocracia” criolla que vivía de las rentas. En el diálogo imaginario entre Rodrigo y Campanella, que publica con el título “Mi país” el 23 de junio de 1904, Rodrigo -el nombre era ya todo un indicador de reminiscencias nacionales- le dice a Campanella:

Cómo tú quieras, pero sabes muy bien que gallego, bebicha o gabacho, fertilizo la tierra con mi trabajo y ella, bendita por el esfuerzo, me sonríe con su producto. Ella, ella, la tierra, me reconoce como su legítimo poseedor, precisamente porque la he conquistado [...]. El nacimiento no da derechos, amigo.

Y al año siguiente, incitado por Atienza y Medrano, Gutiérrez –en el ya citado artículo dedicado a *El Quijote*–, ponía al ingenioso hidalgo como prototipo de las virtudes españolas que debían caracterizar al inmigrante: persecución del ideal, valor, arrojo, denuesto, temeridad, perseverancia, fe y esperanza.

Los artículos de Gutiérrez tenían un claro objetivo: mejorar la imagen del inmigrante español y de su tierra de origen. Con idénticos fines que las corrientes reformistas del krausismo, Gutiérrez planteaba la cuestión en términos de “cultura”. En el décimo aniversario de la APE, el 2 de abril de 1906, desde las páginas de la revista *España* proponía que la Asociación asumiese una misión “de fomento, de cultura, de progreso extensivo a toda la colectividad”, a través de una escuela de comercio, una escuela de artes y oficios, una granja para la enseñanza experimental y un centro de información para los ciudadanos españoles que arribaran a la Argentina:

Los resultados directos –escribía– pueden ser grandes, pero los indirectos no son calculables. En efecto, si la Asociación Patriótica saca cada año de los míseros oficios de mucamo, portero, changador a 40 o más individuos, los lleva a sus escuelas y los hace hombres capaces de valerse por sí en una esfera de acción más elevada, y de éstos una parte llega por virtud de la educación recibida a adquirir nombre y fortuna, ¿cuánto representa?, teniendo en cuenta que estos mismos servirán de pedestal para que otros se formen y engrandezcan a su lado.

La propuesta del Dr. Gutiérrez tuvo una inmediata contestación por parte de los gestores de la Patriótica. El propio Atienza y Medrano daba cumplida respuesta al artículo de su amigo, en parte para asumir sus ideas y en parte para decir que había que

633. En este sentido, ver su artículo “Fuerzas antagónicas”, *España*, 2.X.1903. Sobre este lenguaje biologicista, tan común en la época, y tan asociado a algunos reformistas en pro de la cuestión social, puede verse el libro de E. Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, p. 17.

ir poco a poco. Los responsables de la Asociación estaban especialmente orgullosos de los actos del décimo aniversario, que habían concluido con un “grandioso banquete popular a que sirvió de opulento marco el magnífico salón de fiestas del Club Español”, pero también eran conscientes de sus posibilidades, por lo que Atienza y Medrano escribía:

En un artículo vigoroso y nutrido de pensamiento, como todos los productos de su cerebro, el Dr. Avelino Gutiérrez ha trazado un vasto programa de labor concreta, práctica y fecunda a nuestra institución; programa que comprende desde la creación de escuelas gratuitas comerciales, industriales y agrícolas, con granjas para la enseñanza experimental de la agricultura, cría y conservación de animales, industrias rurales y construcciones rústicas, hasta la obtención de los recursos para el sostenimiento de esas instituciones, mediante la concesión de becas por los demás organismos de nuestra colectividad y la ampliación del radio a que se extiende hoy la acción de la Patriótica, llevando su influencia a todos los pueblos de campaña; desde la fundación de un centro de información y de trabajo, en relación con las casas de comercio españolas de toda la República, hasta el fomento de la cultura intelectual y moral de esta poderosa colonia por cuantos medios tengamos a nuestro alcance.

Pero todo este programa lo reducía inicialmente la Patriótica a un “centro u oficina permanente de información y de trabajo”, que no era sino dar forma orgánica a lo que ya se estaba haciendo, pues había que “empezar por lo más fácil e ir ensanchando luego gradualmente nuestra esfera de acción -añadía Atienza-, según lo consienta el desarrollo de las fuerzas que vayan surgiendo de la virtualidad de la propia obra”⁶³⁴.

Vemos cómo dentro de la colectividad española había sensibilidades diferentes, incluso entre aquéllos cuyas ideas reformistas coincidían en lo sustancial. No era, en cualquier caso, sencillo luchar contra un ambiente general de escepticismo hacia las posibilidades modernizadoras de España, cuando no de abierta hispanofobia entre los argentinos, ni contra el desaliento generalizado entre los residentes españoles, cuyos sentimientos hacia la Península oscilaban entre la censura por un sistema político que era visto como caduco y decadente, el de la Restauración, y el ansia reformista para revertir la situación desde el Nuevo Mundo.

La labor de la Institución Cultural Española

Dentro de este ambiente reformista se pensó en un intercambio científico y cultural entre España y Argentina, que se fue gestando en las filas del sector krausista liderado, desde España, por Rafael Altamira y Adolfo Posada, y, desde Argentina, por Atienza y Medrano, en colaboración con la Universidad más avanzada del país, la de la Plata, bajo

634. Antonio Atienza y Medrano, “La labor de la Asociación Patriótica. Un nuevo servicio. Oficina de Información y Trabajo. Cooperación del Comercio español”, *España*, 9.IV.1906.

la dirección de Joaquín V. González⁶³⁵. La Universidad de la Plata había nacido en 1905, tras el fracaso del proyecto de reforma de la Universidad de Buenos Aires. En la nueva Universidad, la influencia del positivismo y la importancia dada a las ciencias exactas eran grandes⁶³⁶. Allí llegó Rafael Altamira en 1909 para hablar sobre metodología de la historia y sobre la común cultura hispánica de los pueblos español y argentino. A su regreso, Altamira elevó un informe al rey Alfonso XIII en el que proponía la fundación de un centro que gestionase las relaciones científicas y culturales con Hispanoamérica.

Al año siguiente del viaje de Altamira, visitó Argentina Adolfo Posada, quien ya desde 1906 difundía sus ideas krausopositivistas desde *El Diario Español* bonaerense. Sus ideas de armonía social y solidarismo, concordes con las principales corrientes del renovado liberalismo europeo, calaron en algunos sectores de la comunidad inmigrante, pues ofrecían un gran atractivo para hombres ansiosos de integración social. Invitado por la Universidad de la Plata, Posada disertó en ella sobre cuestiones de ciencia política y dio diversas conferencias en otros lugares sobre temas variados como la obra de Concepción Arenal, la metodología de las ciencias sociales o las instituciones políticas españolas. Era un buen representante de esa nueva España que en gran medida propició el régimen constitucional de la Restauración con su estabilidad política y un desarrollo económico que permitió un mayor progreso social, el cual se mostró en la mejora de la educación, el crecimiento progresivo de la renta y una más igualitaria distribución de la misma, la modernización de las ciudades y la revolución de los transportes, por citar algunos ejemplos. Poco antes de salir hacia Argentina, Posada había sido encomendado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para realizar un informe sobre las posibilidades que se abrían en el ámbito de las relaciones científicas entre España y Argentina, dentro del nuevo papel que la Junta había asumido por el decreto del 16 de abril de 1910 para encargarse de las relaciones científicas y culturales con Hispanoamérica, fruto de las recomendaciones de Altamira.

El informe de Posada fue muy preciso. En él, aseguraba que España no se ocupaba de sus emigrantes, los cuales llegaban al puerto de Buenos Aires como “despojos de un naufragio”. Según el autor, había una gran obra nacional y cultural que hacer, porque, si bien los científicos españoles eran valorados individualmente, la cultura española no gozaba de crédito por parte de los argentinos, que sí valoraban positivamente, por el contrario, las culturas francesa, alemana o estadounidense. Posada era realista y sabía que había que ser modestos en la labor que España pudiera ofre-

635. Sobre la crucial figura de Joaquín V. González puede verse el libro de Darío Roldán, *Joaquín V. González. A propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, CEAL, Buenos Aires, 1993.

636. Como señala E. Zimmermann, “el cientifismo se convirtió en un elemento constitutivo de la aproximación al conocimiento de la sociedad. Combinado con un nuevo tipo de discurso político en torno a «lo social», propio de las sociedades que experimentaban los efectos de la segunda revolución industrial de fines del siglo diecinueve y de la expansión de la economía atlántica, moldearía la relación de las emergentes ciencias sociales con el Estado y las políticas públicas”, en Id., “Transformaciones y persistencia del liberalismo...”, p. 182. Ver también su libro ya citado *Los liberales reformistas...*

cer como país en los ámbitos de la ciencia y de la cultura, y, por otro lado, era consciente de que los gobiernos deberían ser cuidadosos para que toda actuación se viese como una colaboración y no como un intento de imponer determinados principios o ideas, pues los resquemores hacia la antigua metrópoli seguían vivos. Esta labor cultural tenía que hacerse, según el ilustre visitante, contando con la colectividad española de Buenos Aires; es muy significativo que entre las personas que aparecen directamente en el informe esté Avelino Gutiérrez, del que Posada dice que es un “hombre de generosidad espléndida [...], honra de la ciencia médica española en Argentina”⁶³⁷.

La idea de establecer un centro que encauzase las relaciones científicas y culturales entre España y Argentina no llegó a plasmarse para el centenario de la independencia en 1910. Se puso en marcha por iniciativa de la colectividad española y no por impulso gubernamental en 1912 al lanzar Avelino Gutiérrez el proyecto de la Institución Cultural Española. La voluntariosa personalidad de Gutiérrez, confiado en que los españoles eran capaces de producir ciencia y pensamiento abstracto al mismo nivel que el resto de Europa, puso en marcha dentro de la pudiente colectividad porteña el primer intento serio de intercambio científico transatlántico financiado por los inmigrantes desde América. Después de varios proyectos anteriores fallidos, la Institución Cultural Española se constituyó oficialmente en 1914, aunque la idea se había lanzado, como queda dicho, en 1912, tras la muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, por medio de una carta pública de Avelino Gutiérrez publicada el día 22 de mayo⁶³⁸. La carta, fechada el día 21,

637. Adolfo Posada, *Relaciones científicas con América. (Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay)*, Junta para Ampliación de Estudios / Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1911; y *República Argentina: impresiones y comentarios*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1912. Sobre los antecedentes de la relación cultural entre Argentina y España a principios de siglo puede verse Eduardo L. Ortiz, “Las relaciones científicas entre Argentina y España a principios de este siglo. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Cultural Española”, en J. M. Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, CSIC, Madrid, 1988, vol. 2, pp. 119-158; y E. Zimmermann, “La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino”, en Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España. El Grupo de Oviedo*, Talasa, Madrid, 2000, pp. 66-78. Un marco general sobre las políticas españolas y la labor de algunos intelectuales en relación con Hispanoamérica, en Isidro Sepúlveda Muñoz, *Comunidad cultural e hispanoamericanismo, 1885-1936*, UNED, Madrid, 1994; José Carlos Mainer, “Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo, 1898-1923”, en *La doma de la quimera (ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Bellaterra / Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1998, pp. 87-134; Antonio Niño, “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en Pedro Pérez Herrero y Nuria Tabanera (coords.), *España / América Latina: un siglo de políticas culturales*, AEITI / Síntesis, Madrid, 1993, pp. 15-48, y del mismo autor, “1898-1936. Orígenes y despliegue de la política cultural hacia América Latina”, en Denis Rolland, Lorenzo Delgado, Eduardo González, Antonio Niño y Miguel Rodríguez, *L'Espagne, la France et l'Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales (XX^e siècle)*, l'Harmattan, París, 2001, pp. 23-163.

638. “Homenaje a una gloria española. Iniciativa del doctor Avelino Gutiérrez”, *El Diario Español* (en adelante, *EDE*), Buenos Aires, 22.V.1912.

iba dirigida al director de *El Diario Español*, don Justo López de Gomara. La iniciativa del homenaje había partido de Emilio Lattes Frías en una carta publicada el día anterior. Avelino Gutiérrez se adhiere con quinientos pesos y propone que se constituya una comisión presidida por el doctor José María Carrera. En la carta se refleja muy claro que uno de los objetivos perseguidos por Gutiérrez era el de mostrar una nueva imagen de España frente a los tópicos de la hispanofobia. Para él esa nueva España la representan gentes tan diversas en sus ideas como Marcelino Menéndez Pelayo, Joaquín Costa y Benito Pérez Galdós. Al día siguiente, el diario publicaba varias adhesiones más: Juan José Alonso, Ricardo Monner Sans, Luis Méndez Calzada y el propio José María Carrera, que declinaba la presidencia, pues consideraba que debía llevarla un hombre con mayor iniciativa, y ése debía ser el propio Avelino Gutiérrez, al que el periódico había presentado el 22 como “altísima representación de la intelectualidad española en esta República”. La comisión, de la que formó parte Gutiérrez como vicepresidente, la presidió Carrera a pesar de sus reticencias iniciales. Inmediatamente se recaudaron fondos entre los miembros de la colectividad en Buenos Aires y en provincias con el fin de erigir un monumento y construir un edificio en Santander que pudiera albergar la espléndida biblioteca de Menéndez Pelayo, pero cuando se supo que don Marcelino la había donado al Ayuntamiento de su ciudad, el proyecto derivó a la inicialmente también prevista constitución de una Cátedra de Cultura Española con su nombre en la Universidad de Buenos Aires, por la que se haría pasar a estudiosos, científicos y literatos españoles⁶³⁹.

No es extraño que la iniciativa se emprendiese desde *El Diario Español*, que había sido comprado a López de Gomara -al que se mantuvo, no obstante, como director- a finales de 1911 por un grupo de prohombres de la colectividad española, encabezados por Rafael Calzada, y entre los que se encontraba Avelino Gutiérrez. El propio López de Gomara se adhirió a la iniciativa con un artículo publicado el día 29. La compra del diario había sido una manera de salvarlo de la quiebra, pero, sobre todo, el intento de mantener el impulso “por construir un imaginario nacional [...], una identidad patriótica, además, que era posible recrear a partir de otras lecturas, nuevas -y no por ello menos

639. Avelino Gutiérrez figura como socio número 78, con fecha de alta del 28 de octubre de 1912, en categoría de protector, y con una aportación de siete mil quinientos pesos. Los nombres de varios de sus familiares también pueden rastrearse en el “Registro de socios” de la Institución Cultural Española (Archivo de la Institución Cultural Española, consultado en la digitalización que se conserva en la Residencia de Estudiantes de Madrid, en adelante AICE). Queremos agradecer a esta institución las facilidades ofrecidas en la consulta de estos fondos, que conservan abundante correspondencia y recortes de prensa, además de documentación administrativa. Sobre la labor de Avelino Gutiérrez y la Cultural, puede verse Marta Campomar, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, Madrid, 2010, y “Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española”, en José Luis Molinuevo (coord.), *Ortega y la Argentina*, FCE, Madrid, 1997; Antonio Lago Carballo, “La Institución Cultural Española de Buenos Aires”, *Mar Océano. Revista del Humanismo Español e Iberoamericano* 23 (2008), pp. 49-62; y José María López Sánchez, “La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española de Buenos Aires”, *Revista de Indias* 239 (2007), pp. 81-102.

comprometidas con aquel presente- de los conflictos de la madre patria, y en un contexto de coexistencia multicultural como era la Argentina entre finales del siglo XIX y comienzos del XX⁶⁴⁰.

Para que el proyecto funcionase era fundamental conseguir un socio colaborador en España y ninguna institución mejor para este fin que la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que presidía Ramón y Cajal y tenía como eficaz director a José Castillejo, un hombre del entorno de la Institución Libre de Enseñanza, discípulo directo de Giner de los Ríos⁶⁴¹. La Institución Cultural Española envió a Madrid a su secretario, Luis Méndez Calzada, para determinar los detalles de dicha colaboración. La relación con la Junta también se concretó en la subvención por parte de Avelino Gutiérrez durante los años 1912-1915 de tres estancias en el extranjero de investigadores españoles⁶⁴².

Avelino Gutiérrez se dedicó con “espíritu alerta y visión certera”, como dirían los *Anales* de la Cultural, de los estatutos antes de enviarlos a la Inspección de Justicia, que los aprobó el 12 de marzo de 1914, y presidió la Institución una vez constituida. También se ocupó personalmente de la inversión de los fondos obtenidos tras el primer revés de la Cultural, que fue el haber perdido dinero fundacional en la quiebra del Banco Popular Español, donde se había invertido una parte no sustancial de lo recaudado.

El talento organizativo del Dr. Gutiérrez, que ya se había mostrado y se mostraría numerosas veces más en nuevas iniciativas, fue una de las claves para el éxito de la Cultural. Así lo reconocía uno de los primeros profesores españoles invitados a Buenos Aires, José Ortega y Gasset, al celebrarse en 1939 los veinticinco años de la fundación de la Cultural. El filósofo afirmaba que el Dr. Gutiérrez había sido quien había puesto a andar una maquina que rindió rápido y amplio efecto porque estuvo bien hecha:

en este caso -comenta-, todo dependió de ciertos detalles en los reglamentos constitutivos de esa Institución, referentes al modo de ser elegidos los profesores de ultramar. La idea de esos detalles y de toda la Institución, la vigilancia sobre su funcionamiento,

640. M. García Sebastiani, “Crear identidades...”, p. 541. Es muy interesante la vinculación que la autora establece en este artículo entre la nueva imagen de España promovida por la colectividad y las políticas reformistas del gobierno de José Canalejas. Sobre López de Gomara puede verse también M. García Sebastiani, “Justo López de Gomara: entre el periodismo, la cultura y el negocio de la política de los españoles en Argentina”, en este mismo volumen.

641. Sobre Castillejo, puede verse Carmela Gamero Merino, *Un modelo europeo de renovación pedagógica. José Castillejo*, CSIC, Madrid, 1988. Y sobre la Junta, la obra colectiva ya citada coordinada por José Manuel Sánchez Ron, *1907-1987...*; Justo Formentín Ibáñez y María José Villegas Sanz, *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Fundación MAPFRE, Madrid, 1992; el artículo de Francisco Laporta, “La Junta para Ampliación de Estudios: primeras fatigas”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2.ª época, 14.VIII.1992, pp. 39-51; y el monográfico coordinado por Javier Zamora Bonilla en la revista electrónica *Circunstancia*, 14, septiembre 2007: http://www.ortegaygasset.edu/contenidos.asp?id_i=81.

642. *Anales de la Institución Cultural Española*, Institución Cultural Española, Buenos Aires, 1947, tomo I, pp. 41-42.

se deben ante todo y sobre todo a un gran español que es, a la vez, un gran argentino, a un hombre de alma ejemplar, de moralidad acerada, insigne en su profesión quirúrgica, maestro de varias generaciones de médicos argentinos, honra y prez de ambas naciones, ese espléndido montañés de semblante venerable, atezado y triangular, que es don Avelino Gutiérrez.

El filósofo no se olvidó de añadir en su discurso que “destacar esta figura no es olvidar ni escatimar el reconocimiento a los sacrificios y colaboraciones que en torno a él se agruparon y que siguieron su designio”⁶⁴³.

La Institución Cultural Española nació como una iniciativa privada de algunos miembros de la colectividad española en Argentina para hacer visible la labor que muchos pensadores, científicos y literatos compatriotas estaban llevando a cabo. Su fin era, por tanto, cultural, pero evidentemente había también una finalidad de alta política. Así lo entendió la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que fue, hasta los años de la Segunda República, un eficaz colaborador de la Cultural⁶⁴⁴. José Castillejo mostró un gran interés por la selección de los españoles invitados a ocupar la Cátedra Menéndez Pelayo, pues era consciente, como lo era Avelino Gutiérrez, de la importancia que las palabras de estos españoles tendrían para cambiar la imagen de España en Argentina. No olvidemos que la Junta era un organismo público del gobierno español, pero más interesado que éste en el cambio de la imagen que en Argentina se tenía de España estaba la propia colectividad emigrada residente allí, pues su prestigio se asociaba al de su propio país de origen. Frente a la hispanofobia imperante en amplios sectores de la sociedad argentina, la Cultural intentó, y consiguió, mostrar, a través de los invitados a ocupar la Cátedra, una imagen de España muy diferente a la estereotipada de un pueblo atrasado y embrutecido. Los intelectuales y científicos que viajaron a Buenos Aires, que generalmente también solían realizar un periplo por provincias, fueron mayoritariamente representantes de eso que Ortega llamó en 1914 “España vital” y mostraron una imagen mucho más moderna de España. Ésta se convertía en un capital simbólico para la colectividad, del que se podía sacar réditos a la hora de presentarse ante las elites argentinas. Evidentemente también había un fin altruista -contribuir a elevar el nivel cultural de la colectividad española-, pero esta inversión en capital simbólico fue sin duda también un objetivo claro desde el principio.

En el acto de inauguración, con la presencia del embajador español Pablo Soler y Guardia, Avelino Gutiérrez afirmaba que crear una entidad de índole cultural dejaba de ser entre españoles un vago sentimiento. La flamante Institución encajaba de “maravilla dentro del problema vital de la España moderna, problema cultural ante todo y espiri-

643. José Ortega y Gasset, “Brindis en la Institución Cultural Española de Buenos Aires”, en *Obras completas*, Madrid, Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2006, Tomo V, p. 445.

644. Sobre las problemas que surgieron entre la Institución Cultural Española y las nuevas autoridades republicanas, que quisieron llevar a cabo una política cultural propia, ver José M. López Sánchez, “La Junta para...”, pp. 94 y ss.

tual por excelencia". Su propósito era "dar a conocer en los países de habla castellana lo que se hace en la España de hoy, contribuyendo de ese modo a establecer vínculos de unión espiritual entre España y Argentina y entre España y los españoles aquí residentes y sirviendo también para dar a éstos mayor relieve y valor moral". La Cátedra Menéndez Pelayo sería "de tema libre, desempeñada por profesores que habían de renovarse cada año. Este intercambio debía ser un poderoso estímulo para la gente estudiosa y erudita que en España se dedica a auténticos trabajos de investigación"⁶⁴⁵.

En la sesión inaugural Gutiérrez anunció a los presentes que en la asamblea general del 19 de junio de 1912 se había propuesto a Ramón Menéndez Pidal para inaugurar la cátedra, y se le había encomendado que se ocupase de la vida y obra del polígrafo santanderino Menéndez Pelayo. Según los *Anales* de la Institución, aquella reunión, inolvidable para los fundadores de la Cultural y para cuantos amigos y adherentes creían en un eficaz intercambio entre España y la República Argentina, terminó rebosante de optimismo creador para desalentar pesimismo enraizados en la conciencia de las comunidades de Argentina. Estas palabras de apertura en el Club Español de la capital porteña sirvieron para que echara a andar el intercambio entre la Institución Cultural Española y la Junta para Ampliación de Estudios de Madrid, cuyo director José Castillejo mantuvo, desde entonces, estrechos vínculos epistolares con Gutiérrez.

El nacimiento de la Cultural, en cierta medida, venía a formar parte de la larga y endémica polémica sobre la ciencia española en la que don Marcelino había sido protagonista en 1876 contra krausistas y tomistas al defender la existencia de una filosofía española propia. La realidad de dos frentes antagónicos, el de la España tradicionalista de don Marcelino y el de la España liberal progresista del krausismo, que en Avelino Gutiérrez, como vemos, no parecían tan antagónicas, se mantenía latente en la docencia argentina de José Ingenieros cuando Menéndez Pidal y José Ortega y Gasset ocuparon la cátedra de la Cultural en 1914 y 1916, respectivamente. La elección de Menéndez Pelayo para designar el nombre de la Cátedra podía resultar contradictoria si la finalidad palpable era la de mostrar una imagen más moderna de España. En esta contienda intervino Adolfo Posada, que declaró en la prensa porteña que don Marcelino en su madurez había sido respetuoso de la ciencia germana y de la labor de la universidad de Oviedo y que no era impedimento científico ni retroceso ideológico el mantener una Cátedra en su nombre.

Avelino Gutiérrez mantuvo el estricto código de Francisco Giner de los Ríos, respetuoso de la neutralidad científica y profesional, y los invitados a ocupar la Cátedra Menéndez Pelayo lo fueron siempre por su prestigio académico y científico. Don Ramón Menéndez Pidal, como queda dicho, fue el encargado de inaugurarla. No sólo su buen nombre como investigador de la literatura castellana sino también su conocimiento de la obra de Menéndez Pelayo eran una buena carta de presentación, aunque, sin duda,

645. Ver el capítulo dedicado a su fundación en los *Anales de la Institución Cultural Española*, tomo I, pp. 19-43.

había otra, como no dejó de comentar Avelino Gutiérrez cuando lo presentó ante el ministro de Instrucción Pública, el embajador español y diversos representantes del gobierno universitario en la Facultad de Filosofía y Letras en su primera conferencia: Menéndez Pidal era un gran filólogo y el idioma era la base para que ese intercambio cultural y científico que emprendía la Cultural fuese fructífero entre pueblos que hablaban la misma lengua. “El idioma -dijo Gutiérrez- no es sólo forma en la expresión del pensamiento, es también espíritu, es crisol en que se va fundiendo el alma de una raza”⁶⁴⁶. Más claro fue, si cabe, Don Avelino, en una carta que debió difundirse en la prensa española a finales de 1915 para dar a conocer la Institución Cultural Española y su programa tras el comienzo de sus actividades. En ella, el Dr. Gutiérrez reclamaba el reconocimiento de las colectividades españolas americanas como parte esencial para contribuir a la grandeza de España como país y a la extensión de su influencia cultural: “La misión histórica de España —escribe— no puede darse por cumplida mientras no realice las más alta compenetración espiritual con todos los pueblos de su origen, acompañándolos y hasta adelantándose a ellos en su desenvolvimiento”⁶⁴⁷.

La visita de Ortega en 1916 volvió a remover los cimientos de la celebre polémica de la ciencia española, en la que medió Gutiérrez en defensa de Ortega, de la Junta y de la Cultural. Al despedirlo, Gutiérrez, según la versión de los *Anales*, expresó su gran satisfacción por el éxito de su gira y por la acertada elección que había hecho la Junta al designarlo. El nombramiento de Ortega para ocupar la cátedra había sido casi casual, tras el rechazo de Francisco Rodríguez Marín, de la condesa de Pardo Bazán y de Miguel de Unamuno⁶⁴⁸.

Aunque el Dr. Gutiérrez, en la despedida de Ortega, decía que “al simple anuncio de vuestra venida, la sensibilidad científica de los curiosos, que son los verdaderos científicos, estaba predispuesta; había sumo interés por oírlos y a todo esto, los de la Institución Cultural agregamos otra ansiedad, la de que respondierais y llenarais cumplidamente la insaciable codicia de exigencias que se tiene para con el prójimo y que son tanto mayores cuanto más se espera de él”⁶⁴⁹, la verdad es que Ortega y Gasset era casi un desconocido

646. “Menéndez Pidal. En la Facultad de Filosofía y Letras. Discurso del Dr. Avelino Gutiérrez”, *EDE*, 5.8.1914.

647. “España en América. La cultura española en la Universidad de Buenos Aires”, recorte de prensa sin referencia exacta y con fecha de 3.XII.1915, que recoge una carta de Avelino Gutiérrez y de Luis Méndez Calzada, presidente y secretario de la Cultural, respectivamente, dirigida al director de *El Diario de Pontevedra* (AICE).

648. Sobre este primer viaje de Ortega a Argentina puede verse Carmen Asenjo e Iñaki Gabarain, “Viaje a la Argentina. Primera parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 1 (2000), pp. 29-64; “Viaje a la Argentina, 1916. Segunda parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 2 (2001), pp. 29-61; “Viaje a la Argentina, 1916. Tercera parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 3 (noviembre 2001), pp. 33-76; y “Viaje a la Argentina, 1916. Cuarta y última parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 4 (mayo 2002), pp. 29-86; y Javier Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002, pp. 160 y ss.; además de los textos citados de Marta Campomar, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, y “Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española”.

649. Ver “El curso de Don José Ortega y Gasset”, *Anales...*, tomo I, capítulo V, pp. 149-208.

en Argentina por aquellos años, a pesar de que había publicado algunos artículos en el diario bonaerense *La Prensa* y de que sus primeros libros, *Meditaciones del Quijote* y el primer tomo de *El Espectador*, habían circulado algo por Argentina. Desde la prensa porteña, no obstante, se había preparado la recepción. Ramiro de Maeztu lo presentó como un sabio, el cerebro más influyente entre los jóvenes:

Su ideal constante es la ordenación, un tanto a la alemana, de todas las energías intelectuales y culturales de su país, sometiéndolas a disciplina y evitando su dispersión e incoherencia [...]. Y quizá llegue un día en que sea en España lo que Fichte fue en Alemania, el precursor y guía de un renovado pensamiento nacional [...]. Es intenso y ahondador como un profesor alemán, y geómetra, lúcido, cristalino, como un filósofo-artista francés. [...] Todos sus artículos, a pesar de ser de circunstancias, llevan el sello de duradera permanencia⁶⁵⁰.

Ortega no defraudó al público que esperaba escuchar la voz de una nueva España. Él mismo se encargaba de enfatizar que no representaba a la España oficial, incluso aunque hubiese cierta contradicción al haber sido designado por un organismo público como la Junta para Ampliación de Estudios. No es extraño que algunos argentinos se asombrasen de ver a un joven profesor español hablar de los “problemas esenciales de la filosofía”, desde la perspectiva de la más actual filosofía germánica, que Ortega había conocido en sus tres estancias de estudios en Leipzig, Berlín y Marburgo entre 1906 y 1911. El contraste con los temas que dos años antes había expuesto Menéndez Pidal sobre la tradición literaria española no podía ser mayor.

Reflejo del halo que se había creado en torno a la figura de Ortega y también del peso de la colectividad española en Buenos Aires, es que a su primera conferencia asistió el ministro de Instrucción Pública, doctor Carlos Saavedra Lamas, que acompañó al presidente de la Institución Cultural Española, Avelino Gutiérrez, y a varios catedráticos y al decano de la Facultad de Filosofía, doctor Rodolfo Rivarola, quien presentó al ponente. El salón estuvo abarrotado y muchas personas ocuparon los pasillos. La prensa del día siguiente decía: “Es tarea, no solamente difícil, sino imposible, sintetizar los hermosos pensamientos, tan humanos, transcendentales y sencillos, dejados caer con naturalidad del cerebro a los labios por el conferenciante, siempre dueño de sí y soberano de los oyentes”⁶⁵¹. Los jóvenes de la revista literaria *Nosotros* le prepararon un homenaje enseñado. Álvaro Melián Lafinur lo califica en el mismo de “filósofo ciudadano”, poseído por el “patriotismo silencioso”, de mucho más valor que toda una universidad junta, un joven maestro, iniciador de una nueva forma de pensar⁶⁵². Una muestra del interés que provocó Ortega es que todas las conferencias, e incluso los seminarios sobre Immanuel Kant impartidos para un grupo más reducido en la Facultad de Filosofía, fueron reseñados con mucha precisión en la prensa porteña⁶⁵³.

650. “José Ortega Munilla y José Ortega y Gasset”, *La Prensa*, Buenos Aires, 22.VII.1916.

651. *EDE*, 8.VIII.1916.

652. *La Nación*, 11.VIII.1916. El discurso de Melián Lafinur está publicado en *Nosotros*, Buenos Aires, VIII.1916.

653. En concreto, pueden verse *EDE*, *La Prensa* y *La Nación*.

Según Gutiérrez, Ortega cumplió con el objetivo de mostrar los nuevos ideales del pueblo español y de afianzar la labor de compenetración espiritual hispano-argentina. Entendía el presidente de la Cultural que eran veintiuna las repúblicas que utilizaban el verbo castellano, cuyas variaciones no podían alterar el tono del “alma hispana”, antes al contrario la enriquecían con variados matices para recibir la mentalidad española de estos pueblos americanos. En palabras de Gutiérrez, “el verbo es el crisol en que se funde y modela el alma de un pueblo”. Esta identificación entre los pueblos por parte de Gutiérrez era una manera de reivindicar las raíces hispanas de la cultura argentina y de reivindicar el papel de la colectividad española en un país emergente lleno de oportunidades.

Gutiérrez, que era experto en el manejo y puja de identidades y civilizaciones contrastadas, afirmaba en la despedida de Ortega que si un sector insiste en alimentarse con la producción “exótica” extranjera en detrimento de lo propio, sufre la conciencia colectiva, porque los pueblos se alimentan con lo puramente racial, y no tienen otro elemento para recibir cultura que el lenguaje en que se expresan. Lo decía alguien, no obstante, que conocía bien la ciencia europea. Agradeciendo al joven Ortega su brillante esfuerzo docente en su gira por el país, le dice, con palabras que reflejan diáfananamente los objetivos de la Cultural:

por vuestra labor eximia, el concepto espiritual de España se cotiza hoy un poco más alto en esta orilla del Plata, se aprecia en más a la colectividad española y se ha prestigiado nuestra institución; pero con esto no han de quedar cerradas nuestras cuentas. España os ha de deber con el tiempo mucho más y quiera Dios que así sea⁶⁵⁴.

Gutiérrez medió en el conflicto entre la generación de Ortega y la muy venerada generación del 98 y del positivismo krausista, que en Argentina eran tenidos como espíritus de vanguardia a través de la influencia, entre otros, de Atienza y Medrano. Esta situación generacional en la que Ortega, Luis Olariaga y otros profesores más jóvenes invitados por la Cultural intentaron dejar atrás con mensajes rupturistas la España heredada por ellos fue piloteada por Gutiérrez con firmeza, y consiguió que se abrieran nuevos campos en la floración de generaciones diferentes al tiempo que se deshacían los prejuicios del pasado sobre la capacidad espiritual española para hacer ciencia y cultura contemporáneas. A Ortega le advierte que su generación rebelde, henchida de nuevos ideales, no era una generación milagrosa, nacida espontáneamente, sino exponente de una historia pasada: “en tal virtud -añade Gutiérrez-, a ella os debéis, y si a ella os dais con alma y vida, asociándoos en comunidad los que sentís el mismo ideal”, juntos y no divididos, se podrían estoicamente soportar cuantos agravios recibieran en el resurgimiento de la patria. De no existir respeto mutuo, afirmaba don Avelino, no cumplirían su misión generacional.

Su mensaje final, estimulado por el gran éxito de la visita de Ortega, que relanzaba exitosamente a la Cultural después de un año en el que no había acudido ningún pro-

654. El discurso de Gutiérrez en *Anales...*, tomo I, pp. 205-207.

fesor a ocupar la Cátedra, fue el siguiente: “Trabajemos, pues, por la España nueva, tomándola en el mismo punto y hora en que vive sin despreciar nada de lo que es esencial y sepamos que esa nueva España no puede surgir si no se difunde e intensifica su cultura”.

En la correspondencia entre la Junta para Ampliación de Estudios y Gutiérrez, éste agradece el acierto de haber nombrado a Ortega para la labor cultural que se iniciaba en Buenos Aires y añade:

Cuantas ponderaciones hiciéramos del ilustre profesor serían escasas y desde luego innecesarias ante esta Junta que tan afortunadamente le designó: basta decir que, ante el concepto público, quedó juzgado con rara unanimidad como una de las mejores inteligencias de nuestra época en la importante rama de la ciencia a que dedica sus afanes.

Quiera esta nota, pues, dejar constancia de que los augurios formulados por esa Junta acerca de las cualidades personales del conferenciante, han sido ampliamente cumplidos y que el fin universitario de la misión encomendada al Sr. Ortega y Gasset suscitando viva simpatía hacia España y sus hombres de ciencia, satisfizo plenamente los móviles primordiales de nuestra institución⁶⁵⁵.

Pero no todo quedaría en los confines de la filosofía. La medicina y las ciencias duras ofrecían un enorme espectro de actividades científicas y culturales, y Gutiérrez supo, en medio de un ambiente argentino descreído, desplegar los logros científicos de variados matices hispanos. No es extraño, pues, que en connivencia con Ortega, el elegido para ocupar la Cátedra al año siguiente fuese el matemático Julio Rey Pastor. Luego vino el fisiólogo Augusto Pi i Suñer, con el que Gutiérrez estrechó su vieja amistad, que a su vez tendía un fuerte vínculo con la figura más prestigiosa de la ciencia argentina, el Dr. Bernardo Houssay, que sería premio Nobel en 1946, y fue gran defensor de los esfuerzos de la Cultural. Y luego siguieron numerosos científicos como el físico Blas Cabrera, introductor de las teorías de Albert Einstein en España, o los doctores Gonzalo Rodríguez Lafora, Gustavo Pittaluga, Pío del Río Hortega y Gregorio Marañón, junto a literatos o hombres de letras o de ciencias sociales como Eugenio D'Ors, Américo Castro, Luis Olariaga, María de Maeztu, Manuel García Morente, etc. Avelino Gutiérrez supo durante la década larga que presidió la Cultural combinar las distintas ramas de las ciencias a través de los profesores visitantes.

En 1919, Eugenio D'Ors, invitado por la Cultural y por la Universidad de Córdoba, reanimó nuevamente el debate con el positivismo argentino, y asumió un rol más conciliador que el de Ortega, que había sido muy crítico con los seguidores de Herbert Spencer. Después, Pi i Suñer, fue quien, según palabras de Gutiérrez, desde la fisiología, abriría el debate hacia otras ramas de interés humano. Como dice Gutiérrez, Pi i Suñer

655. Esta carta con fecha 31 de diciembre de 1916 fue publicada en los *Anales...*, tomo I, pp. 207-208. Buena parte de la correspondencia se conserva en el Archivo de la Junta depositado en la Residencia de Estudiantes.

supo hacer ver “el valor transcendente que un fisiólogo saca del estudio de la fenomenología vital y proyecta sobre las demás ciencias antropológicas”⁶⁵⁶.

Avelino Gutiérrez opinaba al respecto que era necesario unir la experimentación y el análisis minucioso al hondo pensar y riguroso razonar. Se necesitaba, insiste Gutiérrez al presentar a Pi i Suñer, buscar hechos, pero también se necesita saberlos referir a principios de razón suficiente y en este sentido el fisiólogo filósofo supera, si cabe, al fisiólogo experimental. Aprovecha para mencionar también a otro gran científico, a Ramón Turró, cuya labor junto a la de su discípulo Pi i Suñer “ha sido -afirma- la de plantear el problema del origen del conocimiento, que de todo tiempo se viene elucubrando en el terreno de la fisiología especulativa y de la metafísica pura, como problema de fisiología”. Con lo cual introducía Gutiérrez en Argentina los vínculos estrechos entre la Cultural y el patrimonio científico de la Escuela de Fisiología de Barcelona. Su consejo en este duelo de interrelaciones científicas fue: “no se amedrenten [...] los filósofos especulativos y los metafísicos puros; para todos hay campo y campo infinito”⁶⁵⁷.

Un logro importantísimo de la mediación de Gutiérrez en este gran debate abierto sobre la ciencia española fue mantener al margen todo lo posible a la política interna de argentinos y españoles. En el contexto que generaba la difícil cohesión y colaboración mancomunada de una colectividad dividida por credos políticos y regionales divergentes, precisamente por ese particularismo del que hablará Ortega en su *España invertebrada* que circuló mucho por las librerías de la capital porteña, los cinco presidentes de las sociedades españolas más relevantes, la APE, la Cámara Española de Comercio, el Club Español, la Asociación de Socorros Mutuos y el Hospital Español se pusieron de acuerdo con Gutiérrez para lograr “hacer de la identidad un exponente positivo del esfuerzo común” sin inmiscuirse en política.

Aun cuando la Cátedra funcionara desde Buenos Aires, ésta era sostenida también por fondos de colectividades de provincias, y los conferenciantes visitaron frecuentemente éstas. Gutiérrez creó una sucursal en la pudiente ciudad de Rosario, por la que pasaron varios profesores de la Cultural. Otra sede se inauguró en 1918 en la capital uruguaya, Montevideo, con el mismo fin de recibir a científicos y profesores en su camino a la gran capital porteña. Por la cátedra de la Cultural pasaron personalidades como las ya citadas de Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Eugenio D’Ors, Pi i Suñer, Julio Rey Pastor, Blas Cabrera, Rodríguez Lafora, Américo Castro, Gustavo Pittaluga, Luis Olariaga, María de Maeztu, Pío del Río Hortega, Manuel García Morente, Gregorio Marañón, y también Luis y Felipe Jiménez de Asúa, Adolfo Posada, Sebastián Recaséns, José Casares Gil, Agustín Millares Carlo, Manuel Montoliú, Lorenzo Luzuriaga, Eduardo García del Real, Claudio Sánchez Albornoz, Amado Alonso, José María Ots de Capdequí, Esteban Terradas, Enrique Moles, etc., etc. El Dr. Gutiérrez recibía a estas personalidades en su casa, les organizaba banquetes, viajes por el interior del país, disertaciones en facultades

656. Para la visita de Pi i Suñer en 1919 ver los *Anales...*, tomo primero, capítulo XI, pp. 395-471.

657. *Ibid.*, p. 405.

nacionales y coordinaba los esfuerzos con la Junta para la financiación de viajes y estadia. Algunos se hospedaron en su propia casa, como Altamira y Posada en 1909 y 1910, respectivamente, antes de la fundación de la Cultural. Más tarde la familia de Pi i Suñer convivió en los años veinte en la casa de los Gutiérrez. Rita se encargaba de agasajar a sus huéspedes. Incluso Julio Rey Pastor encontró allí algo más que hospitalaria cortesía, pues en el hogar de don Avelino conoció en 1917 a la hija mayor, Rita, con la que se casó tiempo después.

En 1919, tras cinco años de actividad, la Cultural había logrado consolidar su prestigio. Con cada disertante, Gutiérrez presentaba una faceta más, variable y compleja, de la intrincada polémica sobre la interrelación de ciencias entre sí, sobre todo en el campo abierto por Ortega en 1916 sobre el debate qué es ciencia y qué es filosofía, tema que explícitamente expuso en cuatro lecciones en su viaje de 1928, éste no propiciado por la Cultural, sino por la Sociedad de Amigos del Arte y por la Facultad de Filosofía, pero que la Cultural reseñó en sus *Anales* como propio.

El viaje oficial de Gutiérrez a España, su labor filantrópica y la Cátedra Cajal

En 1919, Gutiérrez se había convertido en un símbolo de la colectividad española en Buenos Aires y en una persona influyente para intensificar las relaciones culturales y científicas entre España y Argentina. Su viaje a España entre finales de 1919 y septiembre de 1920 tiene mucho que ver con este rol que había asumido.

Algunos amigos le organizaron un homenaje de despedida en el paquitisimo Club Español, en presencia del embajador español, don Pablo Soler y Guardia. Don Vicente Sánchez, vicepresidente de la Institución Cultural Española, fue el encargado de ofrecer “la demostración”, y sintetizó la capital labor de su presidente con estas palabras:

El doctor Avelino Gutiérrez representa la sangre originaria siempre vívida y animosa en el organismo de esta República. El insigne maestro surgió del estudiante español, que matriculado en las aulas argentinas, se abrió en ellas camino hasta lograr el primer puesto y llegar en él al fin de la carrera por méritos intrínsecos de tan poderosa intensidad que vencieron las dificultades propias de toda conquista, reflejando su triunfo sobre la colectividad de que procedía, y uniendo sus patrias de origen y de radicación con el acatamiento a su talento y al vínculo sagrado de la ciencia. Pero con ser tan grande y definitiva esa primera parte de su obra, llegando tan joven a las cumbres del triunfo y la influencia, no podía su elevado espíritu resignarse al goce tranquilo de sus brillantes éxitos, y creó entonces la fórmula más personal y característica de su modalidad, satisfaciendo sus nobilísimos estímulos patrióticos, en la amplia y luminosa órbita de su privilegiada inteligencia. La Cultural Española, que improvisó un día como espontánea floración de sus sentimientos en coincidencia con su acción científica, bastaría para pedestal de su iniciador, igualando sino superando los laureles que haya podido conquistar su sabio bisturí. Es esta obra trascendental y admirable lo que queremos celebrar: es esta vida grande y victoriosa, a la vez que modesta y tranquila del doctor Gutiérrez, la que queremos enaltecer con expresiones de justicia.

El Dr. Gregorio Aráoz Alfaro destacó en el mismo acto que Avelino Gutiérrez había sabido “vincular su patria a la nuestra, no sólo en el dominio de los intereses materiales, sino lo que vale más, porque es de acción más duradera y más honda, en el de los intereses morales y en el de la cultura intelectual, creando entre los hombres de pensamiento y de estudio de los dos países, estrechos lazos de conocimiento y de afecto que han de tener de día a día mayor influencia en el desenvolvimiento científico e intelectual de uno y otro”. El discurso de Aráoz Alfaro mostraba bien que la labor de la Cultural había surtido efecto, porque afirmaba que como argentino agradecía a los ilustres visitantes españoles traídos por la Institución el haberle dado a “conocer una parte de esa España científica moderna, de esa España que resurge vigorosa y lozana como retoña en brotes de sorprendente frescura el viejo tronco que se creía próximo a perecer y que sólo requería que se removiera un poco la tierra y se le hiciera generosa ofrenda de un poco de agua para reverdecer y reflorar en esa eterna juventud de los fuertes”⁶⁵⁸.

El viaje de Gutiérrez a Madrid fue el detonante para poner en marcha grandes proyectos científicos y educativos de alta envergadura. Al llegar a Madrid le esperaban Cajal y Castillejo. Fue en este encuentro en el que se habló por primera vez de crear una Cátedra Ramón y Cajal, cuya materialización se vería años después, como luego comentaremos. Su visita le ofreció la oportunidad de poder apreciar los logros y carencias del sistema científico español. Visitó el Instituto Nacional de Ciencias, el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas, el Instituto Escuela de segunda enseñanza y la Facultad de Medicina de la Universidad Central. Se le agasajó por parte de profesores universitarios, por el ministro de Instrucción Pública y por otras autoridades. En Madrid tuvo también la oportunidad de ser conocido como cirujano, pues allí dictó una lección práctica a la que asistió, entre otros muchos hombres de ciencia, Ramón y Cajal, con quien le unía una antigua amistad, y quien aplaudió públicamente su enseñanza.

Luego fue invitado a visitar los centros médicos y científicos de Cataluña, y tomó contacto directo con el Dr. Turró, al que tanto admiraba. El diario *La Publicidad* de Barcelona daba cuenta de su llegada a la ciudad condal anunciando que era “el más formidable instrumento de la influencia española en la América del Sur”. Gutiérrez visitó y encomió la Sociedad de Biología dirigida por Turró y dio un cursillo en la Facultad de Medicina, que, según registran los *Anales* de la Cultural, fue seguido por “cuanto pesa y vale en la medicina barcelonesa”.

De regreso en Madrid, Gutiérrez recorrió Toledo con Manuel Bartolomé Cossío, el sucesor de Giner de los Ríos al frente de la Institución Libre de Enseñanza y uno de los más prestigiosos pedagogos españoles, además de director del Museo Pedagógico. También se paseó por El Escorial, Ávila y Segovia con Ortega, y asistió a reuniones de la Junta para Ampliación de Estudios y visitó otros centros universitarios. Como reconocimien-

658. El viaje oficial de Gutiérrez a España entre finales de 1919 y 1920 y los discursos en el homenaje de despedida, que fueron publicados originariamente por *EDE* el 18.XI.1919, aparecen registrados en los *Anales...*, tomo I, pp. 473-493.

to a su generosidad, recibió el primer título de doctor *honoris causa* de la Universidad de Madrid. En el acto de entrega, el decano de la Facultad, don Sebastián Recaséns, ponderó su labor científica y el acercamiento hispano-argentino que había propiciado y que tanto estaba contribuyendo al engrandecimiento de las relaciones científicas y culturales hispanoamericanas. Gutiérrez respondió que el cultivo de las ciencias y artes entre los dos países debía relacionar lo que en el mundo científico había de bueno, útil y susceptible de incorporar a la propia naturaleza hispana, pues creía firmemente en el futuro esplendor de la ciencia española. El recién investido doctor *honoris causa* aceptó los honores recibidos en nombre de los hermanos de América y de la Universidad de Buenos Aires, “más que de mi modesta significación y pobre valimiento”, añadió.

Participaron en este evento con palabras elocuentes Roberto Levillier, encargado de negocios de Argentina, y el rector de la universidad Central, José R. Carracido, que testimoniaron en Gutiérrez “la potente viabilidad de la raza hispánica”. Las reseñas periodísticas se hacían eco del tono panhispano de las intervenciones y mostraban la necesidad de una colaboración unitaria y espiritual entre España y todos los pueblos hispanoamericanos. Adolfo Posada aprovechó para proclamar la necesidad de robustecer la afirmación étnica y cultural con una política de realidades que contemplara las distintas personalidades de la América española, al tiempo que ponía de relieve la importancia de la Cultural y de las colectividades de América como valor positivo, manteniendo la noble cultura de la intimidad espiritual de los pueblos de Hispanoamérica.

Recibió asimismo el apoyo de Rafael Altamira desde *El Figaro* de Madrid, en que aplaudía la “continuidad” de la labor de la Cultural con los proyectos de Atienza y otros antecedentes. El viaje de Gutiérrez había servido para tender lazos seguros con América y para sembrar frutos en días venideros. Eran los años veinte tiempos en que el dinero de Buenos Aires fluía hacia la Junta de Madrid en grandes donaciones para la ciencia y para cursar estudios en el extranjero. Avelino y su hermano Ángel Gutiérrez donaron 5.000 pesetas para organizar cursos especiales y cubrir gastos de la Cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, y también se hicieron donaciones en homenaje a Turró, Giner de los Ríos, Joaquín Costa y Menéndez Pidal. Don Avelino donó también 12.000 pesetas para que se emplearan en tres pensiones a jóvenes investigadores para cursar estudios en el extranjero. Esta donación se vio incrementada por otra, junto a su hermano, de 1.445 libras esterlinas para enviar a más estudiantes al extranjero. Avelino Gutiérrez también tuvo la oportunidad de entrevistarse con Alfonso XIII. Acudió acompañado de José Castillejo. El rey lo felicitó y honró por su labor filantrópica.

Durante su visita a España, Gutiérrez no se olvidó de su tierra natal. Allí ofreció en el Sanatorio San Rafael una conferencia sobre el pueblo cántabro. Además hizo considerables donaciones para becas estudiantiles y ayudas al Hospital de Santander y a la Casa de Salud del marqués de Valdecillas. A pesar de su pensamiento republicano y socialista, no perdió nunca su admiración por Marcelino Menéndez Pelayo, a quien en Argentina se veneraba por sus aportes a la literatura sudamericana. Fue Gutiérrez quien financió la

primera biografía del polígrafo, la de Manuel Artigas (1924), y quien inspiró la suscripción pública para el edificio de la actual biblioteca de Menéndez Pelayo. Avelino Gutiérrez fue también el gran promotor del Centro Montañés de Buenos Aires, que se fundó en 1923, unos años después del viaje a su tierra. Gracias a su incitativa y a su aportación inicial de 1.000 pesos, este Centro logró echar a andar con un solemne acto celebrado el 20 de mayo de 1924. Muestra de la influencia de Gutiérrez es que en la inauguración estuvo presente el presidente de la República, Dr. Marcelo T. de Alvear. Allí se anunció la creación de la Caja Pro Becas Menéndez Pelayo, destinada a pensionar dentro y fuera de España a todos los montañeses e hijos de montañeses que sobresalieran por su dedicación al estudio y su vocación científica. En homenaje a tanta generosidad se conserva un busto de este montañés en los establecimientos de la actual Biblioteca de don Marcelino en Santander y se le rinde homenaje junto a la obra de Menéndez Pelayo en el Centro Montañés de Buenos Aires.

El amor de Avelino Gutiérrez a su tierra natal y su ideología federalista, identificada con el ideario de Pi y Margall, no le llevaron nunca, no obstante, a exaltar el regionalismo en tanto supusiese una confrontación con la idea nacional de España. De sus meditaciones expuestas en Cantabria durante su viaje a España, nació años después una serie de artículos titulados “El problema español”, donde se podía leer:

El sentimiento regionalista o localista, como todo lo que nace a base de amor, aunque sea amor propio, egoísmo, es conveniente a condición de darle proyecciones, de buscarle trascendencia, de integrarlo en algo superior; porque si es un sentimiento que nace y muere en sí mismo, se convierte, de amor trascendente que debe ser, en puro egoísmo, infecundo e improductivo, por parto, execrable.

Yo quiero el regionalismo dentro de la nación, pero un regionalismo expansivo, conquistador, si cuadra: algo así como una fuerza centrífuga, que tiende a ganar espacio. No quiero un localismo reconcentrado y pequeño, que propenda al ensimismamiento, al aislamiento y enquistamiento, que viva sólo para sí; porque así como el primero es vivificador, el segundo será adormecedor⁶⁵⁹.

Según Gutiérrez, un regionalismo reconcentrado no contribuiría a solucionar el problema de España, que volvía a plantear, con un tono muy krausista, en términos de cultura. Había “que hacer al hombre” a través de la educación, y para esa labor lo importante no era tanto la escuela como el maestro, aunque hubiera que prestar atención a ambos. La educación era un elemento central de la justicia social, que tanto le preocupaba. Si el regionalismo reconcentrado no le parecía útil, tampoco lo era una cultura nacional que viviera de espaldas a la cultura universal, por lo que criticaba el aislamiento de Europa.

Esta actitud de Avelino Gutiérrez está en consonancia con la fundación de la Cátedra de Ramón y Cajal, una de sus últimas iniciativas como presidente de la Cultural, cuyo

659. “El problema fundamental de España. Mis sentimientos localistas”, *EDE*, 4.XI.1923.

desenvolvimiento detallan los *Anales* de la institución. El dinero inicial de este proyecto lo pusieron los hermanos Gutiérrez, Ángel y Avelino, ambos médicos, y otro selecto grupo de españoles residentes en Argentina. La Cátedra Ramón y Cajal se creó en Madrid específicamente para enviar científicos argentinos a Europa, los cuales luego pasaron por la Cultural. Era, además, un apoyo directo a la obra de Ramón y Cajal, figura venerada por Gutiérrez. La Cátedra comprendía además el sostenimiento de cursos de ciencias físicas, químicas y matemáticas, impartidos por profesores del extranjero y españoles de prestigio. Además se crearon premios a los mejores trabajos y becas para estudiantes de España y de Argentina.

Todo empezó cuando en 1922 se formó una comisión, cuyo presidente fue don Avelino, para organizar una suscripción popular en homenaje a Ramón y Cajal por su jubilación como catedrático con el fin de recaudar fondos para fundar una Cátedra con su nombre. Avelino Gutiérrez donó 2.000 pesos y logró entusiasmar a otros donantes en apoyo de una figura española que había llegado a los primeros puestos de la ciencia mundial contemporánea. En una carta que envió Gutiérrez a las colectividades, instigaba a ricos y pobres a contribuir a la creación de un Instituto de Biología con el nombre de Cajal “para que con sus métodos científicos se vayan armando los sabios del mañana y para que la humanidad sea más sana de cuerpo y alma”.

En el Club Español se reunieron las principales asociaciones españolas para este mismo fin. Cajal, emocionado, le escribió a Gutiérrez el 13 de mayo de 1922 para agradecer a las “ultrapatrióticas sociedades españolas de Argentina” su colaboración y entusiasta adhesión a su homenaje, y añade: “Ya conoce usted mis sentimientos con relación a las sociedades españolas de la Argentina. Constituyen, lo más noble, exquisito y depurado de esa «España dispersa» de que hablaba Ortega y Gasset. España, cuyos miembros viven desagregados y apartados en el espacio, están asociados entre sí con vínculos de amistad fraternal y con el solar hispano mediante lazos de amor, veneración y respeto jamás relajados por ningún interés mezquino”. Con un abrazo vibrante de emoción agradecía Cajal el apoyo incondicional de su amigo Gutiérrez, el motor visible de este grandioso homenaje a su persona y profesión. *El Diario Español* y *El Correo de España* publicaron largas listas de donantes de la capital y de provincias.

Al finalizar 1923 la Cultural, depositaria de los fondos recaudados en suscripción popular, arma las bases para el funcionamiento de dicha cátedra, y deja en manos de Cajal la disposición del dinero para financiar los trabajos de profesores e investigadores españoles y del extranjero. Los *Anales* dan información sobre el desempeño del Dr. Julio Palacios de la Universidad de Madrid y del suizo Dr. Paul Scherrer durante los años 1927, 1928 y 1929. La nueva Cátedra funcionó eficientemente hasta que entró en crisis durante los años treinta por problemas económicos argentinos que no permitían giros desde Buenos Aires al extranjero y por la Guerra Civil española⁶⁶⁰.

660. Sobre estas dificultades, José M. López Sánchez, “La Junta para...”, pp. 92-93.

A la muerte de Cajal en 1934, el doctor Gutiérrez, junto al doctor Bernardo Houssay, impulsó en Argentina un homenaje al premio Nobel, como una muestra más de su admiración y respeto por la trayectoria intelectual de su prestigioso compatriota. Gutiérrez, que hacía ya años que había dejado la presidencia de la Cultural, involucró a ésta en el homenaje. En el acto celebrado, se refirió a Cajal como un quijote de la ciencia, tenaz e inquebrantable, impulsado siempre por su voluntad de acción y por su altruismo. Habló también del “heroísmo del sabio”, que “es de puro sacrificio personal”, y recordó cómo Cajal logró el renacimiento de la ciencia en España y demolió falsos ídolos. “Cajal -dice Gutiérrez-, parece venir al mundo para dar un rotundo mentís a los infatuados y orgullosos, autofetichistas que niegan a la raza hispana aptitudes para el cultivo de las ciencias. Éste es, a nuestro parecer, el gran descubrimiento y el enorme servicio que Cajal ha venido a prestar a la ciencia hispana”⁶⁶¹.

Avelino Gutiérrez movió en 1926 una iniciativa paralela a la Cátedra Cajal. Propuso a la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires convertirse en un centro de alta cultura científica, porque, afirmaba: “Las naciones se cotizan y valoran en el mundo más por sus grandes hombres y su alta ciencia que por el mayor o menor número de los ciudadanos que saben leer y escribir, pues por eso y porque la alta ciencia, la ciencia pura, fomenta el desarrollo material y da normas al progreso moral, todas las grandes naciones procuran impulsarla”. Lo que proponía el Dr. Gutiérrez era que la Academia se ocupase de “la formación y sostenimiento de personal científico” a partir de “institutos científicos y laboratorios técnicos”, y que se dispusiese “una caja de becas para pensionar a los estudiosos” que se destacarán y así facilitar su investigación tanto dentro como fuera de Argentina. Como las ayudas de los poderes públicos, que había que reclamar de forma constante, decía don Avelino, serían insuficientes, llamaba también “a la acción privada, creando al efecto un patronato protector de la institución, bajo la denominación de «patronato amigos de la alta cultura médica»”⁶⁶².

Las polémicas sobre la hispanidad y los nuevos vínculos con la cultura española: la Ciudad Universitaria de Madrid

En 1924, la revista *Cantabria*, analizando el sentimiento regionalista de Menéndez Pelayo, hizo referencia a sus palabras en el discurso sobre Balmes de 1910, año del Centenario patrio argentino. Haciéndose eco de las mismas, Carmelo Echegaray decía: “donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una

661. “Disertación de Avelino Gutiérrez en el Club Español en el homenaje universal al sabio español Ramón y Cajal”. Participaron en el evento el Dr. Luis Méndez Calzada y el Dr. Bernardo Houssay. *Hispania* (2.ª época). Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 84 (diciembre de 1934).

662. “Patronato amigos de la alta cultura”, ANM, leg. 114, rollo 43.

segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil”⁶⁶³. Por las mismas fechas, el debate sobre la argentinidad estaba muy presente en los círculos intelectuales y literarios porteños, como en la revista *Martín Fierro*, nacida por aquel entonces y que se convirtió en epicentro de una fuerte discusión sobre la emancipación literaria y lingüística de los argentinos frente a España, en la que intervinieron plumas prestigiosas como la del entonces joven Jorge Luis Borges.

La Cultural había hecho e hizo desfilar a prestigiosos lingüistas por su Cátedra bonaerense, así que se convirtió en cierta medida en centro de dicha polémica. Avelino Gutiérrez advirtió sobre el peligro de dicha emancipación, pues creía en las bondades de mantener un tronco común de la lengua y de la literatura hispanas, en línea con Ricardo Rojas, fundador de un Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires, o de Ernesto Quesada, autor de un libro sobre *El problema de la lengua nacional* y presidente de la Academia de Letras, que reivindicará, delante de Avelino Gutiérrez y en una ciudad como la de Buenos Aires -donde como vemos ya desempeñaban su papel las jóvenes generaciones rupturistas-, la obra de Menéndez Pelayo, cuyo nombre seguía dando lustre a la Cátedra de la Cultural⁶⁶⁴. La importancia que la labor de ésta tenía en el mantenimiento y construcción de una tradición panhispánica se muestra en un documento oficial de los Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia, en el que se deja constancia de la iniciativa de la Cultural en los siguientes términos:

a leur tête se trouve le docteur Avelino Gutiérrez, chirurgien dont la réputation de professeur, et d'opérateur est grande à Buenos Aires, et dont on peut dire qu'il incarne en lui toute la propagande espagnole dans l'Amérique du Sud.

Le journal madrilène *El Sol* vient de publier sous le titre de “Le problème hispano-américain”, trois articles où le docteur Avelino Gutiérrez essaye de secouer l'apathie de la mère patrie et de l'intéresser à l'avenir des colonies émancipées⁶⁶⁵.

Según este documento, el diario *El Sol* describía como inercial la política cultural del gobierno español, comparándola con la actividad de otros países en Hispanoamérica y principalmente con la propaganda de Francia en Argentina, donde la cultura era dominada por el espíritu francés, incluso la universitaria, que recibía subsidiados visitantes directos de las facultades francesas. Los pasajes de *El Sol* citados en el documento resaltaban los méritos de la inversión francesa en Argentina, confirmando al gobierno francés que, con la excepción de la Cultural, mantenida con subvenciones privadas de españoles emigrantes, la política cultural española

663. Carmelo Echegaray, “Ensayos de crítica filosófica de Menéndez Pelayo”, *Cantabria*, 1924, pp. 30-38.

664. Ernesto Quesada, “Menéndez Pelayo en América”, *Cantabria*, 1924, pp. 29-30.

665. Documento confidencial del Ministerio de Asuntos Extranjeros de París. Serie B. Amérique, 1918-1940, caja 14, [1922]. Nos lo proporcionó la investigadora del CONICET Hebe Pelosi, estudiosa de las relaciones entre Francia y Argentina, a quien mostramos nuestro agradecimiento.

internacional daba escasos rendimientos en Hispanoamérica y no lograba montar proyectos propios.

Críticas como éstas provocaron durante los años de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, cuando el mensaje panhispanoamericanista se acentuó en España, la reacción de varios intelectuales como los agrupados en la *Gaceta Literaria* de Madrid, dirigida por Ernesto Giménez Caballero, quien lanzó una campaña en defensa de la tradición española en América para contrarrestar el afrancesamiento existente. Propuesta tal originó un escandaloso debate con la revista *Martín Fierro*, publicación que proclamó que el meridiano cultural de los argentinos nunca pasaría por Madrid.

Para entonces Avelino Gutiérrez había dejado ya la presidencia de la Cultural hacia varios años, pero nunca bajo los brazos respecto a su gran obsesión, que fue el avance científico y cultural de su patria de origen y de su patria de destino desde las raíces de la propia tradición, aunque sin renunciar al saber mundial. El Dr. Gutiérrez seguía siendo voz y parte en muchas de las actividades de la colectividad española. Por ejemplo, en 1927, estando de embajador Ramiro de Maeztu en Argentina, inició con él un proyecto educativo a gran escala, que se concretó en la famosa estampilla verde que los inmigrantes españoles ponían en su correspondencia u otros documentos con el fin de recaudar fondos para la Ciudad Universitaria de Madrid. Este proyecto fue generosamente difundido por el diario *El Sol* en España y por la revista de la APE en Argentina con artículos que aparecen sintetizados en los *Anales* de la Cultural⁶⁶⁶.

Gutiérrez era la persona idónea para impulsar este proyecto, que para él era trascendente, pues debía convertirse en la “célula sintonizada” entre dos naciones hermanas con vidas afines. Esta nueva universidad sería un modelo más abierto en los métodos de trabajo, en la organización de la enseñanza, en la investigación personal.

En ella -dice Gutiérrez-, sobrepasando a las Facultades que hacen profesionales, se habrá de constituir una super-estructura para ampliación y perfeccionamiento de estudios e investigaciones científicas; es decir, que se habrá de construir un conjunto de institutos para altos estudios sobre los estudios profesionales y elevar cada cátedra a la categoría de instituto, con el personal necesario para la docencia e investigación. Esta estructura super-profesional y puramente científica, será la parte más original y de mayor valor de la nueva Universidad, pues sin perjuicio de que pueda mejorarla, irá despertando iniciativas y descubriendo vocaciones que luego se aprovecharán en las investigaciones científicas.

A las objeciones de que sería un proyecto exclusivamente madrileño, contestará Gutiérrez en un tercer artículo que la nueva Universidad tenía que estar en una gran ciudad y esa era Madrid, porque era la capital de España y disponía de muchas cosas conexas con

666. Ver “La Ciudad Universitaria de Madrid y la Cátedra de Cajal”, *Anales...*, tomo III, segunda parte, capítulo XLV, 1927-1930, pp. 607- 624. También se conserva documentación, incluida una carta de Avelino Gutiérrez de aclaración de la finalidad y de solicitud de adhesiones, en el archivo de la ANM.

los estudios universitarios. Pero aclaraba que la nueva Universidad sería ante todo española, de España y para España con sede en Madrid, porque así lo imponían las circunstancias. Al auspiciarla se impulsaba una gran Universidad española que incluyera una Casa de Estudiantes Argentinos y una Caja de Becas. Estas becas se habían de distribuir por partes iguales entre españoles y argentinos, y así se lograría que los becarios de Argentina fueran un poderoso instrumento para construir un frente unido de solidaridad espiritual hispano-argentina con “afirmación de nuestra personalidad racial”, decía en el lenguaje de la época.

Gutiérrez aclara en *El Diario Español* que la obra de levantar esta monumental Ciudad Universitaria sería obra del Estado español y la contribución argentina sería un modesto aporte. Lo importante era estar presentes en un proyecto de esta magnitud, de forma que se permitiera a los inmigrantes españoles y a los argentinos tener acceso a una enseñanza científica más sólida. La clave del proyecto, según Gutiérrez, sería la convivencia activa del catedrático, maestro, investigador, estudiantes y cuanto personal colabore con la enseñanza e investigación. Este concepto de universidad, con un campus más cercano al modelo anglosajón, entusiasmaba a Gutiérrez. De su entusiasmo se hará eco el diario madrileño *El Sol*, que, recogiendo la respuesta de Gutiérrez, enfatizaba que la participación argentina sería en el futuro centro docente nexo entre su patria natural y la adoptiva. Para argentinos y españoles, dice *El Sol*, esa Universidad representa en palabras de Gutiérrez el “hogar científico y espiritual de la gran familia hispanoamericana”. El diario madrileño decía, como don Avelino, que la Ciudad Universitaria no debía ser una de tantas universidades españolas, sino un conjunto de institutos para altos estudios, una “estructura super-profesional”, una escuela de especialización en todos los ramos de la alta cultura, porque lo fundamental no sería la entidad sino la enseñanza.

Los *Anales* recogen estos fragmentos de una campaña en que Gutiérrez utilizó la revista de la Patriótica, el periódico *El Sol* y *El Diario Español* para impulsar su sueño de una formación científica sin injerencias políticas, de ciencia pura y por sí misma. En 1931, habiéndose ya retirado Maeztu como embajador en Argentina, Gutiérrez rinde homenaje a quien fue cónsul general de España y miembro del Comité de Propaganda, don José Buigas y Dalmau, por haberse encargado de reunir fondos en pro de la Ciudad Universitaria de Madrid, poniendo en marcha la iniciativa de la estampilla verde de 10 centavos que acompañaba a los documentos y correspondencia de la colectividad en Argentina. El lema consistía en: “use y propague esta estampilla. Así contribuirá a la más grande obra de acercamiento hispano-argentino hasta ahora intentada: la reconstrucción de la casa del Estudiante Argentino en la Ciudad Universitaria de Madrid y la creación de su Caja de Becas”⁶⁶⁷.

667. Avelino Gutiérrez, “Un Español. El cónsul de España D. José Buidas y Dalmau y su provechosa labor en pro de la colectividad Española”, *Boletín de la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, año 1, enero de 1928. También “Homenaje al Cónsul General de España, una feliz iniciativa del Dr. Avelino Gutiérrez”, *Ibid.*, año 1, febrero 1928. En este número se reproduce la estampilla con su nota adjunta. Gutiérrez intercedió tras proclamarse la República para intentar que se mantuviese a Buidas como cónsul

Un colono de Río Negro que no se olvida ni de su patria de origen ni de la de radicación

Según las noticias de sus alumnos, transmitidas en la memoria familiar, éstos contaban que en la gran huelga universitaria de principios de siglo, que mantuvo cerrada la Universidad de Buenos Aires, Gutiérrez estuvo del lado de la tendencia renovadora, pero cuando ésta tomó otras vías y estalló en 1918 como revuelta estudiantil, don Avelino se distanció de esas propuestas de reforma universitaria. A pesar de sus ideas reformistas y socialistas, en la Facultad nunca quiso mezclar la docencia en su cátedra de Anatomía con la política nacional, algo inusual en este establecimiento tan politizado, y no vaciló en encuadrarse valientemente frente a los excesos demagógicos que caracterizaron al nuevo régimen universitario, quejándose, junto con su yerno Rey Pastor, de que en la universidad se hacía más política que ciencia y que se buscaban puestos rentables en detrimento de la labor y de la disciplina que requería la profesión médica.

A don Avelino se le tenía en la Universidad como profesional exigente al que le repugnaba la indisciplina y los desbordes característicos de los momentos de puesta en cuestión de las normas universitarias. No estaba conforme con la tendencia dañina e indecorosa de otorgar a los alumnos franquicias en trabajos prácticos y exámenes, con recursos especiales para los que deseaban encaramarse en las posiciones directivas del gobierno universitario. Abominaba de la mentira, de los privilegios mal adquiridos, y apoyaba, por el contrario, la honrada capacitación pública por el esfuerzo y la elevación material y espiritual con la que como médico debía cada uno cumplir su misión de aliviar tantos dolores humanos, en vez de hacer política universitaria. Así que cuando a mediados de los años veinte le llegó el momento de la jubilación, abandonó una Universidad en la que ya no se encontraba del todo a gusto, aunque consciente de que podía haber seguido dando frutos pedagógicos muchos años. Se le hizo un homenaje y se le nombró profesor honorario.

Compró, entonces, ese año de 1926, tierras a Marcos Zorrilla en el valle de Río Negro y puso en funcionamiento una chacra, con el nombre de El Paraíso, en medio del desierto. En este emprendimiento digno de un pionero de las pampas, y en el cual habían fracasado a comienzos de siglo las colonias fundadas por Vicente Blasco Ibáñez en la región, Gutiérrez trazó canales de riego y acequias, plantó álamos y desarrolló la lucrativa industria de la manzana, que no patentó pero cultivó con todos los ingredientes de una labor científica agraria; así clasificaba distintas clases de manzanas, que comercializaba envueltas en papel que hacía traer del norte de Europa, e, incluso, inventó su propia máquina de clasificar manzanas. Fue uno de los primeros exportadores de manzanas (*Extra Nancy-Nancy* y *Choice*) del país. Su espíritu de cántabro colonizador, acostumbrado al recio clima montañoso, nada le impidió insertarse en la actividad de agrónomo chacarero, y convirtió su finca en chacra modelo para extranjeros y agricultores locales. Este em-

(telegrama a José Ortega y Gasset del 22.[IV.1931], Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset, en adelante AFJOG).

prendimiento de convertir el desierto en vergel fue todo un desafío para lograr establecer nuevas técnicas en la horticultura, fumigación y calentamiento de frutas. De este modo consiguió el respeto del agricultor local de Río Negro. En la industria de la manzana obtuvo la calidad superior en la Delicia, la *Golden*, la *Rome Beauty* y *Gravestein*.

Gutiérrez, según registros del *Boletín* del Congreso de la nación, solicitó al mismo el dragado del salado del Valle y mejores precios para los tomates, de modo que mejoraran las condiciones para los trabajadores del campo. Gutiérrez donó parte de las tierras adquiridas al gobierno para que pudiera pasar el ferrocarril Roca y para hacer escuelas rurales. A pesar de sus actividades como pionero rural, no desistió en la ciudad de su labor médica a nivel privado y operaba con carpa en domicilio. Tampoco abandonó la docencia cuando se lo requería por su experiencia quirúrgica. Además, don Avelino no dejó nunca de estar pendiente de las actividades de la Institución Cultural Española, no sólo como socio cotizante, sino también como uno de los principales benefactores de la institución. Una muestra es la petición que en 1934 le hace el presidente de la Cultural para que contribuya a financiar la estancia del historiador del Derecho José María Ots Capdequí, dado que ese año la Institución había invitado también al filósofo Manuel García Morente, con lo que los fondos previstos a este fin se habían consumido⁶⁶⁸. En todos estos aspectos, diversos entre sí, consideraba Gutiérrez que, como español, estaba “haciendo patria” en América, al tiempo que hacía patria en Argentina.

Avelino Gutiérrez recibió con gran alborozo la proclamación de la Segunda República española, cuyo ideal había ayudado a expandir entre la colectividad como agente de la Agrupación al Servicio de la República, fundada en España por José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala a principios de 1931. El día 19 de abril Gutiérrez envía un telegrama de felicitación a Ortega, Marañón y Pérez de Ayala que concluye con: “¡Viva la nueva España republicana! Efusivo abrazo”⁶⁶⁹. Muestra de este entusiasmo es su participación en la adhesión a la República organizada por el Partido Socialista de Argentina y en el mitin pro republicano que se celebró en el teatro Onrubia de Buenos Aires, en el cual, según *El Diario Español*, se mostró “la unánime adhesión” de la colectividad “al nuevo régimen”. A Gutiérrez, el advenimiento de la República, según dijo en esta reunión, le parecía “un milagro en apariencia”, pero, en realidad, “el fin de un proceso que se venía elaborando”. Por eso reclamaba, para la constitución de una república socialista y federal, que todas las fuerzas políticas que habían hecho posible el nuevo régimen se mantuviesen unidas, porque se estaba ante “el hecho más trascendental de la historia de España después de la Guerra de la Independencia”⁶⁷⁰.

668. Carta del presidente, Luis Méndez Calzada, y del secretario, Raúl Sánchez Díaz, de la Cultural a Avelino Gutiérrez del 23.VIII.1934 (AICE).

669. Telegrama del 19.IV.1931 dirigido a Nicolás María de Urgoiti. Igual de efusivo se mostraba en otro telegrama del 3.VIII.1931 en que felicitaba a Ortega tras su primer discurso en las Cortes Constituyentes (AFJOG).

670. “Con enorme entusiasmo se realizó el mitin de afirmación republicana”, *EDE*, 24.IV.1931.

Avelino Gutiérrez siguió durante estos años con notable interés la evolución de la política republicana. Un buen ejemplo es su artículo “El presupuesto de la República Española debe ser constructivo”, que publicó en *El Diario Español* el 15 de noviembre de 1932. Abogaba por lo que llamaba un “presupuesto de construcción nacional”, que necesariamente tendría que ser deficitario, aunque en años sucesivos se volviera a la nivelación y a la mesura, para poder llevar a cabo políticas sociales, de instrucción pública, de reforma agraria, de mejora de la justicia, de modernización del ejército, de obras públicas. El camino que emprendió la República no convenció a Gutiérrez y recibió con cierta tristeza la pronta disolución de la orteguiana Agrupación al Servicio de la República. La posición de Alejandro Lerroux al alejarse del núcleo duro de los victoriosos del 14 de abril y aceptar el apoyo parlamentario de la Confederación Española de Derechas Autónomas, de José María Gil Robles, tras las elecciones de noviembre de 1933, le causó una gran decepción, hasta el punto de que rechazó la banda de la República que Lerroux quiso ofrecerle, aunque sí aceptó del gobierno republicano la Gran Cruz de Isabel la Católica en reconocimiento de su labor en la Institución Cultural Española. La APE le homenajeó como el *alma mater* de la Institución, “a la que imprimió vigorosísimo impulso, desarrollando la actuación fértil en iniciativas y tesonera para llevar a la práctica los proyectos concebidos”. Y añade la revista de la Patriótica, comentando este evento, que “no sólo dio a esa empresa su gran capacidad intelectual y fuerza ejemplar y comunicativa de su entusiasmo, sino también su ayuda económica, demostrando repetidas ocasiones que la generosidad de su corazón en nada cede a la claridad de su talento”⁶⁷¹.

En 1935 se le nombró miembro honorario de la Academia Nacional de Medicina, de Madrid, al mismo tiempo que a Bernardo Houssay. En varias ocasiones durante estos años republicanos se le pidió que fuese embajador de Argentina en España, pero desestimó el ofrecimiento.

El interés por la política no era algo nuevo en Avelino Gutiérrez, como ya hemos visto. Por sus almuerzos de la calle Rodríguez Peña pasaron personalidades encumbradas del pensamiento y de la política española y argentina de todas las ideologías. Las ilusiones que puso inicialmente en la República eran el reflejo de su labor en Argentina, donde, como miembro del Partido Socialista o a título individual, participó en batallas a favor de los derechos cívicos junto a sus amigos Carlos Pellegrini, Joaquín V. González, Lisandro de la Torre, Nicolás Repetto, Alfredo Palacios, Américo Ghioldi, con quienes compartió sus ideales democráticos. Junto a la familia de los dos presidentes Luis y Roque Sáenz Peña, con los que como hemos visto estaba emparentado, y el Dr. Saavedra Lamas, otro premio Nobel argentino, estos nombres fueron quienes le acompañaron en su austero e insobornable entusiasmo por una sana democracia republicana.

El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 le mostró en su cara más amarga el fracaso de la que él llamaba “revolución española”. A petición de la APE, Avelino Gutiérrez escribió un artículo titulado “Paradoja de términos contrarios” en que se refería

671. “El Dr. Avelino Gutiérrez ha sido condecorado con la Cruz de Isabel la Católica”, *Hispania* 73 (enero de 1924).

al egocentrismo del hombre. Ponía nuevamente por escrito su noción de progreso y bienestar social e individual, que si estaba desvinculado de lo moral y ético representaba un progreso trunco, no integral. Civilización y cultura, en su opinión, formaban parte de ese espacio moral por el que debía transitar la humanidad, porque humanizar y civilizar implicaba una acción humana en común. Lo mismo ocurría a su entender con el progreso científico. Todo progreso podía volverse retroceso si no servía para humanizar la vida. Este lenguaje moralista de Gutiérrez, en el contexto de un nuevo colapso de una Europa carcomida por los totalitarismos, expresaba la amargura de ver cómo pueblos supuestamente civilizados, en los cuales él había confiado por su avance científico y cultural, actuaban como bárbaros para imponer su predominio económico y político sobre el mundo. A pesar de esta tragedia, el empedernido progresista, con su resorte vital optimista, anunciaba que de la gran catástrofe humana europea, de su muerte, se podía esperar un posible renacimiento en el futuro. Concebía los dos fenómenos de horror humano que le tocó vivir, el del 14 y el que se estaba gestando en el 36, como un drama universal, pero no se desmoralizaba pensando en la posibilidad del resurgir de una nueva era de carácter científico, estético, filosófico y moral. En medio de la desorientación generalizada, no descartaba la posibilidad de que su querida Europa pudiera salir del trance con un proyecto más humano para la posteridad. En este sentido acompañaba la propuesta de Ortega de favorecer la unidad europea, y estaba convencido de que en la recuperación del viejo mundo, debería incluirse a España.

Sobre la “revolución española”, tan llena de horrores y vergüenza, pensaba que tendría que conducir a los españoles a hacer grandes reformas. Interpretaba el fracaso de la República sustancialmente como sanción penal, castigo por tantos yerros del pasado por parte de estamentos mayores y menores de la nación. Reafirmaba, siguiendo las denuncias orteguianas de *España invertebrada*, que no había “ningún estamento” que hubiera “dejado de cometerlos”, y le pasaba la factura de errores cometidos a su amada República, que, según él, no había sabido rectificar su camino de violencia y acabó en un cataclismo catastrófico⁶⁷².

Durante la guerra envió medicamentos a ambos frentes y apoyó a la Cruz Roja y a los huérfanos con aportaciones sustanciosas de su bolsillo. Don Isidro Bujones cuenta en una carta a don Francisco Fornieles Gutiérrez que en el año 1937 fue testigo de cómo Avelino Gutiérrez respondió de forma generosa al llamamiento que había hecho el embajador español republicano en Argentina, Ángel Ossorio y Gallardo, para socorrer a los huérfanos de guerra, depositando una importante cantidad de dinero en la Casa del Pueblo⁶⁷³. Además se preocupó de encontrar acomodo en Argentina a algunos de sus amigos españoles como el fisiólogo Pío del Río Hortega⁶⁷⁴ y la pedagoga María de

672. *Hispania* (octubre de 1936), pp. 13-14.

673. Carta del 28.II.1919 conservada en los archivos familiares.

674. La ayuda del Dr. Gutiérrez a Pío del Río Hortega se había concretado ya antes, tras el viaje de este invitado por la Cultural, en varias iniciativas, incluida la donación de dos mil pesetas para la adquisición de materiales para su laboratorio en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Ver, Justo Formentín Ibáñez y María José Villegas Sanz, *Relaciones*

Maeztu, y estuvo al tanto de iniciativas como la de su amigo el doctor Bernardo Hous-say, que recaudó fondos para crear, con sede en París, una Junta Argentina de Ayuda a los Universitarios Españoles.

El triunfo del bando franquista fue para Gutiérrez una nueva decepción, y más cuando vio cómo se festejaba en Buenos Aires entre miembros de la colectividad y que incluso la APE mostraba su adhesión al nuevo régimen. El clima dentro de la colectividad fue, no obstante, tenso porque también fueron llegando a Argentina progresivamente muchos republicanos exiliados. En medio de ese ambiente, el 16 de noviembre de 1939 se celebró el veinticinco aniversario de la Institución Cultural Española, con presencia de autoridades españolas y argentinas, incluido el presidente de la República. Curiosamente la figura de Marcelino Menéndez Pelayo, nombre de la Cátedra creada por la Cultural, cobraba en esta nueva situación política una renovada relevancia por la utilización que de su obra estaba haciendo la dictadura. El doctor Gutiérrez era entonces, por sus conocidas ideas socialistas y republicanas, un incómodo fundador, pero del que no se podía prescindir. Su amigo Ortega y Gasset fue el encargado de hacer en aquel acto la más honesta y sincera reivindicación de su figura, consciente de lo que su obra representaba en las relaciones culturales entre las dos orillas del Atlántico y en la transformación de la imagen de España en Argentina.

En un homenaje en la Patriótica a los socios fundadores de la Cultural el 24 de noviembre del 39, el Dr. Gutiérrez hizo un elogio rotundo de la Junta para Ampliación de Estudios. Eran tiempos en los que no se mencionaba la obra de la misma y en que ésta se había convertido para muchos intelectuales y periodistas del nuevo régimen español en diana de sus diatribas por su, según ellos, maligna pedagogía extranjerizante. Don Avelino hizo en esta reunión referencia al discurso que Ortega y Gasset había pronunciado pocos días antes: “no puedo pasar adelante sin tomar en consideración el símil gráfico con que el gran pensador don José Ortega y Gasset ha esquematizado el origen, trayectoria y eficiencia de la Cultural: símil de un círculo generador y una tangente girando en su entorno, en el que el círculo representa el área cultural de España y la línea que lo va rozando tangencialmente a la Institución Cultural Española”. Y haciendo referencia a la filosofía de Ortega, que en la Facultad él mismo había definido como una filosofía circular sin principio ni fin, Gutiérrez expuso la trayectoria de la Institución en términos similares como un “brote que al girar en torno del círculo de que ha emanado engendra la línea tangencial con las dimensiones que le da el tiempo y que incorporándose al círculo en su girar continuo, adquiriría las enormes dimensiones volumétricas del espacio curvo”. En este espacio cabían no sólo la cultura hispana sino también la argentina, ampliando ambas sus dimensiones por el misterioso efecto de una fecundación cruzada. Estos cruces, que Ortega destacó en las relaciones entre España y Argentina desde tiempos de la conquista, pasando por la emancipación, afirmaba Gutiérrez que

culturales entre España y América..., pp. 175-178, y Álvaro Ribagorda, “La Residencia de Estudiantes y América Latina: Caminos de Ida y vuelta”, *Revista de Indias* 239 (2007), p. 235. Agradecemos a Ribagorda que nos haya facilitado diversa bibliografía en la que aparece Avelino Gutiérrez.

imprimieron e imprimirán en el futuro nuevos caracteres con matices innovadores sobre ambas sociedades. Las palabras de Ortega habían sido claras respecto a la necesidad de seguir trabajando en el futuro para proseguir la obra iniciada por Avelino Gutiérrez en 1912: “somos algo común en todo tiempo -en la hora feliz como en la amarga. Otra cosa fuera poco gallarda y menos perspicaz”. Y en aquellos tiempos adversos para los españoles y europeos, Ortega, dirigiéndose a Gutiérrez, le pasaba la posta a Rafael Vehils, presidente entonces de la Cultural, con estas palabras: “Saber seguir, señores, es virtud pareja a saber guiar”⁶⁷⁵.

Los honores recibidos por las nuevas autoridades españolas y argentinas por la obra de la Cultural le valieron a Avelino Gutiérrez duras críticas del bando republicano, aunque él insistía siempre que aceptaba los mismos no a título personal sino como representante de la Institución. El 26 de julio de 1941, desde el diario *España Republicana*, dejó clara cuál era su posición de profundo rechazo al nuevo régimen instaurado en España. Avelino Gutiérrez era entonces ya un venerable anciano que cosechaba en forma de halagos públicos los frutos de una larga vida de trabajo y dedicación a la colectividad española y a la medicina y a la enseñanza argentina. En 1940 fue elegido miembro de la Academia de Medicina de Buenos Aires y en 1944 la Sociedad Argentina de Cirugía le otorgó el título de “Cirujano maestro”. Por la revista *Hispania* de la APE sabemos que Avelino Gutiérrez no recogió el galardón al encontrarse enfermo; fue representado por su hijo el Dr. Alberto Gutiérrez. Se rememoró en este acto como don Avelino había luchado contra viejas hostilidades y malquerencias, llevando adelante empresas de gran envergadura que, a fuerza de perseverancia y tino, fueron cuajando hasta convertirse en verdadero orgullo de la colectividad en América. “Hoy mismo -dice la revista-, españoles de mérito profesan diversas ciencias en distintas universidades de la nación, y, en los *Anales* de la Institución Cultural Española, se registra [...] esta presencia del profesorado hispano en las casas de estudio de mayor prestigio de la República”⁶⁷⁶.

El acto reflejó con sinceridad la admiración y simpatía que producía Avelino Gutiérrez, a pesar de llevar ya varios años retirado. Estuvo presidido por los presidentes de la Sociedad de Cirujanos, Dr. José M.^a Del Río; de la Academia de Cirugía, Dr. Pedro Jáuregui; de la Sociedad Argentina de Cirugía, Dr. Arnaldo Caviglia; y los doctores Marcelino Herrera Vegas, Valentín Girardi, Ángel Gutiérrez, Ignacio Z. Villafañe, y Carlos Fernícola, quien quiso expresar su “gratitud por las sabias enseñanzas impartidas a la juventud universitaria argentina, con el ejemplo que dio como hombre de bien y de trabajo, como investigador infatigable y como caballero”⁶⁷⁷.

675. “Brindis en la Institución Cultural Española de Buenos Aires”, en *Obras completas...*, tomo V, pp. 441-450.

676. “Los españoles en la docencia argentina. Se otorga al Dr. Gutiérrez el título de «Cirujano Maestro»”, *Hispania* (2.^a época). Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 198 (enero de 1945).

677. “Fue otorgado el título de Cirujano Maestro al Dr. Avelino Gutiérrez”, recorte de prensa sin referencia exacta (ANM).

Mas Avelino Gutiérrez no dejó de trabajar durante los que serían los últimos años de su vida, y puso en marcha iniciativas nuevas como el Instituto Politécnico de Cultura y la Asociación de Protección al Inmigrante Español⁶⁷⁸. Esta entidad, que ofreció un extenso programa educativo para los más necesitados, algunos de los cuales no sabían ni leer ni escribir, demostraba la conciencia social de este activo miembro del Partido Socialista. Era otro tipo de formación del ciudadano muy distinta a la de la Cultural. En la nueva iniciativa se dictaron cursos preparatorios de dactilógrafos, corresponsales, secretariado, comercial, tenedor de libros, radio-telegrafistas, técnicos de radio, dibujantes, mecánicos, contadores, sastres, corte y confección, etc.

El Dr. Gutiérrez también siguió publicando. Un ejemplo es el importante artículo “La anatomía, como modelo práctico para la enseñanza de las demás ciencias médicas”, en el que expone su modelo pedagógico de la cirugía, que apoya tanto en un profundo conocimiento teórico como en la habilidad práctica, y que desemboca en la necesaria síntesis tras del análisis de las partes:

En toda ciencia -escribe-, y en cualquier parte o proceso de la misma, hay una inmensa variedad de elementos que, coordinados y armonizados, constituyen *un todo unitario*, por lo que, para tomar conocimiento de esa ciencia, de cualquiera de sus partes, o de un proceso que pasa en ella, hay que proceder, primero, a analizar y, después, a sintetizar; primero, a estudiar los detalles y, después, a armonizarlo en un todo, orientándose hacia la finalidad que cumplen así como al principio que une a los elementos tan dispares, en vista a esa finalidad⁶⁷⁹.

En 1945, falleció abruptamente en Bariloche su hijo Alberto, médico prestigioso y vicepresidente en ejercicio de la Cultural, lo que fue un duro golpe para don Avelino. Recuerda una hija suya que la pérdida de su hijo Alberto a los 52 años, en la cima de sus triunfos médicos y en la plenitud de su vida, terminó por destruir la de don Avelino. Pero había otro elemento perturbador. El país entraba en la pendiente de su declive científico, político y económico que desembocaría en el peronismo, el cual echaría de la cátedra a profesores y profesionales que no comulgaban con sus ideales. Antes de morir, Avelino Gutiérrez, tomando conciencia del gran cambio que se avecinaba, reunió a sus hijos para advertirles que les esperaban años terribles, casi catastróficos. Su legado para hijos y nietos fue el de cultivar una educación y una familia sana, honesta, correcta, digna moralmente, para afrontar los tiempos adversos de la patria. A su hijo médico Elías, le pidió que conservara alto el nombre del Hospital Gutiérrez, por el cual se ofreció un altísimo precio por su reputación. Todavía el apellido Gutiérrez es un linaje reconocido entre los médicos.

678. En un folleto denominado *Ejecutoria, nobleza y recordación del Dr. Avelino Gutiérrez*, del año 1958, Ignacio Vázquez Maza ofrece un bosquejo de la obra del Instituto Politécnico Hispano Argentino y de la Asociación de Protección al Inmigrante Español.

679. *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina*, tomo III, Buenos Aires, 1940, pp. 343-362. La cita en p. 345.

A finales de febrero de 1946 moría Avelino Gutiérrez. Su brillante vida cultural y científica se cerraba con un entierro íntimo sin autoridades nacionales ni discursos retóricos de propaganda franquista. Sí estuvo presente la plana mayor del Partido Socialista y una nutrida representación del mundo médico argentino y de la colectividad española. Los influyentes diarios porteños *La Nación* y *La Prensa* recogieron la noticia de su fallecimiento y elogiaron las múltiples facetas de su vida científica y filantrópica, y especialmente su carrera como médico: “su personalidad, su obra, su ciencia, su pulso firme, su aptitud de resurrector de desahuciados”, en palabras de *La Nación*, y “su libérrimo hispanismo”⁶⁸⁰.

Su discípulo Jorge Thenon rememoró su severa pedagogía médica y cómo adiestraba a sus alumnos con su arte extraordinario del bisturí, “que no he visto repetirse -decía- ni siquiera en las escuelas europeas más afamadas”. Con lenguaje sobrio y cortante, recordaba el discípulo, la enseñanza surgía de sus labios, descarnada y limpia, con rigor lógico, exactitud y precisión. Según Thenon, todos reconocían que Gutiérrez había abierto nuevos rumbos con sus lecciones e investigaciones sobre la anatomía de los miembros y las regiones profundas de la cara y el cuello. Estas enseñanzas, añadía:

construyen un monumento imperecedero de la ciencia anatómica argentina [...]. Gutiérrez no concebía al teórico puro: enseñaba investigando y aprendiendo a su vez con honestidad y una modestia inigualada, en una escuela donde la jactancia y el orgullo solían estar en la eficiencia pedagógica. Cuando la improvisación y el verbalismo se enseñoreaban de la enseñanza, una lección de Gutiérrez era un oasis donde la joven inteligencia reposaba y se nutría. Nunca enumeraba citas de autores con verbosidad erudita. Jamás hablo de sí mismo. Apelo al recuerdo de mis condiscípulos y a los miles de alumnos que desfilaron por la cátedra. Ellos dirán conmigo que en aquellos años la enseñanza alcanzó su mayor esplendor y que a pesar de su extremada severidad y rigidez no hubo entonces maestro más amado que Avelino Gutiérrez⁶⁸¹.

El mismo día que se anunciaba su sepelio en la Recoleta, la prensa daba la noticia de que los discípulos de Pío del Río Horta, muerto el año anterior, colocarían en su bóveda, en el mismo cementerio, una placa de homenaje al celebre histólogo, a quien Gutiérrez le había montado un laboratorio en la sede de la Cultural. Con estas dos figuras íntimamente conectadas por su labor científica, desaparecía una generación de españoles que habían dejado su huella profesional en médicos argentinos de renombre, y que habían sido protagonistas de la obra de la Institución Cultural Española.

680. “Falleció el Dr. Avelino Gutiérrez”, *La Prensa*, y “Dr. Avelino Gutiérrez, falleció ayer en esta capital”, *La Nación*, 27.II.1926.

681. “Avelino Gutiérrez”, recorte sin fecha exacta y sin locación, fechado como de febrero de 1946 en los archivos familiares.

Al longevo historiador Rafael Altamira, incitador a principios de siglo de la labor hispanoamericanista que luego llevó a cabo la Cultural, todavía le dio tiempo a reconocer elogiosamente la trayectoria de Avelino Gutiérrez. Destacaba sus cualidades de hispanoamericanista práctico, que para Altamira era rasgo propio y positivo del que inmigra y de la iniciativa particular de los indianos. Según Altamira, “tenía el doctor Gutiérrez bastante para considerar en el fondo de su conciencia que ha cumplido ampliamente su deber de patriota y que en el balance entre él y España no es él quien adeuda. Importa ahora que la opinión pública de nuestro país se entere de esto. No basta que lo sepan unos cuantos, profesionales o favorecidos. Es preciso que lo sepa el país entero y que de él salga —mejor que de los poderes públicos— el necesario testimonio de gratitud que nace de un claro conocimiento de la obra cumplida por patriotas como Gutiérrez, que sienten el prestigio de España como algo sagrado en cuyas aras todo culto es poco”⁶⁸².

682. “En torno a la figura del Dr. Avelino Gutiérrez”, *Hispania* (marzo de 1946).



Capítulo VIII

Periodismo, patriotismo «regional» y estrategias de liderazgo: Fortunato Cruces, José R. Lence y los gallegos de Buenos Aires (1900-1936)

Xosé M. Núñez Seixas

Universidade de Santiago de Compostela.

La colectividad gallega de Buenos Aires era, a la altura de la Primera Guerra Mundial, un entramado densamente articulado de asociaciones, periódicos y espacios de sociabilidad formal e informal lo suficientemente tupido como para conformar un polo de referencia para las dinámicas de movilización sociopolítica y cultural en la Galicia europea, buena parte de cuyas iniciativas más innovadoras se generaron allende el mar. La *Galicia porteña* fue considerada por buena parte de los observadores contemporáneos, al menos hasta la Guerra Civil, como el núcleo motor del cambio y del progreso, y en cierto modo como la auténtica capital en términos mentales y colectivos, de amplias zonas de la Galicia rural y semiurbana. Y esto era así, fundamentalmente, por tres razones.

En primer lugar, y ante todo, porque la capital argentina era, en muchos aspectos, una suerte de metrópoli *gallega*. No menos de 140.000 personas nacidas en Galicia residían en 1914 en Buenos Aires, lo que era tanto como decir que la urbe porteña era la primera ciudad *gallega* del mundo, seguida de La Habana, A Coruña y Montevideo. Ese alto número de inmigrantes gallegos suponía alrededor del 8-10% de la población total de la capital federal en 1914, porcentaje que se incrementaba al 13% en *partidos* limítrofes con ella, como Avellaneda. Si algo más de la mitad del contingente de españoles inmigrado a la Argentina estuvo integrado, según diversas estimaciones, por personas procedentes de Galicia, ese porcentaje podía ser ligeramente superior en la capital, y alcanzar el 68-75% en zonas como Avellaneda. Se trataba de una concentración espacial que no tenía parangón en la propia Galicia, máxime si se tiene en cuenta que la presencia de los inmigrantes galaicos dentro de Buenos Aires era particularmente visible en una serie de barrios del centro y centro-sur de la capital (Centro, Montserrat, Constitución, Barracas al Norte...) ⁶⁸³.

683. Para una síntesis actualizada, Pilar Cagiao Vila y Xosé M. Núñez Seixas, *Os galegos de Ultramar. II. Galicia e o Río da Prata*, Arrecife Eds. Galegas, A Coruña, 2007, así como Ruy Farías (ed.), *Buenos Aires gallega. Inmigración, pasado y presente*, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

En segundo lugar, porque la comunidad de inmigrantes gallegos de Buenos Aires era una de las mejor organizadas del mundo, sólo superada en aquel momento (1914) por la de La Habana; pero no diez años después, cuando el dinamismo e influencia de la Galicia porteña había superado en mucho a la de la Galicia habanera. Muestra de ello era la pujanza del tejido asociativo formado por los inmigrantes gallegos, que ascendió entre 1900 y 1936 a más de 350 entidades de ámbito parroquial, municipal y comarcal —sumadas de modo cumulativo: en 1926 eran 146— cuyos objetivos eran polivalentes, tanto políticos como recreativos y mutualistas⁶⁸⁴. Ese entramado se complementaba a su vez con la existencia de una gran institución mutualista, el Centro Gallego de Buenos Aires, que desde su fundación en mayo de 1907 y su transformación paulatina en una entidad dedicada preferentemente a los servicios de salud desde la reforma de sus estatutos en 1911, se erigió en un serio rival del Hospital Español y llegó a contar 70.000 asociados en 1941, de los que unos 28.000 eran argentinos de nacimiento. Pero no sólo era el Centro Gallego. Junto a él, aunque sin prestar servicios mutualistas en la misma medida, estaban la Casa de Galicia fundada en 1918, el Hogar Gallego constituido en 1924, o la Federación de Sociedades Gallegas nacida en 1921, que agrupaba a más del 50% de las entidades microterritoriales o también llamadas *sociedades de instrucción*. Una multiplicidad de lugares de sociabilidad, veladas teatrales, fiestas bajo techo o *pic-nics* campestres a las orillas del Río de la Plata durante los meses de verano testimoniaban la existencia de una colectividad que expresaba de modo visible sus signos de identidad, en mayor o menor armonía y complementariedad con su adscripción identitaria al conjunto de la colectividad española.

Aunque sólo uno de cada cuatro emigrantes gallegos varones en edad adulta formaba parte de alguna asociación, ese porcentaje de implantación de las asociaciones gallegas de Buenos Aires podía ser mucho más alto en el caso de entidades comarcales o parroquiales. Y se trataba de un grado de articulación de una *sociedad civil* galaica que sólo tímidamente hallaba un parangón en el proceso de expansión del societarismo agrario en la Galicia anterior a 1930, fenómeno en el que los recursos materiales e inmateriales enviados desde América, tanto de forma individual como colectiva, y tanto a través de retornados y remesas como del tráfico de ideas y estímulos transmitidos por la prensa y la publicística, jugaron un papel en muchos casos pionero y en otros fundamental⁶⁸⁵.

En tercer lugar, y de modo complementario al punto anterior, en Buenos Aires se publicaba prensa, literatura y publicística gallega, tanto en lengua gallega como —de

684. Ver Xosé M. Núñez Seixas, "A parroquia de alén mar: Algunhas notas sobre o asociacionismo local galego en Bos Aires (1904-1936)", *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades* 11 (1999), pp. 345-379, e Id., "La récreation de la paroisse: les immigrants galiciens à Buenos Aires (1900-1940)", *Hommes et Migrations* 1256 (juillet-août 2005), pp. 6-24.

685. Ver Xosé M. Núñez Seixas, "Révolutionnaires ou conformistes? L'influence socio-politique de l'émigration américaine de retour en Galice, 1900-1936", *Studi Emigrazione / Migration Studies* 134 (1999), pp. 283-308, así como Id., *Emigrantes, caciques e indianos. O influxo sociopolítico da emigración transoceánica en Galicia, 1900-1930*, Eds. Xerais, Vigo, 1998.

forma mayoritaria— en lengua castellana. Desde allí se reflexionaba en voz alta y en letra impresa sobre el futuro de Galicia y de España; se lanzaban ideas para ser aplicadas en el país de origen, y se elaboraban proyectos y utopías producto, por un lado, de la recepción más o menos diferida de los estímulos recibidos desde Europa y, por otro lado, de la interacción de esos impulsos con las influencias político-ideológicas y culturales que los inmigrantes asimilaban en Buenos Aires. Era una prensa, además, que jugaba un papel más que significativo en la dinámica sociopolítica de la Galicia de aquende el mar, y que constituía asimismo un espacio de expresión de las elites políticas y culturales emergentes de la misma, cuando no un lugar de primera socialización profesional durante su período de emigración. Muchos líderes políticos y sindicales, intelectuales y periodistas de la Galicia de entreguerras se *formaron* en América, fuese en Buenos Aires o en La Habana y Montevideo.

La capital argentina se convirtió en un lugar de emigración al que no sólo llegaban campesinos más o menos iletrados, pescadores o jornaleros, aunque éstas eran las categorías que nutrían la gran mayoría del contingente inmigrante galaico. También arribaban al Río de la Plata jóvenes *bachilleres* de clase media venidos a menos que, como caricaturizaba irónicamente en 1899 Francisco Grandmontagne, cruzaban el Atlántico provistos de cartas de recomendación para intentar hallar un hueco en el periodismo, en la política o en los círculos profesionales argentinos⁶⁸⁶. Esos profesionales, bachilleres y “pasajeros de segunda clase” estuvieron presentes en el colectivo inmigrante español y gallego desde mediados del siglo XIX, con un cierto repunte a partir del fracaso de la Primera República en España (1873-74), y continuaron llegando a lo largo de las cuatro décadas siguientes. Acostumbraban a presentar un perfil autodidacta, y después de trabajar un tiempo como empleados, dependientes de comercio u otras ocupaciones, obtenían un título universitario o ingresaban en las redacciones de periódicos y semanarios argentinos. Y jugaron un destacado papel como elite que modulaba los proyectos identitarios del colectivo inmigrante, elaboraba una idea de la patria (o las patrias) de origen en la distancia y a la vez un imaginario de la comunidad inmigrante en el país de recepción.

Esa estrategia de liderazgo del colectivo inmigrante suponía para los *expatriados* una inversión en direcciones complementarias. A la vez que reforzaba su capacidad de mediadores entre la sociedad de acogida, su papel de líderes étnicos les posibilitaba una función representativa que podía contribuir a su ascenso social dentro de esta última. Pero también les convertía en puntos de referencia hacia la patria de origen, a diversos niveles (local, regional o estatal), muchas veces de modo complementario. De modo particular

686. Ver Francisco Grandmontagne, “El bachiller”, *Caras y Caretas*, II: 28, 15.4.1899; en el mismo sentido, caricaturizando lo que el autor denominaba inmigración burocrática de profesionales, periodistas y funcionarios que pasaban de los cuarenta años, Ricardo Gálvez Encinar, “Mitad en serio, mitad en broma”, *España*, Buenos Aires, 28.VI.1908, pp. 92-94; o la denuncia de los ufanos y poco preparados hijos “de la clase media pobre de nuestra nación” que llegaban a Buenos Aires en búsqueda de colocación en José M^a Salaverría, *A lo lejos. España vista desde América*, Renacimiento, Madrid/ Buenos Aires, 1913, pp. 103-106.

tras la pérdida de las últimas colonias españolas en 1898, los periodistas, intelectuales y profesionales gallegos expatriados, al igual que el resto de los españoles, se arrogaron la función de ser mejores intérpretes de los males de la patria que los connacionales de aquende el mar. Su interpretación, deudora del regeneracionismo y del republicanismo, pasó por una autopercepción de ser depositarios de un potencial de renovación de las energías ocultas de la patria (grande o pequeña). En buena parte, esa percepción tenía origen en su autoimagen de hombres forjados a sí mismos, libres de las ataduras de un sistema caciquil y dominado por el *oscurantismo* político y religioso, y en los que la experiencia de la emigración había operado como una suerte de agente de selección social, en un darwinismo *avant la lettre*⁶⁸⁷.

La elite profesional y de *bachilleres* se alió con las elites inmigrantes favorecidas por el ascenso económico, fusionándose también en el ámbito privado a través de negocios y matrimonios, y estuvo en el origen de las primeras instituciones representativas de la colectividad gallega, como lo había estado en las de la comunidad española. Su vehículo de actuación privilegiado fue la prensa, aunque también se expresó a través de la literatura, tanto novelística como teatral, la oratoria y, andando el tiempo, las tribunas radiofónicas. Presentó perfiles diversos entre 1870 y 1930, y estuvo compuesta de diversas capas generacionales, que se fueron diversificando políticamente y sufrieron igualmente distintos influjos político-ideológicos. Para el caso gallego, podemos distinguir una primera fase (1873-95) en la que predominaron los *expatriados* republicano-federales de orientación más o menos regionalista liberal, y que estuvieron en el origen del primer Centro Gallego de Buenos Aires (1879-1892), así como de varios de los Orfeones galaicos de la década de 1890 y las primeras publicaciones dirigidas a la colectividad gallega (*El Gallego*, 1879; *Revista Galaica*, 1880, y *El Eco de Galicia*, 1892). Eran hombres como los periodistas Manuel Barros (1844-1885), César Cisneros Lucas (1849-1897), Bernardo Barreiro de Vázquez Varela (1850-1904), Manuel Castro López (1860-1926) y José M^a Cao Luaces (1862-1918), además del notario Ricardo Conde Salgado (1853-1938), el historiador residente en Entre Ríos Benigno Teijeiro Martínez (1846-1925) y el bibliotecario católico Bernardo Rodríguez Ribeira (1853-1924). En todos ellos se operó un proceso de progresiva moderación política tras su arribada a la Argentina. La búsqueda de un nuevo ideal interclasista que aglutinase a la mayoría de los inmigrantes en torno a sus proyectos les llevó a profesar, junto a un republicanismo de perfiles cada vez más moderados, una cercanía tácita al regionalismo gallego. Y concibieron una serie de postulados resumibles en la necesidad de regenerar política, social y culturalmente Galicia, que a su vez incluían una carga vindicativa del *buen nombre* de la *región*, tanto hacia dentro —para combatir los prejuicios y estereotipos negativos asociados con el gentilicio *gallego*, presentes en la Argentina desde el final de los tiempos coloniales— como hacia afuera —para reclamar de los poderes públicos españoles una mayor atención hacia la situación de Galicia, cuyo atraso socioeconómico y cultural se imputaba a los males del caciquismo y el centralismo.

687. Cf. Ángel Duarte, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Milenio, Lleida, 1998.

Esos principios básicos fueron compartidos por la siguiente capa de expatriados y *bachilleres*, entre ellos el republicano Manuel A. Bares Giráldez (1855-1945) o el pedagogo Ignacio Ares de Parga (1855-1922), promotor de la Liga Republicana Española en la Argentina en 1903, así como el periodista Julio Carballo Enríquez (1861-1928), el también periodista regionalista Miguel Revestido Rodilla (1892-1938) o el igualmente regionalista y que sería periodista de *La Nación* Xaquín Pesqueira. Todos ellos conocieron en mayor o menor medida la influencia del *regeneracionismo hispanoamericanista* y oscilaron entre un republicanismo inicial y el regeneracionismo tardío; y en su mayoría otorgaron gran valor al potencial renovador de la educación como auténtica savia vivificadora del cuerpo de la nación. Si la instrucción escolar contribuiría a erradicar el caciquismo mediante la creación de nuevos ciudadanos *conscientes* desde la más tierna infancia, mediante su formación cívica, y los capacitaría para invertir sus energías en el progreso de la tierra de origen, la difusión del espíritu cívico redimiría a Galicia de sus tribulaciones y le otorgaría un papel director dentro del conjunto hispánico, gracias en buena parte a la influencia de sus potentes comunidades emigradas.

Dos periodistas y un destino ultramarino

En esa segunda generación se incluyeron dos personajes polifacéticos, pero que desarrollaron su actuación fundamentalmente en el campo de la prensa *étnica*. A pesar de llegar al Río de la Plata con no mucha distancia temporal (uno arribó con quince años de edad primero a Rosario, en 1885; otro llegó a Montevideo con veintiún años, en 1894), y de pertenecer a la misma generación, representaron dos maneras en parte distintas de enfocar las estrategias de liderazgo en el interior de la colectividad gallega inmigrante; promovieron opciones político-ideológicas no siempre coincidentes, sobre todo a partir de 1914; y, en fin, dieron su apoyo a iniciativas de diferente calado en lo referente a la articulación institucional de la colectividad inmigrante. Se trataba, por un lado, del periodista José R. Lence (1874-1951), director del semanario *Correo de Galicia* desde su fundación en 1908; y por otro lado del *procurador* y abogado Fortunato Cruces (1870-1961), gran alentador y director del también semanario *Nova Galicia* desde octubre de 1901, e incluso por un breve tiempo (1914) del diario *La Colonia gallega*. Mientras que el primero fue el gran inspirador de la fundación del Centro Gallego a partir de un artículo publicado en el periódico *El Diario Español* en noviembre de 1906, y mantuvo de forma permanente su opción por una gran institución que agrupase al conjunto de la colectividad, el segundo fue uno de los más activos promotores de la constitución de decenas de sociedades *de instrucción* a través del apoyo prestado desde su actividad periodística, publicística y oratoria, además de literaria. Y mientras que Lence demostró una obsesión casi permanente por prestigiar el buen nombre de Galicia ante los círculos *respectables* de la sociedad argentina, abrazando una opción antiobrera y poco amiga de las veleidades populistas, Cruces cultivó un populismo folclorizante que le acercaba más, al menos en teoría, a los sectores más subalternos de la colectividad inmigrante.

Ambos periodistas, en fin, representaron de modo nítido la no siempre fácil convivencia entre un proyecto identitario —el de una Galicia *fuerte* y *consciente* dentro de una España que seguía siendo vista como una nación— interclasista y de perfiles comunitarios, y unos posicionamientos políticos ante la realidad gallega cambiantes, pero que del regeneracionismo inicial se trocaron en una deriva cada vez más conservadora, patente en el caso de Cruces desde el advenimiento de la dictadura de Miguel Primo de Rivera en 1923, y en el caso de Lence desde la proclamación de la Segunda República en 1931. Esa deriva se vio reforzada desde la irrupción con fuerza en la década de 1920 de una nueva generación de líderes societarios y de intelectuales, periodistas y profesionales gallegos que abrazaban principalmente dos credos: el socialismo y el nacionalismo gallego, y que superaron claramente a la “vieja generación” representada por Cruces y Lence por la izquierda y por la vía del abandono del regionalismo populista a favor de un nuevo proyecto nacional en el que Galicia era el sujeto de derechos políticos colectivos, y el gallego la lengua de expresión más o menos preferente. En 1936, ambos personajes pusieron su pluma al servicio de la causa del bando insurgente en la Guerra Civil española.

Los dos periodistas compartían un mismo origen étnico, pero tenían distintas procedencias sociales y culturales. José Ramón Lence —que siempre firmó como José R. Lence, en parte para ocultar su condición de hijo de madre soltera— nació en la ciudad de A Coruña, pero estudió en la villa lucense de Monforte de Lemos en una institución eclesiástica de gran arraigo local. Ya en su primera juventud empezó a descollar como periodista en la propia Galicia, publicando varios artículos en periódicos locales. A los veinte años, después de ver frustrada una incipiente carrera política, resolvió emigrar a América, dirigiéndose en primer lugar a Montevideo. En 1905 Lence se trasladó de manera definitiva a Buenos Aires para incorporarse a la redacción de *El Diario Español*, periódico fundado por Justo López de Gomara. Pero el recién llegado deseaba tener su propio espacio de actuación. De este modo, y tras haber tenido un gran éxito en su campaña para promover la constitución del Centro Gallego en mayo de 1907, en 1908 Lence pasó a fundar su propio semanario, *Correo de Galicia*, aunque coeditado con varios socios —como el también periodista José Vázquez Romaguera—. La nueva cabecera se convertiría en el periódico gallego de mayor difusión en Sudamérica, y salió a la calle sin interrupción desde su fundación hasta 1946. En este año cambió su denominación por *Nuevo Correo*, título que se mantuvo hasta la muerte de su director en 1951.

Lence fue un personaje ambivalente y de actitudes políticas sumamente cambiantes, cuando no volubles. En un principio, profesaba un regeneracionismo entusiasta fuertemente teñido de catolicismo social, que lo llevó a simpatizar claramente con el maurismo español, al menos hasta los años de la Primera Guerra Mundial. En los primeros años veinte, desengañado ante el fracaso de toda tentativa para reformar el régimen de la Monarquía parlamentaria española desde arriba, y después de un viaje a Galicia, Lence mantuvo un fugaz idilio político con el nacionalismo gallego, y durante los años de la dictadura de Miguel Primo de Rivera se colocó claramente en oposición a la misma. A lo largo de la década de 1930, y particularmente desde 1932, Lence experimentó un desapego creciente respecto al régimen republicano español, culminado con su alineamiento

con el bando franquista en 1936. El sentir mayoritario de la colectividad gallega durante la década de 1940, favorable a la causa republicana, redujo el protagonismo de Lence y lo marginó en posiciones casi testimoniales⁶⁸⁸.

José R. Lence fue, no obstante, un actor político y publicístico multifuncional e hiperactivo. Además de periodista y orador en los diversos actos de la comunidad inmigrante, también cultivó el teatro para consumo interno de la colectividad gallega, como el muy representado monólogo *Pedro da Portela*. Con todo, la mayor parte de su obra literaria —de la que sólo conservamos los títulos, en la mayoría de los casos— se encuentra escrita en castellano. En ella no sólo trataba temas costumbristas, sino que intentaba abordar cuestiones de cierta actualidad y desarrollar en forma alegórica debates que eran de interés para el conjunto de los inmigrantes. Fue el caso de la zarzuela *La galleguita* (1914, en coautoría con Ramón Fernández Mato), en la que se recreaba el reencuentro con Galicia de los emigrados a través del enamoramiento entre un hijo de *americano* retornado y una hermosa moza galaica⁶⁸⁹. También fue el caso de las obras *La Conquista de América* (1914), *Rosiña de Belesar*, *El almacenero*, *Gente de Casa* (1915) y *Luz de Aurora* (1917). En esta última pieza se abordaba el debate de la concesión automática de la doble ciudadanía a los inmigrantes, de actualidad en la esfera pública argentina tras la victoria electoral del Partido Radical en 1916, posicionándose a favor de la ampliación del derecho de sufragio a los inmigrantes⁶⁹⁰.

Fortunato Cruces Angueira era natural de Lestrove (A Coruña), localidad cercana a Padrón, donde todavía conoció de niño a la poetisa Rosalía de Castro. De orígenes campesinos más o menos acomodados, el joven Cruces emigró por primera vez a la Argentina en 1885, con quince años, dirigiéndose primero a Rosario. Allí desempeñó, como cualquier emigrante de su edad, diversos oficios en periódicos y comercios, a la par que cuidaba de su formación educativa, hasta que entró como pasante en la *escribanía* (notaría) de un abogado porteño y, tras cursar los estudios correspondientes, se convirtió en *procurador* con matrícula. Fundó en Barracas al Norte el semanario *La Justicia*, y colaboró en diversos medios de la colectividad gallega y española de Buenos Aires y Montevideo. Cruces era un hombre de origen rural, más populachero y folclorista que Lence, y más cercano a la mentalidad y valores de los inmigrantes del común. No por ello, sin embargo, descuidaba sus relaciones sociales en el seno de la colectividad gallega: participaba así en las veladas literarias, suerte de “grupo distinguido, que actuaba ante los acontecimientos colectivos de 1900 y se reunían y deliberaban”, que el médico compostelano Ángel Anido, presidente de la Asociación Patriótica Española (APE) entre 1900 y 1901, celebraba en su céntrica consulta, a las que asistían profesionales y hombres de

688. Ver la propia autobiografía de José R. Lence, *Memorias de un periodista*, Centro Difusor del Libro, Buenos Aires, 1945.

689. José R. Lence y Ramón Fernández Mato, *La galleguita. Zarzuela en un acto. Música del Maestro Padilla. Estrenada con gran éxito en el Teatro de la Comedia la noche del 22 de Octubre de 1914*, Imprenta “La Aurora”, Buenos Aires, 1914.

690. Ver J. R. Lence, *Memorias...*, pp.147-150 y 202-205.

negocios gallegos⁶⁹¹. En 1907, cuando el periodista gallego inmigrado Andrés Martínez Morás reunía en un libro las biografías de los personajes que “proyectan luz esplendorosa en el ceniciento círculo de la colectividad”, unidos por un anhelo común de buscar el “bien para la pequeña patria”, incluía dentro de ese selecto grupo a Cruces (y todavía no al recién arribado Lence), junto al ya venerable José M^a Cao Luaces⁶⁹².

Cruces era, con todo, mucho más propenso a la acción y al cultivo de la *morriña* como vínculo comunitario que el resto de sus compañeros en la elite galaica. A lo largo de la década de 1890 mantuvo colaboraciones en varios periódicos argentinos, gallegos (*Eco de Galicia*) y españoles (*Páginas de España*); en 1893 dirigió por breve tiempo en la capital argentina la revista *El río Sar*; y en 1895 cofundó el fugaz Centro Galaico de Barracas al Norte, cuyas notificaciones oficiales redactaba en gallego, junto con el también inmigrante natural de O Grove (Pontevedra), periodista local —con el pseudónimo *Pito de Vasco*— y después colaborador habitual del Centro Gallego de Avellaneda Idilio Pájaro Nieves, quien a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX fue el auténtico “intelectual” y alma máter del boletín de aquel Centro.

En 1898, Cruces participó en la fundación del primer *Correo de Galicia*, de cuya redacción fue miembro hasta 1900. Compañeros suyos en esa empresa fueron Juan González Montenegro (1864-?), un novelesco periodista natural de Noia (A Coruña) que había emigrado a Cuba en 1875, y que había residido en la isla caribeña hasta principios de 1898, donde había fundado varios periódicos, se había batido en duelo en diversas ocasiones y había ejercido como comandante de una partida de guerrilleros españolistas que combatía a los insurrectos cubanos; y Antonio Paredes Rey (1856-1918), juez de Paz de Avellaneda, personaje de gran peso en la política local y alma máter del Centro Gallego fundado en aquel partido en 1899 —como muestra Ruy Farías en este mismo volumen—. Quizás gracias a los recursos allegados por tan influyentes amistades, en octubre de 1901 Cruces pudo fundar un periódico enteramente de su dirección y propiedad, *Nova Galicia*, bilingüe aunque con predominio del castellano, y que tendría continuidad —pese a sufrir grandes interrupciones durante la década de 1930— hasta 1940⁶⁹³. Su difusión, particularmente durante las dos primeras décadas del siglo XX, fue más que notable. En 1906 contaba con la respetable cifra de cinco mil suscriptores, que se mantuvo estable en los años siguientes, pero que nunca fue suficiente para consolidar un proyecto de diario que pudiese hacer sombra al único periódico diario con que contó la colectividad española (*El Diario Español* desde 1905). Sólo hacia 1917-18, según varios indicios, el periódico de Cruces fue eclipsado por el *Correo de Galicia* de José R. Lence, más moderno —y menos personalista— en diseño y contenidos.

Al igual que Lence, pero con más profusión, Cruces fue un cultivador habitual del género teatral, y escribió varias obras tanto en lengua gallega como castellana, que goza-

691. *Nova Galicia* (en adelante, *NG*), Buenos Aires, 14.XI.1929, pp. 1-2.

692. Andrés Martínez Morás, *Siluetas. Primera serie*, Imprenta A. Arias Lantero, Buenos Aires, 1907.

693. Para un perfil biográfico de Cruces, ver Avelino Díaz, “Fortunato Cruces Decano de los Periodistas Gallegos en América”, *Galicia Emigrante*, 4, octubre 1956, pp. 23-24.

ron de gran popularidad entre la colonia galaica de Buenos Aires. Incluso su hijo Ignacio Cruces, fallecido prematuramente, fue un autor prolífico de obras teatrales en lengua gallega. En esas obras, además de hacer gala de un costumbrismo tendencialmente arcaizante, se pasaba revista a algunos de los problemas sociales más acuciantes de la Galicia rural de su tiempo, en particular el caciquismo y la emigración. Sin embargo, el enfoque era notoriamente más conservador y moralizante en sentido católico que en el caso de Lence⁶⁹⁴.

La patria lejos del terruño

Tanto Cruces como Lence compartían una serie de planteamientos comunes, lo que podemos denominar una *matriz discursiva* de carácter prepolítico, y que constituía a su vez una serie de postulados comunes a todos los representantes y líderes en sentido amplio de la colectividad inmigrante gallega de Buenos Aires. Exponentes de una prensa *étnica* de vocación comunitaria, su propósito explícito era reforzar los lazos de solidaridad interclasista entre los inmigrantes gallegos de Buenos Aires (y de toda la Argentina), robustecer en lo posible su articulación institucional mediante la constitución de asociaciones potentes, defender el prestigio y *buen nombre* de los gallegos como colectivo ante la opinión pública argentina y ante los poderes del Estado austral, y presentarse como intermediarios ideales entre los supuestos *intereses generales* del colectivo inmigrante, la política exterior española y las autoridades argentinas. Ese barniz comunitario que impregnaba su discurso y actuación no siempre ocultaba sus simpatías explícitas por bandos políticos concretos, por tendencias ideológicas presentes en la política española, e incluso por personalidades de la escena política gallega y española. Al mismo tiempo, se trataba de una prédica interclasista, pero que tenía claros límites.

Postulado crucial del discurso comunitario de Lence y de Cruces era la defensa de la *dignidad* de Galicia en términos tan genéricos como grandilocuentes, la asunción de que los inmigrantes gallegos constituían un colectivo específico dentro del conjunto hispánico, cimentado en una Historia común y una etnicidad diferencial, y una denuncia permanente de la situación de postergación socioeconómica del país, de lo que la *lacra* de la emigración sería una prueba adicional. Ese lamento —lo que en la historiografía gallega se conoce como *síndrome da aldraxe* o síndrome del ultraje— era común a publicaciones y actores políticos de muy distinta ubicación partidaria. No obstante, y aunque podía alcanzar tonos de cierta estridencia retórica, la consecuencia última de todo este discurso no era la negación de la españolidad de Galicia, sino todo lo contrario: la defensa del papel director y protagonista que a Galicia, entendida unas veces como *región* y concebida otras veces como *antigua nacionalidad*, le cabía dentro de las glorias hispánicas pasadas

694. De la autoría de Cruces son, como mínimo, el apropósito cómico de cuatro personajes *O palique* (1914), la comedia bilingüe *Mi pegarle catro tiros* (1916), el juguete cómico *Eu levo o padriño ó lombo* (1917) y el pasatiempo costumbrista *Conto de aldea* (1919). Ver, Xosé M. Núñez Seixas, *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, representacións e identidades dos galegos na Arxentina (1880-1940)*, USC, Santiago de Compostela, 2002, pp. 311-312.

y presentes. Y, de modo paralelo, la protesta por la juzgada minusvaloración y hasta desprecio con el que Galicia sería tratada por los poderes públicos, por el Estado español y por los propios españoles en su conjunto.

El *síndrome da aldraxe* se magnificaba así de modo conveniente en Argentina —como en Cuba o en Uruguay—, y se transformaba en una reacción vindicativa por parte de las elites de la colectividad gallega, de modo muy particular a través de su prensa, ante la persistencia de un estereotipo étnico negativo acerca de los inmigrantes gallegos en la esfera pública y el paralelo distanciamiento que muchos inmigrantes españoles profesaban respecto a la etiqueta *gallego*, entendida como una sinécdoque despectiva⁶⁹⁵. Como resumía Lence en 1945, ya devenido en un ferviente franquista, “lo que puede dolerle más a un gallego, es que sea un español quien haga ostentación de su desdén por una de las regiones más fuertemente unida a la nacionalidad española”⁶⁹⁶. El desprecio importado desde España, por tanto, reverdecería en Argentina. Visto así, se conseguía el doble objetivo de *exculpar* convenientemente a la nación de acogida y acrecentar el sentimiento de agravio comparativo hacia otras regiones españolas. Merced a esa estrategia discursiva se evitaba también entrar en conflicto abierto con la sociedad receptora. Fortunato Cruces sostenía así en 1917 que el significado hiriente asociado al término *gallego*, que tanta fortuna había tenido y aún tenía en la Argentina, “tuvo su cuna en el mismo Madrid”⁶⁹⁷. Y en un acto celebrado en el Centro Gallego de Avellaneda en 1920, Lence afirmaba ante una distinguida audiencia argentina que “el origen del sentido despectivo del “gallego” no proviene de América, sino del propio solar de la patria: de Castilla”, lo que sería producto a su vez de la postración política y literaria de Galicia desde el reinado de los Reyes Católicos y de la imagen que habían transmitido unos inmigrantes gallegos de humilde condición, pero que no eran sino víctimas de las “consecuencias de una fatalidad histórica”⁶⁹⁸.

La reivindicación de la dignidad histórica y cultural de Galicia, de sus glorias pasadas y de sus prohombres en el presente, adquiriría así una funcionalidad doble: relegitimar al conjunto de la colectividad gallega y el ascenso social de sus elites más visibles ante la sociedad argentina; y cimentar la demanda de descentralización, o cuando menos de *reparación* simbólica, pero también política y cultural, de Galicia por parte del Estado español. Reparación y descentralización que, como veremos, eran entendidas como una manera de *regenerar* el Estado español, y la nación española en su conjunto, desde la base, tanto desde la periferia hispánica —donde se concentrarían las virtudes más señeras de la *raza* española, y las tradiciones más ancestrales y liberales de la misma— como desde la emigración, al contemplar a los emigrantes como auténticos motores y como una suerte

695. Vid. sobre el particular X. M. Núñez Seixas, *O inmigrante...*, pp. 207-208, así como M^a Rosa Lojo, Marina Guidotti y Ruy Farías, *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, Fundación Barrié de la Maza, A Coruña, 2008.

696. J. R. Lence, *Memorias...*, p. 159.

697. Discurso de Fortunato Cruces, “Galicia en América”, reproducido en *NG*, 3.IV.1917, p. 2.

698. “Homenaje a Concepción Arenal”, *Correo de Galicia* (en adelante, *CG*), Buenos Aires, 15.II.1920, p. 1.

de reservas espirituales de las energías hispánicas. Los emigrantes galaicos serían el gran espejo en el que los gallegos de aquende el mar se deberían mirar para aprender virtudes cívicas, patriotismo y capacidad de superación. Pues la dura lucha por la vida que habría sido la emigración habría operado una suerte de *selección natural* entre los ausentes, que con su ejemplo de ascenso social individual y de agencia institucional colectiva habrían demostrado que la raza hispánica y sus elementos regionales constituyentes eran capaces de superar el estadio de decadencia que siguió a la derrota de 1898. En ello, las elites emigrantes gallegas no hicieron sino reinterpretar y adaptar el discurso propagando por el hispanoamericanismo regeneracionista español⁶⁹⁹.

Consecuencia de esa percepción compartida era también la predisposición favorable de ambos periodistas a acoger en las páginas de sus periódicos encendidas proclamas a favor de la autonomía de Galicia. Ésta se entendía básicamente como un derecho histórico que debía tener traducción en un autogobierno político y administrativo, cuya forma concreta —descentralización administrativa y/o política, federalismo o mancomunidades de ayuntamientos— se dejaba un tanto en el aire. Aunque tanto *Nova Galicia* como *Correo de Galicia* continuaron en este aspecto la tradición de reivindicación autonomista inaugurada por *El Eco de Galicia* de Manuel Castro López durante la década de 1890, los tonos de su prédica *regionalista* fueron tendencialmente más templados, rara vez se acercaron a posturas federalistas y más bien tendieron a conjugar un accidentalismo y pragmatismo tácticos con la omnipresente demanda de descuaje del caciquismo a través de la constitución de un poder regional galaico. Fortunato Cruces era, en este aspecto, más propenso que Lence a esgrimir argumentos historicistas y moderadamente etnicistas, como la existencia en Galicia de una cultura diferenciada, aun sin hacer de ellos una lectura directamente política o reivindicativa en clave de derechos de naturaleza política. Pero incluso en aquel caso, los límites teóricos de la reivindicación autonomista eran imprecisos, y tendían a verla como un correlato de la regeneración de la nación hispánica. En 1914, Idilio Pájaro Nieves escribía a Cruces que el Centro Galaico que ambos habían proyectado, y que tuvo efímera existencia, debía ser “la iglesia madre de todas las asociaciones regionales de América, dispuestas a llevar a Galicia los aires de redención que desde los Estados Unidos llevan los irlandeses a su verde Eirin”⁷⁰⁰. En la Navidad de 1901, transcurridos apenas dos meses desde la aparición del periódico, Cruces exponía en un editorial de *Nova Galicia* redactado en gallego lo que entendía por regionalismo: una contribución a la grandeza de la patria, que “surxirá d-o progreso d’as súas rexións”, lo que sólo ocurriría si se formaba en Madrid un gobierno “de bos patriotas, deixando en compreta libértá n-a administración, con autonomía n-o seu xeneral funcionamento, ás rexións [...]. Desfáise por eso a patria? Non”. A esa autonomía, cuya forma institucional y cuyos contenidos políticos no se concretaban, habrían de añadirse “outras reformiñas”, gracias a las que se podría deber en el futuro no sólo que finalizase el éxodo migratorio,

699. Ver para una exposición por lo menudo de estos planteamientos X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes...*, pp. 127-159, e Id., *O inmigrante...*, pp. 101-207.

700. Carta de Idilio Pájaro Nieves a Fortunato Cruces, 23.I.1914, reproducida en Fortunato Cruces, *Cousas gallegas*, Imprenta La Iberia, Buenos Aires, 1928, pp. 36-37.

sino que los más capaces entre los ausentes retornasen a Galicia⁷⁰¹. Y en julio del mismo año, Cruces promovió la constitución de un Ateneo Rosalía de Castro en la capital argentina, junto con otros literatos y periodistas gallegos (el sastre, poeta y comediógrafo Avelino Veloso, el periodista Manuel Nóvoa Costoya o la también periodista y poetisa aficionada María de los Ángeles Vázquez) con el objetivo de recaudar fondos para erigir un mausoleo a la memoria de Rosalía de Castro en Padrón, y el fin genérico de divulgar las “cousas de Galicia” sin más especificación, así como de actuar como grupo de presión a favor del buen nombre del país de origen. Fines genéricos y propósitos regionalistas *sanos* que también impregnaron la actuación de la Comisión Curros Enríquez creada pocos años después⁷⁰².

Aunque *Nova Galicia* reproducía noticias de las actividades de la Liga Republicana Española en la Argentina desde 1903, y celebraba en particular que dentro de las romerías republicanas organizadas por aquella tuviesen cabida las diversas regiones españolas con pabellones específicos, en los que se mezclaba la música con las especialidades gastronómicas de cada región, su abrazo del republicanismo nunca iba más allá⁷⁰³. Con todo, si su republicanismo era tibio y *Nova Galicia* se ubicaba más bien en el campo del regeneracionismo más o menos regionalista, su posición inicial frente a la cuestión religiosa era de acerba crítica al ultramontanismo religioso y de moderado anticlericalismo. En abril de 1904, *Nova Galicia* afirmaba que Galicia, además de ser víctima de la “indiferencia política y administrativa” del Estado y de la clase gobernante, así como del caciquismo que la devoraba con “canibalesca voracidad”, era presa de la “despiadada prepotencia del fanatismo clerical”⁷⁰⁴.

Fortunato Cruces, sin embargo, nunca fue más allá. Su periódico mantuvo a lo largo de los cuatro lustros siguientes una mezcla de populismo folclórico, regionalismo cultural poco elaborado y basado en la idealización del sentimiento de lejanía y nostalgia —*morriña*—, y énfasis en la necesidad de una descentralización administrativa y/o política de límites poco definidos. En los momentos de mayor presión política en España por parte del catalanismo a favor de la consecución de un Estatuto de Autonomía, entre mediados de 1917 y principios de 1919, *Nova Galicia* apoyó a distancia las iniciativas de regionalización y hasta federalización de la Monarquía española, siempre y cuando ello no se entendiese como una negación de la unidad de España y de su existencia como nación. Su postura era la defensa de una “unidad de España, por sistema autonomista regional”, según rezaba el lema reproducido en la cabecera del semanario⁷⁰⁵.

En consonancia con su ideario general, el cultivo del idioma gallego por parte del director de *Nova Galicia* nunca estuvo cargado conscientemente de connotaciones que fuesen más allá del costumbrismo. A pesar de simpatizar en un primer momento, como buena parte de los órganos periodísticos gallegos de América, con el movimiento de recuperación y dignificación del uso público del idioma gallego que representó la fundación de las *Irmandades da Fala* en 1916, la rápida asunción por parte de esta organización

701. “O rexionalismo”, *NG*, 25.XII.1901, p. 1.

702. *NG*, 17.VII.1904, pp. 3-4.

703. “Romería original”, *NG*, 16.X.1904, p. 2; Á. Duarte, *La república...*, p. 117.

704. *NG*, 23.IV.1904, p. 4.

705. “El verdadero concepto regional”, *NG*, 4.IX.1917, p. 1.

a lo largo de los dos años siguientes de postulados políticos nacionalistas, que hacían a Galicia una nación en razón de postulados orgánico-historicistas como la lengua, la Historia y el carácter nacional, alejó rápidamente a Cruces de cualquier connivencia con el nuevo nacionalismo gallego, que empezó a ganar adeptos de forma significativa entre los inmigrantes gallegos de Buenos Aires a principios de la década de 1920⁷⁰⁶. Por el contrario, el periodista y procurador padronés expresó de modo intermitente, pero constante, sus posicionamientos frente al “separatismo” que percibía en el catalanismo; así como la solidaridad explícita de *Nova Galicia* con los objetivos de guerra de la Monarquía hispánica y con las tropas españolas en la guerra de África, cuyas victorias celebraba con entusiasmo⁷⁰⁷.

En febrero de 1920 Cruces dejaba claro cuáles eran sus postulados glotopolíticos, declarándose contrario a las reivindicaciones culturales y lingüísticas de los nacionalistas gallegos y erigiéndose en defensor confeso de la diglosia compuesta (social y funcional), a favor del castellano. Pues, si los emigrantes gallegos necesitaban del dominio del idioma de Castilla para labrar su futuro en la emigración, salvo en Brasil, no había más solución que una: “en Galicia debe reinar el idioma español, que es el idioma de nuestra Patria, y el que cada día se extiende más en el orbe”. ¿Y la lengua gallega, en la que Cruces tanto escribió? En su opinión, debía sin duda ser conservada. Pero sólo como un “segundo idioma local” y de cultivo preferentemente literario⁷⁰⁸. Un idioma que, por lo demás, Cruces jamás se preocupó de depurar literariamente desde el punto de vista léxico o sintáctico, utilizando una grafía y unas normas morfológicas irregulares, y del que hacía uso de modo preferente para géneros literarios menores. Con todo, y a diferencia de Lence, Fortunato Cruces también recurría en ocasiones al gallego para escribir artículos de opinión, ya desde 1901, yendo en ese aspecto más allá de lo que era usual en la mayoría de los periódicos de información general editados en la propia Galicia. Pero nunca acabó de definirse en la disputa acerca de si el idioma propio de Galicia era una *lingua* o meramente un *dialecto*.

El ideario de Cruces recogía, además, los principios básicos del programa regeneracionista-reformista característico de las sociedades de instrucción, basado en la educación individual como medio fundamental de promover el progreso. Pero le dotaba de un alcance más amplio: de un proyecto a nivel territorial gallego, en que la reivindicación de autonomía para el país se vinculaba directamente a la necesidad de la regeneración social para erradicar el caciquismo. Así lo expresaba en un discurso pronunciado ante la sociedad *Hijos de San Julián de Sales* en abril de 1914:

En un Arco-Iris que circunda nuestra tierra se grabó un lema de esperanza, resurgido precisamente de la acción de las Sociedades gallegas y de la oratoria del cura de Beiro [Basilio Álvarez]. “Galicia y redención”, o lo que es lo mismo, lucha reformista,

706. Ver Xosé M. Núñez Seixas, *O galeguismo en América, 1879-1936*, Eds. do Castro, Sada, 1992, pp. 106-108 y 119-127.

707. Ver, por ejemplo, “¡Por la Patria! Todos uno”, *NG*, 8.VIII.1909, p. 6.

708. “En contra d'unha cousa y-en favor d-outra cousa”, *NG*, 25.II.1920, p. 1.

económica-político-agraria. La creación del Poder regional, sin herir la unidad del Estado. O como decía el Apóstol Alfredo Brañas: “Queremos el individuo libre, en la familia libre; el Municipio libre, en la Provincia libre; y la Región libre, dentro del Estado libre.

La reivindicación autonómica de Galicia no tenía necesariamente como basamento fundamental o como argumento primordial de legitimidad la existencia de una etnicidad diferencial en el país. Ni siquiera la posesión de un pasado glorioso, de una Historia que vindicar. Por el contrario, la autonomía no era sino un medio para regenerar desde la base el conjunto de España, eliminando el “centralismo español”, simbolizado en “un Madrid apestado de favoritismos en perjuicio del adelanto de las Regiones, sosteniendo con fondos de las regiones una colmena nacional de inactivos e improductores; ese centralismo es un pozo sin fondo que se traga la savia de nuestros pueblos provinciales, y absorbe todos los sudores y aniquila juventudes”. El regionalismo, por el contrario, era una panacea que permitía que las energías de España aflorasen en todos los órdenes⁷⁰⁹.

Al igual que *Correo de Galicia*, el periódico de Cruces simpatizó abiertamente con el movimiento agrarista gallego en sus diversas manifestaciones. Se trataba del principal movimiento social que recorrió el campo gallego durante el primer tercio del siglo XX, y que desde su primera década se extendió mediante una tupida red de asociaciones de ámbito parroquial y comarcal por las zonas rurales del país, articulando las demandas socioeconómicas y (en parte) políticas del campesinado parcelario galaico en una doble dirección: la consecución de la propiedad plena de la tierra, que acabase con el relicto del Antiguo Régimen que era el *foro*, y la conquista de una mejor relación con el mercado. Como ya mencionamos, se trató además de un movimiento social cuya dinámica des-coordinada y multiforme estuvo apoyada, prácticamente desde su nacimiento, por los recursos materiales e inmateriales aportados por los emigrantes, tanto por retornados como por las asociaciones de los ausentes en Buenos Aires o La Habana.

Toda iniciativa en sentido agrarista suscitaba la solidaridad de las elites y los elementos movilizados de la colectividad gallega de Buenos Aires. Ante la formación de la Solidaridad Gallega en 1907, eco lejano de la Solidaridad Catalana y que reunía a agrario-regionalistas, republicanos y monárquicos en una inestable coalición que buscaba derrotar electoralmente al turnismo dinástico⁷¹⁰, *Nova Galicia* reaccionó con entusiasmo y puso su órgano a disposición de todas las iniciativas tendentes a coordinar el apoyo a la Solidaridad desde Buenos Aires. Lo mismo sucedió con las organizaciones agraristas posteriores, desde el Directorio de Teis a Acción Gallega y la figura, emblemática y populista, del sacerdote Basilio Álvarez. Al igual que su rival *Correo de Galicia* y su director José R. Lence, Cruces y *Nova Galicia* prestaron apoyo entusiasta a todas las organizaciones

709. F. Cruces, *Cousas gallegas...*, pp. 42-43 y 49-50.

710. Ver Miguel CaboVillaverde, “La inmensa minoría: la fugaz experiencia y las perdurables consecuencias de la Solidaridad Gallega”, en Gemma Rubí y Francesc Espinet (eds.), *Solidaritat Catalana i Espanya (1905-1909)*, Base, Barcelona, 2008, pp. 167-198.

que se crearon de forma sucesiva en Buenos Aires para enviar fondos a Galicia en pro de la causa agrarista, buena parte de las cuales acabaron naufragando, entre otros motivos, por mor de la tendencia a la dispersión asociativa, las disputas internas entre los sectores dirigentes de la colectividad gallega, y la falta de interlocutor claro en la misma Galicia⁷¹¹. En esta última el agrarismo se caracterizó a lo largo de su andadura por ser un gigante en el ámbito de la movilización social a escala local y comarcal, pero un enano político por su incapacidad de unificar las dinámicas de base en un entramado organizativo estable, que diese lugar a un Partido Agrario similar a los existentes en la Europa centro-oriental y nórdica del momento⁷¹².

Empero, una vez pasado el momento de fulgor de la Acción Gallega de Basilio Álvarez, el protagonismo adquirido por Fortunato Cruces en la representación del agrarismo galaico en Buenos Aires pasó de modo progresivo a otros actores. Estos últimos pertenecían a una generación más joven de inmigrantes. Eran también de extracción mesocrática campesina pero más popular; habían nacido en la última década del siglo XIX, y arribado a Buenos Aires entre 1905 y 1915; y habían conocido en su mayoría una primera socialización política en el seno del movimiento obrero argentino. Se mostraban, además, proclives en su mayoría a la adopción de posturas más radicales para la resolución de la cuestión agraria en Galicia (la abolición de los foros) por provenir de zonas del país —las comarcas del Sur y del Baixo Miño— en las que la reivindicación antiforal tenía más fuerza. Su protagonismo se había dejado sentir en varios núcleos societarios escorados hacia la izquierda y desgajados del tronco agrarista, como las sociedades de emigrantes de Teo y Vedra (comarca de Compostela), las de oriundos de las regiones del Baixo Miño y el valle del Deza (provincia de Pontevedra), así como algunas entidades ourensanas de impronta obrerista. Y sus líderes acometieron desde principios de la década de 1920 un esfuerzo de coordinación asociativa que dio sus frutos tanto en la constitución de la Federación de Sociedades Agrarias e Instructivas de la provincia de A Coruña, creada en 1919 a partir de una inicial federación de asociaciones del distrito de Padrón, en cuya gestación intervino el mismo Cruces; como, sobre todo, en la constitución en 1921 de la Federación de Sociedades Gallegas, Agrarias y Culturales (FSG), que andando la década de 1920 y 1930 se habría de convertir en una de las entidades más representativas de la colectividad gallega de Buenos Aires. En su seno cristalizó la cooperación, y después el enfrentamiento, entre los dos nuevos protagonistas que irrumpieron con fuerza en el ámbito de la comunidad inmigrante: el socialismo reformista de impronta agrarista, y el nacionalismo gallego. Cruces y su periódico *Nova Galicia* empezaron a quedar claramente orillados ante el ímpetu de nuevas cabeceras de prensa —*El Despertar Gallego*, luego sustituido por *Galicia*, como portavoz de la FSG— y el crecimiento de la influencia y difusión de órganos de instituciones cuyo radio de actuación también abarcaba toda Galicia, como eran el potente Centro Gallego y la Casa de Galicia surgida en septiembre

711. Ver X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes...*, pp. 264-272.

712. Para una panorámica del movimiento agrarista, vid. por todos Miguel Cabo Villaverde, *O agrarismo*, A Nosa Terra, Vigo, 1998.

de 1918 de la fusión de varios orfeones y asociaciones culturales gallegas, además de la Asociación Regionalista “A Terra”⁷¹³. Curiosamente, el propio Cruces había contribuido con su frenético laborar por la articulación societaria de los inmigrantes gallegos a que dentro de ese nuevo tejido asociativo se generasen nuevos marcos de movilización política e identitaria, que acabaron por desbordar los postulados defendidos por la generación de entresiglos.

Lence, como ya hemos mencionado, no desmereció en su entusiasmo por la causa de los agraristas. Pero, al igual que Cruces, su fe en las posibilidades políticas del movimiento agrario, y asimismo en sus potencialidades como motor de la *regeneración* de Galicia y de España, se empezaron a difuminar claramente a principios de la década de 1920. Con motivo de un viaje a Galicia en el verano de 1922, donde Lence participó en el homenaje tributado al escultor galleguista Francisco Asorey en Cambados, el director de *Correo de Galicia* tuvo oportunidad de conocer a la flor y nata de la intelectualidad galleguista que en el país de origen enarbolaba las ideas del nacionalismo gallego, todavía poco conocido en Buenos Aires. El espíritu de hermandad y el impulso regenerador que Lence creyó ver en los intelectuales nacionalistas, cuya aura de respetabilidad le fascinó (Vicente Risco, Ramón Otero Pedrayo, Antón Lousada Diéguez, Alfonso R. Castelao, etcétera) transformó al periodista galaicoportueño por un tiempo en un moderado defensor y difusor de las ideas galleguistas en la Argentina. Ante la “agonía de un estado que parece marchar hacia el suicidio”, tanto los agraristas como los nacionalistas gallegos —que Lence todavía denominaba “regionalistas avanzados”— simbolizarían “el alma viva y palpitante de una Galicia nueva, que nace pujante y vigorosa, de una Galicia que no conocemos ahí o conocemos muy imperfectamente [...]; es Galicia, pero no la Galicia de la resignación y la mansedumbre”⁷¹⁴.

Retornado a la capital argentina, Lence se convirtió en un apasionado difusor de la buena nueva galleguista, tanto en su tribuna fija en *Correo de Galicia* como en sus conferencias en orfeones y fiestas gallegas; y permitió que los escasos nacionalistas gallegos de Buenos Aires hiciesen propaganda de forma regular en las páginas de su periódico. A ello no era ajena la presencia desde 1922 como secretario de redacción en el equipo del semanario de Rodolfo Prada Chamochín (1892-1980), inmigrante ourensano que había participado en la fundación de la Casa de Galicia en 1918 y que en los años treinta y cuarenta devendría uno de los factótums del nacionalismo gallego en Buenos Aires; así como de José Barrio, antiguo presidente de aquella institución.

Sin embargo, Lence nunca se convirtió en un nacionalista gallego desde el punto de vista de su profesión ideológica y su convicción identitaria. Ciertamente, el periodista coruñés pasó a utilizar de forma titubeante la expresión “nación” o “nacionalidad” para referirse a Galicia. Y se mostró abierto a una solución federal para toda la península ibé-

713. Cf. X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes...*, pp. 283-305. Para una crónica descriptiva de la andadura de la FSG, es útil Hernán Díaz, *Historia de la Federación de Sociedades Gallegas. Identidades políticas y prácticas militantes*, Biblos/Fundación Sotelo Blanco, Buenos Aires, 2007.

714. José R. Lence, *Jornadas de lucha*, E. Menéndez, Buenos Aires, 1924, p. 147.

rica, basada en la libre unión de las nacionalidades que la integrarían, Portugal incluido, para así dar paso a la “gran nación ibérica federada y española”: es decir, a una nueva España que ahora englobaba Portugal, pero que en el fondo *reconquistaba* la nación lusa para España y distaba de ser una (con)federación plurinacional, como preconizaban los galleguistas⁷¹⁵. En el fondo, Lence continuaba apegado a los viejos postulados regeneracionistas, que ahora hallaban refugio seguro en la región como sujeto impulsor de una refundación nacional de España. Al mismo tiempo, el robustecimiento de la identidad de las “nacionalidades” pasaba a convertirse también, desde su perspectiva, en un baluarte frente a “las teorías emancipadoras del socialismo”; y había de servir de “foco de luz que alumbra los destinos de una España futura más grande y más respetada en el mundo de las inteligencias”, capaz a su vez de protagonizar una eficaz política de expansión intelectual y comercial en Latinoamérica. El colofón de ese proceso habría de ser la recuperación de las “tradiciones gloriosas de esta raza nuestra, noble, fuerte e inmortal”, es decir, de la española⁷¹⁶.

Con todo, las ambigüedades y las libertades terminológicas que ahora se tomaba Lence despertaron la reacción de *El Diario Español*, a lo que el periodista coruñés replicaba afirmando el carácter regenerador del galleguismo como promotor de una nueva estructuración política de España, presentando a los “nacionalistas y hasta los separatistas” como “grandes patriotas atormentados e inquietos que reniegan de los poderes centrales”⁷¹⁷. Esa fe en el galleguismo y en los demás nacionalismos subestatales de la Península como posibles elementos refundadores de España tendió a desvanecerse, sin embargo, durante la segunda mitad de la década de 1920. Como veremos, en los años de la Segunda República española la postura de Lence, después de algunos titubeos iniciales, se orientó de forma clara hacia la defensa de una concepción tradicional y más o menos unitaria de España como nación.

Parroquias de acá y de allá

La promoción del asociacionismo de base microterritorial (tomando como ámbito de referencia la parroquia o el municipio de origen, a veces la comarca) y meso- y macroterritorial de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires fue otro de los campos en los que los periodistas de la colectividad jugaron un papel fundamental. Los periódicos gallegos actuaron muchas veces de catalizador, de medio de difusión de las inquietudes asociativas, de vehículo de comunicación entre los coterráneos y de auténtico crisol de muchas iniciativas fundacionales de las denominadas genéricamente *sociedades de instrucción*. Y Fortunato Cruces fue un gran pionero en ese aspecto. En 1888 promovió la fundación en la ciudad de Rosario, donde residió por breve tiempo, de una asociación de los naturales de su municipio de origen (Rois, A Coruña), cuya actividad y vida institucional fue efímera. Desde su primer número, *Nova Galicia* dejó clara su voluntad de contribuir a la

715. *Ibid.*, pp. 151-156.

716. *Ibid.*, pp. 147-149 y 206; igualmente, ver la nota del mismo José R. Lence en *Plus Ultra*, 72 (octubre 1922), p. 31.

717. José R. Lence, “No hay tal separatismo”, *CG*, 25.X.1922, p. 1; *Id.*, “El toque de rebato”, *CG*, 12.XI.1922, p. 1, y “El problema español en América”, *CG*, 27.V.1923, p. 1.

fundación de asociaciones gallegas de todos los colores y tamaños. La primera sociedad parroquial de Buenos Aires, *La Concordia*, fundada por varios notables originarios de la parroquia de Fornelos da Ribeira (Salvaterra de Miño, Pontevedra) en abril de 1904, tuvo así una amplia acogida en las páginas de *Nova Galicia*⁷¹⁸.

Fortunato Cruces se convirtió desde ese momento en un adalid del asociacionismo parroquial, en el que veía el germen de un movimiento de regeneración de Galicia y de España partiendo desde su base más *natural*, las identidades parroquiales. Y en el que, asimismo, contemplaba un ámbito racional de actuación que se podía coordinar con los marcos territoriales de movilización del movimiento agrarista, cuales eran precisamente las identidades parroquiales. Así, en la asamblea fundacional de la sociedad *Hijos del Distrito de Salceda* en abril de 1915, Cruces exhortaba a los naturales de ese municipio en Argentina a apoyar “las suscripciones realizadas para suavizar desgracias aun en favor de enemigos afiliados al caciquismo local, y nuestro apoyo decidido a la buena prensa” —es decir, a la prensa agrarista y anticaciquil—, así como a continuar respaldando la constitución de sociedades de instrucción: “aún faltan por formarse nuevas Sociedades que agrupen hermanos de cada Ayuntamiento [...] la obra grandiosa a realizarse de Acción Gallega requiere la existencia de tales agrupaciones”⁷¹⁹. El mismo Cruces intervino de modo activo en la constitución de la sociedad *Hijos de Lestrove*, su parroquia natal, en marzo de 1913, junto a dos comerciantes y un profesional también originarios de la misma⁷²⁰.

En sus varios discursos pronunciados en fiestas de sociedades gallegas y en asambleas fundacionales de nuevas asociaciones microterritoriales, el director de *Nova Galicia* defendía invariablemente la necesidad de introducir en las sociedades de instrucción un compromiso político y ciudadano explícito con la *regeneración* de Galicia y España. En diciembre de 1913, ante la sociedad *Hijos de Mondoñedo*, Fortunato Cruces resumía a las claras esos postulados:

[H]a de verse Galicia transformada respecto a su vida laboriosa, de progreso y de paz, con el exterminio de alacranes y sanguijuelas caciquiles y con el calor saludable de una autonomía [...] Y en esa batalla de regeneración al lado de los apóstoles que de aldea en aldea van buscando soldados, está en alerta, unha retaguardia poderosa, los emigrados en América, las sociedades galaicas y la prensa regional⁷²¹.

Cruces era un defensor de la dispersión organizativa, que consideraba más eficaz y racional para que los postulados del regeneracionismo agrario se concretasen en obras positivas en los lugares de origen de los emigrantes. Pero esa dimensión microterritorial también ofrecía un campo de actuación en el que su influencia podía hacerse valer de modo más decisivo que entre los magnates de la colectividad galaica. No excluía por ello

718. Ricardo Sestelo, “Nuevas iniciativas. Los naturales de Fornelos”, *NG*, 14.VIII.1904, p.2.

719. Discurso reproducido en F. Cruces, *Cousas gallegas...*, pp. 49-50.

720. Ver “Brisas patrióticas. Sociedad Hijos de Lestrove”, *NG*, 2.III.1913, p. 2.

721. Ver F. Cruces, *Cousas gallegas...*, p. 26.

la necesidad de una federación de asociaciones gallegas, que de forma concéntrica se englobaría en una gran confederación española, y que, como expresaba en un discurso ante el Orfeón Pontevedrés en 1907, serviría para moldear la imagen de la colectividad gallega, editaría un periódico diario y proporcionaría a los inmigrantes galaicos servicios de naturaleza asistencial y mutualista⁷²². El director de *Nova Galicia* se mostró, en general, muy activo en la tarea de pregonar la constitución de federaciones comarcales de las sociedades de instrucción, con la finalidad de que éstas, a su vez, influyesen en la búsqueda de unidad de las sociedades agrarias actuantes en sus comarcas de origen. Pero si la causa agraria carecía de un partido, cuando menos las sociedades de instrucción podían ser los arietes necesarios para espolear la conciencia cívica del campesinado galaico⁷²³.

Los planteamientos de José R. Lence diferían en buena parte de los de Fortunato Cruces. Y, sobre todo, también se distinguían sus estrategias. Para empezar, Lence había trabajado en *El Diario Español* de López de Gomara. Y se había distinguido por apelar a la constitución de un gran centro gallego que prestase servicios mutualistas y asistenciales, que superase el vacío dejado por la desaparición del primer Centro Gallego de Buenos Aires (1879-1892) casi quince años antes, así como el fracaso de tentativas anteriores (la Unión Gallega o el Centro Galaico) y que actuase como “la casa de los inmigrantes gallegos que llegan a esta tierra desconocida para ellos, y allí podrían ser recibidos para dar a cada uno colocación adecuada a sus aptitudes y conocimientos”, según el artículo que publicó en *El Diario Español* el 3 de noviembre de 1906, aprovechando el eco del festival de homenaje al compositor Pascual Veiga (autor de la música del himno gallego, estrenado por primera vez en La Habana el 20 de diciembre de 1907) celebrado por tres orfeones galaicos en el Teatro Victoria de Buenos Aires tres días antes⁷²⁴.

El éxito de su convocatoria, secundada por varios dirigentes de sociedades comarcales y de orfeones, así como miembros de la elite más acomodada de inmigrantes gallegos que habían hecho fortuna en el comercio y la industria, culminó en la constitución el 2 de mayo de 1907 del Centro Gallego de Buenos Aires. Sin duda, la popularidad alcanzada y el hecho de considerarse en lo sucesivo como *padre* de la idea de refundar el Centro Gallego confirió a Lence una notoriedad e influencia que supo capitalizar para sacar a la calle diez meses después, en marzo de 1908, su propio periódico, *Correo de Galicia*, asociado como ya vimos con el abogado José Vázquez Romaguera. Sus fines no se diferenciaban mucho de *Nova Galicia*, al menos en teoría. Se trataba igualmente de términos comunitarios e interclasistas. En el editorial de su primer número, Lence proclamaba la voluntad del nuevo semanario de ser “fiel exponente de la cultura y

722. “N-o ‘Orfeón Pontevedrés’”, discurso pronunciado el 22.VI.1907, reproducido en Fortunato Cruces, *Castañolas. Contos, cartas, descursos, cantares e outras cousas*, S. Ed., Buenos Aires, 1913, pp. 156-161.

723. Ver por ejemplo “Alientos desde América a la regeneración de Galicia”, *NG*, 4.III.1914, p. 1.

724. El artículo está reproducido en Roxelio Rodríguez Díaz, *Historia del Centro Gallego de Buenos Aires*, S. ed., Buenos Aires, 1940, p. 27.

aspiraciones de nuestro país”, combatiendo la “falsa leyenda” que ensuciaba el buen nombre de Galicia⁷²⁵.

A partir de entonces, *Correo de Galicia* también se alinearía con el agrarismo gallego, apoyaría al carismático líder de Acción Gallega Basilio Álvarez (a quien Lence llegó a nombrar corresponsal en Galicia del semanario porteño) y secundaría las diversas iniciativas de articulación de organismos de apoyo desde Buenos Aires al movimiento de redención y abolición de los foros en el país de origen. En ello cupo quizás a Lence, más obligado a ganar adeptos y clientes para su periódico que un más asentado Cruces, un mayor protagonismo, como mostraba su presencia en las asambleas constituyentes de varios de aquellos organismos —desde la Unión Redencionista Gallega constituida en la capital argentina en octubre de 1910 a la Liga de Acción Gallega de Buenos Aires de 1913—. Lence defendió igualmente con ahínco la necesidad de arribar a una confederación de sociedades españolas, tanto con ocasión del primer congreso celebrado con ese fin en la capital argentina en mayo de 1913, como cuando en 1919-20 la APE intentó promover una iniciativa semejante. En este último caso, la postura defendida por Lence consistió en trasladar el peso de la iniciativa, y por tanto de la capacidad de decisión, a las asociaciones españolas de ámbito regional y local que participaban en el proyecto, “de abajo arriba”. Esta postura chocaba con el deseo de protagonismo de la Asociación Patriótica, por entonces muy mermada de efectivos e influencia, e incapaz de imponerse, ni siquiera desde un punto de vista simbólico, a los pujantes centros y asociaciones de ámbito territorial inferior, así como a los boletines y periódicos *regionales* de la colectividad española en Buenos Aires⁷²⁶.

A pesar de ello, Lence se diferenciaba en un punto crucial de las posiciones de Cruces en lo relativo a la política *interna* de la colectividad gallega: en su opción preferente por las instituciones *mesoterritoriales*, y particularmente en las de ámbito gallego o, cuando menos, provincial. No es que Lence descuidase el mercado étnico que ofrecía el tejido de asociaciones microterritoriales y *sociedades de instrucción* para la difusión de su periódico y su obra literaria. El coruñés se convirtió en un orador también frecuente en muchas de ellas, rivalizando a veces abiertamente con Cruces. Desde principios de la década de 1920, *Correo de Galicia*, que tenía más páginas que *Nova Galicia*, dedicaba buena parte de su espacio —al menos el 25 por ciento— a informar de las actividades sociales de las entidades gallegas, de sus reuniones y asambleas, de sus fiestas y crónicas, así como a servir de portavoz de litigios y disputas por el liderazgo, o simples colaboraciones de los dirigentes societarios. Sin embargo, la principal apuesta de Lence siempre consistió en el reforzamiento del Centro Gallego, así como en la preferencia por la fusión de asociaciones microterritoriales en una de ámbito galaico⁷²⁷.

725. CG, 22.III.1908, p. 1.

726. Ver CG, 14.XII.1919, p. 4; 14.III.1920, p. 1; José R. Lence, “Federación de Sociedades Españolas ¿...?”, CG, 18.IV.1920, p. 1; José R. Lence, “La Federación”, CG, 20.II.1921, p. 1.

727. Ver por ejemplo “En la colectividad gallega. El mal de la vanidad”, CG, 16.XI.1924, p. 2.

Aliadofilia, germanofilia y anti(norte)americanismo

Una diferencia más entre los posicionamientos públicos de *Correo de Galicia* y los expresados por *Nova Galicia* se manifestó de forma lacerante durante los años de la Primera Guerra Mundial. La opinión pública argentina, como la de otros países neutrales, se dividió entre germanófilos y aliadófilos. Y la presencia de una nutrida colectividad inmigrante italiana otorgó un especial significado a esa disputa. Pues además de convertirse en un campo de conflicto simbólico entre conservadores y progresistas, una parte significativa de la colonia inmigrante española, y de la gallega en particular, aireó sus simpatías por el bando de los Imperios centrales.

En ello intervinieron intereses puramente materiales, en particular la acción venal de la Embajada alemana y muy especialmente de las grandes compañías navieras germanas, que junto con las británicas eran los dueños del negocio del transporte de emigrantes hacia la América austral desde el Viejo Continente, y que desde tiempo atrás subvencionaban generosamente con su propaganda a los periódicos de comunidades inmigrantes. Pasados los fastos de la conmemoración del centenario de la independencia argentina en 1910, que tuvieron el broche de la colocación de la primera piedra del monumento de los españoles a la nación argentina y la visita de un miembro de la familia real española, la infanta Isabel, *la chata*, recibida con honores por los viejos dirigentes republicanos de la colectividad, las elites de la comunidad española en la Argentina se centraron en una serie de batallas simbólicas con la colectividad italiana. Estas fueron manifestas, por ejemplo, en la carnalesca pero constante disputa alrededor de la cuna del almirante Cristóbal Colón o, sobre todo, en la institucionalización del 12 de octubre como “Día de la Raza”, que fue decretada por el gobierno de H. Yrigoyen en 1917, desechando la denominación alternativa de “Día de Colón”, que era la preferida por los periódicos transalpinos. Así culminaba una campaña encabezada por la APE desde principios de siglo⁷²⁸. Los periódicos de la colectividad italiana, al tiempo que abrazaron de modo entusiasta el mensaje de unión sagrada y cerraron filas tras el esfuerzo bélico de sus compatriotas en Europa, también responsabilizaron implícitamente a los gallegos y al conjunto de los españoles residentes en la Argentina —entre otras muchas polémicas— de defender posturas germanófilas o neutralistas, en parte por oposición a Italia y a su cambio de bando beligerante en 1915.

Era cierto que la colonia española era mayoritariamente germanófila o, cuando menos, neutralista. Al menos, si nos atenemos a la opinión publicada en su seno. Y otrosí se puede afirmar de la gallega. *Nova Galicia* denunció que estaba incluida en la lista negra de la diplomacia inglesa en la Argentina, y no dudaba aún en abril de 1918 en declararse neutral, pero asimismo en simpatizar en conciencia con los alemanes y corear con ellos

728. Cf. Xosé M. Núñez Seixas, “El competidor imaginario: los inmigrantes italianos según la colectividad española de la Argentina (1900-1940)”, *Spagna Contemporanea* 23 (2003), pp. 23-67; Ernesto Quesada, *El día de la raza y su significado en Hispano-América*, Araujo Hnos., Buenos Aires, 1918; José C. Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Univ. of California Press, Berkeley, 1998, pp. 353-354.

“Gott, Vaterland und Kaiser”⁷²⁹. No por casualidad *Nova Galicia* insertaba abundante publicidad de bancos y comercios germanos; y justificaba a la altura de 1922 su germanofilia pasada y presente por el buen trato que las navieras germanas (*Hamburgo-SudAmericana* y *Norddeutscher Lloyd*) habrían dispensado tradicionalmente a los emigrantes gallegos⁷³⁰.

Con todo, una lectura atenta revela que la germanofilia española y gallega en la Argentina tenía otras motivaciones, sobre todo a partir de 1917: la oposición al denostado imperialismo anglo-norteamericano y, en particular, la rivalidad con los Estados Unidos. La intervención del gigante norteamericano a favor de la Entente desde aquel año hizo reverdecir en la colectividad española y gallega el sentimiento *antiyanqui* e incluso la xenofobia contra los Estados Unidos que había brotado con fuerza en el curso de la movilización a favor de la españolidad de Cuba que habían protagonizado los españoles residentes en el Río de la Plata en 1898⁷³¹. Ese sentimiento se mantuvo vivo en las décadas siguientes y fue retroalimentado tanto por la retórica antinorteamericana del propio nacionalismo argentino como por la oposición a la política expansionista de los EE.UU. en Latinoamérica. Y ello permitía definir la existencia de un *otro* común a españoles y argentinos, un *mal imperialismo* que hacía añorar las bondades del antiguo y paternal. Pero Lence no participaba de ese sentimiento *generacional*. Como afirmaba desde *Nova Galicia* el periodista Daniel Aguilera en referencia implícita a los que, como Lence, habían llegado a la Argentina después de 1898, los gallegos que habían vivido la guerra hispano-norteamericana en el Nuevo Continente “grabamos también el nombre de los Estados Unidos, para execrarles toda la vida”⁷³². Y el republicano ourensano Julio Carballo proclamaba en abril de 1917, en consonancia con lo anterior, su equidistancia de Francia, Alemania e Inglaterra, pero igualmente su “¡Desprecio a los Estados Unidos!”⁷³³.

La opción decididamente aliadófila de *Correo de Galicia*, según se jactaba en sus memorias el propio Lence, contribuyó a evitar que los enfrentamientos se enconasen más allá de incidentes esporádicos y de acres disputas en la tribuna periodística. Pero esa posición le costó la enemiga de otros órganos periodísticos y de sectores de la co-

729. Ver *NG*, 20.IV.1918, p. 2.

730. “Apreciaciones de Nova Galicia que interpretan la opinión colectiva”, *NG*, 28.VIII.1922, p. 1.

731. El antinorteamericanismo continuaría siendo una tónica de la intelectualidad gallega (y española en general) de Buenos Aires. Como ejemplo tardío, en clave literaria, Nicasio Pajares, *Don Quijote y Tío Sam*, Cía. Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930. Para el contexto de 1898, ver también Ángel Duarte, “La patrie loin de chez soi. Emigration politique et identité nationale des Espagnols en Argentine (1880-1914)”, en Fernando Devoto y Pilar González-Bernaldo (eds.), *Émigration politique. Une perspective comparée. Italiens et Espagnols en Argentine et en France (XIX-Xxe siècles)*, L'Harmattan, París, 2001, pp. 213-231.

732. Daniel Aguilera, “España y los yanquis”, *NG*, 4.IX.1917, p. 2. En el mismo sentido, T. D. Romero, “Anglo e Hispano-Americanismo”, *NG*, 22.IX.1917, p. 1, y “Aclaraciones”, *NG*, 21.XII.1917, p. 1.

733. Julio Carballo, “Sobre la conflagración Europea”, *NG*, 3.IV.1917, p. 1.

lectividad gallega. En particular, cuando Lence promovió en 1916 el Comité Español Pro-Aliados, con sede en la redacción de *Correo de Galicia*, que no contaba con más de cuatrocientos adherentes. En la masiva manifestación de apoyo a Italia, con asistencia de unas cincuenta mil personas, que recorrió las calles del centro de Buenos Aires tras la derrota italiana en Caporetto a principios de noviembre de 1917 no participaron más de doscientos inmigrantes españoles, encabezados por ese Comité, Lence y el redactor de *El Diario Español*, Vicente Serrano Clavero. En el mismo mes de noviembre de 1917, Lence apadrinó también la constitución de un Comité Gallego Pro-Aliados, con apoyo de algunos prohombres de la colectividad gallega, que celebró varias veladas teatrales en las que se tocaba la Marsellesa al lado de la Marcha de Garibaldi. Esto constituía una herejía aun más imperdonable para *Nova Galicia*⁷³⁴. Independientemente de los intereses materiales concretos que decidiesen a Cruces por la causa de los Imperios centrales, aunque solapada bajo un neutralismo aparente, era el nacionalismo español y los rescoldos de la movilización antinorteamericana de 1898 los que seguían pesando en su decisión.

El rechazo al anarquista y el “buen obrero” gallego

Tanto Lence como Cruces y los periódicos que ambos dirigían compartían una actitud semejante hacia la cuestión social. En una Argentina sacudida por los conflictos obreros, particularmente desde la Primera Guerra Mundial, y cuyas autoridades estaban obsesionadas por el discurso del higienismo social y la relación entre delincuencia, terrorismo anarquista e inmigración europea, los principales periódicos de la colectividad gallega se centraron en preconizar la teoría del justo medio, en marcar claras distancias con los “maximalistas” de origen gallego que cobraron cierta relevancia social en momentos concretos —caso del protagonismo de líderes gallegos, como el ferrolano Antonio Soto Canalejo, en revueltas como la de los obreros de la lana en el territorio patagónico de Santa Cruz en 1920-21— y en subrayar que existía un ideal de “buen obrero” inmigrante y gallego, comprometido con una ética del trabajo, pero también con un acendrado sentido de la justicia social.

Tanto *Nova Galicia* como *Correo de Galicia* tenían como norma asumida el silenciar los casos de conflicto laboral intraétnico, es decir, aquellos en los que se enfrentaban patronos y obreros gallegos, en empresas o establecimientos que eran propiedad de miembros de la elite de la colectividad inmigrante. Por el contrario, ambos periódicos insistían de modo esporádico pero constante en las virtudes del ascenso social a través del ahorro, la instrucción y el esfuerzo individual. En consecuencia, denunciaban o, en la mayoría de los casos, ignoraban conscientemente a los anarquistas y las huelgas promovidas por ellos, y destacaban que el conjunto de los gallegos nada tenía que ver con una minoría

734. Vid. J. R. Lence, *Memorias...*, pp. 152-54, así como su artículo retrospectivo “Lluvia de injurias”, *CG*, 6.II.1921, p. 1. Las críticas de *Nova Galicia* al Comité Gallego pro-Aliados en “Cinematógrafo gratuito”, *NG*, 5.XII.1917, p. 1, así como en “¿Dónde está el amor por Galicia?”, *NG*, 3.I.1918, 1-2, y “¿Españoles? ¿O qué?”, *NG*, 2.III.1918, p. 1.

violenta y *subversiva* que empañaría el buen nombre de la colectividad y la respetable posición social lograda por su elite rectora⁷³⁵. Lence retrataba en sus memorias a los anarquistas de modo poco benevolente, aunque con cierto paternalismo⁷³⁶.

No obstante, cuando los conflictos sociales provocaban en la esfera pública argentina manifestaciones de desprecio hacia el conjunto de los gallegos como colectivo, entonces podía tener lugar una reacción solidaria de las instituciones mutualistas presididas y dirigidas por los comerciantes e industriales de éxito, y también por parte de *Nova Galicia* y *Correo de Galicia*. Ante todo, procuraban entonces combatir la extendida creencia en el supuesto carácter haragán e indolente de los inmigrantes gallegos —interpretación enarbolada en ocasiones por la patronal y los medios conservadores argentinos, que releían así el estereotipo étnico negativo y no veían en las protestas obreras de inmigrantes gallegos móvil idealista alguno—, aduciendo un argumento alternativo: si los gallegos recurrían a la huelga, era por alguna razón digna y objeto de sabia reflexión, no por inclinaciones revolucionarias congénitas. Fortunato Cruces ya afirmaba en enero de 1904 que los inmigrantes galaicos no eran *maximalistas* holgazanes. Por el contrario, se trataría de obreros “amantes del trabajo”, que si protestaban era porque no se dejaban avasallar en la defensa de la merecida ganancia a su esfuerzo:

El obrero gallego es dócil, es noble [...] A la vez, abriga la convicción de deberse a sí mismo, es decir, a sus solos esfuerzos, imponiéndose para ello todo género de sacrificios, el porvenir que pudiera crearse, cimentado sobre el sudor de su frente. El obrero gallego se resigna y se habitúa más pronto que otros a vivir en las condiciones (algo penosas, por cierto) que las condiciones le imponen. [...]

Pero el gallego, a la vez de tener estas buenas cualidades [...] sabe defender sus intereses, su dignidad y su buen nombre y no le falta valor para manifestar sus opiniones allí donde se establezca torneo para la emisión del pensamiento⁷³⁷.

Igualmente, desde la prensa gallega se rechazaba de modo vehemente la no siempre velada hispanofobia del discurso nacionalista argentino de la década de 1920, al que se hacía responsable de la pervivencia de los prejuicios antigallegos. Era el caso de organizaciones como la Liga Patriótica Argentina fundada en 1919, o de las diatribas de Leopoldo Lugones acerca de la presunta responsabilidad de los inmigrantes en las huelgas⁷³⁸. Y de vez en cuando tanto Cruces como Lence denunciaban, aunque jamás en grandes

735. X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes...*, pp. 345-348, así como Dolores Vieites Torreiro, “O anarquismo na Arxentina: A participación dos inmigrantes galegos, 1880-1930”, en Lois Pérez Leira (coord.), *O galego Soto, líder da Patagonia rebelde*, Eds. Xerais, Vigo, 1998, pp. 57-107.

736. J. R. Lence, *Memorias...*, pp. 301-303.

737. “Por el obrero gallego”, *NG*, 24.I.1904, p.1.

738. Ver por ejemplo “El sentimiento de la nacionalidad”, *CG*, 25.V.1919, p.1; “El error en marcha”, *CG*, 7.III.1920, p.1, e “La nueva ideología de Leopoldo Lugones”, *CG*, 15.VII.1923, p. 1.

caracteres, algún caso de maltratos o torturas contra obreros gallegos acusados de anarquistas o de haber encabezado una huelga. El alegato en pro de los detenidos se apoyaba siempre en que el carácter arbitrario de la privación de libertad suponía una vulneración simbólica de la dignidad de Galicia o de España. Este fue el caso, por ejemplo, en abril de 1917, cuando tanto *Nova Galicia* como *El Diario Español* se solidarizaron expresamente con el obrero gallego Jesús Bustos, detenido y torturado por la policía argentina como líder de una huelga de barrenderos municipales. La campaña de prensa llevó a que el embajador español se interesase por el preso, ante los epítetos despectivos prodigados contra los trabajadores gallegos por parte de altos funcionarios de la Municipalidad porteña⁷³⁹. Fortunato Cruces, de hecho, puso a veces sus servicios como abogado a disposición de obreros gallegos detenidos con ocasión de protestas laborales. Así había sido ya el caso en 1901, cuando defendió a varios trabajadores galaicos encausados por su participación en la huelga de enero de aquel año; y en 1910 también asumió la defensa del obrero gallego residente en la localidad bonaerense de Olavarría Serafin Loureiro, quien había sido acusado de actividades anarquistas.

Después de las huelgas en los frigoríficos de la localidad de Berisso (La Plata) en noviembre de 1917, entre el mes de diciembre y enero de 1918 también se registraron varios conflictos laborales protagonizados por los trabajadores, en buena proporción gallegos, de las empresas frigoríficas de capital norteamericano radicadas en Avellaneda (La Negra y La Blanca). La huelga fue duramente reprimida por el gobierno de Yrigoyen, que llegó a enviar soldados regulares para forzar el fin del conflicto, y los gerentes de las empresas reclutaron esquiroles. La violenta represión y las despectivas acusaciones proferidas por la patronal contra los trabajadores gallegos, que echaron mano de tópicos burlescos de profundo poso popular, provocaron incluso una reacción solidaria por parte del Centro Gallego de Avellaneda, que por una vez se puso de parte de los trabajadores, aunque no por obreros sino en nombre de su identidad étnica y de la dignidad del conjunto de la colectividad inmigrante⁷⁴⁰. Sin embargo, esa reacción no fue secundada por *Nova Galicia*, que censuró sin citarlo al Centro Gallego de Avellaneda por haber ido demasiado lejos en su crítica a las autoridades, en un clima social dominado por el temor de las clases dirigentes argentinas a la extensión de la revolución bolchevique por el hemisferio austral⁷⁴¹. Fortunato Cruces insistía en los mismos argumentos al informar de un nuevo conflicto laboral en la Compañía del Tranvía Anglo-Argentino, que contaría con un 50 por ciento de gallegos entre sus doce mil trabajadores en 1921. Según el periodista gallego, la labor de la prensa étnica no debía consistir en denunciar abiertamente los abusos de las empresas o en “sublevar” a los obreros de su mismo origen, sino que la opción más ponderada para el conjunto de la colectividad gallega y para los trabajadores galaicos y sus familias consistía en mediar entre obreros y patrones, evitando así que los empresarios “pudieran

739. Ver “En plena capital argentina. Gravísima ofensa a la dignidad nacional”, *NG*, 3.IV.1917, p. 2.

740. Cf. X. M. Núñez Seixas, *O inmigrante...*, pp. 116-25.

741. “No siempre es culpable la autoridad”, *NG*, 16.II.1918, p. 2.

ir tomando mala ojeriza contra los gallegos empleados subalternos". La prensa gallega de Buenos Aires, por lo tanto, tendría los siguientes cometidos, en nombre de la armonía comunitaria:

[C]onciliar en los puntos de discordia; aplaudir a las autoridades que dirigen la empresa, en bien de los intereses gallegos que allí tienen parte, haciéndolo bajo una fórmula que no resulte tampoco servilismo; peticionar a los Jefes superiores por los medios posibles, amablemente, diplomáticamente, que subsista el aprecio y mejoría a favor de nuestros paisanos, por su orden, sin alterar los méritos de los demás empleados de otras nacionalidades, instando a todos al mutuo consorcio y amistad.

¿Cuál era la solución ideal? La práctica del mutualismo bien orientado, poniendo como ejemplo la propia asociación de socorros mutuos de la compañía de tranvías⁷⁴².

A lo largo de 1919 se sucedieron varios conflictos laborales más, principiando por la huelga general de la llamada *semana trágica* de enero de ese año —donde tuvieron cierto protagonismo los tranviarios, muchos de ellos gallegos—, y continuando con la oleada de huelgas en pequeñas empresas y en el sector servicios —por ejemplo, los empleados del Banco Español del Río de la Plata— que se extendió entre los meses de marzo y mayo. Para posicionarse frente a esas huelgas, varias sociedades gallegas —particularmente el Centro Gallego y la Casa de Galicia—, junto con los semanarios *Correo de Galicia* y el tradicional *El Eco de Galicia*, suscribieron un manifiesto promovido por la APE en el que proclamaban que la colectividad española estaba integrada por “gente de orden”, que poco o nada tendría que ver con una “minoría de agitadores profesionales [...] catalogados como elementos peligrosos para el orden y el progreso evolutivo de la República”⁷⁴³. En un sentido similar se había manifestado *Nova Galicia* ya en enero, poco antes de la huelga general que había dado inicio a la *semana trágica*.⁷⁴⁴ Dos años más tarde, un editorial de *Correo de Galicia* se felicitaba del fracaso del paro general convocado por las organizaciones obreras a principios de junio de 1921 y lamentaba que desde el sindicato de *chauffeurs*, oficio en el que también predominaban los inmigrantes gallegos, se emitiesen “términos irrespetuosos o insolentes para el sentimiento patriótico del pueblo argentino”, razón por la que la mayoría de la opinión pública “impresionable” pasaba a “achacarnos a todos los gallegos lo que, en último término, sólo alcanzaría a unos cuantos influenciados por la prédica de los utopistas”. Esos gallegos huelguistas, afirmaba el periódico, perdían así la condición de coteráneos por abominar del sentimiento de patria, consustancial a los *buenos gallegos* (leales tanto a España como a Argentina), quienes sólo estaban animados del propósito de trabajar y labrarse un futuro en su nuevo país de adopción:

742. “En la Compañía de Tranvías Anglo-Argentino”, *NG*, 15.IX.1921, pp. 1-2.

743. “Por el buen nombre español. Actitud adoptada. Un manifiesto preliminar”, *CG*, 18.V.1919, p. 1.

744. Ver “Relaciones hispano-argentinas”, *NG*, 4.I.1919, p. 1

[L]a fuerte y numerosa colectividad gallega de Buenos Aires y de toda la República Argentina nada tiene que ver con los extraviados, si ellos existen, que, habiendo nacido en Galicia, olvidan la tradicional hidalguía de nuestro pueblo y se convierten en elementos perturbadores de un país al cual hemos venido por nuestra voluntad, para ser hombres de trabajo y de progreso y no ensayistas de doctrinas avanzadas⁷⁴⁵.

El discurso étnico solidario desde las grandes instituciones mutualistas presentaba claros límites reformistas, y señalaba que los trabajadores gallegos eran reivindicativos por ser más modernos y, en consecuencia, *superiores* a los demás obreros de otras nacionalidades. En esa posición coincidía José R. Lence, frecuente debelador de las actividades de los anarquistas y preocupado por *alejar* de la colectividad gallega y española cualquier sombra de sospecha de que en sus filas abundasen los temidos partidarios de la anarquía. Había un justo medio entre la explotación capitalista y la supresión de la propiedad privada, y los gallegos habían de luchar además contra el peso del estereotipo social desfavorable, que podía hacer degenerar en xenofobia el temor de las clases medias del país⁷⁴⁶. Y desde *Correo de Galicia* Rodolfo Prada afirmaba en 1922 que, si los gallegos se contaban entre “quienes dan el mayor porcentaje entre los promotores y directores de huelgas”, los motivos no eran otros que la situación de desprotección que padecían por parte de las autoridades estatales españolas y argentinas, así como la explotación de que eran objeto por las compañías navieras y los agentes de emigración. A eso se uniría la no menor explotación de agencias de colocación, contratistas de braceros y “otros traficantes de carne humana”. Pero el trabajador inmigrante sufría la peor ofensa de todas, el desprestigio social asociado en Argentina al gentilicio *gallego*: “y desde el superior más mediano hasta el más alto, todos han de tratarlo despectivamente y han de hacerlo objeto de insultos y vejámenes a la menor equivocación en que incurra”. Ahí se agotaba la paciencia de los buenos trabajadores galaicos: al comprobar su minusvaloración como grupo étnico. Empero, gracias a la prensa étnica y su discurso solidario e interclasista, de *dignificación* de Galicia, también los problemas obreros hallarían una solución⁷⁴⁷.

Entre la Dictadura y la República (1923-36): Miradas convergentes sobre Galicia y España

Al producirse el golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera en España, las reacciones de los periódicos principales de la colectividad gallega no pudieron ser más divergentes. José R. Lence combatió el advenimiento del régimen dictatorial con su pluma y su oratoria, llegando a convergencias ocasionales con actores políticos situados mucho más a su izquierda dentro del panorama societario de la colectividad gallega, como la FSG o la Federación de Sociedades de la provincia de A Coruña, además de los sectores

745. “Las luchas de nuestra época y el concepto de patria”, *CG*, 5.VI.1921, p. 1.

746. José R. Lence, “El buen sentido no es siempre el sentido justo”, *CG*, 24.VI.1923, p. 1.

747. Rodolfo Prada, “Rápidas. El trabajador gallego”, *CG*, 11.VI.1922, p. 1.

republicanos agrupados en el Centro Republicano Español. En un mitin celebrado en el Teatro Nuevo de Buenos Aires el 6 de septiembre de 1924, Lence peroró acerca de la naturaleza “corrupta y decadente” del Directorio Militar gobernante en España, al que presentaba como una transmutación del antiguo y decadente régimen de la Restauración cimentado en los mismos políticos corrompidos, como una imposición de la fuerza. Y ni siquiera la figura del rey Alfonso XIII se libraba ahora de sus diatribas⁷⁴⁸.

Sin embargo, el entusiasmo de la oposición de *Correo de Galicia* a Primo de Rivera, aún sin desaparecer del todo hasta la caída del dictador, empezó claramente a diluirse en 1925. Esa evolución se debía tal vez a la observación por parte de Lence de la consolidación del régimen dictatorial en España. Pero también tenía que ver, en parte, con un cambio de perspectiva en la valoración de los *resultados* de la obra de gobierno de la dictadura, particularmente en la puesta a raya de la agitación obrera. En un tiempo en el que también en Argentina se sentía la tentación de las soluciones militares con el propósito de acabar con la *vieja política*, Lence pasó a adoptar una postura de menor combatividad hacia la dictadura española, particularmente durante el período en el que Ramiro de Maeztu ejerció como embajador de la España primorriverista en Buenos Aires (febrero de 1928 - febrero de 1930). Previamente, no adoptó una actitud hostil frente al vuelo transoceánico del hidroavión *Plus Ultra* en febrero de 1926, que intentó ser capitalizado por la APE como una adhesión, bajo el manto del nacionalismo español, a la *nueva España* de Primo de Rivera. Antes al contrario, el periodista coruñés aplaudió la *gesta* del aviador ferrolano Ramón Franco Bahamonde y sus compañeros, y prestó amplia cobertura al acontecimiento, presentándolo eso sí como una muestra del orgullo renovado de Galicia, de su renacer espiritual y como una explosión de prestigio patrio⁷⁴⁹. No obstante, Lence se negó a poner *Correo de Galicia* a plena disposición de la propaganda exterior del régimen español, y no se prestó a las presiones del embajador Maeztu para que apoyase y difundiese la implantación de la Unión Patriótica entre los inmigrantes españoles⁷⁵⁰.

Fortunato Cruces, por el contrario, realizó otra lectura del golpe de Estado de Primo de Rivera, cuyo acceso al poder saludó de modo entusiasta desde *Nova Galicia* en grandes caracteres⁷⁵¹. Vio en él al *cirujano de hierro*, al posible regenerador desde arriba que necesitaba España y Galicia en particular, así como al flagelador de caciques y de la vieja política. La postura de Cruces se veía reforzada por el cierto apoyo que prestaron a la dictadura numerosas sociedades agrarias, retornados de la emigración y aun asociaciones de emigrantes gallegos desde Cuba, así como desde la misma Argentina y Uruguay, además de numerosas delegaciones de sociedades de instrucción en la propia Galicia⁷⁵². Y el entusiasmo prodictatorial de Cruces no decayó pese a la escasa

748. Ver CG, 7.IX.1924, p. 1.

749. Ver para el contexto X. M. Núñez Seixas, *O inmigrante...*, pp. 200-207.

750. Pedro C. González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 247-249.

751. Ver F. Cruces, *Cousas gallegas...*, p. 167.

752. X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes...*, pp. 237-251.

popularidad de que gozaban Primo de Rivera y su régimen entre los sectores más movilizados de las sociedades de instrucción que tanto había contribuido a fundar. De este modo, en 1928 Cruces afirmaba en un discurso pronunciado en La Plata que el vuelo del *Plus Ultra*, comandado por el aviador gallego Ramón Franco, simbolizaba el triunfo de una España católica y eterna, identificada entonces de modo implícito con el régimen de Primo de Rivera⁷⁵³. Y en marzo del año siguiente, con motivo de la visita a Buenos Aires del general José Millán Astray, coruñés de nacimiento y fundador de la Legión, quien también fue objeto de un homenaje por la Asociación Patriótica, *Nova Galicia* se aprestaba a saludarle fervorosamente como paladín de la nueva España⁷⁵⁴. El apoyo de *Nova Galicia* a la dictadura y sus *logros* ni siquiera disminuyó en los estertores finales del régimen de Primo de Rivera, cuyo período de gobierno consideraba un paso adelante en la regeneración del país, y contemplaba como una plasmación de los ideales pedagógicos y cívicos que propugnarían las escuelas sostenidas en Galicia por las sociedades de instrucción galaicas desde Buenos Aires⁷⁵⁵. Ahondando en sus postulados anteriores, Cruces también expresó su adhesión al papel otorgado a la identidad regional dentro del proyecto nacionalista español primorriverista, con su reconocimiento del valor “familiar y filológico” de los idiomas “vernáculos”, pero su clara subordinación al predominio del idioma castellano, contemplado como un vehículo de expansión del prestigio español en el mundo⁷⁵⁶. Y frente a unas afirmaciones del entonces dirigente máximo del partido *Estat Català* Francesc Macià, durante su visita en 1927-28 a América del Sur —donde también recibió la solidaridad de la FSG—, en las que equiparaba las aspiraciones independentistas de Cataluña con Galicia, Fortunato Cruces respondía airado en la palestra pública que la mayoría de los gallegos no compartía esas aspiraciones, abjuraba de todo separatismo y afirmaba solemnemente que “España será España, mientras vivan los gallegos”⁷⁵⁷.

Durante la década de 1930, y hasta el estallido de la Guerra Civil en España, *Nova Galicia* vio descender de modo progresivo su calidad, su número de páginas y el montante de sus suscriptores. Y, por tanto, su influencia en la opinión pública gallega de la capital argentina, de modo paralelo al declive físico del propio Fortunato Cruces. El protagonismo en la prensa galaica de Buenos Aires correspondía ahora, además de al eterno rival *Correo de Galicia*, al órgano de la FSG de tendencia galleguista *Galicia*, a su rival agrario-socialista *Acción Gallega*, y a otros periódicos semanales de menor tirada, desde *Heraldo Gallego* hasta el independentista *A Fouce*. El panorama de la prensa gallega de Buenos Aires se había diversificado, y distintas posturas se disputaban el espacio público de la colectividad inmigrante, en el doble eje derecha/izquierda y españolismo/galleguis-

753. “A Franco, en la ciudad de La Plata”, *NG*, 28.II.1928, p. 2.

754. “El héroe de África”, *NG*, 24.III.1929, p.1

755. “Glorioso aniversario de la próspera evolución de España”, *NG*, 25.IX.1929, p. 1. Pocos meses después, Cruces afirmaba añorar la época de Primo de Rivera. Ver, “Un deber a seguirse: Contra preferencias injustas”, *NG*, 26.IV.1930, p. 1.

756. “Todas las Regiones están de acuerdo”, *NG*, 28.III.1928, p. 1.

757. “El Ex-coronel Macià [*sic*] y Galicia”, *NG*, 24.I.1928, p. 1.

mo. De hecho, el debate alrededor de la consecución de un Estatuto de Autonomía para Galicia dentro de la Segunda República se convirtió en uno de los temas dominantes de la prensa, y de la opinión publicada, de la colonia gallega de Buenos Aires. Lo que era comprensible, dado el hecho de que la FSG había enviado tres delegados a Galicia —junto a otro del Centro Gallego de Montevideo— al proclamarse la Segunda República para participar en las elecciones constituyentes y laborar por la autonomía del país, y que un dirigente galaico-porteño, el galleguista de izquierda y antiguo dirigente sindical y comunista en Argentina Ramón Suárez Picallo (1892-1964), había salido elegido diputado en las Cortes de 1931, en las listas de la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA), participando después junto con otro delegado de la FSG, el agrarista y galleguista Antón Alonso Ríos (1887-1980), en la fundación del Partido Galeguista (PG) en diciembre de 1931⁷⁵⁸. Cruces, por el contrario, apenas tuvo algo que decir en esta fiebre republicano-galleguista.

Lence, sin embargo, no participó ni del fervor galleguista y federalista que inundaba a buena parte de la opinión publicada galaico-porteña, ni mostró un especial entusiasmo por la causa republicana. Se mantuvo esperanzado hasta abril de 1931 en que fructificase una solución que pasase por un *aggiornamento* de la Monarquía constitucional, al estilo de las iniciativas apadrinadas por Cambó y su Centro Constitucional en 1930. Y al proclamarse el nuevo régimen en España, la primera reacción del director de *Correo de Galicia* fue desear que una forma de pacto federal evitase el desmembramiento del territorio español en varias repúblicas independientes, así como manifestar el temor de que una radicalización social y el auge del socialismo marxista acabasen por desbordar a la recién nacida república *burguesa*⁷⁵⁹.

Ante los hechos consumados, *Correo de Galicia* se sumó por un tiempo a la fiebre autonomista que recorrió la prensa de la colectividad gallega de Buenos Aires —incluso al portavoz del tradicionalmente apolítico Centro Gallego—, y dio amplia cobertura a las actividades parlamentarias del flamante diputado Ramón Suárez Picallo. Sin embargo, al verse obligado a definirse por un tipo de estatuto de autonomía para Galicia, Lence se limitaba a recordar que la “obra patriótica del resurgimiento de Galicia” sólo se podría realizar “dentro de la unidad nacional y de un sistema federalista”. En noviembre de 1931, no obstante, el periodista coruñés dio un giro de 180 grados y pasó a postular que Galicia no sentía la autonomía, pues el pueblo gallego no otorgaba prioridad a la satisfacción del *pleito regional* y, en consecuencia, concederle un autogobierno que no reclamaba “equivaldría a crear un ambiente para el entronizamiento de un caciquismo de nuevo cuño”. Argumento, por lo demás, muy del gusto de la izquierda obrera gallega en aquel momento, y de amplio predicamento entre los sectores antiautonomistas de orientación socialista, como era el caso del periódico *Acción Gallega*, órgano de la facción escindida de la FSG en 1929⁷⁶⁰. Para intentar demostrar este último aserto, *Correo*

758. Cf. X. M. Núñez Seixas, *O galeguismo...*, pp. 182-237. Sobre la figura de Suárez Picallo, él mismo colaborador de *Correo de Galicia* entre 1926 y 1931, ver Hernán Díaz (ed.), *Ramón Suárez Picallo. Años de formación política. Selección de textos (1916-1931)*, Alborada, Buenos Aires, 2008.

759. Ver CG, 19.IV.1931, p. 1.

760. X. M. Núñez Seixas, *O galeguismo...*, p. 211; e Id., *O inmigrante...*, pp. 230-232.

de Galicia llevó a cabo durante la primera mitad de 1932 una amplia encuesta entre los inmigrantes gallegos residentes en Buenos Aires, cuyos resultados publicó a mediados de julio. De 410 respuestas, 160 (40,48%) eran favorables al centralismo, 84 (20,48%) a la autonomía de Galicia, 97 (23,65%) a la implantación de una república federal, y 51 (12,43%) a la independencia de Galicia. Sólo un 27% se mostraba proclive a admitir la plena cooficialidad u oficialidad exclusiva del idioma gallego en una futura Galicia autónoma⁷⁶¹. A pesar de su problemática representatividad, eran resultados indudablemente más favorables al galleguismo que los que este último habría cosechado en la propia Galicia, si se hubiesen llevado a cabo encuestas semejantes de este lado del Atlántico. Pero que supusieron un jarro de agua fría para los fervores autonomistas de muchas asociaciones gallegas, empezando por la FSG.

Lence se mantuvo en los años siguientes en una postura de aceptación forzosa del régimen republicano, pero de oposición a la política del gobierno de coalición republicano-socialista del primer bienio (1931-33). Ese rechazo se expresó de entrada en su escaso entusiasmo hacia el cambio de bandera y de himno acordados por el nuevo régimen. De hecho, en las páginas de *Correo de Galicia* se desarrolló una amplia polémica acerca de la conveniencia de adoptar la bandera tricolor por la joven República entre abril de 1931 y principios de 1932⁷⁶². El desencanto de Lence llegó a su máximo al observar desde la distancia la política seguida por la ORGA liderada por el republicano coruñés Santiago Casares Quiroga, devenido en flamante ministro de la Gobernación en el primer gabinete republicano. Particularmente, Lence denunció el desinterés progresivo de Casares Quiroga, y con él de la mayoría de los líderes de su partido, por la causa de la autonomía gallega⁷⁶³. La primera fase del proceso autonómico gallego, culminada con la celebración de la Asamblea de Municipios de toda Galicia en Santiago de Compostela del 17 al 19 de diciembre de 1932, fue contemplada con igual escepticismo por Lence, quien jugaba la carta del galleguismo “práctico” y defendía la equiparación del futuro Estatuto gallego con el de Cataluña, en parte por usar también ese aura legitimadora en su propio apoyo a una candidatura conservadora que concurría a las elecciones del Centro Gallego de Buenos Aires de 1932. Con todo, Lence no dejó de expresar por escrito al alcalde de Santiago de Compostela su adhesión, y con ella la de su periódico, a las resoluciones de la Asamblea y al proyecto de Estatuto aprobado en aquélla, que se suponía pasaría a ser tramitado por las Cortes de la República y sometido a referéndum en 1933⁷⁶⁴. Ante el peligro de que en España se generalizase un sistema autonómico asimétrico donde sólo Cataluña y/o el País Vasco accediesen a la autonomía, y frustrada la posibilidad de que la

761. CG, 17.VII.1932, p. 4. Igualmente, X. M. Núñez Seixas, *O inmigrante...*, pp. 233-243, para un análisis detallado.

762. Ver por ejemplo “La bandera española”, CG, 19.IV.1931, p. 1; “Sobre el cambio de la bandera española”, CG, 26.IV.1931, p.1; “La bandera rojo y gualda no es monárquica ni borbónica sino profundamente española”, CG, 31.V.1931, p.1, y “El pleito de las banderas”, CG, 19.VII.1931, p.1. Igualmente J. R. Lence, *Memorias...*, pp. 57-59.

763. Cf. José R. Lence, “Galicia de pie”, CG, 6.III.1932, p. 1.

764. Carta de José R. Lence al alcalde de Santiago de Compostela, Buenos Aires, 21.XII.1932 (Instituto Padre Sarmiento de Estudios Galegos-CSIC, Santiago de Compostela).

República adoptase una estructuración federal simétrica, eso sí “que partiese del centro a la periferia”, Lence pasó a promulgar un autonomismo *enragé* que quería superar al de la FSG y otros sectores galleguistas de la colectividad galaica de Buenos Aires, e incluso promovió una colecta de fondos a favor de la causa de la autonomía de Galicia⁷⁶⁵.

Ese autonomismo circunstancial, sin embargo, desapareció en la práctica cuando el nuevo gobierno de derechas asumió el poder en España tras las elecciones de noviembre de 1933. A partir de ese momento, la deriva conservadora y pro autoritaria de Lence no hizo sino acentuarse, en particular desde 1935. Todavía, sin embargo, envió su adhesión a la *causa regional* al celebrarse el plebiscito para la ratificación popular de la Autonomía de Galicia el 28 de junio de 1936⁷⁶⁶. Al llegar a Buenos Aires la noticia del levantamiento en armas del ejército en África y su extensión a la península, a Lence le faltó tiempo para proclamar su apoyo a los insurrectos, al igual que lo hicieron *El Diario Español* y *Nova Galicia*⁷⁶⁷. Al contrario que en 1923, Lence estaba ahora de parte del orden social frente a lo que había constituido siempre su mayor temor, la *anarquía* y la amenaza del socialismo. Se puede argüir que en determinadas coyunturas políticas esa prioridad había sido determinante en la búsqueda de un refugio circunstancial por parte de Lence, y en cierto modo también por parte de Cruces, en el galleguismo y en la identidad *regional*. Aunque no abrazó el ideario religioso de los insurrectos, manifiesto desde septiembre/octubre de 1936, ni tampoco adoptó en toda su literalidad el discurso de *Cruzada*, el periodista coruñés certificó con su apoyo laico y *contrarrevolucionario* a los generales insurrectos su opción conservadora y su vuelta al maurismo de juventud. Pero ahora su periódico perdió la batalla por el control de la opinión dentro de la colectividad gallega, manifiesto en la derrota de la candidatura profranquista en las elecciones al Centro Gallego celebradas el 23 de octubre de 1938.

Algunas conclusiones

José R. Lence y Fortunato Cruces constituyen dos modelos de trayectorias profesionales en el contexto del crecimiento acelerado de la comunidad inmigrante española y gallega en Buenos Aires durante las dos primeras décadas del siglo XX. Fueron profesionales con una opción definida: la articulación de la creciente y diversificada esfera pública de la comunidad inmigrante. Es un momento, además, en el que el acceso rápido para un recién llegado a las elites sociales argentinas ya se había cerrado, y en el que la actividad como líder político de la colectividad, al contrario que en la generación de los Calzada o Malagarriga, no llevaba aparejado el ascenso económico. Tanto Lence como Cruces mantuvieron sólo lazos débiles con el poder económico, argentino y de la comu-

765. José R. Lence, “El galleguismo y el Estatuto regional”, CG, 27.XI.1932, p. 1; Id., “Sálvese el que pueda”, CG, 30.X.1932, p. 1; “Para la propaganda de la causa galleguista”, CG, 15.I.1933, p. 3.

766. Ver X. M. Núñez Seixas, *O galeguismo...*, pp. 236-37.

767. Ver Luis Moure Mariño, *Galicia en la guerra*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1939, p. 272.

nidad inmigrante; pero, profesionales formados y autodidactas, aspiraban a dirigir la articulación organizativa de la comunidad inmigrante, dotándola de una voz y una imagen propia y defendiendo su autonomía organizativa dentro del conjunto de la colectividad española.

Ambos periodistas eran, empero, intermediarios políticos que tenían claros límites: operaban con influencia dentro de la comunidad inmigrante gallega, y hasta cierto punto dentro del conjunto de la española, pero se movían con más dificultad en los márgenes de aquéllas. Ahí precisaban de otros intermediarios —españoles, gallegos o argentinos— más influyentes que fuesen capaces de llegar a los despachos del poder, o al menos hacerlo de forma fluida. Lence poseía en ese sentido un abanico mayor de influencias que Cruces, particularmente por su anterior relación con López de Gomara y su acceso a los círculos profesionales de la prensa argentina, así como lo que podríamos denominar el entramado de la prensa étnica inmigrante, en particular los periódicos de la colectividad italiana. Igualmente, la no siempre manifiesta, pero velada simpatía de Lence hacia el Partido Radical, y en particular hacia el proyecto político de Yrigoyen, le permitió ser recibido en persona por este último en alguna ocasión⁷⁶⁸. Pero eso no le garantizaba un acceso fluido a los círculos del poder yrigoyenista. Cruces nunca llegó a frecuentar ese nivel de relación, o al menos no dejó trazas de ello.

Por último, cabe recordar que la actividad de los principales periodistas de la colectividad gallega de Buenos Aires también tenía un punto de apoyo en la esfera pública de la Galicia europea. El país de origen constituía no sólo una referencia nostálgica, sino también una constante fuente de retroalimentación y de comunicación. La sociedad civil gallega también seguía con cierta atención las opiniones de la prensa emigrante de Buenos Aires, y en algunos momentos la consideró una suerte de tribuna pública mejor informada que la propia prensa del país. Ahí, podemos afirmar, surgió un auténtico espacio transnacional de interacción entre las esferas públicas a ambos lados del océano que tuvo plena vigencia hasta los años de la Guerra Civil española.

768. J. R. Lence, *Memorias...*, pp. 234-236. Por otro lado, el secretario general de la presidencia de Yrigoyen era el periodista y escritor gallego Luis Sánchez Abal, antiguo colaborador de *Correo de Galicia* y después director del periódico porteño *La Época*, lo que sin duda debió facilitar los contactos con la Casa Rosada.



Capítulo IX

Antonio Paredes Rey ¿identidad étnica o integración social? (1883-1918)

Ruy Farías

Universidad de Buenos Aires / Universidad Autónoma de Entre Ríos
Museo de la Emigración Gallega en la Argentina

El estudio de las dirigencias, los notables y los liderazgos dentro de las distintas colectividades inmigrantes implica llamar la atención sobre uno de los aspectos menos abordados en perspectiva teórica y multidisciplinar durante las últimas décadas. Sin duda, las comunidades inmigrantes no son un producto “espontáneo” de la experiencia social, ni —a menudo— su identidad preexiste al momento de emigrar a un nuevo país. Por el contrario, es en este último donde, interactuando con paisanos e instituciones comunitarias, se descubren como colectivo diferenciado. Un papel importante en este proceso corresponde a los discursos nacional-patrióticos articulados y diseminados por los grupos dirigentes⁷⁶⁹. ¿Quiénes pueden ocupar el rol de líderes o dirigentes étnicos? Para F. Devoto pueden ser tanto las figuras prominentes que existen en cualquier grupo humano (“aquellos que por diferentes razones, capacidad personal, momento de llegada, capital simbólico [...], relacional [...], o financiero [...] profesión, sentido de la oportunidad, han logrado tener mayor éxito que la mayoría de sus connacionales o compaisanos”), como también otras personas que, sin ser necesariamente los más preeminentes en términos relativos al conjunto social, se hallaban dispuestos a invertir tiempo y recursos de distinta índole (financieros, relacionales, etc.) en sus compaisanos, en muchas ocasiones porque obtenían un beneficio personal en términos de prestigio, poder o ingresos. Como contraparte, proporcionaban algún tipo de mediación —hacia arriba o hacia el costado— entre sus compatriotas y otros grupos existentes en la sociedad donde se hallaban establecidos⁷⁷⁰.

Como sintetizó X. M. Núñez Seixas, entre las tipologías clásicas del liderazgo étnico, la de J. Higham es la más completa y operativa, por su alto grado de aplicabilidad a una miríada de contextos históricos y situaciones particulares. Este autor define como líder

769. Ver Fernando Devoto, “Prólogo”, en Alicia Bernasconi y Carina Frid (eds.), *De Europa a las Américas: dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Biblos, Buenos Aires, 2006, pp. 9-11; Xosé M. Núñez Seixas, “Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América (1879-1940)”, en A. Bernasconi y C. Frid, *De Europa...*, p. 17.

770. F. Devoto, “Prólogo”, pp. 11, 13-14.

étnico a “toda aquella persona que ejerce una influencia decisiva sobre los demás coterreños inmigrados en un contexto de obligaciones e intereses comunes”⁷⁷¹, y elabora una tipología basada en tres modelos del liderazgo, a saber: el *recibido*, el *interno* y el *de proyección*. El primero sería el característico del período formativo de las comunidades inmigrantes, preexistente en el país de origen y trasplantado al de destino, de manera que sus fuentes de poder provendrían del Viejo Mundo y, con las adaptaciones del caso, hallarían continuidad en el Nuevo. El segundo nace dentro del propio grupo étnico y se desarrolla dentro de él, a partir de personas que arriban al país en una relativamente similar situación social que la de la mayoría de sus coterreños pero que, gracias a su ascenso social y a su rol como portavoces del grupo, llegan a convertirse en sus representantes. Finalmente, el liderazgo *de proyección* refiere a individuos surgidos del grupo étnico, que adquirieron una audiencia superior a la de aquél con el que son identificados y que, de hecho, se mueven en sus márgenes o, simplemente, mantienen una vinculación débil y una implicación puramente simbólica⁷⁷².

A partir de estos modelos, Núñez Seixas identifica una serie de problemas teóricos y metodológicos promovidos por la escuela norteamericana de estudios sobre el liderazgo étnico⁷⁷³. Aplicaremos algunos de estos problemas teórico-metodológicos al análisis de la experiencia de Antonio Paredes Rey, fundador del Centro Gallego de Barracas al Sud / Avellaneda y *factotum* de la institución entre 1899 y 1917.⁷⁷⁴ A fin de contextualizar mejor el ámbito en el que adquiere y desarrolla su liderazgo, comenzaremos con una breve descripción del marco social, económico y político del partido (ayuntamiento) de *Barracas al Sud* / *Avellaneda* entre finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX.

771. J. Higham, *Cf.* X. M. Núñez Seixas, “Modelos...”, p. 21.

772. *Ibid.*, pp. 21-23.

773. 1) la naturaleza del liderazgo étnico y sus fuentes de poder y/o prestigio social; 2) el análisis concreto de las condiciones específicas en las que surge y se conforma un modelo de liderazgo étnico; 3) la cuestión de la representatividad y la legitimidad interna (y externa) de los líderes étnicos; 4) los estilos de liderazgo; 5) las estrategias e intenciones de los líderes; 6) ¿Cómo delimitar el papel de los líderes en las redes sociales informales de su actuación externa y más visible en las organizaciones que se pretenden representantes de los grupos étnicos o, si se quiere, en las estructuras de poder formal existentes dentro del grupo étnico?; 7) ¿Hasta que punto existe una relación determinante entre participación política de la elite inmigrante en la sociedad de recepción e influencia social dentro de su colectividad étnica?; 8) ¿Cómo calibrar el peso de los intereses y la identificación afectiva que juegan tanto el ámbito de pertenencia como el de referencia en las estrategias organizativas, políticas y discursivas de los líderes étnicos? *Ibid.*, pp. 23-41.

774. La institución se fundó con el nombre de Centro Gallego de Barracas al Sud, pero modificó su nombre cuando en 1904 el municipio en el que tenía su asiento mudó el suyo por el de Avellaneda.

Barracas al Sud / Avellaneda y la inmigración gallega entre finales del siglo XIX y 1930.

El partido de Avellaneda se encuentra ubicado al Sur de la ciudad de Buenos Aires, de la que lo separa el curso de de agua del Riachuelo. Fue creado en 1852 con el nombre de Barracas al Sud, pero en 1904 tanto su ciudad cabecera como el municipio todo fue rebautizado con el de Avellaneda. Por entonces, ya era el asiento de un singular desarrollo productivo, urbano y demográfico. Entre 1880 y 1900 (aproximadamente), aquel espacio hasta entonces escasamente habitado y de marcada fisonomía rural, sufrió una transformación violenta que convirtió a buena parte de su territorio en un área marcadamente industrial. Además, de manera casi contemporánea, el municipio vio surgir en su seno una impresionante estructura portuaria y exportadora⁷⁷⁵.

Esta gran expansión fabril demandó una enorme cantidad de trabajadores, generando un *boom* demográfico espectacular. Entre 1895 y 1914 la población pasó de 18.574 a 144.739 habitantes. Al menos hasta la década de 1910 este notable incremento demográfico fue consecuencia de la abundante corriente migratoria europea. En 1914 los extranjeros representaban el 46,1 %. La colonia española —la más importante entre los grupos foráneos— se componía entonces de 31.564 individuos (el 21,8 % del total demográfico de la zona). Los gallegos, entre 1890 y 1930 fueron de manera constante en torno al 68 % de todos los españoles radicados en Avellaneda, sumaban entonces unas 21.500 personas, y eran no sólo el grupo étnico más numeroso sino también entre el 13-14% de la población del partido. Además, hacían gala de una elevada concentración espacial, pues la mayoría de ellos se instalaron en la ciudad de Barracas al Sud / Avellaneda (Cuartel 1º) y en la localidad de Piñeiro (Cuartel 3º), es decir, aquellas zonas donde se concentraban los principales rubros comerciales, la mayor parte de las grandes industrias y una multitud de pequeños talleres, y que además eran contiguas al barrio porteño de Barracas, donde también existían importantes fuentes de trabajo⁷⁷⁶.

Aunque la inserción socioprofesional del inmigrante galaico en la Argentina se concretó preferentemente en el sector de los servicios urbanos o semi-urbanos, en puestos de baja y media cualificación, la masificación del número de inmigrantes a comienzos del siglo XX permitió una mayor diversificación ocupacional. De este modo, además de existir una elite que ascendió socialmente gracias a su carrera como comerciantes, industriales, importadores o a través de las profesiones liberales, no faltaron gallegos entre los obreros portuarios, operarios del ferrocarril o tranvías, u obreros en los frigoríficos⁷⁷⁷. De hecho, si algo distinguió claramente a la población gallega de este partido

775. Para una síntesis de aquel cambio urbano, productivo y social, Federico Fernández Larraín, *Historia del Partido de Avellaneda. Reseña y análisis, 1580-1980*, La Ciudad, Avellaneda, 1986, pp. 148-168.

776. Ver Ruy Farías, "Peones, obreros y jornaleras: Patrones de asentamiento e inserción socioprofesional de los gallegos en Avellaneda y Lanús, 1890-1930", en Id. (comp.), *Buenos Aires Gallega. Inmigración, pasado y presente*, CPPHC, Buenos Aires, 2007, pp. 81-90.

777. Ver Xosé M. Núñez Seixas y Raúl Soutelo Vázquez, *As cartas do destino. Unha familia*

fue su carácter marcadamente proletario, pues sobre todo puede encontrárselos entre los peones de los grandes frigoríficos y del Mercado Central de Frutos, los obreros en las industrias metalúrgicas y curtiembres, los estibadores portuarios, o como conductores de carretas y tranvías, fogoneros en las locomotoras del ferrocarril y embarcaciones de cabotaje, artesanos de la madera y el metal, o lecheros en Gerli (Cuartel 3º). En cuanto a las mujeres, por lo general, ocuparon su lugar dentro del mercado laboral en trabajos a destajo, desempeñándose como planchadoras, lavanderas, etc., en su hogar o a domicilio, o como envasadoras de la Compañía General de Fósforos, en la sección de enlatados de los frigoríficos, o en la tabacalera Piccardo (Barracas). De modo que, si bien existió un importante número de gallegos empleados en el sector terciario, y también profesionales, funcionarios, comerciantes de gran giro e industriales, la preponderancia del elemento obrero dentro de la colonia no admite dudas⁷⁷⁸.

Insertados en una zona caracterizada por el rápido crecimiento de aquel proletariado urbano generado por la expansión y diversificación de la actividad económica, los inmigrantes gallegos también se vieron envueltos en los hechos conocidos bajo el rótulo de *la cuestión social*⁷⁷⁹. Aunque en este aspecto nuestras investigaciones aún se encuentran en una etapa temprana, su protagonismo en los grandes movimientos huelguísticos de las dos primeras décadas del siglo XX (como la huelga general de 1902, o las de los frigoríficos de 1917) no admite dudas⁷⁸⁰, y configura un tipo de presencia pública que, junto a su peculiar inserción socioprofesional, debe ser aquilatada a la hora de interpretar algunas de las actitudes de su elite étnica.

La política criolla y la hegemonía de los Barceló en Avellaneda.

Como señaló, no sin desparpajo, un complaciente historiador local de Avellaneda en alusión a los cambios introducidos por la Ley Sáenz Peña (que 1912 sancionó el voto universal —masculino—, secreto, libre, obligatorio e individual), hacia la tercera década del siglo XX

galega entre dous mundos, 1919-1971, Galaxia, Vigo, 2005, pp. 21-3.

778. Ver Farías, "Peones...", pp. 90-4.

779. Sobre las condiciones materiales de la clase trabajadora y el despuntar de la *cuestión social*, Mirta Zaida Lobato, "Los trabajadores en la era del progreso", en Id. (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina Tomo V, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pp. 465-506.

780. A propósito de la de 1917, "No lo creemos", *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda* (en adelante, BOCGA), XV: 173, 15.I.1917, p. 11; Juan Rial, "Desperta ferrol!", BOCGA, XV: 174, 15.II.1917, p. 9.

La ley electoral en vigor ha marcado una nueva era y ha producido transformaciones fundamentales; pero, no obstante, todas esas variaciones han quedado inmovibles en la política nacional los caudillos⁷⁸¹.

El “régimen del 80” descrito por Natalio Botana practicaba elecciones en el orden nacional, en las provincias y en los municipios, y respetaba los períodos de renovación de las autoridades. Pero tras las formas jurídicas, se escondía un complicado mecanismo concebido para producir elecciones y asegurar la victoria de determinados candidatos en desmedro de otros. Este sistema que el autor denominó de “gobierno elector”, consistía en

una red de control electoral descendente que arrancaba de los cargos de presidente y gobernador hasta llegar, más abajo, a los intendentes y comisionados municipales, los concejales, los jueces de paz, los comisarios de policía, los jefes de registro civil o los receptores de rentas. Esta madeja de cargos ejecutivos tenía mucho que ver con las recompensas y gratificaciones derivadas de la distribución de puestos públicos, y con la relación de dependencia que se trazó entre el sistema burocrático y el sistema político. [...]

En los municipios, el manejo de la coacción en tiempos de comicio quedaba en manos de los Comisarios de Policía. Del mismo modo no parece desacertado incorporar los Jueces de Paz y los Jefes de Registro Civil a la escala de gobiernos electores, debido a la responsabilidad que estos funcionarios tenían en la elaboración del registro electoral, la integración de las comisiones empadronadoras y la formación de las mesas escrutadoras⁷⁸².

En igual sentido, M. Bisso remarca la importancia del municipio como ámbito privilegiado de “construcción” del comicio antes de la Ley Sáenz Peña, y el protagonismo del triángulo constituido por el caudillo político (a menudo el mismo intendente municipal), el juez de Paz y el comisario de policía, como garantes del triunfo oficialista. Este trío aseguraba la neutralización de la oposición y el control del municipio, particularmente durante la jornada electoral, cuando se ponían en funcionamiento los mecanismos para asegurar la victoria. Vale la pena resaltar el importante papel que en ella corresponde al juez de Paz, como única instancia de apelación electoral⁷⁸³. Por otra parte, Botana señala también que en esas elecciones los gobernantes no actuaban solos, sino que “Entre el hipotético pueblo elector y los cargos institucionales que producían el voto, se localizaba, en una franja intermedia, [...] el caudillo electoral”⁷⁸⁴.

781. Luis Fernán Cisneros, *Historia de la Ciudad de Avellaneda. La evolución de su progreso edilicio, político y social*, Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1936, p. 30.

782. Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1996* [1977], Sudamericana, Buenos Aires, 1994, pp. 176, 186.

783. Ver Matías Bisso, “La construcción del poder político y las prácticas de los partidos. Conservadores y radicales en la Provincia de Buenos Aires, 1912-1943”, Plan de Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata, 2006, pp. 1, 3.

784. N. Botana, *El orden...*, p. 186.

En un contexto como el descrito, sus prácticas alcanzaban gran relevancia, y en la ciudad de Buenos Aires (pero no sólo en ella) llegaron a envolver también a los inmigrantes. A pesar de baja participación de los mismos en los mecanismos *formales* de la lucha democrática, el mundo político porteño del novecientos conoció algunos personajes de origen inmigrante que adecuaban su conducta a los estrechos límites de una comarca electoral que pocos extranjeros franqueaban, acumulaban un pequeño capital de ciudadanos naturalizados y mercaban con esas libretas entre los notables del régimen⁷⁸⁵.

Aunque la sanción de la Ley Sáenz Peña supuso un hito indudable en la conformación del sistema político argentino, iniciando el proceso de sustitución del “gobierno elector” por un nuevo escenario en el que los partidos políticos se vieron obligados a enfrentar una verdadera competencia electoral, las realidades previas a 1912 no desaparecieron entre ese año y 1943, sino que se volvieron más complejas en relación al desafío de la ampliación electoral. Gradualmente se pasa de un escenario en el que prácticamente basta con el concurso entre el caudillo político, el comisario y el juez de Paz para controlar la situación electoral local, a otro en el que la masividad del voto obliga a tejer tramas más abarcadoras de la realidad social. Estas nuevas prácticas electorales incluyen distintas formas de movilización del electorado y la utilización de los recursos del Estado (especialmente el municipal) con fines político-electorales, a través de redes “clientelares” constituidas por otros dirigentes y militantes del propio partido, funcionarios estatales (por ejemplo, los ya nombrados policías y funcionarios judiciales), o instituciones y organizaciones sociales como la Iglesia, los clubes, las sociedades de fomento, etc.⁷⁸⁶ Es sabido que las elecciones previas a 1912 no convocaban a muchos votantes: los inmigrantes adquirirían la ciudadanía argentina en una proporción bajísima (apenas el 1,4 % en 1914 para todo el país), y en un contexto de fortísima inmigración como el de los años anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial ello generaba una paradoja de que, aunque la composición demográfica argentina experimentaba una gran mutación (particularmente en la zona del Litoral), y por ende la sociedad civil se transformaba, el mercado electoral no sufría cambios análogos. Así, por ejemplo, aunque en 1923 Avellaneda contaba ya con 188.175 habitantes, su padrón electoral apenas tenía 20.714 inscriptos, de los que apenas votaron 12.512 en las elecciones municipales de aquel año⁷⁸⁷.

La primera década del siglo XX presenció la desintegración del aparato político y del grupo que había gobernado la Argentina durante los últimos cincuenta años. A raíz de ello, muchos de los hombres que en la provincia se hallaban vinculados al “régimen” decidieron fundar en 1908 el Partido Conservador de Buenos Aires. En la mayoría de las

785. *Ibid.*, p. 188.

786. Ver M. Bisso, “La construcción...”, pp. 8-9. “Prácticas electorales” refiere tanto al ejercicio del voto, como todos los sucesos vinculados a una elección: la campaña, la votación propiamente dicha, los escrutinios, etc.

787. Ver Norberto Folino, *Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico* [1966], Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1983, pp. 26, 84; L. F. Cisneros, *Historia...*, p. 93.

elecciones celebradas en esta provincia entre 1914 y 1930 los conservadores se desempeñaron bien en los municipios con pequeños centros urbanos, mientras sus rivales de la Unión Cívica Radical hacía lo propio en aquellos que contaban con ciudades medianas o grandes. Hubo, sin embargo, dos excepciones a esta regla: Mar del Plata (que en la década de 1920 se convirtió en un baluarte socialista) y Avellaneda. De manera aparentemente paradójica al hecho de ser desde la segunda década del siglo la tercera urbe del país y un importantísimo núcleo industrial, Avellaneda constituyó un baluarte conservador a lo largo de prácticamente todo el período aquí analizado. Este hecho singular se debe a la actuación de Alberto Barceló, su indiscutido caudillo político.

Si desde la creación del partido y hasta finales de 1917 se sucedieron en el gobierno del municipio cuarenta y nueve presidentes de la municipalidad, intendentes municipales, comisionados del Poder Ejecutivo provincial, encargados de departamento e intendentes provinciales, una de las características más destacadas de estos sucesivos gobiernos fue la repetición de las mismas personas en el cargo de máxima responsabilidad comunal. Entre 1903 y 1917 tres miembros de la familia Barceló lo ostentaron nada menos que en quince ocasiones: Domingo (1903-1904, 1906), Emilio (1904-1906, 1907-1908) y Alberto (1909-1917). Este último que había comenzado su actuación política en Avellaneda en 1899, y llegaría a ser en total, intendente municipal durante veinticuatro años. Pues aunque en 1917 la intervención radical a la provincia lo marginó del cargo, volvería a ejercerlo en varias oportunidades más en las dos décadas siguientes (1924-1926, 1927-1930 y 1932-1940). Además, cuando no lo hizo, controló el manejo del gobierno local de manera indirecta, de modo que hasta la “Revolución” de junio 1943 ejerció allí una gravitación política fundamental⁷⁸⁸.

Biografía sucinta.

Figura polifacética y compleja cuya biografía completa aún está por hacer, los datos fragmentarios con los que hasta ahora contamos señalan que nació en Vigo en 1856, en el seno de una familia humilde, y que arribó a la Argentina en 1883. Aunque desconocemos la fecha exacta en que se asentó en la vieja Barracas al Sud (la primera referencia precisa, que corresponde a 1896, lo señala residiendo en la calle Belgrano 279), es un hecho que integró el núcleo fundador de la Sociedad de Socorros Mutuos General San Martín (1887), en la localidad de Isla Maciel (Cuartel 7º de Barracas al Sud). En 1890 lo encontramos como miembro de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Barracas (con asiento en el mismo municipio), e interviniendo activamente en los debates que en

788. Ver Gerly y el Partido de Avellaneda. *Síntesis Histórica. Aspectos Político y Cultural*, Secretaría General de la Municipalidad de Avellaneda, S/I [Avellaneda], s/f, pp. 31-2; L. F. Cisneros, *Historia...*, pp. 27-32, 103-111; N. Folino, *Barceló...*, pp. 39-114, 135-194. Otras referencias en María Dolores Béjar, *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, pp. 21-59; F. Fernández Larrain, *Historia...*; pp. 29-30; Rudi Varela, *Don Alberto Barceló. Su vida política*, en Roberto O. Herrero, *Lanús y su Historia*, Artes Gráficas Citocrom, Lomas de Zamora, 2000 pp. 31-34.

ese año generó el conflicto jurisdiccional que aquélla sostuvo con la poderosa Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires. Aunque ese mismo año fue elegido para integrar su directorio, cuando a comienzos de 1891 una parte mayoritaria del mismo votó el traslado de la Secretaría y Archivo de la sociedad al lindante barrio porteño de Barracas al Norte (hoy Barracas), Paredes Rey, por entonces su secretario, se opuso a la decisión y presentó su renuncia. De inmediato, junto a otros casi 130 socios radicados en Barracas al Sud, dio origen a una nueva Asociación Española de Socorros Mutuos de Barracas al Sud / Avellaneda (AESM de A), de la que también integró el directorio (fue prosecretario en 1891). En 1898 formó parte también del núcleo fundador del Centro Galaico de Barracas al Norte (denominado Unión Gallega a partir de 1903). En 1899 se alejó de la AESM de A y, otra vez casi sin solución de continuidad, fundó el Centro Gallego de Barracas al Sud / Avellaneda (CGA), primera sociedad netamente galaica del partido y la más longeva del país al día de hoy. En ella alcanzaría un protagonismo que excedió largamente el de los cargos que ostentó, constituyéndose en su principal impulsor y figura más relevante a lo largo de casi veinte años. Apenas reunida la asamblea fundacional redactó sus estatutos y fue elegido como primer presidente, cargo que repitió en otras cinco ocasiones (1900, 1902, 1905, 1912-1913). Desde 1907 y hasta su muerte fue también su presidente honorario. En cuanto a su inserción socioprofesional, inició su carrera de funcionario público como oficial escribiente en la policía de la provincia de Buenos Aires, en la que trabajó durante cinco años. Más tarde actuó como secretario en el Juzgado de Paz de Barracas al Sud y en la Sección 20ª de la Capital Federal. Aunque en dicha ciudad llegó a ser juez de Menores, fue en Avellaneda donde alcanzó los puestos más altos de su carrera, pues allí ejerció durante diez años consecutivos los cargos de juez de Paz suplente (1907-1911) y titular (1911-1917)⁷⁸⁹. La política lo vio actuar en los partidos Autonomista Nacional (PAN) y Conservador de Buenos Aires, una militancia que sin duda facilitó su acceso a aquellos altos cargos judiciales⁷⁹⁰. Formó también parte de la Liga Republicana Española. Como periodista colaboró en órganos partidarios como *La Verdad* de Avellaneda, ligado a Alberto Barceló, a cuyo círculo perteneció, del mismo modo que lo hicieron otros miembros conspicuos de la dirigencia del CGA, como Joaquín Eduardo Blanco, Feliciano M. Culler o Eloy M. Prieto⁷⁹¹. De manera consecuente con el hecho de ser un hombre del PAN, era laicista y adhirió al positivismo. Fue un miembro moderadamente destacado de la masonería argentina, iniciado en 1885 en la logia *Hijos del Trabajo n° 74*, por entonces ubicada en Barracas al Sud. En 1889, tras la mudanza de aquélla a Barracas al Norte, propició,

789. Debo estos datos, procedentes del Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, a la generosidad de los historiadores María Angélica Corva y Osvaldo Barreneche.

790. Como solía ocurrir con los funcionarios judiciales de aquella época, no tenemos constancia de que Paredes Rey hubiese cursado estudios de Derecho, ni que estuviese en posesión de título alguno relacionado con el estudio de las leyes.

791. Ver unas mínimas biografías de Culler y Prieto en L. F. Cisneros, *Historia...*, pp. 178-81. El periódico *La Verdad* fue fundado en 1908 por Alfredo A. López, socio del CGA ("Variar", BOCGA, IV: 60, 31.VII.1908, p. 23) y juez de Paz titular del Partido entre ese año y 1910 (dato que también agradezco a Corva y Barreneche).

junto a Nicolás Silles, la fundación de una nueva logia (*Hijos del Progreso* n° 93), que Paredes Rey presidió. A partir de 1905 pasó a actuar en la logia *Constancia* n° 7, y seis años más tarde alcanzó el grado 33° de la masonería⁷⁹². Por su iniciativa se creó además la Sociedad de Beneficencia Hermanos de los Pobres que rigió durante varios lustros. Finalmente, formó parte de la directiva de la Sociedad Popular de Educación. Debido a su rol de juez de Paz, dirigente étnico y masón, Paredes Rey gozó de un importante grado de visibilidad en la prensa local, étnica y masónica, llegando a aparecer también varias veces su fotografía en las revistas ilustradas porteñas de gran tiraje *Caras y Caretas* y *P.B.T.* Su deceso el 23 de diciembre de 1918, a la edad de 62 años, fue objeto de una importante cobertura de la prensa avellanedense, étnica y masónica⁷⁹³.

792. Nicolás Silles también se inició en "Hijos del Trabajo", juez de Paz durante la década de 1890, miembro del Concejo Deliberante desde 1896, presidente de dicho cuerpo colegiado en 1907 por vez primera, y en 1908 fugaz primer mandatario municipal (Encargado del Departamento).

793. Ver Alberto Vilanova Rodríguez, *Los gallegos en la Argentina*, Ediciones Galicia, Buenos Aires, vol. II, 1966, pp. 1099-1100; Actas de Matrimonio de la Delegación Avellaneda 1ª (en adelante, AMRCA) del Registro Provincial de las Personas (Provincia de Buenos Aires), n° 19, 15.II.1896; Segundo Libro de Actas de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Barracas, 28.II.1890, 10.VII.1890, 13.VII.1890, 31.VIII.1890, 14.I.1891, 17.I.1891, 23.I.1891, 24.I.1891; *Asociación Española de Socorros Mutuos de Barracas y Buenos Aires. 100 años de mutualismo*, S/e, S/l [Buenos Aires], S/e, 1962; *Asociación Española de Socorros Mutuos de Avellaneda. Bodas de Oro, 1891-2 de febrero-1941. Memoria conmemorativa*, S/e, S/l [Avellaneda], 1941; Libro de Actas n° 1 de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Avellaneda, 2.II.1891, 22.II.1891, 3.III.1891, 17.IX.1899, 1.X.1899, 3.VII.1899, 14.X.1899, 15.X.1899; Xosé M. Núñez Seixas, *Emigrantes, caciques e indios. O influxo sociopolíticos da emigración transoceánica en Galicia (1900-1930)*, Xerais, Vigo, 1998; "Los gallegos de Barracas al Norte y Avellaneda. Actitud digna de ejemplo", BOCGA, IV: 47, 30.VI.1907, pp. 1 y 3; Federico Fernández Larrain, "Suplemento 90º aniversario del Centro Gallego", en diario *La Ciudad*, Avellaneda, 20.X.1899, p. 1; Juan Ruibal y Diego Barros, "Un palacio en la plaza. El Centro Gallego de Avellaneda, 1899-1919", en Hebe Clementi (comp.), *Inmigración española en la Argentina*, Oficina Cultural de la Embajada de España, Buenos Aires, 1991, p. 87; Libro de Actas de Comisión Directiva del Centro Gallego de Barracas al Sud / Avellaneda (en adelante, ACD), 1: 22.X.1899, 14.XI.1899, 21.XI.1899; N. Folino, *Barceló...*, p. 193; "Himno del Centro Gallego", BOCGA, XI: 118, 15.VI.1913, p. 3; Alcibíades Lappas, *La Masonería Argentina a través de sus hombres* [1958], S/e, S/l, 2000, p. 332; Rafael Restaino, *La Masonería en la Provincia de Buenos Aires*, Editorial el Pan de Aquí, Pergamino, 2004 p. 159; "Pod. Her. Antonio Paredes Rey Gr. 32", en *La Cadena de Unión* (en adelante, LCU), aprox. 1911; L. F. Cisneros, *Historia...*, p. 133; "Antonio Paredes Rey. Falleció ayer", en *La Opinión* [en adelante, LO], 24.XII.1918; "Antonio Paredes Rey", en *La Verdad*, 25.XII.1918; "Centro Gallego, de Avellaneda. Antonio Paredes Rey", en semanario *El Eco de Galicia*, 30.XII.1918; "Antonio Paredes Rey 33", en LCU, 30.XII.1918; "Los bomberos voluntarios de Barracas al Sud", *Caras y Caretas* (en adelante, CyC), IV: 137, 18.V.190; "Sociedades", IX: 425, 24.XI.1906; "Actualidades de provincias", CyC, XVI: 749, 8.II.1913; "Personalidades españolas", CyC, XVII: 796 (Número Almanaque 1914), I.1914; "Demostración a un juez de paz", CyC, XVII: 803, 21.II.1914; "Provincia de Buenos Aires", CyC, XX: 968, 21.IV.1917; "Provincia de Buenos Aires", CyC, XX: 980, 9.VII.1917; *P.B.T.*, 3.VIII.1912.

¿Qué tipo de liderazgo étnico desarrolló este singular personaje en el marco de un contexto humano y político de por sí tan peculiar? Más precisamente, ¿de qué modo ilustra su caso aquellos problemas teórico-metodológicos planteados por Núñez Seixas?

La naturaleza de su liderazgo, sus fuentes de poder y de prestigio social.

Retomando lo señalado por Higham ¿fue el suyo un liderazgo *recibido*, *interno* o *de proyección*? Atendiendo a lo señalado en su biografía, no contamos por ahora con ningún elemento que nos lleve a pensar que su caso se ajuste al primero de esos modelos. Su origen humilde y la falta de datos sobre cualquier tipo de prestigio previo al arribo a la Argentina, nos obligan a descartar (al menos por ahora) que sus fuentes de poder se hubieran originado en Galicia para luego transplantarse al Río de la Plata. En cambio, sí habría gozado de un importante liderazgo *interno*. Si bien no contamos con datos precisos de la inserción socio-profesional de todos los miembros fundadores del CGA, es posible que, gracias a su carrera dentro del Poder Judicial porteño y bonaerense, Paredes Rey fuese uno de los que experimentó un mayor ascenso social. Cuando menos desde 1890, poseía, además, peso específico y predicamento dentro de las instituciones mutualistas españolas de Barracas al Sud. Del mismo modo, por el momento las fuentes tampoco permiten saber de forma taxativa si proporcionó servicios económicos a la colectividad inmigrante española o gallega a través de vías formales o informales, pero al impulsar y constituirse en *alma mater* de la creación del CGA, habría servido como catalizador de un estado de opinión favorable a la formación de un ámbito de sociabilidad galaica⁷⁹⁴. A partir del mismo, y particularmente a través de sus fiestas, conmemoraciones, celebraciones, o de su órgano de difusión, el *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda* —BOCGA—, creado en 1903 también a iniciativa de Paredes Rey⁷⁹⁵), favoreció la creación de foros de expresión y comunicación comunes⁷⁹⁶. Su preocupación por el progreso del colectivo aparece, en cambio, como algo más difuso. Es cierto que el BOCGA se caracterizó por una verborrea en defensa de la región de origen, y que desde el plano del discurso también veló por el *prestigio* y la respetabilidad de su comunidad emigrada en la Argentina⁷⁹⁷. Sin embargo, aunque los Estatutos del CGA fijaban un carácter recreativo, de instrucción, beneficio e información para la institución⁷⁹⁸, en los hechos el único aspecto que recibió una atención

794. Ver F. Fernández Larrain, "Suplemento...", p. 1.

795. Ver ACD, 9: 30.VI.1903.

796. Parecen haber sido particularmente exitosas las "romerías gallegas" que la institución organizó anualmente entre finales de 1901 y 1910, cuyo eco trascendió el marco puramente étnico y local para llegar al gran público a través de revistas ilustradas como *Caras y Caretas*. Ver F. Fernández Larrain, "Suplemento...", pp. 6-8; "Romerías gallegas en Barracas al Sud", CyC, VII: 275, 9.I.1904.

797. Desde sus páginas fue constante la defensa de la lucha de los agraristas gallegos y el ataque al caciquismo imperante en Galicia. Ver X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes...*, p. 260 y ss; J. Ruibal y D. Barros, "Un palacio...", p. 99.

798. En relación con su carácter de instrucción y beneficio, el Artículo 2º de los citados

eficaz y constante fue el recreativo. Mientras tanto, las reiteradamente reformadas escuelas de instrucción coral, musical y de primeras letras llevaron una vida errática, y los fines benéficos e informativos del Centro no pasaron de ser meras declaraciones en los papeles fundacionales. De modo que su liderazgo *interno* se verificó en ciertos aspectos y no en otros. Algo similar ocurriría si intentásemos encasillarlo dentro del *de proyección*. Puede suponerse que, a lo largo de sus años en la función pública y la militancia política argentina, Paredes Rey adquirió una audiencia superior a la del grupo étnico gallego. Ahí están como ejemplo las numerosas ocasiones en la que su nombre e imagen apareció en importantes revistas ilustradas, ya fuera asociado o no a la colectividad española y/o gallega⁷⁹⁹. Sin embargo, dado su grado de compromiso —incluso pecuniario— con el CGA⁸⁰⁰, sería erróneo afirmar que únicamente se movía en los márgenes de la colectividad, o que mantenía en ella una vinculación débil y una implicación puramente simbólica. En síntesis, la conclusión más sencilla (y la más obvia) respecto del modelo de liderazgo encarnado en Paredes Rey, es que el mismo no se ajusta a ninguno de los *tipos ideales* descritos, sino que reúne diferentes elementos de al menos, dos de ellos.

¿En qué grado llegó a ser reconocido su liderazgo? Sabemos que por lo general, el mismo carece de una existencia formal y legalmente reconocida por la sociedad receptora y que, por el contrario, sólo goza de vigencia dentro del espacio social específico en el que se mueven los grupos inmigrantes. También que existe un consenso respecto a identificar el liderazgo con el ejercicio de funciones directivas dentro de las instituciones étnicas. Ahora bien, como ya señalara Núñez Seixas, un problema obvio de esta definición es que no tiene la capacidad de abarcar todos aquellos fenómenos que ocurren por fuera de los espacios formales de sociabilidad étnica, con el agravante de que incluso en sus casos más felices, éstos apenas representan entre un 25 y un 30 % del colectivo inmigrante⁸⁰¹. Si bien la comisión directiva del CGA se atribuía “la representación legal de la colectividad gallega de Avellaneda”⁸⁰², e independientemente de que así lo creyesen o no, una mirada al volumen de la masa societaria del Centro en la segunda década del siglo XX, pone en tela de juicio el aspecto meramente cuantitativo de dicha afirmación. En 1912 apenas contabilizaba entre 460 y 600 socios; un año más tarde ese número era de 690, y ascendió a 865 (más otros 200 protectores) a mediados de 1916⁸⁰³.

estatutos reza: “Como instructivo: creará una biblioteca social, escuela nocturna de música, canto, lectura, escritura, historia, dibujo, cuenta... Como benéfico: establecerá un asilo o casa de salud para los socios y todos los gallegos que se hallen enfermos y acrediten no llevar más de dos meses de residencia en el país: creará igualmente una caja de ahorros y monte pío exclusivamente para los asociados”. ACD: 5, 21.XI.1899.

799. Cf. Las fotos y notas de *Caras y Caretas* y *P.B.T.* ya citados. Particularmente notable es el hecho de que su fotografía haya sido incluida entre las 36 personas que *Caras y Caretas* toma como representativas de la colectividad española, CyC, XVII: 796 (Número Almanaque 1914), I.1914.

800. Ver, por ejemplo, ACD: 2, 17.VI.1905.

801. X. M. Núñez Seixas, “Modelos...”, pp. 23-24

802. Ver “Inauguración del edificio social”, BOCGA, XII: 154, 15.VI.1916, p. 8.

803. Ver “Ecos sociales. Movimiento de socios”; BOCGA, IX: 107, 15.VII.1913; Joaquín Estrach, “Ese es el verdadero patriotismo”, BOCGA, IX: 110, 15.X.12, p. 13; y “Sociedades

Vale decir que en este último año el CGA apenas nucleaba en torno a un 5% del stock gallego de la zona, como vimos, estimado en más de 20.000 personas hacia 1914⁸⁰⁴. ¿Queremos decir con esto que el ascendiente de Paredes Rey sobre sus compaisanos era escaso, pues se limitaba a la exigua proporción del colectivo gallego asociado al CGA? De ninguna manera. Para empezar, contamos con algunos indicios que sugieren que la fundación de la institución pudo responder al conocido modelo de un liderazgo de facto basado en redes sociales informales, que alcanza formalización y estructura organizativa. Según Fernández Larrain, tras iniciar a mediados de 1899 contactos con algunos paisanos, a fin de interesarlos en la formación de una sociedad gallega, “don Antonio Paredes Rey [...] convocó a un grupo de amigos” a su domicilio particular para la asamblea fundacional⁸⁰⁵. El acta de la misma consigna la presencia de 56 personas, entre las que es posible reconocer a algunos de sus parientes sanguíneos o políticos⁸⁰⁶. Por otra parte, no debe perderse de vista que, merced a su rol de juez de Paz y militante político muy cercano al caudillo avellanedense Alberto Barceló, no sólo se situaba en una posición clave en los momentos electorales o pre-electorales, sino que era el potencial punto nodal de una red social y clientelar que podía incluir favores delante de la Justicia, recomendaciones ante los funcionarios locales y facilidades de colocaciones laborales, tanto a extranjeros como a nativos. La sanción de la Ley Sáenz Peña, con el reto que supuso a las fuerzas conservadoras, no hizo más que aumentar la relevancia de este tipo de personajes, dada su virtual capacidad de movilización de clientelas basadas en la transacción de favores mutuos. En suma, desde los diferentes ámbitos en los que se desenvuelve (étnico, masónico, judicial y político), Paredes Rey se encuentra en una situación de privilegio para desarrollar tanto las “relaciones de representación” como la “intermediación vertical” a las que aludía Devoto⁸⁰⁷.

de Socorros Mutuos. 1913”, República Argentina, *Tercer Censo Nacional de Población*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Grosso, 1916, tomo X, p 260; “Asamblea General”, BOCGA, XII: 154, 15.VI.1916, 23.

804. R. Farías, “Peones...”, p. 85. Para 1912 el BOCGA expresaba que “calculase de 12.000 a 15.000 los gallegos radicados en Avellaneda”. “Ecos sociales”, BOCGA, IX: 108, 15.VII.1912, p. 19. Para un análisis de la escasa masa societaria del CGA en relación al *stock* gallego de la zona, Ruy Farías, “Identidad étnica e integración social: la elite del *Centro Gallego de Avellaneda* en las dos primeras décadas del siglo XX”, en *Actas de las XIª Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, San Miguel del Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2007, pp. 14-7.

805. F. Fernández Larrain, “Suplemento...”, p. 1.

806. Como Lino Pérez Quirós (yerno), Modesto Beiró (cuñado) o Antonio Paredes Beiró (hijo). Ver, ACD: 1, 22.10.I.1899. Así mismo, Ruibal y Barros han mencionado que entre las personas que formaron la primera masa social del CGA, se contaba prácticamente toda su familia nuclear. Ver J. Ruibal y D. Barros, “Un palacio...”, p. 87.

807. Para este autor, el papel de los dirigentes y de los líderes se comprenderá mejor al “concentrarse en las relaciones de representación (institucionales y simbólicas) y en las relaciones de intermediación vertical entre los inmigrantes con pocos recursos de cualquier tipo y otros conjuntos sociales, que lo tenían en mayor grado”. F. Devoto, “Prólogo”, p. 14.

Condiciones específicas para el surgimiento y conformación de un liderazgo.

De lo dicho hasta aquí podría desprenderse la idea de que, puesto que Paredes Rey constituye una figura sobresaliente en los espacios donde desarrolla su vida pública, y a que ambicionaba o veía con buenos ojos la creación de un ámbito de sociabilidad de carácter netamente gallego, era “natural” que su *carisma* le llevara a convertirse en un reconocido dirigente del colectivo inmigrante galaico de Avellaneda. No obstante, aún siendo dicho carisma un elemento significativo para explicar cómo un sujeto determinado llega a destacarse por sobre el resto de la comunidad inmigrante, no basta para explicar el liderazgo. En el caso particular de Paredes Rey, se trata de una persona que ya hacia 1899 disfruta de una amplia experiencia profesional, asociativa, política, e incluso oratoria, desarrollada en el marco de la sociedad de acogida. En consecuencia, su caso se ajusta al de aquéllos líderes que proceden de estratos caracterizados por la movilidad social ascendente gracias al ejercicio de actividades profesionales, y que están en condiciones de aportar el bagaje de recursos inmateriales a las empresas colectivas que Núñez Seixas señala como parte de las condiciones específicas que dan lugar a un liderazgo⁸⁰⁸.

Sin embargo, éste no es un fenómeno estático sino el producto de coyunturas específicas: No está dado de una vez y para siempre: bajo ciertas condiciones puede adquirirse, y en otras, distintas, perderse. El de Paredes Rey parece hasta cierto punto ligado a la hegemonía de los Barceló en el partido. La fundación del CGA fue seguida por tres años en los que numerosas dificultades y deserciones comprometieron, por momentos seriamente, su viabilidad y existencia⁸⁰⁹. En abril de 1903 Domingo Barceló es designado comisionado del Poder Ejecutivo provincial en Avellaneda, iniciando una sucesión de relevos entre personas del círculo barcelista (el mismo Domingo, sus hermanos Emilio y Alberto, así como también Nicolás Silles y Pedro Sala) que, salvo en el interregno que va de julio de 1906 a febrero de 1907, no se detendrá hasta septiembre de 1917⁸¹⁰. En esos 14 años el CGA se apunta algunos logros indiscutibles, pero los mismos llegan acompañados por una cada vez más clara tendencia hacia la inmovilidad en sus cargos directivos. En ambos fenómenos puede escucharse el eco de un liderazgo cada vez más afianzado.

En enero de 1903 nace el BOCGA. En mayo del año siguiente, en un tiempo récord de apenas una semana, el CGA gestiona y obtiene del gobierno provincial su personería jurídica. La gestión fue realizada por el escribano público Adolfo B. Cambiaso, otra persona sindicada por Forlino⁸¹¹ como parte del círculo de Alberto Barceló, pero cabe preguntarse si existió además alguna vinculación personal entre Paredes Rey (por entonces secretario de la sociedad) y el también conservador y gobernador

808. X. M. Núñez Seixas, “Modelos...”, p. 25.

809. Ver “El que persevera vence”, BOCGA, I: 9, 1.V.1904.

810. Gerli y el Partido de Avellaneda, pp. 31-32.

811. N. Folino, *Barceló...*, p. 193.

de la provincia Marcelino Ugarte⁸¹². En cualquier caso, precisamente en febrero de 1904, había asumido como comisionado Emilio Barceló, designado “socio honorario” del CGA por la asamblea general extraordinaria celebrada el 24 de julio de ese año. La misma asamblea aprobó la compra por valor de \$ 24.000 de un lote de terreno situado en un lugar de privilegio del centro de Avellaneda, contiguo al edificio del Concejo Deliberante, frente a la Plaza Alsina y la Catedral, y en diagonal a la residencia privada de Alberto Barceló y destinado a la futura edificación de un edificio social propio (hasta entonces el CGA funcionó en diferentes locales alquilados)⁸¹³. El 26 de octubre de 1908, a iniciativa del CGA según Vilanova Rodríguez, el Concejo Deliberante de Avellaneda aprobó un proyecto por el cual pasó a denominarse “Avenida

812. Ver los telegramas cruzados entre el CGA y el Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, en “La personería jurídica”, BOCGA, I: 10, 1.VI.1904, pp. 2-3.

813. El mecanismo de compra del lote es muy llamativo. Según Fernández Larrain, “El primer signo de triunfo de la voluntad de los gallegos del Centro fue el haber logrado adquirir el terreno para edificar la Casa Social, en un sitio que hasta hoy constituye un milagro por lo privilegiado del mismo: De repente cuando menos se lo esperaba, una agradable sorpresa llegó a los socios. El presidente Antonio Paredes Rey y el secretario D. Feliciano M. Culles (*sic*) habían adquirido un terreno, ubicado en la Avenida Gral. Mitre frente a la Plaza Adolfo Alsina por la suma de \$ 24.000, terreno que ofrecían ceder a la sociedad a la cual presentaban al mismo tiempo un proyecto de financiación de la operación. A primera vista este fue Juzgado como utópico no comprendiendo como disponiendo tan sólo de la pequeña cantidad de \$ 4.000 podía la Comisión Directiva tomar la responsabilidad de cargar las finanzas sociales con una deuda considerable. Una asamblea extraordinaria se reunió y después de animada discusión la proposición fue aceptada en todas sus partes y se dio principio a la tarea de juntar los recursos necesarios”. F. Fernández Larrain, “Suplemento...”, pp. 4-5. En primer lugar, el autor de la fuente utilizada por Fernández Larrain confunde los cargos de los supuestos autores de la operación inmobiliaria (el presidente era José Lalín, y Paredes Rey su secretario, y Culler -que no Culles- se desempeñaba como rematador de tierras). En segundo lugar, según el BOCGA, el efectivo con el que contaba la sociedad no sumaba \$ 4.000 sino \$ 2.573,97 (“Asamblea General”, BOCGA, I: 12, 1.VIII.1904, p. 4). El mismo artículo menciona lacónicamente en su página 5 que el presidente saliente, José Lalín, mencionó en su discurso que “Al terminar el mandato que nos habéis conferido, no puedo por menos que recomendar a todos los asociados que estudien la necesidad absoluta de que el Centro Gallego tenga a la mayor brevedad posible una casa propia. Estos plausibles propósitos han preocupado seriamente la atención de vuestra comisión directiva [...]. Antes de terminar la asamblea, se os presentará a vuestra deliberación un proyecto que creemos será de fácil solución. [...]” [...] Seguidamente se aprobó un proyecto de resolución autorizando a la Comisión Directiva para emitir acciones por la cantidad que estime necesaria con destino a la compra de un terreno para casa social [...]”. Momentos después, la asamblea reelegía a José Lalín, Antonio Paredes Rey y José Vázquez para los cargos de presidente, secretario y tesorero. Sin embargo, lo más difícil de entender es, de ser ciertas las constantes referencias a la condición humilde y trabajadora de la mayoría de sus asociados, y dada la flaqueza de la masa social, la evidente desproporción entre los recursos genuinos del CGA y la magnitud de la obra acometida. Para un análisis somero de la condición socioeconómica de sus afiliados, R. Farías, “Identidad...”, pp. 9-11.

Galicia” a una calle del partido (la primera arteria del país en llevar tal nombre)⁸¹⁴. En 1915 la sociedad acomete la ambiciosa empresa de demoler su primitivo edificio social y construir uno nuevo y mayor. Dado que su capital líquido no sobrepasaba los \$ 7.200, debió gestionar un crédito hipotecario de \$ 100.000 de la “La Edificadora de Avellaneda”. El hecho de que dicho crédito no sólo descansase sobre la garantía de la propiedad social, sino también sobre la persona de Paredes Rey y otros ocho miembros de la directiva del CGA que actuaban como garantes “subsidiarios”, no hace palidecer el hecho de que la obtención del mismo significó una verdadera proeza, considerando la crisis que atravesaba la economía argentina como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Ese mismo año se demolió el edificio existente y dio comienzo a la construcción del nuevo, solemnemente inaugurado en mayo de 1916⁸¹⁵.

Sin embargo, dichos logros discurrieron de forma paralela a un cada vez mayor resguardo de los intereses del grupo dirigente del CGA y, particularmente, a una concentración de poder en la figura de Paredes Rey que va mucho más allá de la relevancia teórica de los cargos que desempeñó en las sucesivas comisiones directivas. En primer lugar él es, desde su aparición en 1903 y hasta mayo de 1905 el director del órgano de prensa de la institución. Entre noviembre de ese mismo año y diciembre de 1908 el cargo será ocupado por otras dos personas, pero entre enero de 1909 y mayo de 1915 quedará oficialmente vacante. Nuestra hipótesis es que en realidad Paredes Rey vuelve a ocuparse de su redacción, aunque de forma no explícita⁸¹⁶. Vale la pena poner de relieve este hecho porque muchos de los artículos de opinión del BOCGA no llevan firma, de lo que puede deducirse, si no la autoría de Paredes Rey, al menos la concordancia entre lo expresado por el hipotético autor y el pensamiento de aquél. En mayo de 1915 se nombra como nuevo director a Higinio Chantretero, pero con la salvedad de “en todos los trabajos [Chantretero] debe estar de acuerdo con el señor Presidente Honorario”⁸¹⁷. Dos años después, al filo de retirarse de las intervenciones directas en las decisiones del CGA, Paredes Rey continuaba ejerciendo como “censor oficial” del BOCGA⁸¹⁸. En lo que hace a la renovación de los cargos di-

814. A. Vilanova Rodríguez, *Los gallegos*, p. 1102. Ver también el proyecto de ley y los fundamentos de la resolución en “Amor a Galicia”, BOCGA, IV: 63, 31.X.1908, pp. 13, 15-6.

815. Ver ACD: 277, 12.III.1915; ACD: 285, 1.VI.1915. Según el BOCGA, en términos que no requieren mayor comentario, la construcción e inauguración del palacio representó “el hecho más elocuente que ha podido realizar esta institución durante sus diez y siete años de laboriosa existencia” (“Inauguración del edificio social”, BOCGA, XII: 154, 15.VI.1916, p. 5). La otra cara de la moneda es que su viabilidad económica quedó comprometida por las obligaciones contraídas... (Vid., por ejemplo, ACD: 391, 26.II.1918). Una síntesis de las dificultades económicas del país en tiempos de la Primera Guerra Mundial en Juan Manuel Palacio, “La antesala de lo peor: La economía argentina entre 1914 y 1930”, en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina Tomo V, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pp. 106-111.

816. Para entonces ya era presidente honorario del CGA, y figurar como director del BOCGA hubiera equivalido a rebajarlo en su posición.

817. ACD: 280, 20.IV.1915.

818. ACD: 366, 14.VIII.1917.

rectivos, desde lo puramente formal, los estatutos sociales determinaban que el gobierno del Centro sería confiado a una comisión directiva de renovación anual mediante el voto de los socios reunidos en asamblea general⁸¹⁹, lo que podría sugerir una vida institucional democrática y fluidez en la renovación de las autoridades. Sin embargo, al igual que en el caso de las sociedades mutualistas españolas e italianas de Buenos Aires estudiadas por Devoto y Fernández⁸²⁰, y que en el de los centros gallegos en América en general analizados por Núñez Seixas, un examen que vaya más allá de la estructura jurídica revela una realidad diferente.⁸²¹ En primer lugar, debido a que las asambleas generales sólo podían sesionar en primera convocatoria con la presencia de al menos una tercera parte de los asociados con su cuota al día, en la práctica todas las del periodo examinado lo hicieron en 2ª convocatoria (es decir, con al menos veinte socios)⁸²², lo que lejos de favorecer la pluralidad de voces en estos foros, aumentaría el peso del o los grupos formados en torno a las figuras más prominentes. Por otra parte, las posibilidades reales de lucha democrática por el control de la institución parecen haberse acotado desde temprano. La misma asamblea que en julio de 1904 aprobó la compra del lote de terreno donde se levantarían los futuros edificios sociales (en 1906 y 1916), inició también el ciclo de repetición de los nombres entre los máximos cargos directivos. En aquella ocasión José Lalín y Paredes Rey fueron reelegidos como presidente y secretario para el periodo 1904-1905, y en vísperas de la siguiente cita electoral (que haría presidente a Paredes Rey y secretario a Culler para el mandato 1905-1906), Lalín propuso la confección de una “lista oficial de candidatos”⁸²³. Esta modalidad no sólo se repetirá más adelante, sino que se llegará al punto de que la “lista oficial” para el periodo 1917-1918 incluyó exactamente a las mismas personas que conformaban la comisión directiva teóricamente saliente⁸²⁴. Sería quizá osado afirmar de manera categórica que estas elecciones fueron siempre del tipo de las que en la época de la democracia oligárquica argentina se denominaba “canónicas”, pero las fuentes tampoco ofrecen indicios que avalen la existencia de una lucha electoral entre dos o más facciones y/o candidatos. Resultan en cambio elocuentes respecto a cómo

819. Ver ACD: 5, 21.XI.1899.

820. Ver Fernando Devoto y Alejandro Fernández, “Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo”, en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 137-138.

821. Para este último autor, aunque la estructura interna y el funcionamiento de los centros gallegos en toda América acostumbraba regirse por reglas democráticas (según las cuales cada socio pleno tenía derecho a decidir sobre el gobierno de la institución mediante su voto en asambleas *ad hoc*), su carácter y naturaleza pueden ser juzgados con bastante frecuencia como clasistas, elitistas y antisolidarios, de modo que por lo general únicamente aquellos inmigrantes acomodados resultaban elegidos para puestos representativos, que además requerían una cierta dedicación y responsabilidad. Xosé Manoel Núñez Seixas, *O galeguismo en América, 1879-1936*, Edición do Castro, Sada, 1992, pp. 33-34.

822. J. Ruibal y Diego Barros, “Un palacio...”, p. 92.

823. ACD: 47, 23.V.1905.

824. Ver ACD: 241, 26.V.1914; ACD: 378, 19.VI.1917.

las veinte comisiones directivas del período 1899-1918 se conformaron con un número relativamente pequeño de personas⁸²⁵. Además, los cuatro apellidos que más se repiten en ellas (Paredes Rey, Culler, Blanco y Pérez Quirós) se hallaban ligados entre sí por la asociación en actividades lucrativas y profesionales (Blanco y Culler), el parentesco (Paredes Rey y Pérez Quirós, Culler y Blanco), y por su rol de funcionarios públicos en el mismo municipio y de militantes de la misma fuerza política (Paredes Rey, Culler y Blanco), etc⁸²⁶. Esta escasa rotación de las autoridades del Centro fue interpretada por J. Ruibal y D. Barros, como una respuesta del grupo dirigente a la presión ejercida por el inédito crecimiento del flujo gallego hacia Avellaneda en los años previos a la Primera Guerra Mundial⁸²⁷. Sin descartarla, proponemos agregar a dicha hipótesis el anhelo de mantener el control del CGA dentro de los acotados límites de un círculo de confianza, en momentos en los que era necesario obtener y gestionar el enorme crédito necesario para la construcción del nuevo y oneroso edificio social. Es justamente durante la segunda década del siglo cuando la tendencia a la inmovilidad en los cargos directivos parece alcanzar sus niveles más altos, y en el ejercicio 1912-1913 Paredes Rey, que ya era un presidente honorario atípico debido a notable injerencia en las comisiones directivas que se sucedieron desde 1907, vuelve a ocupar la presidencia ordinaria, siendo acompañado en la comisión directiva por algunos de los miembros de su círculo más íntimo dentro y fuera de la institución (Blanco, Culler, Antonio e Ildefonso B. Paredes —dos de sus hijos— y Pérez Quirós —su yerno)⁸²⁸. Finalmente, la concesión en 1915 del enorme crédito para la construcción del nuevo edificio social dio lugar a un nuevo avance en la inamovilidad de los puestos directivos: a propuesta de Paredes Rey se decidió que los garantes subsidiarios (todos ellos miembros de la comisión directiva) fuesen inamovibles de sus cargos durante los primeros cinco años de las responsabilidades hipotecarias⁸²⁹. Parece existir un cierto paralelo entre el grado de desafíos económicos que el CGA va asumiendo y el afianzamiento del liderazgo de Paredes Rey y su círculo, conformándose una dinámica en la que la institución sólo puede encarar la resolución de sus retos apelando a las mismas personas que la embarcan en ellos.

Al interior del Centro, y con independencia del cargo que en cada momento ostentase, Paredes Rey siempre se manejó como el verdadero dueño de la situación. No sólo fue la persona con mayor número de presencias en las sucesivas comisiones directivas (18), sino que también integró cuanta comisión especial fuese creada para la

825. Antonio Paredes Rey (18 presencias, 6 veces presidente), Feliciano M. Culler (12 / 0), Joaquín Eduardo Blanco (10 / 2), Lino Pérez Quirós (10 / 0), José Lalín (10 / 2), Francisco Maquieira (8 / 0), José Otero Conde (8 / 0), José Vázquez (5 / 0), Abelardo Álvarez (5 / 1), Guillermo Areán (5 / 0), Andrés Pailós (2 / 1), Francisco Lalín (2 / 1), Edelmiro Castro (3 / 1), Revoredo (4 / 3), Gregorio Sampayo (3 / 2). Ver ACD (años 1899-1905 y 1913-1918) y BOCGA (años 1903 a 1918).

826. Ver ACD: 12, 21.VII.1903; ACD: 14, 28.VII.1903; AMRCA, 1903: 55.

827. Ver J. Ruibal y D. Barros, "Un palacio...", pp. 94-95.

828. Ver BOCGA, IX: 108, 15.VIII.1912, p. 1.

829. Ver ACD: 287, 15.VI.1915.

resolución de un proyecto o problema puntual, sin importar si éstos eran relevantes (alquiler de salones, compra del terreno donde se edificaría el palacio social, obtención del crédito para la obra, creación de escuelas para socios, etc.) o no (diseño de los gorros con que los que se tocaban los miembros de la directiva durante las salidas “en corporación”, confección del reglamento interno para la escuela de música, etc.). No es posible hallar en las actas ninguna decisión trascendental de la comisión directiva en la que no se escuchase y atendiese su voz. Por el contrario, son varias las señales de que en su ausencia la capacidad decisoria del órgano quedaba paralizada⁸³⁰. Cuando la urgencia de los acontecimientos lo requirió (y aún en otros casos donde eso no está tan claro), tomó por su cuenta las decisiones que en principio correspondían a toda la comisión directiva⁸³¹. Más allá de ese rol protagónico en la toma de decisiones, su preeminencia se manifestó también en algunos detalles pequeños, sólo perceptible para los miembros de la institución, pero no por ello menos significativos⁸³². En otras ocasiones, sin embargo, los gestos fueron tan inequívocos como visibles para propios como para extraños⁸³³. Como trasfondo de estos hechos se desarrolló al interior del CGA un clima cada vez más cercano al *culto a la personalidad*, en el que Paredes Rey era permanentemente presentado como verdadero *deus et machina* de todos los progresos de la institución⁸³⁴.

830. Ver, por ejemplo, ACD: 20, 20.XII.1904.

831. Ver, por ejemplo, ACD: 31.X.1901, ACD: 3, 11.V.1903; ACD 46, 14.VI.1904; ACD: 20, 20.XII.1904; ACD: 24, 31.I.1905

832. Por ejemplo, cuando en el ejercicio 1901-1902 se desempeñó como secretario de la institución, las ACD comenzaban explicitando tanto el nombre y cargo del presidente como los de aquél. En cambio, cuando en el siguiente período Paredes Rey fue nuevamente presidente, el nombre del secretario desaparece del encabezado de las ACD, y además, este deja de hablar “con la autorización del presidente” para pasar a hacerlo “por orden” suya.

833. Por ejemplo, cuando se convidó a las autoridades municipales del Partido a un *lunch* de agradecimiento por el bautizo de una calle con el nombre de Avenida Galicia, fue él y no el presidente en ejercicio quien se dirigió a los comensales, siendo además las suyas las únicas palabras registradas por el BOCGA. Ver, “Confraternidad Hispano-Argentina”, BOCGA, V, 64: 30.XI.1908, 1 y 3.

834. Además de los numerosos homenajes que se le realizaron, y de la profusión de artículos laudatorios publicados en el BOCGA, era habitual la reproducción textual de los artículos de cuantas publicaciones invocasen su nombre en términos laudatorios. Incluso se llega al extremo de ocupar entre julio de 1914 y diciembre de 1917 toda la contratapa del BOCGA con resúmenes estadísticos de las actividades del Juzgado de Paz que él presidía. Finalmente, a medida que pasan los años el nombre de Paredes Rey (y su rol de presidente honorario) va dejando de ser un añadido al cuadro de la composición de la comisión directiva de turno, para constituirse en el elemento central del encabezado. Este último aspecto, sin embargo, cambiará radical y automáticamente cuando se produzca aquella sustancial renovación de 1917 en el seno de la directiva. Ver, BOCGA, V: 64: 30.XI.1908, p. 3; BOCGA, XI: 131, 15.VII.1914, p. 1; BOCGA, XIV: 172, 15.XII.1917, p. 1.

Pero este doble y paralelo proceso de retos y consolidación de la figura de un dirigente (o dirigentes, ya que Blanco y Culler no pueden ser ignorados) no se desarrolla aislado de la sociedad que lo rodea. Ningún análisis serio del liderazgo étnico puede prescindir del estudio de la *estructura de oportunidades* que en cada momento encuentran las diferentes generaciones de inmigrantes para su formalización y consolidación. Es necesario entonces, interrogarse sobre cuánto pueden haber gravitado los vínculos que unían a Paredes Rey con los hermanos Barceló, tanto en su rol de funcionario público como en la consolidación de su liderazgo en el CGA, sin perder de vista la posible retroalimentación entre uno y otro ámbito. Repasemos la coyuntura política local en el momento en que se producen los hitos arriba señalados. En 1899, cuando Paredes Rey se marcha de la AESM de A para crear una sociedad étnica autónoma, Domingo Barceló accede por primera vez al cargo de presidente del Concejo Deliberante⁸³⁵. Cinco años más tarde, cuando el CGA tramita en tiempo récord su personería Jurídica, y Paredes Rey y Culler compran el lote de terreno que inmediatamente “ceden” a la sociedad, otro Barceló (Emilio) ejerce como comisionado del Poder Ejecutivo provincial en el partido. En abril de 1907, pocos días después de que Emilio Barceló asumiese como IM y Silles como presidente del Concejo Deliberante, Paredes Rey es nombrado por primera vez como juez de Paz suplente de Avellaneda. Asimismo, Emilio Barceló y Silles detentan esos mismos cargos cuando aquel órgano colegiado municipal vota la imposición del nombre “Avenida Galicia” a la antigua calle “La Mosca”. La comentada vacancia de la figura del director del BOCGA se produce justamente cuando Alberto Barceló asume por primera vez como intendente municipal. En 1911, siendo también Alberto Barceló el intendente, Silles vicepresidente 1º del Concejo Deliberante, y Blanco miembro del mismo, Paredes Rey asume como juez de Paz titular del partido. Un año más tarde reunirá en su persona los cargos de presidente en ejercicio del CGA y presidente honorario, iniciando el ciclo de máximo resguardo de los más altos cargos directivos, con dos presidencias suyas consecutivas, seguidas de otras cuatro de José María Revoredo. En 1915 es otorgado el enorme crédito de “La Edificadora de Avellaneda”, destinado a sufragar el costo del nuevo edificio social. ¿Cuánto habrán pesado Paredes Rey, Blanco y Culler (y sus vinculaciones con el poder local) para que se concediera semejante crédito a una sociedad que en 1916 no llegaba a recaudar \$ 900 mensuales en concepto de cuotas sociales?⁸³⁶

¿Resulta antojadizo ligar hechos tales a coyunturas favorables al nivel político municipal? ¿Se trata, por el contrario, de una mera sucesión de casualidades? Observemos ahora la gran mutación que a finales del año 1917 sufrió la directiva de la sociedad. Desde 1909 Alberto Barceló detentó la máxima magistratura comunal de Avellaneda. Sin embargo el 24 de abril de 1917 Hipólito Yrigoyen, decidido a quebrar las “situaciones” provinciales bajo el control de lo que denominaba “el Régimen”, declaró intervenida la

835. Uno de cuyos miembros era, como ya se dijo, Nicolás Silles, socio de Paredes Rey en la fundación de la logia *Hijos del Progreso*.

836. R. Farías, “Identidad...”, p. 17.

provincia de Buenos Aires⁸³⁷. En los meses siguientes los comisionados radicales nombrados por el Interventor José Luis Cantilo, reemplazaron a los caudillos conservadores en la mayoría de los partidos bonaerenses. El 25 de septiembre Barceló fue desplazado de la máxima magistratura municipal⁸³⁸. Al ser disuelto el Concejo Deliberante, también Culler perdió su puesto en la administración comunal. Para entonces, tras seis años de ejercicio continuo y pese a haber integrado una vez más la terna previa a la designación del cargo, Paredes Rey había dejado ya de ser juez de Paz titular de Avellaneda⁸³⁹. A lo largo de ese mismo año se desata una crisis profunda al interior del CGA. En ocasión de celebrarse la asamblea general ordinaria de renovación de autoridades, las ACD y el BO-CGA dan cuenta (por primera vez) de una dura crítica a la directiva saliente, centrada en su manejo de los fondos sociales y en la naturaleza misma de los gastos. No obstante resultar reelecta la comisión, entre julio y octubre una serie de personas ligadas a Paredes Rey presentan la renuncia a sus cargos directivos. Pero la impugnación no remitió, y llegó a alcanzar cotas tales que en noviembre debió convocarse una asamblea general extraordinaria⁸⁴⁰. La razón de ello radicaba en que,

por cuanto en una reunión privada habida entre los Sres. Presidente, Vice-presidente, Tesorero, Pro-Tesorero⁸⁴¹ y los vocales Areán, Pérez [Quirós] y García Villaverde, [...] han resuelto presentar su renuncia con carácter indeclinable de los cargos que respectivamente ejercen [...] ⁸⁴².

A éstas habrían de sumarse todavía varias renunciaciones más, todas de personas pertenecientes al círculo de Paredes Rey. Como consecuencia de ello, en diciembre de 1917 se verificó por primera vez después de varios años una renovación casi absoluta de la directiva del CGA, con la salida de toda la que podría denominarse su “vieja guardia”, incluyendo a los omnipresentes Paredes Rey, Blanco y Culler⁸⁴³. Este hecho

837. A partir de entonces los radicales controlaron el gobierno provincial hasta la revolución del 6 de septiembre de 1930.

838. En su lugar asumió el comisionado del Poder Ejecutivo provincial José María Sarobe. Sin embargo, los conservadores recuperarían el control del municipio en julio de 1922 y ya no lo cederían, no obstante el control radical de la provincia hasta la “revolución” del 6 de septiembre de 1930. Ver M. D. Bejar, *El régimen...*, pp. 33-4; Richard Walter, *La provincia de Buenos Aires en la política argentina (1912-1943)*, Emecé, Buenos Aires, 1987, pp. 63-65, 68; L. F. Cisneros, *Historia...*, pp. 137-138.

839. Ver LO, II: 394, 9.I.1917, p. 1; LO, II: 401, 16.I.1917, p. 1.

840. Ver ACD: 381, 10.VII.1917; ACD: 365, 7.VIII.1917; ACD: 376, 30.X.1917; “La Asamblea”, BOCGA, XII: 15.VII.1917, p. 20; “Asamblea Extraordinaria”, BOCGA, XII: 171, 15.XI.1917, p. 8-11, 14.

841. Es decir, Revoredo, Culler, Blanco y Ferro.

842. Ver ACD: 378, 13.XI.1917.

843. De hecho, Paredes Rey no asistió más a las reuniones de la comisión directiva, algo a lo que tenía derecho por ser el presidente honorario, y como hasta entonces había venido ocurriendo. Ver ACD: 379, 20.XI.1917; “La Asamblea. Sensibles renunciaciones”, BOCGA, XII: 172, 15.XII.1917, p. 3; ACD: 379, 20.XI.1917; ACD: 383, 22.XII.1917; ACD: 385, 2.I.1918. Vid.

parece reafirmar la hipótesis de que existe una correlación entre la situación política imperante en el partido y el equilibrio de poder al interior del Centro, y que, tras la pérdida su base de sustentación en el primero, Paredes Rey y su círculo fueron rápidamente apartados de la conducción del segundo.

Representatividad y legitimidad interna; estrategia e intenciones

El desarrollo de las condiciones en las que surge y se eclipsa un liderazgo como el de Paredes Rey remite, a su vez, a otro problema de difícil solución empírica como es el de la representatividad y legitimidad interna de los líderes étnicos. Paredes Rey parece ser (por lo menos en cuanto al reconocimiento que le brindan tanto la prensa étnica como la local) la personalidad más visible de la colectividad gallega de Avellaneda durante las dos primeras décadas del pasado siglo. Además, ocupa en varias ocasiones los cargos directivos más altos de la única sociedad galaica de ámbito regional del partido. Su *legitimidad*, en cambio, es mucho más difícil de medir, acechando el equívoco de confundir ésta con su evidente *visibilidad*⁸⁴⁴. El peligro no sólo está presente en relación con la conocida dilución de la identidad de los grupos étnicos a medida que nos alejamos desde el “centro” en dirección a su “frontera”, sino que la duda también puede plantearse en relación a la vida interna del CGA. Aun tratándose de una reacción predecible tras un cambio tan violento como el operado durante los últimos meses de 1917, puede ser sintomático del estado de opinión al interior del Centro el hecho de que, si bien continuará siendo el presidente honorario de la institución hasta su muerte, Paredes Rey pierde rápidamente el lugar visualmente tan preeminente que ocupaba en las páginas del BOCGA⁸⁴⁵. Este hecho puntual se relaciona con un fenómeno más general: aunque su figura jamás fue repudiada (y su muerte levantará voces en su honor), desde enero de 1918 el tratamiento, por lo demás siempre respetuoso, que el órgano de prensa de la sociedad a su persona, se halla a años luz del panegírico permanente que fuera la tónica constante en los años precedentes⁸⁴⁶. Además, dicho respeto no es óbice para que se critique duramente el oneroso proyecto de levantar una nueva y costosa casa social (una aspiración implícitamente asociada a su persona), ni tampoco una velada impugnación al manejo personalista que llevó adelante la institución⁸⁴⁷. Finalmente, los nuevos dueños de la

“Sección oficial”, BOCGA, XV: 174, 14.II.1918, p. 3.

844. X. M. Núñez Seixas, “Modelos...”, p. 27.

845. Ver BOCGA, XV: 173, 15.I.1918, p. 1.

846. Ver “Gaceta del mes”, BOCGA, XV: 184, 15.XII.1918, p. 12; “Don Antonio Paredes Rey”, BOCGA, XVII: 185, 15.I.1919, pp. 3 y 5.

847. Véanse las numerosas alusiones: a la necesidad de sobrellevar el peso de la enorme deuda causada por la que se califica como una edificación desmesurada y “de ornato”; la puesta en marcha de una obra *regeneradora* que democratice el CGA y lo aleje de “perjudiciales orientaciones”; los “vientos de fronda” que recorren la institución y disipan su “mala atmósfera”; a que el avance de la institución ya no se debe “a los esfuerzos ni a los prestigios de una sola persona”; etc.: “¡A la obra!”, BOCGA, XV: 174, 15.II.1918, p 3;

situación en el CGA atribuían a los (proclamados) “nuevos aires” democráticos de la institución, el modesto ensanchamiento de su masa social, que alcanza a superar los 1.000 individuos. Relacionan este hecho con el retorno de cierta cantidad de socios dados de baja con anterioridad a diciembre de 1917, por causa del ambiente enrarecido del Centro y las disimuladas presiones para imponer “candidaturas oficiales” a la hora de las elecciones⁸⁴⁸. Probablemente estas afirmaciones no carecen de fundamento. Además de los factores estructurales que en nuestra opinión hacían del CGA una sociedad poco atractiva para el mayoritariamente obrero elemento gallego del municipio (básicamente por su carencia de servicios mutuales)⁸⁴⁹, debe considerarse también que, a despecho del discurso interclasista, anticaciquil y de regionalismo “bien entendido” reflejado en las páginas del BOCGA⁸⁵⁰, el carácter marcadamente elitista que Paredes Rey y su entorno imprimieron a la vida y actitudes del Centro,

“Redacción. Nuevas autoridades”, BOCGA, XV: 178, 15.VI.1918, p. 3; “Redacción. Nuestros éxitos”, BOCGA, XV: 180, 15.VIII.1918, p. 3; “Redacción. Aumento de socios”, BOCGA, XV: 181, 15.IX.1918, p. 3; “Sección oficial”, BOCGA, XVI: 185, 15.I.1919, pp. 5-7; “Redacción. Adelante!”, BOCGA, XVI: 187, 15.III.1919, p. 3; Ángel G. Martínez, “El Instituto Cultural. Un éxito sorprendente”, BOCGA, XVI: 188, 15.IV.1919, p. 12; “Redacción. La memoria anual”, BOCGA, XVI: 189, 15.V.1919, p. 3; “Redacción”, BOCGA, XVI: 190, 15.VI.1919, p. 3

848. Ver “Redacción”, BOCGA, XVI: 189, 15.V.1919, p. 3; “Redacción”, BOCGA, XVI: 190, 15.VI.1919, p. 3.

849. Un breve desarrollo de esta argumentación en R. Farías, “Identidad...”, pp. 14-7.

850. Además de interminables cantos a las grandezas y bellezas de Galicia, en sus primeros números pueden hallarse varios artículos firmados por Paredes Rey en los que se realiza un encendido ataque a los males del centralismo castellano en España (ver “Las Romerías Gallegas”, BOCGA, I: 2, 1.X.1903, pp. 1-2; “El que persevera vence”, BOCGA, I: 3, 1.XI.1903, p. 5; “El espíritu galaico y los centros gallego”, BOCGA, I: 4, 1.XII.1903, pp. 1-2; “Almanaque Gallego”, BOCGA, I: 5, 1.I.1904, p. 10). Estas denuncias, sin embargo, no conllevan una negación del sentimiento de pertenencia a una patria común española. Dicho sentimiento se encarna, por ejemplo, en las frecuentes alusiones a la perfidia *yankee* durante la guerra hispano-norteamericana y al valor desplegado en ella por los soldados españoles, tópico, este último, que reaparecerá en el contexto de la guerra de Marruecos (ver A. Álvarez, “Cousas d’a terra, IV”, BOCGA, IV: 40, 10.XI.1906, pp. 4-6; “En la brecha”, BOCGA, IV: 56, 31.III.1908, pp. 19-20; “¡Viva España!”, BOCGA, VII, 75, 31.X.1909, pp. 21-2; José Pelisio González, “¡Remember!...”, BOCGA, VIII: 98, 15.X.1911, pp. 17-9). A modo de resumen del discurso desplegado en el BOCGA, ver el siguiente discurso de Paredes Rey: “El regionalismo nuestro [...] se nutre del amor al terruño nativo, y por lo mismo tiende a poner de relieve su valor para que sea fuerte y respetado: el regionalismo nuestro, gime con la cantora gallega ante el triste espectáculo de los segadores que regresan exhaustos de la dura labor de la siega en las áridas llanuras castellanas [...]. Sin embargo, es justo reconocer que en el movimiento intelectual de Galicia, el renacimiento no lleva en sí un germen separatista [...]. Galicia no es sino la tierra, algo muy íntimo [...] pero la patria representa una idea más alta, y la patria es para nosotros España, con todos sus desaciertos, con todas sus desdichas [...]. Es cierto que Galicia, no ha sido atendida por los poderes públicos, al menos en la forma en que debiera serlo [...]; y por eso nada tiene de extraño que se exalte muchas veces llorando los miles de emigrantes que abandonan los campos mimosos de la tierra, - los tributos cada vez mas crecidos, el caciquismo imperante y tantas otras calamidades que abruman al pueblo más sufrido y valeroso de España entera. “Nuestra velada. Éxito colosal. Manifestaciones de simpatía”, BOCGA, IV: 44, 28.III.1907.

no debió facilitar la identificación del elemento proletario con su persona y discurso, independientemente de que por su posición de intermediador vertical fuese efectivamente influyente entre sus coterráneos.

A partir de la distinción de G. Myrdal citada por Núñez Seixas ¿puede caracterizarse al de Paredes Rey como un caso de liderazgo *de acomodación o de protesta*?⁸⁵¹ Prolongando el típico esquema de las colectividades españolas emigradas en Hispanoamérica, en el que uno y otro generalmente se encuentran combinados, tanto podemos hallar en el BOCGA la primera actitud en referencia a aspectos concretos (como el maltrato a trabajadores gallegos por parte de las fuerzas de seguridad argentinas, etc.) como también mensajes conciliatorios en los que se busca asociar hechos salientes y poco conflictivos de la historia nacional argentina con la presencia gallega en el país. Existe, sin embargo, una peculiaridad: las actitudes de protesta están dirigidas invariablemente hacia las fuerzas de seguridad del Estado o al gobierno nacional / porteño, y nunca a la policía o la administración comunal de Avellaneda. Por el contrario, buena parte de la prédica de acomodación tiene a estos últimos por destinatarios. Tomemos un hecho concreto. En septiembre de 1917 la huelga y subsiguiente represión de los obreros del frigorífico Wilson de Valentín Alsina (Cuartel 5º)⁸⁵², no suscitó comentario alguno del BOCGA, no obstante el hecho de que los gallegos eran una parte importante de la fuerza de trabajo de aquella factoría. En realidad este silencio no puede sorprendernos, dado el vínculo que Paredes Rey mantenía con Alberto Barceló y, a su vez, la excelente relación del caudillo conservador con los frigoríficos, a los que se atribuye la erogación de generosas sumas de dinero (contraprestaciones por mantener la disciplina de los obreros) que habrían engrosado su fortuna personal⁸⁵³.

Esta actitud tan claramente diferenciada entronca con la problemática expresada en la pregunta de qué parte juegan los intereses personales, el altruismo, la filantropía o el amor a la patria, en las estrategias e intenciones de un líder como Paredes Rey. La finalidad *explícita* del CGA aparece reflejada en el discurso que éste pronunciara en ocasión de celebrarse la asamblea fundacional, cuando alude a la necesidad de crear “una sociedad de carácter gallego en esta ciudad, dando así una prueba más de nuestra cultura”; Galicia vería “enaltecer sus glorias con la realización de esta obra [...] que nos elevará ante el concepto de aquellos que por error o mala fe nos consideran insociales” y, asimismo, “ante el concepto de nuestros comprovincianos que se avergüenzan cuando los hijos de esta hospitalaria tierra por una tradición de raza llaman gallegos a todos los españoles”⁸⁵⁴. Por su parte, el BOCGA señala la aspiración a que “el Centro Gallego, sea en un lapso de tiempo más o menos corto el punto de reunión obligado de las familias cultas de Barracas”⁸⁵⁵. Lejos de

851. X. M. Núñez Seixas, “Modelos...”, p. 30.

852. Respecto de la misma, “Ecos sangrientos de la huelga”, CyC, XX: 994, 20.X.1917; “La huelga en Avellaneda”, CyC, XX: 994, 20.X.1917; “La gran agitación gremial”, LO, II: 657, 26.IX.1917, pp. 1 y 3; “La gran agitación gremial”, LO, II: 660, 29.IX.1917, p. 1.

853. Ver R. Walter, *La provincia...*

854. Ver ACD: 1, 22.X.1899.

855. Ver “Bazar-rifa”, BOCGA, I: 2, 1.X.1903, p. 6.

formar parte de un discurso insustancial, dichas afirmaciones reflejan el peso del estereotipo negativo por entonces vigente en la sociedad argentina y la preocupación que la reactivación y reactualización del mismo generaba en las elites étnicas, las que contemplaban el resurgimiento de aquella imagen negativa como una amenaza al prestigio que habían adquirido en la sociedad de acogida⁸⁵⁶. Por otra parte, Paredes Rey es también el autor de los Estatutos Generales de la institución, que habían establecido para la misma un carácter recreativo, de instrucción, beneficio e información. En la misma tónica, quince años después de la creación del CGA, continuaba afirmando que éste tenía “[...]” como base de su finalidad, el recreo, la instrucción civil y moral, la beneficencia y la protección mutua entre sus asociados⁸⁵⁷. Por otra parte, desde las páginas de su vocero, el Centro desplegó un discurso caracterizado por una suerte de regionalismo folclórico, desarrollando además una encendida defensa de la lucha de los agraristas gallegos, y erigiéndose en un apologista de la lucha contra el caciquismo imperante en Galicia⁸⁵⁸. Finalmente, se presentaba como claramente apolítico en el marco de la sociedad de acogida⁸⁵⁹.

Conocemos, empero, el peligro que encierra asumir de manera acrítica la imagen que la dirigencia de un colectivo inmigrante pretende dar de sí mismo. Como señalara Núñez Seixas, “el arsenal dialéctico [...] del discurso de un líder étnico es el consabido [...] bien general, bien de la patria, progreso de la colectividad, adelanto moral y material, buen nombre de la colectividad y/o de la patria, etc”⁸⁶⁰. En la práctica el CGA rara vez prestó su auxilio material al movimiento regionalista o agrarista, y al campesino u obrero galaico en ambas márgenes del Atlántico⁸⁶¹. Mientras tanto, su pregonado carácter benéfico y de información se limitó a la publicación del BOCGA, las esporádicas donaciones de comida a los menesterosos del partido⁸⁶², el albergue

856. Para un análisis de la consideración social del inmigrante gallego en la Argentina, Xosé Manoel Núñez Seixas, *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, identidades e representacións dos galegos na Arxentina (1880-1940)*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2002; María Rosa Lojo (dir.), Marina Guidotti de Sánchez y Ruy Farías, *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña /Vigo, 2008.

857. “El Centro Gallego y la mutualidad”, BOCGA, XII, 135, 15.11.1914, p. 10.

858. X. M. Núñez Seixas, *Emigrantes...*, pp. 260 y ss.

859. Ver ACD: 5: 21.XI.1899.

860. X. M. Núñez Seixas, “Modelos...”, p. 32.

861. Aunque en ocasiones el Centro participó de las iniciativas pro-agraristas en Buenos Aires, y desde las páginas del BOCGA se pregonó la legitimidad de la lucha contra el caciquismo y los derechos del campesinado gallego, cuando el líder agrarista gallego Basilio Álvarez arribó a la Argentina en julio de 1915, el compromiso de la directiva del CGA sólo alcanzó para deseárselo “una feliz y provechosa estadía” en el país. Incluso, cuando el presidente del Centro Gallego porteño les solicitó que organizaran para Álvarez una conferencia ante el elemento gallego de Avellaneda, se le contestó que “la Comisión encontrándose muy ocupada con la edificación del nuevo edificios social, lamenta el no poder ocuparse de ese asunto”. Vid. “Basilio Álvarez”, BOCGA, XII: 143, 15.VII.1915, p. 15; ACD: 298, 17.VIII.1915. Una muestra de su actitud al respecto de los requerimientos de ayuda llegados desde Galicia, en ACD, 29.VI.1900; ACD: 316, 14.III.1916).

862. Ver ACD: 323, 4.V.1916.

de los afectados por las reiteradas inundaciones del mismo (1911, 1913 y 1914)⁸⁶³, y al ejercicio de un “mutualismo” conceptualmente risible⁸⁶⁴. Cuando en noviembre de 1914 la comisión directiva abordó por primera vez el tema de un verdadero proyecto de mutualidad (elevado, dicho sea de paso, por socios que no formaban parte de la directiva)⁸⁶⁵, el mismo fue descartado tras conocerse la opinión negativa que entonces expuso Paredes Rey. Los términos en los que se expresó ameritan ser reproducidos:

Francamente, no me explico esa manía de la imitación; establecer el Socorro Mutuo en la forma que lo hacen otras sociedades, no conseguiríamos otra cosa que crear un nuevo organismo con los mismos defectos de las ya existentes, todas las que en honor a la verdad y en mi opinión dejan muchísimo que desear; [...].

Es mi opinión que debemos dar privilegio a la plausible labor de seguir vinculando nuestra acción y nuestros sentimientos con los hijos de esta patria adoptiva, a la constitución de la Caja de Ahorros, al seguro de vida, a la oficina de trabajo y repatriación, a la ampliación de la biblioteca y reorganización de las escuelas de comercio, con sus cátedras de idiomas, contabilidad, dibujo, música, etc. [...].

La paralización que en parte se observa en la realización de estos ideales consignados en nuestra carta orgánica, es la falta de un edificio adecuado con todas las dependencias respectivas, [...].

Por hoy debemos pensar en la construcción de nuestro edificio social, donde el socio encuentre el recreo y la diversión honesta para las familias, la cultura, la ilustración, la base de la economía y los medios de remediar sus necesidades en sus momentos afligentes; [...]⁸⁶⁶.

El alegato de Paredes Rey debió parecer a los socios del CGA interesados en que la institución prestase servicios mutuales un sinsentido fenomenal⁸⁶⁷. Su argumentación tiene, sin embargo, la virtud de explicitar lo que él realmente consideraba importan-

863. Ver “Las inundaciones”, BOCGA, VIII: 93, 15.V.1911, pp. 3, 5 y 7; “Las inundaciones. Medidas de la intendencia municipal”, BOCGA, XI: 121, 15.IX.1913, p. 3; “Nota de agradecimiento”, BOCGA, XI: 122, 15.X.1913, p. 3; ACD: 255, 25.VIII.1914.

864. Ver si no la cándida propuesta del redactor del BOCGA a los socios del Centro la creación de una “cadena de protección mutua”, a partir de que los mismos se surtan exclusivamente en las tiendas de aquellos asociados que publican sus avisos en dicho órgano de prensa (“Para los de casa”, BOCGA, I: 2, 1.X.1903, p. 8), o el siguiente párrafo: “Es un deber de los asociados prestarse recíproca ayuda en todas cuantas ocasiones se presenten. Por tal razón, recomendamos a los consocios que utilicen los servicios del entusiasta miembro de este Centro, señor Manuel Belo, establecido con una cochería en la calle Maipú 344 de esta ciudad [...]” (“Ayuda mutua”, BOCGA, XI: 121, 15.IX.1913, p. 17).

865. Ver La Comisión [Directiva], “Nuestros progresos”, BOCGA, XII: 135, 15.XI.1914, p. 5; “El Centro Gallego y la mutualidad”, BOCGA, XII, 135, 15.XI.1914, pp. 9-11.

866. “El Centro Gallego y la mutualidad”, BOCGA, XII, 135, 15.XI.1914, pp. 10-11.

867. Además, la caja de ahorros, el seguro de vida, y la oficina de trabajo y repatriación jamás se hicieron.

te: la edificación de un ostentoso edificio social. Como ya señaláremos, la ubicación de la sede del CGA dio lugar a sucesivas mudanzas por locales alquilados, hasta que en 1905 se adquirió el lote frente a la Plaza Alsina. Ese mismo año se colocó la piedra fundamental del primer inmueble propio, demolido diez años más tarde para levantar uno más grande y suntuoso, inaugurado en mayo de 1916. Este edificio de dos plantas, dotado de un salón-teatro y situado en un espacio verdaderamente de excepción, constituye la prueba más tangible de la voluntad del grupo dirigente de la institución por alcanzar y exhibir su prestigio social⁸⁶⁸.

Del mismo modo, aunque la institución se declarase apolítica, tan sólo unas semanas después de que Emilio Barceló asumiese en 1907 como intendente municipal (y apenas algunos días más tarde de que Paredes Rey fuese designado por primera vez como juez de Paz suplente del partido), el BOCGA publicaba el elocuente texto que sigue:

[...] se ha constituido por fin el Gobierno Comunal dado por la voluntad popular en los comicios del 17 de Marzo último eligiendo antiguos y muy distinguidos vecinos, en los que el pueblo cifra con justicia sus legítimas esperanzas.

El CENTRO GALLEGO que como corporación ha sido siempre y será ageno (*sic*) por completo a todo lo que signifique política de partidismos, cree empero de su deber felicitar a la comuna de que forma parte, por el acierto y buen tino en la elección de sus autoridades [...]. Era tiempo ya, que Avellaneda [...] hiciese sentir la acción patriótica y entusiasta de su Gobierno propio, el que, durante los pocos días de su constitución, esta dando pruebas de un celo y actividad encomiable, llevando a donde es necesario las mejoras y progreso, un tanto descuidadas.

El interesante periódico local *La Opinión* ha publicado el domingo 7 del actual en su primera pagina un magnifico grabado con la biografía de la primera autoridad local don Emilio B. Barceló, a quien enviamos nuestra humilde pero sincera felicitación de cariñoso afecto⁸⁶⁹.

Cabe señalar que el “interesante periódico local” era de tendencia marcadamente conservadora, algo que difícilmente podía ignorar el redactor del BOCGA. La participación política de las elites inmigrantes españolas en la Argentina es un aspecto cada vez más estudiado, merced a lo cual es posible visualizar un acceso mucho más fluido de las mismas a las estructuras de poder municipal de lo que antes se pensaba⁸⁷⁰. Según M. L.

868. En julio de 1913, tan solo unos días antes de la asamblea general de la que Paredes Rey saldría reelecto como presidente, el BOCGA (XI: 118, 15.VI.1913, p. 5) expresaba: “Trátese de la construcción del nuevo edificio social, el que debe ser de tal importancia, que llegue a superar a cuantos haya en Avellaneda. El buen nombre de Galicia exige de sus hijos los mayores sacrificios, tanto patrióticos como sociales, y por eso el nuevo edificio del Centro Gallego no debe ser superado por ningún otro.”

869. “El Gobierno Comunal de Avellaneda”, BOCGA, IV: 45, 30.4.1907, p. 6.

870. Vid., por ejemplo, el excelente trabajo de María Liliana Da Orden, “Liderazgo étnico, relaciones personales y participación política: los españoles en Mar del Plata, 1883-1930”, en María Bjerg y Hernán Otero (comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina*

Da Orden, mediante sus relaciones personales los líderes étnicos españoles de la ciudad bonaerense de Mar del Plata eran capaces de poner en funcionamiento una red social que, en tiempos de democracia restringida, aportaba al control del poder local en las citas electorales⁸⁷¹. En relación a ello, el declamado apoliticismo del CGA se contradice con algunas evidencias como las que se desprenden de sendas notas publicadas por el semanario galaicoporteño *Nova Galicia*. Mientras que en la primera de ellas sólo se enuncia el hecho de que un paisano gallego “nos hizo la denuncia de un grave perjuicio que le ha causado un Escribano público hijo de Galicia, residente en Barracas al Sud”⁸⁷², la segunda, firmada por el director del periódico (Fortunato Cruces) y dirigida al presidente del CGA, aclara:

Por muchos y exactos conductos ha llegado a conocimiento de esta Redacción [...], que en esa localidad de Avellaneda [...] a numerosos españoles (gallegos en su mayoría) se les hace firmar el pedido de carta de ciudadanos argentinos, para utilizarlos en fines políticos en esa población o provincia, bajo ofrecimiento de buenas colocaciones o con amenaza de ser despedidos de empleo a los ya colocados.

Creo que ese “Centro Gallego” [...] ya debe tener privadas referencias de tales noticias, pero, por si lo ignorase, me apresuro a poner la novedad en conocimiento de esa patriota Junta Directiva. [...]. Ese “Centro Gallego” es el llamado a velar [...] por el amparo al conterráneo (sic) de conciencia honrada y en su vista suplico se dignen nombrar [los directivos del CGA] una comisión de ese seno para que se apersona a los jefes del Mercado de Frutos y de los Frigoríficos y talleres instalados en esa ciudad, a fin de que presten su sano concurso a la vigilancia de que no sean sorprendidos sus operarios y preguntar a dichos trabajadores y socios de ese Centro aporten toda luz a estas denuncias acudiendo a esa Sociedad en amparo de sus derechos personales y materiales. [...] ⁸⁷³.

La actuación de algunos miembros conspicuos de la directiva del CGA como “punteros” políticos del clan Barceló es un tema que permanece pendiente desde que fuera planteado por primera vez en el trabajo pionero de Ruibal y Barros. La reacción de la directiva del CGA ante los artículos citados fue la de “romper relaciones” con *Nova Galicia*⁸⁷⁴. Algo lógico puesto que las acusaciones parecen claramente dirigidas a Joaquín Eduardo Blanco: Escribano público, presidente del CGA, militante del Partido Conservador de Buenos Aires, parte del entorno de Barceló y, desde diciembre de 1910, miembro del Concejo Deliberante de Avellaneda⁸⁷⁵. La denuncia, además, se produce en víspera de una cita

moderna, CEMLA / IEHS, Tandil, 1995, pp. 133-167.

871. María Liliana Da Orden, *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*, Biblos, Buenos Aires, 2004, p. 164.

872. “Cousas d’ acá”, semanario *Nova Galicia* (en adelante, *NG*), 303, 5.IX.1909

873. “Las cartas de ciudadanía”, *NG*, VIII: 314, 21.XI.1909.

874. Ver “Cuestión vidriosa”, *NG*, VIII: 315, 28.XI.1909. Lamentablemente, el BOCGA no comenta nada al respecto.

875. Ver BOCGA, VIII: 91, 15.III.1911, “Ecos Sociales”, pp. 14-15; L. F. Cisneros, *Historia...*, p. 136; N. Folino, *Barceló...*, p. 193.

electoral y con el caudillo avellanense ya en el ejercicio del cargo de intendente municipal.

La actitud efectivamente desarrollada por Paredes Rey y su entorno en relación con temas tales como la construcción del edificio social, el mutualismo o la política local sugieren, independientemente del altruismo o la filantropía efectivamente desplegados a través de las escuelas destinadas a los socios del Centro o de otras instituciones (logias masónicas, Sociedad Popular de Educación, etc.), y de un sentimiento sincero de amor a Galicia (que no se discute), la existencia de una concepción utilitarista del CGA. En nuestra opinión, el mismo habría funcionado como un escaparate desde el que Paredes Rey ganó visibilidad, amplió su capital simbólico y profundizó su relación con la elite del municipio⁸⁷⁶. Más allá de los posiblemente bienintencionados propósitos de promover la educación y la cultura entre los asociados del Centro (aspiraciones que no deberíamos desligar ni de las aprensiones por el desprestigio que indirectamente sus compatriotas menos instruidos podían causarle, ni de su condición de masón), resulta indudable que muchas (quizás la mayoría) de las actividades culturales o recreativas desarrolladas al amparo del CGA, fueron para Paredes Rey un vehículo destinado a mostrar a los gallegos, a la colectividad española, a la sociedad avellanense y muy especialmente a sus notables, su integración, cultura, importancia y respaldo social. Vale decir que, del mismo modo que en el caso de los dirigentes de las sociedades microterritoriales gallegas estudiado por Núñez Seixas⁸⁷⁷, el incentivo de Paredes Rey para convertirse en un líder étnico parece ser sobre todo el fortalecimiento de su capital simbólico de cara a su participación en la vida social argentina.

Una somera mirada a las relaciones que mantuvo con otros dirigentes de las sociedades españolas y gallegas puede reforzar esta idea. Casi siempre fue él quien encabezó las representaciones del CGA en aquellas reuniones, fiestas y manifestaciones en las que (por lo general a iniciativa de la Asociación Patriótica Española o de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires) se convocaba a

876. El reconocimiento simbólico logrado al interior del CGA no se manifiesta sólo en su persona. También se verifica a partir de hechos tales como que se designe a su esposa como responsable de la conformación de la primera comisión de señoras y señoritas, o que su hija sea frecuentemente señalada como la más aventajada alumna del Conservatorio Musical del Centro, razón por la cual se la beneficia con una beca. Ver ACD: 12, 21.VII.1903; ACD: 14, 28.VII.1903, "Conservatorio de Música Centro Gallego", BOCGA, IV: 57, 30.IV.1908, pp. 5, 7 y 9; "Asamblea General Ordinaria. 24 de Mayo de 1908", BOCGA, IV: 58, 31.V.1908, pp. 13 y ss; "Conservatorio de Música *Centro Gallego*", BOCGA, IV: 61, 31.VIII.1908, pp. 13 y 15.

877. Ver Xosé Manoel Núñez Seixas, "A parroquia de alén mar: Algunas notas sobre o asociacionismo local galego en Bos Aires (1904-1936)", en Pilar Cagiao Vila (ed.), en *Semaña. Ciencias Sociais e Humanidades*, vol. 11, USC, Santiago de Compostela, 2000, p. 369.

la totalidad de las sociedades hispanas⁸⁷⁸. Además, desde sus primeros días el CGA selló “tratados de panamistad y reciprocidad” con muchas instituciones gallegas y españolas, tanto de la Argentina como del extranjero⁸⁷⁹. La lectura de las ACD y del BOCGA del periodo, nos deja incluso, la sensación de que hubo momentos en los que el Centro apostó a la carta de una unión o federación de todas las sociedades gallegas del país⁸⁸⁰. Sin embargo, ello sólo ocurrió mientras se creyó poder obtener para él un lugar de preferencia (e incluso rector), renunciándose al impulso confederativo cuando quedó claro que la institución carecía de entidad suficiente para ostentar dicha posición. Como sea, si en ocasiones Paredes Rey se excusó de concurrir a las reuniones o iniciativas a las que se convocaba a todas las entidades gallegas o hispánicas, nunca despreció aquéllas (conmemoraciones de fechas patrias argentinas, fiestas patronales del municipio, celebraciones de carnaval, etc.) que en Avellaneda se desarrollaron a instancia de los poderes públicos municipales. Resulta interesante notar que, no obstante su condición masónica y el hecho de que las páginas del BOCGA sirvieron en ocasiones como tribuna de sus posturas anticlericales⁸⁸¹, fue él quien incentivó la participación del CGA en las fiestas religiosas de la comuna, lo que dice mucho sobre su voluntad de mostrarse integrado a la misma⁸⁸².

En síntesis, aún sin renunciar de entrada a ocupar un lugar de preferencia entre el resto de los dirigentes societarios gallegos o españoles, desde su rol de dirigente del CGA Paredes Rey puso todo su empeño en convertirse en una personalidad de relevancia en el ámbito municipal de Avellaneda.

878. Ver, por ejemplo, el siguiente párrafo extraído de las ACD: “Dióse lectura de una nota de la Comisión Directiva de la Sociedad Unión Hispano Argentina invitándonos a una reunión de presidentes para cambiar ideas sobre la conveniencia de ponerse de acuerdo para la admisión de socios.

El Señor Secretario [Paredes Rey] da cuenta que asistió a esa reunión de acuerdo con el Sr. Presidente [José Lalín] y en representación del Centro Gallego. [...]. La Comisión Directiva aprueba por unanimidad los trabajos realizados por su representante y le confiere la delegación amplia para representar[los] en lo sucesivo [...]” ACD: 27, 7.XII.1903.

879. Ver ACD: 7.I.1900. Más allá de sus nombres altisonantes, en la práctica dichos “tratados” implicaban poco más que el intercambio de publicaciones y memorias de las sucesivas comisiones directivas, y un más abundante trasiego de boletos para cenas, bailes y representaciones teatrales. Como sea, en el caso de las sociedades gallegas, los dirigentes del Centro asumían como un hecho natural “la conveniencia y deber de aceptar y sostener relaciones íntimas con todas las sociedades que lleven el nombre de Galicia [...]”. ACD: 6.V.1903.

880. Ver, por ejemplo, el editorial “Visita de confraternidad. Los gallegos en la ciudad del Rosario. Aunando opiniones”, BOCGA, IV: 52, 30.XI.1907, pp. 1 y 3.

881. Véase, por ejemplo, “Bibliografía. Las tribulaciones de San Martín, por Agustín Álvarez” y Farrapo de Gaita, “Proyecto de Ley [de] Divorcio”, BOCGA, VIII: 98, 15.X.1911, p. 20.

882. Ver, por ejemplo, ACD: 52, 26.VII.1904.

A modo de conclusión.

Lo dicho hasta aquí no busca estigmatizar la figura de Antonio Paredes Rey, ni tampoco la de sus acólitos de la directiva del CGA. Sí, en cambio, comprender la naturaleza de su liderazgo y sus fuentes de poder, sus estrategias e intenciones, el papel que jugó su participación en la vida política y la administración argentina, y la forma en que la coyuntura local constituyó una condición específica para la conformación, desarrollo y, finalmente, el eclipse de su condición de líder étnico. Llegado al país como un inmigrante más, logró abrirse camino como funcionario público y militante político, merced a lo cual experimentó un ascenso social que, sin colocarlo a la altura de los grandes prohombres de la colectividad gallega en la Argentina del período (a los que acostumbramos encontrar entre los dirigentes del Centro Gallego porteño, la Casa de Galicia, la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires o el Club Español), le permitió destacarse notablemente en el contexto de la sociedad de Avellaneda. Desarrolló una intensa y prolífica actividad asociativa en el mutualismo español, la masonería y el fomentismo local. En cuanto a su papel como dirigente en el marco del asociacionismo gallego, parece haber instrumentalizado en él el prestigio social acumulado en su carrera de funcionario público. Seguramente no fue la persona económicamente más acomodada dentro de la colonia gallega en Avellaneda⁸⁸³, pero sí quizás la más dispuesta a invertir tiempo y recursos (incluyendo los monetarios) en sus compaisanos. A su vez, el ascendiente logrado sobre el grupo étnico gallego le sirvió para consolidarse como parte del estrato social más caracterizado del partido, y quizás también como un engranaje importante de la vida política del mismo. Ello explica, por un lado, que el impulso del CGA se extenuase en la consecución de un edificio quizás desproporcionado, pero que materializó la importancia de la colonia ante los ojos de la sociedad local. Pero también que, más allá de su discurso progresista (democrático, anticaciquil, pro-agrarista y regionalista), la institución casi nunca diera un apoyo concreto a las reivindicaciones del campesino u obrero gallego en cualquiera de las dos márgenes del océano y que, en cambio, por lo que hasta ahora podemos entrever, gravitase de manera informal a favor de la política *barcelista*. Independientemente de la existencia de un sincero sentimiento de identidad étnica, las relaciones de representación y de intermediación vertical hicieron de Paredes Rey, y de la institución que durante años controló, parte de una esfera informal de poder y de una red de prácticas clientelares. La respuesta a la pregunta planteada en el título de este trabajo, de si prevaleció en él la identidad étnica o la integración, es compleja. Persiguió ambas cosas, aunque quizás a la postre prevaleció el interés personal. En términos *mertonianos*, en Paredes Rey la tensión entre identidad étnica y concien-

883. Es probable que ese lugar correspondiese a algún empresario de rango mediano, como Gregorio Sampayo, Manuel Sinde, o José María Revoredo, quienes también actuaron en el seno del CGA.

cia de clase se resolvió con el triunfo de la segunda, y con el cambio del *grupo de referencia* de la sociedad de partida a la de acogida.

LA BASKONIA

REVISTA DE GENIAL ILUSTRADA

AÑO XXXX
Núm. 1910

FUNDADOR Y DIRECTOR
JOSE R. DE URIARTE

BARRIO ALTO, DICIEMBRE 20 DE 1902
MELBOURNE 1902

D. José R. de Uriarte en 1910



Falleció el 27 de Diciembre de 1902

Capítulo X

José R. de Uriarte y la revista *La Baskonia*: una visión atípica de la colectividad vasca de Argentina de entre siglos⁸⁸⁴.

Ángeles de Dios Altuna de Martina
Centro Vasco Kotoiaren Lurra, Resistencia, Argentina.

Óscar Álvarez Gila
Basque Visiting Fellow.
European Studies Centre, St. Antony's College. University of Oxford.

El 10 de octubre de 1893 apareció en Buenos Aires una publicación destinada a la colectividad vasca de Argentina, y de América en general, que perduraría durante medio siglo; tiempo y proyección que asombraría a sus propios fundadores y directores: José Rufo de Uriarte y Francisco Grandmontagne y Otaegui⁸⁸⁵. El primero era vizcaíno natural de Bermeo y el segundo, aunque nacido en Barbadillo de Torres —Burgos—, era descendiente de madre guipuzcoana y padre vasco-francés. Se trataba de la revista ilustrada *La Vasconia* —que posteriormente modificaría su nombre por *La Baskonia*—, y de acuerdo a los títulos y enunciados de los artículos de su número inaugural [“A la prensa de la República” y “Nuestros propósitos”], es posible saber que con anterioridad sus socios enviaron una circular a colegas, amigos e instituciones con el fin de dar a conocer la publicación de la revista, el programa y sus propósitos. Estos últimos no eran otros que “ser obreros de la idea” e iba dedicado a la “noble raza éuskara y su descendencia en el continente americano [para] seguir mereciendo como hasta aquí, la estimación que a nuestra laboriosa colonia profesa la República Argentina”⁸⁸⁶.

884. El presente trabajo de investigación pudo realizarse, en gran medida, gracias a la digitalización y edición en DVD de la colección completa de la revista *La Baskonia* por parte de la Dirección General de Relaciones con las Colectividades Vascas del Gobierno Vasco-Eusko Jaurlaritza, dentro de la colección “Urazandi”.

885. Juan Carlos Estébanez Gil, *Francisco Grandmontagne y la Generación del 98*, Editorial La Olmeda, S. L. Burgos, 1998.

886. *La Vasconia* [en adelante, *LV*], Buenos Aires, 1, 10.X.1893.

La inmigración vasca en Argentina, o el porqué de un emprendimiento.

El contexto en el que surgía la revista *La Vasconia*, y comenzaba la proyección pública de quien sería su impulsor durante cerca de medio siglo, parecía claramente favorable a sus propósitos. *La Vasconia* nacía en el lugar y momento más oportuno. Tanto en número como en organización, la colonia vasca radicada en Argentina, compuesta de los inmigrantes y —cada vez en mayor medida— por sus descendientes, había alcanzado un estado que podemos considerar de auténtica madurez. Sobre su número, es difícil, por no decir imposible, ofrecer poco más que estimaciones interpretativas, dado que las estadísticas y otras fuentes seriales y cuantitativas argentinas no nos suelen permitir discriminar el origen geográfico de los inmigrantes más allá de la nacionalidad de su pasaporte⁸⁸⁷. Pero respecto a su organización, en las dos últimas décadas del siglo las instituciones asociativas vascas habían florecido en Argentina, y muy especialmente en la ciudad de Buenos Aires.

1876 fue un año clave. La abolición de los fueros de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, en respuesta a la participación mayoritaria de sus habitantes en el bando carlista de la guerra, había causado gran estupor en la colonia vasca, especialmente en la vasco-española. Un grupo de inmigrantes se había reunido en Buenos Aires y, al calor de la protesta formal por esta decisión, en 1877 habían resuelto la creación de un centro o entidad asociativa para los vasco-españoles, que pasaría a denominarse *Laurak-Bat* [“Las cuatro, una”], en alusión a la unidad entre los naturales de dichas provincias y de Navarra, que desde un primer momento constituyeron —y siguen constituyendo— un sector importante de sus miembros⁸⁸⁸. Lo que surgiera como una modesta iniciativa

887. Como señalamos en otra ocasión, “Hasta 1981, fecha en que se incluyó en el censo de Estados Unidos, la categoría “vasco” nunca ha existido como tal en los registros estadísticos oficiales de ningún país americano, ceñidos siempre a la nacionalidad expresada en el pasaporte, estando de este modo los vascos subsumidos en las categorías generales de “francés” o “español”, según correspondiera. Sólo en algunos casos aislados, en los que se han conservado los registros originales a partir de los cuales se elaboraron posteriormente las estadísticas, resulta posible hacer una labor de rastreo y cuantificación de la inmigración vasca; tal es el caso, por ejemplo, de los censos argentinos de 1855 y 1869, aunque también en estas fuentes se han constatado dificultades para establecer cifras globales. [...] Por lo general, cada vez que se han ofrecido cifras oficiales americanas sobre la presencia vasca —descontando, claro está, los censos norteamericanos posteriores a 1981—, nos encontramos con estimaciones; al estilo, por ejemplo, de la Estadística Municipal de Buenos Aires de 31 de agosto de 1907, donde tras informar de que la población extranjera de la ciudad alcanzaba entonces los 497.626 habitantes, se ofrecen las cifras correspondientes a las diferentes nacionalidades, cifras todas ellas exactas, excepto la de los vascos, que es —no por casualidad— la única cifra redonda [4.000 individuos]”. Cf. Ó. Álvarez Gila; “Las nuevas Euskal Herrias americanas: los vascos y las emigraciones ultramarinas (1825-1950)”, en Joseba Agirreazkuenaga Zigorraga (dir.), *La crisis de la civilización de los vascos del Antiguo Régimen y estrategias de revolución liberal e industrial: 1789-1876*, Ed. Lur, Donostia-San Sebastián, 2005, pp. 320-321.

888. Marcelino Irianni Zalakain y Ó. Álvarez Gila, *Euskal Echea. La génesis de un sueño*

alcanzó un rápido crecimiento en la primera década de su existencia, y sobre ello se sentarían los fundamentos de su continuidad. El naciente centro se haría con su sede social propia, expandiría su base social y el número de miembros, desarrollaría una serie de servicios —entre ellos la promoción del deporte de la pelota vasca, con un frontón que funcionó durante años como uno de los principales motores de atracción del centro—, y establecería relaciones fructíferas con las autoridades provinciales vascas.

De hecho, desde un primer momento, la prensa había sido uno de los objetivos del centro *Laurak Bat*. Durante varios años mantuvo la edición de su propio boletín o revista, que intentó mantener un carácter mensual, en el que se reflejaban noticias referidas al centro y a los vascos de Argentina, así como otras referentes al propio País Vasco⁸⁸⁹. Un proceso muy similar estaban experimentando, por aquellos años, las colectividades vascas de otras dos capitales latinoamericanas, que vieron nacer sus primeras asociaciones por aquellas mismas fechas: Montevideo (1876)⁸⁹⁰ y La Habana (1878)⁸⁹¹. Ambas adoptaron igualmente, respecto a la definición de su ámbito de actuación, a las provincias vasco españolas, como bien lo reflejarían en los nombres [*Laurak Bat*, la de Montevideo; y Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia, la de La Habana]. En ambas ciudades, además, habían surgido con la misma rapidez los intentos de creación de sendos boletines o revistas para mantener informados a sus socios sobre las últimas novedades de la vida asociativa y de la actualidad vasca⁸⁹².

Durante la década de 1890, momento en el que se produjo el nacimiento de “La Vasconia”, afloraron los debates en el seno de las colectividades vascas de Argentina y de otros países americanos. El primero surgió en torno a la integración o no de elementos vasco-franceses en unas instituciones que, como hemos visto, se presentaban primordialmente como fruto de una identidad regional española. Ciertamente es que ya desde los inicios, había sido aceptada sin mayores explicaciones la creciente participación de vasco-franceses en dichas entidades; de hecho, había sido en la colonia de Cuba donde se había hecho visible tempranamente tal integración durante las festividades vascas que habían tenido lugar en La Habana en 1869⁸⁹³. Sin embargo, en Buenos Aires y Montevideo, donde la colonia

(1899-1950). Llavallol, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2003.

889. María Begonia Cava Mesa, Luis Fernando Contreras y Francisco Javier Pérez, *La sociedad Laurak Bat de Buenos Aires*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1992, cap. II.

890. Alberto Irigoyen Artetxe, *Laurak Bat de Montevideo. La primera euskal etxea del mundo*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1999.

891. Jon Ander Ramos Martínez, “Manuel Calvo y Aguirre, una eminencia en la sombra”, *Guregandik* 4 (2008).

892. J. A. Ramos Martínez, “Los Inicios de la Prensa Vasca en Cuba: Laurak Bat de la Habana (1886 - 1895)”, ponencia presentada al III Seminario Internacional Euskal Herria Mugaz Gaiendi, Montevideo, 2006 (mimeo).

893. *Álbum Vascongado. Relación de los festejos públicos hechos por la ciudad de La Habana en los días 2, 3 y 4 de junio de 1869 con ocasión de llegar á ella los tercios voluntarios enviados á combatir la insurrección de la isla por las M.N. y M. L. provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Imp. de J. M. Eleizegui, La Habana, 1869. De hecho, tenemos constancia de que desde los inicios de la Sociedad Vasco-Navarra de Beneficencia hubo un pequeño grupo

vasco-francesa —aunque menor en número que la vasco-española— era muy numerosa, y su incorporación o no a las instituciones originó pronto interesantes debates, centrados en temas de gran calado como el de la identidad nacional y sus límites. De allí que, a lo largo de varios años, permanecieran dos posturas en torno a la cuestión que parecían irreconciliables. Por un lado, la de aquellos que defendían el carácter eminentemente español de los centros vascos existentes condicionando así la posibilidad de integración a los *vascos ultrapirenaicos*. Por el otro, la de quienes, sin negar la pertinencia de la adscripción francesa o española —según fuera el caso—, ponían el acento en el carácter común y compartido de la identidad vasca. Cómo resolver las discrepancias tomó caminos divergentes a ambos lados del Río de la Plata: mientras en Montevideo el *Laurak Bat* cambiaba su nombre y se reconvertía en el Centro Vascongado *Guziak Bat* [“Todos en una”] y no se hacían distinciones entre españoles y franceses, en Buenos Aires los impedimentos para ingresar a estos últimos provocaron la creación del *Centre Basque Français*, en 1895⁸⁹⁴.

Asimismo, las colonias vascas de las localidades del interior argentino siguieron el ejemplo de Buenos Aires e impulsaron sus propias iniciativas. Éstas fueron desde la creación de instituciones como la Sociedad Vasca de Socorros Mutuos de Bahía Blanca (1895)⁸⁹⁵, hasta la formación de comisiones *ad hoc* para la celebración de fiestas anuales de la colectividad [como ocurriera en Arrecifes, a fines del siglo XIX], pasando por la promoción dado por la iglesia católica a las misiones y otros actos de culto dirigidos específicamente a la población vasca⁸⁹⁶. Además, el lanzamiento de la obra de *Euskal Echea*, de marcado carácter educativo, serviría para el surgimiento de numerosos grupos de vascos “corresponsales” en el interior que dotaron capacidad organizativa y visibilidad social de vascos en localidades de mediana población, sobre todo en el ámbito rural de la provincia de Buenos Aires⁸⁹⁷.

de vasco-franceses, en una proporción acorde a la propia potencia numérica de esta emigración en el contexto de la emigración vasca a Cuba, registrado como socios, para lo que fueron admitidos sin mayores problemas. En gran medida, puede que su escaso número haya sido una de las razones que evitó, en el caso de La Habana, la aparición de las mismas polémicas que existieron en Uruguay o Argentina. Ver, J. A. Ramos Martínez; “Los inicios...”, p. 8.

894. Claude Mehats, *Organisation et aspects de l'émigration des Basques de France en Amérique, 1832-1976*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2005, p. 120. No obstante, no hemos de suponer que este hecho supusiera una ruptura radical entre ambas comunidades. Más bien al contrario. Como hemos mantenido en otra ocasión, estimamos que con el nacimiento del *Centre Basque Français* los vascos de Iparralde, al contar con una voz propia, pudieron plantear en pie de igualdad términos de colaboración en aspectos comunes, sobre todo relacionados con la cultura, que interesaban a ambos grupos. El ejemplo más claro lo ofrece el nacimiento de la asociación *Euskal Echea*, cuyos primeros pasos se dan precisamente aquel mismo año de 1895, en una reunión mantenida por representantes del *Laurak Bat*, del *Centre Basque Français*, y de otros prominentes inmigrantes vascos.

895. Mario Minervino, Lucía Bracamonte, Fernando Gabriel Romero y Marta Susana Ramírez Garciandía, *Bahía Blanca. Historia de Unión Vasca de Bahía Blanca*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2003.

896. Sobre este particular, capítulo IV de la tesis doctoral de Ó. Álvarez Gila, *El aporte europeo a la Iglesia en el Río de la Plata: el caso vasco (1835-1965)*, Universidad del País Vasco, 1996.

897. M. Irianni Zalakain y Ó. Álvarez Gila, *Euskal Echea...*, pp. 125 y ss.

La revista La Baskonia: los primeros pasos.

Desde su nacimiento en 1893, por lo tanto, *La Vasconia* venía a ocupar un nicho que había sido dejado por los impulsores de los centros vascos: el de la prensa. Tras el fracaso, por muy diversos motivos, de los boletines propios de los centros vascos, en la última década del siglo XIX serían periodistas independientes, es decir, no ligados a los estatutos ni dependientes de las finanzas de ningún centro vasco existente, quienes tomarían a su cargo la edición de prensa especializada en la colectividad vasca. De este modo, junto a *La Vasconia*, pronto surgirían otras revistas como el *Eskual Herria* (1898), el *Haritza* de Jean Londaitz (1898), o ya en los primeros años del siglo XX, el *Irrintzi* de Nemesio de Olariaga (1904)⁸⁹⁸. Al cabo del tiempo, y con la excepción del *Irrintzi* cuyos objetivos y medios eran totalmente distintos, *La Vasconia* acabaría siendo la que acabaría ganando la batalla del público y permanecería como la más longeva empresa periodística de la emigración vasca de todos aquellos países en los que se radicó.

Durante el primer decenio de historia de la revista, Grandmontagne y Uriarte fueron sus directivos y cada uno de ellos se encargó de diversas secciones fijas. Así, por varios años la autoría de las notas de Uriarte sólo fueron identificadas por el cargo que desempeñaba [“La Dirección”], mientras que Grandmontagne, a partir del segundo número adoptaría el seudónimo de “Luis Jaizquibel”, así como diversas iniciales o sólo su apellido durante el tiempo que compartió responsabilidades con Uriarte. Durante los años iniciales, Grandmontagne llegó a ser el alma de la revista; escribía casi tres biografías mensuales, relatos o cuentos, y en algunos casos, dos notas en cada número, diferenciadas con los seudónimos que utilizaba indistintamente. Su trabajo se extendió hasta el 10 de octubre de 1901.

La revista aparecía los días 10, 20 y 30 de cada mes y se accedía a ella por suscripción. Sus oficinas estaban en el sótano del edificio de Avenida de Mayo 781 de la ciudad de Buenos Aires. La novedad editorial fue recibida con entusiasmo no sólo por los lectores del Río de la Plata. En Argentina circulaba en los hogares de familias vascas extendidos por todo el país y tenía suscriptores de México, Perú, parte del Brasil, Bolivia y varios otros países americanos. Respecto de su repercusión al otro lado del mar, señala el historiador Pedro Ares que, “huelga decir que despertó gran interés en la Provincias Vascongadas”⁸⁹⁹.

Desde sus inicios fue significativo el esfuerzo económico y editorial de los directores por este emprendimiento privado, teniendo en cuenta las relaciones que debieron establecer con escritores y colaboradores locales y de los países mencionados. El alto nivel de calidad de la presentación formal de la revista mostró el interés de los propietarios para que fuera una publicación atractiva. Cada portada estaba ilustrada con un retrato realizado por el pintor argentino Martín Malharro, diseñador además de las viñetas de

898. Javier Díaz Noci, “Historia del periodismo en lengua vasca de los Estados Unidos: dos semanarios de Los Ángeles en el siglo XIX”, *Zer* 10 (2001), ed. electrónica.

899. Pedro Ares, *Grandmontagne. El escritor vasco-español que se inició en la Pampa a fines del siglo XIX*, Editorial Mainz, Buenos Aires, 2004, p. 82.

las mismas, y por el dibujante José Moracho, quienes reproducían las figuras de los protagonistas de cada ejemplar a falta de fotografías u otras imágenes.

La publicación tuvo un importante impulso y a escasos meses de su aparición trasladó la redacción y administración a calle México 524. En los primeros meses colaboraron personalidades prestigiosas como Tomás de Otaegui, Filiberto de Oliveira César, y Abdón Aróztéguy y Fernando Uriarte quienes escribían desde el Uruguay. Notas de conocidos periodistas como el navarro Juan José García Velloso y cartas de amigos, escritores, historiadores o críticos de arte alentaban y elogiaban a los directivos; entre ellos Leopoldo Lugones, Rubén Darío, Miguel Cané, Ángel Justiniano Carranza o Ricardo Monner Sanz. En poco tiempo fueron sumándose a esta iniciativa relevantes firmas argentinas y extranjeras en una extensa lista que se incrementaba año a año. Al cumplir el primer año fueron entusiastas las expresiones de satisfacción por los logros obtenidos: incorporaron una imprenta propia, con un taller de fotografía, fotograbado y litografía, dirigida por “el reputado artista Moracho de la Redacción”. Las novedades fueron expresadas de este modo:

Hoy circula profusamente *La Vasconia* en toda la República Argentina, lo mismo que en el Uruguay, y cuenta con numerosos adictos en el Perú, Chile, Bolivia, Paraguay y parte del Brasil, llegando algunos ejemplares hasta Méjico y la Habana cosa que nunca soñamos nosotros al fundarla⁹⁰⁰.

Pero el transcurso del tiempo traería el distanciamiento entre los fundadores. Grandmontagne abandonó la codirección de la revista por desentendimientos con su socio, si bien en un editorial anunció que el retiro era voluntario “y en la mejor armonía”. El burgalés, por otra parte, diría acerca de Uriarte que su “inteligencia y patriotismo” eran bien conocidos por los lectores⁹⁰¹. Sin embargo, en cartas personales a Miguel de Unamuno que no se harían públicas hasta muchos años más tarde, contaría a éste las verdaderas razones del retiro, en gran medida centradas en desavenencias ideológicas, y tendría duras palabras para su ex socio no exentas de resentimiento.

En el País Vasco, el cambio de siglo había traído la aparición de un movimiento ideológico llamado a marcar su impronta en la evolución política de todo el siglo XX: el nacionalismo. Uriarte, desde una evolución propia partiendo del difuso *vasquismo* que le impregnaba en sus tempranos escritos, y un conocimiento directo de la evolución política en el propio País Vasco, acabaría integrándose en la órbita ideológica del partido fundado por Sabino Arana, si bien desde unos planteamientos no siempre ortodoxos, pero sí lo suficientemente firmes como para distanciarle de su antiguo colega. Ya en noviembre de 1901, Grandmontagne escribía a Unamuno desde Buenos Aires, excusándose del tono y ataques vertidos desde *La Vasconia* contra un artículo publicado por Maeztu en *El Imparcial* de Madrid:

900. V, 37, 10.X.1894, p. 6.

901. V, 289, 10.X.1901, p. 6.

Como habrá visto Ud. En “La Vasconia”, he dejado la dirección, que en realidad nunca tuve, *pues no puedo tolerar que llegue a suponerse mi consentimiento a tales desatinos. Sin que yo supiera, dirigieron a Maeztu un ataque tan intempestivo como mal fundado, a propósito de un artículo de éste publicado en “El Imparcial”*. Un señor Jaca y Uriarte hicieron hacer aquel desaguisado, mejor dicho, Jaca que es un distinguido boticario y un vascófilo con ribetes de filósofo de percalina. Muy buen hombre por otro lado, sincero y que todo el día está lamentándose del “traspie que ha dado Ud. en su brillante carrera”. [...] *Dígale a Maeztu que nada tengo que ver en las formidables atrocidades que le diga “La Vasconia”*. Yo no he querido escribirle [a Ud. se lo digo todo] porque no fuera a pensar que mi disculpa argüía miedo. Dígaselo como cosa suya. Yo soy algo pueril a veces. No conozco bien el alma íntima de Maeztu, y no estoy seguro de que hubiera interpretado derechamente mi confesión⁹⁰².

902. Más reveladora es, sin embargo, la carta que le dirigió casi medio año más tarde, el 15 de mayo de 1902, en la que hablaba de la evolución ideológica de Uriarte -y de la colonia vasco-argentina en general- desde posiciones más o menos españolistas vinculadas al carlismo tradicional, hacia el nuevo empuje del nacionalismo vasco o “bizkaitarrismo”, en el lenguaje de la época: “A fines del año pasado dejé “La Vasconia”. No tengo ya nada que ver con todo eso. Mi rompimiento con Uriarte, en cuya compañía he vivido nuevos años, ha sido radical. Nos hemos separado odiándonos. Yo soy un gran odiador, con sentimiento de serlo, lo que contribuye a mantener perenne la pasión, envuelta en no sé qué fondo poético oscuro. Cuando rompo con un amigo, es para siempre; jamás he reanudado una amistad. El ideal melancólico y triste de tener sentimientos eternos, creo que es la causa de esta modalidad de mi carácter. Tengo el defecto de formarme cultos exagerados de todo, de la familia y de la amistad. Y cuando la realidad, cuando lo amado no responde al amor que le tengo, caigo en la exageración de lo contrario; primero un odio vivo y ardiente, tensión que acaba en una indiferencia glacial que me entristece, pues en realidad, mi organización espiritual está hecha para los grandes afectos. [...] *He aguantado a Uriarte las mayores idioteces. En momentos que peligraba la suscripción de “la Vasconia”, que entre paréntesis no produce nada, cuando la guerra de Cuba (yo era partidario de la independencia, por patriotismo español, pues siempre me pareció Cuba un foco de corrupción política), me hizo escribir unos cuantos artículos de un españolismo estúpido, para contentar al elemento vasco, inconsciente y torpe, que entonces era muy español*. Perdida la guerra, surgieron aquí los bizkaitarras, cuatro tontos que superan en idiotismo a los de Bilbao. *Todo lo he tolerado, pues, en realidad, mi labor en “La Vasconia”, carecía para mí mismo de interés. Me sometía a todas las majaderías de mi amigo, riéndome en familia de su vasquismo de carbonero*. Y vino lo de Ud., su programa de Bilbao, que no es a mi juicio un plan de porvenir, sino un hecho actual. La raza es hoy mismo invasora en obras, aunque se manifiesta estrecha en palabras. Prediqué expliqué su discurso, recurriendo a las formas más populares para meterlo en estas cabezas vascas, que son muy inferiores a sus brazos. Si hubiera proporción entre las cabezas y los brazos, serían los vascos los dueños de América. Todo inútil. No se respetó mi obra en “La Vasconia”, ni mi admiración y cariño por Usted. Las burradas me fueron exasperando, hasta que rompimos de la manera más dura. Llegó al extremo de querer atacarme en “La Vasconia” cosa que evité con mi actitud, indigna ya de un hombre medianamente culto. En fin, todo eso se acabó: tierra y cielo encima”. Cf. J. Ignacio Tellechea Idígoras, *El vasco Francisco Grandmontagne sus cartas a Miguel de Unamuno*. Prólogo de Enrique de Gandía, Grupo Doctor Camino, San Sebastián, 1991, pp. 107-108 y 111-112. Las cursivas son nuestras.

Otros cambios importantes sucedieron dos años más tarde, cuando la revista modificó su grafía por una nueva: *La Baskonia*. “Estamos en el día de las reivindicaciones”, escribió La Redacción [es decir, Uriarte], y apoyado en la *Gramática Baskongada* de Arturo Campión y opiniones de lingüistas, anunció que a partir del mes de abril de 1903 el nombre de la revista sería *La Baskonia* y no *La Vasconia*⁹⁰³. En ocasiones, este cambio se ha llegado a ver como la expresión palpable de la cada vez mayor cercanía de Uriarte a posiciones propias del nacionalismo vasco⁹⁰⁴. Si bien es cierto que *La Baskonia* nunca se presentaría abiertamente con una línea ideológica nacionalista definida, intentaría ofrecer en sus páginas una cierta amplitud de miras. También es cierto que en 1903 se produjo el conocido encuentro de escritores euskaldunes de Hendaya, en el que se intentaron sentar las bases para la normalización y unificación ortográfica del euskera, en el que entre otras cosas, se sancionaría la desaparición de las letras “v” y “c” del uso habitual de las palabras en lengua vasca.

En estos años y hasta 1923, Uriarte contó además con la colaboración del médico Daniel de Lizarralde, quien ocupó el cargo de subdirector hasta su fallecimiento⁹⁰⁵. En un editorial de principios de 1902, titulado “Mi programa”, el nuevo redactor manifestó aceptar la nueva misión y compromiso con la publicación y los propósitos que lo animaban⁹⁰⁶. Sin embargo, en la necrológica, la revista refirió a su persona y labor sólo como “viejo y querido amigo a quien lo considerábamos de la casa”⁹⁰⁷.

La revista fue evocada con posterioridad por escritores e historiadores con análisis y comentarios en relación a su extensa vida, a sus directores y propietarios. El joven historiador argentino Enrique de Gandía escribió una breve referencia acerca de la

903. *La Baskonia* [en adelante, *LB*], Buenos Aires, 334, 10.IV.1903, p. 115. Para un historia de la publicación, Ver Ángeles de Dios Altuna de Martina, *La Baskonia, su historia y su legado (1893-1930)*, III Seminario Internacional Euskal Herría Mugaz Gaindi, mayo 2004. Montevideo (mimeo).

904. Ó. Álvarez Gila; “Euskal abertzaletasunaren ezarrera Argentinan: Rosarioko Zazpirak Bat euskal etxearen adibidea (1912-1935)”, *Mundaiz* 44 (1992), pp. 97-117. De hecho, en 1903 llegó a Argentina un activo grupo de emigrantes nacionalistas vascos que darían inicio a las primeras actividades de propaganda y establecimiento del Partido Nacionalista Vasco en América. Cf. Ó. Álvarez Gila, “Ameriketako euskaldunak eta abertzaletasuna (1900-1940)”, *Muga* 93 (1995), pp. 86-96. También, Ó. Álvarez Gila; “Vascos y vascongados: luchas ideológicas entre carlistas y nacionalistas en los centros vascos del Río de la Plata (1900-1930)”, en Ronald Escobedo Mansilla y otros (eds.), *Emigración y redes sociales vascas en América*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1996, pp. 171-192.

905. Miguel Ezkerro, “Promotores de la cultura vasca en Argentina” en *Los vascos en la Argentina. Familias y Protagonismo*, Fundación Vasco-Argentina “Juan de Garay”, Buenos Aires, 2002, p. 270.

906. *LV*, 333, 30.XII.1902, p. 102.

907. *B*, 1072, 10.VII.1923, p.445. No hemos de menospreciar la importancia de la figura de Daniel de Lizarralde, quien había sido uno de los cofundadores del centro Laurak Bat en 1877, y contaba por ello con un gran ascendiente en la colectividad vasca. Kepa Altonaga señala que las fuentes no coinciden a la hora de determinar el periodo de actuación de Lizarralde como vicedirector de la revista, basculando entre “un breve periodo” o casi veinte años, “Daniel Lizarralde Medikuaen *Moskorrak* (1899) eta Florentzio Basalduaren Argentinako Euskal Herri Berria”, *Ekaia* 22 (2009), pp. 199-234, cit. p. 204.

publicación y de la personalidad de ambos. Sobre Uriarte desveló aspectos poco conocidos:

La evocación de Grandmontagne me trae a la memoria a su gran amigo don José R. de Uriarte, codirector de *La Baskonia*. Esta revista, a la cual Uriarte dedicó su vida, fue el alma de los vascos en la Argentina. Se leía en las grandes ciudades, en las estancias y en pueblos de campo. Traía noticias de Vasconia que emocionaban a sus lectores, y estudios, muy serios, sobre temas históricos y filológicos euskéricos que dejaban boquiabiertos a los lectores argentinos que nada sabían de los misterios euskaldunes. Yo colaboré en sus páginas con artículos que defendían el nacimiento de Juan de Garay en la ciudad de Orduña y demostraban la hidalguía y vizcainía del segundo fundador de Buenos Aires. Uriarte era un entusiasta de estos esfuerzos míos. Hasta editó mi libro “Nuevos datos para la biografía de Juan de Garay”. Me parece verlo; alto, fuerte, con sus grandes bigotes, aire noble y bonachón: vasco perfecto que hablaba el euskera y amaba hondamente su historia. Cambió varias veces de domicilio, pero siempre andaba cerca de la Avenida de Mayo⁹⁰⁸.

Nuevos rumbos en *La Baskonia*

Es interesante destacar que Uriarte tenía veintiséis años cuando fundó *La Vasconia*, dato ilustrativo de su vocación periodística y formación intelectual, pero también y sobre todo del compromiso con su tierra. Había nacido en Bermeo el 27 de agosto de 1867 y era hijo de Faustino de Uriarte, propietario, natural de la misma villa, y de Paula de Inchausti nacida en Busturia⁹⁰⁹. Difícil es establecer la fecha de ingreso de Uriarte a la Argentina. La revista no hizo alusión a su emigración, circunstancias y trabajos anteriores al periodismo y calidad de editor. Sería recién cuando falleciera, y por datos fragmentados de una carta escrita en Bermeo, sin firma ni fecha, en la que su autor consigna breves referencias que permiten conjeturar el arribo a Argentina hacia 1889. Entre otras cosas dice la misiva que “el benemérito bermeano, el basko contemporáneo residente en la Argentina desde hace 33 años que más ha luchado a favor de elevar y dar a conocer la cultura baska, con su adorada hija espiritual —la más difundida revista de sabor euskaro— *La Baskonia*, que el 10 de octubre pasado cumplió sus 29 años de vida”⁹¹⁰.

Otras búsquedas aportaron datos reveladores acerca de este inmigrante. En 1895, por ejemplo, en Argentina se realizó el segundo Censo Nacional. Los registros señalan la presencia en el país de José Rufo de Uriarte de 28 años, periodista, soltero, y de su madre,

908. Enrique de Gandía, “Prólogo” a *El vasco Francisco Grandmontagne...* de Ignacio Tellechea Idígoras, Grupo Doctor Camino, San Sebastián, 1990, pp. 9-10.

909. El bautismo fue realizado por el Cura Párroco de las Iglesias Unidas Santa María y Santa Eufemia de la Villa de Bermeo correspondiente a la provincia de Vizcaya, Obispado de Vitoria, el mismo día del nacimiento registrado el 27 de agosto a la una de la noche. Libro número 17, folio 358 vuelto.

910. *LB*, 1411, 11.XII.1932, p.10.

Paula Inchausti de 58, viuda. Por su parte, el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos no cuenta con datos que daten estimativamente su llegada⁹¹¹. Esta información permite creer que llegaron a la Argentina sólo madre e hijo. Años después, como se verá, pudo saberse que Uriarte tuvo siete hermanos fallecidos antes de su emigración, y doña Paula Inchausti era el único familiar con que contaba.

José Rufo de Uriarte, editor, periodista y escritor

La obra de Uriarte alcanzó una dimensión fuera de lo común en el campo del periodismo. La revista tuvo periodos de expansión, como el señalado durante la actuación de Grandmontagne, pese a los cambios de colaboradores a lo largo de los años, problemas económicos u otras dificultades. No obstante, es posible afirmar su resurgimiento, a partir de 1909 cuando Andrea Moch —de quien luego hablaremos— se incorporó a la redacción como “corresponsal artística”. La publicación destacó por la calidad y cantidad de notas relacionadas con la difusión de la cultura vasca. Fue durante estos años, y hasta el fallecimiento de su director, en los que Uriarte alcanzó el nivel más alto de producción editorial y periodística.

Como editor y desde tiempo atrás su imprenta, llamada también *La Baskonia*, había publicado títulos de prestigiosos escritores argentinos y extranjeros radicados en el país, entre ellos el primer libro de poemas de Leopoldo Lugones, *Las montañas de oro* (1897); *Los raros* de Rubén Darío (1896); *Teodoro Foronda —Evoluciones de la sociedad argentina—* en dos tomos y la novela *La Maldonada* (1896), ambos trabajos de Francisco Grandmontagne. También, conferencias de Florencio de Basaldúa (1911), o la edición, antes mencionada de los *Nuevos datos para la biografía de Juan de Garay* de Enrique de Gandía (1927). En esta imprenta fueron editadas años más tarde tres obras de Andrea Moch: *Del Cantábrico al Plata* (1909), *Impresiones de mi viaje a Norteamérica* (1923) y *Páginas Vividas* (1925).

En dichos talleres ubicados posteriormente en calle Belgrano 1389, además de imprimirse la revista, se realizaban todo tipo de trabajos “con preferencias comerciales”. El aviso señalaba *Tipografía “La Baskonia” —Uriarte y Cía. Casa especial para toda clase de trabajos tipográficos comerciales—*. Confeccionaban formularios de “facturas, sobres, papel de cartas, talonarios, tarjetas, circulares, revistas, etc.”⁹¹². Otras noticias consignaban que “la editorial imprimía obras de lujo que en elegancia y nitidez no han sido superadas por las que se editan en Europa”.

En el citado local estaban a la venta publicaciones de particular valor para la colectividad, como el *Manual de conversación castellano-euskera* de Isaac López Mendizábal con preámbulo de Arturo Campión, un tomo de 400 páginas encuadernado, el álbum *Aíres baskos (Para canto y Piano)*, la *Guía Jurídica de la República Argentina (Consultor práctico*

911. Dentro del periodo que comprende la base de datos del CEMLA (desde 1882 a 1930) hay un 30 por ciento de información perdida, motivo por el cual pueden no figurar las personas buscadas. Informe del 5 de agosto de 2008.

912. *LB*, 598, 10.V.1910, páginas comerciales.

para los comerciantes, industriales y propietarios) que incluía la ley de quiebras, juicios por desalojo, revocación de poderes, modelos de compraventa, propuestas de concordato y una extensa lista de modelos de escritos judiciales que, como su nombre indicaba, constituiría material de imprescindible uso para el creciente comercio de esos años. Además de las obras mencionadas, la editorial ofrecía a la clientela álbumes con tarjetas postales en colores con dibujos de José Pepe Arrúe muy valoradas por su calidad artística y la representación de personajes y paisajes vascos.

En 1910 editó *Los baskos en el Centenario*, obra escrita en adhesión “de la colectividad baskongada al Centenario Argentino”, en la que participaron reconocidas firmas constituyendo un éxito editorial sin precedentes por la calidad de sus trabajos, los temas abordados y las ilustraciones incluidas. La venta fue promovida con avisos portadores de este mensaje: “Colaboraron los más distinguidos intelectuales argentinos y *baskos*. Impresa en el mejor papel, con multitud de grabados y orlas en colores. Todos los *baskos* deben adquirirlo antes que se agote”⁹¹³. El periodismo local acogió la obra con elogiosos conceptos y una noticia del periódico *Heraldo Alavés* de Vitoria anunciaba otros comentarios igualmente alentadores. La lujosa encuadernación llevaba el título en destacadas letras doradas al que se le incorporaba el nombre del adquirente, detalle valorado por su significado y simbolismo.

Años más tarde, 1916, con motivo del centenario de la declaración de la independencia argentina, publicó otro título de renombre: *Los baskos en la Nación Argentina*, reeditado en 1919. Casi 700 páginas incluyen información histórica y geográfica de *Euskal Herria*, de las provincias argentinas y sus territorios nacionales, de presencia de vascos en el Uruguay, temas de literatura, arte, biografías y una importante galería de fotografías de personajes vistosos. La revista reproducía los juicios de la prensa argentina como “un éxito resonante” y varias páginas eran dedicadas a ese fin.

Para promocionar la venta, los propietarios acudían a recursos que apelaban a los sentimientos de sus lectores. “Hay cosas que cuanto más tiempo transcurra, gana en valor. Esto ocurrirá con la magnífica obra *Los baskos en la Nación Argentina*. Es indudable la visión comercial del director de la obra. No escatima esfuerzos ni iniciativas para difundir las bondades del libro y llegar a todo hogar *baskongado* argentino, del Uruguay y de los países de América Central”⁹¹⁴. En este sentido tuvo una mirada casi profética respecto del destino del mismo, pues en uno de los avisos agregaba: “Cuando se agote su segunda edición, que será muy pronto, no se encontrará un ejemplar a ningún precio, ni volverá a imprimirse por la enormidad de su costo”. El dibujo de una mano con el índice en alto, señalaba: “El libro de la raza”. El periodismo local coincidió con palabras de alabanza destacando entre sus méritos, la “magnificencia de su encuadernación”, los progresos y el esfuerzo editorial, el adelanto de las artes gráficas y los inconvenientes para el suministro de papel en los tiempos de la Primera Guerra Mundial.

913. Aviso comercial de *LB*, 645, 30.VIII.1911, sin paginación.

914. Esta publicación estaba lujosamente encuadernada y guarnecida de un estuche. La propaganda señalaba sus dimensiones: 37 centímetros de alto por 28 de ancho. Su valor era de \$40.

La actividad periodística y editorial de Uriarte era incesante. En el mes de mayo de 1930 editó otra publicación titulada *¿Quiénes son los baskos?* Los avisos de la revista señalaban que era “un libro de divulgación baskista cuya finalidad consiste en contribuir a la divulgación y conocimiento de diversos e interesantes aspectos de la raza y del pueblo basko”. En sus 192 páginas aportaba información sobre los vascos, su origen, territorio, idioma, cultura, religión, régimen jurídico participación en la colonización de América y en la historia sudamericana, y figuras ilustres⁹¹⁵. Esta nueva publicación fue promocionada no sólo por la revista sino difundida y elogiada por la prensa porteña como las anteriores. Los temas de los trabajos mencionados ponen de relieve no sólo el compromiso de Uriarte con la divulgación de la cultura vasca en la Argentina y en América, sino su identificación con el país que lo acogió y en el que depositó su particular vocación y mirada de periodista y editor acrecentada con décadas de vida en esta tierra. Testigo de los profundos cambios políticos e ideológicos producidos entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, el mensaje de divulgación de José Rufo de Uriarte respondía a necesidades comprensibles de identificación y diferenciación cultural en un país que contaba con un importante caudal inmigratorio de diversos orígenes. Sus ediciones difundieron ante la colectividad vasca y el pueblo en general el progreso, la pujanza, el porvenir, la presencia destacada de sus miembros en la sociedad argentina, a quienes el tiempo y la distancia, como resultado de la emigración, mantenían sin embargo ligados a sus raíces e identidad con gran ilusión.

A la presencia de estos libros cabe agregar la edición de los almanaques *La Baskonia*, obsequiados anualmente a los abonados de la revista. Era otro medio de divulgación de aquellos años, muy valorado por los lectores y utilizado también por otras colectividades, entre ellas, la gallega. Con estilo editorial, cada ejemplar constituía una publicación atractiva para difundir la cultura argentina y vasca. Sus ejemplares llegaban a los lugares más distantes del país y aportaban no sólo el calendario con los meses escritos en euskera y castellano, sino también información sobre otros temas de interés general como historia, medicina, música, breves biografías, reproducción de obras de arte, fotografías, dibujos, información a agricultores, ganaderos e industriales, anuncios comerciales y culinarios, y notas de humor destinadas a las familias. Destacaba la propaganda comercial de sus páginas, cargadas de nombres profesionales cuyos apellidos denotaban el origen vasco, y de hoteles, casas de moda, fábricas de alimentos y establecimientos de venta de maquinarias e insumos para el campo. Algunos de estos avisos tenían en cuenta el idioma de sus clientes, pues anunciaban la atención en español, francés y euskera. Otros anuncios apuntaban al hombre de campo desconocedor de la lengua nativa. Éstos se expresaban en español, pero con su correspondiente traducción, por ejemplo: Paisano: *Erritarra*; Sus compras: *Erosi Bear Dituazu*; Bolsas: *zorro*; Maderas: *zul*; Hilos: *ari* al tiempo que se mencionaban los artículos imprescindible para el uso rural que debían adquirirse en la ciudad. Esta difusión con sentido comercial a la vez que solidario tenían también funciones didácticas para alentar a los usuarios.

915. Se agradece Ficha Técnica al licenciado Gonzalo Auza. Ver presentación del libro en *LB*, 1318, 30.V.1930.

Uriarte solía escribir en los almanaques algunas notas de tono diferente a las habituales de la revista, cuya lectura y fotografías sugieren un hombre disfrutando de la vida doméstica, del ambiente apacible en la terraza del departamento donde vivía con Andrea Moch, rodeado de palomas, plantas y flores, y del recuerdo del pasado legendario vasco. En las crónicas de viaje destacó su carácter observador. Cuando visitó su tierra por única vez, escribió notas de interés político y demográfico que demostraban los cambios producidos tras cuatro décadas de ausencia.

Los éxitos editoriales y la revista continuaban creciendo debido a la calidad de las notas y de la renovación de autores prestigiosos. La venta se afianzaba no sólo en los más lejanos hogares del país y la redacción incorporó nuevos corresponsales en Euskadi y América para ofrecer una mayor información. Los mensajes de la promoción comercial de la *La Baskonia* apelaban al patriotismo, a la condición de un buen vasco y otros recursos de carácter persuasivo y hasta retórico. Uno de esos comunicados decía: “Recordamos que *La Baskonia* es fiel portador de los baskos en América; no debe faltar en los hogares éuskaros; viene realizando en América una obra de cultura, con amplitud de miras y sin sectarismos; desea que cada suscriptor sea un propagandista, para que su difusión sea completa”. Siete enunciados acerca de las calidades de la publicación que ampliaban el título de la revista en sobresalientes letras⁹¹⁶.

Poco antes de la década del veinte, fotógrafos como Indalecio Ojanguren ilustraban textos del quehacer político, cultural, deportivo, costumbrista y arquitectónico; materiales que hoy constituyen testimonios gráficos de valor relevante. Fotografías y textos también reproducían e informaban sobre las la cultura vasca y universal. Obras de pintura y escultura, música y otras manifestaciones artísticas alcanzaron su mayor grado de difusión gracias al trabajo de la francesa Andrea Moch, considerada por la revista una particular “baskófila” por su labor de la promoción de esa cultura.

Andrée Moch y José Rufo de Uriarte. Bases de una colaboración

Con motivo de los preparativos del Centenario que la Argentina se disponía a celebrar con importantes acontecimientos⁹¹⁷, arribó al país el 24 de noviembre de 1908 en el barco *Patricio Satrústegui* la escultora y pintora francesa Andrée Moch, nacida en París el 23 de enero de 1879. Con este viaje respondía a la convocatoria del gobierno argentino para la realización de los monumentos de quienes habían sido protagonistas de la gesta de mayo.

La artista venía precedida de sobresalientes antecedentes profesionales. Recibió en la casa paterna esmerada educación en música, pintura e idiomas. Cursó estudios en la Escuela Municipal de Bellas Artes de Burdeos donde obtuvo hacia los 18 años todos los primeros premios. Con este logro, fue becada para continuar su formación artística en

916. *Almanaque “LB”*, Talleres La Baskonia, Buenos Aires, 1921. Aviso comercial

917. Yayo Aznar y Diana B. Wechsler (comps), *La memoria compartida —España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005. Ramón Gutiérrez y otros, *El Reencuentro entre España y Argentina en 1910. Camino del Bicentenario*, CEDODAL, Buenos Aires, 2007.

la Escuela Nacional de Bellas Artes de París dirigida en ése tiempo por Pierre Paris especializado en estudios arqueológicos y helenísticos, quien introdujo a la joven en esta primera etapa de contacto con el arte. A su lado obtendría importantes conocimientos en este campo y el mundo antiguo. Se convirtió en su época en una de las primeras artistas mujeres que ingresó a esta casa de estudios superiores. Para aquellos años comenzaron a abrirse en Francia para las mujeres las puertas de las facultades y Escuelas Superiores que hasta entonces les habían sido vedadas.

Entre sus profesores figuraban pintores de renombre como Luc Olivier Merson, Paul Alexandre Leroy y Antonio De Lagándara con quien tomaba clases durante las vacaciones en Burdeos. Entre los maestros parisinos, recibió las enseñanzas del escultor Laurent Marqueste, autor de *Galatea*, Paul Salcedo y Fernand Cormon⁹¹⁸. En 1905 expuso en el *Salón des Artistes Français*, en 1906 en *Amis de Beaux Arts*, y en 1933, en su regreso a Europa, en el salón *Rellinger*. Tanto el escultor Marqueste como los pintores mencionados eran entonces figuras de gran prestigio en el arte. Los numerosos trabajos de Andrea Moch, tanto en pintura como en escultura, y las reseñas sobre temas de arquitectura y patrimonio cultural publicados en *La Baskonia* ponían de relieve sus diversos campos del conocimiento a los que accedió y supo difundir en los ámbitos en que actuara.

Andrea, que a poco de llegar castellanizó su nombre, tenía 29 años⁹¹⁹. Uriarte, por su parte, 41 y ambos eran solteros. El encuentro fue fortuito, consecuencia de una enfermedad de la francesa quien así lo contó: “Y el patrón de Fermín me mandó un doctor basko que era el que atendía a su madre, y que había de ser, en adelante mi mejor amigo, confidente de todas mis intimidades y aspiraciones artísticas; como lo era yo, de toda su producción literaria”⁹²⁰. Pero la recién llegada ya tenía referencias acerca de Uriarte. En San Sebastián anunció su viaje a América. Y los escritores y periodistas que le acompañaban, le indicaron que entregaría una nota de presentación para “el basko más entusiasta que pueda Ud. encontrar nunca. Le conocemos por su revista, por sus escritos, por su reputación de hombre bueno, leal, trabajador y servicial. Nos han contado que en la redacción de su revista encuentran hospitalaria acogida todos los baskos recién llegados. Con buenas palabras levanta los ánimos caídos. No es hom-

918. Andrée Moch, *Andanzas de una artista*, Ediciones Aniceto López, Buenos Aires, 1939, pp. 81-82.

919. En el CEMLA -Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos-, Registro de pasajeros ingresados a la Argentina, está asentado el nombre de Andrea Moch, 34 años, española, sin profesión, católica, arribada en el buque P. de Satrústegui, procedente de Cádiz, al puerto de Buenos Aires el 24 de noviembre de 1908, lugar de nacimiento desconocido. Aclaramos que para esos años no era requisito indispensable la presentación de pasaporte que acreditara identidad. Obtenida su acta de nacimiento, fue confirmado que la edad asentada era errónea. No es de extrañar declare ser española porque hablaba correctamente esta lengua y consideraba a la “tierra ibérica” como su segunda patria. Un ingreso posterior de Estados Unidos (1923) concuerda con las demás referencias.

920. A. Moch, *Andanzas de...*, p. 269. Es probable que el médico haya sido Daniel de Lizarralde, quien era además escritor. Otra fuente informa que era Luis Lizarralde. Ver *LB*, 602, 20.VI.1910.

bre de fortuna; hasta creemos que vive allí muy modestamente, en compañía de su señora madre”⁹²¹.

En cumplimiento del ofrecimiento de los periodistas donostiarras, la viajera llevó la carta de presentación al director de *La Baskonia*. Su domicilio no estaba lejos de la redacción y administración de la revista, para esos años en México 524. En este punto se entrelazaron las vidas privadas y públicas de ambos personajes; en ocasiones cuestionadas por saltarse costumbres y tradiciones de la sociedad de la procedían. En su momento, la colectividad vasca se conmovió porque J. Uriarte y A. Moch optaran por una unión libre en lugar del matrimonio. Fue, sin duda, la vinculación privada la que propiciaría el ingreso de la pintora en el mundo de la colectividad vasca en Argentina a partir de una presentación hecha en las páginas de *La Baskonia*⁹²², en la que Uriarte instaba a sus compatriotas a obtener un salón para exponer sus cuadros. El pedido no se hizo esperar, y al poco tiempo, Andrea exhibió en los salones del *Laurak Bat* setenta y cinco obras. Una fotografía la representa e ilustra el momento de su ingreso triunfal a la colectividad. Resultado de la exposición de su trabajo y de los vínculos, hizo varias ventas y algunas familias encargaron retratos de niños a la vez que comenzó su tarea docente en un pequeño atelier en las cercanías de *La Baskonia*, Avenida Belgrano 1383, 1er. Piso. La nota informativa acerca de esta retrospectiva finalizó aún con mayores ponderaciones:

He aquí esbozados en rasgos generales, las consideraciones que nos ha sugerido esta original e inteligente artista, muy acreedora por los conceptos enunciados a la estimación de los hijos de Aitor, que pueden apreciar su meritoria obra en honor de nuestro país, a la que enviamos desde estas columnas nuestro caluroso aplauso.

Esta *Exposición de Cuadros Baskos* fue anunciada en la revista en cada uno de sus ejemplares del mes. En esa ocasión, Andrea pudo demostrar su conocimiento de Euskadi “recorrido a pie y calzada de blancas alpargatas” como cuenta en uno de sus libros. La reseña de *La Baskonia* publicó el catálogo completo de las pinturas que incluían óleos, retratos, acuarelas, pasteles, dibujos a pluma organizados por provincias y los pueblos donde pintó: Vizcaya, Guipúzcoa, Urrugne, Ciboure y Bourdagain. La reseña no escatimó comentarios laudatorios acerca de los trabajos, describió cada uno resaltando su vocación por los temas vascos. Puede que haya llamado la atención del público asistente la obra de esta francesa ajena en sus orígenes a la cultura vasca pero que podía describir con sus pinceles el paisaje de esos pueblos con tanta maestría. Para la colectividad, numerosa en esos años, y nucleada desde 1877 en torno a su asociación *Laurak Bat*, esta exposición habrá originado sentimientos de admiración y, a la vez, de extrañeza. Porque había valorado la identidad vasca en la cosmopolita sociedad de Buenos Aires. En la muestra también había paisajes de Argentina. A sólo unos meses de su presencia en el país demostró interés e identificación con esa tierra. Expuso dos cuadros de la Estancia Pereyra,

921. A. Moch, *Andanzas de...*, pp. 268-269.

922. B, 556, 10.III.1909, pp. 243-244-245.

El ombú y *El sauce llorón*, y escenas pintadas en la localidad de Adrogué. Andrea recorría habitualmente lugares que le permitían conocer y descubrir rincones que llamaban su atención.

El ingreso de Andrea a la colectividad vasca fue muy bien recibido no sólo por sus dotes de pintora, sino porque sus óleos y acuarelas acercaban a Buenos Aires paisajes, personajes populares o figuras conocidas de la tierra nativa. Su incorporación le permitió vender varios cuadros a sus miembros y a otras amistades vinculadas al socialismo en el que había comenzado a colaborar con escritos en la revista *Unión y Labor*⁹²³. Entre sus compradores, publicados en *La Baskonia* durante tres meses, figuraban el cantante de ópera Florencio Constantino y la doctora Sara Justo⁹²⁴. Otro de los óleos, “Calle en cuesta de Ciboure”, fue adquirido por el Conde de Artal, conocido mecenas y marchante de la colectividad española desde fines del siglo XIX⁹²⁵.

A partir de esa presentación formal, en las páginas de la revista aparecerían regularmente notas, comentarios de exposiciones, reproducciones de obras realizadas durante su estadía en Euskadi. Su firma, como Andrea Moch o A. M., se hizo familiar y el arte éuskaro se difundió por este medio gracias a su permanente presencia. Poco después, Andrea fue nuevamente tapa de la revista con el óleo *El alarde de Fuenterrabía*, con nota descriptiva de esta tradición en su interior⁹²⁶. Fueron frecuentes, casi permanentes, reseñas de vida y obra de músicos vascos, temas de arquitectura y una gran diversidad de asuntos relacionados con la cultura.

Ya en 1910, la actividad de Andrea fue intensa, no sólo con escritos y dibujos en la revista, sino en colaboraciones para la preparación del libro *Los Baskos en el Centenario*. En esta obra publicó “Cultura y Progreso” ilustrada con un dibujo a lápiz titulado *Un rincón del antiguo Buenos Aires*, tema de interés del patrimonio arquitectónico porteño⁹²⁷. La nota fue exaltada por el director de la revista en la que destaca la distinción de la artista francesa:

[...] hemos de hacer mención de la inteligente baskófila señorita Andrea Moch, que ha colaborado con el mayor cariño en dicha obra, tanto con la pluma como con el pincel, reflejando una vez más el amor que siente por la tierra euskara⁹²⁸.

Andrea Moch se desempeñó en *La Baskonia* en carácter de “cronista artística” entre 1909 y 1933. Inicialmente reseñó exposiciones de pintores vascos que visitaban la Argentina. Así lo hizo en 1910 con motivo de los festejos del Centenario y la llegada de

923. Edit Rosalía Gallo, *Nuestra Causa. Revista Mensual Feminista 1919-1921 Estudio e Índice General*, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, Buenos Aires, 2004.

924. *LB*, 564-565-566-568-569-574 y 575 del 10.VI.1909 al 20.IX.1909.

925. Rodrigo Gutiérrez Viñuales, *Argentina y España. Diálogos en el Arte (1900-1930)*, CEDODAL, Buenos Aires, 2003.

926. *LB*, 561, 30.IV.1909, p. 323.

927. José Rufo de Uriarte, *Los Baskos en el Centenario*, Tipografía *LB*, Buenos Aires, 1910, pp. 121-122.

928. *LB*, 603, 30.VI.1910, p. 432.

pintores como Ignacio Zuloaga, Valentín y Ramón Zubiaurre, Darío Regoyos y el joven Elías Salaverría. En el año del Centenario, además de las visitas de los artistas mencionados, publicó en la sección *Figuras y Paisajes de Euskadi*, noticias sobre personajes de la vida cultural como la presencia en Argentina de arpista Pilar Michelena o el regreso a Europa del compositor vizcaíno Francisco López Figueroa, a quien representara en un óleo y él retribuyera con la creación de la melodía titulada *Nere Lurra* dedicada “a la notable Artista Andrea Moch”⁹²⁹. Los ricos de la colectividad vasca, o con aspiraciones de serlo, contrataron a Andrea como retratista. En 1909, por ejemplo, pintó a Florencio de Basaldúa, vizcaíno promotor del desarrollo industrial argentino a partir de la fabricación de maquinarias agrícolas. Su imagen fue tapa de *La Baskonia* con la aclaración que el óleo pertenecía a la autoría de la francesa. También retrató para esos años a Daniel de Lizarralde, el subdirector de la revista, obra reproducida en *Los baskos en el Centenario, 1810-1910* y cuando la revista le dedicó una necrológica.

Sus colaboraciones en la revista referían a varios temas. Algunos de sus trabajos eran traducciones del francés como “Un domingo en el País Basko”, relato del escritor Christian d’Eibée⁹³⁰. Otros tantos reseñaban exposiciones, comentaban libros, conciertos y el patrimonio arquitectónico, y describían pueblos y paisajes argentinos y de Euskadi. Su selección de casi medio centenar de óleos, retratos, paisajes y dibujos a pluma de Argentina, Chile, Brasil, Euskadi y de otros sitios que visitaba ilustraba las crónicas, las historias, las portadas de la revista y sus vistosos almanaques. Imágenes y dibujos, incluidos en su libro *Del Cantábrico al Plata*, se utilizaron para ilustrar los artículos de la revista aun cuando Andrea ya no formaba parte de la redacción. Así, algún sendero, el viejo puente de Baigorri y el caserío Manchini se transformaron en viñetas y en símbolos de la tierra euskara.

Un corazón enfermo

Uriarte estuvo largos años enfermo a juzgar por los escritos de Andrea, entre 1924 y 1932. Sufrió una miocarditis crónica, una dolencia que paulatinamente lo fue alejando del lugar físico de su trabajo —la dirección y administración de la revista—, pero no de su actividad como periodista, escritor y editor que realizó desde el domicilio donde vivía.

En el invierno austral de 1931, Uriarte viajó a Europa. Una extensa nota en *La Baskonia* anunció su partida en el *Asturias*; un palacio flotante, como lo describiría posteriormente el pasajero. Se embarcó el 14 de junio de ese año para tomarse un “merecidísimo descanso para su salud quebrantada”, como señaló el editorialista, después de 38 años de una labor periodística intensa y sin interrupción. Otro propósito le animaba a realizar este viaje: “refrescarse espiritualmente captando las vibraciones más íntimas

929. Esta melodía suave, de carácter melancólico, describe paisajes y fue publicada en *Aires Baskos. Para y Piano*, Casa Editorial “La Baskonia”, Buenos Aires, 1922.

930. *LB*, 741, 30.IV.1914, pp. 327-328.

del pueblo basko, único ideal de su estudiosa vida"⁹³¹. Y es que no sólo viajaba para tomar un merecido descanso. Su enfermedad progresaba lentamente y tenía sólo poco más de un año de vida. Desde Euskadi envió con regularidad reseñas de su itinerario, con títulos como "Impresiones de viaje" o "Notas de viaje" en las que relataba detalles de los lugares recorridos, familiares y personas a quienes visitaba o en compañía de quien lo hacía. Envío nueve artículos firmados con el seudónimo *Beti-Bar*, uno de ellos iniciado con la letra U, y el último con la X el 10 de noviembre de 1931, cuando ya se encontraba en Buenos Aires⁹³².

El viaje conmueve al inmigrante y le permite reflexionar con palabras de añoranza y dolor. Como a todo el que regresa después de décadas de ausencia, ya no encuentra igual el lugar donde nació: nuevas construcciones, otras costumbres, caras desconocidas dan la impresión al viajero de ser un extranjero en su propia tierra. Entre tantas observaciones escribió: "El Bilbao de nuestra pasada juventud, ya no existe, se fue para no volver más. He deambulado por sus calles varias horas del día y de la noche sin poder renovar un recuerdo". Otras notas agregan más detalles: "Vemos transitar gentes desconocidas, indiferentes. Una sensación de orfandad nos abruma y parece a veces que algo delator nos dice al oído: "No debiste alejarte de tu bella tierra". Sus reseñas son detalladas, con interesante información de datos acerca del desarrollo económico-industrial y otros progresos observados. Visita fábricas, factorías, museos arqueológicos, etnográficos y de arte, exposiciones, teatros, realiza entrevistas y otras distintas actividades que permiten apreciar que no fue tiempo de descanso, sino de una necesidad imperiosa de volver a adentrarse en su tierra nativa. Cada lugar descrito, cada paisaje, dejan percibir la avidez con que recorría los rincones de Euskadi y al mismo tiempo, cada tanto, expresaba en distintos modos el triste destino de sentirse extranjero en el propio lugar donde naciera.

Uriarte recorre pueblos y ciudades junto a Martín de Angiozar, seudónimo de Martín de Berraondo, corresponsal para esos años de su revista en San Sebastián. En esos meses de verano, llegó hasta distintas playas del Cantábrico que describió en detalle con comentarios ilustrativos acerca de las costumbres de la época. Las notas revelan a un hombre de oficio en el periodismo y la crónica. De la partida transcurrieron cuatro meses. Regresó a fines de octubre en el mismo barco en que había viajado. Añoraba en este momento volver a su patria adoptiva por la cual sentía gran reconocimiento y así lo expresó: "Al divisar a lo lejos las costas del Plata, sentimos la tierna sensación de la proximidad del retorno. En momentos como éste sería preferible carecer de sensibilidad"⁹³³. El viajero llegó aún más enfermo. La revista publicó noticias respecto de la salud de su director:

Pero, la fatalidad quiso que, en la escala de Cádiz, contrajera el señor José R. de Uriarte, una fuerte bronquitis, que le tuvo enfermo durante toda la travesía y, a la

931. *LB*, 1358, 20.VI.1931, pp. 403-404

932. Seudónimo *Beti Bar* revelado por la misma revista, *LB*, 1375, 10.XII.1931, p.107.

933. *LB*, 1371, 30.X.1931, pp. 41-42, nota IX.

llegada a Buenos Aires, en vez de poder verse con sus amigos y explayarse haciéndoles partícipes de sus entusiasmos por las bellezas de su querida tierra, hubo de guardar cama, los primeros días⁹³⁴.

Los pocos días acabarían por convertirse en varias semanas, y luego meses, hasta su fallecimiento ocurrido el 27 de noviembre de 1932 en el domicilio de Avenida de Mayo 1480 a los 65 años⁹³⁵.

Los adioses

La necrológica de la prensa local fue breve, como correspondía a un personaje cuya proyección, si bien intensa, no había salido del ámbito de la colectividad vasca⁹³⁶. Diferente fue el eco que obtuvo dentro de ésta, como se aprecia en las diversas notas publicadas en *La Baskonia* por historiadores, por hombres de letras y por amigos, con motivo del fallecimiento de Uriarte. Entre ellas, destaca por su tono diferente la escrita por Andrea Moch. Otros detalles, distintas experiencias, una mirada femenina y atenta a ese hombre con el que compartió una larga amistad y sin duda un amor profundo de varias décadas. Emotiva y digna, la reseña confirma su quehacer al lado de Uriarte así como sus vivencias en la intimidad, como lo señala el título del escrito: “Uriarte íntimo”. Varias fotografías ilustran el escrito con un Uriarte sentado en el jardín de la terraza del atelier, entre las hortensias, vestido de sport, y luciendo un *rancho* de paja a la moda. La imagen en perspectiva muestra techos, torres, cúpulas o campanarios de los edificios colindantes construidos a principios de siglo XX en un lugar de categoría y distinción. Ese mismo día registró otra pose, de pie, con cuartillas de trabajo en su mano izquierda, los grandes helechos rodeándolo, enredaderas armoniosas y plantas en macetas sobre el suelo, son el marco de días felices de intimidad familiar.

Murió el hombre culto, el hombre bueno, el hombre justo; el gran patriota basko, obstinado y confiado defensor de los fueros; el que jamás hizo mal a nadie, en su vida relativamente corta, demasiado corta, por todo cuanto le quedaba por hacer todavía.

El que hizo tanto bien, en derredor suyo; colocando a unos en casa de compatriotas o amigos, empleando a otros en su propia revista *La Baskonia*, ayudando y tendiendo su mano benévola y leal a todos. Ése corazón grande, al chocar con las pequeñeces humanas, la incomprensión de todos, y la ingratitud de muchos, se enfermó hasta dejar de latir.

934. *LB*, 1375, 10.XII.1931, p. 107.

935. Acta de fallecimiento Número 402 en la Capital de la República. Sección Trece del Registro. Certificado del Registro del Estado y Capacidad de las Personas. Archivo General.

936. *La Prensa*, 29.XI.1932. Los restos fueron llevados al Cementerio del Oeste de la ciudad de Buenos Aires.

Ése espíritu, tan alto emplazado que no le podían alcanzar las salpicaduras de barro, ni las mezquinas preocupaciones materiales, que son el pande cada día de la mayor parte de los humanos, ha dejado de vibrar.

Ése hombre, ése corazón, ése espíritu acaban de fenecer y pocos conocen, tal vez, los rasgo más íntimos de esa naturaleza excepcional, de ese bizkaino vigoroso cuyo *biotz ona* empezó a flanquear cuando le faltó, hace más de tres lustros, el calor del regazo materno, único vínculo familiar que le quedaba en este mundo.

Aquí, en la torre silenciosa, en la alta torre dedicada, toda ella al Arte, al esfuerzo intelectual, a la creación de obras plásticas, tenía su lugar el buen basko, el trabajador incansable, el hermano espiritual, desde la época lejana en que publicó “Los baskos en la Nación Argentina”.

Aquí, lo vimos pasar noches enteras en vela, llenando cuartillas, corrigiendo pruebas, recopilando datos interesantes, tanto para dicha obra como para su querida obra *La Baskonia* [...] ⁹³⁷

Buenos Aires, Noviembre 29 de 1932.

Andrea Mocch

Meses más tarde, la artista emprendería un viaje a Europa después de veinticinco años de ausencia. Su propósito era cumplir con un deseo personal; llevar hasta Bermeo la placa que recordaría en el pueblo de Uriarte su obra en América. Su salud estaba desmejorada ya que los últimos meses de vida del llamado hermano espiritual habían agotado su físico de por sí delgado y de escasa resistencia, a juzgar por la atención médica que recibía. Un día decidió el viaje imprevistamente, avisó a amigos, desoyó consejos y advertencias y sólo pidió averiguasen cuál era el primer barco que partía. En *La Baskonia*, la noticia fue anunciada escuetamente en la *Sección Viajeros*

Por motivos de salud, embarcó precipitadamente para Europa en el “Cabo Santo Tomé”, la conocida artista, pintora, escultora y escritora, señorita ANDRÉE MOCH que aprovechará este viaje circunstancial para entregar personalmente en Bermeo, una artística placa de bronce, obra suya que dedica a la memoria del fundador de LA BASKONIA, nuestro inolvidable director José Rufo de Uriarte ⁹³⁸

Llegó a Barcelona donde su amigo, el escultor José Clará, le advirtió acerca de la lejanía de Bermeo y las dificultades para llegar “fuera de toda línea ferroviaria”. La ansiedad por llegar a destino la preocupaba. Describió el viaje con estas palabras: “Toda ésa campiña vizcaína, hecha de huertos, de casitas blancas, de torres seculares, de montes, de valles, de ríos. Toda esa campiña vizcaína, fresca y accidentada, me había reconquistado. A la hora de estar a viajando no me acordaba ni de Buenos Aires, de Francia, ni de Barcelona, ni de nada....” ⁹³⁹. La revista difundió ampliamente el

937. *LB*, 1410, 30.XI.1932, pp.12-13.

938. *LB*, 1424, 1.VIII.1933, p. 201.

939. A. Moch, *Andanzas de una...*, p.416.

acto llevado a cabo en Bermeo al que había asistido Andrea Moch, quien donara la placa. Fotografías de Indalecio Ojanguren ilustraban la nota. Como homenaje a su recuerdo, el 7 de agosto de 1933, discursos y homenajes de los políticos del Ayuntamiento, en euskera y en castellano, destacaron el desempeño de Uriarte en América, la importancia de difundirla y de reconocerla. Y renombraron “José R. de Uriarte” a las Escuelas Municipales donde el emigrante había cursado las primeras letras y a la calle donde se ubicaba el edificio. Entre los presentes había antiguos amigos conocedores de su trayectoria⁹⁴⁰.

940. El relato del homenaje a José R. de Uriarte es descrito en detalle por A. Moch en su libro *Andanzas de una artista*, pp. 418-419.



Capítulo XI

El anarquismo argentino y el liderazgo español

José C. Moya

Barnard College, Columbia University

El movimiento anarquista en Argentina se desarrolló tardíamente en comparación con España, Italia, Francia, Suiza y otros países europeos, donde ya para los años de 1870 había adquirido una visible pujanza y extensión. Pero a pesar de un despegue rezagado (a finales de los 1880), el desarrollo libertario fue tan vertiginoso que ya para 1910 un inmigrante italiano argumentaba en una carta a sus compatriotas y compañeros que:

*...il proletario bonaerense marcia all'a vanguardia del movimento rivoluzionario internazionale. A parte il fatto che qua esistono due giornali quotidiani anarchici, e presto un terzo vedrà la luce...e un'altra infinità di periodici e di riviste; a parte il fatto che solo a Buones [sic] Ayres, settimanalmente si dan tante conferenze come non se ne danno in vari mesi in città europee, la prova pappabile della mia asserzione si avrà nel próximo mese di maggio*⁹⁴¹.

La protesta del primero de mayo de 1910, con seis mil participantes, no fue tan multitudinaria como esperaba este inmigrante, en parte por la represión previa. Pero su expectativa no era descabellada. La manifestación anarquista del año anterior había juntado unos 30.000 militantes, cuatro veces más que la marcha socialista y más numerosa que cualquier otro desfile de primero de mayo en el mundo en 1909. Tres días después, 70.000 manifestantes marchaban en el funeral de los cinco compañeros muertos tras un tiroteo con la policía durante la marcha del primero de mayo, la manifestación más multitudinaria en la historia de la ciudad. Huelgas, tumultos y represión paralizaron la ciudad durante esta “semana roja.” El 10 de mayo el *charge d'affaires* en la embajada norteamericana informaba a Washington que “for the last nine days the city of Buenos Aires has been under the dominion of mob Law”⁹⁴².

La atención de la prensa internacional ofrece otra medida del dinamismo del movimiento anarquista en Buenos Aires. Durante el quinquenio antes de la Primera Guerra Mundial, el *Times* de Londres publicó más artículos sobre anarquismo en la capital argentina que en cualquier otra ciudad del mundo, con la excepción de Barcelona. La prensa obrera ofrece otra medida. Una comparación de periódicos anarquistas, sindicalistas

941. Camillo di Sciuillo, *Il terrore nella repubblica argentina*: Biblioteca del “Pensiero” 18, Castellammare, 1910, págs. 6-7.

942. National Archives [NARA], College Park, Maryland, M862, 20058, 10 de mayo 1909.

y socialistas en Buenos Aires, Barcelona y París en 1905 y 1910 muestra que para estos años la capital argentina sobrepasaba a los dos bastiones tradicionales del anarquismo europeo en el número de reuniones, mítines y sobre todo el tipo de funciones culturales que incluían discursos, debates, declamación de poesías, obras de teatro y un “baile familiar”⁹⁴³.

Este capítulo explora el factor principal en la transformación de Buenos Aires en uno de los principales focos de activismo anarquista en el mundo en menos de dos décadas: la inmigración de militantes anarquistas y su constitución en un grupo dirigente. El capítulo difiere de las otras contribuciones en este libro en dos aspectos. Uno es metodológico. En vez de emplear la biografía para explorar temas más amplios como lo han hecho con gran éxito los otros autores, aquí empleamos un método complementario: una prosopografía de una colectividad ideológica y de sus miembros más activos. La información biográfica procede de una base de datos con 8.900 anarquistas y otros militantes de izquierda residentes en Argentina, sobre todo en Buenos Aires y en Rosario entre 1888 y 1914. Y la información proviene a su vez de numerosas fuentes⁹⁴⁴. El otro contraste es temático y también complementario. No estudiamos a la elite española en la colectividad inmigrante o en los altos círculos argentinos, sino a los dirigentes españoles —aunque podríamos usar también el término elite sin mucho problema— en un movimiento popular y multinacional de la sociedad receptora. Antes de analizar a esa elite, describiremos la sociología del movimiento en general.

El anarquismo en Argentina representa un movimiento no sólo popular sino además especialmente obrero. En los países europeos—sobre todo en Francia pero incluso en España e Italia— el anarquismo contenía un elemento bohemio substancial. En Argentina, estudiantes, escritores, periodistas y artistas de origen burgués constituían menos del 5% de los anarquistas en gran parte porque desde principios del siglo XX, o aún antes, la *intelligentsia* criolla, particularmente los jóvenes, se fueron inclinando hacia un nacionalismo cultural mas o menos hispanófilo y tradicionalista, una tendencia claramente incompatible e antitética con el internacionalismo o antinacionalismo de los anarquistas. El movimiento en Argentina también fue aun más urbano que en Europa debido a la

943. Entre las mejores historias del anarquismo argentino se encuentran: Isaac Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina*. Siglo XXI, México, 1978; Dora Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1990; Gonzalo Zaragoza Rovira, *Anarquismo argentino, 1876-1902*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996; y Juan Suriano, *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

944. La base de datos comenzó con un tomo en uno de los archivos de la policía federal sobre 661 sospechosos en 1902 (División Investigación Orden Social, Antecedentes de Anarquistas, 1902, No. 1). Pero luego creció enormemente en número de casos y variables utilizando un método que añade cualquier información sobre los individuos que ya están fichados y nuevos casos no sólo de otras fuentes nominativas (listas de presos, informes, prontuarios, etc. de la policía argentina, italiana, española, francesa, alemana e inglesa) pero también de todo tipo de fuentes (prensa, correspondencia, folletos, memorias, partes diplomáticas, etc.) que contenga cualquier información sobre un individuo sin identificar.

baja densidad de la población rural en el litoral, el oriente del país donde el movimiento obrero se concentró, y la casi ausencia de un campesinado tradicional.

En otros aspectos, el perfil social de los anarquistas en Argentina se asemejaba al de sus correligionarios en Europa. El 69% se desempeñaban en trabajos calificados, proporción que se aproxima a la de los italianos, alemanes, austríacos, bohemios y franceses que aparecen en registros policiales del viejo mundo⁹⁴⁵. En Argentina los panaderos, “rebeldes por atavismo” según un comisario policial, era la ocupación con mayor número, según otro comisario porque el calor de los hornos fomentaba la fogosidad⁹⁴⁶. Los seguían zapateros, albañiles, carpinteros y tipógrafos. La excepción de trabajadores no calificados la formaban estibadores y carreros, y tiene que ver con la organización anarquista de los trabajadores del puerto. En cuanto a la edad, éste era un movimiento joven en el que la edad promedio de los participantes no sobrepasaba los 23 años. La alfabetización era, además, muy alta. El 95% sabía leer y escribir, un porcentaje ligeramente más alto que entre los anarquistas en países europeos, en parte porque las tasas de alfabetización tendían a ser más altas en la población emigrante que en la que se quedaba en la sociedad de origen, cualquiera sea el país. Pero esa tasa de alfabetización también sobrepasaba por unos 20 a 30 puntos a las de los principales grupos inmigrantes en Argentina⁹⁴⁷.

El carácter particularmente obrero del anarquismo en Argentina intensificó la asociación del movimiento con la inmigración. No hay duda de que éste era, como insistían los conservadores criollos entonces, y quisieran negar algunos estudiosos hoy que lo autóctono está en boga, un movimiento de extranjeros. Es cierto que gran parte de la población en general era de afuera. Pero la presencia extranjera superaba por mucho lo que se esperaría si la conexión fuera aleatoria. Cómputos hechos sobre el censo de Buenos Aires para 1904 muestran que el 69% de la población masculina entre 20 y 49 años de edad (el grupo predominante en los movimientos sindicales y radicales) había nacido fuera de la Argentina. Pero el porcentaje de los anarquistas fichados en el siglo XIX que llegaron de ultramar es casi total (97%). La proporción argentina aumentó en el siglo XX a casi un cuarto pero en gran parte por tradición de familias extranjeras. De aquellos cuya ascendencia pude averiguar, el 86% eran hijos de inmigrantes. Este predominio de extranjeros y sus hijos era mucho más marcado que en el socialismo local y que en el anarquismo europeo, aun el de Inglaterra donde la mayoría

945. En una muestra de 175 anarquistas italianos tomada del “Caselario político central” en el *Archivio Centrale dello Stato* en Roma, el 54 % eran trabajadores calificados. Datos de un registro en tres volúmenes sobre 1.465 anarquistas europeos recopilado por la policía alemana alrededor de 1900 (en el *Staatsarchiv* de Hamburgo) muestra una proporción similar de trabajadores calificados (57 %) para los italianos y porcentajes superiores para la mayoría de los otros grupos: alemanes, 79 %; austríacos, 73 %; bohemios, 63 %; franceses, 49 %.

946. Policía de la Capital, División de Investigaciones, Sección Orden Social, Copiador de Notas, 1906-Abril-12 (Archivo General de la Policía Federal, Buenos Aires).

947. *Censo Nacional de la República Argentina* (1914), vol. I, pág. 175 da las siguientes tasas de alfabetización: italianos, 67% entre los hombres y 52% entre las mujeres; españoles: 79% y 55% respectivamente; rusos: 68% y 48%.

de los anarquistas eran inmigrantes o el de Francia y Suiza, donde estos constituían un importante elemento.

Los anarquistas, además, casi nunca se nacionalizaban. Sólo 9 de los más de 7.000 libertarios extranjeros en la base de datos adquirieron ciudadanía argentina, una tasa de naturalización mucho más baja que la de la población extranjera en general y que la de inmigrantes socialistas y sindicalistas en particular. La aversión libertaria contra el patriotismo y contra el mero concepto de nacionalidad al parecer obstaculizaba la decisión de nacionalizarse aun en circunstancias en que el hacerlo representaba una clara ventaja. Muy pocos anarquistas se naturalizaron durante varios episodios de expulsión de extranjeros en la primera década del siglo XX, mientras que otros líderes obreros y proxenetas judíos con frecuencia usaban —o abusaban, según las autoridades argentinas— el proceso de naturalización para evitar ser deportados. En este caso, la ideología, más que el origen étnico o nacional, condicionó las estrategias de adaptación de los inmigrantes.

No todos los extranjeros mostraron una alta participación en el anarquismo local. Durante las primeras décadas del siglo XX el levante otomano envió casi 100.000 emigrantes a la Argentina (casi todos miembros de minorías religiosas: libaneses maronitas, griegos ortodoxos, armenios, judíos sefardíes, etc.). Pero sólo proporcionó 4 de los 3.700 anarquistas cuyo origen pude constatar. Los más de 7.000 ingleses que residían en Buenos Aires en 1909 contribuían un total de 11 individuos al anarquismo bonarense; los 7.444 alemanes, 17; los 25.751 franceses, 65⁹⁴⁸. Solo tres grupos étnicos o nacionales aparecen sobre-representados: italianos, españoles y judíos asquenazí⁹⁴⁹.

La participación relativa de estos tres grupos, sin embargo, divergía temporalmente. La presencia asquenazí era casi inexistente en el siglo XIX y toma dimensiones notables sólo después de la revolución rusa de 1905. Al contrario de la mayoría de los *progroms* anteriores, que eran puramente antisemitas, las persecuciones de octubre de ese año apuntaban específicamente a revolucionarios. Los judíos, que constituían menos del 5% de la población pero más de la mitad de los anarquistas en el imperio zarista y que tenían una tradición migratoria mucho más larga e intensa que la de grupos eslavos, conformaron una mayoría del éxodo que prosiguió la revolución de 1905⁹⁵⁰.

La diferencia temporal entre la participación de italianos y españoles es más difícil de explicar. Durante las últimas dos décadas del siglo XIX los italianos superaban a los españoles por un factor de 5,4 a 1. En parte esto refleja el hecho de que la emigración italiana a la Argentina adquirió dimensiones masivas antes que la española. Pero la bre-

948. A pesar de estar poco representados en el anarquismo argentino, los inmigrantes franceses tuvieron una actuación bastante notable en los 1890 cuanto publicaron los periódicos *La Liberté* (1893-1894) y *Le cyclone: Organe communiste anarchiste* (1895-96) y secciones en francés en otros y fundaron una librería anarquista.

949. La preeminencia italiana, española y judía asquenazí no se limitaba a la Argentina sino que caracterizaba al anarquismo internacional en el mundo atlántico a finales del siglo XIX y principios del XX. Ver José C. Moya, "Anarchism" en *The Palgrave Dictionary of Transnational History*, Palgrave Macmillan, New York, 2008.

950. José C. Moya, "The Positive Side of Stereotypes: Jewish Anarchists in Early-Twentieth-Century Buenos Aires" *Jewish History* 18 (2004), pp. 19-48.

cha excede por mucho lo que se esperaría si fuese sólo una función del predominio demográfico italiano en general. Durante el período en cuestión (basándonos en el promedio del censo municipal de 1887 y el nacional de 1895) estos superaban a los españoles en la ciudad de Buenos Aires por un factor 290 a 100 casi la mitad de su relación de 540 a 100 en el anarquismo local. Además, durante la primera década del siglo XX los dos grupos se equipararon numéricamente en el movimiento anarquista a pesar de que la colectividad italiana continuó siendo casi dos veces (190 a 100) más numerosa que la española (basado en el promedio de los censos municipales de 1904 y 1909).

Una posible explicación de estas diferencias que van más allá del relativo peso demográfico de las dos colectividades podría hallarse en el liderazgo y su capacidad de reclutamiento. La llegada a mediados de los 1880 de conocidos líderes exiliados como Errico Malatesta, Galileo Palla, Cesare Agostinelli, Fortunato Serantoni y Ettore Mattei le dieron a los italianos una temprana ascendencia en el movimiento anarquista argentino. La llegada del aun más célebre Pietro Gori en 1898 reforzó la visibilidad de los italianos en el movimiento. La preferencia ideológica de estos dirigentes por la organización y la acción colectiva en vez del anarquismo individualista intensificó la capacidad de reclutamiento. La mayoría de los 58 grupos anarquistas constituidos en Argentina entre 1885 y 1900 que pude identificar tenían o bien nombres italianos o bien la gran mayoría de sus miembros lo eran. Lo mismo ocurría con la prensa. Más de 20 periódicos se publicaron en italiano y aun en algunos que llevaban títulos castellanos el italiano solía predominar. En el más importante de principios de los 1890, *El Perseguido*, la mitad del texto aparecía en italiano, con una cuarta parte en castellano y el otro cuarto en francés, a pesar de que 5 de sus fundadores eran españoles, 3 italianos y 2 franceses⁹⁵¹.

Los últimos años de los 1880 y primeros de la década siguiente también presenciaron el arribo de varios españoles con extensa experiencia en las lidias libertarias ibéricas. Bernardo Sánchez, Feliciano Delgado, Vicente Romero, Ramón García (alias Kebler) y los hermanos Manuel y José Reguera llegan de Cádiz y, casi al desembarcar, fundan una asociación con el mismo nombre de un célebre y violento grupo andaluz: Los Desheredados. Antonio Pellicer Paraire, de familia con raigambre en la lucha obrera internacionalista, exiliado anteriormente en los Estados Unidos y México, director del periódico barcelonés *Ácrata* y líder de la Sociedad de Tipógrafos llega a Buenos Aires expulsado de España cuando cumplía cuarenta años. Su compañero, Francisco Fo, secretario de la misma asociación de tipógrafos, desembarca el mismo año. También de Barcelona llegan Victoriano San José, sombrerero que había dirigido *La Justicia Humana* en la Ciudad Condal en 1886; Zacarías Rabassa, líder del gremio de zapateros barcelonés desde los 1870; José García Solá, dirigente del gremio panadero; Rafael Roca, zapatero de 28 años y uno de los fundadores de los dos primeros periódicos anarco-comunistas de España (*La Justicia Humana* y *Tierra y Libertad*) que huyó del acoso policial a París y luego a Buenos Aires; Juan Vila y Pigrau, carpintero, profesor de francés y traductor de *La con-*

951. José C. Moya, "Italians in Buenos Aires' Anarchist Movement: Gender Ideology and Women's Participation" en Donna Gabaccia y Franca Iacovetta (comps), *Women, Gender, and Transnational Lives: Italian Women around the World*, University of Toronto Press, Toronto, 2002, pp. 189-216; y Gonzalo Zaragoza Rovira, "Errico Malatesta y el anarquismo argentino", *Historiografía y bibliografía americanista* 26, 3 (1972), pp. 401-429.

quista del pan de Kropotkin al castellano; Indalecio Cuadrado Rodríguez, un tipógrafo vallisoletano de 25 años que ya había dirigido periódicos libertarios en su ciudad natal, en Alcoy y en Barcelona, fue encarcelado cuatro meses por esto y luego expulsado de España; y Paulino Pallás, un joven cajero catalán que se convirtió a la causa en Argentina, regresó a Barcelona vía Brasil y entró en el panteón de “mártires del Ideal” cuando trató de asesinar al general Arsenio Martínez Campos en el conocido “Atentado de la Gran Vía” y murió en frente a un pelotón de fusilamiento el 6 de octubre de 1893 en el castillo de Montjuich mientras gritaba “Viva la Anarquía”⁹⁵².

Estos militantes españoles establecieron fuertes relaciones con sus correligionarios italianos en Argentina, relaciones que en algunos casos ya existían. Malatesta, Mattei, y Serantoni entre otros, habían vivido en Barcelona antes de emigrar a Buenos Aires o Rosario, ciudad que pronto adquiriría el mote de “la Barcelona argentina”⁹⁵³. En Argentina, españoles, italianos, franceses e individuos de otras 22 nacionalidades se codeaban en los espacios de sociabilidad del movimiento: centros obreros, clubes, escuelas, bibliotecas, librerías, imprentas y teatros anarquistas, bares, parques, manifestaciones callejeras y las casas de algunos de los activistas. Estas relaciones internacionales a veces continuaban al otro lado del Atlántico. Paulino Pallás y Malatesta vivieron juntos en Barcelona después de conocerse en Buenos Aires. Francesco Momo, que había arribado de Livorno a Rosario en 1885, se mudó a Barcelona en 1892 con compañeros catalanes que conoció en la Argentina. Militó en el movimiento barcelonés, introdujo las bombas Orsini y murió el 13 de marzo del año siguiente en su taller mientras construía una —no sin antes dejar varias armadas que Santiago Salvador arrojó el 7 de noviembre de 1893 en el Teatro del Liceo ocasionando la muerte de 20 personas, el acto de terrorismo anarquista más sangriento en la historia del movimiento⁹⁵⁴.

952. José C. Moya, *Primos y extranjeros: La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Emecé, Buenos Aires, 2004, pp. 322-330; Iacov Oved, “Influencia del anarquismo español sobre la formación del anarquismo argentino” *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 2, 1 (1991), pp. 5-17; y Gonzalo Zaragoza Rovira, “Anarquistas españoles en Argentina a fines del siglo XIX” separata de *Saitibi: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia*, Valencia, 1976. Benedict Anderson, *Under Three Flags: Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*, Verso, Londres, 2005, pp. 115-116.

953. El volumen 3, número 5 (octubre, 1889) del periódico *Freedom: A Journal of Anarchist Socialism* de Londres anuncia que Fortunato Serantoni, residente en la calle de Magallanes, 53 de Barcelona inició la publicación del órgano anarco-comunista *La Revolución Social*. Serantoni aparece el próximo año dirigiendo *El Perseguido* en Buenos Aires y había publicado tres revistas anarquistas en los 1880 en Florencia. Max Nettlau, *Biographie de l'anarchie*, París, 1897, p. 123.

954. El lote de bombas Orsini fabricado por Francesco Momo en Barcelona antes de morir al parecer era substancial, pues también se usaron en el atentado contra una procesión de Corpus Christi en la calle de Cambios Nuevo el 7 de julio de 1896. El autor de este atentado, según relataron el anarquista alemán Rudolf Rocker y el francés Charles Malato años después, fue un tal François Girault, que lo cometió como venganza por la represión policial posterior al atentado del Liceo y que luego huyó a la Argentina. Juan Avilés Farré, *Francisco Ferrer y Guardia: pedagogo, anarquista y mártir*, Editorial Marcial Pons, Madrid, 2006, p. 83.

Dada la presencia de militantes y propagandistas españoles, los estrechos vínculos de éstos con sus correligionarios italianos y el carácter internacionalista del movimiento, ¿cómo se puede explicar la escasa presencia de los españoles en general en el anarquismo argentino en el siglo XIX en comparación con los italianos? La explicación de este aparente enigma tiene varios niveles. Para empezar, los lazos—y aun la solidaridad—entre anarquistas de varias nacionalidades no impedían la existencia de cierto grado de segregación étnica dentro y fuera del movimiento. Aunque parte de la prensa anarquista era multilingüe, la mayoría de las publicaciones aparecían en un sólo idioma, lo que establecía un nivel de separación etnolingüística entre los periodistas y entre los lectores. Algunos grupos anarquistas, sobre todo los que no estaban conectados a gremios, agrupaban primordialmente a uno u otro grupo nacional. En algunos casos ésto era evidente por el idioma usado para nombrar al grupo. En otros, sólo se constata reconstruyendo la membresía. Aunque los índices de segregación residencial y ocupacional en las ciudades argentinas eran bajos comparados con el de las ciudades norteamericanas, los españoles e italianos mostraban un nivel significativo de concentración en diferentes barrios y empleos, y la ideología no cambiaba estas pautas. El contraste en los patrones de residencia y ocupación de los anarquistas españoles e italianos no difiere mucho del contraste entre los inmigrantes españoles e italianos en general.

Esto le impartía un componente étnico al reclutamiento de adeptos aun en casos en que el enganche se hubiera basado primariamente en relaciones de vecindad o de clase, simplemente por la alta probabilidad de que el propagandista y sus vecinos o compañeros de trabajo fuesen del mismo origen. Si a esto le añadimos la importancia de las redes comarcales en la emigración, de los lazos de paisanaje en el proceso de asentamiento y adaptación, y de las afinidades e identidades premigratorias en un ambiente receptor pluralista es obvio que la incorporación de nuevos partidarios a una causa antinacionalista se basaba directa o indirectamente en vínculos étnico-nacionales. Y en este proceso la elite libertaria española sufría varias desventajas en comparación con sus camaradas italianos.

Una podría ser la carencia de líderes con el renombre y prestigio de Malatesta, Gori y aun Mattei. Un informe de la policía madrileña de 1894 calculaba que el número de anarquistas en España no excedía los 3.000 y que no había entre ellos “jefes caracterizados ni personalidades salientes que se destaquen de la masa común”⁹⁵⁵. Con nombres tan célebres como Fermín Salvochea, Anselmo Lorenzo, Tarrida del Marmol, Soledad Gustavo, y Ricardo Mella en sus rangos, esta evaluación parecería revelar más sobre la ignorancia policial que sobre la jerarquía del movimiento anarquista en España. Pero sería bastante correcta si se hubiera emitido sobre el anarquismo español en el Río de la Plata ese mismo año, cuando Pellicer Paraire era el único líder local con cierto renombre en España.

Una segunda —y más seria— desventaja tenía orígenes ideológicos que se exteriorizaban en la praxis. La mayoría de los anarquistas españoles emigrados a finales de

955. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Política Interior, Orden Público, H. 2750, 1894.

los 1880 y principio de la década siguiente se consideraban, como la mayoría de los italianos, anarco-comunistas —defensores de una sociedad basada en la distribución de bienes según la necesidad en vez de la productividad—. Pero dentro de esta rúbrica, los primeros adoptaron una postura más intransigente en su idealización de la lucha espontánea de las masas y su rechazo al concepto de liderazgo y a cualquier tipo de institución. También existía entre los españoles una proporción más alta de anarquistas individualistas aun más antagónicos a cualquier tipo de asociación⁹⁵⁶. La combinación de estas dos tendencias produjo lo que uno de los historiadores pioneros del anarquismo español, José Álvarez Junco, designó “fobia antiorganizativa”⁹⁵⁷. Esta aversión obstaculizó la cooperación con sociedades obreras mutualistas y sindicatos y, por lo tanto, la incorporación al anarquismo de un mayor número de obreros inmigrantes españoles.

La “fobia antiorganizativa” obstruyó el reclutamiento de nuevos adeptos no sólo directamente sino también indirectamente porque intensificó la vulnerabilidad de los reclutadores. Muchos de los españoles consideraban su intransigencia revolucionaria una expresión de un anarquismo más avanzado que el italiano. En términos puramente temporales tenían razón. Ésas eran en realidad las últimas tendencias en el anarquismo internacional, y Barcelona y París ocupaban la vanguardia en la corriente. Pero las tácticas más estridentes y violentas de este sector también incrementaron la represión estatal contra los militantes españoles. Éstos superaban por poco a los italianos entre los anarquistas presos y expulsados por el gobierno argentino en el siglo XIX a pesar de que los últimos eran casi cinco veces más numerosos que los españoles en el movimiento en general.

Otro impedimento en el proceso de reclutamiento de inmigrantes españoles tiene que ver con el desencaje étnico-regional entre los “cabecillas” y la masa inmigrante. Los dirigentes anarquistas italianos provenían por lo general de las mismas regiones que la mayoría del resto de los inmigrantes: el triángulo formado por el encuentro del Piamonte, Lombardía y Liguria, y las franjas costeras del norte de Toscana y Las Marcas. En el caso español, los dirigentes procedían básicamente de Barcelona y Cádiz (ni siquiera de Cataluña y Andalucía en general), un par de provincias que proporcionaban menos del 8% de los otros inmigrantes. El desacople era particularmente drástico con la mayoría gallega. El único líder gallego que aparece en los documentos antes de 1895 es Gabriel Abad, un foguista del Ferrol con una visión moderada, colectivista y partidaria de la organización que parece haber sido marginado por la mayoría anti-organizadora o individualista andaluza y catalana. Y, el sentimiento de superioridad étnico-revolucionario de algunos cabecillas catalanes frente a otros grupos ibéricos añadía otro impedimento a la conversión de inmigrantes⁹⁵⁸.

956. Zaragoza Rovira, *Anarquismo argentino*, pp. 130-146 no resalta la preponderancia española entre los anarquistas individualistas, pero un número desproporcionadamente alto de los personajes que menciona son españoles.

957. José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español, 1868-1910*, Siglo XXI, Madrid, 1976, p. 377.

958. J. C. Moya, *Primos y Extranjeros...*, p. 334.

La otra mitad del enigma es cómo los españoles pudieron pasar de una notable falta de representación en el anarquismo local durante el siglo XIX en comparación con los italianos a una marcada sobre representación en sólo unos pocos años. Parte del incremento de la presencia española en el anarquismo argentino después de 1900 es simplemente una reflexión del crecimiento absoluto, y relativo a los italianos, de la inmigración española. Pero eso no explica el hecho de que el aumento excedía lo que se esperaría si sólo fuese una reflexión de cambios demográficos. Los españoles se equipararon y a veces superaron a los italianos en el movimiento anarquista aun cuando estos últimos seguían siendo casi dos veces más numerosos que los primeros en la población porteña y argentina en general.

La clave a este enigma yace en la intersección de transformaciones en el anarquismo en España, en la Argentina y en el liderazgo español inmigrante. Una de las primeras etapas en este proceso tuvo su origen en el incremento del terrorismo anarquista en Barcelona durante los 1890. Este incremento provocó un alza persistente en el nivel y la generalización de la represión policial que a su vez motivó el éxodo transatlántico. Cuantos de estos militantes emigraron a la Argentina es imposible de establecer con certeza. Pero de una muestra de 100 anarquistas encarcelados en la prisión de Montjuic en 1897-98 pude encontrar por lo menos 20 residiendo en la Argentina. Dada esta proporción de 1/5 y tomando en cuenta que el número de anarquistas encarcelados en España durante los últimos años del siglo era más de 10 veces superior a la muestra, es posible estimar que alrededor de 200 de ellos acabarían en la Argentina. De los que pudimos identificar, más de la mitad fueron expulsados de España a Gran Bretaña o Francia y, de allí siguieron hacia el Río de la Plata. Otros emigraron allí por su cuenta después que las autoridades españolas los pusieron en libertad.

No todos los exiliados de Montjuic perseveraron en su militancia. Ocho años de cárcel al parecer menguaron el ardor revolucionario de Pedro Camps Sáez, un zapatero barcelonés de 39 años, pues después que la policía federal argentina lo fichó en un registro de 1902 no aparece más en documentos policiales o en los del movimiento anarquista. Lo mismo sucede con otros 6, 5 de ellos mayores de 40 años. Pero la mayoría siguieron activos y la edad no siempre atenuó el fervor revolucionario. José López Montenegro, un ex coronel del ejército español de 62 años original de Burgos, editor de *La Huelga General* en Barcelona y fundador de las primeras escuelas racionalistas en esa provincia, continuó su labor pedagógica en Buenos Aires y años después en España⁹⁵⁹. Francisco Ros Aguilera, un litógrafo barcelonés de 43 años, puso una librería anarquista en el barrio de La Boca y continuó escribiendo en la prensa libertaria y dando discursos en centros obreros. José Artigas, un mecánico mallorquín expulsado de España cuando tenía 22 años, continuó su militancia con tanto ímpetu que veinte años más tarde, en 1919, lo volvieron a

959. José López Montenegro, el único anarquista al que Anselmo Lorenzo le dedica un capítulo entero en su libro *El proletario militante*, también tuvo una importante actuación en la masonería; ver Pedro F. Álvarez Lázaro, *La masonería, escuela de formación del ciudadano: la educación interna de los masones españoles en el último tercio del siglo XIX*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2005, pp. 193, 291-92, 351-53.

expulsar, esta vez en dirección opuesta. Por lo menos 8 de los 20 ex-reclusos de Montjuic que pudimos rastrear fueron encarcelados de nuevo al menos una vez en Argentina por su militancia anarquista durante la primera década del siglo XX.

Esta función de la represión como exportadora de activistas a la Argentina fue más intensa en el caso de España que en el de Italia por dos razones. Una es que la violencia anarquista—y por lo tanto la represión estatal—fue mucho más constante en el primer país que en el segundo durante las dos décadas que preceden la Primera Guerra Mundial. La otra es que una mayor proporción de los exiliados españoles se dirigían a la Argentina. Es cierto que muchos se trasladaban a Cuba, Nueva York, Tampa, Francia, Gran Bretaña, y otros destinos. Pero la proporción de los italianos que se dirigían a todos estos lugares, con la excepción de Cuba, era simplemente más alta y fue subiendo. En las primeras dos décadas del siglo XX, los Estados Unidos en particular reemplazaron a la Argentina como el principal destino de la emigración italiana transatlántica mientras lo contrario sucedía con la española que incrementó su preferencia por la Argentina.

El ascenso español en el anarquismo argentino también refleja transformaciones ideológicas y sus efectos en la práctica. Desde finales del siglo XIX, el anarquismo en la Argentina primero, y luego en España, fue tornándose más obrerista; más dado a la organización y a la acción colectiva. La diferencia entre éstos y los anarquistas italianos se fue estrechando, eliminando uno de los contrastes que había favorecido el reclutamiento de inmigrantes italianos. En algunos casos la transformación tomó lugar en el país receptor. Antonio Pellicer Paraire, por ejemplo, llegó a Buenos Aires en 1891 como paladín extremista y “anti-organizativo”⁹⁶⁰. Diez años más tarde jugaba un papel instrumental en la organización de la Federación Obrera Argentina y la policía local lo describía como “muy culto y transigente”.

En otros casos llegaban ya convencidos de las ventajas de la organización. Gregorio Inglán Lafarga, un ebanista catalán de 20 años, arribó en 1896 y a los pocos meses fundó lo que se convertiría en uno de los periódicos más famosos en el anarquismo internacional, *La Protesta Humana*, el primer órgano importante en la tendencia pro-organizativa. José Prat, tipógrafo y periodista barcelonés de 30 años que huye por Vigo con la ayuda del escritor y anarquista gallego Ricardo Mella, se une a Inglán en 1897. Aunque regresó a Barcelona al año siguiente, continuó participando en las polémicas que los españoles de *La Protesta* mantuvieron contra sus compatriotas anarco-individualistas de *El Rebelde*. Docenas de otros líderes sindicales españoles llegan al cambiar el siglo y esta inyección de experiencia y energía organizadora explica en parte la formación de la FOA (Federación Obrera Argentina) en 1901 y de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) en 1902.

Es cierto que los militantes españoles siguieron predominando en el campo individualista y anti-organizativo. La diferencia es que ahora esa tendencia no predominaba entre los militantes españoles. Desde finales del siglo XIX el liderazgo

960. Oved, “La influencia del anarquismo español...”, pp. 5-6.

inmigrante español dentro del movimiento anarquista argentino creció en números absolutos y en relación a los italianos, e incrementó su diversidad ideológica aunque con una tendencia clara hacia una síntesis que combinaba el fervor anarco-comunista de la primera mitad de los 1890 y el entusiasmo por la organización obrera del sindicalismo del siglo XX.

El liderazgo libertario español en el Río de la Plata también se fue diversificando en términos de orígenes regionales y étnicos gracias a la difusión del anarquismo en la península tanto como a su crecimiento en el país receptor. En España, el movimiento se fue difundiendo de las franjas marítimas de Cataluña y Andalucía hacia otras regiones, incluyendo la costa atlántica de Galicia de donde provenía la mitad del flujo español al Río de la Plata alrededor de 1900. Después de ese año los catalanes siguieron siendo el grupo más sobre-representado entre los anarquistas españoles en la Argentina con el 38% de los cabecillas y el 28% de la masa ácrata en general. Pero este nivel de preeminencia representaba sólo la mitad de lo que había sido en el siglo XIX. Ahora los gallegos, que representaban sólo una décima parte del pequeño movimiento de las décadas de 1880 y 1890, constituían 1/3 del liderazgo y una proporción aun más alta de la masa en un movimiento multitudinario⁹⁶¹. El otro 1/3 lo formaban anarquistas de un número de provincias mucho mas diverso comparado con el predominio de sólo dos (Barcelona y Cádiz) sólo una década antes.

La diversificación regional y étnica del contingente español en el anarquismo argentino surgió originalmente de la inmigración de militantes ya forjados en España. Pero en una relación simbiótica esta diversidad fomentó el crecimiento del movimiento en la Argentina y esto a su vez facilitó lo que podríamos calificar como “producción local”. Buenos Aires y Rosario en particular se convirtieron en auténticas fraguas de anarquistas españoles durante las tres primeras décadas del siglo XIX. Este proceso era especialmente notable en el caso de inmigrantes que venían de zonas fuera de los tres centros principales del anarquismo ibérico, Cataluña, Cádiz y Coruña. Con el tiempo, la función de la Argentina como expulsora de anarquistas a España igualó y quizás superó su tradicional rol de receptora.

El que el anarquismo argentino alcanzara este nivel de desarrollo en menos de dos décadas se debe primordialmente al afán y dedicación de inmigrantes italianos y españoles. Pero, por las razones expuestas, la primacía en este proceso pasó del primer grupo al segundo al cambiar el siglo. La participación de los dos grupos en el movimiento se igualó después de 1900 a pesar de que los italianos seguían siendo casi dos veces más numerosos en la población de Buenos Aires y Rosario donde se concentraba el anarquismo.

Varias medidas de liderazgo y dedicación al movimiento corroboran el argumento central en este capítulo: que este cambio refleja una transición en la clase dirigente. Durante la primera década del siglo XX los españoles superaban a los italianos casi 2 a 1 en

961. Ver Dolores Vieites Torreiro, “La participación de los gallegos en el movimiento obrero argentino, 1880-1930” en Xosé M. Núñez Seixas (ed.), *La Galicia austral: La inmigración gallega en la Argentina*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2001, pp. 161-180.

las listas de contribuidores a causas anarquistas y donaban un 20% más en promedio⁹⁶². También sobresalían entre los activistas que daban discursos públicos (por un factor de 1,4 a 1), entre los oradores mas destacados (1,3 a 1), entre los que escribían en la prensa (1,7 a 1) y entre los editores de estos periódicos (2,2 a 1). La presencia de las dos nacionalidades en la membresía de grupos anarquistas era similar, pero entre los líderes de esos grupos y de la FORA, los españoles sobrepasaban a los italianos 3 a 1. De igual manera, también aparecen parejos entre los arrestados por la policía, pero los españoles superan a los italianos 2 a 1 entre los que han sido arrestados dos veces, 3 a 1 entre los que fueron arrestados tres veces o más; y 2 a 1 entre aquellos que habían cometido actos de violencia más serios (asesinatos, fabricación de bombas, explosión de petardos y uso de armas). No sorprende entonces que los españoles predominaran 1,4 a 1 entre los expulsados del país por el gobierno argentino, y de 2 a 1 entre los que se arreglaban para regresar al país.

La formación de este grupo militante dedicado de lleno a la causa dilucida el vertiginoso crecimiento de la presencia española en el anarquismo argentino y, en gran parte, del movimiento en sí. Puesto que los anarquistas obviamente no reclutaban a sus propios correligionarios, este crecimiento se basó en la inmigración de activistas ya formados y en la propaganda e incorporación de nuevos prosélitos en la sociedad receptora. El aumento paralelo del liderazgo y de la masa anarquista española revela que parte de este proceso se basaba en la sociabilidad étnica/nacional y el enganche de paisanos. Paradójicamente, la expansión de este movimiento transnacional y estridentemente antinacionalista dependió en gran medida del reclutamiento basado en lazos e identidades nacionales y subnacionales. O quizás la paradoja es sólo aparente, el fruto de nuestra tendencia (o necesidad epistemológica) de construir categorías mutuamente excluyentes.

962. Las colectas se hacían en apoyo a presos, huelguistas y sus familiares y a la prensa, asociaciones y escuelas anarquistas. Las listas que se publicaban en la prensa anarquista incluían la cantidad donada pero no la nacionalidad de los contribuyentes, información que se extrajo de otras fuentes citadas en la nota 4.

BIBLIOGRAFÍA

- ADELMAN, Jeremy, "Agricultural Credit in the Province of Buenos Aires, Argentina, 1890-1914", *Journal of Latin American Studies* 22, 1 (Febrero 1990), pp. 69-87.
- AGUAYO, Antonio, *Carta a los presbíteros españoles*, J. A. García, Madrid, 1865.
- , *Historia de una carta*, La Discusión, Madrid, 1866.
- , *Exposición al arzobispo de Granada*, s.i., Granada, 1866.
- , *Otra carta a los presbíteros españoles*, Morete, Madrid, 1868.
- , *La colonia española del Río de la Plata*, Imp. Rivadavia, Buenos Aires, 1877.
- Aires Baskos. Para Canto y Piano*, Casa editorial "La Baskonia", Buenos Aires, 1922.
- ALAOUI MORETTI, Setty, "Traductions espagnoles de Zola. Notice biographique du traducteur: Malagarriga y Munner, Carlos". URL: <http://gallica.bnf.fr/Zola/RecepAdap/traduction4b.htm>.
- Álbum de la caridad. Conferencia literaria celebrada en el gran Teatro Colón de Buenos Aires, el 29 de julio de 1877*, El Correo Español, Buenos Aires, 1877.
- Álbum de la Fiesta del Progreso. Conferencia literaria musical celebrada en el Teatro Colón de Buenos Aires el día 8 de Diciembre de 1878*, El Correo Español, Buenos Aires, 1878.
- Álbum dedicado a los heroicos voluntarios de Cuba por los españoles residentes en la República Argentina*, El Correo Español, Buenos Aires, 1874.
- Álbum Vascongado. Relación de los festejos públicos hechos por la ciudad de La Habana en los días 2, 3 y 4 de junio de 1869 con ocasión de llegar á ella los tercios voluntarios enviados á combatir la insurrección de la isla por las M. N. y M. L. provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Imp. de J. M. Eleizegui, La Habana, 1869.
- ALCUBILLA, Enrique A., *El derecho del sufragio de los emigrantes en el ordenamiento español*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1995.
- ALONSO MARTÍNEZ, Manuel, "Movimiento de las ideas religiosas en Europa. Exposición y crítica del sistema krausista, *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 4, Madrid, 1883, pp. 19-73.
- ALTAMIRA, Rafael, *España en América*, F. Sempere y Compañía Editores, Valencia, 1909.
- , *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Victoriano Suárez, Madrid, 1911.
- ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos". *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*, CEAL, Madrid, 1983.
- ALTONAGA, Kepa, "Daniel Lizarralde Medikuaen *Moskorrak* (1899) eta Florentzio Basalduaren Argentinako Euskal Herri Berria", *Ekaia* 22 (2009), pp. 199-234.
- ÁLVAREZ GILA, Óscar, "Euskal abertzaletasunaren ezarrera Argentinan: Rosarioko Zazpirak Bat euskal etxearen adibidea (1912-1935)", *Mundakiz* 44 (1992), San Sebastián, pp. 97-117.
- , "Ameriketako euskaldunak eta abertzaletasuna (1900-1940)", *Muga* 93 (1995), Bilbao, pp. 86-96.
- , "Vascos y vascongados: luchas ideológicas entre carlistas y nacionalistas en los centros vascos del Río de la Plata (1900-1930)", en R. Escobedo Mansilla, A. de Zaballa Beascochea y O. Álvarez Gila (eds.), *Emigración y redes sociales vascas en América*, Vitoria-Gasteiz, Univ. del País Vasco, 1996, pp. 171-192.
- , *El aporte europeo a la Iglesia en el Río de la Plata: el caso vasco (1835-1965)*, Tesis doctoral, Universidad del País Vasco, 1996.
- , "Las nuevas Euskal Herrias americanas: los vascos y las emigraciones ultramarinas (1825-1950)", en Joseba Agirreazkuenaga Zigorraga (dir.), *La crisis de la civilización de los vascos del Antiguo Régimen y estrategias de revolución liberal e industrial: 1789-1876*, [Historia de Euskal Herria. Historia General de los Vascos, tomo IV], Editorial Lur, Donostia-San Sebastián, 2005, pp. 319-391.

- ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001.
- , “Los amantes de la libertad: la cultura republicana española a principios del siglo XX”, en N. Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza Universidad, Madrid, 1994, pp. 265-292.
- , *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- , “Racionalismo, romanticismo y moralismo en la cultura política republicana de comienzos de siglo”, en VV.AA., *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX y XX*, Casa de Velázquez, Madrid, 1988, pp. 355-375.
- , *La ideología política del anarquismo español, 1868-1910*, Siglo XXI, Madrid, 1976.
- ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro F., *La masonería, escuela de formación del ciudadano: la educación interna de los masones españoles en el último tercio del siglo XIX*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2005.
- Anales de la Institución Cultural Española*, Institución Cultural Española, 5 tomos, Buenos Aires, 1947-1953.
- ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México, 2007 (4ª edición).
- , *Under Three Flags: Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*, Verso, Londres, 2005.
- ANES ÁLVAREZ, Rafael, “La gran emigración asturiana”, en Nicolás Sánchez Albornoz (comp.), *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Madrid, 1988, pp. 33-59.
- , “Rafael Calzada, un asturamericano de Navia”, en María Cruz Morales Saro, y Moisés Llordén Miñambres, (eds.), *Arte, cultura y sociedad en la emigración española a América*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1992, pp. 215-231.
- , “Rafael Calzada en Buenos Aires, entre la abogacía y la política”, en Servando J. Fernández Méndez, (dir.), *Diez estudios sobre emigrantes asturianos a América*, Nobel, Navia, 2006, 63-96.
- ANGUERA, Pere, “Los días de España”, *Ayer* 51, Marcial Pons, Madrid, 2003.
- ARES, Pedro, *Francisco Grandmontagne. El escritor vasco-español que se inició en La Pampa a fines del siglo XIX*, Edit. Mainz, Buenos Aires, 2004.
- ASENJO, Carmen, y GABARAIN, Iñaki, “Viaje a la Argentina. Primera parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 1 (noviembre 2000), pp. 29-64.
- , “Viaje a la Argentina, 1916. Segunda parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 2 (mayo 2001), pp. 29-61.
- , “Viaje a la Argentina, 1916. Tercera parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 3 (noviembre 2001), pp. 33-76;
- , “Viaje a la Argentina, 1916. Cuarta y última parte”, *Revista de Estudios Orteguianos* 4 (mayo 2002), pp. 29-86.
- ASÍN, Rafael, MORENO, Francisco, MUÑOZ, Ramiro et al., *Rafael Altamira 1866-1951* (Catálogo de la exposición organizada bajo ese título por el Instituto de Estudios Juan Gil-Albert y la Diputación Provincial de Alicante) Alicante, 1987.
- Asociación Española de Socorros Mutuos de Avellaneda. Bodas de Oro, 1891-2 de febrero-1941. Memoria conmemorativa*, S/e, S/l [Avellaneda], 1941.
- Asociación Española de Socorros Mutuos de Barracas y Buenos Aires. 100 años de mutualismo* (1962), S/l [Buenos Aires], S/e.
- ATIENZA Y MEDRANO, Antonio, *Estudios políticos*, Establecimiento Tipográfico, Madrid, 1883.
- , *La Escuela Argentina y su influencia social*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1893.
- , *Lecciones del idioma castellano: sintaxis, ortología y ortografía*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1896.
- AUZA, Gonzalo, *Archivos vascos en la Argentina*. Euskonews & Media [en línea] <http://www.euskonews.com/0199zbbk/kosmo19902es.html> [consulta 6 de enero de 2009].
- AZNAR, Yayo y Diana B. WECHSLER (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005.
- BAILY, Samuel, “The role of Two Newspapers in the Assimilation of Italians in Buenos Aires”, *International Migration Review* 43 (1978), pp. 321-340.
- BARRAL MARTÍNEZ, Margarita, *Montero Ríos e Compostela: un feudo clientelar*, Sotelo Blanco: consorcio de Santiago de Compostela, 2007.
- BARRANCOS, Dora, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1990.

- BEJAR, María Dolores, *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- BELMARTINO, Susana, *La atención médica argentina en el siglo XX. Instituciones y procesos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- BERENGUER CARISONO, Arturo, *España en Argentina (Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional)*, Buenos Aires, 1953. Versión electrónica disponible [en línea]: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/acad/LetArg/91348397009805495200080/index.htm> [Consultado: XII-2007].
- BERG, María y OTERO, Hernán (comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, CEMLA-IEHS, Tandil, 1995.
- BERGSON, Henri, *La evolución creadora*, traducción de C. Malagarriga del original *L'évolution créatrice*, Madrid, Renacimiento, 1912, 2 vols.
- BERNASCONI, Alicia y FRID, Carina (eds.), *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2006.
- BERTONI, Lilia, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001.
- BIAGINI, Hugo E., "Del descubrimiento pacífico de América y el exilio español en la Argentina: Serafin Álvarez, precursor del socialismo democrático", en Antonio Heredia Soriano (coord.), *Exilios filosóficos de España*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca, 1992, pp. 31-42.
- , *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París americano en las postrimerías del siglo XIX*, CSIC, Sevilla, 1993.
- , *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, CEAL, Buenos Aires, 1995.
- BIDDIS, Michael, *The Age of the Masses. Ideas and Society in Europe since 1870*, Penguin, Harmondsworth, 1977.
- BISSE, Matías, "La construcción del poder político y las prácticas de los partidos. Conservadores y radicales en la Provincia de Buenos Aires, 1912-1943", Plan de Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata, 2006.
- BJERG, María y OTERO, Hernán (comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, CEMLA-IEHS, Tandil, 1995.
- BLAS GUERRERO, Andrés de, *Tradición republicana y nacionalismo español (1876-1930)*, Tecnos, Madrid, 1991.
- , (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *Argentina y sus grandezas*, Madrid, 1911.
- , *Alphonse XIII démasqué: la terreur militariste en Espagne*, trad. de l'espagnol par M. Jean Louvre, Ernest Flammarion, París, 1924?
- , *París: impresiones de un emigrado*, introducción a la 2a. edición y notas de Libertad Blasco-Ibáñez, México, Prometeo, 1943, 2ªed.
- BOISSEVAIN, Jeremy, *Friends o Friends. Networks, Manipulators and Coalitions*, Basil Blackwell, London, 1974.
- BONAUDO, Marta (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués, Rosario 1850-1930: Los actores entre las palabras y las cosas*, Prohistoria, Rosario, 2005.
- BOTANA, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1996 [1977]*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.
- BOTANA, Natalio y GALLO, Ezequiel, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, III, Ariel Historia, Buenos Aires, 1997.
- BOURDIEU, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988.
- BOYD, Carolyn, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Ediciones Pomares, Granada, 2000.
- BRUNO, Cayetano, *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Buenos Aires, Vol. I, 1981.
- BUCHBINDER, Pablo, *Historia de las Universidades Argentinas*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
- BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (comps.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.
- CABO VILLAVERDE, Miguel, "La inmensa minoría: la fugaz experiencia y las perdurables consecuencias de la Solidaridad Gallega", en Gemma Rubí y Francesc Espinet (eds.), *Solidaritat Catalana i Espanya (1905-1909)*, Base, Barcelona, 2008, pp. 167-198.
- , *O agrarismo*, A Nosa Terra, Vigo, 1998.

- CABRERA, Mercedes y MORENO LUZÓN, Javier (dirs.), *España a comienzos del siglo XX. Regeneracionismo y Reforma*, BBVA, Madrid, 2002.
- CACHO VIÚ, Vicente, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1962.
- CAGIAO VILA, Pilar y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M., *Os galegos de Ultramar. II. Galicia e o Río da Prata*, Arrecife Eds. Galegas, A Coruña, 2007.
- CALZADA, Rafael, *Cincuenta años de América. Notas autobiográficas*, Volumen I y II (*Obras Completas*, Tomo IV-V), Lib. y Casa Editora de Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1926-1927.
- CAMARERO, Hernán y HERRERA, Carlos M., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, cultura e ideas a través de un siglo*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2005.
- CAMBA, Francisco y MAS Y PI, Juan, *Los españoles en el centenario argentino*, Imprenta Maestres, Buenos Aires, 1910.
- CANAL, Jordi, "Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895). De hombre de Estado a conspirador compulsivo", en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Espasa, Madrid, 2000.
- CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, Madrid, 2010.
- , "Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española", en José Luis Moli-nuevo (coord.), *Ortega y la Argentina*, FCE, Madrid, 1997.
- CANELLA SECADES, Fermín, *Historia de la Universidad de Oviedo*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1995.
- CÁRCANO, Miguel A., *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Saénz Peña*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.
- CARRILLO SÁNCHEZ, Rafael, *Galería de Españoles Notables*, Imp. de Stiller & Laass, Buenos Aires, 1887.
- , "Biografía del autor tomada de la Galería de Españoles Notables del Río de la Plata", en Justo Sanjurjo y López de Gomara, *Locuras humanas*, Est. Tip.-Ed. de Henrich y Cía., Barcelona, 1888.
- Carta de El Gallego a Enrique Romero Jiménez*, El Correo Español, Buenos Aires, 1879.
- Casal Catalá, Jochs Florals de Buenos Aires. Discursos y composicions premiades*, Imp. Tragant, Buenos Aires, 1908.
- CASTRO, Demetrio, "Orígenes y primeras etapas del republicanismo en España", en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- CASTRO, Martín O., "Faccionalismo político y reforma electoral en la decadencia del régimen roquista en la Argentina", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América* 2, 1 (2003), pp. 75-107.
- CATERINA, L. M., *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte*, Corregidor, Buenos Aires, 1995.
- CAVA MESA, María Begoña, Luis Fernando CONTRERAS y Francisco Javier PÉREZ, *La sociedad Laurak Bat de Buenos Aires*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1992.
- CHECA GODOY, Antonio, *El ejercicio de la libertad. La prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
- CHOATE, Mark, "Sending States' Transnational Interventions in Politics, Culture and Economics: The Historical Example of Italy", *International Migration Review* 41, 3 (2007), pp. 728-768.
- CIBOTTI, Ema, "Del habitante al ciudadano: la condición del ciudadano" en M. Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina Tomo V, Sudamericana, Buenos Aires 2000, pp. 365-408.
- CISNEROS, Luis Fernán, *Historia de la Ciudad de Avellaneda. La evolución de su progreso edilicio, político y social*, Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1926.
- CLARAMUNT, Salvador (comp.), *Las conmemoraciones en la historia*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002.
- Código Penal Argentino: [Leyes 11179, 11210, 11221, 11309, 11317 y 11331]. Precedentes, sentencias, notas por el Dr. Carlos Malagarriga*, Cervantes, Buenos Aires, 1927.
- CONESA GARCÍA, Enrique, "Enrique Romero y Esteban de Rivas. Dos presbíteros desobedientes", *Jábega* 45 (1984), pp. 31-38.

- CONSIGLI, Raquel E., *Breve historia del Partido Socialista Argentino 1893-1943*, Prosopis Editora, Córdoba, 2004.
- CORNBLIT, Oscar, "La opción conservadora en la política argentina", *Desarrollo Económico* 14 (enero-marzo 1975), pp. 600-639.
- Corona poética en honor del eminente literato D. Juan Martínez Villergas. *Composiciones leídas en la conferencia-concierto dada a beneficio del ilustre escritor en el Teatro Colón de Buenos Aires la noche del 17 de febrero de 1878*, Imp. de El Correo Español, Buenos Aires, 1878.
- CORTÉS CONDE, Roberto, *El progreso argentino, 1880-1914*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1979.
- COSTA RUBIAL, Òscar, *L'imaginari imperial. El Noucentisme català i la política internacional*, Institut Cambó, Barcelona, 2002.
- CRUCES, Fortunato, *Castañosas. Contos, cartas, descursos, cantares e outras cousas*, S. Ed., Buenos Aires, 1913.
- , *Cousas gallegas*, Imprenta La Iberia, Buenos Aires, 1928.
- CUEVAS, Jesús de las, *Paúl y Angulo*, Caja de Ahorros de Jerez, Jerez de la Frontera, 1987.
- CUEVAS GARCÍA, Cristóbal, *Diccionario de escritores de Málaga y su provincia*, Castalia, Madrid, 2002.
- CUNNINGHAM, Hugh, "The Language of Patriotism, 1750-1915", *History Workshop* 12 (1981), pp. 8-33.
- CUTOLO, Vicente Osvaldo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Ed. Elche, Buenos Aires, 1983, varios tomos.
- DALLA CORTE CABALLERO, Gabriela, *Casa de América de Barcelona (1911-1947). Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*, LID, Barcelona, 2005.
- , "Redes y organizaciones sociales en el proceso de ocupación del Gran Chaco", *Revista de Indias* 240 (2007), pp. 485-520.
- DA ORDEN, Liliana, "Liderazgo étnico y redes sociales. Una aproximación a la participación política de los españoles en la Argentina, 1880-1912", en Alejandro Fernández y José C. Moya (eds.), *La inmigración española en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999.
- , *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2005.
- DARDÉ, Carlos, "La aportación de Eugenio Montero Ríos al liberalismo español", en Id., *La aceptación del adversario. Política y políticos de la Restauración, 1875-1900*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, pp. 113-133.
- DEDEU, Martín, *Nuestros hombres de la Argentina: Dr. Rafael Calzada*, Buenos Aires, 1913.
- , *El catalanismo en acción: fijando posiciones*, con una carta-prólogo de Rafael Calzada, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1919.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, *Imperio del Papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, CSIC, Madrid, 1992.
- DEMOLINS, Edmund, *En qué consiste la superioridad de los anglosajones*, Victoriano Suárez, Madrid, 1899.
- DEVOTO, Fernando y FERNÁNDEZ, Alejandro, "Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo", en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, pp. 131-152.
- DEVOTO, Fernando y GONZÁLEZ-BERNALDO, Pilar (eds.), *Émigration politique. Una perspectiva comparée. Italiens et Espagnols en Argentine et en France (XIX e XXe siècles)*, L'Harmattan-CEMLA, París, 2001.
- DEVOTO, Fernando, "De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el movimiento político de 1912", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie 14 (2º semestre de 1996), pp. 93-113.
- , *Historia de la inmigración en Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
- , *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- , *Historia de los italianos en la Argentina*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2006.
- DÍAZ, Avelino, "Fortunato Cruces. Decano de los Periodistas Gallegos en América", *Galicia Emigrante*, 4, octubre 1956.

- DÍAZ, Hernán, *Historia de la Federación de Sociedades Gallegas. Identidades políticas y prácticas militantes*, Biblos/Fundación Sotelo Blanco, Buenos Aires, 2007.
- , (ed.), *Ramón Suárez Picallo. Años de formación política. Selección de textos (1916-1931)*, Alborada, Buenos Aires, 2008.
- DÍAZ NOCI, Javier, "Historia del periodismo en lengua vasca de los Estados Unidos: dos semanarios de Los Ángeles en el siglo XIX", *Zer* 10 (2001), Bilbao.
- Diccionario Histórico Argentino*, publicado bajo la dirección de Ricardo Piccirilli, Francisco Romay y Leoncio Gianello, Ediciones Históricas Argentinas, Buenos Aires, 1953, Tomo VII.
- DIETZ, M. G., "Patriotism", en T. Ball et al (eds.), *Political Innovation and Conceptual Change*, Cambridge, 1989.
- DÍOS ALTUNA DE MARTINA, Ángeles de, *La Basconia, su historia y su legado (1893-1930)*, III Seminario Internacional Euskal Herria Mugaz Gaindi, mayo 2004, Montevideo (mimeo).
- DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris, *Historia de la Iglesia argentina: desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo Mondadori, Buenos Aires, 2000.
- DI TELLA, Torcuato S., "El impacto migratorio sobre el sistema político argentino", en Jorge Raúl Jorrat y Ruth Sautu (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1992, pp. 86-104, p. 89.
- DUARTE, Ángel, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en la Argentina (1875-1910)*, Editorial Milenio, Lleida, 1998.
- , "La esperanza republicana", en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (comps.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997.
- , "A patria louxe da casa. Emigration política e identidade nacional dos españois en Argentina (ca. 1880-1914)", *Estudios Migratorios* 9 (2000), pp. 33-59.
- , "España en la Argentina. Una reflexión sobre el patriotismo español en el tránsito del siglo XIX al XX", *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 18 (2003), pp. 251-271.
- , "Por la patria y la democracia: el republicanismo en la colonia española en Argentina a inicios de siglo XX. Algunas reflexiones conceptuales.", en Nicolás Sánchez Albornoz y Moisés Llordén Miñambres (comps.), *Migraciones iberoamericanas. Reflexiones sobre Economía, Política y Sociedad*, Fundación Archivo de Indianos, Colombres, 2003, pp. 319-346.
- , "España en la Argentina. Una reflexión sobre patriotismo español en el tránsito del siglo XIX al XX", en *Illes i Imperis* 7 (2004).
- ECHEGARAY, Carmelo, "Ensayos de crítica filosófica de Menéndez Pelayo", *Cantabria*, 1924, pp. 30-38.
- ESCOBAR Y RAMÍREZ, A., *Las fiestas del centenario en la Argentina*, Madrid, 1912.
- ESCUDE, Carlos, *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*. Tesis, Buenos Aires, 1990.
- ESTÉBANEZ GIL, Juan Carlos, *Francisco Grandmontagne y la Generación del 98*, Editorial La Olmeda, S. L., Burgos, 1998.
- EVANS BRAZIEL, Jana y MANNUR, Anita (eds.), *Theorizing diaspora: a reader*, Blackwell Publishing, Malden and Oxford, 2007.
- EZKERRO, Miguel, "Promotores de la cultura vasca en Argentina", en *Los vascos en la Argentina. Familias y Protagonismo*, Fundación Vasco-Argentina "Juan de Garay", Buenos Aires, 2002.
- FÁBREGAS RAFART, C., *Impresiones de mi segundo viaje a las repúblicas del Plata*, F. Alabart, Barcelona, 1906.
- , *Impresiones de un viaje económico comercial al Plata*, Imp. F. Altés y Alabart, Barcelona, 1904.
- FARÍAS, Ruy, "Identidad étnica e integración social: la élite del Centro Gallego de Avellaneda en las dos primeras décadas del siglo XX", en Actas de las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, San Miguel del Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2007.
- , "Peones, obreros y jornaleros: Patrones de asentamiento e inserción socioprofesional de los gallegos en Avellaneda y Lanús, 1890-1930", en Id. (comp.), *Buenos Aires Gallega. Inmigración, pasado y presente*, CPPHC, Buenos Aires, pp. 79-95.
- , (ed.), *Buenos Aires gallega. Inmigración, pasado y presente*, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

- FERNÁNDEZ, Alejandro, "El mutualismo español en Buenos Aires, 1890-1920: un estudio de caso", *Cuadernos de Historia Regional* 3, 8, (1987), pp. 36-61.
- , "Patria y cultura. Aspectos de la acción de la elite española en Buenos Aires, 1890-1920", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 6-7 (1987), pp. 291-307.
- , "Mutualismo y asociacionismo", en AA.VV., *Historia general de la inmigración española en Iberoamérica*, Historia 16, Madrid, 1992.
- , "La inmigración española en la Argentina y el comercio bilateral", en *Les Cahiers ALHIM*, <http://alhim.revues.org/document57.html>
- , "Las redes comerciales catalanas en Buenos Aires a comienzos de siglo. Una aproximación", en Á. Fernández y J. C. Moya (eds.), *La inmigración española en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999, pp. 141-163.
- , *Un "mercado étnico" en el Plata. Emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935*, CSIC, Madrid, 2004.
- FERNÁNDEZ, Alejandro y MOYA, José C. (eds.), *La inmigración española en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999.
- FERNÁNDEZ, Macedonio, *Obra Completa*, Corregidor, Buenos Aires, 1996.
- FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE, Gabriela, "El límite jurisdiccional de la corporación académica: Ricard Monner Sans y los debates entre usos y leyes de la lengua argentina", en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XLVIII (2001-2002), pp. 401-465.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Ana María, *Arte y Emigración. La Pintura Española en Buenos Aires, 1880-1930*, Gijón, Universidad de Oviedo y Universidad de Buenos Aires, 1997.
- FERNÁNDEZ LARRAIN, Federico, *Historia del Partido de Avellaneda. Reseña y análisis, 1580-1980*, La Ciudad, Avellaneda, 1986.
- , "Suplemento 90º aniversario del Centro Gallego", en diario *La Ciudad*, Avellaneda, 20-X-1989.
- , "Avellaneda. El proceso político", [1974], en R. O. Herrero, *Lanús y su Historia*, Artes Gráficas Citocrom, Lomas de Zamora, 2000, pp. 28-30.
- FERNÁNDEZ MORENO, Baldomero, *Vida-Memoria de Fernández Moreno*, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1957.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.), "Patria", *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.
- FINOCHIETTO, Ricardo, "Avelino Gutiérrez en la Cirugía y en la enseñanza de la Anatomía", discurso de recepción en la Academia de Medicina, *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, octubre de 1941, pp. 491-506.
- FOLINO, Norberto, *Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico* [1966], Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1983.
- FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo, y VILLEGAS SANZ, María José, *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Fundación MAPFRE, Madrid, 1992.
- FORNER, Salvador, *Canalejas y el Partido Liberal Democrático*, Cátedra, Madrid, 1993.
- FOX, Inman, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Cátedra, Madrid, 1997.
- FRIDMAN, Silvia, y LÓPEZ, María M., "Comentarios periodísticos en torno al incendio del Salvador", en *Tercer Congreso de Historia Argentina y Regional*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1977, pp. 229-239.
- FUENTE MONGE, Gregorio de la, *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal*, Marcial Pons, Madrid, 2000.
- , "El enfrentamiento entre clericales y revolucionarios en torno a 1869", *Ayer* 44 (2001), pp. 127-150.
- , "Monarquía y República en la España revolucionaria (1868-1873)", en Ángeles Lario (ed.), *Monarquía y República en la España contemporánea*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 205-229.
- FURLONG, Guillermo, *Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires, 1617-1943*, t. II, 1868-1943, Colegio del Salvador, Buenos Aires, 1944.
- Galería de españoles notables del Río de la Plata*, publicada en Buenos Aires por Rafael Carillo y Sánchez, recogida en Justo S. y López de Gomara, *Locuras humanas*, Establecimiento tipográfico-editorial, Barcelona, 1888.

- GALLO, Edit Rosalía, *Nuestra Causa. Revista Mensual Feminista 1919-1921 Estudio e Índice General*. Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, Buenos Aires, 2004.
- GALLO, Ezequiel, "El roquismo, 1880-1916", *Todo es Historia* 100 (septiembre de 1975).
- , *La pampa gringa: la colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984.
- , *Los nombres del poder. Carlos Pellegrini. Orden y reforma*, FCE, Buenos Aires, 1997.
- GÁLVEZ, Manuel, *Amigos y maestros de mi juventud*, Hachette, Buenos Aires, 1961, 254-255.
- GAMERO MERINO, Carmela, *Un modelo europeo de renovación pedagógica. José Castillejo*, CSIC, Madrid, 1988.
- GANDOLFO, Rómulo, "Las sociedades de socorros mutuos en Buenos Aires: cuestiones de clase y etnia dentro de una comunidad de inmigrantes (1880-1920)", en Fernando Devoto y Eduardo Míguez, *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992, pp. 311-332.
- GARCÍA, Ignacio, "... Y a sus plantas rendido un León": Xenofobia antiespañola en la Argentina". *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 39 (1998), pp. 195-221.
- , "El oro de América'. La contribución de los emigrantes del Plata al tesoro de la Unión Republicana", *Anuario de Estudios Americanos*, Tomo LVIII, 1 (2001), pp. 253-279.
- , "El institucionismo en los krausistas argentinos" [en línea], en Hugo E. Biagini, (comp.), *Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig. Filósofos de la autenticidad*, Buenos Aires, 2000, disponible en: <http://ensayo.rom.uga.edu/filosofos/argentina/roig/homenaje/garcia.htm>.
- GARCÍA SEBASTIANI, Marcela, "Crear identidades y proyectar políticas de España en los tiempos de transformación del liberalismo: *El Diario Español* (1905-1912)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 55 (2004), pp. 525-553.
- , "Emigración y política. Los no ciudadanos en la Argentina quieren representación en las Cortes de Madrid", en C. Dardé y C. Malamud (comps.), *Política y revoluciones en España y América Latina*, Universidad de Cantabria, Santander, 2004, pp. 197-227.
- , "El patriotismo de los españoles emigrantes en la Argentina", en G. Gómez-Ferrer Morant (ed.), *Modernizar España 1898-1914*, Departamento de Historia Contemporánea, UCM, Madrid, 2006, 16 pp. (CD-Rom)
- , "Influencia y proyección del republicanismo de Nicolás Salmerón en la Argentina", *Jarbuch für Geschichte Lateinamerikas* 43 (2006), pp. 275-300.
- , "Interlocutores y escenarios del liberalismo reformista español en la Argentina", en Id. y Fernando del Rey Reguillo, *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, pp. 349-372.
- , "La eficacia de las redes y los resultados de los vínculos: las elites de los emigrantes españoles a la Argentina (1862-1923)", *Revista Complutense de Historia de América* 31 (2005), pp. 147-176.
- GAYOL, Sandra, *Honor y duelo en la Argentina moderna*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.
- Gerli y el Partido de Avellaneda. *Síntesis Histórica. Aspectos Político y Cultural*, Secretaría General de la Municipalidad de Avellaneda, S/I, S/f.
- GILLIS, John (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton University Press, Princeton, 1994.
- GÓMEZ CHAIX, Pedro, *Ruiz Zorrilla: el ciudadano ejemplar*, Espasa-Calpe, Madrid, 1934.
- GÓMEZ NAVARRO, José Luis, "En torno a la biografía histórica", *Historia y Política* 13 (2005), pp. 7-26.
- GONZÁLEZ, Joaquín V., *Obras Completas*, Buenos Aires, 1935, Tomo X y XIV.
- GONZÁLEZ, María Jesús, *El Universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.
- GONZÁLEZ BERNALDO, Pilar, "La sociabilidad y la historia política", en <http://nuevomundo.revues.org/index24052.html>.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, "A un lado y otro de la frontera: los exilios republicanos de la Restauración", en J. L. Casas Sánchez y F. Durán Alcalá (coords.), *Los exilios en España (siglos XIX y XX)*, III Congreso sobre republicanismo. Patronato Niceto Alcalá-Zamora Torres, Priego de Córdoba, 2005, vol. I, pp. 27-82,

- , “Republicanos”, en Jordi Canal (ed.), *Los éxodos políticos en la historia de España, siglos XV-XX*, Silex, Madrid, 2007, pp. 191-214.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C., *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Marcial Pons, Madrid, 2003.
- GUERRA, Víctor, “Los Calzada y la masonería” [en línea], disponible en: <http://www.rafaelcalzada.com.ar/> [Consultado V-2008]
- GUTIÉRREZ, Avelino, “La anatomía, como modelo práctico para la enseñanza de las demás ciencias médicas”, *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina*, tomo III, Buenos Aires, 1940, pp. 343-362.
- GUTIÉRREZ, Ramón y otros, *El Reencuentro entre España y Argentina en 1910. Camino del Bicentenario*, CEDODAL, Buenos Aires, 2007.
- GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo, *Argentina y España. Diálogos en el Arte (1900-1930)*, CEDODAL, Buenos Aires, 2003.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, 2ª ed.,
- HERRERO, Alejandro, “La prensa española: surgimiento y consolidación”, en Hugo E. Biagini (ed.), *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París Americano en las pos-trimerías del siglo XIX*, Diputación Provincial, Sevilla, Sevilla, 1993, pp. 116-130.
- HERRERO, Alejandro y HERRERO, Fabián, “Política i prensa espanyola a Buenos Aires. Un estudi de cas”, *L'Avenç* 159 (1992), pp. 38-40.
- HIGHAM, John (ed.), *Ethnic Leadership in America*, Johns Hopkins University Press, 1978.
- IMBERT, Julio, *Gregorio de Laferrère*, Eds. Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962.
- INFANTE, Julián Daniel, *Estudiemus Política. Monarquía y República*, Imp. La Industrial, Rosario de Santa Fe, 1893.
- , *Unitarismo y federación*, Establecimiento gráfico Félix Wolfín, Rosario de Santa Fe, 1895 (1894 en el interior).
- , *La revolución española*, Imprenta La Capital, Rosario de Santa Fe, 1908.
- , *Insinuaciones. Serie de conferencias didácticas por (...)*, Imprenta Inglesa, Rosario de Santa Fe, 1916.
- , *¡¡Por España!! Reflexiones de un expatriado*, Editorial Reus, Madrid, 1920.
- Informe Puigdollers*, Elzeviriana, Barcelona, 1902.
- IRIANI ZALAKAIN, Marcelino y Ó. ÁLVAREZ GILA, *Euskal Echea. La génesis de un sueño (1899-1950)*, Llavallol, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2003, 317 pp. [Colección Urazandi, nº 15].
- IRIGOYEN ARTETXE, Alberto, *Laurak Bat de Montevideo. La primera euskal etxea del mundo*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1999.
- JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid, 2003.
- JELIN, Elizabeth y LANGLAND, Victoria, “Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente”, en *Monumentos, memorias y marcas territoriales*, Siglo XXI, Madrid, 2003.
- JIMÉNEZ-LANDI, Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Taurus, Madrid, 1973, 2 vols.
- JOVER ZAMORA, José M., “Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII”, en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*, vol. I, t. XXXVIII de *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa Calpe, pp. xi-clxiii, 1995.
- JULIÁ, Santos, *Historia de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004.
- KARUSH, M. B., “Workers, Citizens and the Argentine Nation: Party Politics and the Working Class in Rosario, 1912-1913”, en *Journal of Latin American Studies* 31, 3 (1999).
- KORN, Francis, *Buenos Aires, Mundos particulares, 1870-1895-1914-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- LABRA, Rafael María de, *Los españoles contemporáneos*. Memoria leída en el Ateneo de Madrid en el curso académico de 1915-1916, Madrid, 1916.
- LAFUENTE, Romualdo, *Málaga y sus opresores. Relato verídico de los últimos sucesos de Málaga, s.i.*, Orán, 1869.
- LAGO CARBALLO, Antonio, “La Institución Cultural Española de Buenos Aires”, *Mar Océana. Revista del Humanismo Español e Iberoamericano* 23 (2008), pp. 49-62.

- La Masonería según sus Documentos*, por Fray E. de Guadalupe, O. P. D. G., Editorial Nuevo Orden, Buenos Aires, julio de 1980, 2ª ed.
- LAPORTA, Francisco, *Adolfo Posada. Política y sociología en la crisis del liberalismo español*, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1974.
- , “La Junta para Ampliación de Estudios: primeras fatigas”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2ª época, 14, agosto 1992, pp. 39-51.
- LAPPAS, Alcibiades, *La masonería argentina a través de sus hombres*, Imp. Belgrano, Buenos Aires, 1966.
- LENCE, José R. y FERNÁNDEZ MATO, Ramón, *La galleguita. Zarzuela en un acto. Música del Maestro Padilla. Estrenada con gran éxito en el Teatro de la Comedia la noche del 22 de Octubre de 1914*, Imprenta “La Aurora”, Buenos Aires, 1914.
- LENCE, José R., *Jornadas de lucha*, E. Menéndez, Buenos Aires, 1924.
- , *Memorias de un periodista*, Centro Difusor del Libro, Buenos Aires, 1945.
- LEÓN SUÁREZ, José, *Carácter de la Revolución americana*. Librería de la Facultad-Juan Roldán, Buenos Aires, 1917.
- LERROUX, Alejandro, *Mis Memorias*, Afrodismo Aguado S.A., Madrid, 1963.
- LEVI, Giovanni, “Les usages de la biographie”, *Annales* 6 (Noviembre-Diciembre, 1989).
- LITVAK, Lily, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Puvill, Barcelona, 1980.
- LOBATO, Mirta Zaida, “Los trabajadores en la era del progreso”, en Id. (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina Tomo V, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pp. 465-506.
- LÓPEZ DE GOMARA, Justo, *Agraces: poesías varias*, F. Sampere y Compañía, Valencia, 1913.
- , *De ambas orillas del Mar: Cuentos originales de ambiente hispano- argentino*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 1914.
- , *De paseo en Buenos Aires: bosquejo local en dos actos y diez cuadros*, Imp. Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1889.
- , *Gauchos y Gringos: bosquejo de costumbres argentinas en un acto y en verso*, impr. de El Correo Español, Buenos Aires, 1884.
- , *La nueva doctrina. Ideales y observaciones de moral y filosofía*. Librairie Française, Joseph Escary editor, (frente al Club del Progreso), Buenos Aires, 1893.
- , *La religión nacional o el clericalismo expuesto a la vergüenza pública*, Establecimientos Tipográficos de El Correo Español, Buenos Aires, 1882.
- , *Las Justicias de la tierra: ensayo de drama nacional en tres actos y en verso*, Establ. Tip. de El Correo Español, Buenos Aires, 1883.
- , *Valor cívico: Apuntes de la revolución (26, 27 y 28 de Julio de 1890)*, adaptados a la escena, Imp. de El Correo Español, Buenos Aires, 1890.
- LÓPEZ DE GOMARA Y LUGONES, Justo, “La Asistencia pública. Bases para su organización en la República”, Imprenta de El Diario Español, Buenos Aires, 1909.
- LÓPEZ DE MEDINA, Ana M., “Justo López de Gomara”, *Noticias para la historia el teatro nacional*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1938, pp. 147-169.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, José María, “La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española de Buenos Aires”, *Revista de Indias* 239 (2007), pp. 81-102.
- LOSADA, Leandro, “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)”, *Desarrollo Económico* 45, 180 (enero-marzo 2006), pp. 547-572.
- , *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.
- LUGILDE, Anxo, *O Voto emigrante. Viaxe pola zona escura da democracia española*, Editoria Galaxia, Vigo, 2007.
- MACARRO, José Manuel, “La imagen de España en la Argentina”, en Rafael Sánchez Mantero, J. M. Macarro y Leandro Álvarez Rey, *La imagen de España en América, 1898-1931*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, CSIC, Sevilla, 1994, pp. 97-98.
- MAINER, Juan Carlos, *La doma de la quimera (ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, UAB, Bellaterra, 1988.
- MALAGARRIGA, Carlos, *Prosa muerta. Herbario de artículos políticos. Propaganda republicano-Solidaridad*, Buenos Aires, 1908.

- , *Código penal de la República Argentina: comentado por los fallos de la Excm. Cámara de Apelaciones de la Capital*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1896.
- , *Un año de diplomacia republicana*, Madrid, Librería San Martín, 1936.
- MALAGARRIGA, Carlos C., *16 artículos sobre problemas actuales de la universidad y fuera de ella*, Lucania, Buenos Aires, 1956.
- MALAGARRIGA, Carlos C. y MALAGARRIGA, Juan Carlos, *Derecho comercial inclusive marítimo, aeronáutico y quiebra: actualizado con la ley de sociedades comerciales 19.550 y la ley de concursos 19.551*, Librería La Nena, Buenos Aires, 1973.
- MALAGARRIGA, Carlos y SASSO, S. A., *Procedimiento penal argentino: código de procedimientos criminales para la justicia federal y los tribunales de la capital y territorios, comentado por la doctrina y la jurisprudencia y completado con el texto de los códigos de todas las provincias*, J. Lajouane, Buenos Aires, 1910, 3 vols.
- MALAMUD, Carlos, “La efímera reforma de Joaquín V. González de 1902 en la Argentina”, en Id. (ed.), *Legitimidad, representación y alternancia en España y América Latina: Las reformas electorales 1880-1930*, FCE, México, 2000, pp. 103-127.
- MANENT, Albert, *Diccionari dels catalans d'Amèrica. Contribució a un inventari biogràfic, toponímic i temàtic*, Catalunya 1992/Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1992, v. III.
- MAÑÉ Y FLAQUER, Manuel, *Viaje por Guipúzcoa al final de su etapa foral*, B. V. Villar, Bilbao, 1969.
- MARFANY, Joan Lluís, *La cultura del catalanisme: el nacionalisme català en els seus inicis*, Empúries, Barcelona, 1995.
- MARQUEQUI, Dedier N., *La inmigración española de masas en Buenos Aires*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993.
- MARTÍNEZ DE SAS, María Teresa, *Los últimos veinte años de un conspirador: el insurreccionalismo zorrillista durante la restauración (1875-1895)*, Boletín de la Real Academia de la Historia, t. 201, c. 3, Artegraf, Industrias Gráficas, Madrid, 2004.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando, “Nicolás Salmerón y Alonso. Entre la revolución y la política”, en Javier Moreno Luzón (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Taurus-Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2005, pp. 129-160.
- , *Los republicanos en la política almeriense del siglo XIX*, Servicio de Publicaciones de la Fundación Unicaja, Málaga, 2006.
- , “Las enseñanzas del exilio. Nicolás Salmerón en París (1876-1885)”, en F. Martínez López (ed.), *Nicolás Salmerón y el republicanismo parlamentario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 97-118.
- , (ed.), *Nicolás Salmerón y el republicanismo parlamentario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.
- MARTÍNEZ MORÁS, Andrés, *Siluetas. Primera serie*, Imprenta A. Arias Lantero, Buenos Aires, 1907.
- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión, *“A pesar del gobierno”. Españoles en el Perú, 1879-1939*, CSIC, Madrid, 2006.
- MARTÍNEZ VILLERGA, Juan, *Sarmenticidio, o A mal Sarmiento, buena podadera*, El Cosmopolita, Montevideo, 1874.
- MARTINIELLO, Marco, *Leadership et pouvoir dans les communautés ethniques d'origine immigrée: L'exemple d'une communauté ethnique en Belgique*, L'Harmattan, París, 1992.
- MCGEE DEUTSCH, Sandra, *Contrarrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic Ligue*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1986 (edición en español, Universidad de Quilmes editorial, Buenos Aires, 2003).
- MEHATS, Claude, *Organisation et aspects de l'émigration des Basques de France en Amérique, 1832-1976*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2005.
- MELÓN FERNÁNDEZ, Santiago, *Un capítulo en la historia de la Universidad de Oviedo*, IDEA, Oviedo, 1963.
- , *El Viaje a América del Profesor Altamira*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1987.
- MELÓN PIRRO, Julio y PASTORIZA, Elisa (comp.), *Los caminos de la democracia. Alternativas y prácticas políticas, 1900-1943*, Biblos, Buenos Aires, 1996.

- MÍGUEZ, Eduardo, "Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 6-7 (1987), pp. 337-379.
- MÍNERVINO, Mario, BRACAMONTE, Lucía, ROMERO, Fernando Gabriel y RAMÍREZ GARCÍANDÍA, Marta Susana, *Bahía Blanca. Historia de Unión Vasca de Bahía Blanca*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2003.
- MIRAGAYA, Eduardo y SOLANES, Francisco, *Los españoles en Rosario de Santa Fe. Su influencia en el progreso de la ciudad*, prólogo del Dr. Gonzalo Diéguez Redondo, Editorial La Cervantina-Romanos Hnos., Rosario, 1934.
- MOCH, Andrea, *Del Cantábrico al Plata*. Ediciones *La Baskonia*, Buenos Aires, 1909.
- , *Andanzas de una artista*, Ediciones Aniceto López, Buenos Aires, 1939.
- , *Impresiones de Buenos Aires*. Ediciones Aniceto López, Buenos Aires, 1939.
- , *Páginas Vividas*. Ediciones *La Baskonia*, Buenos Aires, 1925.
- MORALES MUÑOZ, Manuel, *El republicanismo malagueño en el siglo XIX*, La Memoria Presente, Málaga, 1998.
- MOREAU DE JUSTO, Alicia, *Qué es el socialismo en la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1983.
- MORENO LUZÓN, Javier, *Romanones: caciquismo y política liberal*, Alianza, Madrid, 1998.
- , "El rey de los liberales", en Id., *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 153-186.
- , "Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz", *Ayer* 52 (2003), pp. 207-236.
- , "José Canalejas. Democracia y Monarquía", *Claves de Razón Práctica*, Madrid, 158, diciembre de 2005, pp. 50-59.
- , "De agravios, pactos y símbolos. El nacionalismo español frente a la autonomía de Cataluña (1918-19)", *Ayer* 63 (2006), pp. 119-151.
- , (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Fundación Pablo Iglesias-Taurus Editorial, Madrid, 2006.
- MORENO SÁEZ, Francisco, *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Generalitat Valenciana, Consell Valencià de Cultura, Valencia, 1997.
- MOURE MARIÑO, Luis, *Galicia en la guerra*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1939.
- MOYA, José C., *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University California Press, Berkeley, 1998 (Existe traducción al español, *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Emecé, Buenos Aires, 2004).
- , "Anarchism" en *The Palgrave Dictionary of Transnational History*, Palgrave Macmillan, New York, 2008.
- , "Italians in Buenos Aires' Anarchist Movement: Gender Ideology and Women's Participation" en Donna Gabaccia y Franca Iacovetta (comps), *Women, Gender, and Transnational Lives: Italian Women around the World*, University of Toronto Press, Toronto, 2002.
- , "The Positive Side of Stereotypes: Jewish Anarchists in Early-Twentieth-Century Buenos Aires" *Jewish History* 18 (2004), pp. 19-48.
- NAGEL, Caroline, "Nations unbound? Migration, culture, and the limits of the transnationalism-diaspora narrative", Review Essay, *Political Geography* 20 (2001) 247-256.
- NARANJO OROVIO, Consuelo, "España a través de un espejo: una nueva imagen de las Instituciones Culturales españolas en América", en X. Amancio Liñares Giraut, *Ciudadanos españoles en el mundo. Situación actual y recorrido histórico*, Grupo España Exterior, Vigo, 2008, pp. 103-124.
- NIÑO, Antonio, "Alfonso XIII en la política internacional", en J. Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 240-276.
- , "Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)", en Pedro Pérez Herrero y Nuria Tabanera (coords), *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, AIETI/SÍNTESIS, Madrid, 1993, pp. 15-48.
- , "1898-1936. Orígenes y despliegue de la política cultural hacia América Latina", en Denis Rolland, Lorenzo Delgado, Eduardo González, Antonio Niño y Miguel Rodríguez, *L'Espagne, la France et l'Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales (XX^e siècle)*, l'Harmattan, París, 2001, pp. 23-163.

- NÚÑEZ, Rogelio, "Ángel Giménez y la cruzada moral socialista en el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires (1919-1930)", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América* 6, 1 (2007), pp. 71-91.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M., *O Galleguismo en América (1879-1936)*, Sada, La Coruña, 1992.
- , *Emigrantes, caciques e indios. O influxo socio-político da emigración transoceánica en Galicia (1900-1930)*, Edicións Xerais, Vigo, 1998.
- , "A parroquia de alén mar: Algunhas notas sobre o asociacionismo local galego en Bos Aires (1904-1936)", *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades* 11 (1999), pp. 345-379.
- , "A parroquia de alén mar: Algunhas notas sobre o asociacionismo local galego en Bos Aires (1904-1936)", en Pilar Cagiao Vila (ed.), *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades*, vol. 11, USC, Santiago de Compostela, 2000, pp. 345-379.
- , "Révolutionnaires ou conformistes? L'influence socio-politique de l'émigration américaine de retour en Galice, 1900-1936", *Studi Emigrazione/Migration Studies* 134 (1999), pp. 283-308.
- , *O inmigrante imaxinario*, USC, Santiago de Compostela, 2002.
- , "El competidor imaginario: los inmigrantes italianos según la colectividad española de la Argentina (1900-1940)", *Spagna Contemporanea* 23 (2003), pp. 23-67.
- , "Liderazgo étnico en comunidades de emigrantes: algunas reflexiones", en Nicolás Sánchez Albornoz y Moisés Llordén Miñambres (comps.), *Migraciones iberoamericanas. Reflexiones sobre Economía, Política y Sociedad*, Fundación Archivo de Indios, Colombes, 2003, pp. 347-388.
- , "La récreation de la paroisse: les immigrants galiciens à Buenos Aires (1900-1940)", *Hommes et Migrations* 1256 (juillet-août 2005), pp. 6-24.
- , "Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América, 1870-1940", en Alicia Bernasconi y Carina Frid, *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2006, 17-41.
- , "Idea y memoria de España en la Emigración", en X. Amancio Liñares Giraut, *Ciudadanos españoles en el mundo. Situación actual y recorrido histórico*, Grupo España Exterior, Vigo, 2008, pp. 15-34.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel y SOUTELO VÁZQUEZ, Raúl, *As cartas do destino. Unha familia galega entre dous mundos, 1919-1971*, Glaxia, Vigo, 2005.
- ODDONE, Jacinto, *Historia del socialismo argentino (1896-1911)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.
- ORTEGA MUNILLA, José, *De Madrid al Chaco: un viaje a las tierras del Plata*, Biblioteca Patria, Madrid, 1922.
- ORTEGA Y GASSET, José, "Brindis en la Institución Cultural Española de Buenos Aires", en *Obras completas*, Madrid, Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2006, Tomo V, pp. 441-450.
- ORTIZ, Eduardo L., "Las relaciones científicas entre Argentina y España a principios de este siglo. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Cultural Española", en Sánchez Ron, José Manuel (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, CSIC, Madrid, 1988, vol. 2, pp. 119-158.
- ORTÍZ Y SAN PELAYO, Félix, *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española (Desde su fundación hasta la reunión del Congreso de Sociedades Españolas)*, Librería de la Facultad Juan Roldán, Buenos Aires, 1914.
- , *Vindicación de los españoles en las naciones del Plata*, Librería de la Facultad de Juan Roldán, Buenos Aires, 1917.
- OVED, Iacov, "Influencia del anarquismo español sobre la formación del anarquismo argentino", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 2,1 (1991), pp. 5-17.
- , *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina*. Siglo XXI, México, 1978.
- PAJARES, Nicasio, *Don Quijote y Tío Sam*, Cía. Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930.
- PALACIO, Juan Manuel, "La antesala de lo peor: La economía argentina entre 1914 y 1930", en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina Tomo VI, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pp. 101-50.

- PALLETIERI, Osvaldo, *Historia del Teatro argentino en Buenos Aires. Vol II: La emancipación cultural (1884-1930)*, Galerna, Buenos Aires, 2002.
- PAN-MONTOJO, Juan (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza, Madrid, 1998.
- PARDO SANZ, ROSA, *Con Franco hacia el Imperio. La política exterior española en América Latina, 1939-1945*, UNED, Madrid, 1995.
- PASQUALI, Patricia S., *J. Daniel Infante*, Editorial Municipal Colección "Hacedores de Rosario", Rosario, 1996.
- PATRÓN ROCCI, Adriana e IRIGOYEN ARTETXE, Alberto, *A modo de introducción*. Revista Euskaro Americana *La Baskonia* (1893-1943) Documentos URAZANDI Eusko Jaurlaritza-Gobierno Vasco Sistema DVD, Vitoria-Gasteiz, 2003.
- , *Un siglo de publicaciones periódicas en las colecciones vascas*. http://www.osanet.euskadi.net/v19-/es/contenidos/informacion/03_congreso2007/es_intro/adjuntos/p_irigoyen_urazandi_digital_es.doc [consulta 6 de enero de 2009]
- PAÚL Y ANGULO, José, *Los asesinos del general Prim y la política en España*, E. Dentu, París, 1886.
- PECK, Donald, "Las presidencias de Manuel Quintana y José Figueroa Alcorta, 1904-1910, en Gustavo Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980.
- , *Argentinian Politics and the province of Mendoza, 1890-1916*, Tesis doctoral inédita, Oxford, 1977.
- PEREIRA, Juan Carlos y CERVANTES, Ángel, *Relaciones diplomáticas entre España y América*, Mapfre 1492, Madrid, 1992.
- PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos, <http://www.institutodemer.es/articulos/tercera/LIGA%20DERECHOS%20HOMBRE%20ESPA%20DIA.pdf>.
- PÉREZ-BASTARDAS, Alfred, *Barcelona davant el pressupost extraordinari de cultura de 1908*, Mediterrània, Barcelona, 2003.
- , *Els republicans nacionalistes i el catalanisme polític: Albert Bastardas i Sampere, 1871-1944. Una biografia política*, Edicions 62, Barcelona, 1987, 2 vols.
- PÉREZ GARZÓN, Sisinio, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Crítica, Barcelona, 2000.
- PÉREZ GUILLHOU, Dardo, "Emilio Civit", en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *Argentina, del ochenta al Centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980, pp. 335-355.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel, "La sociedad española. La guerra y la derrota", en Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 91-149.
- PÉREZ VEJO, Tomás, "El liberalismo español decimonónico y el ser de España. El sueño de una nación liberal y democrática", en Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007.
- PEYROU, Florencia, *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.
- PIKE, Federic, *Hispanismo 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*, University of Notre Dame Press, London, 1971.
- PIMLOTT, Ben, "The Future of Political Biography", *The Political Quarterly* 61, 2 (abril-junio, 1990), pp. 214-224.
- PIQUERAS, José A. y CHUST, Manuel (comps.), *Republicanos y repúblicas en España*, Siglo XXI, Madrid 1996.
- PORREDON ROS DE EROLES, Antonio, *Reseña histórica de los acontecimientos de Málaga en los días 29, 30, 31 de diciembre de 1868 y 1º y 2 de enero de 1869*, Imp. M. Martínez Nieto, Málaga, 1869.
- POSADA, Adolfo, "Mi Universidad", *Para América desde España*, París 1910, pp. 99-110.
- , *Relaciones científicas con América: (Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay)*, Junta para Ampliación de Estudios / Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1911.
- , *República Argentina: impresiones y comentarios*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1912.

- POSADA CARBÓ, Eduardo, "Emilio Castelar: República, liberalismo y poder de la oratoria", en C. Malamud (comp.), *La influencia española y británica en las ideas y políticas latinoamericanas*, Fundación Ortega y Gasset, Madrid 2000, pp. 79-94.
- PRADO, Gustavo H., "Oviedo y La Plata, 1898-1910: el diálogo del reformismo liberal español y argentino en torno de la problemática hispano-americana", en Pilar Cagiao y Eduardo Rey Tristán (coords.), *Aproximaciones al americanismo entre 1898 y 1936: proyectos, instituciones y fondos de investigación*, USC, Santiago de Compostela, 2006, pp. 79-118.
- , "Fermín Canella, el olvidado organizador del Viaje Americanista de la Universidad de Oviedo (1909-1910)", en *Actas del I Congreso de Estudios Asturianos (2006)*, Tomo III, *Comisión de Historia, Geografía, Antropología, Folclore y Etnografía*, RIDEA, Oviedo, 2007, pp. 315-340.
- , *El Grupo de Oviedo en la Historiografía y la controvertida memoria del kraso-institucionismo asturiano*, KRK, Oviedo, 2008.
- , *Rafael Altamira en América (1909). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, CSIC, Madrid, 2008.
- PRIETO, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.
- PUCCIA, Enrique Horacio, *Barracas. Su Historia y sus Tradiciones, 1536-1936*, Compañía General Fabril Financiera, Buenos Aires, 1968.
- PUIGGRÓS, Adriana, *¿Qué pasó en la educación argentina?*, Galera, Buenos Aires, 2003.
- PUJADAS, Juan José, *Método biográfico. El uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*, CIS, Madrid, 2004 (2ª edición).
- QUESADA, Ernesto, *El problema del idioma nacional*, Buenos Aires, 1900.
- , *El día de la raza y su significado en Hispano-América*, Araujo Hnos., Buenos Aires, 1918.
- , "Menéndez Pelayo en América", *Cantabria*, 1924, pp. 29-30.
- RAFANELL I VALL-LLOSERA, August, *La Il·lusió ocitana*, Edicions Crema, Barcelona, 2006, v. I.
- RAHOLA TRÈMOLS, Federico, *Sangre nueva: impresiones de un viaje a la América del Sud*, Tip. La Académica, Barcelona, 1905.
- RAMOS, Juan Abelardo, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, 1954.
- RAMOS, Vicente, *Rafael Altamira*, Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1968.
- RAMOS MARTINEZ, Jon Ander, "Los Inicios de la Prensa Vasca en Cuba: Laurac Bat de La Habana (1886 - 1895)", ponencia presentada al III Seminario Internacional Euskal Herria Mugaz Gaindi, Montevideo, 2006 (mimeo).
- , "Manuel Calvo y Aguirre, una eminencia en la sombra", *Guregandik* 4 (2008), Laprida (Argentina).
- RAVINA, Aurora, "Profesar el plural. Nosotros 1907-1934/1936-1943", en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson (dirs.), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1999, pp. 57-91.
- REIS, Michele, "Theorizing diaspora: perspectives on classical and contemporary diaspora", *International Migration* 42, 2 (2004), pp. 41-61.
- Revista de Occidente* 74-75 (julio-agosto 1987).
- REPUBLICANO (El) Rosario de Santa Fe, "Colaboración del Doctor J. Daniel Infante (Corona fúnebre)". Buenos Aires, Librería y Editorial La Facultad-Juan Roldán y C^a, Buenos Aires, 1932.
- REQUATE, Jörg, "El periodista", en Ute Frevert y Heinz-Gerhard Haupt (eds.), *El hombre del siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pp. 151-175.
- RESTAINO, Rafael, *La Masonería en la Provincia de Buenos Aires*, Editorial el Pan de Aquí, Pergamino, 2004.
- REVILLA, Manuel de la, *Historia y defensa de la Declaración de la prensa republicana*, Imp. de La Discusión, Madrid, 1870.
- RIBAGORDA, Álvaro, "La Residencia de Estudiantes y América Latina: Caminos de Ida y vuelta", *Revista de Indias* 239 (2007), pp. 221-250.
- RIQUER I PERMANYER, Borja de, *Escolta Espanta. La cuestión catalana en la época liberal*, Marcial Pons, Madrid, 2001.
- RISPA PERPIÑÁ, Francisco, *Cincuenta años de conspirador (memorias político-revolucionarias), 1853-1903*, Lib. Vilella, Barcelona, 1932.
- RIVADULLA BARRIENTOS, Daniel, *La "amistad irreconciliable. España y argentina, 1900- 1914*, Edit. Mapfre, Buenos Aires, 1992.

- RIVADULLA, Daniel J.; NAVARRO, Raúl y BERRUEZO, María Teresa, *El exilio español en América en el siglo XIX*, Fundación Mapfre, Madrid, 1992.
- ROBLES EGEA, Antonio, "Republicanism and horizon europeo", en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza, Madrid 1994, pp. 293-312.
- ROCAMORA, Joan, *Cataluña en la Argentina. Centenario del Casal de Catalunya*, Librería Fausto, Buenos Aires, 1992.
- ROCK, David, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 1997, 2ª reimp.
- , *La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.
- RODGERS, Daniel T., *Atlantic Crossing. Social Politics in a Progressive Age*. The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, 1998.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Rogelio, *Historia del Centro Gallego de Buenos Aires*, S. ed., Buenos Aires, 1940.
- ROLDÁN, Darío, *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, CEAL, Buenos Aires, 1993.
- ROMANONES, Conde de, *Notas de una vida*, Marcial Pons, Madrid, 1999.
- ROMAY, Francisco L., *Las Milicias del Fuego*, Eds. Históricas Argentinas, Buenos Aires, 1955.
- ROMERO, Ana L., "La política del patriotismo. La conformación de la Asociación Patriótica Española (1896-1898)", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 64 (2007), pp. 457-485.
- , "Curando las heridas del '98. La reformulación del discurso patriótico como estrategia política. El caso de la Asociación Patriótica Española", en *Actas de las XIº Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia* [CD-Rom], Tucumán, 19-22 septiembre de 2007.
- ROMERO JIMÉNEZ, Enrique, *Ofrenda que consagra el presbítero Don [...] en el aniversario de la muerte del General Don José María Torrijos y compañeros mártires de la libertad*, Imp. y Lib. de Juan Giral, Málaga, 1865.
- , *Colegio de San Carlos Borromeo, de instrucción primaria elemental y preparatorio para carreras especiales, bajo la dirección del presbítero [...]*, Arjona, Impresor de S. M., Cádiz, 1867.
- , *El Mártir de la traición o El Emperador Maximiliano*, drama en dos actos y en verso, Imp. de la Revista Médica, Cádiz, 1867 (2ª ed., 1868).
- , *Oración fúnebre pronunciada en las honras del General Don José María Torrijos y compañeros mártires de la Libertad, el 11 de diciembre de 1868, por el presbítero [...], Canónigo electo de la Catedral de Tudela, y Capellán del Municipio de esta ciudad de Málaga*, Imp. de M. Martínez Nieto, Málaga, 1868.
- , *Aclaraciones*, Imp. de la Libertad, Málaga, s.a.
- , *Milicianos*, s.i., [Málaga], 1868.
- , *La circular del obispo*, Imp. de El Grito de la Revolución, [Málaga, 1869].
- , *Al pueblo [...]* Ginebra, 15 de noviembre de 1869, Imp. de M. Oliver, s.l., [1869].
- , *Carta del presbítero Romero a Emilio Castelar*, Imp. de los Ferro-carriles, Madrid, [1869].
- , *Al Partido Republicano Federal de Málaga*, Imp. de la Tribuna, [Málaga, 1871].
- , *El Emperador Maximiliano. Leyenda dramática*, 3ª ed., Imp. de El Correo Español, Buenos Aires, 1873.
- , *Álbum poético*, El Correo Español, Buenos Aires, 1873.
- , *Vindicación de Enrique Romero Jiménez*, s.i., Buenos Aires, 1876.
- ROMERO MAURA, Joaquín, *"La rosa de fuego". El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Alianza, Barcelona, 1989.
- ROSA LOJO, María, GUIDOTTI, Marina y FARÍAS, Ruy, *Los "gallegos" en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, Fundación Barrié de la Maza, A Coruña, 2008.
- ROUSSEAU, J. J., *Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres*; prólogo de Carlos Malagarriga, Francisco Beltrán, [s.a.], Madrid, s/f.
- RUIBAL, Juan y BARROS, Diego, "Un palacio en la plaza. El Centro Gallego de Avellaneda, 1899-1919", en Hebe Clementi (comp.), *Inmigración española en la Argentina*, Oficina Cultural de la Embajada de España, Buenos Aires, 1991, pp. 85-105.
- RUIZ MANJÓN, Octavio, *El Partido republicano radical (1908-1936)*, Tebas, Madrid, 1976.

- , “La cultura política del republicanismo español”, en *Historia de España Menéndez Pidal. XXXVI. La época de la Restauración (1875-1902). Vol II: Civilización y Cultura*, Espasa Calpe, Madrid, 2002, pp. 177-196.
- SÁBATO, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.
- SALAVERRÍA, José María, *Iparaguirre. El último bardo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932.
- , *A lo lejos. España vista desde América*, Renacimiento, Buenos Aires/Madrid, 1913.
- SALCEDO RUIZ, Ángel *La literatura española*, Ed. Calleja, Madrid, 1917, t. IV.
- SÁNCHEZ, Aurora, “La prensa satírica”, en Horacio Vázquez Rial (ed.), *Buenos Aires 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- SÁNCHEZ, Santiago Javier, “La intendencia de Daniel Infante en Rosario (1912-1913): las paradojas de un socialista español”, en *Historia Regional* 23 (2005).
- SÁNCHEZ ALONSO, Blanca, *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Alianza Universidad, Madrid, 1995.
- SÁNCHEZ DE LOS SANTOS, Modesto, *Las Cortes Españolas. Las de 1907*, Establecimiento tipográfico de Antonio Marzo, Madrid, 1908.
- SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, MACARRO VERA, José Manuel y ÁLVAREZ REY, Leandro, *La imagen de España en América 1898-1931*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1994.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, CSIC, Madrid, 1988, 2 vols.
- SCIULLO, Camillo di, *Il terrore nella repubblica argentina*: Biblioteca del “Pensiero” 18, Castella-mmare, Italia, 1910.
- SCOBIE, James, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Ed. Solar, Buenos Aires, 1977.
- SECO, Carlos, “La biografía como género histórico”, en *Once Ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976.
- Segunda reunión pública que el Partido Democrático de Madrid ha celebrado el 18 de octubre, después de efectuada la revolución de setiembre de 1868*, Imp. de T. Núñez Amor, Madrid, 1868.
- SEIBEL, Beatriz, *Historia del Teatro argentino. Desde los rituales hasta 1930*, Corregidor, Buenos Aires, 2002.
- SEOANE, Mari Cruz y SÁIZ, María Dolores, *Historia del periodismo en España*, tomo 3, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, *Comunidad cultural e hispanoamericanismo, 1885-1936*, UNED, Madrid, 1994.
- , *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Fundación Carolina-Marcial Pons, Madrid, 2005.
- SIGAL, Silvia, *La plaza de mayo. Una crónica*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.
- SOLBERG, Carl, *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*, Texas University Press, Austin, 1970.
- STORTI, Negidio, “Acerca del Dr. Rafael Calzada” [en línea], disponible en <http://www.rafaelcalzada.com.ar> [Consultado XII-2007].
- STONE, Lawrence, “Prosopography”, *Daedalus* (Winter 1971), pp. 46-79.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
- , *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Alianza, Madrid, 1986.
- SURIANO, Juan, *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001.
- , (comp.), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, La Colmena, Buenos Aires, 2002.
- TELLECHEA IDÍGORAS, Ignacio J., *El vasco Francisco Grandmontagne sus cartas a Miguel de Unamuno*. Prólogo de Enrique de Gandía, Grupo Doctor Camino, San Sebastián, 1991.
- TERÁN, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo: 1880-1990. Derivas de una cultura científica*, FCE, Buenos Aires, 2000.
- , *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.
- Textos legales anotados por el Doctor Carlos Malagarriga, Jesús Menéndez*, Buenos Aires, 1919-1930.
- URÍA GONZÁLEZ, Jorge, “La Universidad de Oviedo en el 98. Nacionalismo y regeneracionismo en la crisis finisecular española”, en Jorge Uría González (ed.), *Asturias y Cuba en torno al 98*, Labor, Barcelona, 1994, pp. 69-196.

- , “Posada, el Grupo de Oviedo y la percepción del conflicto social”, en Id. (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*, Talasa, Madrid, 2000, pp. 109-145.
- URIARTE, José R. de, *Los Baskos en el Centenario*, Tipografía LB, Buenos Aires, 1910.
- VALLE IBERLUCEA, Enrique, *Las Cortes de Cádiz. La revolución en España y la democracia en América*, Buenos Aires, 1912.
- VARELA, Rudi, “Don Alberto Barceló. Su vida política”, en Roberto O. Herrero, *Lanús y su Historia*, Artes Gráficas Citocrom, Lomas de Zamora, 2000, pp. 31-34.
- VÁZQUEZ MAZA, Ignacio, *Ejecutoria, nobleza y recordación del Dr. Avelino Gutiérrez*, 1958.
- VERTOVIC, S. y COHEN, R., (eds.), *Migration, Diasporas and Transnationalism*, Edward Elgar, Cheltenham, 1999.
- VIDELA, Óscar R. y ZANELLA, Eduardo (comps.), *Historia y Política: Estudios sobre Ricardo Caballero*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.
- VIEITES TORREIRO, Dolores, “O anarquismo na Arxentina: A participación dos inmigrantes galegos, 1880-1930”, en Lois Pérez Leira (coord.), *O galego Soto, líder da Patagonia rebelde*, Eds. Xerais, Vigo, 1998.
- , “La participación de los gallegos en el movimiento obrero argentino, 1880-1930” en Xosé M. Núñez Seixas (ed.), *La Galicia austral: La inmigración gallega en la Argentina*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2001.
- VILA, Benito, *Guía del viajero en Málaga*, La Ilustración Española, Málaga, 1861.
- VILANOVA RODRÍGUEZ, Alberto, *Los gallegos en la Argentina*, Ediciones Galicia, Buenos Aires, 1966, 2 vols.
- VILAR, Juan Bautista, *El Sexenio Democrático y el Cantón Murciano (1868-1874)*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1983.
- VILLEGAS, Emilio, *Bosquejo histórico de El Diario Español*, Buenos Aires, 1907.
- VIROLI, Mauricio, *Por amor a la patria*, Ed. Acenro, Madrid, 1997.
- WALTER, Richard, *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987.
- , *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, University of Texas Press, Austin, 1978.
- ZAINSTEGER, Luisa, “Perfil de un republicano emigrado a la Argentina: Rafael Calzada” [en línea], disponible en <http://www.rafaelcalzada.com.ar/> [Consultado V-2008].
- ZAMORA BONILLA, Javier, *Ortega y Gasset*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002.
- , (coord.), *Circunstancia*, 14, septiembre 2007, disponible en http://www.ortegaygasset.edu/contenidos.asp?id_i=81.
- ZARAGOZA ROVIRA, Gonzalo, “Anarquistas españoles en Argentina a fines del siglo XIX” separata de *Saitibi: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia*, Valencia, 1976.
- , “Errico Malatesta y el anarquismo argentino”, *Historiografía y bibliografía americanista* 26, 3, (1972), pp. 401-429.
- , *Anarquismo argentino, 1876-1902*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996.
- ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- , “La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino”, en Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España. El Grupo de Oviedo*, Talasa, Madrid, 2000, pp. 66-78.
- , “Transformaciones y persistencia del liberalismo en la Argentina (1890-1930)”, en Marcela García Sebastiani y Fernando del Rey Reguillo (eds.), *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, pp. 172-192.
- ZULETA ÁLVAREZ, Enrique, *Los nacionalistas*, La Bastilla, Buenos Aires, 1975, t. 1.
- ZULETA, Emilia de, *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Atril, Buenos Aires, 1999.

ÍNDICE DE NOMBRES

A

Abad, Gabriel 368.
 Acción Gallega 286, 287, 290, 292.
 Agostinelli, Cesare 365.
 Agrupación al Servicio de la República 264, 265.
 Aguayo, Antonio 25n., 35n., 41, 43, 44, 45, 46, 47, 50.
 Aguilar, José Antonio 25.
 Aguilar, F. A. 31.
 Aguilera, Daniel 294.
 Aguirre (médico) 54.
 Alas, Leopoldo (Clarín) 85, 131, 215, 216.
 Alba, Santiago 238.
 Albadalejo, Laureano de 64
 Alberdi, Juan Bautista 35, 240.
 Alcántara, Juan 37.
 Alem, Leandro N. 65.
 Aleu, Antonio de Paula 35n., 40n., 56, 160.
 Alfonso XIII de España 79, 102, 106, 155, 224n., 243, 256, 300.
 Alfonso, Salvador 40n., 44n., 53n.
 Almirall, Valentí 159
 Alonso, Amado 253.
 Alonso, Juan José 245.
 Alonso Criado, Matías 208, 215, 219.
 Alonso Martínez, Manuel 129.
 Alonso Ríos, Antón 195, 302.
 Altamira, Rafael 131, 131n., 133, 140, 141, 147, 149n., 152, 201, 211n., 212-229, 237, 242, 243, 254, 256, 271.
 Alvarado, Francisco 217, 221n., 222.
 Álvarez, Abelardo 323n.
 Álvarez, Agustín 226.
 Álvarez, Basilio 285, 286, 287, 292, 330n..
 Álvarez, Melquíades 133, 182n., 216.
 Álvarez, Serafín 37, 44n., 204.
 Álvarez Peralta, José 38n., 45.
 Álvarez de Sotomayor, Joaquín 25.
 Álvarez, Marcelo T. de 257.
 Alsina, Adolfo 39.
 Amadeo I de España 33.
 Aneiros, León Federico 41.
 Anido, Ángel 279.
 Anzó, Avelino 40.
 Ara, Pedro 234.
 Aramburu, Félix de 215, 216.

Arana, Sabino 344.
 Aráoz Alfaro, Gregorio 255.
 Areán, Guillermo 323n., 326.
 Arellano Arrózpide, Julio 223n..
 Arenal, Concepción 108n., 243.
 Ares de Parga, Ignacio 156, 277.
 Argerich, Jorge 223n..
 Arhens, Heinrich 157, 213.
 Arlas de la Reina, Francisco 127n.
 Arnaud, Dr. 37.
 Arnó, Pedro 44n.
 Aróztegui, Abdón 344.
 Arrillaga, Juan 66.
 Arrúe, José 349.
 Artigas, José 369.
 Artigas, Manuel 257.
 Ased, Arturo de 37.
 Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires 314, 334, 336.
 Asociación Española de Socorros Mutuos de Barracas al Sud/Avellaneda (AESMdeA) 314, 325.
 Asociación Patriótica Española (APE) 59, 60, 104, 105, 143, 144, 148, 150, 152, 155, 156, 157, 175, 176, 178, 180, 181, 184, 185, 205-216, 218n., 223n., 224, 225, 228, 232, 237, 241, 253, 261, 265, 267, 268, 279, 292, 293, 298, 300, 334.
 Asociación Regionalista "A Terra" 288.
 Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia 341.
 Asorey, Francisco 288.
 Ateneo Español (de Buenos Aires) 48, 49, 202.
 Ateneo Hispano Americano 185, 210.
 Atienza y Medrano, Antonio 14, 110, 127-157, 165, 176, 178, 179, 203, 213, 214, 216, 237, 237n., 238, 239, 240, 241, 242, 251, 257.
 Avellaneda, Marco M. 124, 208, 223, 225.
 Avellaneda, Nicolás 39, 42, 44, 51, 52.
 Azaña, Manuel 195.
 Azcárate, Gumersindo de 131, 157, 182n., 208.

B

Balaguer, Víctor 91n.
 Barceló, Alberto 313, 314, 318, 319, 320, 325, 326, 329.
 Barceló, Domingo 319, 325.
 Barceló, Emilio 320, 325, 332.
 Barcia, Roque 25, 27n., 51.
 Barrio, José 288.
 Bartolomé Cossío, Manuel 255.
 Basabe, Agustín 38n.
 Basaldúa, Florencio de 348, 355.

Bastardas, Albert 159, 160.
 Battemberg, Victoria Eugenia de 155.
 Bazán Pardo (Condesa de) 249.
 Becerro de Bengoa, Ricardo 85.
 Beiro, Modesto 318n.
 Benlliure, Mariano 182n..
 Bergson, Henri 167, 174.
 Bernal, Antonio 31n.
 Berraondo, Martín (seudónimo: Angiozar, Martín de) 356.
 Biale y Massé, Juan 204.
 Bidau, Ernesto L. 217, 226n.
 Bilbao, Gonzalo 226.
 Blanco, Joaquín Eduardo 314, 323, 325, 326, 333.
 Blanco y Flores, Baldomero 33.
 Blasco Ibáñez, Vicente 80, 81, 138, 177, 182n., 185, 211n., 219, 223, 227, 237, 263.
 Blay, Miquel 182n.
 Bohórquez, Cristóbal 31.
 Borges, Jorge Luis 260.
 Buidas y Dalmau, José 262n..
 Bujones, Isidro 266.
 Bunge, Alejandro 192.
 Bunge, Augusto 238.
 Bustos, Jesús 297.
 Buylla, Adolfo 215, 216, 224n..

C

Caballero, Ricardo 72-78.
 Caballero de Rodas, Antonio 28.
 Cabrera, Blas 144n., 252, 253.
 Cal, Julián de la 91.
 Cala, Ramón de 22.
 Calderón, Alfredo 131, 147, 149n.
 Calvo, Miguel 218.
 Calzada, César 217, 219.
 Calzada, Fermín 211, 217, 219, 227, 228.
 Calzada, Rafael 14, 47n., 49, 50, 56n., 99, 134, 145, 150, 153, 160n., 166, 170, 170n., 171, 176, 177, 178, 179, 181, 193, 199-229, 245.
 Calzada, Rosalía 209.
 Cámara Española de Comercio 105, 121, 180, 203, 221n., 253.
 Cámara, Sixto Senz de 24.
 Cambiaso, Adolfo B. 319.
 Cambó, Francesc 185, 302.
 Campión, Arturo 346, 348.
 Campoamor, Ramón de 91n.
 Camps Sáez, Pedro 369.
 Canale, María 232, 235.

Canalejas, José 102, 106, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 145n., 154, 164, 166, 182n., 183, 211, 246n.
 Candra, Robustiano 53n.
 Candiotti, Mariano 94.
 Cané, Miguel 143n., 344.
 Canel, Bauxó 103.
 Canel, Eva 103, 227.
 Canella, Fermín 209n., 214, 215, 216, 217, 220, 221, 225.
 Cánovas del Castillo, Antonio 129, 130, 163.
 Cansino, Juan 18.
 Cantero, Pedro Ignacio 27n.
 Cantilo, Juan José 124.
 Cantilo, José Luis 326.
 Cao Luaces, José María 276, 280.
 Capella, Santiago 127n.
 Capdevilla, Francisco 74.
 Carabasa, José de 38n.
 Carballeda, Laureano 55n.
 Carballo Enríquez, Julio 277, 294.
 Caride, Alejandro 38n.
 Carlés, Manuel 94, 99, 123, 189.
 Carracido, José R. 256.
 Carranza, Ángel Justiniano 344.
 Carranza Mármol, Ángel G. 36.
 Carrera, José María 245.
 Carrillo, Rafael 55.
 Carrión, Antonio Luis 18, 27n., 32n.
 Casa de Galicia 274, 287, 288, 298, 336.
 Casado del Alisal, Carlos 60n., 63, 64, 69, 77, 81, 207, 208, 209n., 232.
 Casado del Alisal, José 63, 64.
Casal Catalá de Buenos Aires 159.
 Casares Gil, José 253.
 Casares Quiroga, Santiago 303.
 Casino Español 34.
 Castelao, Alfonso 288.
 Castelar y Ripoll, Emilio 32, 46, 60, 84, 85, 91n., 96, 101, 114, 132, 155, 165n.
 Castillejo, José 246, 247, 248, 255, 256.
 Castillo, Pedro 28.
 Castro, Edelmiro 323n..
 Castro, Américo 252, 253.
 Castro, Eduardo 73.
 Castro, Rosalía de 279, 284.
 Castro Boedo, Emilio 42n., 46n.
 Castro López, Manuel 203, 205, 276, 283.
 Cátedra de Cultura Española 185, 245.
 Cátedra Menéndez Pelayo 247, 248.
 Cátedra Ramón y Cajal 255, 258.

Cavestany, Juan Antonio de 227.
 Cavia, Mariano de 131, 147.
 Caviglia, Arnaldo 268.
 Centro Asturiano (de Montevideo) 203.
 Centro Asturiano (de Buenos Aires) 210, 228.
Centre Basque Français 342.
Centre Català 179, 181.
 Centro de Estudios Históricos 255.
 Centro Galaico de Barracas al Norte 280, 283, 291, 314.
 Centro Gallego de Avellaneda (CGA) 277, 278, 280, 282, 287, 297, 308, 314, 316-336.
 Centro Gallego de Buenos Aires 49, 53, 203, 274, 276, 291, 292, 298, 302, 303, 304, 330n., 336.
 Centro Gallego de Montevideo 302.
 Centro Montañés de Buenos Aires 257.
 Centro Republicano Español 80, 177, 203, 300.
 Centro Vascongado *Guziak Bat* 342.
 Cerda, Emilio de la 30.
 Cervantes y Saavedra, Miguel de 155.
 Chantretero, Higinio 321.
 Cibils, Federico 38n..
 Cid Campeador, El (Díaz de Vivar, Rodrigo) 20, 114.
 Cierva, Juan de la 182n.
 Cisneros Lucas, César 37, 49, 276.
 Cittadini, Basilio 124.
 Cividanes, Ernesto R. 217.
 Civit, Emilio 100, 108.
 Clará, José 358.
 Cléríci 47.
 Club Español 34, 36, 38, 45, 46, 56n., 104, 105, 155, 180, 187, 202, 205, 206, 210, 215, 217, 221, 223n., 224, 226, 228, 242, 248, 253, 254, 258, 336.
 Colón, Cristóbal 293.
 Comité Democrático Progresista 62.
 Constantino, Florencio 354.
 Cordero de la Vega, Manuel 25.
 Cort, Eusebio 37, 50.
 Cortés, Juan Domingo 44.
 Corujedo, Indalecio 215.
 Costa, Joaquín 209n., 245, 256.
 Costa, Julio 99.
 Cranwell, Daniel 235.
 Cruces Angueira, Fortunato 14, 273-305, 333.
 Cruces, Ignacio 281.
 Cuadrado, Indalecio 145, 176, 366.
 Cullen, Tomás 135.
 Culler, Feliciano M. 314, 320n., 322, 323, 325, 326, 326.

D

Daoiz y Torres, Luis 20, 24.
 Dardo Rocha, Juan José 88n., 90, 94, 96, 205, 223n., 225.
 Dario, Rubén 185, 344, 348.
 Daudet, Alphonse 167.
 Dedeu, Martín 185.
 Delgado, Feliciano 365.
 Del Río, José María 268.
 Dellepiane, Antonio 108n..
 Demolins, Edmond 237.
 Derqui, Manuel 225, 226.
 Directorio de Teis 286.
 Dickmann, Enrique 238.
 D'Ors, Eugenio 252, 253.
 Ducazcal, Felipe 53.
 Durán, Manuel 208, 223n.

E

Echegaray, Carmelo 259.
 Echegaray, José ---de 208.
 Eibée, Christian d' 355.
 Einstein, Albert 252.
 Egozcue, Carlos Melchor de 37, 53n..
 Elvira, Gervasio 49n..
 Elola (alias Marquito) 49n..
 Escobedo, Mariano 26.
 Espartero, Joaquín Baldomero 18, 39, 62.

F

Fábregas Refart, Cayetano 161.
 Federación Obrera Argentina (FOA) 370.
 Federación Obrera Regional Argentina (FORA) 370, 372.
 Federación Republicana Española de América 204.
 Federación Republicana Gallega 195.
 Federación de Sociedades Gallegas, Agrarias y culturales (FSG) 274, 287, 288n., 299, 301-304..
 Feraz, Rafael 99n.
 Fernández, Gregorio 45.
 Fernández, Inocencio 215.
 Fernández, Macedonio 174.
 Fernández Calzada, Rafael 203, 215n.
 Fernández Calzada, Rafael véase Calzada, Rafael.
 Fernández Cano, Domingo 231.
 Fernández Cano, Manuela 231.
 Fernández González, Francisco 31n., 33.
 Fernández Mato, Ramón 279.

Fernández Moreno, Baldomero 232.
 Fernando VII de España 17.
 Fernícola, Carlos 268.
 Ferrer, Francisco 182.
 Figueras, Estanislao 128.
 Figueroa, Alvaro de (Conde de Romanones) 166, 182n., 211.
 Figueroa Alcorta, José 98n., 104, 223, 224n..
 Finochietto, Ricardo 234, 235.
 Firmat, Ignacio 53.
 Flores García, Francisco 25n.
 Fo, Francisco 365.
 Fornieles Gutiérrez, Francisco 266.
 Franco Bahamonde, Francisco 168.
 Franco Bahamonde, Ramón 300, 301.
 Francos Rodríguez, José 183n., 186.

G

Gallo, Delfín 87.
 Gálvez, Manuel 186, 186n., 187n.
 Gandía, Enrique de 345n., 346, 348.
 Ganghi, Cayetano 104.
 Garay, Juan de 347.
 García del Real, Eduardo 253.
 García, Juan A. 149n.
 García, Martín 226.
 García, Ramón (Kebler) 365.
 García, Telesforo 215.
 García López, Francisco 22.
 García Morente, Manuel 252, 253, 264.
 García Ruiz, Eugenio 25.
 García Solá, José 365.
 García Velloso, Enrique 209.
 García Velloso, Juan José 224, 344.
 Garnier-Pagès, Louis-Antoine 29.
 Garrido, Fernando 27n..
 Ghioldi, Américo 265.
 Gil Robles, José María 265.
 Giménez Caballero, Ernesto 261.
 Giner, Hermenegildo 131.
 Giner de los Ríos, Francisco 128, 139, 157, 236, 246, 248, 255, 256.
 Girardi, Valentín 268.
 Girault, François 366n..
 Gisbert Pérez, Antonio 17.
 Gómez, Pedro 25.
 González, Antonio (obrero), 75.
 González, Domingo P. 73.
 González, Eloísa (*la Ciega del Guadaquivir*) 49.
 González, Joaquín V. 101, 108, 136, 137, 140, 141,

142, 143, 146, 149n., 150, 152, 155, 156, 157, 185, 213, 214, 217, 219n., 223, 224, 225, 226, 243, 265.
 González, Juan G. 208, 225.
 González Besada, Augusto 183n.
 González Garbín, Antonio 127n.
 González Montenegro, Juan 280.
 González Peña, Celina 219.
 González Rojas, José 31n., 33.
 González Serrano, Urbano 131.
 Gori, Pietro 365, 367.
 Goris, Dionisio 55n.
 Goyena, Pedro 87.
 Grandmontagne y Otaegui, Francisco 151, 166, 205, 237, 240, 275, 339, 343, 344, 347, 348.
 Grau, Adolfo 44n..
 Groussac, Paul 143n..
 Guillén, Rafael 22, 31.
 Gustavo, Soledad 367.
 Gutiérrez, Alberto 234n, 268.
 Gutiérrez, Elías 269.
 Gutiérrez, José María 137.
 Gutiérrez, Juan María 35.
 Gutiérrez, Rita 236, 254.
 Gutiérrez del Arroyo, Ángel 231.
 Gutiérrez del Arroyo, Nicolás 231.
 Gutiérrez del Arroyo, Vicente 232.
 Gutiérrez-Fernández Cano, Avelino 14, 150, 157, 166, 186, 203, 210, 213, 221, 226, 229, 230-271.
 Gutiérrez-Fernández Cano, Francisco 231, 232, 235.
 Gutiérrez-Fernández Cano, Vicente 231.
 Gutiérrez-Fernández Cano, Pedro 231
 Gutiérrez-Fernández Cano, Ángel 231, 256, 258, 268.
 Gutiérrez-Fernández Cano 231.
 Gutiérrez-Fernández Cano 231.

H

Haupt, Cristián 172.
 Herrera Vegas, Marcelino 268.
 Herrero Salas (médico) 54.
 Hospital Español 34, 48, 53, 56, 105, 107, 180, 236, 253, 274.
 Houssay, Bernardo 252, 259, 265, 267.
 Hoyos, Antonio 25.
 Hugo, Víctor 173.
 Huss, Juan 29.

I

Inchausti, Paula de 347, 348.
 Infante, Faustino 81.
 Infante, Félix 54.
 Infante, Julián Daniel 14, 58-81, 163.
 Infante, Pedro 81.
 Inglan Lafarga, Gregorio 370.
 Institución Cultural Española (ICE) 143n., 157, 185n., 210, 234n., 236, 242, 244-261, 264-271.
 Institución Libre de Enseñanza 85, 128, 130, 137, 165, 213, 237, 246, 255.
 Iparraguirre, José María 51.
 Irigoyen, Bernardo de 90.
 Isabel II (de España) 20, 22, 163.
 Isabel de Borbón y Borbón (*la Chata*) 112, 183, 227, 293.

J

Jaúregui, Pedro 268.
 Jiménez de Asúa, Felipe 253.
 Jiménez de Asúa, Luis 253.
 Jove y Bravo, Rogelio 215, 216.
 Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 144n., 185, 225, 236, 243, 246, 247, 248, 250, 252, 255, 267.
 Justo, Juan B. 172, 238.
 Justo, Sara 354.

K

Kant, Immanuel 250.
 Krause, Karl Christian Friedrich 157, 214.
 Krausse, Otto 217.

L

Labra, Rafael María de 91n., 127, 133, 147, 182n., 184, 191, 208.
 Lafuente, Modesto 91.
 Lafuente, Romualdo 28, 29.
 Lagándara, Antonio de 352.
 Lagos García, Carolina 98.
 Laínez, Manuel 101.
 Lajouane, Félix 170, 196.
 Lalín, Francisco 323n..
 Lalín, José 320n., 322, 323n., 335n.
 Lattes Frías, Emilio 245.
Laurak-Bat 49n., 340.
 Laurent, Charles 86.

Lavalle, Nicolás 223n..
 Lázaro Galdeano, José 182n., 225.
 Lence, José Ramón 14, 273-305.
 León, Matías 222n..
 Leroy, Paul Alexandre 352.
 Lerroux, Alejandro 71, 102, 153, 154, 163, 167n., 168, 177, 178, 179, 181, 194, 195, 196, 211n., 227, 265.
 Letelier, Valentín 222n..
 Levillier, Roberto 256.
 Lezama, Eladio 85.
 Liga de Acción Gallega de Buenos Aires 292.
 Liga Patriótica Argentina 123, 296.
 Liga Patriótica Española 205.
 Liga Republicana Española (en Argentina) 102, 103, 145, 153, 154, 155, 176, 177, 178, 179, 193, 203, 204, 211, 228, 277, 284, 314.
 Liga del Sur 66, 67, 72, 73.
 Lizarralde, Daniel de 346, 352n, 355.
 Llamazares, Manuel 205.
 Llano, José de 215.
 Londaitz, Jean 343.
 Longoria, Ernesto 217.
 López, Antonio 38n..
 López, Juan 38n..
 López, Vicente Fidel 149n..
 López Benedito, Fernando 40n., 99, 205.
 López Figueroa, Francisco 355.
 López de Gomara, Justo Sanjurjo, 14, 50, 51, 53, 55, 56, 57, 83-125, 134, 150, 156, 157, 166, 169, 179, 185, 187, 188, 193, 225, 226, 245, 246n, 278, 291, 305.
 López de Gomara Lugones, Augusto 107
 López de Gomara Lugones, Emilio 107.
 López de Gomara Lugones, Justo 107.
 López Guijarro, Salvador 99n..
 López Lorenzo, Manuel 40n., 44n..
 López Mendizábal, Isaac 348.
 López Montenegro, José 369.
 López Vázquez, Ricardo 30.
 Lorenzo, Anselmo 367, 369n..
 Loureiro, Serafin 297.
 Lousada Diéguez, Antón 288.
 Lozano Montes, Fernando 211, 227.
 Luca de Tena, Torcuato 121.
 Lugones, Leopoldo 172, 296, 344, 348.
 Lugones, Manuel 91.
 Lugones, Mercedes 92.
 Luque (coronel) 31.
 Luzuriaga, Lorenzo 253.

M

Machado y Álvarez, Antonio 131.
 Maciá, Francesc 301.
 Maeztu, María de 144n., 252, 253, 266, 267.
 Maeztu, Ramiro de 108n., 147, 151, 250, 261, 262, 300, 344, 345.
 Magnasco, Osvaldo 137, 138.
 Malagarriga Munner, Carlos 14, 104, 105, 105n., 124, 134, 140, 145, 156, 157, 158-197, 203, 219, 304.
 Malagarriga Munner, Miguel 169.
 Malagarriga, Carlos C. 171, 185, 196, 197.
 Malagarriga, Francisco 169.
 Malagarriga, Juan Carlos 197.
 Malatesta, Errico 365, 366, 367.
 Malato, Charles 366n..
 Malharro, Martín 343.
 Manguero, Vicente 45.
 Mantecón, Alejandro 172.
 Maqueda, Joaquín 44n., 54.
 Maquieira, Francisco 323n..
 Marañón, Gregorio 252, 253, 264.
 Marimón, Miguel 26n..
 Marqueste Laurent, 352.
 Martín y Herrera, Félix 235.
 Martínez Campos, Arsenio 366.
 Martínez Morás, Andrés 280.
 Martínez Vigil (obispo) 215.
 Martínez Villergas, Juan 45.
 Martos, Cristino 164.
 Marx, Carlos 173.
 Mas y Pi, Juan 185.
 Mascías, José M. 34.
 Matienzo, José Nicolás 226n..
 Mattei, Ettore 365, 366, 367.
 Maura, Antonio 105, 109, 122, 153, 178, 179, 182, 183, 191.
 Maximiliano I de México 26.
 Melián Lafinur, Álvaro 250.
 Mella, Ricardo 367, 370.
 Menchaca, Manuel J. 72, 74, 75.
 Méndez, Luis 209.
 Méndez Calzada, Luis 209, 210, 219, 220, 221n., 225, 226n., 228, 245, 246, 249n., 264n..
 Mendiberry, Juan 219.
 Menéndez Pelayo, Marcelino 208, 235, 244, 245, 247, 248, 256, 257, 259, 260, 267.
 Menéndez Pidal, Ramón 144n., 227, 229, 248, 249, 250, 253, 256.
 Mercé, Felipe 44.

Mercier Ruiz, Ángel 30..
 Merson, Luc Olivier 352.
 Michelena, Pilar 355.
 Millán Astray, José 301.
 Millares Carlo, Agustín 253.
 Miranda, Manuel 218n..
 Mitre, Bartolomé 39, 40n., 42, 43, 51, 52, 89, 149n., 182n..
 Mitre, Emilio 156.
 Mitre y Vedia, Bartolomé 54.
 Moch, Andrea (André) 348, 351, 352, 353, 354, 355, 357, 358, 359.
 Moles, Enrique 253.
 Molina Capel, Gaspar 127n..
 Momo, Francesco 366.
 Monner Sans, Ricardo 135, 156, 166, 245, 344.
 Montero Ríos, Eugenio 84, 85, 102, 108, 121.
 Montes, Juan 38n..
 Montes y Gutiérrez, José 38n..
 Montoliú, Manuel 253.
 Moracho, José 344.
 Morayta, Miguel 32.
 Morell, Juan 53.
 Moreno, José María 204, 223n..
 Moret, Segismundo 208.
 Morote, Luis 182n., 211.
 Muñoz y Lara, Tulio 38n., 45, 53n..

N

Nakens, José 177.
 Naón, Rómulo S. 218, 226n..
 Navas, Rafael 37.
 Niño, José María 50.
 Nogales, José 147.
 Nóvoa Costoya, Manuel 284.
 Núñez de Arce, Gaspar 208.
 Núñez Gallo, Juan 18..

O

Obligado, Rafael 225.
 Ojanguren, Indalecio 351, 359.
 Olariaga, Luis 251, 252, 253.
 Olariaga, Nemesio de 343.
 Oliveira César, Filiberto de 344.
 Orense, José María 23, 29.
 Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA) 302, 303.
 Ortega, Enrique 37, 56n..
 Ortega y Gasset, José 144, 186, 236, 246, 248, 249,

252, 253, 258, 263n., 264, 267.
 Ortega Munilla, José 91 n., 186.
 Ortíz y San Pelayo, Félix 217.
 Ossorio y Gallardo, Ángel 266.
 Otaegui, Tomás de 344.
 Otero Conde, José 323n..
 Otero Pedrayo, Ramón 288.
 Ots de Capdequí, José María 253, 264.
 Oyuela, Calixto 223, 223, 224.

P

Paganini, Carlos 66.
 Pailós, Andrés 223 n..
 Pájaro Nieves, Idilio 280, 283.
 Palacios, Alfredo 124, 265.
 Palacios, Julio 258.
 Palanca Asensi, Eduardo 17, 27n., 32, 32 n..
 Palla, Galileo 365.
 Pallás, Paulino 366.
 Palma, Ricardo 222 n..
 Paredes Beiro, Antonio 318 n., 323.
 Paredes Beiro, Ildefonso 323.
 Paredes Rey, Antonio 14, 280, 307- 337.
 Paris, Pierre 352.
 Partido Agrario 287.
 Partido Autonomista Nacional (PAN) 90, 98, 99, 314.
 Partido Conservador de Buenos Aires 96, 312, 314, 333.
 Partido Demócrata Progresista (de Argentina) 66.
 Partido Demócrata Progresista (de España) 164.
 Partido Liberal 84, 102, 112, 154.
 Partido Reformista 133 n..
 Partido Republicano Centralista 132, 133 n..
 Partido Republicano Radical 181, 195.
 Partido Republicano Reformista 130n..
 Partido Socialista (argentino) 172, 173, 176, 188, 192 n., 238, 264, 265, 269, 270.
 Paúl y Angulo, José 22, 31, 50, 52, 56.
 Pavía, Manuel 128.
 Payró, Roberto J. 172.
 Paz, Ezequiel 39n..
 Paz, José C. 135.
 Paz, Máximo 74, 94, 95 n., 96, 97, 99, 107 n..
 Peláez Leirena, Juan 216.
 Pellegrini, Carlos 94, 98, 99, 212, 265.
 Pellicer Paraire, Antonio 365, 367, 370.
 Pérez Quirós, Lino 318 n., 323.
 Peña, David 225.
 Peña, Lucila 218.

Peral, Isaac 65, 203, 206.
 Pérez, Esteban José 29.
 Pérez, Fernando 38 n..
 Pérez de Ayala, Ramón 264.
 Pérez de Barradas y Bernuy, Ángela (Duquesa de Denia y Tarifa) 39 n..
 Pérez Caballero, Juan 227.
 Pérez Galdós, Benito 91 n., 182 n., 235, 245.
 Pérez Ruano, Justo 43.
 Perón, Eva 234.
 Perrone, Ferdinando 104.
 Pierrad, Blas 30, 32.
 Pi i Suñer, Augusto 252, 253, 254.
 Pi y Margall, Francisco 35n., 68, 85, 96, 131, 132, 165 n., 203, 208, 209 n., 229, 257.
 Pío IX 29.
 Pineda, Mariana 20, 24.
 Piñeiro, Antonio 172.
 Pittaluga, Gustavo 252, 253.
 Posada, Adolfo 108 n., 133, 140, 141, 144n., 147, 211 n., 212, 213, 214, 215, 216, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 237, 242, 243, 244, 248, 253, 254, 256, 288, 299.
 Prada Chamochín, Rodolfo 288.
 Prado (coronel) 31.
 Praga, Jerónimo de 29.
 Prat, José 370.
 Prieto, Eloy M. 314.
 Prieto Valdés, Casimiro 37, 45, 50, 55.
 Prim, Juan 20, 22, 53, 56, 62.
 Primo de Rivera, Miguel 79, 81, 193, 261, 278, 299, 300, 301.
 Puerto, Domingo 29 n., 31 n..
 Puigdollers Macià Josep 161..
 Pujadas, Baldomero 49 n..

Q

Querol, Agustín 182.
 Quesada, Ernesto 260.
 Quesada, Vicente G. 208, 212.
 Quintana, Manuel 141, 223.
 Quintáns, Isidoro 55n..
 Quirno Costa, Norberto 90n..

R

Rahola, Frederico 93, 161, 191, 227.
 Ramón y Cajal, Santiago 147, 235, 236, 246, 255, 257, 258.
 Ramos Mejía, José M. 149 n., 223, 224.

Real Academia Gallega 121.
 Recaséns, Sebastián 253, 256.
 Regoyos, Darío 355.
 Reguera, José 365.
 Reguera, Manuel 365.
 Relosillas, Juan José 33.
 Renan, Ernest 237.
 Repetto, Nicolás 238, 265.
 Reus, Emilio 208.
 Rey Pastor, Julio 229, 252, 253, 254, 263.
 Reyes, Arturo 147.
 Riego, Rafael de 20, 24.
 Riestra, Augusto de la 88.
 Río Horteiga, Pío del 252, 253, 266, 270.
 Rivarola, Rodolfo 250.
 Risco, Vicente 288.
 Rivas, Natalio 182n.
 Rivas Maldonado, Estebán de 29, 31.
 Robert, Roberto 29.
 Roca, Julio Argentino 51, 90, 93, 94, 97, 99, 100, 104, 107 n., 113, 137, 138 n., 141, 143 n., 146, 205, 223, 224 n., 234.
 Roca, Rafael 365.
 Roca Sanz, F. 44.
 Rocker, Rudolf 366 n..
 Rodríguez Freire, Modesto 37, 39, 50, 54, 55.
 Rodríguez Lafora, Gonzalo 252, 253.
 Rodríguez Marín, Francisco 249.
 Roig, Arturo Andrés 213, 214.
 Rojas, Ricardo 260.
 Roldán, Belisario 124.
 Romero, Vicente 365.
 Romero Jiménez, Enrique 14, 17-57, 89, 203.
 Romero Jiménez, Guillermo 57.
 Romero Ortiz, Antonio 23 n..
 Ros Aguilera, Francisco 369.
 Rosa, Gumersindo de la 22.
 Rosa, Jose María 204.
 Rosas, Juan Manuel de 68, 171.
 Roselló, Pedro 53.
 Rousseau, Jean-Jacques 167.
 Rueda, Salvador 227.
 Ruiz, Felipe 55.
 Ruiz, Luis M. 38n..
 Ruiz Zorrilla, Manuel 29, 62, 130 n., 132, 163, 165, 194.

S

Saavedra Lamas, Carlos 250, 265.
 Sáenz de Miera, Pascual 217, 221.

Sáenz Peña, Avelina 232.
 Sáenz Peña, Luis 99, 146, 232, 236, 265.
 Sáenz Peña, Roque 99, 103, 104, 105, 121, 122, 143n., 150, 155, 223, 224, 232, 265.
 Sáenz de Viniegra, Luisa (Condesa de Torrijos) 18n..
 Sagasta, Práxedes 84, 130, 164, 208.
 Sáinz, Francisco 55n..
 Sainz de la Maza, María 231.
 Sala, Pedro 319.
 Salaverría, Elías 355.
 Sales, Manuel 74.
 Salmerón, Nicolás 85, 91n., 102, 105, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 139, 153, 154, 155, 156n., 157, 162, 165, 177, 178, 179, 193, 203.
 Salvador, Santiago 366.
 Salvochea, Fermín 22, 31, 33, 367.
 Salvochea, Serafín 31n., 33.
 Sampayo, Gregorio 323n., 336n..
 San José, Victoriano 365
 Sánchez, Bernardo 365.
 Sánchez, Deogracias 49n.
 Sánchez, Modesto 182n..
 Sánchez, Santiago 75.
 Sánchez, Vicente 254.
 Sánchez Abal, Luis 305n.
 Sánchez Albornoz, Claudio 144n., 253.
 Sánchez Díaz, Raúl 264n..
 Sánchez Guerra, José 182n..
 Sánchez de Guevara, Toribio 74, 181.
 Sánchez López, Miguel 27n..
 Sanz, Ramón 23n..
 Sanz del Río, Julián 85.
 Sarandeses, Rafael 215.
 Sarmiento, Domingo Faustino 37, 39, 52, 240.
 Scherrer, Paul 258.
 Scilingo, Adolfo 197.
 Secondat, Charles Louis de (Barón de Montesquieu) 68.
 Segovia, Gonzalo de Ardizzone, Conde de Casa Segovia 144, 150, 206, 237.
 Segovia Rocaberti, Enrique 85.
 Sela, Inocencio [¿Aniceto?] 215, 216.
 Sempere, José M. 217, 221, 226.
 Senés, Adolfo 37n..
 Serantoni, Fortunato 365, 366.
 Serrano Clavero, Vicente 295.
 Serrano y Domínguez, Francisco 22.
 Silles, Nicolás 315, 319, 325.
 Silvela, Francisco 208.
 Sierra, Eusebio 85.

Sociedad Española de Beneficencia 34, 48, 53n., 56n., 105, 202.
Sociedad Española de Socorros Mutuos 34, 313,
Soler y Guardia, Pablo 247, 254.
Soldevilla, Fernando 182n..
Solidaridad Catalana 105, 154, 162, 165, 178, 179, 286.
Solidaridad Gallega 286.
Solier, Francisco 31.
Soriano, Rodrigo 80.
Soto Canalejo, Antonio 295.
Spencer, Herbert 108n., 252.
Suárez, José León 186n.
Suárez Picallo, Ramón 195, 302.

T

Tarde, Guillermo 108n.
Tarrida del Mármol, Fernando 367.
Tejedor, Carlos 50, 51, 52, 93.
Terradas, Esteban 253.
Tezanos Pinto, David de 204.
Thenon, Jorge 270.
Tocqueville, Alexis de 68.
Topete y Carballo, Juan Bautista 22.
Torre, Lisandro de 66, 265.
Torrendell, Juan 191.
Torres, Gregorio, 223n..
Torres Quevedo, Leonardo 226.
Torrijos, José María 17, 18, 20, 23, 24, 25.
Troncoso, Bernardo 55.
Turró, Ramón 235, 253, 255, 256.

U

Uballes, Eufemio 217.
Ugarte, Manuel 95, 96n..
Ugarte, Marcelino 320.
Unamuno, Miguel de 80, 81, 237, 249, 344.
Unión Cívica Radical (también, Partido Radical) 76, 90, 99, 122, 213, 279, 305, 313.
Unión Española 50.
Unión Gallega 291, 314.
Unión Iberoamericana 149n., 208n..
Unión Redencionista Gallega 292.
Unión Republicana 103, 145, 154, 159, 177, 178, 203.
Uriarte, Faustino de 347.
Uriarte, Fernando 344.
Uriarte, José Rufo de 14, 339-359.

V

Valbuena, Antonio 131.
Vallcanera, José 218.
Valle Iberlucea, Enrique del 186n., 226.
Vallure, Luis 215.
Vázquez, José 320n., 323n..
Vázquez, María de los Ángeles 284.
Vázquez Maza, Ignacio 269n..
Vázquez Romaguera, José 278, 291.
Vehils, Rafael 185, 268.
Veiga, Pascual 291.
Velarde, Pedro 20, 24.
Velo, Avelino 284.
Ventura, Jaime 44n..
Vera González, Enrique 237, 239.
Verdugo Landi, José María 18.
Victory y Suárez, Bartolomé 40n..
Vila y Pigrau, Juan 365.
Villacampa, Manuel 62, 63, 165.
Villafañe, Ignacio Z. 268.
Villar, Anselmo 53n., 107.
Villegas, Emilio 104.
Villegas, José 55n..

Y

Yrigoyen, Hipólito 75, 76, 111, 122, 124, 186, 214, 293, 297, 305, 325.

Z

Zaloña, J. 217.
Zeballos, Estanislao 143n., 155, 185, 204, 207n., 223, 225.
Zola, Émile 167.
Zorrilla, Benjamín 136.
Zorrilla, Marcos 263.
Zorrilla de San Martín, Antonia 231.
Zorrilla, José 26.
Zubiaurre, Ramón 355.
Zubiaurre, Valentín 355.
Zuloaga, Ignacio 355.
Zulueta, José 227.
Zuquívilde, Josefa 35, 36, 48.

AUTORES

GREGORIO DE LA FUENTE MONGE

Profesor Titular de Historia del Pensamiento Político y de los Movimientos Sociales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus publicaciones destacan *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal* (2000); *La Revolución Gloriosa. Un ensayo de regeneración nacional* (2005); y *El nacimiento del periodismo político. La libertad de imprenta en las Cortes de Cádiz (1810-1814)* (2009).

ÁNGEL DUARTE

Barcelona (1957) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universitat de Girona. Sus estudios han versado, preferentemente, sobre el análisis de la cultura republicana en la España contemporánea. Así mismo se ha ocupado en diversos trabajos de la activación de dicha identidad política en la emigración española de principios de siglo XX. Ha publicado en diversas revistas internacionales (*Le Mouvement Sociale, Memoria e Ricerca*, etc.) y nacionales. Entre sus libros se destacan *La República del emigrante: la cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, con prólogo de José Álvarez Junco (1998) y *El Otoño de un ideal: el republicanismo español y su declive en el exilio de 1939* (2009).

GUSTAVO H. PRADO

Buenos Aires (1967). Es licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires y doctor por la Universidad de Oviedo. Actualmente es investigador externo del IDES y profesor en el Departamento de Historia de América I de la UCM. Ha recibido el apoyo del AECI-ICI y de la FICYT-Principado de Asturias para desarrollar sus investigaciones pre y postdoctorales en Oviedo y Santiago de Compostela. Sus estudios se han centrado en el estudio de la historia intelectual y de la historia de la Historiografía; especializándose en historia del americanismo español. Es autor de: *El Grupo de Oviedo en la Historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano* (2008) y *Rafael Altamira en América, 1909-1910* (2008) y de numerosas contribuciones en publicaciones científicas (*Revista de Indias, Anuario de Estudios Americanos, Estudios Migratorios Latinoamericanos*, etc.).

JAVIER ZAMORA BONILLA

Profesor del Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos (Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid). Doctor en Derecho por la Universidad de León y licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la UCM. Ha realizado estancias de investigación en la École de Hautes Études en Sciences Sociales (París), El Colegio de México, Max-Planck Institut für Geschichte (Göttingen) y Massachusetts Institute of Technology (Boston). Entre sus publicaciones destaca la biografía de *Ortega y Gasset* (2002). Es director del Centro de Estudios Orteguianos (Fundación Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset) y coeditor de las *Obras completas* del filósofo (2004-2010). Dirige la *Revista de Estudios Orteguianos* y es codirector de la colección "Biblioteca de historia y pensamiento político" de Tecnos.

MARTA CAMPOMAR

Obtuvo su doctorado en la Universidad de Leeds (Inglaterra). Ejerció la docencia en la Universidad de Leed y en Trinity and All Saints Collage, Horsforth (Yorkshire, Inglaterra). Actualmente es vicepresidenta de la Fundación José Ortega y Gasset de Argentina, a cargo de los estudios sobre Ortega en América; miembro del Consejo del Centro Cultural Borges y de la Academia provincial de Ciencias y Artes de San Isidro; y embajadora de la Provincia de Salta. Participó en varias publicaciones, congresos y seminarios sobre el siglo XIX español y ha publicado un libro sobre *Ortega y Gasset* (2003) y *La Cuestión Política Religiosa de la Restauración. Historia de los Heterodoxos españoles* (1984).

XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS

Ourense (1966) es doctor en Historia Contemporánea por el Instituto Universitario Europeo de Florencia y catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Santiago de Compostela. Se ha especializado en el estudio comparado de los nacionalismos europeos e ibéricos, así como en estudios migratorios y en la historia cultural de la guerra. Autor de una docena de libros y de numerosos artículos en revistas y volúmenes colectivos de ámbito español e internacional, entre sus últimos libros destacan *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española, 1936-1939* (2006); *Imperios de muerte: La guerra germano-soviética, 1941-1945* (2007), e *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)* (2009).

RUY FARÍAS

Buenos Aires (1972) es profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires y doctorando de la Universidad de Santiago de Compostela, miembro del Programa de Historia Oral de la UBA y responsable del Área de Investigación del Museo de la Emigración Gallega en la Argentina. Se ha especializado en el estudio de la emigración y el exilio gallego a la Argentina. Sobre estos temas ha publicado —como compilador— los libros *Buenos Aires Gallega. Inmigración, pasado y presente* (2007), y —junto a María Rosa Lojo y Marina Guidotti de Sánchez— *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa* (2008), además de diversos artículos en revistas especializadas y volúmenes colectivos.

ÓSCAR ÁLVAREZ GILA

Es profesor titular de Historia de América en la Universidad del País Vasco, y durante 2009 ha sido Visiting Fellow en el European Studies Centre, St. Antony's College, en la Universidad de Oxford. Sus investigaciones se han centrado en el estudio de la emigración vasca a las Américas, especialmente durante los siglos XIX y XX, explorando cuestiones como las causas de la emigración, la opinión pública, la emigración religiosa, o la formación e institucionalización de las colectividades vasco-americanas a lo largo de los dos últimos siglos. Es autor, entre otras obras, de *Euskal Herria y el aporte religioso europeo a la Iglesia del Río de la Plata* (1999); *Euskal Echea. La génesis de un sueño (1899-1950). Llavallol* (2003; junto con Marcelino Irianni); o *Las migraciones vascas en perspectiva histórica (siglos XVI-XX)* (2002, dirigido junto con Alberto Angulo).

ÁNGELES DE DIOS ALTUNA DE MARTINA.

Nació en Comodoro Rivadavia, Chubut, Argentina. Es asistente social y procuradora egresada de la Facultad de Derecho de la UNNE. Publicó “Vascos en le Chaco. Historias de Vida” (1999); “Mujeres inmigrantes. Historias de Vida” (2002) y “Mario Chapo Bortagaray. Un visionario de la medicina” (2006). Recibió el Premio Andrés de Irujo 2003 del Gobierno Vasco por su obra “Santiago Ibarra: Historia de un inmigrante vasco. Euskal etorkin baten historia” y Premio Provincia del Chaco “Ramón de las Mercedes Tissera”, por “Santiago Ibarra. Ensayo Histórico sobre la vida de un inmigrante vasco” (2002). Es miembro de número de la Junta Estudios Históricos del Chaco. Colabora con el *Boletín Euskonews* y la *Enciclopedia Bernardo Estornés Lasa*.

JOSÉ C. MOYA

Es profesor de historia en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA) y en el Barnard Collage de la Universidad de Columbia en Nueva York. También es director del Centro sobre Migraciones Globales en Barnard y del Instituto de Estudios Latinoamericanos en Columbia. Ha dictado clases en la Universidad de San Andrés en Buenos Aires y en la Université de Paris VII. Su libro *Cousins and Strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930* (Berkeley, 1998; traducción al castellano, *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*) recibió cinco premios por sus contribuciones teóricas y metodológicas a la historia social, los estudios migratorios y la historia latinoamericana.

MARCELA GARCÍA SEBASTIANI

Doctora por el Programa de América Latina Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset (Madrid, UCM) y licenciada en Historia en la Universidad de Buenos Aires. Ha sido investigadora “Ramón y Cajal” y en la actualidad es profesora en el Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid. Es autora, entre otros trabajos, de *El antiperonismo en la Argentina peronista: Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951* (2005); editora de *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina entre 1930 y 1955* (2006) y, (con Fernando del Rey Reguillo), de *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina* (2008).

Fuentes de las fotografías

Enrique Romero Jiménez. *El Correo Español*, Buenos Aires, 24 de agosto de 1880.

J. Daniel Infante. Patricia S. Pasquali, *J. Daniel Infante*, Editorial Municipal Colección “Hacedores de Rosario”, Rosario, 1996.

Antonio Atienza y Medrano. *España*. Revista de la Asociación Patriótica Española, 148, Buenos Aires, 22 de julio de 1906.

Justo López de Gomara. Manuel C. Chueco. *La República Argentina en su primer centenario*. Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1910, p. 627.

Justo López de Gomara (cubierta). *El Diario Español*, Buenos Aires, 13 de agosto de 1944.

Carlos Malagarriga. *España*. Revista de la Asociación Patriótica Española, 213, Buenos Aires, 1 de diciembre de 1907.

Rafael Calzada. Martín Dedeu, *Nuestros hombres de la Argentina*. Dr. Rafael Calzada, Est. Gráfico Robles, Herrando & Cía, Buenos Aires, 1913, 2ª ed.

Avelino Gutiérrez. Archivo personal de Marta Campomar, Buenos Aires.

Fortunato Cruces. Archivo da Emigración Galega, Santiago de Compostela.

José R. Lence. Archivo da Emigración Galega, Santiago de Compostela.

Antonio Paredes Rey. *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda*, XII, 185, Avellaneda, 15 de enero de 1919.

José R. de Uriarte. *La Baskonia*. Revista Decenal Ilustrada, XXX, 1410, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1932.

Anarquistas. *Caras y Caretas*, 188, Buenos Aires, 10 de mayo de 1902.

